

# INSENSIBLE



V. A. FLEITAS SOLICH

**Disfrutar de todos los placeres es insensato;  
evitarlos, insensible.**

**Plutarco**

## 1.

**Famélica, hiqué los dientes en mi sándwich** y comencé a masticar con voracidad. Ante los deliciosos sabores de los ingredientes apretujados entre las dos capas de crocante pan francés, mi estómago crujió estruendosamente festejando por adelantado, la llegada del alimento.

- Parece que tenías hambre- se burló Valeria, alzando la mirada desde la superficie de su café, hasta mis labios sucios de mayonesa, los cuales al instante, limpie con la servilleta, comprendiendo que debía tener el aspecto de salvaje. Ella, sin importar cuanta hambre padeciese, no perdería jamás los modales.

Bajé mi sándwich al plato.

Me costó tragar la cantidad de comida que tenía en la boca. Solamente logré hacerla bajar que con un poco de agua. Volví a limpiarme los labios con la servilleta de papel que acompañaba mi tardío almuerzo. Eran las cuatro de la tarde y no probaba bocado desde las seis y cuarto de la mañana. De más está decir que sentía el estómago pegado a la columna, vacío y encogido.

- Si sigues así, acabarás por desaparecer.

Algo de razón tenía, ahora que lo meditaba, en los últimos seis meses mucho de mi peso corporal desapareció sin que siquiera me diese cuenta; mi nuevo trabajo era el responsable. No me sentaba nada mal haber pedido esos kilos extra, eran todos los que aumenté a causa de la ansiedad producida por no tener trabajo y tener un montón de cuentas que pagar, por sentirme frustrada

por no lograr desarrollarme profesionalmente y por la completa ausencia de cualquier actividad social que no fuese salir de vez en cuando con ella, mi mejor amiga; ni que hablar de lo lejana que parecía mi última desastrosa y efímera relación amorosa.

Sí, noté que las ropas me quedaban algo más que holgadas, lo cierto es que no presté demasiada atención al detalle, tenía demasiadas cosas de las cuales ocuparme, tanto en el trabajo como fuera de éste y no me sobraba el tiempo para mirarme al espejo, menos que menos para pesarme y comprobar la cantidad de masa perdida; lo que sí sé es que el cinturón que ahora sostenía mis pantalones a la altura de mi cadera, había pasado por dos agujeros distintos desde mi primer día en la oficina, hasta la fecha.

Cuando el primer bocado llegó a destino, experimenté un dolor horrible en el estómago.

- ¿Dormiste anoche?

Le contesté que sí, moviendo la cabeza de arriba abajo, mientras le arrancaba otro pedazo a mi sándwich de pollo. Llené mi boca con la firme intención de no tener que dar mayores explicaciones, total, qué más daba, prefería que el resto de los comensales del local pensasen que era una salvaje, a tener que confesarme frente a mi amiga, la cual hoy, parecía especialmente interesada en realizar un profundo análisis de mis últimas jornadas; tal vez eso se debiese a que llevábamos un par de días sin vernos, apenas cruzando un par de palabras por teléfono (otra vez mi trabajo, era responsable de eso).

- ¿Cuántas horas?

¿Y creí que me liberarías de esto? Como si no supiese a quién me enfrentaba me recliné a mí misma.

- Humm...- le contesté con la boca todavía llena, decidida a evadir el asunto.

- Me escuchaste bien- sus ojos vibraron sobre los míos-, ¿cuántas horas?- insistió.

Tragué, ni metiendo a presión el resto del sándwich entre mis mandíbulas lograría escapar de su interrogatorio.

- Un par-. Recogí el diario que todavía no había tenido oportunidad de leer desde que lo encontré en la mañana sobre mi escritorio, después de que mi jefe lo dejase allí, luego de ojearlo.

- ¿Podrías ser más específica?

Valeria a la carga otra vez.

Recuerdo que cuando apagué la computadora luego de sentarme frente a ésta, dispuesta a escribir hasta escurrir la última gota de creatividad de mi cerebro,

acompañada de los restos de *Chau Fan* mixto, recalentado en el microondas, eran algo así como las dos treinta de la madrugada. De ahí fui directo a la cama, mejor dicho, me arrastré hasta ésta ya en un estado un tanto catatónico. Caí rendida casi al instante.

Tuve la sensación de haber dormido nada más que un par de minutos luego de que mi despertador sonase a las seis en punto.

- ¿Cuánto tiempo crees que pasará hasta que acabes enferma o con un ataque de stress?- me reprendió poniéndose seria.

- Supongo que lo descubriremos tarde o temprano.

El rostro de mi amiga se puso rígido de enojo; mi pequeña broma no había hecho efecto.

- No juegues con eso. Me preocupa tu bienestar-. Alzó su café y bebió de a pequeños sorbos delicados, femeninos y prolijos como todo en ella.

- Estoy perfectamente bien- mentí alevosamente.

- Sí, eso mismo dicen las ojeras oscuras debajo de tus ojos.

- Prometo dormir más.

- No puedes trabajar tanto.

- Tengo cuentas que pagar, necesito mi trabajo-. En ese instante tuve la sensación de que el almuerzo me caería tan bien como comerme una bala de cañón.

- De nada te servirá tu trabajo o el dinero que ganas, si te enfermas.

Valeria solía tener esa actitud maternal y sobreprotectora conmigo, en realidad, la tenía conmigo y con todos los que quería. En especial, a mí, me reconfortaba que actuase de ese modo; lo agradecía ya que solía ayudarme con mi soledad, sin embargo en días como hoy, prefería que no insistiese en meterse tanto en mi vida, en recordarme todo lo malo, lo que por ahora no podía cambiar por más que lo intentase.

Inspiré hondo para darme ánimo y me esforcé por no caer en una espiral depresiva y de mal humor, no se me antojaba pasar el fin de semana en un poso de melancolía, suficiente con que lo transcurriera intentando descansar un poco entre lectura y lectura.

Sacudí la cabeza. ¡Fuera pensamientos!- me grité a mí misma.

- Pagaré los medicamentos que necesite- bromé recuperando algo de humor.

Nunca me costó mucho mofarme de mí misma.

- ¡Sí te mueres no servirá de nada!-. Chilló abriendo los ojos como platos; furiosa conmigo. Respiraba agitada y su rostro teñido de rojo amenazaba con explotar.

- ¡Ah, exageras!- solté no quedándome atrás, si daba un paso en falso le daría terreno para avanzar sobre mí, y sobre todo el asunto; necesitaba imperiosamente, detener esto antes de que pasase a mayores.

Fue su turno de inspirar hondo para calmarse.

- No exagero. Nos preocupamos por ti.

- ¿Nos?

- Tu papá me llamó anoche.

Ah, bueno, por lo visto las cosas irían de mal en peor.

- Hablé con él anoche- me defendí.

- Por eso mismo me llamó, dice que te sintió agotada, sin ganas de nada.

- Sin ganas de hablar con él, es todo-. Mis labios se fruncieron instintivamente ante el recuerdo de la discusión con mi único lazo sanguíneo en esta tierra, bueno, no en realidad él no era el único, pero esa era una historia que en este instante no deseaba recordar. Papá y yo discutimos como siempre, él me reclamó que no lo llamase más seguido, que no pasase por su casa, que no comiese lo suficiente, que trabajase tanto, que no disfrutase de la vida, que no hiciese nada por mí, por mis sueños. Lo que él no acaba de entender es que este trabajo por el cual me mataba y agotaba hasta caer rendida, era mi última esperanza para lograr al menos, dar un paso en dirección a concretar mi sueño de toda la vida: convertirme en escritora.

- Sí, se dio cuenta de eso. No es idiota.

- No dije que lo fuera, es que a veces parece no darse cuenta que no me ayuda con sus discursos.

- Esos discursos surgen del amor que te tiene.

- También lo quiero-. La conversación terminó por darme acidez estomacal.

- Entonces, para honrar esa relación que los une, podrías empezar por prestar atención a sus palabras. Lo que dice no es descabellado, ese tipo te explota.

- Federico no me explota. Es el mejor jefe que podría tener, él también se quema las pestañas igual que yo en esa oficina, no es de esos jefes que son los primeros en irse a casa cuando supuestamente termina el horario laboral, muchas veces me voy y él todavía se queda un par de horas más.

- El sueldo de tu jefe debe ser cuando menos cinco veces el tuyo.

- Gracias por recordármelo- le gruñí dedicándole mi mejor cara de perro.

Recogí mi sándwich, le di un mordisco y pasé a la página de sociales. El diario de verdad que no contenía nada interesante, todo me parecían malas noticias, crisis, tanto nacionales como internacionales y sinceramente; necesitaba, desesperadamente, escapar de la realidad al menos por un rato,

por media hora, lo que se supone duraría mi escapada de la oficina para almorzar.

- Tus reacciones no son dignas de una mujer adulta de veintitrés años, casi veinticuatro.

- Sí, gracias también por recordarme que falta poco para mi cumpleaños- rezongué con la boca llena.

Valeria inspiró hondo, bebió el resto de su café y luego me contempló con sus espléndidos ojos grises que yo tanto envidiaba, mi amiga era una de esas mujeres que nunca pasa desapercibida, siempre, ineffectivamente de la situación en la que se encuentre, del clima o de cualquier otro agente externo, ella vestía bien, impecablemente. No es que su vestuario fuese todo en ella, en realidad podría vestir una bolsa de arpillera e igual causaría el mismo efecto sobre los hombres: medir un metro setenta y ocho, ser rubia, esbelta y poseedora de un par de ojos que no parecían naturales de tan espectaculares, le prohibían pasar inadvertida tanto a los ojos masculinos cuanto a los femeninos.

- Eso no es algo malo. Tenemos que festejarlo, vamos a festejarlo.

- No quiero, ¿acaso, todavía no te diste cuenta que no me gusta festejar mis cumpleaños? Nos conocemos hace cuánto... ¿ocho años?

- Nueve, para ser más exactas.

- ¡Eso! Deberías conocerme lo suficiente para adivinar que no quiero hacer nada.

- Con que estás de ese ánimo, ¿no?

- No, no estoy de mal humor- mis hombros se cayeron, mi espalda se derrumbó; era demasiado para una tarde de viernes-, estoy cansada, no quiero discutir.

- Larguémonos el fin de semana a algún lugar. La casa de Punta de Este está libre. Salimos el sábado y volvemos el domingo a la noche, te va a sentar bien tomar un poco de sol, te ves pálida, mejor dicho verde- acotó deslizando en su mueca de enojo, una sonrisa algo tímida.

En respuesta a su comentario, volví a gruñir. Sí, me veía verde, mi piel no tenía su elegante tono entre lechoso y rosado; sin sol mi piel se tornaba algo opaca y triste, eso sí, cuando el sol me daba, el dorado cobrizo emergía al instante.

- No puedo, una pila de trabajo me acompañará a casa este fin de semana.

- ¿Cuántos manuscritos debes leer?-. Su sonrisa se esfumó.

- ¿Cinco?- solté tímidamente. Todavía no tenía idea de cómo me las apañaría

con aquella pasmosa pila de hojas.

- ¡Cinco! No puedes leer cinco manuscritos en un fin de semana.

- Haré lo posible.

- Papá todavía no encontró a nadie para...

- ¡Alto!- exclamé decidía a no permitirle avanzar con eso otra vez-. No voy a trabajar para tu padre.

- ¿Por qué no? El sueldo es mejor y supongo que te quedaría más tiempo para escribir, además, sabes que él te quiere como a una hija, no le agrada que trabajes tanto.

De Valeria y su padre (y de su familia en general) había recibido, desde el día en que nos conocimos, apoyo incondicional y más de una mano que me salvó de convertirme en una indigente o de sufrir el abuso típico de quienes no tienen una mano amiga próxima.

El papá de Valeria era el garante de mi alquiler y quién amablemente, aceptó poner en la cuenta de una de sus tarjetas de crédito, muchas de las cosas que yo tenía en mi departamento (heladera, televisor, mesa y sillas, incluso mi colchón y mi computadora); todavía no terminaba de pagar mis deudas con él, si bien él cada mes, insistía en que no tenía que darle ni un centavo, que gustoso pagaría todo lo que necesitase.

- Es mi oportunidad, quiero hacer esto sola. Es importante para mí lograrlo de este modo.

- Sí papá te da una mano con eso, cuando te sientas lista para publicar, no le quitará mérito a tus cualidades como escritora. La verdad es que no entiendo por qué te emperras en complicarlo todo.

- No estoy emperrada, y no es el modo más complicado, es el correcto.

- No podrías ser más cabeza dura.

- Federico leyó algo de mi libro, le gusta.

Una sonrisa volvió a estallar en sus labios.

- ¡¿Cuándo sucedió eso?! ¡¿Cómo es que no me lo contaste antes?!

- Fue ayer, no, es decir anteayer- estaba algo perdida con los días, la semana se me había escapado en un suspiro, bueno, en realidad entre mucho trabajo.

Las manos de Valeria atraparon las mías. - ¡Maravilloso!- los ojos se le llenaron de lágrimas-. Te dije que la historia es buena.

- Según tu juicio todo lo que escribo es bueno, incluso cuando es una verdadera porquería-. La quería por decirme eso.

- El libro nuevo es increíble, lo que me mandaste me gustó mucho. Te lo dije una infinidad de veces.



- Sé que te gustó- contesté con timidez. Todavía continuaba dándome vergüenza que las personas leyesen lo que escribía. Para mí era más o menos igual a que alguien se metiese en mi cabeza para ser testigo de mis pensamientos.

- ¿Te lo van a publicar?

- No sé, es un poco pronto para decirlo- dije frenándola; sé que de ser por ella, empezaría con a organizar una fiesta de lanzamiento-. A Federico le gustó, es todo. Dijo que cuando lo tuviese terminado lo revisaría conmigo, y si a ambos nos place el resultado, lo hablaremos con los demás.

- ¿Con los demás quiénes, él es agente literario?

- Sí, pero las decisiones no residen únicamente en sus manos. Las cosas no funcionan así.

El rostro de Valeria no perdió luminosidad pese a mis palabras, la noté a ella más entusiasmada que a mí misma, ¿sería porque no temía hacerme demasiadas ilusiones y luego acabar decepcionada, igual que siempre?

- Seguro que te lo publican.

- Veremos.

- Sí estás de ese humor- afirmó.

Me mordí el interior del labio, quizá sí estuviese de ese humor: oscuro y algo desesperanzado, es que en verdad me sentía increíblemente cansada y si bien amaba mi trabajo, hubiese dado cualquier cosa por pasar unos días tirada sobre la arena, al sol. Unos días de descanso no me vendrían nada mal, tampoco pasar un rato agradable con gente divertida, en un ambiente más animado que la soledad y el silencio de mi departamento o el loquero de llamados telefónicos, e-mails y trabajo de la oficina.

Como fuese, supe que por más que me largase al lugar más maravilloso e idílico del planeta, no lo disfrutaría a pleno, no, no tenía el humor necesario para eso.

Escribir, eso quería más que nada: encerrarme en mi pequeño departamento, poner algo de música, prepararme una buena taza de café y escribir y escribir hasta que se me acalambrasen los dedos, los brazos, la espalda y el cuello; hasta que los ojos, al otro lado de los cristales de mis anteojos, se pusiesen rojos de tanto mirar la pantalla de mi laptop.

Escribir y no pensar en nada más, ni en las cuentas por pagar, ni en mi papá con sus preocupaciones sobre mí, ni en el pasado, ni en mi soledad.

Sí, sin duda necesitaba salir de mi ostracismo; no estaba lista para eso y ciertamente no lo estaría para mi cumpleaños.

- Necesito dormir, es todo. Cuando no duermo me pongo algo pesimista... depresiva.

- ¿Nada más?- bromeó Valeria regalándome una de esas sonrisas con las que ella podía infundirle buen humor y alegría cualquiera.

- Nada más- contesté devolviéndole el gesto modestamente. En realidad no me apetecía demasiado sonreír, lo hice por ella y al instante me sentí mejor. El BlackBerry de Valeria sonó, interrumpiendo el momento. Tenía un mensaje. Mientras ella contestaba, volví a mi almuerzo y a mi lectura.

- Lautaro- pronuncio el nombre de su novio desde hacía tres años, un chico amable, dulce, educado, inteligente, muy parecido a ella físicamente (en una versión masculina, claro está), ingeniero recién recibido, que adoraba tanto su carrera y su trabajo, como a su novia.

Cada vez que pensaba en Lautaro y en Valeria me daba algo de envidia, él era cariñoso, respetuoso; de esas personas que no saben ser antipáticos ni malhumorados, de esos seres que parecen tener en su esencia algo de lo mismo que tenía la madre Teresa de Calcuta o quizá del mismísimo Gandhi. Lautaro era un chico nacido en una familia tan bien favorecida económicamente cuanto la era la de Valeria, sin embargo era sencillo y atento, con todos, en especial con los más necesitados. Luego de terminar la escuela secundaria Lautaro se había tomado un año sabático para hacer trabajo voluntario por todo el país, construyó casas, enseñó a cultivar vegetales, a leer y a escribir, y tantas otras cosas más.

Ok, Lautaro no era el común denominador de ser humano, pero más allá de eso, era el tipo de novio que a cualquiera le gustaría tener, de esos que te hacen sentir más segura y fuerte de lo que te hayas sentido jamás, querida y única... necesitada.

Una bola me subió por la garganta para quedarse trabada allí.

Sentí que las lágrimas se agolpaban en los ojos; al instante parpadeé para cortar de plano aquello, no le permitiría al cansancio hacerme sentir miserable.

Me metí el último trozo de sándwich en la boca y al instante llegué a una conclusión, necesitaba azúcar y mucha. ¡Postre! ¡Necesitaba un postre! Helado, de preferencia.

Bajé el sándwich con mucha agua, la cual también hizo correr hacia abajo, las lágrimas y la bola de amargura.

- Necesito algo dulce- exclamé.

Valeria alzó la vista de su celular, sobre cuyo teclado, escribía una respuesta

para su novio.

Tome el menú. Más que helado, me tentaron las tortas.

- ¿Compartimos una porción de Lemon Pie?

Los ojos de Valeria brillaron todavía más al escucharme emitir semejante propuesta.

- Sí, me encantaría.

Dejó su celular a un lado y enseguida, le hizo señas a la camarera que nos atendía. Por encima de la concurrencia que ocupaba la terraza de aquel café a la vuelta de las oficinas de la agencia literaria para la cual trabajaba, pidió la porción de torta; sé que de ser por ella, hubiese perdido la torta entera para mí, para tener el gusto de obligarme a comerla mientras me contemplaba aliviada.

Aparté a un lado el plato y tomé el vaso de agua sosteniéndolo para extender el diario frente a mí, Valeria regresó a su celular.

Distraídamente me puse a leer los titulares.

Lo que me llamó la atención de aquel que comencé a leer, muy por encima, debo admitir, no fue el titular sino la fotografía que lo acompañaba.

Reconocí el rostro; sí, no era la primera vez que lo veía, alguna que otra vez me había topado con él, y también con su nombre en la sección de economía, muchas otras en esta misma, la de sociales, y unas contadas veces, en alguna que otra revista de esas en las que aparecen los ricos y famosos.

Por lo general el hombre en cuestión, aparecía retratado solo, su nombre no solía ir acompañado de uno femenino, no a menos que fuese el de alguna personalidad del mundo económico o político.

No tenía su nombre demasiado presente, pero en cuanto lo leí, lo recordé.

Ahora, su nombre iba de la mano del de una mujer, una tal Jéssica *no sé qué*. Ni el nombre de la mujer ni el de él, en realidad importaban demasiado en mi vida, sin embargo en mi ánimo de este día, leer aquella noticia me empujó a sentirme un poco peor; estúpidamente, claro está, en mi vida desearía que mi nombre quedase ligado al de un tipo así. Uno de esos especímenes masculinos que dan toda la impresión de tener demasiado incomparado a sus personalidades, el hecho de que lucen como dioses griegos, de que tienen a todas las mujeres a sus pies, al mundo a sus pies.

Me mordí el interior del labio otra vez y escruté la foto con atención.

Sí, era increíblemente bello, quizá demasiado, más de lo moralmente recomendable, quizá hasta de un modo ilegal.

Esta fotografía era un blanco y negro y algo borrosa, sin embargo recordaba por una aparecida en una revista, que él tenía el cabello castaño oscuro, algo ondulado, siempre peinado de un modo algo jovial y al mismo tiempo elegante.

Su nariz era recta, increíblemente triangular y simétrica... perfecta, la cual combinaba muy bien con su mandíbula, cincelada con líneas puras y fuertes, las que se repetían en sus tupidas cejas.

No logré hacer memoria sobre el color de sus ojos, sí creía que no eran claros, quizá marrones o incluso negros, muy oscuros y dueños de una mirada penetrante e intimidante. ¡Si hasta daba miedo mirarlo a los ojos en la fotografía!

No sé por qué, siempre me había dado la impresión de que este tipo debía vivir su vida enojado, o al menos, muy serio. No parecía una de personas a las que le gustase reír, o incluso divertirse; tenía toda la apariencia de ser un verdadero tirano, uno en serio, no como Valeria suponía que era mi jefe.

También lo imaginé algo frío, demasiado calculador y si tenía un móvil en su vida, sin duda era el dinero. Lo tenía por millones, más de los que pudiese necesitar para una vida o para cinco o quinientas.

Se me ocurrió que no debía ser muy amable: que en todas las fotografías miraba muy por arriba de las cabezas del resto de los mortales.

No me costó desvariar imaginando el tipo de cuerpo que debía esconderse debajo de aquel esmoquin negro con el que aparecía en la fotografía; en algún lado había oído que corrió una maratón, ¿o fue un triatlón? ¿No escaló el Himalaya una vez? Sí, en las noticias se llenaron la boca hablando de su gran hazaña.

Mentalmente le pregunté si alguna vez había luchado con tiburones; seguro que sí lo hizo ganó. Este hombre no se permitiría perder en nada. “Un ganador”.

- Félix Meden anunció su compromiso con Jéssica Llier. La pareja se mostró muy unida y enamorada, ayer por la noche en la cena de gala organizada en beneficio de la fundación...- perdí el hilo de lo que decía la noticia mientras la leía pronunciando las palabras dentro de mi cabeza.

No luces muy enamorado- le dije al Señor Meden, mentalmente.

Sí, su brazo derecho rodeaba a su prometida; sí, su mano descansaba sobre la cadera de ella, más precisamente sobre un elegante vestido de gala; sí, en el dedo de ella brillaba una roca que se podía distinguir entre los difusos puntos negros que formaban la fotografía, pero él no parecía particularmente atado a la mujer que lo acompañaba, siquiera a los flashes que rebotaban sobre su piel

y sus ojos. El sujeto lucía completamente abstraído y perdido, algo muerto debajo de todo aquel glamour.

- Insensible-. La palabra se me escapó en voz alta.

- ¿Qué?- curioso se Valeria guardando definitivamente el celular en su cartera. Alcé el periódico y se lo enseñé. - Tiene toda la apariencia de ser completamente insensible.

Valeria me sonrió como se le puede sonreír a un crío luego de que hace o dice algo completamente ingenuo.

- No es insensible, es megalómano, misógino, machista, pedante, déspota, incluso diría que es un tanto misántropo también...- de pronto se detuvo en su lista de adjetivos tan poco elogiosos, poniendo cara de horror igual que si acabase de cometer un horripilante crimen. Ella jamás hablaba mal de nadie. Cerró su boca, la cual había quedado abierta de par en par.

- ¿No será mucho?- le pregunté con una ceja en alto y luego, para relajarla, reí-. Diría que el hombre no te cae bien. ¿Lo conoces?-. Cómo mi dulce amiga podía conocer a semejante sujeto.

Casi se me cae la mandíbula cuando ella asintió con la cabeza.

- Lo conoces- repetí incrédula.

La camarera llegó con nuestra porción de Lemon pie y dos tenedores.

- Tuve el desagrado de conocerlo el mes pasado en Londres.

Mi amiga había estado un par de semanas fuera recorriendo todas las principales capitales de la moda europeas, para asistir a desfiles de los más reconocidos diseñadores. Valeria tenía su propia marca de indumentaria, la cual era recién nacida, podría decirse, aun así, exitosa. Su nombre ya se escuchaba con fuerza tanto dentro como fuera del país.

- Sí, Vicky me invitó a una fiesta, mejor dicho me arrastró a una fiesta con ella...

Victoria era la hermana menor de los cuatro hermanos que componían la familia de Valeria, Manuel, dos años mayor que Valeria era abogado y trabajaba con su padre, Nicolás, año y medio menor que Valeria, terminaba sus estudios de medicina, algún día llegaría a ser un gran cirujano, de eso a nadie le quedaban dudas, luego venía Victoria, que de tan solo diecinueve años de edad, ya se perfilaba como una revelación en el campo de la arquitectura luego de sus dos primeros años de universidad.

- Allí lo conocí, era una fiesta privada de un estudio de arquitectos de Londres, uno muy reconocido- abanicó el aire de enfrente de su rostro, visiblemente turbada-. Invitaron a Vicky por la inauguración de un edificio,

uno que según tengo entendido es ultra moderno y lujoso. Vicky habló hasta por los codos del lugar.

- Entonces: te topaste ahí con el sujeto.

- Vicky me lo presentó.

- ¡¿Ella?! ¿Lo conoce?

Mi amiga clavó las puntas del tenedor en la crema amarillo pálido del Lemon Pie.

- Fue uno de los inversionistas en el proyecto. El edificio es en parte suyo. Meden entre tantas otras cosas, se dedica a alzar mastodontes llamativos y lujosos.

Pensé que también él era llamativo y lujoso, aquel pensamiento quedó al instante reprimido por todo lo demás que emanaba de su imagen: la frialdad, la insensibilidad.

- Vicky lo conoció porque participó en la etapa final del proyecto. Meden es de esas personas que se llevan a todo el mundo por delante.

- Sí, eso parece.

- Tiene algo que repele al resto de los seres vivos; lo sientes en cuanto te aproximas a él-. Resopló sonriendo dejando en suspenso, el tenedor con un trozo de torta justo frente a sus labios-. Es muy taciturno.

- ¿Sí?

- Sí, no dice mucho, sin embargo en realidad eso no importa demasiado porque en cuanto abre la boca te das cuenta de que por lo visto para él, en este mundo no hay nadie tan valioso como él mismo.

Las palabras de mi amiga me sorprendieron todavía más. Sí, ella no era de juzgar a nadie, mucho menos de reaccionar así frente a una persona con la que compartiera unos instantes.

La noté más incómoda de lo que pudiese creerse estaría, por incurrir en semejante acto amoral -según su criterio-.

- No me molestaría no volver a verlo nunca más.

Probablemente no volviese a verlo, Félix Meden no era fácil de atrapar, según se quejaban muchas revistas del corazón, no era muy adepto a los eventos sociales (será por aquello de que como dijo Valeria, no le agradaban demasiado el resto de los seres humanos).

- ¿Luce igual de bien en persona?- pregunté a modo de broma.

Súbitamente Valeria se ruborizó.

- Por lo visto sí- reí-. Debe ser intimidante.

- ¿Te gusta?

- Bueno...- le eché un nuevo vistazo a la fotografía, de no ser por lo que sabía de su carácter y personalidad, de no ser por lo que enseñaba su mirada...sí, era sin duda, el hombre más hermoso que hubiese visto jamás-. Seguro que es gay. Nadie que sea heterosexual se vería tan bien, con una imagen tan elaborada y perfecta, sin un cabello fuera de lugar, sin una arruga en sus ropas. Ha de ser por eso que tiene esa pose tan rígida junto a esa mujer que lo acompaña.

- No creo que sea homosexual- se limitó a decir mi amiga para luego llenarse la boca de torta.

- No parece quererla, o sentir ningún tipo de afecto por ella. Bueno, supongo que no hago bien en decir algo semejante, no lo conozco y...

- Dudo que sienta nada por ella- soltó Valeria cortándome. Su tono sonó todavía más frío y crudo que la mirada de Meden.

- ¿Ella lo acompañaba en la fiesta?

Negó con la cabeza.

Volví a admirar el rostro de Félix Meden en la fotografía. - Creo que el tipo me da algo de lástima.

- Dudo que se merezca tu lástima- sacudió la cabeza como queriendo desprenderse de algo desagradable-. ¿Cenas con nosotros? Lautaro preparará comida tailandesa.

Por lo general, aunque parezca raro, los viernes por la noche siempre cenábamos los tres en el departamento que Valeria y Lautaro compartían desde poco antes de que yo comenzase en mi nuevo empleo.

- No, necesito acostarme temprano; me falta descanso. Gracias.

Doblé el diario y lo aparté para tomar mi tenedor y atacar la torta.

- Bien, te extrañaremos entonces.

- Sí, seguro sentirán mi falta- bromeé.

Diez minutos más tarde me despedí de mi amiga y regresé al trabajo.

## 2.

- **Ok, Luisa, no te preocupes-** le dije a una de las más reconocidas autoras que Federico, mi jefe, representaba-, en cuanto tenga el itinerario te lo envié por e-mail.

Luisa Sácor era una muy respetada historiadora, una de las mujeres más inteligentes que seguro tendría oportunidad de conocer en mi vida. Sus novelas históricas se vendían alrededor de todo el mundo. El itinerario al cual me refería era el de su próxima gira, en la cual presentaría su nuevo libro en varias capitales europeas.

- A propósito, logramos arreglar todas las fechas para regreses aquí para tu aniversario-. Luisa y su esposo cumplirían treinta años de casados en dos meses y lo festejarían a lo grande en una fiesta a la cual estaba invitada-. Dispondrás de suficientes días, antes del evento, para descansar un poco y ultimar detalles.

Me lo agradeció. La verdad es que por poco me vuelto loca y vuelto locos a los organizadores de los eventos a los que Luisa concurriría, para lograr tenerla de regreso en el país una semana antes de lo previsto, una semana antes de la fecha de la fiesta.

- Ante cualquier duda, llámame, si hay algo que no te parezca bien, todavía podemos arreglarlo.

- Seguro que todo será perfecto, como siempre- me elogió Luisa-. Federico se sacó la lotería contigo; antes se volvía loco con todo el trabajo.

Federico continuaba volviéndose loco con el trabajo, en realidad, los dos trabajábamos muchísimo para mantener felices y contentos a nuestros representados.

- Por cierto, cómo va tu libro.

Luisa era una de las pocas personas del trabajo a las que tuteaba, había suficiente confianza entre nosotras pese a que ella era toda una dama, una Señora y tenía la edad suficiente para ser mi madre o quizá incluso, un poco más.

Ella sabía de mis escritos, de mis ganas de convertirme en escritora.



- Despacio pero bien. Hay mucho trabajo por aquí.  
- Bueno, cuando quieras, puedes enviarme algo para que lo lea.  
- Sí, gracias, Luisa-. La mera idea de que una escritora tan buena y reconocida posase sus ojos sobre mis pequeñas palabras, me producía ataques de vergüenza y miedo, temía que me dijese que aquello no era más que basura-. Prometo que a más tardar en media hora, te envié el itinerario completo. Luisa volvió a agradecerme y luego nos despedimos. Regresé a mis labores. Mi celular sonó con el chillido característico de la entrada de un mensaje.

¿Segura que no quieres acompañarnos esta noche? =)

Era Valeria.

No, la verdad es que considerando que pasaban de las siete treinta de la tarde y todavía tenía mucho por hacer aquí, lo único que se me antojaba era regresar a casa, desparramarme en mi cama y dormir la mayor cantidad de horas que fuese posible.

Segurísima. Todavía en el trabajo. Agotada.

Los quiero. Bss

Su respuesta me llegó al instante.

Tu jefe se abusa. Es un TIRANO. VETE A CASA AHORA MISMO. Necesitas dormir.

También te queremos. =)

Bss

Coloqué mi celular a un lado y di los últimos retoques al itinerario de Luisa. Federico continuaba al teléfono y afuera el sol comenzaba a descender lentamente. Era un atardecer de esos que parecen pintados, con un cielo entre celeste y un naranja brillante que luce igual que cobre líquido. Del sol dorado solamente se distinguía una pequeña porción en el horizonte. En mi ventana gozaba de una vista privilegiada, una veintena de pisos por encima del resto de los mortales, con la cual divisaba toda la ciudad. Desde el

lado opuesto del edificio, en su oficina, Federico veía una porción del río. La sala de reuniones a un lado, también daba a la ciudad, por la puerta entreabierta de ésta, también se colaba la luz anaranjada del atardecer.

En mi teléfono vi que Federico acababa de cortar, había estado media hora al teléfono con Rubén, uno de sus cuatro socios, los cuales junto a él, dirigían BAAL (Buenos Aires Agentes Literarios).

Envié el e-mail a Luisa.

Listo, consideraba que mi trabajo por hoy quedaba concluido. Esperaba que a Federico no se le ocurriese nada más que encargarme.

A Dios gracias que el fin de semana se encontraba a un paso.

Me levanté de mi silla con toda la intención de ir a su oficina para preguntarle si me necesitaba para algo más, cuando su celular sonó.

Mierda- gruñí por lo bajo- que no fuese otra conversación de media hora.

Quería irme a casa ya.

Algo derrotada, me dejé caer sobre mi silla y bizca de cansancio, contemplé la pantalla de mi computadora, más precisamente la fotografía del fondo de escritorio: una fotografía de la Torre Eiffel desde su base; era una imagen nocturna de la torre iluminada.

- Gaby.

La voz de Federico me salvó de quedarme dormida sentada frente al escritorio.

Cuando parpadeé, noté que las luces de la iluminación interna, sobrepasaban en intensidad a la de la luz del sol desaparecido tras la línea del horizonte.

Me puse en pie otra vez, me refregué la cara e intenté recomponer mi desmoronada imagen, acomodando mi descontrolado cabello detrás de mis orejas. Para esta altura del día, las hondas de mi cabello debían tener el volumen de una melena afro. Sabía que por algún lado, dentro de mi cartera, tenía un gancho con el cual sujetarlo, pero tan cansada estaba que siquiera tuve el tino de buscarlo y recogerme el pelo.

Caminé hasta la oficina de mi jefe; la puerta entreabierta me dio paso, raramente él la cerraba y es más, por lo general, ambas hojas de la misma, permanecían siempre abiertas de par en par. Federico había cerrado una luego de que le avisase que Rubén se encontraba al teléfono. Sabía que tenían un tema serio a tratar y que por eso mi jefe buscó algo más de privacidad, uno de los representados de la firma había tenido un desacuerdo por un asunto exclusivamente monetario y amenazaba con abandonarnos (era un cliente de Carmen otra de las socias; el cuarto lo completaba Eliana, la más joven de los

socios -apenas unos años mayor que yo-, con ella yo compartía casi el mismo nivel de confianza que con Federico, ella representaba autores de libros infantiles).

Asomé la cabeza dentro de la oficina.

- ¿Qué puedo hacer por ti, jefe?

Federico se encontraba sentado al otro lado de su escritorio. Su cara de cansancio le hacía competencia a la mía.

- ¿Quedarte un rato más?- entonó mientras se ponía de pie-. Y preparar la sala de reuniones y algo de café también estaría bien, quizá incluso unas bebidas frías.

¿Una reunión a esta hora?

- ¿Vienen los demás?- pregunté refiriéndome al resto de los socios, imaginaba que el problema con el autor representado por Carmen, se les había ido de las manos. Nos quedaríamos aquí hasta cualquier hora. Menos más que rechacé la invitación de Valeria sino ahora mismo debería llamarla para cancelar.

- No, nada de eso. Rubén solucionó el asunto.

- Que bueno- le dije viéndolo avanzar hasta el armario escondido a un lado de su oficina, junto a la puerta de su baño privado, en el que Federico guardaba camisas limpias, incluso algún que otro traje y corbatas.

- Surgió una reunión de último momento- tomó una camisa de un rosa muy pálido, similar a la que llevaba puesta y otra corbata, una de un rosa un tanto subido de tono, de aspecto sedoso y brillante, algo más apta para una salida nocturna que para la oficina-. Es importante- acotó.

- ¿Importante?- me picó la curiosidad. En su rostro entendí que era algo importante y no precisamente malo. Si hasta diría que debajo del cansancio, sus ojos brillaban.

- Sí, eso mismo, y necesitamos causar una buena impresión.

¿A las ocho menos cuarto de la noche de un viernes luego de una jornada agotadora, de una semana agotadora?

- Una excelente impresión- entonó corrigiéndose-. ¿Queda alguna botella de buen vino por ahí?

- Creo que hay una botella de champagne- le contesté completamente extrañada y perdida en aquella situación-. Si no me equivoco hay algo de ese whisky que compraste para cuando viene Humberto.

Humberto Macías era otro de nuestros escritores estrellas. Un hombre robusto con una veintena de *Bestsellers* sobre sus hombros y una especial debilidad por el whisky escocés; por esa razón, aquí manteníamos una constante

provisión de ambos.

- De cualquier modo puedo echar un vistazo, la verdad es que no estoy segura. Una de mis tareas era encargarme de mantener una provisión de víveres con los cuales agasajar a nuestros representados pero esta semana había sido fatal y no había tenido tiempo para nada, eso incluía salir de compras para la oficina en la tienda de delicatessen que se encontraba a pocas cuadras de aquí. Me sentí culpable por mi falta-. Puedo salir a buscar algo si no tenemos nada. Federico negó con la cabeza. - No, no creo que nos dé tiempo.

No noté enojo en sus palabras sin embargo, como su asistente, me sentí culpable por no cumplir. Fallarle no era algo común en mí, creo que era la primera vez que mi jefe me pedía algo con lo que no podía cumplir en tiempo y forma.

- Nos las arreglaremos con lo que hay.

Se me hizo un nudo en el estómago, a base de culpa.

- Voy a refrescarme un poco antes de que llegue.

- Claro.

- Podrías avisar a seguridad que lo dejen pasar.

- Sí, claro.

Federico me agradeció y luego se metió en su baño.

Sí, yo aviso a los de seguridad, pensé, pero... no le pregunté quién vendría.

Al instante escuché el agua del lavatorio correr.

Me dio vergüenza llamar a la puerta para preguntarle a quién esperábamos.

Salí de la oficina. Me las arreglaría con lo poco que sabía.

Sin sentarme en mi silla, tomé el teléfono y llamé a seguridad. Juan, el chico del turno noche ya ocupaba su lugar frente al mostrador de la entrada. La recepcionista de la tarde se iba a su casa a esta hora.

- ¿Si, Gaby, en que puedo ayudarte?

El teléfono de Juan identificaba todos los números de todas las oficinas del edificio.

- Hola Juan, buenas noches. ¿Todo bien?- no esperé respuesta-. Va a venir alguien a ver a Federico. Caerá de un momento a otro.

- ¿A esta hora?

- Sí, a esta hora- resoplé dejando escapar algo de mi cansancio.

- ¿Es que la gente no tiene nada mejor que hacer un viernes por la noche, que estirar todavía más la semana laboral? A mí se me ocurren unas cuantas opciones bien distintas para un viernes por la noche.

- A mí también se me ocurren unas cuantas cosas mejores que hacer un viernes

por la noche-. Lo que a mí se me ocurría era dormir, seguro algo bien distinto a lo que él tenía en mente; Juan ya me había comentado un par de veces sobre sus salidas de los fines de semana, a comer o a bailar con sus amigos. Es más, más de una vez me invitó a salir con ellos; la verdad es que por una cosa o por otra, siempre decliné su ofrecimiento-. Ni modo, por lo que dijo Federico, es alguien importante.

- ¿Cuál es su nombre?

- No se lo pregunté. Estuve lenta.

- Ok, no te hagas drama, no creo que a esta hora recibamos ninguna otra visita.

- Gracias, Juan.

- No hay problema, Gaby. En cuanto llegue te aviso.

- Gracias.

- Nos vemos más tarde.

- Sí, nos vemos.

Colgué y salí corriendo a preparar la sala de reuniones.

Encendí las luces. Coloqué en el centro de la mesa una jarra con jugo de naranja, otra con agua, un par de vasos limpios. Encendí el sistema de audio, escogiendo luego, una de mis creaciones favoritas de Brahms. La pieza en cuestión duraba menos de dos minutos. Mi cerebro agradeció el intervalo de calma y dulzura de la música para piano de delicada sutileza; un sonido así tenía la capacidad de hacerme olvidar todos los males. Es por eso, que incluso, perdí la noción de dónde me encontraba o de que todavía tenía cosas por hacer.

En cuanto el piano quedó en silencio, me retiré de la sala de reuniones para rebuscar en la cocina, algo más que servirle a nuestro visitante nocturno.

El cielo se fue poniendo cada vez más azul.

Desde la pequeña cocina, con una botella de vino en las manos, escuché el comienzo de un concierto para violín de Ludwig Van Beethoven, una hermosa y relajante composición perfecta para el relax y la meditación .

Conocía a la perfección todas las piezas de aquel disco, fui yo quien grabó aquella compilación.

Dejé la botella sobre la mesada y busqué el sacacorchos y dos copas, también saqué dos copas de champagne y me cercioré de que la botella de aquella bebida todavía se encontrase en la heladera. Allí estaba.

También había una bandeja de quesos que según creía recordar, había dejado Federico ayer allí. Debía haber unas galletas por algún lado.

Las encontré y dejé todo sobre la mesada, listo para servir en caso de que

fuese necesario.

Una vez que todo estuvo preparado, me escapé al baño para intentar ponerle algo de concierto a mi imagen, armada de mi pequeño y pobremente nutrido bolso de cosméticos y del gancho de pelo, con el cual recogí mi salvaje melena en un rodete.

Luego de unos cuantos acordes potentes, diez minutos después, el concierto de violín tocaba a su fin.

El teléfono de mi escritorio comenzó a sonar.

Arrojé la máscara de pestañas, y la manteca de karité que había utilizado para mis labios, luego de lavarme los dientes, dentro del bolso y salí corriendo para atender. Debía ser Juan.

Ahora, en lugar de Beethoven sonaba Chopin.

- ¿Quién es este tipo?- soltó Juan en un susurro que contenía una exclamación quizá no demasiado entusiasta.

- No tengo ni la menor idea- le respondí echando el bolsito dentro de mi cartera la cual se encontraba en el piso.

- En este instante entra en uno de los ascensores.

- Bueno, por suerte tengo todo listo.

- Llegó con unas personas de seguridad.

- ¿Con seguridad?

- Sí, dos tipos de negro que parecen del FBI o algo así.

- ¿Es broma?

- No, se quedaron esperándolo aquí abajo, están sentados en los sillones al otro lado de la recepción. ¿Quién cuernos será?

- No sé, Juan. Tengo que dejarte ahora, debo avisarle a Federico que llegó.

- Sí, claro, después me contarás quién era.

- Si lo averiguo, con gusto. Hasta más tarde.

- Hasta más tarde.

Colgué el teléfono sobre su base y me puse a arreglar un poco mi escritorio, tenía pilas de papeles y cosas sobre éste, parecía que el caos había estallado sobre la amplia superficie en la cual trabajaba, por lo general, más de diez horas diarias. Sobre el sonido de la música le avisé a Federico que su visita venía subiendo en el ascensor; él desde su oficina, me gritó que ya estaba casi listo, que luchaba, igual que siempre, con el nudo de su corbata.

Bach se hizo cargo del sonido ambiente, el cual de no ser por sus cuerdas que se movían como suave brisa, habría quedado en un angustioso silencio. *Aria*, en italiano, Aire, una pieza nunca mejor nombrada.

Me perdí en aquella música. Simplemente me fui... me dejé llevar. Mientras acomodaba, tiraba papeles y guardaba cosas en los estantes y cajones, pensaba en mi libro y en lo próximo que escribiría.

Bach sonaba a buen volumen, quizá por eso, no escuché lo que debería haber escuchado.

Perdí la noción del tiempo y ni cuenta me di que el ascensor debía haber llegado a destino.

Cuando me quise acordar, silbaba de lo más compenetrada, siguiendo el ritmo del violín, mientras armaba dos pilas con los manuscritos, separando los leídos de los que debía leer.

Podría haber seguido con mi tarea eternamente de no sentir algo extraño sobre mi nuca, un cosquilleo tenue pero persistente.

Me encontraba de espaldas a la puerta de entrada del espacio privado de Federico (el piso se lo repartían los cuatro socios y un espacio para archivos, recepción y una sala de reuniones todavía más grande que la que teníamos aquí).

Sobre la pared, junto a la puerta había una placa con el nombre de Federico y a esta hora, la recepcionista ya no estaba, me imagino que por eso, nuestro visitante avanzó hasta aquí directamente.

Sabía que lo tenía detrás de mí, que me miraba.

Paré de silbar.

Un intenso calor trepó por mi cuello desde mi pecho hasta apoderarse de mis mejillas. El rubor ardía en mi piel y eso era algo que ni Bach ni nadie hubiese podido refrescar.

¡Mierda!- exclamé lentamente mientras los últimos acordes de Johann sonaban. Solté el último manuscrito y en el más completo e incómodo silencio, me di la vuelta.

El Adagio en G menor de Albinoni comenzó y yo creí alucinar.

¡Félix Meden!

Lo primero que captó mi borrosa y cansada visión fue un par de intensos y profundos ojos azules perfilados por un abanico de pestañas muy tupido, fijos en mí, que si bien me escrutaban de un modo asesino, no dejaban entrever ni un solo sentimiento; su intención era un verdadero misterio.

Su rostro tenía una apariencia mucho más juvenil en vivo que en las fotografías y aun así, tuve la sensación de que era imposible que alguien tan joven, pudiese lucir de un modo tan severo, incluso frío y hasta completamente aislado de la humanidad igual que si el resto de los mortales no fuesen más

que una ínfima parte de lo que él era o representaba.

¡Qué hombre más pedante!- grité dentro de mi cabeza y un poco de esa pena que en un principio sentí por él, se evaporó. El resto, quedaría allí latente para brindarle el beneficio de la duda. Me pregunté si en realidad se lo merecía... que alguien sienta algo por él o se apiade de él, cuando este sujeto daba la impresión de sufrir una severa incapacidad para sentir piedad por nadie, siquiera empatía.

Nada... mis pensamientos sobre él se pulverizaron cuando mis ojos, y lo que veían, captaron toda las funciones cerebrales, impidiéndome racionalizar sobre cualquier otra cosa que no fuese su imagen. Es que realmente era de ese tipo de personas a las que uno no puede dejar de contemplar.

Nunca en mi vida experimenté algo semejante. Un lapsus de...¿lujuria?, bueno, no sé si fue exactamente eso, más bien fue encandilamiento, una de esas cosas que te suceden cuando eres una adolescente y por una de esas cosas de la vida, acabas frente a frente a alguien que demuestra completo control de todo su ser. Parte de mí lo idolatró, otra lo envidió, una tercera le temió, y una cuarta, quizá la más racional de todas, lo odió.

No quería odiarlo, en realidad no tenía ninguna razón para hacerlo, además, qué caso tendría, este hombre no formaba parte de mi vida, simplemente acaba de rozar tenuemente mi existencia. No era la gran cosa, para mañana nada de esto importaría.

Al comprender que no importaba, le di, sin querer, rienda suelta a la adolescente fascinada, y entonces, lo segundo en lo que reparé fue el perfecto ángulo de su estilizada y noble nariz; el perfil de su mandíbula tampoco se quedaba atrás, dándole forma a unas facciones increíblemente masculinas y sobrias, las cuales conformaban un rostro delicioso para acariciar, para acunar entre las manos. Flotando en aquella ensoñación imaginé como se sentiría su piel y cómo sería el tacto de la misma cuando una sombra de barba asomase sobre ésta.

Hmm...una sedosa mata de cabello castaño, ondulada y algo larga le coronaba aquel magnífico rostro.

Se me cerró la garganta al reaccionar frente a aquella imagen que conocía solamente por los medios periodísticos.

¡Mierda, mierda, mierda! Félix Meden a pocos metros de mí.

Tragué en seco.

“El insensible”.

¿Cómo podía ser?



Allí, parado justo en la puerta, muy quieto y en silencio; parecía un fantasma. ¿Por qué me miraba así, porque no pronunciaba palabra?

Sentí que estaba a punto de desarmarme. Me costó mi buen esfuerzo recomponerme, y, para mí sorpresa, fui la primera en articular palabra.

- Buenas noches- entoné con una voz que emergió algo queda y tímida.

Me pregunté cuánto tiempo llevaba allí observándome y entonces me puse todavía más colorada y nerviosa. ¿Qué podría querer este hombre de Federico? Que yo supiese, no escribía ni tenía nada que ver con el mundo de las letras. ¿Sería amigo de mi jefe? No, eso no podía ser, él jamás lo había mencionado. ¿Lo habría mencionado de ser así? Este no parecía del tipo de sujeto sobre el cual uno pueda comentar nada porque...por Dios que tenía toda la apariencia de ser un témpano de hielo.

- Buenas noches- articuló con una voz potente pero calma, muy masculina y al mismo tiempo pacífica y contundente, la cual se mezcló y calzó la perfección con la melodía compuesta por Albinoni.

- Tengo una cita con el señor Polinni.

- Sí, claro, pase...- me atraganté con saliva- ...adelante- continué diciendo luego de toser como una boba que siquiera sabe tragar bien-, lo recibirá en este instante.

Meden dio un paso hacia mí, y luego otro. A mí me costó moverme de mi sitio y cuando lo hice, me llevé por delante una de las ruedas de mi silla. Tropecé pero me salvé de caerme gracias a que logré atajarme de la estantería más próxima.

Cuando alcé la cabeza lo tenía junto a mí, con sus manos extendidas en mi dirección.

- ¿Se encuentra bien?

No llegó a tocarme, pero su perfume hizo algo más que rozarme; también su presencia, la cual se impuso con la contundencia de la roca más dura, sobre mí. Creo que me temblaron las rodillas.

Olía a paraíso; no a un perfume en particular, si no a como se supone debe oler la gente que no necesita de perfume, la gente que es perfecta y que siquiera parece sudar o despeinarse ante el calor más sofocante y el viento más fuerte, ese tipo de gente que siempre se ve impecable, igual que Valeria, la gente que no sabe lo que es la desprolijidad y siquiera la más normal de las normalidades, en la que la perfección no tiene cabida.

Vestía impecablemente, un traje oscuro, ni gris ni azul, de una tela que de lejos se identificaba como algo costoso.

Iba de camisa blanca y una corbata del mismo azul infinito y profundo de sus ojos.

El aire que inspiré en ese instante, quedó atrapado en mis pulmones ya que cuando parpadeó ante mí, la dureza de su mirada desapareció por completo. Aquel efecto no duró más que un instante sin embargo alcanzó para revivir en mí, la pena que él me provocó al admirar su rostro en la fotografía del diario. Me dio la impresión de que este hombre era la persona más infeliz del mundo. Cuando abrió los ojos otra vez, fui yo la que volvió a sentirse infeliz e ínfima. Mis ojos cayeron por su pecho y se deslizaron por la curvatura de sus brazos flexionados hacia mí.

Lucía gemelos plateados en los puños de su camisa, sencillos... elegantes. Las uñas de sus hermosas y perfectas manos tenían manicura; no estaban pintadas pero sí perfectamente limadas, limpias y libres de cualquier resto de cutícula o pieles quebradas. Sus manos eran dedos largos y fuertes, de una piel lisa y no demasiado clara, quizá algo bronceada por el sol. Su rostro también tenía buen color, sus labios todavía más y la forma de su boca...

Mi boca se secó todavía más y los latidos de mi corazón se dispararon.

Contuve la respiración, no podía seguir inhalando su perfume si no quería que las pocas neuronas que me quedaban, murieran.

¿Qué hacía, todavía allí parada, cual idiota descerebrada?!

- Sí- atiné a responder frente a su cuestionamiento. Estaba todo lo bien que se puede estar frente a un hombre así de increíblemente perfecto. En ese instante entendí la turbación de Valeria al hablar de él, este Meden desestabilizaba a cualquier mujer, e incluso debía lograr lo mismo sobre muchos hombres, con su mera presencia.

- Si desea tomar asiento- balbuceé señalándole el sillón frente a mi escritorio, con una mano algo temblorosa. Todavía no podía creer que lo tuviese en frente, que fuese él.

Por un fugaz instante creí soñar, un sueño muy agradable que implicaba sensaciones de todo tipo, incluidas olfativas.

Era de lo más extraño haber visto su fotografía en el periódico, haber hablado sobre él un par de horas atrás y ahora tenerlo aquí.

Meden se dio la media vuelta y avanzó hacia el sillón con pasos lentos y firmes.

Era alto, dos cabezas más que yo y eso que mi altura no era nada que despreciar.

Su espalda...sus hombros...

Sin duda tenía un tamaño considerable. Por eso logró escalar el Himalaya y participar en un triatlón. Imaginé que debía ser muy buen nadador, con esa espalda, esos hombros y esos brazos a los que el saco de su traje les hacía una justicia misericordiosa.

¡Por Dios que yo apenas si sabía mantenerme a flote en el agua!

Me sorprendí de pensar así, de imaginar las cosas que imaginaba dentro de mi cabeza, como el tamaño y las formas de los músculos en sus brazos y las ondulaciones de su espalda o el modo en que debían notarse las vértebras y los omóplatos debajo de aquella ropa.

Sí, definitivamente necesitaba dormir y descansar, comenzaba a perder mi cordura.

Me empujé a mí misma a cambiar la dirección de mis pensamientos cayendo en una conclusión más que obvia. Su traje era hecho a medida y yo necesitaba salir un poco más.

Indiscretamente mis ojos cayeron hasta su trasero y entonces el fuego se encendió por completo en mis mejillas.

Quedé incinerada de vergüenza cuando él se dio la vuelta para sentarse dándome la cara.

Sus ojos me arrebataron toda la osadía y valentía que creció en mí pocos segundos atrás, ya que en ellos flotaba algo de desprecio. Bueno, no quizá no fuese desprecio, más tenía gusto a superioridad, a pedantería. Frunció el entrecejo.

Me sentí igual una de esas pequeñas mosquitas que revolotean sobre la fruta dulce y exótica, de esas que no cuesta mucho eliminar, de esas que no parecen tener otra razón de existir que molestar.

Tragué en seco.

Félix Meden, uno de los hombres más ricos y exitosos, no sólo del continente, sino también del mundo, se detuvo frente al sillón, con una sola de sus potentes manos desabrochó el botón de la chaqueta de su traje y, tranquilamente, se sentó.

Dando toda la impresión de sentirse amo y señor de esta oficina, e incluso, imagino, del mundo entero, se acomodó sobre el mullido almohadón, reclinando su potente espalda sobre la superficie de cuero para, por último, cruzar su rodilla izquierda con su tobillo derecho. En un gesto que despreocupado, peinó su cabello con los dedos de sus manos y luego, posó su brazo derecho sobre el apoyabrazos y el izquierdo sobre el respaldo, reclamando el dominio absoluto del espacio, empujándome a mí, a

experimentar un rechazo todavía más despectivo.

Mis piernas volvieron a temblar y entonces me enojé conmigo misma por reaccionar así, esto era cualquier cosa menos una reacción coherente por mi parte.

Internamente abofeteé mis mejillas y me conminé a reaccionar.

Meden posó sus ojos sobre mí una vez más, ahora con algo de impaciencia.

Probablemente debía pensar que yo era una inútil, una tonta.

¡Se quejaría de mí ante Federico! ¡Me despedirían! ¿Podía hacer que me despidiesen?

Sintiendo que la sangre se me escurría del rostro, partí a buscar a Federico.

- Federico...¿Federico?- la oficina estaba vacía-. ¿Fede?- lo llamé alzando la voz en dirección al baño. Por suerte había tenido el buen tino de cerrar la puerta detrás de mí.

Mi jefe apareció por la puerta de su baño privado, todavía intentando acomodar el nudo de su camisa. Me dedicó una mirada inquisitiva con sus grandes ojos castaños y las cejas en alto.

- ¿Félix Meden está aquí?

- Sí, llegó- bilis trepó por mí luego de revivir lo sucedido; la vergüenza otra vez se ciñó sobre mí-. Te espera afuera.

En cuanto pronuncié aquello, mi jefe se puso nervioso. Sus manos se volvieron todavía más inútiles en el intento de armar un nudo de corbata prolijo y elegante.

Me abalancé sobre él y quité sus manos de en medio. No era la primera vez que hacía esto. Desarmé el nudo y volví a armarlo, quedó prolijo y del tamaño justo; de un delicado tirón lo ajusté al contorno de su cuello y luego, bajé las solapas del mismo para acomodarlos sobre la corbata y por debajo de las solapas de su saco.

- Listo- di un paso atrás para examinar mi obra: pese a lo temblorosa de mis manos había quedado perfecto.

- Gracias. ¿Cómo me veo?

¿De verdad estaba preguntándome eso? Este día se ponía cada vez más raro.

- ¡Bien...! Te...te ves bien.

Asintió con la cabeza, noté que tragaba con dificultad.

- ¿Está todo bien?

- Sí- me contestó evidentemente no muy convencido.

- ¿Lo conocías de antes?

- ¿A Meden?- negó con la cabeza-. No, llamó un par de minutos antes de que te dijese que vendría.

- ¿Puedo preguntar a qué vino?

- Sí, claro- caminó hasta la puerta, y yo con él-. No tengo idea de a qué se debe su visita, simplemente mencionó que tenía algo que proponerme.

- ¿Escribe?

- No que yo sepa- puso una mano sobre la manija de la puerta-. Sea lo que sea que quiera, es importante que demos una buena impresión, él es uno de los hombres más influyentes...

- Lo sé- lo interrumpí sintiéndome horrible porque era tarde para seguir su consejo.

Federico abrió la puerta para mí, así es que fui yo quien salió primero. Ante mi retorno al ambiente, Meden se puso de pie. Sus ojos se cruzaron con los míos pero me dio la impresión de que él veía a través de mí igual que si yo fuese de cristal, en realidad no me veía a mí sino a Federico.

Federico avanzó hasta él tendiéndole una mano. - Señor Meden, soy Federico Polinni, es un placer recibirlo en nuestras oficinas.

- Gracias por recibirme con a esta hora, señor Polinni, aprecio mucho su gesto.

- No tiene nada que agradecerme.

Intercambiaron un apretón. Los nudillos de Félix Meden se pusieron blancos al apretar la mano de mi pobre jefe; ¿acaso su intención era rompérsela?

El pobre de Federico le dio un buen estirón a sus dedos y al resto de su mano cuando se soltó del agarre excesivo del infame Meden.

- ¿Pasamos a la sala de reuniones?- propuso mi jefe.

Meden miró en dirección a la puerta que le indicaba Federico y luego se volvió hacia mí. No supe descifrar lo que escondía su mirada, mucho menos, atiné a adivinar porqué volvía a reparar en mí.

Imposibilitada de controlarme, volví a sonrojarme esperando que el rubor no se me notase tanto.

La culpa de todo esto sin duda la tenía este silencioso y altivo hombre.

Reconozco que en ese instante comenzó a caerme todavía peor; intuía que su comportamiento era completamente deliberado, seguro que disfrutaba

provocando incomodidad en los demás y que sin duda, le complacía muchísimo hacer que todos los que tuviesen la oportunidad de estar en su presencia, se sintiesen inferiores.

En un gesto algo maniaco, Meden se pasó la mano por el pecho, igual que si tuviese la intención de alisar su camisa y su traje. ¡Como si pudiese existir alguna arruga o imperfección en su vestuario o en cualquier otro elemento de su imagen!

- Sí, claro- le contestó a Federico con el tono más monocorde y ausente que pudiese utilizar un ser humano para poner distancia entre su persona y el resto de los mortales.

¿Quién te crees que eres?- le pregunté mentalmente en un grito malhumorado.

- ¿Puedo ofrecerle algo de beber?- ofreció mi jefe en un tono servicial que tenía un único objetivo: complacer a uno de los hombres más poderosos de la actualidad.

- No, gracias, estoy bien-. Volvió a abrocharse el botón de su saco y así, se olvidó de mí.

- Por aquí, por favor.

- Gracias.

Los dos se dieron la vuelta. Pocos pasos después, las puertas de la sala de reunión se cerraban tras ellos.

De cabeza me lancé hacia mi escritorio, más precisamente en dirección a mi cartera en busca de mi celular.

Adivina quién acaba de llegar para reunirse con Federico.

Apreté enviar y esperé la respuesta de mi amiga.

¿Qué haces allí todavía? Deberías estar en tu casa descansando.

Resoplé.

No me regañes. Félix Meden está aquí.

La respuesta de Valeria tardó y tardó, tal es así que medité llamarla por

teléfono. Justo cuando me disponía a marcar su número, entró su mensaje.

Lárgate a tu casa en este instante. YA MISMO.

¡Ja! Como si fuese mi decisión. Además...

¿Eso último fue un grito?

La respuesta de Valeria no tardó ni veinte segundos en llegar.

Es una orden. Vete a casa.

Le eché un vistazo a las puertas cerradas de la sala de reuniones y luego tipeé el mensaje.

Es un hombre muy EXTRAÑO. No puedo irme a casa.

Además la curiosidad me puede.

Quiero saber a qué vino.

=)

Mientras esperaba su respuesta, me quedé obnubilada observando las puertas. El chillido de mi celular interrumpió mi ensoñación.

No me explico qué puede querer ese hombre con tu jefe.

No permitas que te retengan allí hasta muy tarde.

Es más que EXTRAÑO.

No le prestes atención, no vale la PENA.

VETE A CASA.

Bss

En mi último mensaje escribí que la llamaría al llegar a casa, lo cual en este instante, tenía el sabor del sueño más adorado y lejano (comenzaba a soñar

con mi cama, en quitarme los zapatos y la camisa, en una ducha tibia).

La noche se instaló por completo en la ciudad.

Buen modo de comenzar el fin de semana- me dije a mí misma mientras resoplaba viendo por la ventana, las estrellas brillar recelosas sobre las luces de la ciudad.

La reunión entre Félix Meden se tardaba más de lo que creí que demoraría.

Consulté mi reloj, eran las nueve menos cuarto de la noche.

¿Qué tanto hacían allí?

Los escuchaba hablar pero sus voces sonaban opacas y no lograba captar lo que decían.

Aburrida de la quietud de mi escritorio, de vagar por internet sin rumbo alguno, decidí levantarme, llamaría a la puerta y le pediría a Federico, permiso para irme a casa, no tenía caso alguno que permaneciese allí, mucho tiempo más, sin nada mejor que hacer que mirar el techo.

Comenzaba a empujarme con las piernas para levantarme de la silla cuando la puerta de la sala de reuniones se abrió. Literalmente me tiré otra vez sobre mi asiento y procuré disimular tanto mi sueño cuanto la sorpresa de ver la puerta abrirse.

Félix Meden hizo una nueva aparición triunfal, otra vez solo. ¿Por qué no lo acompañaba Federico?

Meden cerró la puerta detrás de sí; en cuanto lo hizo y se volvió, sus ojos se fijaron en los míos. Avanzó en mi dirección sin desviar la mirada ni por un segundo.

Supongo que es físicamente imposible que algo así suceda, sentí que me encogía sobre mi asiento, quedando reducida al tamaño de un poroto y todo por qué: por culpa de su despiadada mirada, de la potencia y contundencia de sus ojos azules, de la rigidez de su rostro.

No fue adrede, simplemente no pude controlarme, mi pulso se disparó a las nubes y comenzó a costarme respirar, igual que si el oxígeno escaseara.

Sin liberarme del peso de su mirada, se plantó al otro lado de mi escritorio, en el más completo silencio, desabrochó el botón de su chaqueta y rebuscó algo dentro de uno de los bolsillos internos de ésta.

Era algo rectangular y pequeño que depositó frente a mis heladas manos, sobre el escritorio.

Una tarjeta personal con su nombre y un número de teléfono.

Alcé la mirada otra vez hasta sus ojos.

- Siempre es un placer conocer a un admirador de Bach-. Dicho esto, me



sonrió. Bueno, en realidad no fue una sonrisa con todas las de la ley, simplemente una mueca que le quitó algo de rigidez y frialdad a su bello y perfecto rostro-. Hasta pronto.

¿Hasta pronto?- chillé dentro de mi cabeza-. ¿¡Por qué me dejaba su tarjeta?!

¿Qué?!

Mi cerebro se trancó.

- Hasta...Hasta pronto-. Logré articular por fin.

Meden pegó la media vuelta, y sin despeinarse, desapareció de mi vista.

- Gabriela. ¡Gabriela!

Mierda, Federico no sonaba muy feliz.

Con las piernas todavía en estado gelatinoso, salí disparada rumbo a la sala de reuniones.

- ¿Si, Federico, que puedo...?

Federico siquiera me dio tiempo a hacer otra cosa que asomar la cabeza dentro de la sala.

- Pasa y toma asiento, por favor. Tenemos que hablar.

La sangre se me escurrió del rostro en aquel instante. ¿Meden lo convenció de

echarme? ¿Me despediría!- solté horrorizada dentro de mi cabeza, intentando organizar mis pensamientos. ¿Cómo haría ahora para pagar mis cuentas?

¿Cuánto tardaría en conseguir un nuevo empleo? ¿Debía aceptar el trabajo ofrecido por el padre de Valeria? Si no encontraba otra fuente de ingresos pronto, debía hacerlo, no quería dejar mi departamento, mucho menos tener que volver a mudarme de mi padre y...- mi corazón se encogió-, ¿qué pasaría con mi libro?

Justo delante de mis ojos, vi mi oportunidad esfumarse así sin más.

Cerré la puerta detrás de mí, las manos me temblaban y...hablando de manos: en un fogonazo volvió a mí, la imagen de las manos de Meden moviéndose en

busca de su tarjeta. ¿Para qué me la dio?- me pregunté sin entender absolutamente nada. Seguro no sería para que lo llamase y le pidiese trabajo.

¿O sí? ¡No, no podía ser eso! Debía ser para Federico pero...Noté que Federico tenía muy mala cara, una de entre enojado y angustiado. ¿Qué sucedió aquí?

- Toma asiento, por favor- pidió otra vez, apartando la silla a su izquierda.

Rodeé la mesa y fui a sentarme donde me indicó.

Federico se tomó un instante antes de hablar, primero, inspiró hondo un par de veces.

- ¿Sabes que confió en ti, no es así?

¿Qué?

- Sí- contesté dubitativa.

- Que valoro tu trabajo y esfuerzo- continuó diciendo-, que sé que no es esto lo que quieres hacer por el resto de tu vida.

¿Esto? ¡Sí, claro, ser asistente de un editor!

Asentí con la cabeza.

- Nunca lo expresé de este modo, bien, en realidad nunca lo discutimos en profundidad; mis expectativas con respecto a ti, van mucho más allá del trabajo que haces aquí.

Por un instante todas las ideas se mezclaron dentro de mi cabeza. ¿De qué me hablaba?

- Tienes mucho potencial, Gabriela. El texto que me diste para leer el otro día me sorprendió, gratamente.

¡Ah, eso!- suspiré aliviada pero al instante, mi estómago se retorció de los nervios. ¡Me echaría, sin importar cuantas flores y elogios arrojase sobre mí, sobre mi trabajo, sobre mi libro, me echaría!

No fui capaz de articular ni una palabra.

- No me agrada ni un poco la idea de verte partir, de desprenderme de ti.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Al instante odié a Meden con todas mis fuerzas; bueno, en realidad simplemente deseé odiarlo. No resultó exactamente así. Enfurecí. ¿Por qué me hizo esto, qué placer podía encontrar en arrebatarme a alguien su trabajo, su sustento?

Insensible, es un insensible- me repetí a mí misma una y otra vez, a modo de mantra.

- Espero que entiendas que esto es lo mejor para los dos y que lo aceptes como una oportunidad.

¿Una oportunidad para qué?

En este instante no me iba demasiado aquel dicho que muchos empresarios enarbolan cuando las cosas se ponen mal: aquello de que en la crisis se encuentra la oportunidad no me daba demasiado ánimo en este instante.

- Federico... Federico yo no...- no sabía qué decir o cómo disculparme.

- Sé que no es una situación muy ordinaria y que sin duda, nos toma a los dos por sorpresa.

- Por favor, Federico...

- Meden quiere que te encargues de su proyecto.

¿Que qué?!

- ¿Qué...cómo? ¿Perdón?- una lágrima se escapó de mi ojo derecho.

- ¿Por qué lloras? Gabriela, qué sucede.
- No me echas, por favor, Federico, te lo ruego.
- ¿Echarte, por qué habría de echarte, no prestaste atención a lo que acabo de decir? Me va a costar horrores soportar tenerte lejos de aquí. No voy a echarte- me escrutó con el entrecejo fruncido. Meden quiere que escribas su biografía.
- ¿Qué?- mi cerebro se frenó en seco. ¿Yo, escribir una biografía? ¿La biografía de Félix Meden? ¿Una biografía? Pero...además... ¿qué biografía si ese hombre no tenía mucho más edad que yo, quizá, como mucho, unos cuatro o cinco años? ¿Las biografías no deberían tratar sobre hombres mayores, pensantes, de esos hombres casi ancianos que han dejado detrás de sí, un camino en verdad meritorio y laudable? Bueno, con lo de “hombres” me refería tanto a hombres cuanto a mujeres. Pero... seguro no deberían ser sobre jóvenes empresarios que en su corta y banal vida no han hecho otra cosa que acumular bienes materiales y fortuna en todas sus formas, sobre hombres que tratan al resto de la humanidad igual que a objetos de descarte y...- luego de semejante acelerada, mi cerebro volvió a patinar en la frenada-. ¿Por qué yo? Federico se encogió de hombros.
- En realidad lo no sé, vino porque quería que lo asesorase en la búsqueda de un buen biógrafo, le sugerí a Roberto y a Natalia pero él de repente me preguntó por ti.
- Tragué saliva. ¿Por mí?
- Le dije que eres la asistente más eficiente que he tenido jamás y que lo que más me entusiasmaba de ti es que sé que un día serás una gran escritora. Me puse roja de vergüenza y mi pulso se aceleró otra vez. Aquellas palabras no las escuchaba nada más que en sueños, o mejor dicho, en delirios, en lo que deseaba que mi vida se convirtiese, en la realidad que, en lo profundo de mí, temía que jamás se concretase.
- Quizá no debí hablar tan bien de ti- me dijo sonriendo-. Ahora voy a tener que echarte de menos por un tiempo.
- Federico...yo...Esto es...
- Es la oportunidad de tu vida y no pienso interferir, sería un maldito si te prohibiese hacerlo, además, no soy quién para prohibirte nada. No me agrada prescindir de tu ayuda pero negocios son negocios y además, será bueno para ti.
- ¿Bueno para mí? Federico, no sé nada de escribir biografías y además... Federico despegó un pequeño rectángulo de papel y arrastrándolo sobre la

pulida superficie de la mesa, lo colocó frente a mí-. Es un pequeño adelanto por tu trabajo.

Bajé la vista hacia aquel papel. Era un cheque. Un cheque con muchas cifras, siquiera logré contarlas del pasmo.

El cheque llevaba mi nombre escrito de puño y letra de quién lo firmaba. Una letra preciosa, elegante y al mismo tiempo juvenil.

La firma tenía su estilo.

## Félix A. Meden

- Es un adelanto por tu trabajo- explicó Federico-. Meden le pagará a la agencia lo mismo, por tus servicios. Además de eso, continuarás cobrando tu sueldo-. No mencionó a cuánto ascendería la suma final por el concepto de tu trabajo pero sí insinuó que esto- le dio unos golpecitos al cheque con las yemas de sus dedos- no era más que un modesto adelanto.

Este “modesto adelanto” pagaría casi un año de alquiler de mi departamento. Exclamé dentro de mi cabeza todos los insultos que conocía.

- Es la oportunidad de tu vida, Gabriela. También es la oportunidad de la agencia para terminar de despegar. Son pocos los que obtienen el beneplácito del Señor Meden-. Federico hizo rodar su silla hasta mí, sus rodillas quedaron a pocos centímetros de las mías-. Por favor, Gabriela; no puedo obligarte a aceptar pero sí puedo rogarte- me sonrió entre divertido y pícaro-. Será como mucho por un mes o dos unos, te ayudaré con lo que necesites. ¡Por supuesto que no pienso dejarte sola en esto! Todos queremos que resulte bien.

¿Entiendes lo que significa ganarse la confianza y aprobación de ese hombre?

- Lo que no entiendo es por qué quiere que escriban una biografía sobre su persona. ¿Cuántos años tiene? No más de treinta, eso seguro.

- Con todo lo que ha experimentado, por lo que escuché de él, debe tener tanta historia para contar como tendría un hombre de ochenta años. Es igual que si hubiese vivido más de un par de vidas.

- No puedo hacerlo...no sabría cómo, además...- le lancé un vistazo al cheque, la suma tenía un sabor obsceno tomando en consideración que se suponía, no era más que un adelanto.

- ¿Además qué?

¿Además sentía que intentaban comprarme?

Me grité a que aquel pensamiento no era más que una ridiculez, un infantilismo; era un trabajo, negocios. Para Meden la vida era eso, ¿no?,

negocios, dinero; bueno, y quizá también fama.

Me quedé con la boca abierta sin poder decir nada.

- Gabriela, no es tan descabellado que el Señor Meden te quiera a ti, cualquier otro biógrafo tendría ya su fama y supongo que él no desea que nadie opaque su brillo- sonrió abiertamente-. Debe querer ser la estrella de todo el proyecto. Sí me lo preguntas, esto tiene sabor a una maniobra publicitaria, Meden debe estar buscando algo de aprobación, eso es todo; pese a su dinero y posición, digamos público no lo ama precisamente.

- ¿Para qué podría querer la aprobación del público?- si en realidad tenía todo el aspecto de despreciar al resto del mundo.

Federico se encogió de hombros otra vez.

- Quiere algo de publicidad es todo. Gabriela, seguro lanzará algún nuevo proyecto de aquí a un par de meses y debe de estar a la caza de atención. Ese sujeto no debe saber cómo vivir alejado de los flashes.

La observación de Federico me pareció algo más que desacertada, dudaba que los flashes hiciesen a Meden feliz, es más, creo que no le agradaban ni un poco. Por lo general, más allá de las fotos posadas para eventos formales o de negocios, cada vez que una lente lo atrapaba, el sujeto se veía incómodo o algo perdido; bueno, al menos esa impresión me había dado a mí.

- Desea que empieces cuanto antes.

Alcé la cabeza y lo miré; todo esto me había dejado increíblemente confundida.

- Si aceptas, claro-. Federico apretó los labios-. ¿Aceptarás?- contuvo la respiración-. No me cabe la menor duda que puedes lograrlo, Gabriela. Te lo repito, serán unos meses y luego podrás continuar con tu libro y con tu vida, con una nueva vida, porque después de esto, todo cambiará para ti, cambiará para todos.

Todavía en shock por el ofrecimiento de Meden, sentí las manos de mi jefe, rodeando las mías, dándoles un ligero apretón. Su rostro mostraba una mueca seria y tensa, por supuesto, no tan tirante ni fría como la de Meden (ningún rostro se parecería al suyo, ni siquiera, si procuraba imitarlo).

- Gaby, las cosas están difíciles, lo sabes, la crisis afecta a todos- sonrió-. Prometió invertir en la agencia si aceptas su propuesta.

Oh, no; ciertamente no me agradó que me colocase en esa posición.

- Necesitamos el apoyo monetario de Meden tanto como ser ligados al nombre de Meden Holdings-. Esperó un momento-. Por favor- rogó sin siquiera intentar esconder su tono de súplica-. Prometo que luego, haré todo lo que se

encuentre en mi mano, y a disposición de la agencia, para ayudarte con tu libro.

Si bien sus palabras no eran descabelladas, a mí me sonaron mal, casi como un soborno.

- Es una oportunidad única, tanto para ti, cuanto para nosotros. Imagino que conoces la reputación de Meden: todo lo que toca lo convierte en oro, igual que Midas.

Midas...Meden...

- Al menos dale la oportunidad. Me dijo que te dejaría su número para que te pongas en contacto con él, quiere conversar contigo. De verdad está muy interesado en que escribas para él.

Su tarjeta descansaba en este instante sobre mi escritorio.

- Dejaré que lo pienses con calma durante el fin de semana- un Federico, cargado de ansiedad, se levantó de su silla y rodeó la mesa para ir a apagar el aparato de música el cual se había quedado en silencio antes de que yo entrase-. Sí, piénsalo el fin de semana, con calma, más descansada. Meden pidió una respuesta para lo antes posible pero me figuro podrá esperar hasta el lunes-. Federico se tomó de la mesa de apoyo sobre la cual descansaba el aparato de música y la computadora que utilizábamos para las presentaciones-. Duerme, descansa, tómate tu tiempo y piénsalo bien. No tienes que leer esos manuscritos, que medites sobre la oferta de Meden es mucho más importante que cualquier manuscrito. Eso puede esperar.

Todavía desconcertada y en estado de shock, me levanté de mi silla.

¿Escribir para Meden? ¿Una biografía? ¿¡Por qué yo?! ¿Acaso no había dado suficiente mala impresión? ¿Cuando entró silbaba alegremente y luego...luego me comporté igual que si mi cerebro no funcionase! ¿Por Dios, si aceptaba escribir para él cómo haría para comportarme de un modo decente!

Me dije que mi desastroso comportamiento era producto de la sorpresa, que no sería siempre así, ¡yo no solía ser así!

Fue la sorpresa y el cansancio- me dije para calmarme un poco.

- Vete a casa, duerme y mañana dedícale el día a meditar sobre tu futuro. Gaby, le conté a Meden que tienes un libro entre manos, insinuó que te apoyará en eso cuando termines de trabajar para él- Federico hizo una pausa-. Es la oportunidad de tu vida, sigue mi consejo, el cual te doy no como tu jefe, sino como tu amigo. Acepta, tienes todo para ganar aquí, y nada que perder.



### 3.

**Salí de la sala de reuniones** luego de darle las buenas noches, de prometerle que lo pensaría.

Sí, era la oportunidad de mi vida, y por eso todavía no lo podía creer. Nunca esperé que algo así me cayese casi del cielo y supongo que por eso, no se sentía del todo bien o correcto. Siempre pensé que sería difícil, casi imposible pero que si lo lograba, si conseguía publicar o incluso vivir de mis libros, se debería a mi trabajo y esfuerzo; esto en cambio, era demasiado perfecto... demasiado imperfecto: el dinero...él, el apoyo a la agencia. ¿No era ideal eso? ¡¿Qué más podía pedir, sino algo así?!

En este instante, un avión podía caerme encima y ni siquiera lo sentiría.

Caminé hasta mi escritorio y apagué la computadora.

Levanté mi cartera y la coloqué sobre el escritorio, mis ojos fueron solos hasta su tarjeta. Diría que con algo muy próximo al miedo, la recogí con la punta de los dedos. La cartulina era sedosa, de aspecto costoso y elegante.

Su nombre... un número de celular.

Imaginé que serían muy poco los mortales que sostuviesen entre sus dedos, semejante costoso pedazo de información.

Las rodillas me temblaron por un segundo.

- Gaby.

Me di la vuelta.

- Te olvidabas esto-. Deteniéndose a pocos pasos de mí, me extendió el cheque.

¿Qué se suponía que haría con eso?

- Es tuyo- insistió acercándolo todavía más a mí. Reconozco que me aparté del papel igual que si fuese una serpiente venenosa-. Olvidé aclarar que él dijo que de cualquier modo, era tuyo, aceptases el trabajo o no.

Me atraganté con saliva. - ¿Cómo?

- Por las molestias que pudiese ocasionarte meditar su propuesta.

- ¿Es broma?

Negó con la cabeza. - Es tuyo, en teoría puedes depositarlo cuando quieras.

La mano no paró de temblarme pese a que puse todo de mí para reafirmar la



condición de mi pulso. Tomé el chequé.

No podría cobrarlo, definitivamente no lo cobraría hasta que decidiese si haría el trabajo, o incluso hasta que, en caso de aceptar, terminase de definir con el propio Meden, cual sería mi paga (la mera insinuación de exorbitantes sumas de dinero me ponían incómoda, incluso a sabiendas de que para el director de Meden Holdings, no sería más que calderilla).

Sin pensarlo demasiado, arrojé el cheque y la tarjeta de Meden dentro de mi cartera y manoteé mi abrigo de la silla.

- Tengo el auto abajo, puedo acercarte a tu casa si quieres.

- No, gracias, prefiero...- mis latidos desacompañados me complicaba la respiración- prefiero caminar un poco, tomar algo de aire.

- Pero ya se hizo de noche.

- Voy a estar bien.

-¿Segura?

Le contesté que sí con la cabeza.

- Llámame mañana, si quieres, podemos tomar un café y conversar sobre esto.

Me gustaría poder convencerte de que es una oportunidad que no deberías dejar pasar-. Federico me sonrió-. En verdad lo es, Gabriela.

- Gracias, por lo pronto creo que me vendrá bien tomar un poco de aire y estirar las piernas.

- Claro, claro- Federico se hizo a un lado para abrirme paso.

- Hasta el lunes.

- Hasta el lunes. Llámame si me necesitas.

Moví la cabeza de arriba abajo. - Buenas noches- dije y luego salí. Necesitaba aire, desesperadamente.

Por desgracia, no resultaría tan sencillo obtenerlo.

En cuanto las puertas del ascensor se apartaron, enseñándome el amplísimo espacio de la planta baja, un par de ojos se fijaron en mí, unos mucho más amables que los de Meden.

Juan salió de detrás del mostrador. Su rápidos pasos repiquetearon sobre el claro piso de mármol en el que se reflejaban los haces de luz de iridiscencia entre azul y rosa, de la iluminación que puntualizaba la atención de los transeúntes en determinados focos de atención. Uno de esos era una escultura de hierro de un hombre y una mujer, avanzando hacia lo que parecía, un futuro feliz y esperanzador. El hombre rodeaba los hombros de la mujer con uno de sus brazos, y con su otra mano, la tomaba a ella mientras que ella, con un grácil brazo extendido hacia adelante, le enseñaba el camino a seguir. Amaba

esa enorme escultura de tamaño natural, la amé desde el primer día que puse un pie aquí; me parecía enternecedora la imagen que brindaba, dulce, sobre todo por la forma en que el cuerpo del hombre rodeaba el de la mujer, como protegiéndola pero al mismo tiempo, dándole espacio para que ella lo guiase hacia el lugar al que él deseaba llegar, como si ella enseñase un camino desconocido.

La entrega de cariño era mutua, un intercambio apasionado que ella correspondía con un firme apretón de manos, porque, si uno se fijaba bien, era la mano de ella la que rodeaba la de él, con su pulgar como acariciando los nudillos de su amor.

Aquella imagen me provocaba una fuerte presión en el pecho, más precisamente sobre el corazón.

- ¿Quién era el sujeto?- disparó sin mayores preámbulos.

Las puertas de ascensor quedaron abiertas detrás de mí, aquí abajo reinaba el silencio, estaba fresco y algo oscuro, afuera, al otro lado de las altas e interminables placas de cristal, la noche era dueña y señora de todo.

Quizá de todo lo que no fuese patrimonio de Félix Meden.

- ¿Alguna vez oíste hablar de Félix Meden?

- Mmm...no, creo que no. ¿Debería haber oído hablar de él?

- No necesariamente. Félix Meden es un hombre de negocios.

- Un hombre de negocios muy importante, por lo visto. Afuera había dos automóviles esperándolo. Dos sujetos más bajaron de los autos y se pusieron a rondar frente a la puerta mientras otras dos personas entraron con él.

¿Seis personas de seguridad? Por lo visto Meden era incluso mucho más importante de lo que creía.

Deber ser inmensamente rico si puede costear semejante despliegue- pensé y entonces recordé el cheque que cargaba en mi cartera-. Calderilla, cambio, una insignificancia, una humilde donación para mi desastrosa y pobre existencia.

Ni bien terminé de articular aquel desgraciado pensamiento me reprendí; mi existencia no era pobre, ni tan desastrosa. Sí, no tenía dinero, pero acumular dinero nunca fue una prerrogativa en mi vida, mucho menos a ese nivel, mucho menos si implicaba tener que movilizarme de aquí para allá con seis personas de seguridad.

¡Vágame Dios, no poder salir a dar un paseo sin tener a alguien siguiendo tus pasos, cuidando de ti!

Imaginé que Meden no debía saber lo que era la libertad. Sentí pena por él,

otra vez.

No, pensé luego, quizá todo ese despliegue no sea más que una pose, para hacerse ver más importante.

Y...pensándolo bien, tampoco era pobre, tenía a un padre que a su modo, me amaba, a una amiga incondicional y a la familia que venía adherida a ella, la cual desde el primer día me acogió con los brazos abiertos, y por sobre todo, tenía mi pasión por escribir, la cual bien podía no servir para nada en términos prácticos, para mí, era una fuente de energía inagotable, una compañía que jamás me defraudaba, una forma de expresarme, de ser yo misma, de sentirme libre e infinita, inmortal, sin barreras, grande y fuerte. Nadie podría arrebatarme eso, siquiera Meden, por todo el dinero del mundo.

Me pregunté si él experimentaría un sentimiento semejante por algo. Lo fría de su mirada me empujaba a creer que no.

La pena regresó otra vez, y con la pena, nació la curiosidad, bueno, en realidad la curiosidad ya estaba allí desde que me topé con su fotografía en el diario. No entendía quién era él, y cómo es que era eso, fuese lo que fuese; qué sentía, porqué sus ojos tenían esa expresión tan dura, por qué parecía ser incapaz de sonreír, qué placer le daba su dinero, o verse enfocado por los flashes de las cámaras, por qué se casaría con una mujer de la cual daba la impresión de encontrarse a kilómetros de distancia, por qué necesitaba que yo, una don nadie, escribiese su biografía si nunca antes, una palabra sobre su pasado o su vida privada (más allá del anuncio de su compromiso), había sido pronunciada jamás.

Así, sin más, necesité entenderlo.

Qué mejor que tener la oportunidad de escribir la biografía de alguien para entenderlo.

En ese fugaz instante supe que sin importar cuanto me incomodase su presencia, cuanto costase dejar a un lado mi libro, o incluso a mi trabajo y a Federico, aceptaría el encargo de Meden. No era por dinero, ¡si el maldito cheque pesaba una tonelada dentro de mi cartera! Era por entenderlo a él, por entenderme a mí y a mis reacciones frente a su presencia.

¡Por Dios, lo haría, no tenía forma de resistirme a eso!

Este trabajo era en parte lo que quise siempre: un personaje que me ayudase a comprender al resto de la humanidad, una cabeza distinta a la mía en la cual meterme para intentar entender al mundo y a las cosas que suceden en él, para entender el amor, el odio y sus motivaciones.

- ¿A qué vino, qué quería de tu jefe?

- Vino a hacerle una propuesta de trabajo.  
- ¿Es escritor?  
- No, quiere que escriban algo para él-. No podía contarle más, Federico no había dicho nada de mantener el asunto en confidencialidad, entendía que así debía ser.  
- El sujeto entró muy serio pero salió con una sonrisa de oreja a oreja que no le cabía en el rostro, supongo que las cosas fueron bien.  
- No lo sé, ya lo veremos.  
Juan me escrutó un momento. - ¿Estás bien? Te ves...  
- Cansada- solté interrumpiéndolo-. Agotada, es todo. Necesito dormir un poco.  
- Trabajas demasiado.  
- Mi trabajo me gusta. Estoy bien- me incliné sobre él y estampé un beso en su mejilla-. Que tengas un buen fin de semana, nos vemos el lunes.  
Supongo que Juan esperaba alguna palabra más, y que por eso, se quedó igual de duro que la escultura que tanto me gustaba, sobre el impecable mármol del piso.  
Salí del edificio sin mirar atrás, entusiasmada y al mismo tiempo asustada por la decisión que acababa de tomar; no tenía ni la menor idea de cómo haría esto, de cómo me plantaría frente a Meden, de cómo escribiría sobre su vida, sobre su pasado.

Caminé un par de cuadras y tomé un poco del fresco de la noche, embebiéndome de ésta hasta que mis pies enfundados en zapatos no demasiado adecuados para caminar largas distancias, dijeron “hasta aquí llegamos”, entonces me acerqué a la parada de colectivo más próxima y esperé el que me dejaría a dos cuadras de mi departamento.

Media hora más tarde entraba en mi hogar. Ni bien cerré la puerta, me deshice de los zapatos, fui hasta mi cuarto y de camino allí, encendí un par de luces y puse música, de la noche anterior había quedado en el equipo, un cd de una solista femenina, música agradable y tranquila a cargo de una voz algo infantil y muy dulce.

Dejé los zapatos a un lado, me quité la camisa y los pantalones, me eché encima la vieja remera vieja.

De regreso al living, manoteé mi celular de dentro de mi cartera, la tarjeta de

Meden salió también, algo doblada y por desgracia, también el cheque. Suspiré sin tener la menor idea de qué hacer con aquellos dos pedazos de papel. Al final, se quedaron sobre la mesita del café mientras yo enchufaba el celular al cargador y éste a la corriente.

Fui hasta la heladera, busqué el agua, un vaso y lo que pudiese ser ingerido a modo de cena, esto es: un trozo de queso, algo de pan y una banana.

De regreso al sofá, me llevé conmigo el teléfono de línea.

Marqué uno de los pocos números telefónicos que sabía de memoria.

- ¿Interrumpo algo, cenaban?

- Hola, Gaby, no para nada, recién terminamos de comer. Mi adorable novio se encarga de los platos mientras yo estoy tirada en el sofá mirando la tele.

- Hola, me alegra no interrumpir.

- Recién llegas-. No me lo preguntaba, lo afirmaba.

- Recién- respondí.

- ¿Tienes de cenar?

- Pan, queso y fruta, no había nada más en mi heladera, prometo que mañana voy de compras.

- Tengo la firme intención de ser testigo de eso, mañana a la tarde paso por ti en el auto para llévate al supermercado, me importa un cuerno si tienes que leer cinco manuscritos. Es más importante tu salud, y que a Federico ni se le ocurra reprocharte nada o le diré a Manuel que le imponga una demanda por...

- Alto, algo, alto, Vale. No te ofusques, creo que al fin y al cabo, no voy a tener que leer esos manuscritos.

Mi amiga permaneció en silencio un momento. - ¿Y eso a qué se debe? No me digas que tuvo el coraje de despe...

¿Despedirme? Eso mismo creí yo que haría.

- No, no me despidió.

- Ah- se calmó un poco-, menos mal, ya buscaba el celular para llamar a Manuel.

- Tu hermano no es abogado laboral.

- No importa, él te defendería de cualquier modo.

Sé que sí, Manuel era un verdadero amor, no tan cándido y con aire de santo cuanto tenía aquel aura que rodeaba a Lautaro, el novio de Vale, pero, sí sabía que podía contar con él incondicionalmente, igual que con cualquiera de los otros miembros de la familia de mi amiga.

- Tranquila, Federico no me despidió y dudo que eso esté en sus planes.

- Sí, porque sabe que ni en mil años encontraría a alguien que trabaje del

modo en que...

- Vale, no te llamé para discutir eso. Tengo algo que contarte.

- ¿Sí?

- Mmm...- juro que incluso a través de la línea telefónica, noté que sonreía.

- Amiga, que bueno escuchar eso.

- Vale, me parece que te encaminaste para cualquier lado. No sé qué crees que...

- Te noté entusiasmada.

- Sí, y lo estoy, bueno, eso creo, más que nada estoy nerviosa, y tengo algo de miedo y...- un montón de sentimientos y sensaciones copaban mi organismo-. Es que algo pasó, la historia no tiene mucho sentido, en realidad no tiene coherencia alguna...es extraño, igual que él, como sea no pienso permitir que eso me arredre, creo que es una buena oportunidad, además, como bien dijo Federico, no tengo nada que perder y por qué negarlo, el dinero no me vendrá nada mal.

- Perdón, ¿qué?

- Meden vino a ver a Federico para que le recomendase a un buen autor de biografías y al final, no sé cómo, terminó preguntando por mí; Fede le explicó que escribo y entonces él me pidió a mí. Tengo sobre mi mesita del café, una tarjeta con su número de teléfono y un cheque en concepto de adelanto por mi trabajo el cual alcanzaría para pagar un año de alquiler de mi departamento. Y además no tengo que renunciar a mi trabajo, Federico me explicó que seguiré cobrando mi sueldo y que mi trabajo continuará allí para mí, cuando terminé el libro; va a ayudarme con la biografía y además con mi libro. Mi jefe dice que Meden también insinuó que me ayudaría con el libro y además por lo visto, le va a dar un empujón a la agencia, tanto monetariamente como con un soporte por parte de su nombre y empresas. ¿Qué es lo que ese hombre no puede hacer? Es tan raro. Me da curiosidad lo que le pasa por la cabeza cuando se queda así en silencio, porque es cierto, apenas si habla...y esa mirada... ¿será que vive enojado o es que es un amargado? ¿Qué sabes de él? Cuida demasiado de su imagen para ser heterosexual pero la verdad es que pensándolo bien, no parece gay. No sé qué pensar; es difícil estar en su presencia. ¿También hizo que te sintieses incómoda? Bueno, quizá sea simplemente que yo no sé...no es novedad que soy un desastre con los hombres. De cualquier modo este tipo no es un hombre cualquiera. Creo que empiezo a observarlo igual que a un proyecto de ciencias o algo así. No estoy segura de si lo voy a soportar pero...

- ¿Qué significa esa verborragia y qué...una biografía...de Meden? Eso no tiene ni pies ni cabeza.
  - Lo sé pero...
  - No te involucres con Meden.
  - ¿Qué?
  - Mantén a Meden lo más lejos de ti que puedas.
  - Pero...Vale...sí, todo es un poco apresurado y raro, el sujeto me entregó un cheque con muchas cifras, el cual según me dijo Fede, puedo cobrar el lunes mismo, solamente por haberme molestado en sopesar su oferta.
  - Le sobra el dinero- soltó mi amiga en un tono ácido.
  - Imagino que sí, llegó con seis personas de seguridad. ¿Lo puedes creer? Semejante despliegue de...
  - ¡¿Para qué puede querer Meden que alguien escriba su biografía?! Eso es ridículo- soltó mi amiga interrumpiéndome.
  - Sí, a mí también me lo parece. Sinceramente, no me importan demasiado sus razones, ya sea por publicidad o porque quiere levantar su ego, porque no tiene nada mejor que hacer con su dinero o por...no sé, por lo que sea. Siento curiosidad por entenderlo. Quisiera poder escuchar lo que tiene para contar.
  - Dudo que pueda contar verdad alguna.
  - Sí que no te agrada ni un poco- me burlé.
  - Que haga de su vida lo que guste mientras te deje en paz.
  - Vale, creo que voy a decir que sí, que lo haré-. Lo haría-. Fede me dijo que lo pensara tranquila durante el fin de semana pero sé que diré que sí-. Será bueno para todos.
  - No lo creo.
  - Sí todo sale bien, tendré más tiempo para escribir.
  - ¿A sí, y eso cuándo será, mientras escribes su biografía y cumples con las tareas que te encargue Federico?
  - No, luego; Federico también prometió ayudarme con mi libro. Sí la biografía sale primero, ya no seré una desconocida en el medio; espero poder dar lo mejor de mí con la biografía y que después...
  - No necesitas escribir ese libro, papá puede darte una mano mañana mismo y lo sabes, no necesitas ni de Meden ni de Federico.
- Noté que Valeria se atragantaba al hablar.
- ¿Por qué te cae tan mal? Quizá cuando lo conociste no tenía una buena noche. El silencio reinó al otro lado de la línea.
  - Simplemente porque no es un buen hombre.

- ¿No crees que cumpla con su palabra, que vaya a apoyarme luego con mi libro?
  - No lo sé.
  - Supongo que voy a intentarlo, de cualquier modo.
  - Gaby...
  - Si no cumple con su palabra te tengo a ti y a Manuel para defenderme luego.
  - ¿Por favor?
  - Lo siento, no puedo decir que no, no quiero decir que no.
- A través de la línea se filtró la voz de Lautaro, llamando a su novia.
- Tengo que irme, creo que mi novio se cortó un dedo. Paso por tu casa mañana después del mediodía y lo conversamos tranquilas, ¿sí?
- Evité decirle que era una decisión tomada.
- Claro, hasta mañana.

Luego de acabar mi improvisada cena, sin silenciar a Corelli, encendí mi laptop. Mientras el sistema alistaba los programas, comí mi banana abstraída por completo, rememorando su llegada a la oficina de la agencia.

Sé que no pude darle una buena impresión y al mismo tiempo supongo que algo debe haber cambiado eso luego, no algo que yo hice, imagino, porque no tuve oportunidad de demostrar absolutamente nada frente a él; quizá si hubiésemos conversado un rato; Meden sin duda no era del tipo conversador, ¿o sí? ¿Le daría vergüenza estar en presencia de desconocidos? No, eso no podía ser cierto, me resultaba muy difícil imaginarlo inhibido frente a la presencia de ser humano alguno.

¿Sería responsabilidad de Albinoni de Bach?

No, no se puede formar una opinión de una persona por la música que escucha. No es razón de suficiente peso para nada; tampoco los cinco minutos que estuvimos frente afrente.

¿Por qué me escogiste a mí, Meden?- le pregunté al tiempo que escribía su nombre en Google.

Obtener más de trescientos sesenta y cuatro millones de resultados en menos de un segundo me pasmó.

- Veamos qué podemos averiguar de ti- entoné en voz alta, mientras revisaba la lista de resultados. Por supuesto, todas las noticias resultantes de la búsqueda, tenían que ver con su reciente compromiso, de hecho, las primeras cuatro páginas eran reportes de diversos medios periodísticos, desde los más



serios, hasta los que solamente se ocupan de seguir a los ricos y famosos. No sé muy bien qué es lo que esperaba encontrar, no sin duda que su compromiso fuese tema de discusión hasta en un periódico de China. Descarté la idea de utilizar el traductor y fui directo a una nota aparecida en la versión digital de un periódico inglés que mayormente cubría noticias de financieras. El artículo era breve: la pareja había anunciado su compromiso en bla, bla, bla; ella esperaba celebrar la boda muy pronto, él decía encontrarse muy a gusto con su decisión...

¿A gusto con su decisión? ¿No sería de esperar que más que a gusto, estuviese feliz?

Meden, sí que eres un insensible.

- El compromiso de la joven pareja, ella de veinticinco años, él veintinueve... Eres muy joven para ser poseedor de una mirada tan fría y seria- le dije mentalmente.

La unión implicaba además, la consolidación del enlace entre una de las empresas de Meden, una constructora con base en Abu Dhabi y el estudio L de arquitectura de Londres.

- Con que eso era-, le dije a la fotografía de Meden y su novia, la cual regía casi toda la pantalla de mi computadora-: negocios. De ahí viene eso de que te sientes a gusto con tu decisión-. Suspiré escrutando sus ojos-. ¿Cuántos millones ganarás con esa unión Félix?-. Tamborileé mis dedos sobre mis labios-. Es que no hay misterio en ti, ¿simplemente es eso: dinero?

No sé por qué, me costaba creer que así fuese.

Sacudiendo la cabeza para alejar de mí las palabras de aquel artículo, las cuales de refilón, vi se repetían en la mayoría de los textos de reportes económicos, regresé a la página principal de Google y reformulé mi búsqueda.

Félix A. Meden biografía

Tipeé.

¡Ja! Y resulta que este hombre tiene fans.

¿Cómo es que un empresario tiene fans?

Blogs dedicados a él, videos en YouTube, incluso páginas web; ni que hablar de las imágenes, a las cuales me forcé a no prestar atención por el momento, sabía que si terminaba escogiendo la opción Imágenes , me perdería por completo.

- Primero lo primero, Gabriela- me conminé en voz alta.

Me dio risa cuando incluso me topé con un enlace con su nombre, IMDb una página que básicamente se ocupaba de la industria del cine y la televisión. Meden tenía entradas por haber participado en varios capítulos de distintos semanarios televisivos en la televisión americana, incluso en la rusa, también en la inglesa y la china.

Descarté aquella información y me concentré en la biografía que un usuario había subido a dicha página. La autora era una tal LucyCl.

Nombre de nacimiento: Félix Alejandro Meden Brown.

Nacido el veintisiete de marzo; sus padres Margaret K. Brown y Simón A. Meden (de nacionalidades inglesa y argentina, respectivamente). Su padre abogado, su madre arquitecta.

Se crió en Inglaterra; a continuación figuraban las escuelas a las que había asistido.

Me levanté de mi silla y busqué un cuaderno para tomar notas. Estaba tan entusiasmada con esto que tomé uno nuevo, dándole así, definitivamente, el carácter de “nuevo proyecto”.

Estudió economía en Cambridge y participó en algunos cursos en Yale.

Director y fundador de Meden Holdings.

Reconocido coleccionista de arte. Toca la guitarra y el piano.

Paracaidista profesional.

A continuación figuraba una extensa lista de sus logros deportivos: maratones corridas, montañas escaladas, grandes tramos de agua cruzados a nado.

Incluso había competido en dos ocasiones en el rally Dakar organizado aquí en Sudamérica.

Entre sus actividades favoritas figuraba practicar jiu-jitsu y boxeo.

Los saltos al vacío por lo visto, también era su pasión; había saltado en México con los clavadistas del acantilado de La Quebrada (un salto de cuarenta y cinco metros de altura).

Se sabía que también se había tirado la plataforma de *bungee* más alta del mundo, situada en Macao y también Royal Gorge Bridge en Colorado, Estados Unidos, a trescientos veintiún metros de altura.

- Un aventurero- entoné en voz alta-, un aventurero de riesgo. ¿Cómo puedes tirarte de trescientos veintiún metros de altura, Meden? Me pregunto si gritaste y reíste al caer o permaneciste con esa mueca inmutable que llevas acompañada de tu mirada fría y distante. ¿Sentiste algo?- tamborileé otra vez, los dedos sobre mis labios-. ¿Qué es lo que buscas en esas experiencias?, es

eso: ¿sentir algo? Tu apodo debería ser Insensible. Félix A. “Insensible” Meden.

Por supuesto que escribiría su biografía; ahora menos que nunca, desistiría de su oferta.

Salí de aquella página y entré en uno de los blogs en su honor.

La última entrada añadida en aquel blog correspondía a hoy mismo, tenía unas pocas horas posteadas y el titular lo decía todo: “Félix fuera del mercado”.

Título que aludía a su más que reciente compromiso.

El texto que lo acompañaba no constaba con mucho más de una docena de palabras entre las que figuraba su nombre y el de su prometida. Las fotografías de ambos, posando juntos, eran muchas más. Unas correspondían al mismo evento en el que fueron fotografiados anoche, ella luciendo un vestido dorado y beige que tenía algo de aquel vestido usado por Marilyn Monroe , ese blanco con el que aparece de pie sobre la ventilación del subterráneo. A diferencia de aquel, este era largo, con mucha tela cayendo delicadamente alrededor de sus pies.

En contraste de mi escote, el suyo no necesitaba de odiosa ropa interior armada y mullida para crear volumen y su larga y sedosa cabellera le caía cual cascada castaña de reflejos dorados, sobre uno de sus hombros.

Además del enorme anillo de compromiso, lucía en su otra muñeca, una cinta de brillantes y de sus orejas colgaban unos pendientes de infarto.

Jésica Llier era dueña de un rostro entre extremadamente sexy y al mismo tiempo delicado. Tenía una pequeña nariz muy recta, unos labios perfectos, y unos ojos de forma y mirada felina, de un marrón verdoso único.

Su amplia sonrisa era impecablemente blanca.

Pasando a él... Se me escapó un suspiro al contemplar su imagen.

Lo bien le ajustaba aquel vestuario a su cuerpo; la chaqueta de corte moderno, angosto y elegante, remarcaba su ancha espalda y tonificados hombros, llamando la atención también hacia su angosta cintura. Mis ojos se deslizaron hacia abajo por sus largas y bien torneadas piernas; sus zapatos -un tanto puntiagudos- brillaban ante los flashes.

Mi mirada volvió a subir hasta encontrar sus manos, las cuales sin duda, era hermosas, palmas de buen tamaño y unos dedos largos y quizá algo delgados para las manos de un hombre. Noté que sus nudillos sobresalían de sus puños igual que una sinuosa cadena montañosa, una un tanto reacia a enseñarse; por sus ademanes daba la impresión de que no sabía qué hacer con sus manos, en esa foto ninguna de sus manos se encontraba sobre, o siquiera próxima al

cuerpo de su prometida.

- Mmm..., Meden, juraría que tu confianza está plagada de grietas- le dije mirándolo a los ojos. Esos preciosos ojos azules enmarcados por unas cejas de un ángulo perfectamente delimitado que compatibilizaba con el resto de los ángulos y líneas de su rostro.

Obnubilada por la imagen que copaba la pantalla de mi laptop, me recliné sobre el escritorio.

Se me escapó otro suspiro.

Cómo haré esto- pensé-. ¿Cómo haré para permanecer frente a ti sin sentirme frágil y en una situación precaria? Por qué, seamos realistas, mi valentía se me escapa cuando te tengo en frente.

El Félix Meden de la fotografía no respondió.

- Es tú culpa, seguro que provocas el mismo efecto en todas las personas. Ok, me empeñaré en evitar que vuelvas a conseguirlo conmigo; si quieres que escriba tu biografía tendrás que soportar que al menos una persona en este mundo, no se sienta ínfima a tu lado.

Contemplé la fotografía una vez más. Su prometida no se veía realmente afectada por él, no al menos del mismo modo en que me afectaba a mí. ¿Él le afectaría de algún modo? Mmm... ¿es correcto juzgar el tamaño y la naturaleza de una relación y/o amor, por medio de una fotografía?

¡Claro que no!- me regañé a mí misma-. Ni se te ocurra juzgarlos.

Simplemente no lo hagas.

En fin, el asunto es que tendría que encontrar el modo de no perder las riendas del funcionamiento de mi cerebro frente a él. Para no sentirme tan mal conmigo misma me dije que no me sucedería lo mismo cuando lo viese por segunda vez.

Decreté que era suficiente por un día, que lo mejor sería dormir, mañana vería todo más claro y racional.

De repente, parecía que del invierno tan solo nos quedaban lejanos recuerdos. El aire templado fluía al ritmo de una leve brisa perfumada con los primeros aromas de las estaciones más cálidas y vivas del año.

La primavera había llegado apenas unos días atrás y ya no quedaba la menor duda de que el clima comenzaba a cambiar.

Puse un pie en la vereda, saltando el último escalón de la entrada de mi edificio, feliz de calzar mis Converse y de que el sol pudiese acariciar la piel de mis brazos. Cerré los ojos y alcé la cabeza, el brillo del sol traspasó mis párpados colmándome de delicia. Me estremecí de pies a cabeza. De no ser porque Valeria me esperaba dentro de su automóvil estacionado por aquí, en alguna parte, me habría tirado al sol a disfrutar del hermoso día.

Gozaba de mucho mejor humor, y me sentía dueña de enormes cantidades de esperanza y confianza. La noche se llevó un poco de mis miedos y dudas. El reparador efecto del sueño también fue favorecido por mi férrea decisión de no volver a repasar mi desgraciada y patética actuación de ayer por la tarde; me convencí de que no tenía ningún sentido continuar torturándome con eso, Meden me quería a mí para escribir su biografía y si mi pobre desempeño no afectó su elección, menos debería permitir que me afectase a mí a la hora de aceptar su propuesta.

Eché un vistazo a mi alrededor. Difícil no identificar el BMW blanco de mi amiga. Colgándome la cartera del hombro me encaminé hacia mi transporte. Vale tocó bocina en cuanto me vio acercarme.

Desde adentro abrió la puerta del acompañante para mí.

- Buenas tardes, amiga, definitivamente sí tienes mucho mejor aspecto hoy. Tenía razón, necesitabas descansar.

- Hola. Sí, necesitaba dormir; no supe nada del mundo hasta las diez de la mañana y además, para tu felicidad y tranquilidad, remoloneé en mi cama como hasta las once y media o algo así- le contesté mientras entraba en el auto y me acomodaba en la butaca. Aquí dentro sonaba Adele. Con Valeria compartíamos una misma tara: hacer todo, o casi todo, escuchando música.

- Esta mañana hablé con mi papá, está en San Pablo; vuelve el lunes, me dijo que podías ir a visitarlo el lunes mismo, dice que te invita a almorzar, así tendrán tiempo para charlar tranquilos.

- ¿Charlar?- la miré con el entrecejo fruncido-. Valeria- entoné su nombre a modo de advertencia.

- No tienes que perder el tiempo con ese hombre, Gabriela, papá tiene muchos conocidos, puede conseguirte...

- No será perder el tiempo- resoplé-. Amiga, gracias por preocuparte por mí, de verdad que sé que lo haces de corazón y todo-. Negué con la cabeza-. No voy a hacer que tu papá pierda el tiempo por mi culpa; tiene mejores cosas de las que hacer que convencer a alguno de sus conocidos para que me publiquen.

- No será eso, solamente te presentará a algunas personas.

- No es necesario.  
- No necesitas trabajar de ese modo.  
- ¿Por qué estás tan emperrada de tildar a mi jefe de tirano? Federico es un buen sujeto, es más que eso... un amigo. Además, me gusta el trabajo en la agencia; sí, es cierto, me quita mucho tiempo del que podría usar para escribir pero ya vez, al menos, estar allí da sus frutos, de otro modo dudo que hubiese conocido a Meden jamás.

- Ni falta que hace que lo conozcas, no te pierdes de nada-. Valeria sacó el auto de su espacio junto al cordón. Supongo que no vio el automóvil que circulaba por la calle porque en realidad no prestaba atención al tránsito sino a nuestra discusión.

Su pie en fundado en un zapato que yo jamás usaría para manejar, mucho menos para ir al supermercado, no al menos que alguien me apuntase con un arma en la cabeza, para obligarme puesto que tenían unos tacones asesinos, apretujó el freno para evitar el choque. Por suerte solamente fue un susto que no pasó a mayores.

Creo que ni de vernos andar juntas por la calle, nadie hubiese arriesgado decir que éramos amigas. Yo en este instante, además de mis viejas Converse llevaba un pantalón de jean y una simple remera blanca. El único detalle que podía decirse era sofisticado, o de diseño en mí, era la campera de cuero que colgaba de mi cartera, regalo de mi padre en mi anterior cumpleaños.

Como mi cabello, a diferencia del suyo, no tenía un aspecto muy cuerdo esta mañana (cuando me levanté parecía la abuela de los “Locos Adams”, la de la versión en blanco y negro que siempre tanto me gustó, opté por recogerlo en un nudo sobre mi cabeza, para sujetarlo en su sitio, a falta de una camisa de fuerza, con un gancho para el cabello).

De cualquier modo gozaba del suficiente buen humor para antes de salir, pasar por el baño y aplicarme un poco de máscara de pestañas, lo cual siempre, resaltaba mis ojos ya de por sí, grandes.

- Mejor cambiemos de tema- le sugerí luego de que el auto y el malhumorado conductor que nos dedicó un gesto no demasiado elegante con su mano izquierda, la cual asomó por la ventanilla, se alejó doblando en la esquina siguiente a la derecha-. No quiero que acabes chocando por mi culpa.

- Meden no es...

- Vale, es un trabajo como cualquier otro, todos los mortales deben trabajar. Es una oportunidad imperdible.

- Es una oportunidad única en sí misma, seguro que sí, pero definitivamente,

no es tu única oportunidad.

- Me parece un buen reto.

El semáforo nos detuvo en la esquina.

- Por favor, no lo hagas.

La miré. No sé si fueron ideas mías o qué, ¿otra vez angustia? Pero... ¿por qué?

- Meden parece un hombre complicado como mínimo, sin embargo ese no es motivo suficiente para no aceptar su oferta. Entiendo que no te gusta, que prefieres que tome el camino que me ofrece tu padre... Vale- entoné su nombre con la intención de hacer que me mirase a la cara-. Dame una buena razón, una verdaderamente valedera para no aceptar el trabajo, el cual en verdad me interesa y mucho. Me emociona, te juro que así es. Si estoy de buen humor es por la perspectiva de escribir su biografía.

- No sabes lo que dices- respondió mirándome fugazmente.

- Una buena razón. ¿Tan malo es el sujeto o simplemente te preocupas por mí, porque esté cansada y porque tal vez no tenga tiempo para escribir?

El semáforo cambió a amarillo y ella no respondió.

- ¿Y bien?

- Meden no es bueno para ti- soltó poniendo primera. El automóvil dio un tirón cuando pasó a segunda. Sí, no me quedaba ninguna duda, esta conversación turbaba a mi amiga.

- Podré resistirlo; al menos lo intentaré. Soy un desastre con los hombres, lo sé, pero al menos tengo la seguridad de que con él será nada más que negocios. Me hará bien lidiar con esto.

- No podrás.

No me agradó ni un poco que me dijese eso, me entristeció. Yo era tan consciente como ella de mis deficiencias a la hora de tratar con hombres, sin embargo, de algún modo y algún día, debía aprender, no podía continuar acarreado el pasado sobre mis hombros, aquellos días funestos debían quedarse donde pertenecían.

La conversación murió allí.

**4.**

**Valeria me obligó a comprar** mucha más comida de la que pudiese acomodar en las alacenas de la pequeña cocina de mi modesto departamento.  
Al salir del supermercado, empujando aquel carro repleto de provisiones



suficientes para sobrevivir al pasaje de cinco huracanes, y no simplemente de la tormenta que por lo visto, se avecinaba, medité sobre el trabajo que implicaría acomodar todo aquello. Por eso, y porque en realidad quería disfrutar de la calidez de aire antes de que la tormenta volviese a enfriarlo, acepté la propuesta de mi amiga de ir tomar un café a algún sitio bonito y tranquilo en el que pudiésemos distendernos un rato y ser simplemente nosotras: unas mejores amigas que tienen que ponerse al tanto de toda una semana de eventos sin relatar. Bien, yo en realidad no tenía mucho para contar, mi única noticia era la propuesta de Meden y no estaba dispuesta a volver a sacar el tema que tanto la alteraba. Ella también obvió mencionarlo. Para evitar que volviese a la carga con aquello o con cualquier otra tema que me involucrase y que le causase preocupación, le permití pedir dos gigantescas y desproporcionadas porciones de torta, una de mousse de chocolate y la otra rellena con lo que debía ser medio quilo de dulce de leche y empalagosos competes de merengue.

Picoteando con mi tenedor, un poquito de una torta, un poco de otra, la escuché atentamente mientras me contaba cosas de su trabajo. Valeria sin duda tenía una vida emocionante, o mejor dicho, ella vivía su vida con una emoción que a mí me resultaba algo extraña; sin duda poseía todo el optimismo que yo no tenía; no digo que yo sea una persona pesimista, pero a ella ningún mal humor le duraba demasiado y siempre rebosaba de energía y de ganas de hacer cosas, de estar con gente, de salir y disfrutar de la vida. Mi modo de disfrutar de la vida era algo más tranquilo y reservado: quedarme en casa con un buen libro en las manos, quizá cocinar algo rico y escuchar un poco de música; después de pasar toda la semana mi sueño idílico de descanso se basaba en escribir unas cuantas horas y leer otras tantas.

Valeria tenía planes para la noche e insistió hasta el cansancio en que la acompañase; todavía no sé cómo es que me libré de eso. Por supuesto, de nada sirvió que le dijese que no tenía nada que ponerme, es más, creo que lo empeoró, mi amiga soltó una amenaza que me hizo temblar las rodillas: si no apareces en mi *showroom* en el lapso de una semana, para probarte ropa y llevarte todo lo que te guste, te arrastraré hasta allí por las pestañas.

Salir de compras no es mi deporte favorito. Además, como cada vez salgo menos, en realidad no necesito nada especial, con tener al alcance de la mano un par de zapatillas, unos jeans limpios y una remera era suficiente.

Por fin me dejó en la puerta de mi departamento al caer el sol.

- Mañana vamos a almorzar a casa de los padres de Lautaro, pero por la tarde,

si quieres podemos hacer algo juntas- dijo probablemente sintiéndose culpable por dejarme sola el resto del fin de semana.

Meneé la cabeza, negando tranquilamente. - Disfruta del domingo y no te preocupes por mí; tengo planeado escribir mucho y descansar otro tanto.

- Podrías visitar a tu papá.

- No lo sé, quizá, ya veré, el probablemente también tenga sus planes. Mi padre tenía sus amigos y otras relaciones sociales, en resumen, tenía su vida, su modo de entretenerse y distenderse los fines de semana, no deseaba caer e interrumpir eso.

- Deberías discutir con él la propuesta de Meden.

La miré extrañada. - ¿Le comentaste algo?- no sé por qué intuía que mi amiga en su excesiva preocupación por mí, se me adelantó contándole a mi padre la buena nueva.

- No, claro que no. Gabriela, no haría una cosa así.

- No con mala intención, lo sé, es que Meden no es santo de tu devoción...

- Tampoco lo será de tu padre.

- ¿Por eso quieres que se lo comente?- le pregunté sin poder evitar sonreír, mi amiga por momentos era muy *naif* en algunos aspectos.

Ella sonrió también al comprender que se había ido de lengua. - Tienes todo el día de mañana para pensarlo bien.

- Lo pensé lo suficiente.

- Una opinión más podría...

- Dudo que mi padre sepa siquiera quién es Meden. Además, estoy grandecita-. La miré con cariño, Valeria era la hermana mayor que siempre había querido tener-. Puedo cuidarme sola; no tienes que preocuparte por mí, todo saldrá bien. No es más que trabajo, uno que por cierto, me entusiasma mucho. Más allá del aspecto pedante del que hace gala, creo que se esconde un personaje interesante, y como mucho, si me equivoco, será el trabajo más aburrido de la historia pero al menos, lo que me pague ayudará para saldar muchas de mis cuentas y luego, cuando termine, será historia y yo continuaré con mi historia.

Valeria apretó los labios. En su mueca leía que no estaba del todo convencida a pesar de mis palabras.

- Si prometes relajarte con el asunto de Meden, juro que en la semana paso por tu *showroom* y me pruebo absolutamente todo lo que quieras, es más- me llevé una mano al corazón- me comprometo solemnemente a usar toda la ropa que me des, sin rechistar.

Valeria puso los ojos en blanco.

- Eres imposible- resopló-. ¿Nos vemos el lunes?

- Espero poder, si no, te llamo por teléfono.

- Que descanses.

- Igualmente.

Subí los escalones de la entrada de mi edificio para esperar a que Valeria se alejase con su automóvil.

Mi amiga me saludó otra vez con la mano antes de entrar en su vehículo. A los pocos segundos, el BMW blanco se perdió por la siguiente esquina.

Suspiré aliviada al quedarme sola, si bien quería con toda mi alma a mi amiga, a veces sentía que me sofocaba; necesitaba de mi soledad, al menos por un rato, y además, me bastaba con mi mente, la cual me replanteaba cada una de mis decisiones, una y otra vez, como para a eso añadirle la mente de otro, un centenar de veces más.

De repente mi suspiro se convirtió en un jadeo ahogado de preocupación.

Maldije por lo bajo. No podía entrar en pánico, no debía; todo saldría bien.

El aire que se quedara trancado dentro de mis pulmones continuó fluyendo y entonces volví a respirar con normalidad.

Para alejarme de aquellas idas y venidas, del miedo que sentía, me recordé que tenía una tonelada de comida que guardar en mi heladera y alacenas.

Antes de entrar al edificio, le eché una mirada a la calle. No había demasiados autos estacionados ni en la vereda opuesta ni en la mía, quizá por ello, fue que detecté un vehículo en particular, uno que llamó mi atención; era grande, negro y tan lustroso que el cielo encapotado y los rayos que ya empezaban a iluminar las nubes otorgándoles un brillo entre rojizo y plateado, se reflejaba en su capot y en los vidrios tintados tan densamente que era imposible ver el interior del vehículo.

Ciertamente ese automóvil no pertenecía a ninguno de mis vecinos y era tan ajeno a este barrio cuanto el BMW de Valeria.

Estirando el cuello espí en la dirección en la que se encontraba, preguntándome en qué casa se habrían metido sus dueños.

Había otro automóvil estacionado por delante del tan particular vehículo; no logré identificar de qué marca era; lo que sí, tenía toda la apariencia de ser muy nuevo, como recién sacado de una concesionaria.

Un trueno retumbó. Di un respingo, los cristales de la entrada de mi edificio cimbraron. Las primeras gotas de lluvia comenzaron a despeñarse del cielo; eran gruesos gotones que caían con furia, con toda la intención de perforar las

baldosas de la calle y el pavimento también, de más está decir que lo mismo le haría a toda carne humana que voluntariosa, se lanzase a la calle.

Haciéndome eco de las preocupaciones de mi padre y de Valeria por mi salud, una vez que terminé de acomodar toda la comida, me preparé de cenar algo bien rico y nutritivo, y con la panza llena, me senté a escribir hasta la madrugada. La lectura de los manuscritos quedaría para el día siguiente, es que cuando la inspiración toca a tu puerta no puedes ni debes despedirla diciéndole que tenían otros planes; la dejas pasar, de dices que se ponga cómoda y haces todo lo que está en tus manos para que se quede contigo todo el tiempo posible.

A las tres y media, el sueño la invitó a partir y entonces me acosté a dormir.

Un insistente chillido se metía en mi agradable sueño. Me encontraba en una librería, buscaba un buen libro para comprar, quería algo entretenido, algo que me ayudase a olvidar la biografía de Meden cuando alguien se me acercaba con un libro en las manos. Ese alguien era el propio Meden.

- ¿Lo firmarías?- me preguntaba tendiéndomelo. Sonreía con dulzura, una dulzura de la que creo, no noté ni señales la primera vez que lo vi-. Me gustó mucho, eres muy buena escritora. Te admiro, de verdad que sí- añadía posando sus preciosos y ardientes ojos azules sobre mí.

Al contemplar la tapa del libro veía que era mí, libro, el que no recordaba haber terminado.

Otra vez el maldito chillido zumbando en mis oídos igual que un molesto mosquito que no te permite disfrutar de una hermosa noche de verano.

- Mi nombre es Félix.

Sí, claro, si yo ya lo conocía. ¿No me recordaba él a mí?

Tomaba la pluma que él me tendía y escribía algo en la primera página, no tengo idea de qué.

El chillido otra vez. ¡Por qué te emperras en molestarme maldito sonido! ¿No ves que estoy ocupada con el hombre más...?

¡No me despiertes ahora!

El chillido no daba tregua.

- ¿Escribirías para mí?- me preguntaba Meden de repente-. Quiero que escribas para mí.

Inevitable no ponerme nerviosa. Su gesto frío y calculador de cuando lo

conocí, se instaló en su rostro. Por mi parte, volví a sentirme pequeña e incluso, incapaz de escribir mi propio nombre-. Escribe para mí, Gabriela. Mi nombre en sus labios era mi perdición. Sentí me derretía igual que manteca al sol. ¡Cómo decirte que no!

Con manos temblorosas le devolví el libro y su pluma, él tomó ambas cosas, las cuales yo, no conseguí soltar. Lo tenía cerca, lo suficiente para inspirar de primera mano y sin contaminación alguna, su adorable aroma. Me moría por besarlo y al mismo tiempo me carcomía la vergüenza puesto que él me contemplaba distante y completamente ajeno al deseo que comenzaba a incrementar mi temperatura.

Si supieses lo que quiero de ti a cambio de escribir para ti, lo tildarías de improcedente, de impropio, te buscaría a alguien más.

- ¿Harás lo que te pedí, Gabriela? Di que lo harás.

Ok... que contestarte: que caminaría sobre mis manos por encima de carbón ardiente por ti.

Sus ojos sobre mí y su boca moviéndose no hacía más que incrementar mi deseo.

- Gabriela...

Meden se me acercó todavía más y el chirrido sonó incluso más fuerte. ¿Podía ser que aquel sonido lo estuviese haciendo a propósito?

Meden repitió mi nombre una vez más y entonces...creo que del salto me elevé diez centímetros por encima del colchón. El timbre volvió a sonar enloquecido arrancándome definitivamente de mi sueño.

Al abrir los ojos me escocieron de inmediato, el sudor me corría por el rostro, tenía todo el cuerpo empapado. La remera con la que dormía, enredada y pegoteada a mi torso, me sofocaba. Las sabanas mantenían a mis piernas inmóviles igual que fuertes correas. Mi cama era un desastre, desarmada y con las sabanas todas revueltas a mi alrededor.

El timbre volvió a sonar.

¡Mierda! Rezonqué; no era forma de comenzar un domingo.

Giré la cabeza y le eché un vistazo a mi despertador. Las doce y cuarto del mediodía.

Bueno, no lo parecía, afuera estaba oscuro aunque ahora no se escuchaba llover.

El timbre volvió a sonar.

- Valeria- rezongué por lo bajo. Seguro era ella que venía a arrastrarme al almuerzo en casa de los padres de Lautaro. ¡No sería la primera vez!-

Increíble. ¿Nunca te das por vencida, no es así?

Parpadeé varias veces y pensé que si ella supiese lo que acababa de soñar, me llevaría por los pelos a casa de Lautaro o algún lugar lo suficientemente lejano y remoto, dónde Meden no pudiese dar conmigo jamás.

Se me secó la boca y todo mi cuerpo se puso tenso ante el recuerdo de mi deseo. Me hubiese gustado que aquel sueño continuase, besarle no podía ser tan malo, seguro que no era nada desagradable y que...

El timbre sonó otra vez.

- Valeria Coral, esto te costará caro, muy caro.

A los tirones me deshice de la ropa de cama.

Al ponerme de pie me mareé un poco, todavía estaba demasiado dormida.

Arrastrando los pies descalzos sobre el piso frío, anduve hasta el living, pasé por entre el mobiliario que se apretujaba en el reducido espacio y enfilé, con los ojos prácticamente cerrados, hasta portero visor.

Levanté el auricular y la pantalla se encendió, cerré los ojos y bostecé.

- Me despertaste- le rugí a Valeria con falso enojo-. Disfrutaba de un hermoso sueño, había un hermoso chico conmigo y...- abrí los ojos. Mi corazón se detuvo en seco. El rostro que enfocaba la cámara no era el de Valeria.

¡Meden!

- ¡Mierda!-. Eso se me escapó.

- ¿Es ese el departamento de Gabriela Lafond? ¿Señorita Lafond?

Me prendí fuego. Me ardía todo, desde la piel del rostro hasta las orejas, el pecho, las manos, incluso los pies. Deseé con el alma que el mundo se acabase allí mismo, o como mínimo, que la tierra me tragase, así entera y empapada en sudor y todavía imaginando lo que podría sentir besando sus labios.

¡Carajo!

Mi voz desapareció, con ella también la valentía de mi sueño y la seguridad que fingí tener sobre nuestra posible relación laboral frente a Valeria.

- ¿Señorita Lafond, es usted? Soy Félix Meden.

Meden alzó la cabeza y así, quedó completamente de frente al lente de la cámara, la cual si bien no tenía buena definición, no lograba opacar en lo más mínimo ni un solo detalle de los que conformaban su belleza y elegancia.

No sé cómo, logré inspirar otra vez.

- Sí...sí, soy yo-. Mi voz tembló pese a que me esforcé para evitarlo.

Meden parpadeó satisfecho si bien su rostro conservaba el mismo aspecto frío y distante de anteayer por la noche.

- Buenos días- saludó en un tono simplemente correcto. No pretendía ser

amable, sus gestos eran demasiado bruscos como para pensar que pudiese estar intentando serlo, siquiera.

- Buenos días.

- Entiendo que la desperté e interrumpí su sueño.

Para mi horrorosa vergüenza, cuando pronunció aquello se le escapó una sonrisa pícaro y algo diabólica.

Lo creía imposible pero me puse más roja. Las gotas de transpiración brotaron de los poros de mi piel empapándome todavía más.

¿Qué podía querer un domingo a esta hora y por sobre todo...¿cómo sabe dónde vivo!?

De mi boca, en respuesta a eso se escaparon unos gorjeos ni elegantes y mucho menos sexis. Este hombre no pondría sus labios sobre mí ni en su peor pesadilla.

Aquel pensamiento me inhibió por completo.

- Señor...Señor Meden, qué puedo hacer por usted.

- Bueno, por lo pronto invitarme a pasar o tener la amabilidad de bajar, sinceramente me incomoda hablarle mirando a una cámara y no a sus ojos, y tenemos muchas cosas que discutir, o al menos eso espero. Sé que no me defraudará y que aceptará el trabajo que le ofrecí. Su jefe habló maravillas de usted y si bien por lo general me importan poco y nada las opiniones de terceros, presiento que él tiene toda la razón en expresarse sobre sus aptitudes del modo en que lo hace; sé que es la persona indicada para el trabajo, Señorita Lafond.

Meden se detuvo un instante y yo con él, para examinar su apariencia, era domingo al mediodía y vestía de traje, uno de apariencia sobradamente elegante, lo que sí, no llevaba corbata pero igual, a mi modo de ver la vida, aquella era una apariencia demasiado rígida e incómoda para tomarse una tarde de domingo.

Que alguien me pellizque, seguro que todavía estoy soñando.

- ¿Acepta almorzar conmigo para que discutamos mi propuesta?

- Bueno...- ¡mierda, no tenía ni la menor idea de qué hacer, es más, todavía estaba medio dormida!-...aún no desayuno y todavía...

- Sí, cierto, acaba de levantarse. No me molestaría acompañarla con una taza de café, no le quitaré mucho tiempo porque en verdad, tengo una cita en hora y media al otro lado de la ciudad.

- ¿Quiere subir?-. No sé por qué lo dije; en cuanto lo pronuncié me mordí la lengua arrepentida.

- Claro, claro, buena idea.
- Séptimo piso departamento...
- Señorita Lafond, sé en qué departamento vive, acabo de tocar el portero-entonces algo fastidiado.

¡Por Dios, qué vergüenza otra vez! Este hombre no se turbaba en lo más mínimo cuando se traba de incomodar a otros.

No debí quedarme callada, con el mismo ímpetu con el que él me interrumpió, debí cuestionarle cómo es que sabía mi dirección; no creía que Federico se la hubiese dado, no sin al menos consultármelo antes.

- Suba- la palabra sonó seca y avergonzada mientras presionaba el botón que siete pisos más abajo, le abriría la puerta.

- En un momento estoy con usted.

Mis ojos se abrieron de par en par. Colgué y corrí a intentar ponerme más o menos presentable. ¡¿Por dónde empezar?!

De camino a mi habitación me arranqué la camiseta sudada, y en cuanto entré fui directo hacia el cajón de ropa interior; por la cabeza me calcé un corpiño deportivo y sin más, arranqué una remera limpia de la pila que tenía dentro del placar, manoteé unos jeans limpios y corrí directamente al baño, a lavarme los dientes mientras me recogía el cabello para prenderlo con el gancho sobre mi cabeza para poder lavarme la cara sin que se me cayese todo sobre ésta. En el apuro, pateé sin querer el marco de la puerta; solté un grito y un par de insultos; siquiera me detuve para examinar los daños, no tenía tiempo que perder.

No voy a decir que me lavase los dientes a conciencia, no me sobraba el tiempo y no quería que Meden me pescase luciendo igual que un perro con rabia.

- Madre mía- musité al verme al espejo. Lucía terrible. Ojos hinchados, cabello revuelto, ¡si hasta tenía una marca de la sábana en la mejilla derecha! Desesperada me tiré mucha agua fría en el rostro, procurando no salpicar mi remera.

De modo muy poco femenino escupí el agua, enjuagué la pileta y cerré las canillas. Con las manos húmedas intenté peinar otra vez mi cabello y luego volví a recogerlo (quedaba fuera de discusión dejarlo suelto).

Me miré al espejo otra vez. ¿Máscara de pestañas?

Golpearon a mi puerta.

No, máscara de pestañas no. Meden estaba aquí.

Bilis ácida trepó por mi garganta.



Seramente me planteé cómo demonios haría para resistir la presencia de este hombre sin que mi cerebro se convirtiese en polvo, si hasta por el portero eléctrico me desarmaba.

¡Coraje, valor! ¡Tú puedes! Piensa en lo que la oportunidad que te da, en lo que esto representa; piensa en el futuro, en tu libro. ¡Piensa, piensa, piensa! No permitas que tu cerebro se desconecte.

Meden llamó otra vez.

¡Sí que este hombre no tiene paciencia!

- Voy- solté alzando la voz. ¿Voy?! ¿No fue eso demasiado informal? Hablas con Félix “Insensible” Meden, Gabriela. “Señorita Lafond”, así me llamó él; por supuesto que las circunstancias no eran las adecuadas para que lo llamase por su nombre de pila, mucho menos para que desde el baño le gritase: voy. Grrr...otra vez hice todo mal.

Salí pitando en dirección a la puerta, procurando no patear nada más; el pie todavía me dolía.

Mejor no detenerme a pensarlo dos veces. Inspiré hondo y abrí la puerta. Su perfume por poco me voltea. Ni siquiera fui capaz de saludarlo otra vez. Meden tampoco pronunció palabra; en el más rotundo silencio, recorrió mi cuerpo, de los pies a la cabeza, con una mueca, como mínimo diré que de desagrado, si no de estupefacción.

En ese instante recordé que iba descalza y me dio vergüenza.

Intenté esconder mis pies uno detrás del otro, incluso detrás de mis pantorrillas. Resultado, debe haber pensado que tenía ganas de orinar o que definitivamente, soy un poco tonta.

Cuando sus ojos, otra vez, se posaron en los míos, su mirada se ablandó levemente. Incluso me pareció distinguir que una fuerza extraña tiraba hacia arriba, de las comisuras de sus labios.

- Buenos días Señorita Lafond.

Definitivamente sonreía, pero... ¿se reía de mí o conmigo? Yo no sonreía, es más tenía la sensación de que mi rostro, por un extraño e inexplicable suceso, se había convertido en cera y en este instante, se derretía y caía a pedazos a causa del calor insuflado por mi creciente vergüenza.

- Buenos días, Señor Meden.

- ¿Paso o conversaremos aquí en la puerta?- al decir esto apuntó con una de sus manos hacia el interior de mi pequeño departamento.

Tragué saliva luego de gritarme a mí misma que comenzaba a comportarme como una idiota otra vez. ¡Corta con eso, Gabriela, perderás el trabajo!

¡Recoge los pedazos y compórtate como una persona seria, como un adulto!  
¡Puedes hacerlo!- me grité internamente para alentarme (me faltaron las porristas sacudiendo pompones de colores).

Apartándome de la entrada, lo invité a entrar.

Pasó demasiado cerca de mí -en realidad no quedaba mucho espacio para pasar, el cuadrado de sesenta por sesenta centímetros que conformaba la entrada de mi departamento, no dejaba mucho lugar de circulación- razón por la cual toda su presencia y porte impactó en mí con una intensidad nunca antes experimentada. A tan corta distancia lo tuve, que noté que tenía una cicatriz sobre su mandíbula en el lado izquierdo. Su afeitado era perfecto y su hombro calzaba milimétricamente bien en el ángulo de unión entre la manga y los paños de tela que formaban la espalda y el frente de su chaqueta. ¡Hasta sus orejas eran perfectas! ¡¿Quién, además de él, tiene orejas lindas?! ¡Qué cosa tan ridícula!

Para esta noche tendría nuevo material con el que soñar. Mucho, demasiado, más de lo saludablemente recomendable.

¡Seriedad, Gabriela! Vino para hablar de negocios, no para una visita social, me recordé. No valió de mucho, en ese momento me percaté de un detalle que me pareció sumamente interesante, tenía un remolino detrás de la oreja izquierda, casi cayendo en su nuca, por lo cual el cabello se le despeinaba un poco a pesar de que a todas luces, había intentado bajarlo y acomodarlo con algún producto para el cabello.

Le sonreí feliz a aquella imperfección; al menos mi cabello no era el único rebelde, y él, no era tan perfecto cuanto aparentaba o pretendía ser.

De un empujón cerré la puerta. Exageré en la fuerza empleada para dicha acción y sonó un portazo que llamó la atención de Meden, quién se volteó para verme.

- ¿Gustaría una taza de café?- le ofrecí sintiendo que si ponía un dedo, dentro de una taza de café, lograría hacerlo hervir con el calor que generaba mi cuerpo. Suelo ponerme colorada por cualquier cosa, pero frente a él, definitivamente vivo roja de la vergüenza.

- Un expreso, corto, sin azúcar ni leche- soltó como si mi departamento fuese una suerte de Starbucks.

¿Perdón?

- ¿Puede ser un café de filtro? No tengo máquina de expreso.

Su respuesta fue el silencio que indujo al apretar sus labios hasta que se su boca no quedó más que una delgada línea.

Dando pasitos algo torpes, me delante al él. - Tome asiento, por favor. Enseguida estoy con usted.

Justo cuando pasé por delante de él, para entrar en la cocina, observaba mis sillones con un gesto que daba a entender que no le gustaban o que quizá no los considerase lo suficientemente aptos para tomar contacto con su costoso, lujoso y...porque no decirlo, bonito trasero.

Su mirada se me quedó atragantada, pero luego, sus ojos llegaron a los míos otra vez y un poco de aquella rabia recién nacida, se esfumó. Sus ojos azules brillaban igual que zafiros.

- No creí que estuviese durmiendo- dijo. No hubiese sido mejor que se disculpase por despertarme, después de todo en ningún momento me avisó que vendría y para mayores datos, todavía no explicaba cómo es que conocía mi dirección.

Continué preparando la cafetera.

- Qué puedo hacer por usted, Señor Meden- además de arrojarle una taza de café hirviendo sobre la cabeza, en cuanto esté listo.

- Darme una respuesta-. Esquivó la mesita del café para detenerse frente al sillón, justo al otro lado de la barra de desayunador por encima de la cual, yo asomaba-. Sé que le dije al Señor Polinni que le daría todo el tiempo que necesitase para meditar mi propuesta.

- Lo dijo.

La cafetera comenzó a borbotar perfumando la cocina de un exquisito olor a café, que si bien no era su “expreso, corto, sin azúcar ni leche”, olía de maravilla.

- Me complacería mucho que me diese una respuesta hoy mismo, si no es mucho pedir.

Lo enfrenté con una ceja en alto.

- Pensé que antes tendríamos oportunidad de discutir algunas cosas-. Quería discutir algunas cosas con él pero la realidad es que mi respuesta era una sola: sí, aceptaba.

- Sí, claro, entiendo su ansiedad; es completamente comprensible que tenga dudas. No esperaba que hiciésemos ningún trato sin discutir los detalles, negocios son negocios, por eso mismo estoy aquí. Por eso y porque necesito terminar con esto cuanto antes, no tengo tiempo que perder.

- Imagino que es usted un hombre muy ocupado.

- Simplemente un hombre al que no le gusta desperdiciar ni un minuto. Mis minutos son demasiado valiosos.

Que pedante- pensé-. Si te comportas así dudo que tu biografía acabe hablando muy bien de ti, Señor Insensible.

- Creo que otros tres cheques similares al que le entregué serán pago suficiente por sus servicios. Por supuesto, habrá cargos extras que quedaran a mi cuenta y también costearé todo los gastos extras que surjan del trabajo que deba hacer para completar su tarea.

La cafetera terminó con su trabajo.

- Además, tal cual lo prometido, me comprometo a apoyarla en su proyecto personal y no sé si su jefe se lo comentó, también pretendo invertir con dinero e influencias en la agencia para la cual trabaja.

Llené dos tazas para apartar por un momento, mis ojos de los suyos, me costaba horrores mantenerle la mirada si bien hoy, en este segundo encuentro, no resultaba tan complicado y angustiante cuanto lo fue la primera vez que nos vimos.

Salí de la cocina. - Sí, Federico mencionó...el Señor Polinni mencionó eso último, también- me corregí al notar que se le formaba una arruga entre las dos cejas dándome a entender que las informalidades no iban con él, en lo más mínimo.

Qué haces aquí, Meden- le pregunté mentalmente.

Le tendí una taza y me senté en uno de los sillones de un cuerpo, había dos, uno junto a la puerta de la cocina y otro al otro lado de la mesita del café junto a la que estaba parado Meden, a mi izquierda.

Meden se quedó viéndome por un momento, algo desencajado y sin saber qué hacer, o al menos, esa impresión me dio a mí, al final, desabotonando antes su saco, se sentó en el sillón de tres cuerpos dándole la espalda a la barra.

Todavía no tocaba su café, mientras tanto yo, soplaba entre sorbo y sorbo, sobre la superficie del mío.

- Disculpe que lo pregunte pero...¿por qué me escogió a mí para el trabajo?, la agencia representa un montón de muy buenos autores de biografías.

Antes de responder volvió a pasarse una mano por el cabello; con la misma, toqueteó el cuello de su camisa y luego alisó la solapa de la chaqueta de su traje.

- Simplemente porque no quiero a nadie que sea demasiado conocido.

¿Eh?

Cuidado, no sea que te quiten el protagonismo. Te sobra ego, mucho; podrías venderlo y hacer un negocio- le sugerí mentalmente.

- Nunca escribí una biografía.

- Pero usted es escritora.

Asentí con la cabeza mientras bebía. - Como sea, usted jamás leyó ni una palabra de lo que yo...

- No necesito leer nada. ¿Cuento con usted para el trabajo, sí o no?

- Señor Meden, de verdad que me interesa mucho su propuesta, lo que sucede es que quiero advertirle que yo no...

- Lo único que cuenta es si quiere o no, todo lo demás carece de valor en esta discusión. Soy consciente de que no cuenta con experiencia alguna en este tipo de trabajo pero se las ingeniará para seguir adelante como sea, sé que sí, se supone que los escritores tienen buena imaginación, que son creativos.

- Me pide que me invente...

- Lo que digo es que utilice su imaginación cuando no sepa cómo o por dónde seguir- soltó interrumpiéndome. Por lo visto no le importaba mucho interrumpir a los demás mientras hablaban. Seguro que lo suyo eran los monólogos de alguien demasiado acostumbrado a ser el centro de atención, de ser ese tipo de persona a la que todos le tienen miedo, razón por la cual, no le corregirán ni enfrentarán.

- Me alaga que me escoja- solté destilando un fino hilillo de sarcasmo que no sé si sería capaz de captar, probablemente le importase un cuerno si yo me sentía ofendida o no.

- Son negocios, Señorita Lafond- otra vez se toqueteó el cabello-. Solamente hago negocios con quienes me conviene hacerlo.

Eso fue una patada directo a mis tobillos. ¡Foul! ¡Foul! Eso es tarjeta amarilla. Arbitro, Meden se la merece.

Me aclaré la garganta para darme tiempo a meditar sus palabras.

No tenía ni la menor idea de qué conveniencias podía granjearle yo, más allá de mi completo anonimato. ¡Allá él, el dinero me vendría de maravillas y también el empujoncito para mi trabajo!

- Ok, señor Meden- posé mi taza de café con leche sobre la mesita, me quedaba menos de la mitad; él bajó la suya sin siquiera beber un sorbo. Evidentemente mi café no era lo suficientemente bueno para su paladar.

- ¿Ok?- repitió igual que si no comprendiese lo que eso significaba.

- Lo haré. ¿Dónde tengo que firmar?- solté a modo de broma.

- Mi abogado le acercará los papeles y le explicará todo, pregúntele todo lo que crea necesario saber, él la ayudará a interiorizarse con todos los pormenores y si hay algo que desee discutir, no lo dude, consúltelo con él que luego lo discutiremos juntos y yo resolveré sobre las cuestiones que surjan

según mi parecer.

¿¡Cómo?! Este hombre no tenía ni un pelo de improvisado.

Meden se pasó una mano por el cabello y luego se quedó mirándome esperando Dios sabe qué.

- Eh...bien, claro, seguro que todo...- no se me ocurría qué decir.

- ¿Tiene pasaporte?

Sí algo entiendo de ti, Meden, es que acostumbras ser quien manda y encabeza todo, incluso las conversaciones.

- Sí, tengo-. Valeria me había arrastrado a sacarlo cuando ella fue a renovar el suyo para viajar a las semanas de la moda europeas. Para mí no tenía mucho caso sacarlo pero ella insistió tanto. No creí que tuviese oportunidad de usarlo en un futuro cercano.

- ¿Al día? De nada nos sirve vencido.

¿Por quién me tratas?

- Sí, claro que sí, Señor Meden, al día y sin estrenar-. Acoté un poquito fastidiada.

- Perfecto-. Se palmeó los muslos y luego se puso de pie. Su único camino de salida era por delante de mí, por donde se encontraban mis piernas, ya que entre su sillón aquel en el que yo me encontraba, había una mesita con una lámpara y una sustanciosa pila de libros leídos y por leer.

No medité demasiado mi acción, recogí mis piernas sobre el sillón, eso mismo hacía cuando tenía visitas, cuando estaba con Vale y ella se levantaba para ir a buscar algo a la cocina o lo que fuese.

¡Mierda! No subas las piernas al sillón, levántate. ¡Demasiado tarde! Las cejas de Meden treparon por su frente amenazando con salir disparadas hacia arriba para finalmente estrellarse contra el techo.

Fui a levantarme pero él justo dio un paso hacia mí. Choqué sus rodillas con mis pies descalzos. Una corriente eléctrica que comenzó por las plantas de mis pies, trepó hasta mi cintura y luego se diseminó por mi pecho.

La suavidad del tejido de sus pantalones me hizo cosquillas. Entre la vergüenza y las cosquillas, mi organismo materializó una risa tonta que se me escapo sin más remedio y para mi sorpresa, Meden también soltó una suave risa, una risa esplendorosa que de no durar tan poco, me habría propulsado directamente al cielo, igual que amenazaron hacer sus cejas un momento atrás.

De cualquier modo fue una experiencia sublime oírlo reír. Era la risa de un niño en la voz de un hombre.

- Debo irme ya.

Alzando la cabeza, recogí otra vez mis rodillas sobre mi pecho.

Meden terminó de pasar, cuando nos separaba la suficiente distancia para asegurarme no volver a protagonizar otro papelón, me levanté de mi sitio.

- Claro, claro-. ¿Así, tan rápido? ¿No me habías invitado a almorzar, no que tenías hora y media antes de tu siguiente cita? ¡Un momento, un momento, alto ahí, todavía no te pregunté dónde obtuviste mi dirección y por qué preguntaste por mi pasaporte!

- Ya tendremos tiempo para conversar- me aseguró igual que si hubiese leído mi pensamiento.

- Seguro que sí- le contesté con la voz algo entrecortada.

- Me alegra mucho que aceptase mi propuesta, intuyo que será por demás entretenido trabajar con usted.

Me sonrojé al instante. ¡Sí, hasta que mis tonterías comiencen a fastidiarlo!

- Será un placer trabajar con usted.

- Que disfrute del resto de su domingo, Señorita Lafond- se despidió mientras avanzábamos en dirección a la puerta.

- Usted también.

- Lamento haber interrumpido su sueño, espero no se enojara conmigo por separarla de...- revoleó los ojos-, cuáles fueron sus palabras, ah... sí: hermoso chico.

La sonrisa que me dedicó entonces fue amplia, divertida y brillante. La cual iluminó la boca que yo deseé besar en el sueño que él mismo interrumpió y que ahora mismo...mierda, boca que en este instante deseaba besar, con mucha más intensidad que en el sueño. ¡Frena, alto! ¿Dónde crees que vas? El sujeto queda fuera de discusión, primero y principal porque está comprometido, segundo: es tu jefe, tercero: prácticamente viene de otro mundo, cuarto: es condenadamente hermoso, quinto: lo arruinarías en quince días y necesitas el trabajo y todo el apoyo que él pueda brindarle a tu libro, sexto: es demasiado complicado y raro, séptimo: ¡mira lo que te hace!

¡Demasiadas razones!

- No vemos pronto, Señorita Lafond.

Imposibilitada de articular palabra, asentí con la cabeza. Le abrí la puerta y él salió.

El ascensor estaba allí esperándolo por lo que su imagen me fue privada a los pocos segundos.

- Mierda- gruñí en voz alta dándome la frente contra la puerta, completamente adrede y con la firme intención de reacomodar los pensamientos e ideas dentro

de mi cráneo.  
No resultó.

## 5.

- **Ahora que te codeas** con los ricos y famosos no necesitas de tus viejos amigos, ¿no es así? Debería darle vergüenza, Señorita Lafond. Ni siquiera esos sexis zapatos negros, ni esa falta ajustada la ayudarán a salirse del problema en que se encuentra.

Sonriendo, le pagué la cuenta a la cajera y me di la vuelta para ver llegar a León, el asistente de Carmen, una de las socias de la agencia. A sus veintisiete años, León era gay asumido de los pies a la cabeza, igualmente de feliz, vivaz y libre, así también de inteligente y dulce, y no menos eficiente en su trabajo o a la hora de discutir sobre moda, artes plásticas, literatura y ópera. Un poeta, un soñador innato y al mismo tiempo un dandi de maravilloso porte, quizá tan elegante como Meden, solo que de un modo un tanto más “*edgy*”, según sus propias palabras, eso se le notaba hoy, en la vibrante corbata de seda color naranja con puntos celestes que lucía sobre su impecable camisa blanca.

De casi dos metros de altura, con una espalda que envidiarían muchos nadadores olímpicos, y unos bellos y dulces ojos castaños rodeados de pestañas cobrizas; resultaba llamativo por dónde se lo mirase. Además, le bastaba con abrir la boca para echarse encima todas las miradas y comentarios, su pasión y hobby era la ópera y de haberlo querido, seguramente hubiese triunfado sobre las tablas, pero no fue ese el caso, le tiraron más las letras escritas y por eso, alternaba su trabajo en la agencia con la publicación de libros de poesías que escribía hasta en el baño, mientras estaba al teléfono



o mientras comía, tomando frenéticas notas en su *Moleskine* con los auriculares de su iPod en las orejas por los cuales se escapaba al ambiente, algunas de sus óperas preferidas (Madame Butterfly, Aída, o Les Contes D'Hoffmann- de esta última fue él quien me presentó el bello duo “Bacarolle” cuando para mi cumpleaños me regaló un CD que contenía una de mis piezas favoritas: “El dúo de las flores” de la opera Lakme-).

- Los zapatos deberían ayudarme, es lo mínimo que pueden hacer, ya que están matándome.

- Pero te quedan divinos. ¡Qué tacones de vértigo!- soltó con una especie de silbido-. ¿Son nuevos?- entornó los ojos-. No creo haberlos visto antes. Te quedan maravillosamente bien. ¿Has visto lo mucho que resaltan las dotes y bondades originales de tu trasero? De ser heterosexual me habría dado un infarto cuando entré y te vi.

- ¡León, por Dios!- obviamente, al instante me ruboricé.

- No seas mojigata, te agrada o no, escucharlo, seguro que al menos una docena de los muchachos de traje que almuerzan aquí, repararon en tu lindo *derrière* hace rato. Entonces... ¿nuevos?

Negué con la cabeza. - No, no son nuevos, es decir sí, bueno, más o menos, Valeria me los regaló, se les compró en París en su último viaje y resulta que le quedaron grandes.

Valeria y él se conocían, ellos dos eran mis únicos amigos; más de una vez, salimos los tres al cine, a comer algo por ahí, o de compras (bueno, mejor dicho ellos dos compraban fanatizados por la moda mientras yo me limitaba a mirar).

- ¿En París? ¡Trae aquí!- sin aviso previo, se agachó ante mí y tomando mi pantorrilla, me obligó a doblar la rodilla. Tuve que apoyarme en él para no caer y desparramar el contenido de mi vaso y lo que había dentro de la bolsa de papel que sostenía en la otra mano. Espiando por encima de mi hombro derecho vi que le echaba un vistazo a las suelas de mis zapatos.

- ¿Christian Louboutin?

- ¿Qué?

- ¡Tus zapatos!- soltó mi pierna y se enderezó frente a mí otra vez-. Cielo, son Christian Louboutin.

- ¿Son qué?

- ¿Tienes idea de lo que cuestan?

- Por tu cara comienzo a hacérmela.

- Esas suelas rojas valen lo suyo. Lindo regalito te dio Valeria.

Empezaba a creer que mi amiga los había comprado grandes a propósito.

- ¿Por qué no te los habías puesto antes?

Me hiqué de hombros.

- ¿Y esa blusa?

- La blusa es del año pasado, no fastidies, no tengo ganas de hablar de ropa, no tengo tiempo; le prometí a Federico que regresaría a más tardar en quince minutos. ¿Te pedirás algo?

- Sí, viene por algo dulce y un café, hoy rompo la dieta. Por cierto, tu deberías ir por unos botones, creo que a tu blusa se le perdieron un par- soltó divertido apuntando con un dedo, en dirección a mi escote -. ¿No la usabas así el año pasado?

- Uff...

- No bufes mi dulzura. Busca una mesa, mientras tanto, iré por un café-. Con dos dedos, se apuntó los ojos y luego me apuntó a mí como diciendo: estaré vigilándote-. Tenemos que hablar.

Menos de cinco minutos más tarde, él rompía su dieta con un *cupcake* de limón mientras yo devora con mucha menos gracia, una exagerada porción de renegrido *brownie*.

Martes y el rumor amenazaba con desbordar la agencia.

- Explícame cómo es que tu amigo todavía no oyó de ti, ni una sola palabra sobre Félix Meden.

- Me tapa el trabajo. Ayer tuve un día fatal, la oficina es un loquero.

- ¡Ya lo creo que sí, todos hablan de Meden! Bueno, al menos su visita a la oficina es el tópico de todos los comentarios más allá de la línea de lo laboral. Y en lo laboral también, invertirá en la agencia, y si no escuché mal, también invirtió y piensa invertir en ti.

Ayer por la mañana ni bien llegar, Federico me citó en su oficina para contarme que Meden le había enviado un mail en el que le pedía que me dijese que por favor, mantuviese nuestra relación de negocios en secreto hasta que todos los medios legales quedasen acordados y formalizados.

Se suponía que nadie debía saberlo.

- ¿Quién te lo dijo, cómo lo sabes?

- Juan me contó que Federico lo recibió el viernes por la noche.

Juan no sabía lo del cheque, mucho menos lo del trabajo.

- Creo que todo el edificio sabe que Meden estuvo allí.

- Eso no responde a mi pregunta.

- Escuché a Carmen hablar por teléfono con Federico.

- La espiaste-. Dije fingiendo regañarlo.

- Fue un accidente.

Le lancé una mirada de incredulidad.

- ¿Qué tal es?

- Raro.

- ¿Raro? En las fotografías siempre luce muy bien.

- Luce bien- sentí que me subían los calores otra vez, es que recordé el remolino de cabello en su nuca y mis pies descalzos rozando sus pantalones-, pero es raro. Me da la sensación de que su humor cambia a cada instante y que quizá es un poquito arrogante y soberbio.

- Tiene con qué. En efecto, tiene mucho dinero y luce como una especie de James Bond.

- Nunca me gustó James Bond, siempre me pareció muy machista, siempre con una mujer distinta.

- Que yo sepa, a Meden lo han fotografiado con una sola mujer; la afortunada con la que se comprometió la semana pasada.

Bajé el bocado de *brownie* con un trago de café. - ¿Crees que sea gay?

- James Bond te parece gay- me espetó entornando los ojos otra vez.

Negué con la cabeza.

- No fui yo quien lo tuvo frente a frente.

La confusión me provocó dolor de cabeza. Desde el domingo que no dejaba de pensar en él. En mi cabeza se agolpaban dudas y preguntas, las cuales deseaba que él aclarase. Mi cuaderno para el proyecto ya tenía unas cuantas páginas cubiertas de anotaciones, preguntas y apreciaciones sobre su persona, además de otras tantas anotaciones locas como los que según creía, eran algunos de sus tics y marcas personales: pasarse las manos por el cabello, abotonar y desabotonar su chaqueta, toquetear el cuello de su camisa, fijar la mirada igual que si sus ojos fuesen miras láser (únicamente por el gusto de intimidar; ¿nadie le enseñó que es de mala educación quedarse mirando a la gente de ese modo?), fruncir el entrecejo cuando algo no le agradaba, cambiar de humor cada treinta segundos o menos, vestir impecablemente bien, lucir serio, interrumpir a las personas cuando hablan, dar órdenes, hablar con ese tono de voz que hacía que se me erizase el vello de todo el cuerpo.

- No sé qué pensar- para evitar tener que continuar poniéndome en ridículo, me llené la boca de *brownie*.

- ¿Una biografía sobre Meden? Sí, se supone que es un secreto- acotó cuando a mí se me escapó una mueca de horror-. Eso implicará que pases mucho tiempo

junto a él.

- A mí se me hace que pasaré más tiempo junto a su abogado- refunfuñé. Culpa de mi frustración por no volver a saber de él, creí que volveríamos a vernos, que comenzaríamos a trabajar. Estúpidamente esperaba que apareciera por mi departamento otra vez y secretamente deseaba que ahora, si aceptarse beber mi café.

No recordaba haber vuelto a soñar con su persona; me bastaba con las locuras que producía mi cerebro durante el día, el cual actuaba por voluntad propia últimamente. La curiosidad era insoportable, también la secreta y desubicada hambre de tenerlo cerca, lo cual por cierto, representaba una necesidad un tanto patológica, morbosa y autodestructiva puesto que cada vez que me encontraba frente a él, todo en mi ser entraba en cortocircuito.

Supongo que me atrevía a pensar en Meden de ese modo, dando rienda suelta a mis deseos por una simple y sencilla razón: el sujeto era inalcanzable, intocable, por lo tanto, no representaba ningún verdadero riesgo, nunca sucedería nada con él, de modo que no corría el peligro de meterme en mayores problemas; no me enamoraría, él no se enamoraría de mí, no tenía que temer salir lastimada o lastimar; nada de esto pasaría de un coqueteo. Bueno, en realidad en ningún momento él coqueteó conmigo y lo mío no podía llamarse de flirteo tampoco, solamente de torpeza.

Lo que pasaba era únicamente seguro, divertido y emocionante dentro de mi cabeza. Afuera, no era más que humo. Bueno, quizá dentro también fuese humo.

En resumen: ni durante todo el día de ayer ni en las dieciséis horas, que llevaban transcurridas del día de hoy, tuve noticias suyas o siquiera del abogado que dijo se contactaría conmigo para ultimar detalles.

- Sería una pena.

Sí. ¿Sí?

- Algo te ronda por la cabeza, qué es.

- Nada.

- ¿No te entusiasma el trabajo? Oí que Meden le pidió a Federico que te liberase de tus responsabilidades en la agencia para que pudieses escribir su libro con tranquilidad.

- Así es.

- Va a invertir en la agencia.

- Lo hará.

- ¿Y en ti?

Escribiría su biografía aunque me pagara poco y nada; me valía con tener la oportunidad de adentrarme en su mente, en su vida, en su pasado.

No respondí y León siguió adelante, por lo visto era de mí misma idea: bastaba con pasar un tiempo junto a él.

- Viste el anillo que le dio a su prometida. Una fortuna lleva en ese dedo la muy suertuda. Tienes que arrancarle cuánto pagó por la roca.

- No tiene ninguna importancia lo que pagara por el anillo.

- Leí por ahí que es la hija de un hombre con el que planea llevar acabo unos negocios.

- Eso mismo leí yo.

- Por lo visto, ya comenzaste con tu trabajo.

- Lo googlé. La verdad es que no termino de entender para qué quiere que se escriba una biografía sobre él, internet rebosa de información sobre su persona.

- Sí, ya lo creo, sin embargo muchas de las cosas que figuran en internet no hablan muy bien de él.

Igual que Meden, yo también fruncí el entrecejo ante el comentario que no me gustó.

- Entonces no hiciste bien tu tarea.

- Leí cosas sobre él en una especie de fan club *online* en honor de su persona y otro tanto en una página de cine y televisión.

- Es decir que te decantaste por la minoría que se babea por su lindo rostro y sus brillantes ojos azules.

Más o menos.

- La otra campana, no opina tan bien de él. Muchos comparten tu opinión sobre su posible machismo, su egolatría, sus malos modos, su falta de tacto, su soberbia, dicen que no es más que un niño rico con suerte.

A mí no me parecía ningún nene.

- Dicen que es un gigoló, que explota a su personal, que destruyó empresas competidoras a las suyas -a sangre fría- y que su único mérito es participar de la mayor cantidad de fiestas posibles en una sola noche. Supongo que las mujeres que no se babea por él, lo odian, e incluso las que se babea por él lo odian. Otra de las bondades que le atribuyen es tu tacañería.

A mí no me parecía nada tacaño, el cheque que me dejó y que aún no

depositaba no indicaba que tuviese cocodrilos en el bolsillo, todo lo contrario.

A lo mejor, más adelante, me pareciese que si en realidad Meden era todo eso que comentaba la opinión pública sobre él, ese pago por trabajar a su lado me

resultase bien poco. Sobradamente ya experimenté los incómodos momentos que tenía la facultad de obligarme a experimentar.

- Falta que lo acusen de explotación de niños y de asesino de animales.

- León, no digas esas cosas.

- En qué quedamos, ¿te cayó bien o mal?

Solté un suspiro. - No lo sé. Cuando vino a verme sucedió algo que...

- ¿Cuándo fue a verte?! ¿Y eso? Fue a verte y no me dijiste nada.

- No se lo digas a nadie, por favor. Vino a mi departamento para que le diese una respuesta. A Fede le dije que me daba unos días para pensar en su propuesta sin embargo el domingo apareció por casa; dormía, llegó, le serví un café que siquiera osó probar y luego cuando se iba sucedió una tontería, como no podía ser de otra manera me puse en vergüenza y me dio una risa nerviosa que no pude contener, él también rió, fue algo espontáneo, natural. Tiene una risa linda, dulce- me perdí en el recuerdo- suena igual que la risa de un niño pero con esa voz suya que hace que...- me estremecí de pies a cabeza- , es...es...

- ¿Te gusta?

Lo formuló a modo de pregunta; en realidad no esperaba respuesta. Mi rubor fue imposible de ocultar; sí, me gustaba, cómo negarlo, era en extremo bien parecido exteriormente, era perfecto, con esos ojos, ese cabello, ese cuerpo... no pasaba de eso, si, tenía una risa linda y había algo en él, algo que muy de vez en cuando y de a delicados hilos, soltaba demostrando que quizá fuese algo más que un ególatra, engreído y pedante, pero de eso, la verdad, no estaba segura, quizá esa solamente fuesen ideas mías y en realidad el sujeto era la despreciable persona que prometían que era más de la mitad de los trescientos millones de resultados de Google.

- No es nada. Sé sincera y admite que nadie puede permanecer indemne ante su imagen. Si supiese que es gay te arrebataría el trabajo, incluso si tuviese que matarte.

- Gracias.

- Entonces...- me miró, desde mis manos, las cuales estaban sobre la mesa, una sosteniendo el resto de *brownie*, la otra, rodeando mi café (necesitaba aferrarme a algo para no desmoronarme ante los recuerdos)-...a eso se deben tus zapatos y la blusa- soltó disparando justo al centro de la diana, acertando con una puntería digna de Robin Hood.

- No sé a qué te refieres- fingiendo completa distracción e indiferencia a sus palabras; miré hacia otro lado, a la fila de deseosos amantes del café, que se

formaba delante del mostrador para no tener que verlo a la cara. El ardid tenía mucha menos chance de resultar efectivo si veía a mi amigo a los ojos.

Sí, entendía perfectamente bien a qué se refería, fui consciente de ello cuando esta mañana, terminé de vestirme a toda velocidad como siempre, y ya lista para salir, contemplé la imagen que me devolvía el espejo de mi habitación. La sorpresa disparó los latidos de mi corazón; un nudo se me formó en el estómago.

- No sabes mentir. Si no puedes andar descalza vas en zapatillas y si no te queda más remedio, te pones tacones pero no esa clase de tacos- acotó asomándose por el costado de la mesa apuntando en dirección a mis pies, los cuales al instante, yo escondí uno detrás del otro y luego ambos por detrás de una de las patas de la silla-. Tu aspecto tiene una razón de ser.

- Sí, mi trabajo- solté igual que si me las supiese todas. De superada, confiada y segura no tenía ni un pelo.

- Tu nuevo trabajo, dirás-. Sonrió con picardía-. Supongo que así podemos llamar al señor Meden. Las mujeres hacen eso cuando les gusta un hombre, lo hacen sin darse cuenta, de repente empiezan a arreglarse más...- me apuntó con un dedo-, les brillan los ojitos y esas cosas.

- No seas ridículo.

- Está bien, no tienes de qué avergonzarte, es lógico que seas previsora, el hombre podría aparecerse en cualquier momento, así igual que cayó de sorpresa en tu casa el domingo. El ataque es la mejor defensa, ya lo decía Sun Tzu.

- Esto no es la guerra y además...

- Es casi lo mismo- afirmó interrumpiéndome-, el amor, la guerra, todo se vale.

- No estoy enamorada. Te encanta exagerar, eso lo sabemos todos. Sí, me gusta, listo, lo dije. Nada va a pasar, es una tontería, ahora, por favor, podemos cambiar de tema.

- Que lo hagamos no cambiará las cosas.

- Esto ya parece una discusión de quinceañeros.

- Cuando las relaciones comienzan todo es así, tonto y emocionante-. El rostro se le iluminó con una gran sonrisa. Yo deseaba sonreír también, en realidad no tenía motivos, subirme a este tren no me traería alegría alguna; Félix Meden era una causa perdida, una por la cual siquiera necesitaba batallar, no tenía sentido.

- No existe ninguna relación entre nosotros, aparte de la laboral- completé

tragando en seco-, la cual dicho sea de paso, todavía no tiene demasiada forma-. Ninguna otra forma más que la del cheque que aún no depositaba. No lo llevaría al banco hasta no hablar seriamente con Meden, esto era demasiado informal y difuso, y comenzaba a angustiarme. Lo poco que me unía a ese hombre era un castillo de cartas que la más leve corriente de aire podía arrasar de un momento a otro.

- Ok, no quieres hablar de ello, lo entendí-. Alzó las manos en son de paz.

- En serio, no es nada- le aseguré dudando de mi propia palabra. Me sentía demasiado confusa sobre Félix Meden, aquel hombre de mirada taciturna y entrecejo con preponderancia a fruncirse de desagrado, no se me quitaba de la mente, no porque estuviese enamorada de él, ¡eso era una tontería!, por razones muy distintas, sentía que necesitaba conocer a ese hombre, intentar entender por qué alguien se mostraba tan serio y tan frío ante todo, si en realidad, era capaz de darle vida a una risa tan dulce y mansa como la que dejó escapar en mi departamento.

- Ok, de cualquier modo no le quitaré el mérito que solito se ganó.

- ¿Qué mérito es ese?

- Darte la confianza para presentarte así en el trabajo- exclamó abriendo muy grande sus ojos, para contemplarme extasiado en sus delirios de moda y estilismo.

- Pfff...deliras.

Supongo que fue una reacción un tanto tonta de mi parte, no logré contenerme, tenía miedo de que lo que experimentaba se me fuese de las manos, de modo que en cuanto regresé a la oficina fui directo al baño a, por decirlo de algún modo, bajarle el volumen a mis aspecto. En realidad no podía hacer demasiado más que abotonarme la camisa hasta arriba. En cuanto lo hice me miré al espejo sintiéndome algo derrotada y ridícula (tenía tantas ganas de sacarme los zapatos y enterrarlos en lo profundo de mi armario en la caja dentro de la cual vinieron desde Francia).

No solía utilizar demasiado maquillaje sin embargo, en ese instante, hasta la máscara de pestañas me molestaba.

Apreté los puños apartando la vista del espejo, los recuerdos comenzaban a agolparse alrededor de la neurona que se empecinaba en funcionar en detrimento del resto del grupo, de todo mi organismo. No deseaba recordar el



pasado, no quería pensar en ninguna otra que no fuese el presente, con eso tenía suficiente.

Me agarré del borde del moderno lavatorio y solté un largo suspiro con el que esperé poder exorcizar la tensión y los sinsabores que me amargaban.

Alcé la vista otra vez, en el espejo volví a encontrarme: la joven mujer de grandes ojos castaños y cabello alborotado. Con o sin camisa de seda, con o sin zapatos franceses, esa era yo, no importaba un cuerno lo que vistiese.

Inclinándome hacia adelante mientras abría el agua fría, me relajé un poco; entendí que no valía la pena que me angustiase, mi vida seguía e incluso seguiría después de que el torbellino Meden desapareciese del horizonte.

Llamaron a la puerta del toilette sobresaltándome.

- ¿Gabriela, estás ahí? ¿Gaby?

- Sí, Flor, ya salgo-. Florencia era la recepcionista de la agencia. De regreso al trabajo, a la vida real; era mejor así. Soñar demasiado tiene sus consecuencias.

- Te buscan.

Me sequé la cara y las manos repasando mentalmente la agenda de Federico: ¿se me habría olvidado cancelar alguna de sus citas de esta tarde?

Ayer a mi jefe se le había salido la emplomadura de un diente y por eso ahora, se encontraba visitando a su dentista en vez de estar trabajando en su oficina.

No recordé que hubiésemos programado nada para hoy. Me extrañó que me buscasen.

Debe ser alguna entrega o correo- pensé.

Arrojé la toalla de papel al cesto, acomodé la cintura de mi falda, el cuello de mi camisa, me pasé las manos por el cabello y volví a respirar hondo otra vez.

Al abrir la puerta me encontré con un par de brillantes ojos negros que amenazaban con perforar mi cráneo en una sola mirada. Florencia era al menos una cabeza más baja que yo, pequeña y ágil como una hormiga, esta mujer de veintiún años, con la apariencia de alguien de diecisiete, era extremadamente inteligente, vivaz y desinhibida. Ella tenía la capacidad de hacer y deshacer en un parpadeo, de solucionar incluso las guerras de esta Tierra, logrando la paz mundial con un par de llamados. No existía cosa que la turbase al punto de hacerla transpirar o demostrar ansiedad alguna, de modo alguno, sin embargo en este instante lucía igual que al borde de un ataque de nervios o algo así.

- ¿Qué sucede?- le pregunté angustiada, si bien intuí que no deseaba oírlo. Si ella estaba así yo no lograría...mis pensamientos quedaron inconclusos.

- Te espera en la sala de reuniones de Federico.

La idea me golpeó en la nuca, al instante supe quién era el que preguntaba por mí.

Me tambaleé en lo alto de mis zapatos igual que si en vez de encontrarme sobre tacones de diez centímetros estuviese montada sobre sancos de metro y medio. ¡Mi balance siempre fue bastante pobre!

Quise confirmar si era él... las palabras no me salieron.

- Es un tal Meden, dice que estuvo aquí el viernes. ¿Es el mismo Meden que se reunió con Federico?- curioseó con una ceja en alto-. Dios bendito, es todavía más hermoso en directo que en las fotografías- soltó abanicándose con ambas manos; así, en ese instante, se sonrojó (me consoló saber que al menos no era la única cuya fuerza y autocontrol se evaporaba ante la mera mención de su nombre)-; ya entiendo por qué todos hablan de él. Lo que sí me dio la impresión de que es un tanto corto de carácter. Le expliqué que Federico no regresará hoy a la oficina- Florencia se inclinó hacia mí, como si quisiese crear más intimidad entre nosotras; en realidad no hacía falta, el hall estaba vacío-; con lo que me parecieron muy malos modos, me contestó que no venía a ver a Federico sino a ti.

Al mencionarme, su mueca de incredulidad fue más que patente.

Quedé boquiabierta, yo esperaba a su abogado.

- Ok- fue lo único que logré articular dejando a Florencia todavía más pasmada.

- ¿Viene a verte? Digo, ¡viene a verte!

- Es un asunto de trabajo- le contesté procurando evitar que su incredulidad me hiriese, mientras ella seguía mis pasos por al pálida alfombra color hueso del piso de la recepción.

No es hora de preocuparte por tu ego- me dije.

Se me puso la piel de gallina. Intenté erguir los hombros y prepararme mentalmente para no sonrojarme, para no balbucir. Inevitable que el pulso se me disparase.

- Bien, bien, entonces no hay problema que pasase a la sala de reuniones, de hecho, intenté detenerlo...ese hombre no se detendría ni ante un muro de concreto.

- Claro, no hay problema- se me escapó una sonrisa, eso mismo me parecía a mí, Meden no conocía límites, seguro que no, de hecho, me figuro que para él, los límites directamente no existían.

- ¿Necesitas algo...que les sirva café o algo así?

- No, gracias, yo me ocupo, solamente...- tragué saliva al detenerme frente a pocos metros de la puerta detrás de la cual se encontraba Meden, al otro lado del espacio estaba mi escritorio-, no me pases llamados, ¿sí?

- Sí, claro, por supuesto.

Llegamos a la puerta. Me detuve, Florencia detrás de mí.

- Si necesito algo te aviso- dije con toda la intención de despedirla, necesitaba al menos cinco segundos frente a aquella puerta para terminar de amarme y prepararme para enfrentar a Meden, de repente en este instante mi conversación con Leo se sentía demasiado presente y eso no era saludable ni favorecedor para discutir de trabajo con él.

- Sí, claro, estaré...- apuntó en dirección a su escritorio al otro lado de la puerta.

Asentí con la cabeza.

Florencia dio la media vuelta y comenzó a alejarse.

Ok- comencé a decirme- esta es tu oportunidad, no la arruines, probablemente aquí se juega tu futuro. Esto es lo que quieres, ser escritora, triunfar, tener independencia, experimentar algo de reconocimiento en lo que haces, dándole así, valor a lo que eres. ¡No lo arruines, no lo arruines, no lo arruines!

Oportunidades semejantes no surgen dos veces. Puede que haya un antes y un después en tu vida, luego de reunirte con Meden. ¡Así será, todo cambiará y para bien! ¡Es tu oportunidad! Respira profundo y...

- Con que aquí está.

Asustada por su súbita aparición, me eché atrás. Meden había abierto la puerta asomándome hacia afuera. Casi choca conmigo.

Las rodillas se me aflojaron y por poco me caigo de los tacos.

Cuando Meden me atajó por el codo izquierdo, mi autocontrol se fue al demonio, no es que me pusiese colorada, sino que simplemente me percaté de que sus ojos azules como el océano, terminarían desintegrando mi cerebro y quizá, provocándole lo mismo a mi corazón. Mi estómago dio un vuelco, ¿o sería un salto mortal hacia atrás? El asunto es que todo el universo se encogió alrededor de mi ombligo palpitando allí, al son de la batería de una orquesta compuesta únicamente por instrumentos de percusión. ¡Miles de ellos!

Dadas las condiciones, sostenerle la mirada no era tarea fácil, o no lo hubiese sido de no ser por que él de pronto me soltó y apartó sus ojos de mí, bueno, en realidad se apartó de mí del todo, retrocediendo sobre sus pasos al menos un metro.

- Ya me preguntaba dónde se había metido usted también.

De haberme dado tiempo, me habría disculpado por la demora, sin bien, en realidad, no me demoré nada en llegar desde el baño; además: ¡no existía retraso alguno; si ni siquiera sabía que vendría!

- Sé que su jefe no se encuentra de modo que tendremos un momento para conversar. Pase, por favor- se hizo a un lado y enseñándome la sala, con uno de sus brazos, igual que si yo no la conociese, me invitó a entrar.

Era yo, no él, la que trabajaba aquí.

Sin duda Meden se sentía amo y señor del universo entero.

Entré y acto seguido, cerró la puerta a mis espaldas. Al instante experimenté lo que un animal siendo atrapado en una jaula. Sin salida y con el cazador a un paso de mí.

Un inquietante cosquilleo recorrió mi espina dorsal y un sobrecogedor aroma, irrumpió en mis pulmones, era su perfume, el cual no identifiqué únicamente como parte de su identidad, sino como una esencia que ya había olido antes, solo que no lograba identificar dónde.

- ¿Gusta tomar asiento?

Me volví y lo miré, quería reclamar mi autoridad en este espacio, después de todo, sí era mi espacio, fui yo quien puso las flores en el florero esta mañana, quién trajo los CDs que se encontraban a un lado del equipo de música e incluso fui la responsable de escoger los dos cuadros que colgaban uno a cada lado de la sala. ¡Incluso fui yo la que escogió la tela con la que fueron tapizadas las sillas que rodeaban la mesa y el color de la alfombra que tanto sus zapatos, cuanto los míos, pisaban en este instante! ¡Mis zapatos! No logré contener el enrojecimiento que ascendió por mi cuello hasta mi rostro al instante de recordar que todavía los llevaba en los pies.

- Después de usted- solté-. Puedo ofrecerle algo de beber.

Meden me observó con las ceja en alto, por un momento. - No, gracias. Insisto, después de usted.

Quizá tuviese un poco de ganas de provocarlo, es que me fastidiaba que intentase imponerse y tener el control de todo, todo el tiempo. Ni lerda ni perezosa, avancé hasta la cabecera de la larga mesa, y allí me acomodé. Como una verdadera Lady, aparté la silla y me apoltroné; cruzada de piernas, erguí la espalda y alcé los hombros. Me pregunté si luciría profesional. ¡Al demonio, por dentro temblaba sin control y me carcomían los nervios!

Al alzar la vista, creí entender que Meden había seguido cada uno de mis pasos con su mirada. No pasó mi medio segundo desde mi reconocimiento hasta que él avanzó en mi dirección para luego sentarse a mi izquierda,

apartando la silla para acomodarla de modo que quedase casi de frente a mí. Antes de sentarse se desabrochó el botón de la chaqueta de su traje azul, el cual le combinaba perfectamente bien con el color de sus ojos y se pasó una mano por el cabello, alzando todavía más la honda que le nacía a un lado por encima de su amplia frente.

No logré evitarlo, seguí el movimiento de sus manos como quien sigue, al borde del hipnotismo, el movimiento de un brillante péndulo.

- Esperaba que fuese su abogado quien me visitase, no usted- dije antes de que él tuviese oportunidad de hacerse cargo de la conversación otra vez. Si deseaba sobrevivir a esta empresa, o al menos, no enloquecer antes de concretarla, tenía que tomar el toro por las astas, o al menos, debía evitar que el toro se la pasase dándome cornadas donde más me dolía, inhabilitándome de por vida.

- ¿En verdad le interesa conocer a mi abogado? Los abogados son todos iguales, bueno, en realidad no son todos iguales, los míos son realmente buenos pero la verdad es que todos dejan en la boca ese mismo sabor metálico del aburrimiento redomado con el que fueron creados.

Aquel comentario me arrancó una sonrisa que por todos los medios, procuré contener.

- No es que deseé conocer a su abogado, es que usted dijo que uno de sus abogados se pondría en contacto conmigo.

- Y lo hará; tarde o temprano tendrá usted la desdicha de conocerlos; tenemos muchos asuntos legales que resolver.

- Sí, bien, eso para comenzar. La verdad Señor Meden es que todavía no me queda muy clara cuál será nuestra relación.

- Escribirá mi biografía.

- Eso lo sé, a lo que me refería es a que...

- Dígame, ¿sería mucho problema si cena conmigo esta noche?- al terminar de articular aquellas palabras, sus ojos bajaron desde mis rodillas hasta mis pies, no me quedó ni la menor duda de eso, tal es así, que mis mejillas se encendieron por completo. Moví los pies avergonzada, descruzándolas piernas para moverlas y esconderlas debajo de la mesa. Mi brusco movimiento lo sobresalto, fue entonces cuando sus ojos, volvieron a los míos.

- Señor Meden, la verdad es que siquiera entiendo por qué quiere usted que alguien escriba su biografía.

- No le pagaré por comprender mis decisiones sino por acatarlas.

¿Qué?! Su respuesta me sorprendió tanto que me atraganté con saliva.

- Señorita Lafond, le interesa trabajar para mí ¿sí o no?

- Todavía siquiera me explicó lo que eso implica.

- No sé qué cree que pueda implicar, aparte de escribir- entonó con desgano.

Inspiré hondo, el fastidio volvió mí. ¿Por qué tenía que ser tan pedante?

- Me parece que lo correcto sería que usted y yo fijemos entrevistas en las que pueda realizarle las preguntas que...

- Esta noche- lanzó interrumpiéndome otra vez.

No pude evitarlo, lo miré ceñuda; ¿es que no me permitiría jamás, terminar una condenada frase?

- Creí que sería mejor si conversásemos...no sé, en un café, aquí o incluso en su casa o en la mía, necesito tomar notas y si no le molesta puedo grabar también nuestras entrevistas.

- Puede hacer eso último si desea, no tengo problema-. Al responder abanicó su mano en un gesto increíblemente despectivo-. Si puede ser en un café, también podemos hacerlo en un restaurante.

No me sentía muy segura de salir con él a ninguna parte.

- Por qué no mejor empezamos aquí ahora-. Propuse haciendo el ademán de levantarme, dentro de mi cartera cargaba el cuaderno con las primeras anotaciones y preguntas sobre él. La cartera se encontraba al otro lado de la puerta, colgada junto a mi escritorio dentro del pequeño armario que se usaba para guardar las pertenencias de nuestras visitas.

- Luce distinta.

Caí sentada sobre mi silla otra vez, cuando sus palabras estremecieron el suelo. - ¿Perdón?

- ¿Fue usted quién escogió esa blusa?

Mi entrecejo se transformó en un acordeón. - No, de hecho no, Señor Meden-.

Parpadeé en un intento de aclarar mis ideas-. Fue una amiga- acoté no sé muy bien, porqué, la camisa tenía registrado el gusto de Valeria, ella me insistió

como loca hasta que al final, la compré, de cualquier modo me gustaba, solo

que siempre me pareció demasiado elegante y completamente fuera del margen

de lo que pudiese considerarse, mi sello personal. Lo mío eran las remeras de

algodón de preferencia, negras o de colores oscuros.

- ¿Un regalo?

- No, solamente recomendación de una amiga que entiende más de moda que yo, es todo. Escuche no nos estamos...

- ¿Necesita algo para trabajar? ¿Papel, plumas, una máquina de escribir,

computadora? Ví que tiene una en su casa; quizá necesite una nueva, una laptop

tal vez, la necesitará si acepta trabajar conmigo, o es que escribe a mano.

- No- sacudí la cabeza, este hombre era apabullante. Las cienes comenzaban a palpitarme, me daría dolor de cabeza-. Señor Meden, lo que necesito para comenzar a trabajar es que usted me explique qué fin tiene esto y que me permita entrevistarlo o al menos, que comencemos por acordar qué asuntos trataremos y en que partes de su pasado su presente y su futuro desean enfocarse.

- Le conseguiré una laptop entonces.

- Disculpe, Señor Meden, pero de qué cuernos me servirá una laptop si no tengo nada que escribir-. Las palabras se escaparon de mi boca sin control. Ahora el sonrojo casi me ahoga. Con una mano me cubrí la boca deseando que mis labios quedasen sellados de ahora para siempre.

- Usted me agrada-. Sonrió-. Esta noche le daré algo para que escriba mañana.

- Por qué no me da algo ahora. Señor Meden, de verdad que no creo que sea buena idea que hagamos esto de modo tan informal, no me siento cómoda, para serle sincera, me inquieta mucho el cheque que me dejó el viernes pasado.

- ¿Le inquieta?- sonrió otra vez-. ¿A quién le inquieta un cheque?

- Pues a mí- le respondí enojada porque su voz sonaba a que se burlaba de mí. No era el trozo de papel en sí, sino la suma que figuraba en éste, de su puño y letra.

- ¿Le incomodaría menos si tuviese firmado un contrato conmigo? No tengo intenciones de regalarle mi dinero, Señorita Lafond. No creí que fuese de ese tipo de personas, de hecho la hacía más informal.

- Soy informal, bueno...no del tod...no, soy formal...Señor Meden lo que quiero decir es que quiero que las cosas queden claras entre nosotros y en este momento no tengo nada claro, no al menos lo que respecta a usted y el trabajo que me encargó.

- Sí le parece bien discutiremos su contrato durante la cena, y también responderé a todas las preguntas que desee formularme. Yo también tengo un par de preguntas que formularme y me gustaría aclarar también ciertos puntos concernientes al trabajo. Lo cierto es que ahora mismo no tengo tiempo para eso, tengo una reunión en media hora-. Le echó un vistazo al enorme reloj en su muñeca izquierda-. Veinte minutos- se corrigió-. Enviaré un automóvil a recogerla a las veinte quince-. No esperó mi respuesta, simplemente se puso de pie.

- Señor Meden- lo imité levantándome de mi asiento, iba a continuar pero su mirada me desarmó, con ésta me decía: ¿qué objetarás ahora? Nada, ya no

tenía nada que objetar, durante la cena estaría bien, o al menos intentaría que lo estuviese-. Bien, será durante la cena entonces.

Meden me sonrió. - Tengo que dejarla ahora.

- Sí, por supuesto.

- La veré en la noche.

Asentí con la cabeza. Meden me tendió su mano-. Va a ser un placer trabajar con usted.

Debí decirle que también lo sería para mí; las palabras no salieron.

- Hasta esta noche, Señorita Lafond-. Repitió sonriendo muy divertido.

Sinceramente no entendí que resultaba tan jocoso.

- Hasta esta noche.

Meden abrió la puerta para mí. Salí de la sala de reuniones cruzando su línea de fuego para resultar acribillada por su perfume. Mis ojos cayeron al suelo y en la caída repararon en la preciosa corbata azul cobalto que llevaba.

Una vez que recibí el aire claro y limpio de espacio que correspondía a mi lugar de trabajo y antesala de la oficina de Federico, respiré hondo.

- Es una pena que Bach no nos acompañase hoy- comentó.

- La próxima vez será.

- Seguro que sí- convino con un amago de sonrisa.

- La veo en un par de horas.

Asentí con la cabeza otra vez, Meden ya comenzaba a alejarse en dirección a la puerta.

- A mí me gusta su corbata, Señor Meden. ¿Fue usted quien la eligió?

Sé que lo sorprendí con mi comentario, se le notó en el rostro y sobretodo, en los ojos. Bajó la vista hacia su corbata y con una mano, acarició la sedosa superficie labrada. La tomó por el extremo alzándola.

- No, no fui yo quien la eligió, es un regalo...de mi madre.

- Ella tiene buen gusto.

- Le diré que a usted le gustó- dijo con una amplia sonrisa.

De repente, así como así, me dieron muchas ganas de conocer a su madre y a todo ser humano que tuviese el crédito y credibilidad suficiente para hablarme sobre él con la verdad despejando así, la infinidad de dudas que albergaba sobre su persona.

Sin añadir una sola palabra más, partió.

Creo que de haber contado los segundos, no habría llegado a los diez,

Florencia apareció ante mí.

- ¡Madre santa!



Eso- solté dentro de mi cabeza.

Como pude, resistí al interrogatorio de mi compañera de trabajo, y en cuanto me fui posible, me largué a casa para prepararme para la noche.

## 6.

**Imposible decidir qué vestir.** Una cena... ¿dónde? ¿Qué ponerme? ¿Algo formal, como del trabajo o algo más relajado e informal?

Salida de la ducha pasé los siguientes veinte minutos intentando determinar si me decantaba por el lado de mi placar que albergaba la ropa que usaba para trabajar o aquella de mi vida cotidiana; una parte era demasiado formal, la otra excesivamente informal.

Alcé los zapatos usados durante el día en una mano, y un par de zapatillas en la otra.

¡No, no podía reunirme con Meden en un par de Converse!

Solté tanto las zapatillas cuanto los zapatos.

Hubiese dado cualquier cosa por tener a Valeria a mi lado para que me asesorase.

Siquiera me atrevía a llamarla para preguntarle qué vestir; prefería no levantar el teléfono; podría el grito en el cielo en cuanto supiese que cenaría con él - aunque fuese por trabajo-.

A las ocho menos cuarto le puse fin a mis idas y venidas, el automóvil llegaría

por mí en media hora y todavía de mi cabello, chorreaba agua.

Escogí un par de pantalones negros, clásicos, cómodos y no demasiado llamativos. Descarté los benditos zapatos franceses y tomé otros, igualmente negros pero de taco más bajo, y para encima, una blusa azul oscura que por desgracia me había recordado al color de ojos de Meden.

A toda prisa regresé al baño, sequé mi cabello y lo recogí en una coleta alta que así, le puso fin al brioso volumen natural de mis hondas. Para disimular el cansancio de la jornada me esmeré un poquito con mi maquillaje.

Al comprobar mi aspecto en el espejo de pie de mi habitación determiné que aquello era lo mejor que podía lograr al unificar lo profesional con una salida nocturna.

Para despuntar el vicio metí dentro de mi cartera la grabadora portátil, mi cuaderno y una birome; no pensaba perderme de la oportunidad de tomar notas.

A la hora señalada, ni un minuto más, ni un minuto menos, sonó el timbre del portero eléctrico.

- Señorita Lafond, me envía el Señor Meden, he venido a buscarla para llevarla a su cita- entonó una grave voz masculina cargada con un fuerte acento norteamericano; el portador de aquella voz no podría negar jamás su nacionalidad, es más, me figuré que debía ser de alguna ciudad pequeña o algo así, porque articulaba las palabras de un modo un tanto cerrado y con un cierta cadencia cantarina que en verdad no coincidía demasiado con aquella voz potente y marcial-.

- Sí, enseguida bajo.

Recogí mis cosas y salí de mi departamento sintiéndome igual que si fuese de camino al patíbulo, lo cual era una verdadera tontería, no tenía por qué experimentar semejante agobio, me extralimitaba con mis sentimientos.

La ansiedad se encargó, sacando sus colmillos sedientos de sangre, de atacar a dentadas a mi sistema nervioso.

Respira profundo. Inhala, exhala. Despacio, tranquila, no te olvides de respirar- me recordé-. Actúa con inteligencia o al menos, si no puedes porque él es como un virus que ataca tu disco duro, procura pretender que al menos, eres capaz de hacerlo.

- Maldita sea- rezongué cuando mi estómago se retorció al llegar el ascensor, a la planta baja.

Quien llamó a mi timbre todavía se encontraba parado en la entrada. La figura del hombre, recortada ante es cristal por las luces del alumbrado público, era

gigantesca. Debía medir casi dos metros, tenía hombros anchísimos -incluso desde la distancia atiné a estimar que su espalda debería ser tres veces la mía, o casi- y que sus brazos tenían el grosor de mis muslos. Iba impecablemente trajeado y llevaba el cabello cortado a rape, un auricular en la oreja izquierda. El hombre alzó su puño izquierdo y le habló a la manga de su saco. Sin quitarle la vista de encima, me puse la campera y luego me colgué la cartera del hombro.

El hombre dejó de hablarle a la manga de su saco y se volvió hacia mí. Comencé a abrir la puerta, de la cual debía colgarme para hacerme espacio para pasar debido a la rigidez de la resistencia colocada en la parte superior la cual haría que se cerrase sola ni bien la soltara. El asunto es que el sujeto que resultó tener unos pacíficos y muy pequeños ojos de color celeste, la empujó, apuntalando una de sus grandes y anchas manos, sobre la gruesa placa de cristal. Ni se mosqueó al hacer fuerza.

Al examinarlo con un poco más de detenimiento comprendí que aquella criatura más que romperle el cuello a una gallina con suma facilidad, podría quebrármelo a mí sin que me percatase de lo que me sucedía.

Su mandíbula era ancha y de contorno cuadrado; tenía la frente amplia y prominentes cejas de un rubio anaranjado. Su cabello era del mismo color, incluso las pocas y cortas pestañas que rodeaban sus ojos, los cuales no eran más que ranuras por las cuales espiaba igual que si fuesen la mirilla laser de un arma, no de un arma cualquiera, quizá de una bazuca antitanques o algo así. Sus labios eran tan delgados que prácticamente pasaban desapercibidos, no así el ensortijado cable que colaba del aparatito dentro de su oreja, el cual se perdía en el cuello de la camisa que parecía amenazar con ahorcar su cuello increíblemente musculoso y con algunas marquitas rojas algo inflamadas, igual acabase de afeitarse. De hecho, olía a loción de afeitado.

- Señorita Lafond- inclinó la cabeza en una reverencia-. Soy Spencer, la llevaré a encontrarse con el Señor Meden.

No me cupo ninguna duda de que era norteamericano. Solamente le faltaba una Budweiser en la mano y un balde con *fried chicken wings* en la otra; lo ponías frente a un televisor cuya pantalla se iluminase con la imagen de un partido de *football* norteamericano y allí tendrías el perfecto retrato del icono de una cultura.

- Es por aquí-. Señaló hacia la derecha luego de bajar los tres escalones de la entrada de mi edificio-. Por favor-. Con su mano izquierda y sus palabras, me conminó a pasar delante de él. Volví a agradecerle y me eché a andar,

buscando un vehículo que tuviese la apariencia de trabajar como auto de alquiler.- El tercer automóvil- me indicó.

Humm...el tercero, contando el que teníamos al lado o...alcé al cabeza, él venía a dos pasos por detrás de mí. No llegué a divisar el vehículo puesto que había una camioneta estacionada delante.

Spencer se me adelantó. Tenía algo en su mano derecha. Cuando pasó a mi lado, me percaté de un detalle: llevaba chaleco antibalas. Lo puedo jurar, se le notaba por el costado, en la sisa del traje y por el frente, debajo del cuello de la camisa; resultaba prácticamente imposible no notar las rígidas palcas de *kevlar* deformando las protuberantes curvas de su pecho y espalda.

Me aterró pensar que quizá cargase un arma; ¿la necesitaría o le bastaría con usar su cuerpo para defenderse? Seguro que sus brazos y piernas eran lo suficientemente letales.

La idea de esperar encontrarme con un automóvil de alquiler, obviamente quedó descartada por completo y justo a tiempo.

Me paré en seco al detectar la presencia de un vehículo de cuatro ruedas pero con todo el aspecto de cohete espacial, de reluciente plateado, bajo, de aspecto aerodinámico y peligroso. Dudé que aquella cosa tuviese el permiso de circular en una simple carretera, fuera de las curvas y pianos de una pista de carreras. Juro que en ese instante recordé haber visto un automóvil similar en una carrera de Fórmula Uno, bien, no de los que corrían la carrera sino uno de los automóviles de seguridad o algo así.

Me costó recordar cómo respirar, cómo moverme.

¡Mierda, si era el mismo auto!

Spencer se cruzó por delante de mi campo visual cargando una maliciosa sonrisa en sus labios, la cual intentaba ocultar sin demasiado éxito.

En el proceso de recomposición de las funciones normales de mi organismo, detecté que las placas del automóvil eran de esas que usan las concesionarias para sacar a la calle, los automóviles que aún no se venden. Nada de esto tenía ni pies ni cabeza.

¿Un norteamericano con pinta de *Marine* usando por debajo de sus ropas un chaleco antibalas, un automóvil desarrollado para emular el vértigo de la Fórmula Uno? ¿Qué era esto?

Spencer avanzó hacia la puerta del acompañante, la cual abrió para mí.

¡Iba a subirme en eso!

- ¿Todo en orden, Señorita?- me preguntó con su agradable acento ante mi absoluto estupor el cual me impedía reaccionar ante su ofrecimiento.

Asentí con la cabeza y en un esfuerzo sobrehumano, inspiré una gran bocanada de aire.

- Sí, gracias-. Del interior del vehículo emanaba un intenso olor a nuevo (entre cuero, plástico, metal, madera y pintura, todo eso con un ligero toque del perfume de Spencer).

- El Señor Meden me pidió que le dijera que no tiene de qué preocuparse, sabe que cuidaré muy bien de usted.

- ¿Cuidar de mí?

- Sí, Señorita- dijo moviendo la cabeza de arriba abajo-, para eso estoy aquí.

- Disculpa... ¿es necesario?

- ¿Qué cosa, Señorita Lafond?

- Llevas chaleco antibalas.

Spencer se sonrió. - En efecto.

- ¿Por qué?

- Por mi trabajo.

- ¿Tu trabajo?

- Cuidar de usted, Señorita.

- ¿Eres guardaespaldas?

- Algo más que eso- entonó con una criptica sonrisa.

- ¿Cargas un arma?

- Suba, por favor, no debemos hacer esperar al Señor Meden.

Su evasiva me provocó un escalofrío. Nada de esto tenía ninguna razón de ser, yo no necesitaba un guardaespaldas, menos que menos uno con chaleco antibalas y un arma, menos si este conducía un vehículo que debía alcanzar velocidades ridículamente altas para simplemente utilizarlo para andar por la calle.

Sin emitir ningún otro comentario, entré en el automóvil.

¡La butaca tenía un formato similar a la de un auto de carreras!

Sentí la imperiosa necesidad de recibir un pellizco para convencerme de que esto era real.

Spencer cerró mi puerta y rodeando por detrás el auto, llegó a la puerta del conductor.

Ni bien se sentó a mi lado soltó la orden que cortó con el análisis visual que efectuaba del interior del vehículo.

- Cinturón de seguridad-. Con eso quedó todo dicho.

Me costó encontrar aquel artilugio ya que me sentía igual que dentro de un transbordador espacial, tenía miedo de tocar el botón errado y destruir así la

nave.

Con un par de gestos, el “*Marine*” me ayudó en la tarea.

Únicamente cuando estuve fija a mi asiento, encendió el motor, el cual hizo vibrar mis tripas.

- En un momento ser reunirá con el Señor Meden- anunció mi acompañante alzando la voz por encima del rugido del imponente motor.

Manejando con una concentración envidiable y una prolijidad y certeza dignas de un piloto de carreras, Spencer guió aquella máquina por las calles de la ciudad.

Al otro lado de los cristales nos siguieron miradas de admiración y sorpresa de transeúntes y conductores que al igual que yo, en su vida habían visto una cosa semejante.

Si Meden deseaba impresionarme lo había logrado. No es que con esto fuese a ganarse puntos a su favor ni nada parecido, ciertamente no entregaría ni mi alma, ni mi integridad por un simple paseo en un automóvil exorbitantemente caro, pero en mi vida creía que me montaría en una bestia semejante.

Tomé nota mental de esta acción de Meden; no necesité de mi cuaderno y la pluma para ello, de seguro no me olvidaría del gesto, del cual esperaba, poder conocer en un futuro cercano, su origen. No le encontraba demasiado sentido al hecho, técnicamente Meden no necesitaba comprarme con gestos impresionantes ya que en cierto modo, me había comprado con un cheque - o pagado por mi trabajo con éste- lo que no quedaba del todo claro es si se suponía que el libro sería basado en mis impresiones sobre él, o en lo que se me dijese, debía escribir sin poner ni una pizca de opinión personal, o incluso, sin tener que dudar a la hora de mentir descaradamente.

¿Tendría que mentir? Si así era, para qué el automóvil, para qué el guardaespaldas.

Meden no paraba de confundirme.

Disimuladamente giré la cabeza para echarle un vistazo a mi chofer y entonces recordé que durante la primer visita de Meden a la agencia, Juan mencionó que había llegado en compañía de un grupo de guardaespaldas. Pobre de él si los necesitaba, siquiera me animaba a formarme una idea de lo que podía suponer no poder dar un paso sin tener al alguien detrás de ti, velando por tu seguridad e integridad.

Spencer frenó suavemente ante la luz amarilla del semáforo y como si supiese que lo miraba, se volvió hacia mí.

- ¿Todo en orden?- preguntó como si esa fuese la única forma, en lengua

castellana que se sabía para preguntar si estaba todo bien.

- ¿Trabajas para Meden? Digo...bien, obviamente sí trabajas para él, lo que quería preguntar es si trabajas para él todo el tiempo o ahora que está de visita en el país.

- Todo el tiempo.

- ¿Eres su guardaespaldas?

- Su jefe de seguridad.

Asimilé la respuesta. - Eso es...con que su jefe de seguridad.

Asintió con la cabeza.

- Y...¿viniste por mí?

El semáforo pasó de rojo a amarillo otra vez.

- ¿No había nadie más que pudiese hacer el trabajo? Digo, tienes un cargo importante, seguramente tenías algo más trascendental que hacer, no me malinterpretes es que...

- No la malinterpreto, Señorita Lafond, es mi trabajo. Esta noche usted es parte él.

- Meden no necesitaba enviarlo, creí que mandaría un taxi a recogerme.

Con la cabeza al frente, Spencer me espió por el rabillo de sus claros ojos celestes.

- Usted es mi trabajo- repitió-, estoy aquí para cuidar de usted.

El semáforo se puso en verde.

La extensión que cubrían, o podían cubrir sus palabras, me pareció insondable y dificultosamente asimilable. Sin duda no tenía ni idea de en qué me metía cuando acepté el trabajo. Normalmente escribir no traía más peligros que contracturas, llevar una vida muy sedentaria y solitaria, y en el peor de los casos, correr serios riesgos de olvidarte del mundo más allá de la pantalla de tu computadora o de la superficie de papel sobre la que escribieses. Sin duda nada parecido a necesitar de un jefe de seguridad que vele por tu bienestar.

Otra vez me compadecí de Meden. ¿Le afectaría tanto esto a él cuanto comenzaba a afectarme a mí?

- Nuestro destino-. Spencer detuvo el automóvil frente a la entrada de un moderno edificio que se alzaba sobre impresionantes pilares que retaban varias leyes de la física. Apuntó hacia afuera. Sobre la calle y desde una altura

de unos cuatro o cinco metros, protegía la entrada, un impresionante techo de cristal iluminado por rayos de luz entre azul, violeta y un blanco hiriente de tan radiante y puro.

En la entrada había dos personas que obviamente eran de seguridad. Tenían un aspecto similar al de quien se encontraba a mi izquierda, sólo que tanto más modesto. Spencer habría podido patear los traseros de ambos, sin mayores dificultades, imaginé, incluso sin necesidad de su chaleco de *kevlar* o del arma que tal vez cargara.

De la nada, un joven con aspecto de modelo de campaña publicitaria de una gran marca de moda, apareció al otro lado de mi puerta.

Sin decir nada, Spencer se bajó del automóvil mientras el chico abría la puerta para mí.

Espiando por encima de mi hombro izquierdo vi que recibía del valet, un cartoncito.

El valet tenía cara de haber recibido un magnífico regalo de navidad por adelantado.

A mí también se me hacía agua la boca de pensar en tener la oportunidad de manejar este automóvil al menos por un trayecto de un par de cuadras.

- Bienvenida al “Souls”- me dijo el muchacho.

Spencer llegó a mí.

- La acompaño.

El muchacho, sabiamente, se hizo a un lado.

De repente me sentí pobremente ataviada para el escenario.

El valet, con un exceso de presión sobre el pedal del acelerador, se llevó el Mercedes-Benz y en el espacio dejado por este, se detuvo un Porsche negro. Tragué en seco.

- El restaurante se encuentra en la primera planta- explicó Spencer.

- Oh...bien, gracias- entoné volviendo del borde del abismo de mi complejo de inferioridad, el cual a veces, me costaba mantener a raya.

A esta alfombra lo único que le faltaba era ser roja y estar copada por fotógrafos y sus flashes ya que contaba con personas de aspecto perfecto y costoso paseándose por ella.

Una pareja nos sobrepasó, ella vestía un corto vestido de cuero negro repleto de tachas, un largo y vibrante cabello de un falso pelirrojo y unos tacones de muerte muy parecidos a los que usé yo durante el día, él, un traje un tanto ridículo, de una tela estampada y brillante que más parecía un atuendo pura y exclusivamente de pasarela en vez de uno para vestir en la vida normal.



De repente me dio mucho calor debajo de mi campera de cuero negro. Mi maquillaje se derretiría si el calor persistía. Sin darme cuenta de lo que hacía, me abaniqué con mi pequeña cartera.

- ¿Puedo llevar su abrigo?- ofreció Spencer.

- No, gracias, estoy bien.

Spencer asintió con un parpadeo.

- ¿Habías estado aquí antes?

Mi compañero negó con la cabeza. - Parece un lugar agradable.

- ¿Lo crees? Creo que en este instante preferiría un McDonald's.

Spencer rio suavemente. Seguro él no hubiese tenido problema alguno en compartir una hamburguesa con queso y unas papas con mucho ketchup, conmigo.

Sin tocarme, Spencer alzó uno de sus brazos a la altura de mi espalda, en un gesto protector y me cedió el paso mientras uno de los hombres abría la puerta para mí.

- Es por aquí-. Señaló hacia la derecha con una de sus grandes manos.

La alfombra negra ascendía por una escalera hacia un atrio que era un amplio espacio blanco, negro y morado, combinado con acero y luces magistralmente ubicadas para crear un ambiente de intimidad, modernidad y lujo, increíbles.

Estrujé mi cartera con ambas manos al llegar arriba, detrás unas puertas de cristal de doble hoja, se expandía un inmenso salón que quedaba a un piso por debajo. Tres gigantescos candelabros de cristal, dignos de la más exquisita sala de óperas, iluminaban el lugar con un tímido y delicado brillo. Alrededor de la sala, la cual debía contar con un centenar de mesas, en forma de herradura, se abría espacio a un sector que obviamente albergaba una suerte de "reservados" incluso todavía más elegante que el resto del salón.

Spencer abrió una de las puertas para mí.

- Buenas noches y bienvenidos al "Souls", mi nombre es Casandra, en qué puedo servirles.

- Buenas noches- saludó Spencer-. La Señorita Lafond ha venido a encontrarse con el Señor Meden.

La tal Casandra dio un respingo.

- Ah, sí, sí-. La mujer se dirigió a mí-. Bienvenida, Señorita Lafond, el Señor Meden aguarda por usted en su mesa-. Si gusta seguirme, se apartó para darme paso-, es por aquí.

Miré a Spencer.

- Fue un placer.

- Lo mismo digo, Spencer.

Spencer agachó la cabeza levemente, sonriéndome. - Hasta la próxima.

Disfrute su cena.

Le agradecí y seguí a la mujer.

Luego de dar unos pasos giré la cabeza, Spencer había desaparecido.

Requerirle a mi cerebro que se calmase era demasiado pedir, tenía los nervios a flor de piel. Cuanto más me adentraba en las entrañas del restaurante, más fuera de contexto me sentía. Las tenues luces de la iluminación le daban al lugar un aspecto íntimo y cálido pese a la frialdad del acero de la barandilla que delimitaba el balcón en forma de “u” y a la ruda crudeza del piso de cemento alisado.

Este lugar no era apto para hacer el trabajo que venía hacer, ningún otro; aquí todo el mundo estaba en pareja; parejas con rostros a pocos centímetros de distancia, iluminados por la luz morada de pequeñas lamparitas de tulipas de dicho color, ubicadas en medio de las mesas.

Mi temperatura subió todavía más, incluso sin la campera y con aquella vaporosa camisa encima, me moría de calor. ¡Por Dios, aquí no había luz suficiente para tomar notas, ni siquiera para ver lo que contenía tu plato!

La tal Casandra se dio la vuelta, por encima de su hombro derecho me sonrió.

- Por aquí- señaló en dirección al fondo del local. Al instante detecté unas anchas puertas negras decoradas con unos cerrojos desproporcionalmente grandes y ornamentados-. Este es uno de nuestros salones privados- explicó.

- Ok, un salón privado- repetí dentro de mi cabeza. Quizá allí dentro hubiese más luz, deseé de todo corazón.

La mujer llamó a la puerta. Si alguien respondió desde dentro, no lo escuche, tampoco percibía del todo bien, la tranquila música tipo *chill out* que sonaba de fondo, mi cerebro no lograba procesar otra cosa que no fuesen los quejidos de mi desesperada razón la cual tenía un único discurso: nunca debiste aceptar reunirte con él aquí.

Casandra abrió la puerta.

- Señor Meden, su invitada está aquí.

En ese instante, de un brinco, el estómago me trepó a la garganta. Creí que no sería capaz de hablar, tampoco de pensar, mucho menos de formular preguntas o tomar notas, tampoco de resistirme a su perfume, el cual invadió mi nariz y pulmones en cuanto la elegante mujer que guió mis pasos, se hizo a un lado.

- Mierda- chillé para mis adentros al borde de la desesperación.

- Que pase una agradable velada, Señorita Lafond- me deseó y poco faltó para

que tuviese que empujarme dentro de la sala; mis zapatos parecían amalgamados al suelo.

Di un tembloroso paso y luego otro, y entonces lo vi y me sonrió y allí mismo, todo se fue al demonio porque entendí que muy probablemente, Leo tuviese razón. Sentí la punzada en el corazón así, sin más, el pánico se apoderó de mí. No estaba bien, no era sano ni correcto ni racional sentir nada por él, no tenía razón de ser, tampoco futuro. Mi corazón se echó a latir desaforado y mi cuerpo vibró igual que ínfimas partículas afectadas por microondas. Todas mis células estallaron y se convirtieron en millones nuevas, las cuales tenían un nuevo orden genético, un nuevo destino: crecer y desarrollarse por él.

En una fracción de segundo me dediqué todos los insultos que conocía, incluso algunos en otros idiomas.

Luego de levantarse de su silla, Meden comenzó a avanzar hacia mí, y yo, procurando evitar que se me notase lo que comenzaba a sentir, caminé en su dirección. Nunca se me dio muy bien poner cara de piedra. Desearía poder tener su capacidad de poner cara de nada; bueno, si es que eso en Meden era una capacidad y en realidad no el hecho de que fuese prácticamente impermeable a su exterior o incluso a su interior, a su corazón y a su cerebro. La indiferencia no era lo mío.

A cada paso que dado me sentía más y más a punto de naufragar.

La fugaz sonrisa en el rostro de Meden, por suerte, desapareció; no sé qué habría sucedido si sus labios y sus dientes, incluso sus mejillas y sus ojos hubiesen conservado aquella arrolladora mueca.

Para cortar con mis delirios por completo, me tendió su mano derecha.

Sentí que la puerta se cerraba detrás de mí; Casandra nos dejaba a solas.

- Buenas noches, Señorita Lafond, me alegra que pudiese venir.

- Buenas noches, Señor Meden-. Mi mano se encogió dentro de la suya y lo más patético es que hubiese dado cualquier cosa, incluso mi alma, porque nunca me soltarse. La piel de su mano era suave y su apretón fuerte y decidido; su palma era cálida pero no del tipo cálida, pegajosa y asquerosa de algunos. ¡Ja! No soy del tipo de mujer le gusta andar de manos dadas todo el tiempo, en verdad, me incomoda; con él supongo que de ser por mí, habría pegado a su mano con la mía, utilizando el pegamento más potente que pudiese encontrar. Meden apartó su mano, la mía, retrasada, se quedó tontamente flotando en el aire igual que un globo de helio ante la falta de corrientes.

Bajé la mano y apreté el puño con fuerza mientras él con la misma mano que me tendió, se alisaba la corbata, la cual no era cualquier corbata sino la misma

que elogíé esa misma tarde. No llevaba el mismo traje sino uno más elegante, de un azul más oscuro y un tejido algo satinado. Por supuesto no tenía ni un cabello fuera de lugar y desprendía ese exquisito aroma que ya me conocía de memoria y que deseaba de todo corazón, poder embotellar para no perderlo jamás, principalmente cuando el libro fuese un hecho consumado y mi vida volviese a la normalidad...¿volvería alguna vez a la normalidad? Por mi salud mental, esperé que sí.

Llevaba desabotonado su traje.

- Permítame- dijo tendiendo una mano hacia mi campera-, debieron recogerla en la entrada.

Con algo de torpeza, le entregué mi abrigo, el cual colgó con cuidado sobre una de las sillas extras, que había en una esquina. Debo admitir, que fascinada lo vi hacer; el cuidado con que colocó mi campera sobre el respaldo fue tan dulce como recibir un mimo de su parte, en mi propia piel.

Mientras se enderezaba, y para evitar que me pescase observándolo con una obsesión rayana a una locura declarada, giré la cabeza y le eché un vistazo a la mesa, la cual sin lugar a duda, no era la misma que debía ocupar normalmente el amplio espacio del salón; ésta era una mesa redonda demasiado pequeña para el lugar, suficiente para que dos personas se acomodasen holgadamente conservando la intimidad.

Sobre la mesa, además de la exquisita cubertería, vajilla y cristalería, había velas. ¡Velas, no lámparas!

Las rodillas me temblaron. Quise darme un golpe y recordarme que aquí nada tenía que ver con cuestiones amorosas, siquiera las malditas velas.

Juré que no volvería a aceptar salir con él, no al menos hasta que reacomodase las ideas dentro de mi cerebro, hasta que le pusiese un freno a mi corazón o a fuese cual fuese la parte de mi cuerpo que generaba esta ridícula e innecesaria sensación.

El ahogo que experimenté me llevó a pasarme una mano por el cuello.

- Gracias- balbucí volviéndome hacia él, de sopetón me encontré con esos increíbles faroles azules. Meden meneó la cabeza al aceptar mis palabras-.

Gracias por...por mi viaje, Spencer es muy agradable-. No quise mencionar el despampanante automóvil, no quería mostrarme ni superficial ni tan volátil; sí, el detalle me había quitado el aliento sin embargo lo privaría de llevarse ese crédito, si es que eso buscaba.

- ¿Spencer... agradable?

- Lo es. No sabía que tuviese un jefe de seguridad-. Buen momento para

empezar a trabajar, a conocerlo y sobre todo, para dejar de pensar en lo que creía sentir.

Meden inspiró hondo. - Un jefe de seguridad y varios guardaespaldas; ¿escribirá sobre eso?

- ¿Quiere que obvie el detalle?

- Si usted lo considera importante-, se encogió de hombros.

- ¿Usted lo considera importante?, es su vida sobre la que escribiré, no la mía. ¿Le afecta de algún modo tener que necesitar de un jefe de seguridad y de guardaespaldas?

- ¿Intenta psicoanalizarme o escribir mi biografía?

- Escribir su biografía Señor Meden; todavía no sé...no hemos discutido si existen asuntos que usted prefiera que queden fuera de discusión o...

- Me acostumbé a ellos, los necesito, punto, fin de la discusión.

- Entiendo- murmuré por lo bajo. Ok, obviamente, por tu tono esto te molesta- le dije mentalmente- seguro preferirías no necesitarlos, incluso si su presencia te hace sentir importante.

Sin articular ni una palabra, Meden me invitó a pasar a la mesa. Para mi sorpresa, apartó la silla para mí y cuando me hube sentado, me ayudó a acercarme a ésta.

Nota mental número dos de la noche: eres un caballero, al menos cuando no actúas como un perfecto idiota.

Meden rodeó la mesa para acomodarse frente a mí.

Por debajo del mantel me estrujé los dedos, procuraba mantener la espalda erguida pero no sabía cómo sentarme, dónde poner las manos y mucho menos, qué hacer con mis ojos para no tener que enfrentar los suyos.

El silencio entre los dos, duró más de lo socialmente correcto; cuando alcé la vista, me lo encontré observándome.

- ¿Vino?

Asentí con la cabeza mientras en mi cerebro le gritaba que me pasase la botella completa, necesitaba bebérmela toda para seguir adelante.

Lo que vertió en mi copa tenía un aspecto tan denso y oscuro que parecía sangre.

Terminaría ebria.

Meden bajó la botella y tomó su copa para luego alzarla.

- Por mi biografía- entonó.

De haber tenido vino en la boca lo habría escupido allí mismo, al mejor estilo aspensor. ¡¿Por tu biografía?! Allí estaba otra vez el idiota.

- Y por usted- añadió mirándome muy serio.

- Por usted, Señor Meden.

Meden dibujó con sus labios una divertida sonrisa que si bien no me enseñó sus dientes, me mostró a alguien que podía ser divertido y distendido, o al menos, eso me creí ver, o quise ver. Ok, con o sin vino, mi juicio sobre él ya estaba un tanto nublado.

- Por el próximo éxito editorial en el universo de las biografías- bromeó y de eso no me quedó ninguna duda, porque ahora sí, sonreía abiertamente.

Quizá no fuese tan insensible.

Meden se llevó la copa a los labios y yo lo imité.

El vino era simplemente increíble; mientras tragaba me vinieron a la mente varias imágenes: cúspides nevadas y extensos campos cubiertos de vides, rocas y lavandas, abejas y margaritas.

Bajé la copa muy consciente de que no debía, bajo ningún concepto, beber más de dos copas o acabaría diciendo más pavadas de las que soltaba habitualmente en mi estado sobrio.

- Espero no le importe, me tomé la libertad de ordenar por usted.

Aquello le añadió una pizca de incomodidad a mi estado pero en realidad me importaba un cuerno lo que tuviese que llevarme a la boca.

- No, está bien.

- ¿Qué le pareció el vino?

- No sé nada de vinos, Señor Meden. ¿Usted sí?

- Sé que esa botella tiene un precio unas doscientas veces mayor a cualquier otro vino.

Y así, el sorbo de vino trepó por mi garganta.

Desesperada, me aclaré la garganta. - Creí que sabía...

- Tengo mis favoritos, éste es no de ellos- acotó mirando la botella con una mueca de disconformidad-; no sé mucho más que eso.

- Nunca se le ocurrió invertir en el mundo de la enología.

- ¿Debería?

- No lo sé, ¿le interesa?

- ¿Me imagina recogiendo uvas?

- Más bien dirigiendo un gran viniendo.

Negó con la cabeza.

- ¿Qué negocios manejan sus empresas?

- Eso podría averiguarlo en internet.

- Construcción- solté defendiéndome. Sí, ya te googleé, corazón- le gruñí

mentalmente.

- Veo que hizo su tarea.

- ¿Es lo que le gusta, lo que le da placer?

- Me da dinero, el placer lo obtengo de otro modo.

Ni siquiera parpadeó al decirlo, yo por mi parte, me puse casi tan roja como el vino.

Me costó recomponerme, para disimular que zozobraba -este barco se iba a pique- tomé la copa y bebí otro sorbo. Quizá debí optar por el agua que tenía servida en una segunda copa.

- Me refería a si construir es su pasión, Señor Meden.

- Ciertamente me gusta mi trabajo. Me gusta mucho.

- ¿Por qué gana mucho dinero?- la pregunta era indiscreta; que la soportase, lo que acababa de soltarme tampoco era demasiado discreto.

Meden me escrutó por un segundo, con los ojos entornados. - Sí, me agrada ganar dinero, es un síntoma de mi éxito. Sin embargo, lo que más me agrada es ser bueno en lo hago, si es posible, el mejor.

- ¿Por qué necesita ser el mejor?

- Qué clase de pregunta es esa y por cierto, ¿otra vez está intentando psicoanalizarme?

- Le repito, es por su biografía.

- No tiene nada de malo desear ser bueno en lo que se hace.

- No, no tiene nada de malo.

- ¿Usted no tiene metas?

- Sí.

- Cuénteme alguna.

- Señor Meden, la reunión no es para...

- Todavía no hemos empezado a comer y usted ya quiere saber que esconde mi subconsciente, creo que tengo todo el derecho de hacerle al menos, una pregunta. ¿No? Es para llegar a mi punto, para poder responder a su pregunta.

- Me gustaría poder ser escritora- dije sincerándome. Las mejillas me ardieron un poco más. En ese instante deseé no haberme recogido el cabello para así poder ocultarme detrás de mi normalmente alborotada y rebelde mata.

Meden asintió con la cabeza. - Le gustaría ser una escritora reconocida.

- Me gustaría poder vivir de eso.

- Son muy pocos, solamente los mejores los que lo consiguen.

Inhalé profundo. - Lo sé.

- Debe ser la mejor.

- Dudo llegar a ser la mejor...

Meden alzó un dedo interrumpiéndome. - Si duda, nunca logrará nada. Apuesto todo mi dinero a que su nivel de confianza no supera la altura de sus tobillos, siquiera ahora que se encuentran sobre tacones más bajos que los que llevaba esta tarde.

El alma se me cayó al piso, se había fijado en mis zapatos entonces y ahora, y también en el patético concepto que tenía de mí misma.

- No me miré así, no intento provocar que se derrumbe frente a mí, Señorita Lafond, todo lo contrario, cree que la habría contratado de no esperar de usted, lo que requieren las circunstancias. Soy exigente y sé que no tendrá problema alguno para colocarse a la altura, es más, sé que está para mucho más que para escribir mi biografía.

- ¿Sí?- solté casi sin darme cuenta.

- Si vuelve a dudar la despediré. Bueno, en realidad no puedo despedirla porque todavía no firma su contrato conmigo, el cual por desgracia, debo decirle que tendrá que firmar durante la velada o luego tendré que soportar las incómodas miradas de mis abogados.

- Claro, no hay problema.

- Sí desea puede mostrarle el contrato a su abogado.

- No tengo abogado, Señor Meden pero me imagino que los suyos hicieron muy buen trabajo.

- Me defienden con unas y dientes- bromeó.

- Será por frases como las que acaba de soltarme.

- Creo que más que nada es por lo que les pago muy bien.

Le sonreí. - No hay problema, Señor Meden, firmaré lo que deba firmar.

- Imagino que al menos, lo leerá antes.

- No entiendo mucho de asuntos legales; quizá usted pueda resumir el contenido del mismo.

- ¿Lo firmará sin más? ¿No teme que la engañe, que el contrato resulte desfavorable para su parte?

- ¿Desfavorable cómo?

- Bueno, existen un par de cláusulas...

- ¿Qué dicen esas cláusulas?- esta vez fui yo a la que le tocó interrumpir.

- Si no termina el trabajo no recibirá el resto del pago, si viola las cláusulas de confidencialidad...todo lo que escriba deberá ser aprobado por mí.

- Imaginé que así sería, Señor Meden, por eso mismo le dije al principio de esta conversación que necesitamos pautar los temas que incluirá su libro.



- Es “su” libro.
  - Es “su” vida, Señor Meden.
  - Lo que quiere saber es si existe algún tema que no esté dispuesto a exponer.
  - Usted manda, es su vida, su biografía, tiene todo el derecho a decidir qué revelar y qué no.
  - Todavía no lo decido.
  - ¿Pero le molestó que sacase a colación el tema de sus guardaespaldas?
- Meden se quedó en silencio observándome por un largo segundo. -  
¿Molestarme?

- Me dio la impresión de que...
  - Pregunte lo que desee, Señorita Lafond, si quiero le responderé, si no, no; es así de simple, y como le expliqué, en última instancia seré yo quien le dé el visto bueno a la biografía.
  - Me parece justo- admití aunque me molestó un tanto la mera idea de que no respondiese a toda pregunta que se me cruzara por la cabeza formularle.
- En ese instante llamó alguien a la puerta.

- Adelante- respondió Meden.

Un hombre de camisa blanca, corbata, pantalones y delantal negro, apareció en el salón. Lo más meritorio del aspecto de aquel hombre era su elegante postura y modales.

- Señor Meden, desea que sirva la cena.

- Sí, claro, adelante, por favor.

El hombre se apartó, consigo hizo a un lado la puerta y por ésta, ingresaron otros dos hombres, cargando cada uno una bandeja con un diminuto plato. Fui la primera en ser servida. Lo que pusieron delante de mí, le abrió arrancando una sonrisa a mi padre, eran tres diminutos bocadillos en forma de torre, de no más de dos o tres centímetros de alto; lo único que logré identificar fue el caviar que coronaba la pequeña torre, compuesta además, por una especie de espuma blanca, ralladura de algo de un amarillo intenso, una especie de galleta, algo verde (hojas de algún vegetal), y cubitos rojos que no tengo ni idea de qué eran.

Alcé la cabeza, el camarero acababa de dejar el otro plato delante de Meden. Así sin más, los tres hombres volvieron a dejarnos solos. Meden extendió la servilleta sobre su regazo.

- Buen provecho, Señorita Lafond.

- Buen provecho, Señor Meden.

Con los gráciles dedos de su mano derecha, tomó una de las pequeñas

porciones y se la llevo a la boca. Hice lo mismo, solo que con algo de temor, mis gustos seguramente no eran del tipo gourmet, como los suyos, yo no sabía de botellas de vino que costasen doscientas veces más que una que podría comprarse en el supermercado de la vuelta de mi casa, mucho menos de caviar y del resto de las cosas que esta entrada pudiese contener.

El temor se hizo humo en cuanto mastiqué por primera vez. Los sabores estallaron dentro de mi boca. Sabía a fresco, a mar, a suavidad. No tengo ni idea qué era lo que mi lengua paladeaba, pero era exquisito.

- ¿Le agrada?

Como todavía no terminaba de tragar, le contesté que sí con la cabeza, fue entonces cuando él me regaló una espléndida sonrisa, complacido enormemente consigo mismo, por haber escogido bien. Se le notaba orgulloso.

- ¿Viene aquí seguido?- curioseé luego de beber un poco de agua.

- No realmente, como sabrá, no vivo aquí; cuando estoy en la ciudad, si surge la oportunidad me gusta cenar aquí.

- Por cierto, leí...en internet, que tiene propiedades casi alrededor de todo el mundo- Meden había tomado su segundo bocadillo-, reside en algún lugar en particular, es decir, tiene una casa o departamento a la que llame hogar.

Me miró fijo, con el bocadillo todavía en la mano, creí que me respondería antes de comer, no lo hizo. Masticó pausadamente y sin apuro.

- No realmente- respondió luego de beber agua y limpiarse las comisuras de los labios con la servilleta-. Paso mucho tiempo en Nueva York, es una de las ciudades que más me gusta y la considero mi base.

- ¿Su hogar?

- No, simplemente mi base, desde allí dirijo la mayoría de mis negocios.

- ¿Y qué me dice de la casa de sus padres? Para muchos, la casa de nuestros padres sigue siendo nuestro hogar incluso después de...- Meden comenzó a sonreír; me detuve, obviamente mi pensamiento le resultaba como mínimo, cómico, si no también estúpido.

- Mis padres se divorciaron cuando tenía catorce años Señorita Lafond.

- Lo siento, no lo sabía.

- ¿No se topó con ese dato en internet?

Negué con la cabeza.

- No tiene por qué sentirlo, lo superé- sonrió otra vez-. Me costó un par de años de terapia- acotó sonriendo todavía más.

¿Bromeaba o era en serio, había hecho terapia? ¡Deberías estar tomando nota, o al menos, grabando la conversación!- me grité a mí misma-. ¡No, para qué,

no me olvidaría ni de una sola de sus palabras!

- Crecí en Inglaterra, gran parte de mi infancia y adolescencia la pasé en colegios internados, las casas de mis padres en realidad nunca fueron mi hogar, simplemente era el lugar al que iba de visita durante parte de las vacaciones y para algunas fiestas o fines de semana.

Eso me pareció triste. Opuestamente al gesto que de inmediato formó mi rostro, el de Meden se mantuvo inalterable, completamente serio, sin demostrar absolutamente nada.

- No me mire así, Señorita Lafond, no necesito que se compadezca de mi infancia. No lo necesité entonces, mucho menos ahora.

- Disculpe, no quise...

- No vuelva a hacerlo-. Ahora sí su rostro demostró algo: enojo.

- Perdone.

- No me pida disculpas, eso me fastidia.

Me detuve justo antes de pedirle perdón otra vez. Así sin más, mi garganta se cerró y me sentí ínfima. Hasta se me llenaron los ojos de lágrimas.

Meden, sin darse por enterado de mi estado, o ignorándolo por completo, se llevó a la boca el tercer bocadillo.

Yo, tragando saliva y para evitar tener que decir nada o verlo a la cara, me dediqué también a comer.

Terminé de tragar justo a tiempo para el nuevo ingreso de los camareros.

Hasta entonces, entre nosotros, reinó un incómodo silencio.

Suspiré algo aliviada ante la interrupción. Por desgracia, cada vez más, deseaba largarme de allí y renunciar al trabajo.

Delante de mí colocaron un plato con una porción de salmón con verduras.

Vi a Meden alzar su tenedor; tomé el mío.

- ¿Qué sucede, se le acabaron las preguntas?- entonó en un tono tanto más conciliatorio que el que utilizó la última vez que se dirigió a mí.

Alcé la cabeza.

- ¿Es todo lo que necesita saber de mí para escribir su libro?- preguntó con una mueca seria en el rostro. Mientras esperaba por mi respuesta, sus labios se fueron relajando hasta amenazaron con sonreír.

Negué con la cabeza.

- ¿Entonces?

- ¿Realmente desea que hagamos esto, Señor Meden? Sinceramente todavía no comprendo para qué quiere que escriba su biografía.

- ¿No le parece que deba haber una biografía sobre mí?

- No lo sé.

- ¿No leería usted un libro sobre mi vida?- Ahora sí me sonrió con ganas.

- Tengo muchas preguntas, Señor Meden.

- Sí, creo que ya me percaté de que tiene una personalidad en extremo curiosa-. Parpadeó lentamente-. Todo este asunto de la biografía no fue mi idea, sino de un amigo, es decir: de mi publicista. James, ya lo conocerá usted.

- Entiendo.

- ¿Lo entiende?

Lo miré. Lo que entendía era que esto era claramente por publicidad, lo cual me parecía una verdadera insensatez, algo extremadamente ridículo, algo digno de una persona con un ego del tamaño del universo, algo digno de él.

- No creo que lo entienda; eso no importa. No nos desviemos de tema, me preguntó usted si no siento alguna de mis propiedades como mi hogar, la respuesta es sí y no; no experimento la necesidad de refugiarme en sitio alguno, me siento a gusto en todas mis propiedades. Simplemente voy donde quiero ir, estoy donde quiero estar. Así de sencillo.

- ¿Siquiera tiene un lugar preferido?

- En este momento me siento a gusto aquí, no puedo decirle qué sucederá mañana porque no lo sé.

¿A gusto aquí? ¿Aquí, en este aquí y ahora? ¡No alucines!- chillé dentro de mi cabeza.

- Ya que tanto desea una respuesta... ponga que prefiero mi departamento de Nueva York. ¿Conoce esa ciudad?

Negué con la cabeza.

- Creí que estaría tomando notas toda la noche.

- Tengo mi grabadora y un cuaderno y birome en mi cartera... no creo que me hagan falta, al menos por esta noche.

Meden tomó la botella de vino y vertió un poco en mi copa. - ¿Toma notas mentales? Yo también tengo muy buena memoria; si se embriaga no recordará mucho.

- No es mi intención embriagarme, Señor Meden.

- Si no come, y sigue bebiendo, será eso lo que le sucederá quiera o no. El vino es muy fuerte.

- Entonces no me sirva más.

- No querrá desperdiciarlo.

- Bébalo usted.

- ¿Quiere embriagarme? Seguro que se pregunta qué clase de borracho soy, si

los de tipo divertidos o de esos que se deprimen, lloran y vomitan- soltó procurando mantener una mueca seria, mas no fue eso lo que sucedió, sonreía hasta por los ojos. Este hombre me volvería loca antes de que tuviese oportunidad de tipear las primeras palabras de su biografía.

- ¿De qué tipo es?

- No suelo embriagarme; de cualquier modo eso depende de la situación, no tengo un patrón. ¿Usted?

- Nunca me emborraché.

Meden me escrutó con una ceja en alto. No me creía.

- Es cierto.

- Le creo.

- No parece.

- Le juro que sí, sé que no miento.

- ¿Cómo sabe que no miento?

- Huelo las mentiras.

- Vamos, por favor, es el mejor en lo que hace pero dudo que pueda adivinar cuando alguien miente.

- Al menos cree que soy bueno en algo, eso ya es mucho.

- ¿Por qué dice eso?

Por toda respuesta soltó: - Sabía que mi padre volvió a contraer matrimonio. Obviamente no pensaba responder a mi pregunta.

- No, no lo sabía- le dediqué una mirada con la que pretendí hacerle entender que su reciente reacción no había pasado desapercibida.

- No hizo muy bien su tarea.

- Para qué necesito internet si lo tengo a usted, a decir verdad, prefiero obtener toda la información de primera mano.

- Lo bien que hace.

- ¿Su madre también volvió a contraer matrimonio?

- Sí, pero se divorció hace tres años- respondió y luego se llevó una porción de salmón a la boca.

- Vi la noticia de su compromiso en el diario. Supongo que cree en el matrimonio entonces.

Mis palabras detuvieron al instante, el masticar de sus mandíbulas. Meden alzó la vista y me fulminó con la mirada.

¡Mierda! Puede que no creas en el matrimonio después de todo.

- ¿Perdón?

- Bueno, es que muchas veces los hijos de...

- El matrimonio es como los negocios, Señorita Lafond, no siempre salen bien. Uno espera lo mejor, intenta lo mejor, es todo.

- ¿Está enamorado de ella?- me encontré a mí misma preguntando y al instante, desee que la tierra me tragase. Por qué tenía que preguntarle eso, sabía que le molestaría.

¡Ah, por Dios, necesitaba saberlo! Una parte de mí se moría de ganas de oírle decir que no; ¡mierda!, esa no era la solución, eso solamente demostrará que era incluso más insensible de lo que suponía, bien, lo que suponía en aquellos momentos en que no me empalagaba con la dulzura de gestos y acciones algo *naif* y libres.

El silencio llegó a su fin, Meden parpadeó finalmente, luego de taladrarme el cerebro con sus poderosos ojos, por más tiempo del que me creí capaz de soportar. Por lo visto, comenzaba a acostumbrarme a sus miradas. ¡No, no era cierto, todavía me desarmaban!

- Pasamos buenos momentos juntos. El sexo es muy bueno, realmente muy bueno.

- No le pregunté eso- balbucí enrojeciéndome.

- Señorita Lafond, no tiene por qué ponerse colorada, hablamos de mi vida sexual, no de la suya.

- Mejor cambiemos de tema-. Aparté la mirada y ocupando quizá más tiempo del necesario, degusté mi primer bocado de salmón y así continué comiendo sin poder dejar de pensar en él y en las cosas que dijo.

- ¿O su salmón sabe deliciosamente bien o se le acabaron las preguntas? ¿Cuál es la opción correcta?

- Señor Meden- inspiré hondo para juntar valor-, no se ofenda, realmente usted no responde a mis preguntas.

- ¿No?

Negué con la cabeza. - O sí, no lo sé, no todas las preguntas se responden con palabras.

- ¿Por eso de que el que calla, otorga?

- ¿Es así con usted?

- ¿Se enamoró alguna vez?

- Señor Meden, es su biografía, no la mía.

- Olvídense del maldito libro por un momento, ¿quiere?

- Señor Meden...

- Responda- demandó alzando la voz, tanto, que di un respingo sobre mi silla.

- No-. Prácticamente escupí aquella palabra.

- ¿No?
- No-, o sí, vuelve a preguntármelo dentro de unos días cuando todo se aclare.
- Creo que el amor es como la pasión: nunca dura demasiado. Otras cosas deben sostener una relación, es igual que en los negocios...
- Yo no creo que sea...
- Lo es. No me diga que cree que las relaciones de pareja se dan en la realidad como en los cuentos de hadas. No es así. La ilusión se disuelve tarde o temprano.
- Creo en el amor- me encontré diciendo, si bien en realidad no me sentía muy segura de semejante afirmación, simplemente deseaba creer en eso, el mundo tenía una mejor cara conservando la esperanza de que así fuese.
- Una relación de pareja es igual que cualquier otra sociedad, usted no puede relajarse y simplemente esperar que dure eternamente sin el menor esfuerzo de su parte.
- ¿Esfuerzo?- aquello no sonaba bien, tampoco me agradaba que comparase todo con los negocios.
- Sí, esfuerzo.
- Qué clase de esfuerzo.
- Debe fomentar el compañerismo.
- Sí, bueno, en eso estoy de acuerdo, sería genial que tu pareja sea tu mejor amigo.
- En ningún momento hable de amistad, la amistad por momentos suena tan irreal cuanto el amor.
- Usted mencionó hace un rato a un amigo suyo, su publicista...
- No se desvíe del tema.
- No me desvió del tema, Señor Meden. Usted habla de las relaciones de pareja como si fuesen un negocio más y nada más.
- En parte lo son- soltó en un tono increíblemente frío y displicente.
- ¿Su prometida es un negocio más?
- No le permitiré que hable de mi vida privada en ese tono.
- Fue usted quien lo insinuó.
- Usted no me conoce- rugió alzando la voz, luego el salón quedó sumido en un profundo silencio.

Me dieron ganas de recoger mis cosas, largarme de allí y destrozar su cheque en cientos de pedacitos... en realidad, quería conocerlo, quería entender cómo realmente era y porqué hablaba de aquel modo.

Sentí que la sangre se me escurría del rostro y que las manos se me helaban; el

fijó sus ojos en mí y allí los dejó.

- Lo que quería decir es que ninguna relación es sencilla, no debe darse por sentado la permanencia de otros a su lado, porque es probable que no sea así, es ridículo pensar en el para siempre. La vida real no es: “vivieron felices y comieron perdices”.

- Sé que no es así, solo que usted...

- Yo...- inspiró hondo-...sé lo que la gente piensa de mí.

- ¿Y no le importa?

- ¿Usted cree que no me importa otra cosa que el dinero?

Lo miré sin saber qué responderle.

Creo que pasó un minuto entero silencio en el que no hicimos otra cosa que mirarnos a la cara.

- ¿Su intención con este libro es mostrarle a la gente quién realmente es?

Así, en un clic inaudible, el rostro de Meden pasó de pétreo a despreocupado.

- Debo salir de viaje el viernes- recogió su tenedor y su cuchillo- y me gustaría que me acompañase. Dijo que su pasaporte está al día. Lo mejor será que me acompañe, quiero terminar con esto cuanto antes.

- ¿Viajar?

Se metió un bocado en la boca, antes contestó que sí, como si tal cosa.

- Bueno, no lo sé, mi jefe...

- Su jefe no tendrá problema de que viaje conmigo.

Lo dijo como si en realidad pensase: más le vale que no lo tenga.

- Señor Meden...

- ¿Qué?- soltó entre fastidiado y aburrido-. ¿Qué objetara?

- Bueno, en realidad yo...

- Tendré que trabajar mucho durante el viaje... procuraré hacerme el tiempo suficiente para que le demos cuerpo a este emprendimiento.

- Es que...- me da pánico largarme de la ciudad con usted- completé dentro de mi cabeza.

- No me diga que teme volar.

- No, no es eso.

- Magnífico, entonces no hay problema.

- No, supongo que no.

Meden me sonrió. - Así me gusta; ahora sea buena chica y coma su salmón antes de que se enfríe.

Su orden me arrancó una sonrisa.

- ¿Se ríe de mí?



- Hacía mucho que nadie me decía eso; el último en hacerlo fue mi padre.
- Coma, por favor.
- Con gusto, Señor Meden; en realidad sabe delicioso.
- Me alegra que le guste.

- Entonces, su madre es inglesa, su padre argentino.

Meden asintió con la cabeza, los camareros acaban de llevarse la bajilla que contuvo el tercer plato de esta cena: pasta rellena con calabaza y queso, en salsa de crema.

Me sentía llena y quizá un poco tocada por el vino que al final, no me resistí a beber; en la botella no quedaban más que un par de dedos de líquido.

- Se crió en Londres-. Meden volvió a asentir-. Habla muy bien el castellano.

- Mi padre siempre me habló en castellano, desde pequeño. En casa hablaba castellano con mi padre, inglés con mi madre y francés con la cocinera, quien era la que más me consentía cuando. Silvie trabajó veinte años para mí familia.

- ¿Era apegado a ella?

- Sabía cómo controlarme.

- ¿Y eso?

- Siempre fui algo revoltoso, bastante problemático de hecho, cosa que confirmará si pide los registros de las escuelas a las que concurrí. Silvie me amenazaba con nunca más preparar su famosa *crème brûlée*. Era mi postre favorito, moría por él de niño. Los castigos de mis padres no solían surtir efecto- se quedó pensativo por un instante-, si Silvie me dejaba sin mi postre favorito era lo peor.

Sonreí y él me acompañó.

- Es gracioso que se lo pueda dominar con algo tan simple como un postre.

- No cualquier postre- me corrigió.

Llamaron a la puerta otra vez y entonces entró la comitiva de camareros cargando nuestros postres.

Eran unas copas de aspecto fresco y delicado.

- ¿Qué es?- pregunté cuando nos dejaron solos al tiempo que tomaba la cuchara que acompañaba mi copa de Martini, la cual en realidad contenía algo de un color muy pálido que por encima tenía unos hilos de chocolate y un copo

de crema, además de una hojita de menta.

- Mousse de *Contreaux*. Algo fresco para después de la cena.

- ¿Más alcohol?

- No se preocupe, me aseguraré de que llegue a su departamento en un sola pieza.

- Sí, claro- le dije entonando los ojos-. Con respecto a eso- Meden iba a clavar la cuchara en su postre, se detuvo cuando le hablé-. ¿Dónde obtuvo mi dirección, se la dio mi jefe?

- Nunca revelo mis fuentes.

- Claro- sonreí garabateando algo en el papel en el que llevaba tomando notas desde hace un par de minutos; finalmente debía hacerlo porque Meden comenzó a enunciar datos sobre las escuelas a las que había concurrido, dónde había vivido, a qué países había viajado en sus vacaciones de niño, cuando había aprendido a nadar, cuando a esquiar, que practicaba taekwondo desde los cuatro años, violín desde los cinco, piano a los siete (porque por aquel entonces pensaba que el violín era para niñas), latín, italiano y francés en la escuela, ruso en clases particulares, incluso me dijo que de pequeño había participado en el coro de su escuela, que cuando tenía catorce formó una banda de rock con tres compañeros suyos de colegio, la cual duró un año unida y jamás dio un recital a más de una docena de personas (la banda se llamaba "*Felix the cat*"). Aprendió a montar a caballo a los seis y a los diez ya jugaba partidos de polo con sus compañeros. Honrando su sangre inglesa, jugaba al cricket, el *football* nunca fue lo suyo.

Sacó su licencia de buceo a los quince años, a esa misma edad se interesó por el paracaidismo, el alpinismo y la cerveza, a esa edad también se emborrachó por primera vez.

- Tomó muchas notas ahí- dijo asomándose por encima de su copa.

- Es parte de su vida. Bueno, en realidad solamente los datos...podemos llamarlos ¿técnicos?

- ¿Datos técnicos?

- Bueno, no sé cómo le llaman los que se dedican a escribir biografías a este tipo de información. Supongo que todo esto se puede encontrar en internet: fechas, edades.

- Creo que no figura por ninguna parte a qué edad me emborraché por primera vez. Usted tendrá el honor de ser la encargada de difundir la primicia.

- Supongo que lo que los lectores querrán saber es porqué hace lo que hace, porqué hizo lo que hizo.

- Bueno, mi madre insistió en que dominase la mayor cantidad de idiomas, fue ella también quien me empujó a estudiar violín y quien me llevó a mis clases de natación y esgrima. En realidad ella no me llevaba, sino nuestro chofer, pero fue ella quien quiso que las tomara. Mi padre practicaba taekwondo de pequeño y jugué al polo porque una vez un compañero de colegio me invitó a jugar un partido con él y unos amigos suyos y me gustó. Lo de la banda de música fue algo de la edad, me figuro, a partir de allí comenzó mi fase más rebelde, eso no es ninguna novedad, todos los adolescentes son iguales. No todos los adolescentes tocan dos instrumentos, dominan seis idiomas o tienen licencia de buceo.

- Supongo- contesté encogiéndome de hombros para no contradecirlo, no al menos con palabras.

- ¿Qué, por qué pone esa cara?

- Por nada- mentí.

Insistió con la mirada. - No me refería a eso. Lo que quería decir...bien, de pequeños todos hacemos lo que nuestros padres nos dicen.

- A veces no suele quedar más remedio, aunque permítame decirle que yo se los puse algo complicado a los míos, pero adelante, dígame a qué se refería.

- A nada en particular... a todo, los lectores querrán comprenderlo a usted, Señor Meden, no a sus padres, todos supondrán que ellos pretendían darle la mejor educación posible, lo que querrán es comprenderlo a usted.

- Esa no es tarea sencilla.

- Imagino que no- convine con una sonrisa.

- Y ciertamente tampoco es una tarea de una sola noche.

- Sí, ya lo creo-. Entendí que era momento de cerrar el cuaderno-. ¿Así es que se lo puso difícil a sus padres? ¿Qué tanto? ¿Qué fue lo peor que hizo?

Meden me sonrió. - No pienso contárselo por el momento.

- Crearé que no hace más que exagerar y que en realidad no tiene cómo fundamentar semejante aseveración.

- De modo que piensa que estoy dándome aires de rebelde cuando en realidad no lo fui.

- Su aspecto no es el de un muchacho revoltoso. Ese traje, su cabello y...- cuando me dí cuenta de lo que hacía, me frené en seco.

Meden alzó sus cejas con curiosidad.

- Las apariencias engañan, Señorita Lafond, no soy idiota, tampoco era entonces, siempre me aseguré de mantener mi coartada como todo un caballero. Siempre me mostré como un caballero.
- Pero cuando nadie lo miraba...
- Cuando nadie me miraba hice cosas como prenderle fuego al automóvil del director del colegio.
- Lo miré sorprendida. - No le creo- dije puramente para provocarlo.
- Me creerá cuando le cuente las otras cosas que hice.
- Tal parece que le gusta empujar todos los límites.
- Ni se imagina- contestó lanzándome una mirada seductora.
- Por eso lo de los deportes extremos- solté esquivando su provocación, o al menos, lo que creí que era una provocación.
- La vida es para vivirla con intensidad.
- Bueno, por momentos a mí me da la impresión de que usted quería matarse; leí en internet que se tiró de un salto *bungee* desde más de trescientos metros, en un puente en los Estados Unidos, y que repitió la locura en otros saltos más.
- Como le dije: la vida es para vivirla.
- Hasta que termine estrellado contra el piso- solté a modo de broma pero a él no le gustó.
- Ese sería un final impresionante para su libro, no lo cree- soltó después de contemplarme en silencio por un par de inquietantes segundos.
- No, no lo creo.
- ¿Cuál debería ser el fin?
- No lo sé, Señor Meden, apenas si vamos por el principio.

Meden me lanzó una última mirada y luego se dedicó a comer en silencio, su postre.

Hice lo mismo y pasé del café cuando él ofreció pedir uno para mí (él no bebía). También pasé de su ofrecimiento de champagne y fue entonces cuando sacó de la solapa de su chaqueta, los contratos y convenios que debía firmar. El contrato propiamente dicho tenía más de una docena de páginas las cuales revisé muy por encima, firmé todas ellas sin siquiera dudar. Lo siguiente en lo que debí estampar mi autógrafo fue un convenio de confidencialidad, al cual tampoco presté demasiada atención, principalmente las palabras de Meden eran para mis oídos, ¡qué digo!, puramente para mis oídos. No pensaba discutir nada de esto con nadie (lamento decirlo y admitirlo: siquiera con Valeria; especialmente no con ella).

El condenado libro era lo que menos me importaba, lo único que necesitaba de

todo esto, de él, eran conversaciones semejantes a estas o incluso mejores; las conversaciones que tuviésemos en el futuro y la confianza que esperaba él depositarse en mí, confesándome hasta el último y más oscuro secreto de su alma.

- Bien- se pasó ambas manos por la superficie de la hermosa corbata azul-, creo que es hora de regresarla a su hogar.

De ser por mí, me habría quedado toda la noche con él; para no pasar más vergüenzas hice como si concordase con él.

Meden se levantó de su silla y antes de darme tiempo a nada, rodeó la mía y la apartó para ayudarme a ponerme de pie.

- Gracias.

- No hay por qué.

Mientras recogía mi cartera él fue por mi campera. Extendí una mano para recibirla, me lo encontré sosteniéndola por los hombros. Algo nerviosa, sonreí y me di la vuelta. Metí un brazo dentro y al instante, al girar la cabeza inhalé su perfume mezclado con su aliento a vino. Qué caso tiene negarlo, me dieron ganas de besarlo. Apreté los dientes y metí el otro brazo dentro de la manga. Por un fugaz instante, sus dos manos permanecieron sobre mis hombros.

Me aparté, aquello sobrepasaba mis niveles de resistencia y acabaría cometiéndome una tontería, es decir, estrellándome contra una pared, o contra el piso, igual que si mi salto *bungee* concluyese en desastre, en un salto mortal; Meden no sería el elástico que me retuviese, que me hiciese rebotar soltando gritos de júbilo y éxtasis, sino más bien, dura roca contra la que machacaría mis huesos. Tuve que recordarme que yo para él, no era más que la mujer que escribiría su biografía, la cual no era otra cosa que una maniobra publicitaria con la que pretendía modificar la visión que el público en general, tenía de él, visión que hasta ahora, no lograba desmentir.

- Gracias... por todo. La cena estuvo deliciosa.

- Fue un placer.

- Señor Meden, con respecto al viaje...- me daba pánico el mero hecho de alejarme de la estabilidad de mi entorno seguro, para encontrarme con él, solo Dios sabe dónde.

- No vuelva a la carga con excusas que de modo alguno, la eximirán de viajar conmigo, Señorita Lafond.

- Señor Meden...

- ¿No oyó lo que acabo de decir?

- Sí, pero...

- Ni un “pero” más, no tiene excusa. Vamos que no creo que sea tan terrible arrastrarla conmigo a Europa, además, que mejor modo que conocerme que vivir conmigo mi vida por un par de días.

¿Europa? ¡Europa!

Procuré que no se me notase la emoción.

¿Vivir su vida con él al menos por un par de días?

El entusiasmo se puso los guantes dispuesto a noquear al pánico. Mis ridículas fantasías amorosas, y las que no tenían tanto de amorosas sino mucho de...

¿carnales? Sí, la palabra suena un tanto tonta y anticuada, el caso es que de eso también había y mucho.

Todos los otros sentimientos y sensaciones que experimentaba por él, corearon el nombre del entusiasmo, apostando todo su dinero a éste.

- No será tan malo, se lo prometo. Ahora, si ya comprendió que no pienso dar el brazo a torcer, la llevaré hasta su casa.

- Creo que quedó claro que siempre se sale con la suya.

Meneó la cabeza. - No, por desgracia no siempre, y tampoco es siempre me resulte sencillo ganar.

- ¿Lo tiene fácil conmigo?

Meden me sonrió. - ¿Usted qué creé; está dando más de lo que le gustaría? A mí me parece, Señorita Lafond, que en esta negociación, soy yo el que más cedió.

- No lo creo.

- Lo único que le pedí y que usted cedió, es viajar conmigo, yo a cambio le he dicho cosas que ni mis padres saben.

Lo escruté con una ceja en alto. - ¿Qué cosas?

- Ellos nunca supieron con exactitud qué fue lo que le pasó al automóvil del director-. Ante su sonrisa pícaro, no me quedó más opción que sonreír.

- ¿Eso es todo?

- ¿Le parece?- aguardó un segundo-. Como bien remarcó usted, no siempre se necesita entonar palabras para decir cosas-. La sonrisa se le borró del rostro. Se me puso la piel de gallina.

Sí, definitivamente, incluso en sus silencios, deslizó cosas que quizá no fuese capaz de captar esta noche; que sin duda quedarían mucho más claras luego de pasar días a su lado.

Me dieron unas ganas locas de abrazarlo y acunarlo entre mis brazos. No sé por qué tuve la impresión de que estaba terriblemente solo, pese a sus padres, pese a su prometida y a la comitiva de guardias de seguridad que no se

despegaban de su lado.

- Después de usted- dijo señalando la puerta, la cual abrió para mí, en cuanto la alcanzamos. Al otro lado de la misma se encontraba Spencer, quien dedicó un gesto con la cabeza a su jefe y una sonrisa algo escondida, a mí. Lo acompañaban otros dos hombres de aspecto igual de serio y fornido.

En silencio nos escoltaron hasta la salida, andado por entre las mesas. Más de un comensal se volteó a mirarnos, bien, en realidad a mirar a Meden, su rostro era sobradamente conocido, también su nombre, no por nada nos seguían tres personas de seguridad.

Mientras avanzábamos entre las mesas, noté que Spencer le hablaba a su puño. ¿Habría más personas de seguridad afuera?

Por un momento se llevó la mano a la oreja en la cual tenía el auricular y luego volvió a hablar con su puño.

Estábamos por llegar a la puerta cuando Spencer se le acercó a Meden para susurrarle algo. Le habló en inglés en voz muy baja y solo atiné a pescar un par de palabras, una fue: fotógrafos.

La comitiva se detuvo.

- Señorita Lafond, mi intención era escoltarla a su casa... me temo que nos encontramos con un imprevisto: media docena de fotógrafos afuera. A pesar de mi mala fama, mis fotos todavía se venden por un buen dinero- bromeó-. No deseo convertir su vida en un caos, no al menos en un completo caos. Sí me ven con usted será...

No quieres que me vean contigo, tienes una prometida y además, nada bueno te reportaría que mañana salgan en los periódicos fotos de nosotros dos juntos. Comprendido- le dije mentalmente.

- Claro, no se preocupe, puedo tomar un taxi. Saldré después que usted. Vaya tranquilo, Señor Meden, esperaré el llamado de su secretaria para ultimar los detalles del viaje-, dije repitiendo su explicación sobre el proceder de los próximos días.

- ¿Por quién me toma?- soltó algo ofendido-. Haga el favor y ya no lea lo que dicen de mí, límitese a que sus impresiones sean las que obtiene de mí, no las de alguien que no me conoce.

- No le presto atención a lo que dicen de usted en internet, Señor Meden, simplemente quería decirle que no tiene de qué preocuparse.

- Me complace oír eso. Spencer la llevará a su casa.

- ¿En el mismo discreto vehículo que en el que me trajo?- bromeé-. No sería bueno para intentar pasar desapercibidos.

Negó con la cabeza. - No, ahora es mi turno de usarlo, pero si gusta...- su sonrisa se hizo plena y ante ésta, mis rodillas reaccionaron del único modo posible: reblandeciéndose.

- No, ande, lléveselo, es todo suyo, solamente prométame que volveré a subirme en él alguna vez- dije en tono de broma si bien existía un trasfondo de verdad en mis palabras, el auto me había gustado y mucho.

- No creí que el automóvil hubiese causado impresión alguna en usted, como no lo mencionó.

- Señor Meden, tampoco se confíe demasiado de mis silencios.

Meden cuadró los hombros irguiéndola cabeza, me dedicó una mirada inteligente y una sonrisa digna de quién acaba de aceptar el reto con gusto.

- Muy bien, Señorita Lafond, entonces me despido. Que tenga buena noche.

- Buenas noches para usted también, Señor Meden.

No hubo ni un beso en la mejilla, ni un apretón de manos, nada que no fuese una última mirada.

- *You know what to do*, Spencer-. Le dijo Meden a su jefe de seguridad.

- *Yes, Sr.*

- *Ok, I see you later.*

Spencer asintió con la cabeza.

Meden se dio la meda vuelta y rodeado por los otros dos hombres de seguridad, salió al mar de flashes que se encontraba al otro lado de las puertas del restaurante.

Quince minutos más tarde cuando toda la marabunta de fotógrafos ya había desaparecido, Spencer y yo, salimos a la calle.

- Espéreme aquí, traeré el auto-. Les lanzó una mirada a las dos personas de seguridad del restaurante que se encontraban en la calle-. O dentro si gusta; aquí estará bien.

- No hace falta, Spencer, puedo ir contigo.

- Al Señor Meden no le gustará.

- El Señor Meden no está aquí ahora-. Me cerré la campera, había refrescado-. Vamos juntos.

Spencer lo meditó un momento.

- Nada me sucederá y lo sabes, Meden exagera con eso de la seguridad, nadie me conoce, incluso podría haber tomado un taxi.

- No tomará un taxi-. Resopló-. Bien, venga conmigo.

Sonreí complacida, era bueno ganar con alguien; no importaba que Meden dijese que fui yo la que ganó esta noche, para mí no se sentía así.



Nos echamos a andar.

- Por cierto, ¿Spencer es tu nombre?

- Apellido- pronunció destilando con ganas, más de ese encantador acento suyo.

- ¿Y cuál es tu nombre?- acabé teniendo que preguntar ya que fue obvio que no me lo confesaría de *motus* propio.

- Michael.

- ¿Mike?

Spencer sonrió.

- Ok, Mike, yo soy Gabriela, no la señorita Lafond, ¿sí? Por lo que tengo entendido, nos veremos las caras por un tiempo, así que preferiría que me llames Gabriela.

- No creo que sea del agrado del Señor Meden que...

- Bueno, al menos cuando no esté presente- sugerí-. No pienso continuar llamándote por tu apellido.

- Señorita...

- Gabriela.

- ¿Qué, Mike?- entoné fingiendo fastidio.

Sacudió la cabeza. - Nada-. Se detuvo-. Este es el vehículo.

Las ocho letras de la palabra no alcanzaban para describir el largo, el alto y el volumen de la criatura de acero y cristal con la que me topé. Era una camioneta enorme, enorme y negra, de vidrios tintados igualmente negros, cromados relucientes y dos enormes antenas saliendo del techo.

- Guau. Parece un tanque.

- Es más sencilla de manejar pero no se preocupe, casi igualmente de segura.

- ¿Bromeas?

Negó con la cabeza. Golpeó el capot luego de quitar la alarma. - Blindaje.

Quedé boquiabierta. - Eso... entonces también manejaste tanques.

- Un par de meses de entrenamiento, es todo- pasó por delante de mí y abrió la puerta trasera.

Negué con la cabeza, lo esquivé y abrí la puerta del acompañante; no le di tiempo a nada, de un salto trepé en el asiento de cuero beige.

Creí oírlo resoplar antes de cerrar mi puerta.

Poco menos de media hora más tarde me encontraba en mi departamento, feliz de haber compartido un par de minutos con Mike, quien me ayudó a dispersarme un poco luego de mi intensa experiencia al lado de Meden.

Mike tampoco era del tipo conversador, mucho menos de los que hablan de su

vida privada con extraños, de cualquier modo logré sacarle que tenía treinta y dos años, que era oriundo de Austin Texas, que tenía tres hermanos y dos hermanas, que de hecho, no le gustaba la cerveza y que su plato favorito no era el pollo frito sino el pavo que su madre cocinaba para el día de Acción de Gracias. También supe que además de hablar obviamente inglés y castellano, se defendía con el francés y chapuceaba unas cuantas palabras en árabe, italiano y portugués; es que según confesó, le gustaban los idiomas, eso, además de los deportes, si bien me aclaró que no los extremos, no sentía ninguna atracción por escalar paredes rocosas, por tirarse de alturas descomunales, siquiera con paracaídas.

También comprendí que detrás de tanto músculo, seriedad y rectitud, Mike era un tipo normal, con una personalidad *easy going*, como dirían los norteamericanos. Esa media hora bastó para que me cayese incluso todavía mejor.

Esa noche, luego de quitarme el maquillaje, despojarme de los zapatos y de la ropa formal, incluso luego de desparramarme en la cama, me costó relajarme, tenía tantas cosas en la cabeza. Creo que la última vez que miré la hora, eran como las dos de la mañana.

**Al día siguiente, mientras almorzaba a toda velocidad**, engullendo un sándwich, de pan algo seco, a grandes mordiscos para así poder continuar con mi trabajo, con el cual venía atrasada porque pasé toda la mañana, repasando mentalmente mi conversación de la noche anterior con Meden, recibí un llamado que elevó a niveles insospechados, mi ansiedad. Marjory Whitmore la secretaria de Meden me tuvo media hora al teléfono para ponerme al corriente de los pormenores de mi viaje con su jefe, y de los requerimientos para el mismo.

La mujer tenía la locuacidad de un gran orador y el tono de un dictador tercermundista que no acepta otra verdad más que la suya, demasiado acostumbrado a que todo el mundo le siga la corriente y nadie le diga que no a nada; me pregunté si aquello se le abría pegado de su jefe o sería una cualidad innata suya.

El viaje duraría aproximadamente diez días, al menos eso era lo previsto, más me advirtió que tanto podía extenderse cuanto acortarse.

La mujer me hizo comprometerme a mandarle todos mis datos personales por mail, para arreglar los pormenores tanto del viaje como del alojamiento en las ciudades europeas que visitaríamos. Cuando le pregunté cuáles serían éstas, no me esperaba la respuesta que obtuve: Londres, París, Barcelona y Berlín. Debo decir que me costó mantener mi trasero en la silla y no comenzar a saltar de alegría. Lo habría hecho pero no podía, aun no le explicaba a Federico el asunto del viaje y por lo que entendía, Meden tampoco se había puesto en contacto con él para anunciárselo.

Cuando le pregunté a la Señora Whitmore por Meden, ella me contestó que se encontraba en una reunión; eso fue todo, no dijo nada de que pensara llamar a Federico para explicarle la situación, siquiera que volviese a dirigirme a mí la palabra, antes del viaje.

La única información extra que se me brindó fue que un automóvil pasaría a recogerme el viernes a las seis de la tarde.

¡Por Dios, tendría que explicárselo a Federico y llamar a mi padre para avisarle que me ausentaría unos días, también debía ponerlo al corriente del porqué de esa ausencia, aún no le contaba nada de la biografía!

Mi estómago se retorció sobre sí mismo al comprender que no podía simplemente desaparecer sin decirle ni una palabra a Valeria.

Por miedo, no sé realmente a qué, dilaté mi conversación con Federico hasta

final del día. No diré que le agradó saber que no contaría con su asistente durante diez días o más, tampoco se lo tomó tan mal; simplemente sopesó los pro y los contras de realizar negocios con Meden y por lo visto, la balanza se inclinó hacia el lado de concretarlos.

Envalentonada por mi conversación con Federico caí en casa de mi padre luego del trabajo. Creo que incluso, cuando dejé su casa, luego de cenar con él, mi papá todavía no terminaba de asimilar las dos noticias. Por suerte, la sorpresa le impidió soltar lo que sería un amplio cuestionamiento sobre ambos asuntos. No me libraría de las consecuencias al día siguiente; antes de salir a trabajar me llamó para soltarme un monólogo casi interminable, que me hizo llegar tarde a la oficina: Meden no parecía un buen hombre, la gente comentaba que no lo era, incluso sus pares en los negocios, no solamente sus competidores, lo tildaban de despiadado, de frío e inaccesible, manipulador y déspota. Decían que era un tramposo, que no tenía modales ni aptitudes sociales, que era avaro y la lista seguía amenazando con ser interminable. No sé de qué modo, también llegó a los oídos de mi padre que Meden era un peligro con las mujeres; sí, no solían atraparlo en fotografías con ninguna otra que no fuese su flamante prometida, sin embargo los rumores corrían y esto decían que se la pasaba de fiesta en fiesta con todas las mujeres que le viniesen en gana, que tenía un estilo de vida alocado y completamente irresponsable; sí, también escuchó de sus locos saltos, de lo que tenía gusto a una manía por ponerse en peligro llevando a cabo hazañas desquiciadas. Como pude, le expliqué a mi padre que no tenía de qué preocuparse, es decir, le mentí; ni loca admitiría ante él, ni ante nadie que no podía quitarme a Félix Meden de la cabeza.

Al final, creo que logré calmarlo un poco, asegurándole que era la oportunidad de mi vida y que lo llamaría cada día, para darle parte de mi bienestar tanto físico como mental.

Con Valeria las cosas no serían tan sencillas. La llamé la mañana del jueves para decirle que tenía que contarle algo, le pedí por favor que se encontrara conmigo más tarde en mi departamento; ante mi mutismo total, frente al asunto a tratar, amenazó con caerse por la oficina al instante; por poco lo hace.

- ¡¿Qué?!- chilló cuando pronuncié las tan temidas palabras-. ¿De viaje? ¡¿Con Meden?! ¿Acaso te volviste loca? ¿Olvidaste todo lo que te conté sobre él?

- No es tan malo; la otra noche cenamos juntos y...

- ¡¿Cenaste con él?!

Eso tampoco se lo había contado.

- Sí, no fue nada, comencé a trabajar, de hecho pude formularle muchas preguntas. No es tan así como dicen. Sí, admito que tiene un carácter algo difícil que por momentos me dan ganas de...a veces no tiene modales y está demasiado acostumbrado a que todo el mundo...

- No puedes irte de viaje con él.

- No es que me vaya de vacaciones con Meden- le aseguré y también lo dije para mí, para terminar de comprenderlo. Eso mismo me repetí anoche, hasta las tres de la madrugada, mientras escogía la ropa para llevar al viaje, proceso durante el cual, insistentemente confundí la razón del mismo una y otra vez, imaginando qué prendas usaría para tal o cual momento, lo cual no era realmente necesario. Simplemente no pude evitarlo, siquiera cuando comencé a preguntarme si su prometida también nos acompañaría o si repetiríamos cenas similares a la de la otra noche.

Por desgracia lo cierto es que tanto me daba si a él le daba lo mismo mi presencia o mi ausencia, para mí no era así, siquiera sabiendo que él pasaba tiempo conmigo solamente a razón de la biografía; pasar tiempo a su lado era suficiente recompensa para mí.

- De cualquier manera no me parece buena idea.

- Vale, más allá del trabajo sé que voy a tener tiempo para pasear, seguro que Meden tendrá un montón de reuniones de trabajo y esas cosas, yo mientras tanto podré pasear. Imagínatelo, caminaré por París. Todavía no puedo creer que conoceré Londres y que tendré la oportunidad de...

- Dime- mi amiga se envaró, cruzándose de brazos frente a mí-, ¿cuántas veces te invité a viajar conmigo?- manoteó mi pasaporte de encima de la mesa, el cual se encontraba junto al resto de papeles que debía llevar, mi máquina fotográfica, mi iPod, la grabadora y mi cuaderno de notas, el cual ya tenía muchas páginas escritas.

- Es distinto, es por cuenta mía.

- Sabes una cosa, no te haría mal, de vez en cuando, aceptar lo que la gente te quiere dar.

- Acepto las cosas que me das, como esos venditos zapatos que me trajiste de tu último viaje, Leo me dijo que cuestan un dineral.

- Olvídate de los estúpidos zapatos, no tienes por qué ponerte en peligro ni por un viaje ni por un libro.

- ¿En peligro? ¿No exageras un poco? Tampoco es que Meden sea un psicótico asesino.

- Asesino no, psicótico sí.

- Voy a estar bien.
  - No, no lo estarás, ese hombre es despreciable.
  - Gracias por confiar en mí.
  - No es que diga que...
  - Puedo cuidarme sola- solté interrumpiéndola. Comenzaba a amargarme y enojarme un poco por comprender que los demás me creían demasiado débil para resistir a un hombre como Meden o a su estúpido encargo de escribir una biografía.
  - Solamente no quiero que...no quiero que termines herida.
  - ¿Por qué terminaría herida?
  - Porque Meden es así.
  - ¿Así cómo? Valeria yo no...
  - Eres demasiado inocente con los hombres, siempre lo fuiste por eso... Otra vez la interrumpí; quería a Valeria como a una hermana pero si continuaba diciendo esas cosas, también acabaríamos riñendo igual que hermanas.
  - No digas más nada, por favor. Ya no tengo dieciséis años, ok. Sí, soy un desastre con los hombres pero Meden no es "un hombre", es mi jefe-. En realidad también debía terminar de convencerme de eso.
  - No pretendía...
  - Voy a estar bien. Viajaré de cualquier modo pero me alegraría mucho que te pusieses contenta por mí. Yo estoy contenta y emocionada y me gustaría compartirlo contigo... si no puede ser así- me encogí de hombros-, será una verdadera pena.
  - Me resulta difícil ponerme contenta sabiendo que pasarás con él diez días.
  - No voy a estar con él, voy a trabajar para él, es todo. Alguien podría ponerse feliz por mí, es mi oportunidad.
  - Por lo que entiendo tu papá tampoco está feliz.
- Negué con la cabeza.
- Soy adulta, no necesito ni su permiso ni el de nadie más.
  - Claro que no. Lo lamento, no pretendía hacerte sentir mal; prométeme que tendrás mucho cuidado-. Mi amiga se acercó ofreciéndome un abrazo.
  - Lo tendré- le dije y luego la abracé.
- Esa noche cenamos juntas y cuando se fue, luego de que me ayudase a terminar de armar la valija, me puse a repasar las notas que tenía de Meden, intentando encontrar en mis impresiones, al hombre que los demás lo acusaban de ser. Lo admito, encontré algunas coincidencias, las mismas no se mostraban con la

intensidad que llenaba las bocas de muchos y los comentarios de internet. Meden era un hombre complicado, sin embargo lo importante aquí no era qué era o cómo lo era, si no, qué lo empujaba a actuar y reaccionar de aquel modo. Eso era lo que necesitaba aclarar. Alguna razón debía haber para su insensibilidad, dudaba que fuese algo gratuito o un simple deporte, es más, dudaba que le gustase ser de aquel modo. Meden sin duda, era algo más que aquella máscara pétrea que le mostraba al mundo. ¿O no? ¿Tendría razón Valeria y simplemente me dejaba llevar por mi patológica necesidad de mezclarme siempre con los peores hombres del universo?

- ¿Señorita Lafond?

La voz al otro lado de la línea hizo que se me disparase el corazón. Con los ojos todavía pegoteados por el sueño, miré la hora en mi reloj despertador, eran las seis cuarenta y cinco de la mañana.

- ¿Señor Meden?

- Dormía-. No lo preguntó, tampoco lo dijo a modo de disculpa, fue simplemente una apreciación de mi anterior estado.

- Sí. ¿Sucede algo? ¿Necesita...?

- Solamente deseaba asegurarme de que todo está en orden, de que no necesite nada para el viaje, de que no se arrepintió de viajar conmigo.

- ¿Arrepentirme?

- ¿Todo en orden, entonces?

Trepé sobre las almohadas refregándome la cara con una sola mano.

- Sí, todo en orden, tengo mi pasaporte y todo lo que necesito.

- Me alegra oír eso- dijo sin el más mínimo tono de regocijo en la voz, de hecho, sonaba demasiado serio, incluso un tanto enojado-. No me gusta la gente que deja todo para último momento.

- No se preocupe, tengo todo organizado, supongo que ayudó que su secretaria se pusiese en contacto conmigo cinco veces para alistar los detalles.

- Ella es muy eficiente.

- Imagino que lo es.

Justo cuando creí que la conversación tocaba a su fin, Meden le dio un giro de ciento ochenta grados.

- Entonces... ¿lista para su primer vuelo en avión?

- A decir verdad, Señor Meden, todavía no he pensado en eso, estoy medio

dormida.

- Sí, bien, en ocasiones olvido que no todo el mundo se levanta a las cinco de la mañana.

¡¿Era eso una disculpa?! Eso haría que se largase una lluvia torrencial, ¡una disculpa por parte de Meden, todavía no lo podía creer! Ahora sí que viajar en avión no resultaría tan agradable como imaginaba que sería.

- ¿Se despierta todos los días a las cinco de la mañana?

- Para correr- fue su respuesta.

- ¿No duerme, usted?

- Un par de horas.

- ¿Insomnio?

- Llámelo cómo quiera.

- Dígame Señor Meden, qué hace en su tiempo libre.

- ¿No lo vio en internet?

- Escala montañas, corre rallys, se tira al vacío...no me refería a eso, si no a qué hace cuando no quiere hacer nada, cuando está cansado.

- ¿Cuándo no quiero hacer nada? No le entiendo.

- ¿Sabe lo que significa hacer fiaca?

- Mi padre es argentino, sí, sé lo que significa hacer fiaca.

- Entonces, ¿no remolonea nunca en la cama?

- En la cama prefiero hacer otras cosas.

¡Otra vez con eso! Ok, esta vez no lograrás avergonzarme- le dije mentalmente.

- No me refería a eso, Señor Meden.

- No me gusta perder el tiempo.

- A mí tampoco, pero descansar no es perder el tiempo, es una inversión, en su caso, debería serlo para sus futuros negocios, es por su bienestar-. A ver si así lo entendía.

- No estoy familiarizado con el concepto.

No pude evitarlo, la seriedad de su tono me arrancó una carcajada.

- ¿Se ríe de mí?

- A mí me parece que es usted quien se ríe de mí.

A través de la línea, lo escuché inspirar hondo. - No recuerdo cuando fue la última vez que hice fiaca, como usted dice, de hecho, no sé si lo hice alguna vez, siquiera de niño.

- Bueno, no cuentan las veces que se quedó en cama por estar enfermo.

- ¿No? Bueno, en realidad no importa, ni de pequeño solía enfermarme mucho.



- Dígame, qué hacía antes de llamarme.

- Salí a correr. ¿Para qué quiere saberlo?

- Para entender su rutina. ¿Después de eso? ¿Había desayunado ya?

- Solo una taza de té.

- Sí, recuerdo que dijo que no le gusta el café. ¿A quién lo le gusta el café?

- Pues a mí.

- Bien, y luego de levantarse, tomar una taza de té, salir a correr, qué más hizo.

- ¿Debo darle un detalle pormenorizado?- sin esperar mi respuesta continuó-. Regresé, me quité las zapatillas, la ropa transpirada, me metí en el baño, abrí la ducha, me metí dentro...

- Señor Meden, no me tome el pelo-. Lo frené en seco, imaginarlo en la ducha comenzó a provocarme mareos.

- Tomé otra taza de té, unas tostadas y algo de fruta mientras revisé mis mails e hice algunos llamados.

- ¿Todo negocios?

- Un hombre debe ocuparse de sus tareas, soy responsable de muchas compañías Señorita Lafond, de muchos empleos, muchas vidas. Sus palabras cambiaron por completo parte del concepto que tenía de él, ya no hablábamos de dinero sino de personas, de seres humanos.

- En mi mundo hay mucho dinero en juego.

¡Y otra vez con lo mismo!- rezongué para mis adentros.

- Permítame que le formule una pregunta.

- Adelante.

- ¿Qué sería de usted sin su dinero, sin sus empresas, sin su trabajo?-. Necesitaba saber qué otras cosas había en su mundo aparte de los negocios, el dinero, sus excéntricos caprichos, sus locas aventuras suicidas sostenidas por una fortuna impresionante. Qué sería de él de ser un hombre normal, uno más del montón, uno sin tantos privilegios y responsabilidades, qué lo mantendría vivo de ser así, y de hecho, qué lo mantenía vivo ahora mismo que no hacía otra cosa que conversar conmigo, qué pasaba por su cabeza por las noches, antes de dormir.

- Debo atender otro llamado. La veo en la noche.

Meneé la cabeza. Supe que no le sacaría ni una palabra más. Meden acaba de cerrarse en banda.

Sonreí sin necesidad alguna de ocultar mi entusiasmo al encontrar a Mike a los pies de la entrada de mi edificio.

- Buenas noches, Señorita Lafond.

- Gabriela- le recordé-. Buenas noches, Mike.

- Permítame que me ocupe de eso- dijo estirándose en dirección a mi valija.

- Gracias-. Me cagué a los hombros mi mochila y mi cartera y cerré la puerta de cristal, la cual no vería por unos cuantos días.

- ¿Qué tal todo?

- Muy bien, y usted.

- Perfectamente.

- Lamento que te asignaran como mi niñera, podría haber tomado un taxi hasta el aeropuerto.

- No tiene nada que lamentar, es un placer trabajar para usted, además, sé que de modo alguno el Señor Meden permitiría que tomase un taxi.

Seguro que no. - No trabajas para mí, Mike.

- Es lo mismo, soy encargado de su seguridad y eso es lo único que importa.

- ¿Mi seguridad?

- Sí- Mike se aproximó a la misma camioneta con la que me trajera a casa la otra noche-, el señor Meden me encomendó cuidar de usted. Seré su guardaespaldas durante el viaje.

- ¿Bromeas?

Mike subió mi valija a la parte trasera del vehículo y luego negó con la cabeza. Acto seguido, abrió para mí, para la puerta trasera.

- Iré adelante.

- Debo insistir- dijo sin soltar la puerta-. Por favor- añadió al ver que no movía.

Resoplé. - ¿Es realmente necesario?

- Por favor.

- Bueno...

- Gracias.

Algo resignada a aceptar que a partir de ahora, muchas cosas serían al modo de Meden, no al mío, me acomodé en el asiento.

No había razón para desperdiciar la oportunidad de vivir una vida en sueño, por un par de días. Después de todo, no estaba tan mal viajar en una camioneta como esta, ni contar con la compañía de un ex *marine* cuidando mis espaldas, aunque en realidad, no necesitase ser cuidada.

Mike se acomodó en el asiento del conductor. - ¿Lista?

- Totalmente-. Todo lo que podía estarlo.

Al instante de recibir mi respuesta, Mike puso el motor en marcha, el cual rugió, reafirmando mi entusiasmo. No sé muy bien porqué sentía que tenía todo el mundo a mis pies, todas las oportunidades justo frente a mí, esperando que las aprovechara. ¡Eso mismo haría! ¡Al demonio con todos mis miedos e inseguridades, estaba a punto de partir rumbo a Europa!

Mi guardaespaldas y chofer salió a escaso tránsito de las calles de mi barrio mientras el GPS, le indicaba el camino rumbo al aeropuerto.

- Ok, solamente no esperes que comience a llamarte Spencer otra vez, que haya aceptado ir en el asiento trasero no significa nada.

Por el espejo retrovisor vi que sonreía.

- ¿Tienes algo de música por ahí?

- ¿Qué desea escuchar?

- Cualquier cosa- la música me relajaba-, en realidad tengo un gusto bastante ecléctico en lo que respecta a la música, así es que lo que gustes.

Mike realizó algunos movimientos aprovechando la oportunidad de no tener que prestar atención al semáforo ya que éste se encontraba en rojo. No reconocí ni el tema ni el grupo en un primer instante, solo poco a poco fui reconociendo los acordes. Quedé agradablemente sorprendida, ese tema también estaba contenido dentro de mi iPod.

- ¿Creedence? Te gusta Creedence.

- ¿A usted no?

- Sí.

- Bueno, entonces nos llevaremos bien- bromeó.

- Ya lo creo-. Mi papá adoraba Creedence.

- ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Meden, Mike?

- Casi siete años.

- Eso es mucho tiempo. ¿Fuiste su jefe de seguridad desde el principio o...?

- No, primero me contrató como guardaespaldas, hace cinco años que soy su jefe de seguridad.

- Imagino que debes conocerlo bastante bien.

Mike no dijo ni que sí ni que no.

- ¿Cómo lo definirías?

- Preferiría no hablar del Señor Meden, no me parece correcto.

- ¿Sabes que me contrató para que escribiese su biografía?

- Sí, lo sé.

- Bien. Entiendo, disculpa, no pretendí ponerte en un aprieto ni nada parecido.
- No es lo que dicen que es- soltó un momento después.
- ¿A qué te refieres?
- A las cosas que escriben de él. Las personas se equivocan, su vida no es sencilla; trabaja muy duro. Espero que usted les muestre la verdad.

Primero tengo que averiguar cuál es la verdad- pensé.

A medida que nos acercábamos al aeropuerto, cada segundo se sintió igual que días, y los minutos en semanas. Suena patético hasta para mí, lo admito, el caso es que me moría de ganas de volver a verlo, de mirarlo a los ojos, de hablar con él, de inspirar su exquisito perfume, de soñar a su lado con cosas imposibles; es más, siquiera me ponía pensar en que existían muchas posibilidades de que su novia también viajase con nosotros, o cómo mínimo, que habría otras personas presentes.

Llegamos al aeropuerto y entonces perdí por completo el gobierno de mi cabeza y mi corazón.

Mike guió la camioneta hasta un sector cerrado del estacionamiento, me explicó que la dejaría allí para que alguien la pasase a recoger más tarde. Acto seguido bajó mi equipaje y me indicó la dirección que debíamos seguir; la cual no fue en dirección a las terminales que el resto de los pasajeros utilizaban para realizar los trámites previos al abordaje, sino una distinta, más pequeña y privada por lo que comencé a entrever lo que tenía por delante.

- El señor Meden tiene su propio avión- explicó Mike.

Mis tripas se retorcieron de la ansiedad y la emoción.

La sala a la que entramos tenía un aire algo estéril y quizá demasiado moderno y desprovisto de cualquier aditamento visual que pudiese considerarse un adorno, más que una terminal para personas parecía un área de transporte de cargas. El hombre de seguridad que nos abrió la puerta, se mostró amable a pesar de que mientras se comportaba con total cordialidad, nos examinaba de arriba abajo igual que si sus ojos fuesen de rayos X. Mike mencionó un número de vuelto al que no presté atención, luchaba con las crecientes náuseas y luego de consultar algo en una planilla, el hombre nos indicó el camino a seguir.

Mike avanzaba a la cabeza, con las rueditas de mi valija repiqueteando sobre el piso de linóleo gris, yo por mi lado, caminaba procurando no tropezar con mis propios pies, apenas si veía por dónde caminaba. El contador de mis nervios estaba en un ochenta por ciento o más.

En un momento Mike se dio la vuelta y me sonrió, como queriendo reasegurar

mi situación, supongo que también intentando insuflar algo de coraje ya que la mueca de mi rostro debía decirlo todo.

- Aquí es-. Señaló Mike abriendo la puerta de la sala en la que creí, me encontraría con Meden.

Sigue soñando- me dije a mí misma cuando en vez de toparme con su perfecto rostro, su escultural cuerpo y sus ojos del azul del espacio infinito, me encontré con personal de aduana y migraciones.

Decepción en palabras mayúsculas.

Los trámites se me hicieron demasiado largos.

Íbamos de camino a la zona previa al abordaje cuando un celular comenzó a sonar. Mike atendió al instante, sacando el aparato de las profundidades del traje negro que envolvía su voluminoso pecho.

- *Yes, Sr, we are coming.*

Pausa.

- *Yes, Sr, we just had past the authorities.*

Otra breve pausa.

- *Yes, Sr.*

Dicho esto último, Mike colgó y regresó el celular al interior de su saco y luego se volvió a mí-. El Señor Meden la espera en la sala de pre embarque.

- Que bien- respondí controlando mi felicidad. En realidad tenía ganas de ponerme a saltar y ejecutar algún baile de victoria, eso que yo bailando era un desastre.

Cuando Mike dijo “aquí es”, deteniéndose frente a unas puertas de cristal experimenté algo que sabía a gloria.

Las puertas eran automáticas y se abrieron para mí.

La amplia sala acristalada, poblada de sillas (más de las necesarias para la salida de vuelos privados), estaba vacía a no ser por un único cuerpo, uno que en este momento me daba la espalda.

Hasta su nuca era perfecta y deliciosa.

Meden no me sintió llegar. Al dar unos pocos pasos hacia adelante vi que escribía algo en su celular. Temí interrumpirlo.

Me detuve y di la media vuelta para consultar con Mike si debía continuar avanzando y entonces me percaté de que ya no venía tras de mí, tampoco había señales de su enorme silueta al otro lado de las puertas de cristal.

Regresé la vista al frente y tragué saliva. Meden continuaba ocupado con su celular.

Deseé que mis pasos hiciesen algo más de ruido, por desgracia, mis Converse

amortiguaban todo sonido. Quizá debí llevar unos buenos zapatos de tacón, de esos que suenan estruendosamente.

Pensándolo bien...cuantas otra oportunidades tendría para estudiarlo sin que él tuviese ni la menor idea de que lo observaba, procurando grabar en mi mente, cada detalle de su cuerpo.

Cuando me quedaban pocos metros para alcanzarlo, llegué a la conclusión de que era momento de dar a conocer mi presencia.

- ¿Señor Meden?- entoné en voz muy baja. Me dio pena corromper el quietud reinante y la paz de su postura y ese aura de calma que flotaba a su alrededor pese a que no soltaba su celular.

Meden bajó el aparato y giró la cabeza.

Me miró al tiempo que se ponía de pie, guardaba su celular en el bolsillo interior de su elegante traje gris y luego se abrochaba uno de los botones del mismo.

En ese ínterin su mirada me recorrió de pies a cabeza.

La intensidad de su examen provocó en mí, ganas de cubrirme.

Sopesé la opción de ponerme la campera de cuero que traía para cuando llegásemos al otoñal octubre de Europa, no lo hice, mi piel quedó instantáneamente empapada en sudor nervioso.

- Buenas tardes.

- Buenas tardes, Señor Meden.

- Que bien que llegó.

- ¿Lleva mucho tiempo esperando?

- Un rato, no demasiado. Temí que no viniera.

Una sonrisa se me escapó. ¡¿No venir?! ¡Ni muerta me lo perdería! - No lo dejaría plantado, no al menos sin avisarle, Señor Meden. ¿Por qué creyó que no vendría?

Tardó un momento en responder, momento en que sus ojos se concentraron en los míos buscando algo, no sé qué.

- Por miedo a volar.

Yo ya estaba volando.

- Me entusiasma volar, Señor Meden.

- Con los sucesivos viajes volar más que emocionante resulta un fastidio.

- ¿Incluso si se viaja en avión propio? Creí que lo tedioso eran los apretujados asientos de clase turista. Bueno, eso dicen- acoté eso último cuando él se me quedó viéndome sin parpadear. Comencé a preguntarme si había algo errado en mi aspecto. Sí, probablemente vestía demasiado informal. Jeans, zapatillas

y remera, con una mochila colgando del hombro no debía ser aceptable por el código de vestir Meden.

- Sabe que viajaremos en uno de mis aviones.

- ¿En uno de sus aviones? Eso significa que tiene más de uno.

Meden asintió con la cabeza.

- Me gustan. De hecho soy piloto.

- ¿Cuántas vidas vivió usted, Señor Meden? ¿Cómo es posible que hiciera todas las cosas que ha hecho?

- No desperdiciando un segundo.

- Sí, cierto, recuerdo que dijo que no suele hacer fiaca.

- ¿Usted sí?

- No, realmente no, bueno, no muy seguido, si tengo un rato libre lo aprovecho para escribir.

- ¿Siempre?

- Casi siempre.

- ¿Y no hace otras cosas?

- ¿A qué otras cosas se refiere? Tengo un trabajo, una casa que cuidar, tengo algunos amigos. No soy de salir mucho pero la verdad es que con el trabajo y lo demás...

- Necesita vivir más.

Su comentario me sorprendió.

- Bueno, no siempre se puede.

- Debería hacerlo posible, todo el mundo debería esforzarse por más.

- ¿Qué propone que haga?

- No puedo decirle cómo vivir su vida.

- Bueno, quizá deba obedecer su concejo y comenzar ya mismo.

- ¿Y qué hará?

- Pensaré en algo en los próximos minutos.

- ¿Puedo hacerle algunas sugerencias?

- Será un placer recibir sus sugerencias. Dígame, por dónde puedo empezar.

- No, no ahora, cuando lleguemos a destino.

- ¿Va a tenerme en suspenso?

- Prométame una cosa- soltó por respuesta-, no me dirá que no a lo que le proponga.

- No puedo hacer eso.

- ¿Por qué no?

- ¿Por qué no es coherente?

- No confía en mí.
  - Señor Meden...- solté ante el inminente acorralamiento sufrido por sus palabras y su persona.
  - Deme el gusto.
  - Sí me da algo de crédito por confiar mi existencia a sus voluntades.
  - Usted ya tiene todo mi crédito, Señorita Lafond, creí que lo sabía.
- Al pronunciar aquellas palabras, fijó sus pupilas en las mías razón por la cual me entró un calor insoportable que enrojeció mis mejillas.

Lo único que me salió fue entonar un tímido “gracias” que él, por el ademán de sus manos, evidentemente no creía necesario.

- ¿Puedo pedirle algo de beber o de comer?
- No, gracias, estoy bien.
- No lo parece. ¿Nerviosa?
- Un poco- le respondí con una sonrisa asomando de mis labios.
- Tranquilícese. Todo saldrá bien.

Me descolgué la mochila del hombro.

- Pase y tome asiento, no tardaremos mucho en abordar.
- Rodeé la hilera de sillas por el lado contrario al que había salido Meden y dejé mis cosas sobre uno de los asientos. Meden volvió a sentarse en el mismo lugar; me acomodé en una silla de por medio, temía tenerlo demasiado cerca, eso no era saludable ni para mi cuerpo ni para mi mente.

- ¿Trabajaba?- curioseé apuntando hacia su pecho, en el lugar en el que guardó su celular.

- No.

Le sonreí. - Creí que no desperdiciaba ni un segundo.

- No desperdiciaba mi tiempo, cumplía con otras tareas, es todo.
- Entiendo. ¿Depende mucho de su celular?
- ¿Es esa una pregunta necesaria para alguien que vive en este siglo?
- Yo tengo celular y no dependo del bendito aparato, imagino que usted, siendo un hombre mucho más ocupado...

- ¿A dónde quiere llegar?

- ¿No siente nunca la necesidad de desconectarse de todo?

- Como cualquier otro ser humano, también me canso, pero me gusta mucho lo que hago y como ya le dije, me gusta ser el mejor, no puedo permitirme el lujo de apagar mi celular arriesgando arruinar de ese modo, un buen negocio.

Incluso yo sentí su celular vibrar. Meden lo extrajo de su bolsillo y luego de contemplar la pantalla por un par de segundos, tipeó algo.



Admito que incluso estiré el cuello; no alcancé a leer nada de lo que ponía. Imaginé que debía estar contactándose con su novia.

Al terminar, regresó el aparato a su sitio.

- ¿Duerme?- le pregunté ni bien terminó con lo suyo-. Mencionó se levantaba muy temprano para correr.

Meden me espió por el rabillo de sus brillantes ojos azules. Soltó un largo suspiro.

- Lo descubrirá pronto.

- ¿Hace mucho que tiene problemas para dormir?

- ¿Por qué asume que es así? No le respondí eso.

- Sí, su cara-. O al menos a mí me dio esa impresión.

- Mi vida es muy... tengo muchas cosas de las que ocuparme.

- Sabe que el stress puede causar muchos problemas de salud.

- ¿Tengo cara de enfermo?

- No Señor Meden, solamente decía; es que...

- Tengo una salud perfecta, gracias por preocuparse.

Meden volvió la vista al frente y luego de mirar insistentemente en dirección a la puerta ubicada al otro lado del salón, consultó la hora en su moderno y aparatoso reloj.

- ¿Alguna vez imaginó que su vida sería lo que es? Digo...de pequeño soñaba con algo así o quería ser otra cosa. Muchos chicos sueñan con ser policías o bomberos o incluso algún superhéroe.

Meden giró lentamente su rostro hacia mí.

- De pequeño quería ser astrónomo.

- ¿A sí, a qué edad fue eso?

- No sé, debería tener cinco o seis años, mi padre me regaló un telescopio.

Luego cambié de opinión, quise ser artista plástico, me encantaba pintar y dibujar.

Una persona insensible no podía desear ser alguien que tiene la sensibilidad suficiente para recoger las impresiones del mundo que lo rodea y plasmarlas en una obra pictórica.

- Eso fue entre los ocho o algo así, me duro hasta la adolescencia, cuando me decanté por la música.

- "*Felix the cat*"-. Recordé en voz alta.

Meden asintió con la cabeza.

- ¿Cuándo apareció el mundo de los negocios en su vida?

- Cuando lo de la banda de rock no funcionó entendí que ese no sería al modo

de forjarme una vida.

- ¿A los catorce años?

- Bueno, en realidad fue a los quince. En la escuela tuvimos unos seminarios de economía y negocios en los que me interesé, además tomé otros cursos extra sobre economía y desarrollo sustentable, economía y medio ambiente, y otros más de ese estilo. Toda esa actividad realmente influyó en mí y en un par de meses desarrollé mi primer proyecto.

- ¿Qué proyecto era ese?

- Un conglomerado de viviendas autosustentables y ecológicas. Le enseñé el proyecto a mi padre y él me puso en contacto con un par de arquitectos e ingenieros. Mi padre por entonces ya se dedicaba a los bienes raíces. Tardamos un año más en acabar de desarrollar y perfeccionar el proyecto, y conseguir los permisos, licencias y demás, al cabo de ese tiempo, comenzó la construcción, la cual acompañé durante el año que me tomé sabático entre la escuela y la universidad.

- Eso es impresionante-. En verdad que lo era; sus padres debían estar realmente orgullosos de él. Comparando su existencia con la mía, hacía que me diese vergüenza recordar lo que yo hacía a esa misma edad.

- Desde entonces no paré de trabajar. Por supuesto, con el tiempo, mis empresas se desarrollaron y crecieron hacia diversos ámbitos, pero lo que más disfruto es construir cosas. No sé si lo sabe, en el último año he comprado un par de empresas chinas que se dedican a construir con “prefabricados”, nuestro último proyecto es un edificio de más de ochocientos metros de alto que albergará entre otras cosas, un hotel; planeamos tenerlo en pie en tres meses y a un costo que es la mitad del costo de construir un edificio común y corriente.

- Eso es sorprendente.

- Le enseñaré los planos en algún momento- dijo con orgullo, no con un orgullo engreído sino más bien con el tipo feliz que exuda una persona que disfruta de su trabajo, que le apasiona lo que hace.

- Me encantará verlos. También me gustaría ver el edificio cuando esté terminando- bromeé.

- No faltará oportunidad- me respondió él muy decidido.

- Entonces esto verdaderamente es lo tuyo. ¿Nunca imaginó como sería su vida si hubiese estudiado astronomía, si no hubiese cambiado la pintura por la banda de rock, si la banda de rock hubiese funcionado?

- ¿Tengo al apariencia de vocalista de banda de rock?

- No exactamente pero no me cuesta mucho imaginarlo, seguro que tendría muchas fans locas gritando su nombre, siguiéndolo por ahí a sol y a sombra-. Cuando terminé de soltar las palabras me arrepentí.

- ¿Lo cree?

Tragué en seco.

- Bueno, en realidad nunca tuve la oportunidad de escucharlo cantar... la mayoría de los músicos hace *playback* y...- intenté tragar otra vez, Meden me observaba sin parpadear.

- A mis padres les habría dado un ataque- soltó en un tono increíblemente juvenil, quizá como el muchacho que fue el vocalista y guitarrista de “Felix the cat”.

- Bueno, al menos hoy continúa disfrutando de la música. Recuerdo que la primera vez que nos vimos usted dijo que era bueno conocer a otro admirador de Bach.

- Es uno de mis preferidos, ¿también el suyo?

- No siempre, por lo general cuando estoy deprimida-. Eso fue más sinceridad de la que debí expresar; en realidad no me molestó admitirlo frente a él, pese a que nunca antes lo admitiera frente a nadie, siquiera frente a Valeria.

- Ese día no se la notaba deprimida, de hecho silbaba la melodía. ¿Si ese es su modo de deprimirse...?

Negué con la cabeza. - No dije que lo escuchase únicamente cuando me deprimó.

- No, es cierto. Mi error.

- ¿Qué más escucha usted?

- ¿Pondrá todo esto en mi biografía?

- Es parte de quién es usted, Señor Meden. De cualquier modo, puede censurar lo que quiera, no puedo obligarlo a contarle al mundo lo que no quiera contar.

- Es cierto; por desgracia usted me sacó información sin demasiado esfuerzo. ¿Segura que es la primera vez que hace esto?

Asentí con la cabeza.

- Ya conocerá el resto de mis gustos musicales.

Le sonreí sin enseñar los dientes, en realidad, otra vez, quería comérmelo a besos. No podía pensar que cada cosa que decía, sobre todo eso último, era para coquetear conmigo, no al menos seriamente, quizá simplemente quisiese provocar que todo el mundo lo deseara e idolatrara, el caso es que no lograba resistirme al magnetismo que irradiaba.

- ¿Podré conocer los suyos?

- Supongo, que para no contaminar el proyecto, debería mantener mis gustos en secreto.

- ¿Teme influenciarme?

- Dudo que lograra nada semejante; la verdad es que sí, no sería correcto.

Supongo que nuestras conversaciones deberían concentrarse en usted.

- Esa idea no me agrada demasiado. Me deja en inferioridad de condiciones, además recuerde que será mi vida, no la suya, la que quede expuesta.

Yo quedaré expuesta a usted- pensé- y eso no será bueno.

- Señor Meden, mis gustos musicales realmente no son tan importantes.

- ¿Por qué cree que no?

No tenía respuesta a eso, simplemente deseaba proteger algo de mí frente a su influencia. A este paso, poco quedaría de mí cuando terminase su biografía.

Un momento de silencio fluyó entre nosotros dejando de ser una incómoda carga para convertirse en algo natural, algo que podíamos compartir y producir sin temor, sin distancia. Bueno, quizá exagerase un poco, la distancia estaba y yo apenas si conocía a este hombre, aunque haciendo honor a la verdad, yo conocía mucho más de él de lo que él sabía de mí. Era cierto, en los próximos días quedaría completamente expuesto a mí. Pensar en eso hizo que me estremeciese agradablemente.

Una puerta se abrió, a mi espalda.

Giré la cabeza. Era Mike.

- Señor Meden, me informan todo está listo para partir.

En ese exacto momento, la puerta que Meden había estado observando con tanta insistencia, también se abrió. Una mujer con un uniforme con el logo del aeropuerto y otra vestida como azafata, solo que sin identificación de aerolínea alguna, hicieron su entrada.

- Señor Meden, puede abordar.

Meden que se había puesto de pie, ante el ingreso de ambas, les dio las gracias y luego, me invitó a partir.

De aviones no entiendo nada, de lo que sí entiendo, es de expectativas medianamente razonables. Esperaba un avión pequeño, bueno, uno quizá no tan pequeño porque de hecho íbamos a atravesar el océano Atlántico de modo que tenía que ser una aeronave del tamaño y la autonomía de vuelo suficiente para no caer en mitad del océano por falta de combustible.

Conté más de veinte ventanillas.

Era largo, delgado y con un aspecto ligero y moderno. A los pies de la puerta, nos esperaba una escalera. El carrito se detuvo frente a ésta en el exacto

comento en el que el otro vehículo arribaba también.

Había varias personas dando vueltas por alrededor del avión, supuse, personal del aeropuerto, también había otros dos hombres vestidos igual que Mike y con una fisonomía similar. Uno se plantó a los pies de la escalera, el segundo salió de dentro de la aeronave al sentirnos llegar, acompañado de un hombre que si no era el piloto de la aeronave, debía ser el copiloto.

Mike me tendió una mano para ayudarme a bajar del carrito. Meden bajó por el otro lado mientras yo me colgaba la mochila del hombro.

La imagen del avión me deslumbró, sobre todo porque atardecía y el sol caía, reflejándose en el perfil del avión, arrancando destellos entre anaranjados y tornasol, de las ventanillas.

- ¿Qué le parece?

Observé las líneas de la aeronave una vez más. Los extremos de las alas apuntaba hacia arriba, las turbinas de un verde algo turquesa, brillaban igual que si fuesen nuevas.

- Espere a ver el interior, es sino el mejor, uno de los mejores aviones en su categoría. Despreocúpese, siquiera notará que se encuentra dentro de un avión- me dijo, y luego cruzando un par de palabras con la mujer que tenía el uniforme de asistente de a bordo, me invitó a subir.

La joven mujer subió en primer lugar, detrás él, luego yo y cuidando mis espaldas, Mike.

- *Welcome aboard, Sr.*

Meden y el hombre intercambiaron un apretón de manos.

- *Thank you, Dorling. Is everything ok?*

- *Yes, Sr, we are ready to part.*

- *Great-*. Meden me hizo espacio y dirigiéndose a mí explicó-. Señorita Lafond, le presento a nuestro piloto, Fred Dorling-. *This is, Miss. Lafond.*

- *Nice to meet you, Ms. Lafond. Welcome aboard-* entonó con un adorable acento muy inglés.

- *Thanks-* solté en mi oxidado inglés.

- *Your welcome, Miss. I hope you enjoy de flight.*

El piloto se hizo a un lado y entonces ingresamos en el avión propiamente dicho. Casi me caigo de la impresión. Ni bien entramos, nos recibió lo que podía describirse como un recibidor, el cual contaba con una amplio sillón de cuero beige, adornado con un montón de almohadones de aspecto sumamente confortable, adosado a la pared opuesta a la puerta de entrada; a mi derecha, la puerta de la cabina de mando, la cual se encontraba entreabierta (en la

butaca de la derecha se encontraba sentado un hombre de cabello muy corto y de color cobre, que llevaba sobre la cabeza auriculares y micrófono, hablaba con alguien en voz muy suave mientras controlaba una lista que tenía entre manos). A mi derecha había una pequeña mesita con un banco calzado debajo de ésta. El avión olía a nuevo.

- Por aquí- me indicó Meden mientras Mike se demoraba intercambiando unas palabras con el piloto.

El siguiente sector de la aeronave estaba ocupado por una cocina que se acomodaba en ambos lados creando un pasillo por el cual avanzamos. La asistente de vuelo se encontraba allí. Sobre la mesada a un lado había copas de champagne y un par de botellas y una cafetera de expreso, del otro, varias bandejas con aperitivos, una canasta con frutas y otra que debía contener algo de pan cubierto con una pequeña servilleta de lino beige.

La asistenta nos dedicó una inclinación de cabeza y luego nosotros continuamos avanzando.

Tomé nota mental que los muebles de aquella cocina debían valer cuatro y cinco veces más que los de la mía, eran de un material laqueado negro que brillaba igual que un espejo. También experimenté, bajo mis pies, lo mullida que era la clara alfombra que cubría el piso, la cual se encontraba en un estado completamente incólume.

La siguiente zona equipada con tres amplias butacas, y más pantallas planas de las necesarias las cuales enseñaban un fondo blanco, verde y beige con el apellido Meden brillando en el centro en letras negras.

Había flores por doquier, orquídeas, todas ellas blancas y perfectas. Sobre las butacas también había almohadones, igual que sobre el sillón del espacio anterior, y contra las paredes, por debajo de las ventanas corrían todo a lo largo unos muebles del mismo material negro que el de la cocina.

Meden siguió de largo pasando por la puerta de lo que supuse, debía ser un baño.

Entramos en un nuevo sector, aquí se distribuían el espacio, primero, un sillón con una mesita en medio, en frente otra pantalla plana todavía más grande, y una nueva butaca; luego, en lados invertidos, un sillón algo más corto y en frente, dos butacas colocadas una frente a la otra con una mesa en medio, y al fondo, un espacio de oficina con un escritorio, una butaca y una lámpara. Aquí también había orquídeas y muchos almohadones. Mucho lujo por doquier.

- Aquí nos acomodaremos para el viaje. ¿Qué le parece?

- Genial- solté sin que se me ocurriese un modo mejor de elogiar lo

distinguido y hermoso del espacio creado dentro de la aeronave. Era cierto, desde aquí dentro, a no ser porque al asomarse por las ventanillas se veían las pistas, los otros aviones y el personal del aeropuerto, uno se olvidaba que esto era un avión.

Meden me sonrió sin enseñar los dientes.

- Todas las butacas son reclinables pero si se le apetece- me condujo hacia la siguiente puerta, cuando la abrió no lo pude creer-, aquí tenemos el cuarto.

Una cama considerablemente amplia, espacio de guardado, una baqueta, una pileta.

- Por aquí está el baño. Hay una ducha.

Asomé la cabeza dentro.

Sí, había una ducha, un inodoro, otra pileta, todo espejado y pulcro. Las flores tampoco faltaban.

- Allí se encuentra su equipaje- señaló hacia la parte posterior del avión, debíamos encontrarnos en la cola ya, porque el espacio era considerablemente más bajo y angosto.

Divisé mi valija en uno de los estantes, sujeta con unas correas y otras, mucho más elegantes que seguro pertenecían a Meden. Había otros tantos bultos más.

- ¿Y dijo que tiene más de un avión?

Meden asintió con la cabeza.

- Woww...- otro comentario poco inteligente de mi parte.

- Bueno, esta es mi casa lejos de casa. Viajo mucho, Señorita Lafond y no estoy dispuesto a perder comodidad. Son demasiadas horas de vuelo las que llevo acumuladas y las que seguramente tengo por delante.

Seguro, no me lo imaginaba viajando en clase turista ni compartiendo espacio siquiera, con un montón de extraños en primera en una aerolínea cualquiera.

- Es gracioso que diga eso porque fue usted quien mencionó que no sentía ningún apego especial por ninguna de sus propiedades.

- Ciertamente, quizá entonces debía rectificarme y decir que este es uno de mis lugares favoritos.

- Además de su propiedad en Nueva York.

Meden me sonrió. - Sí.

Allí, en el pequeño espacio de bodega entendí que también, para mí este se convertía en mi nuevo lugar favorito; en unos pocos metros de espacio lo tenía a él, solamente para mí. Su perfume se concentró aquí dentro.

- Regresemos a la cabina, tenemos un horario que cumplir.

- Claro.

- Después de usted.

Pasando otra vez junto al baño y luego por al lado de la cama, llegamos al amplio sector en el que nos acomodariamos.

Mike ingresó casi al mismo tiempo que nosotros. Vi que los otros dos hombres de negro se encontraban de pie en la siguiente zona. La asistente de vuelo se ocupaba de algo en la cocina, la puerta del avión ya estaba cerrada, igual que la del *cockpit*. Supuse despegariamos de un momento a otro.

- Todo listo para partir, Señor.

- Muy bien, Spencer.

Mike, antes de retirarse, le dedicó un gesto con la cabeza.

Nos quedamos solos otra vez.

- Bien, acomódese donde guste.

Miré los sillones a mi alrededor, dudando. A decir verdad, quería sentarme junto a él y tener su mano a tiro, la inminencia del despegue se adivinaba en mis nervios.

De la nada, apareció la asistenta de vuelo, al verla Meden me sugirió que le entregase mi campera, él hizo lo propio con su saco, quedándose enmangas de camisa, además, me indicó donde podía guardar mi mochila. La mujer desapareció con nuestras cosas. Por detrás de ella vi que Mike y los otros dos hombres ya se encontraban sentados y acomodados, listos para el despegue.

- Venga, siéntese aquí-. Meden puso su mano derecha sobre el asiento cuyo respaldo daba a la habitación.

Obedecí. El sillón era increíblemente mullido y cómodo.

- Colóquese el cinturón de seguridad- me dijo. Mientras me tomaba un segundo para entender cómo funcionaba aquella cosa, él se acomodó frente a mí, al otro lado de la mesa.

Afuera había caído la noche.

- Tranquila, todo saldrá bien- me dijo al alzar la cabeza-. Relájese e intente disfrutar el despegue. Haga de cuenta que está en la montaña rusa.

- Nunca me gustó la montaña rusa.

- Le gustará esto, se lo aseguro.

Mis talones comenzaron a repiquetear contra el piso alfombrado.

Recorrí el lugar con la mirada imaginando el modo en que todo esto se destrozaría si el avión caía. Cuando volví la vista al frente me encontré con un sonriente Meden.

- ¿Qué es lo que le divierte tanto?- lancé en un tono un tanto insolente.

- Usted- me contestó. Evidentemente no se tomó a mal mi tono.



- ¿Yo?

- No caeremos, se lo prometo.

- No puede prometerme nada semejante, controlará muchas cosas pero ciertamente no puede controlar esto.

- No le pago a mi tripulación para que sea negligente- acotó todavía muy divertido.

- Imagino que no pero usted no es...

Meden me interrumpió tendiendo su mano derecha hacia mí. Por poco y me da un infarto.

- Deme su mano-. No fue una invitación, sino una orden que no me quedó más que acatar, podía discutirle muchas cosas, no ésta.

Disimuladamente, limpie el sudor de mi mano izquierda en la tela de mis jeans antes de sacarla de debajo de la mesa y posarla sobre su palma extendida. Percibí como sumo detalle el proceso de enrojecimiento de mis mejillas y orejas. Todo se fue al mismísimo infierno cuando Meden rodeó mi mano con sus dedos.

No fue un tacto delicado, su apretón era fuerte y consistente. Al instante me sentí más segura, en lo que respecta a mi estado físico, y completamente inestable y susceptible en lo referente a lo mental y emocional.

Soy consciente de lo ridículo de sentirme tan apegada a él y por desgracia, no únicamente en el ámbito de lo físico, sino, por desgracia, también en lo emocional. No entiendo por qué experimentaba una desesperante necesidad de protegerlo. Incomprensible e innecesario pero cierto.

El capitán nos digirió unas cuantas palabras que yo no entendí, no porque mi inglés fuese tan pobre, más bien porque en ese instante no entendía nada más que mi mano sobre la de Meden. Ni siquiera si las hubiese dicho en castellano las hubiese comprendido.

- Vamos a partir- explicó Meden y en ese instante el avión comenzó a moverse, no por voluntad propia sino al ser arrastrado por un camioncito de aspecto de juguete.

Las pantallas cambiaron del logo de Meden a una que tenía un de plano con un avioncito en el centro. La imagen giraba a medida que el avión se movía.

El edificio del aeropuerto fue alejándose cada vez más.

Mi palma dentro de la mano de Meden comenzó a sudar. ¿Cuánto tardaría en soltarme? Me avergonzaba pegotear su perfecta mano.

- Relájese- con sus palabras me llegó un apretón conciso pero delicado.

- ¿Cuándo voló por primera vez?- le pregunté-. Quizá si pasaba el rato

conversando evitaría ponerme más y más nerviosa.

- Cuando no tenía edad suficiente para tener noción de lo que sucedía. Como le dije, he pasado demasiadas horas de mi vida en aviones. Y para que lo sepa, antes de que se le ocurra preguntarlo, no siempre fueron aviones privados.

- ¿Cuándo fue esa primera vez?

- Mi padre compró su primer avión cuando yo tenía nueve o diez años. A él también le gustan los aviones.

- ¿También es piloto?

- No, solamente tiene licencia para helicópteros.

- ¿Vuela usted helicópteros?

Me contestó que sí con la cabeza.

- ¿Hay algo que no sepa hacer?

- No sé cocinar.

- A bueno... yo sí sé, y bastante bien creo.

- Que modesta- bromeó con una sonrisa-. Eso tendré que comprobarlo.

- Cuando quiera- los nervios me aflojaban la lengua.

- Se lo advierto, le tomo la palabra.

- Claro, si sobrevivimos a esto cocinaré para usted.

Meden soltó una alegre carcajada.

- Y me enseñará a cocinar.

- Sí, pero que aprenda no depende de mí sino de sus capacidades.

- ¿Insinúa que no me cree bueno para la cocina?

- Eso no lo sé, tendré que comprobarlo- repliqué utilizando sus palabras.

- Le demostraré que puedo hacer cualquier cosa que me proponga.

De eso no me cabía la menor duda.

El avión finalmente se detuvo frente a la cabecera de una de las pistas.

El piloto volvió a hablar, ahora sí comprendí lo que dijo, anunció el despegue.

- No se olvide de respirar.

Es cierto, con los nervios contenía el aliento.

- Tranquila- dijo y entonces su pulgar hizo algo que alteró por completo mi sistema nervioso; acarició mis nudillos.

Los motores comenzaron a vibrar.

Todo mi cuerpo amenazaba con explotar.

- Aquí vamos.

No sobreviviré a esto- pensé mientras el avión comenzaba a carretear por la pista.

Y allí fuimos. El avión aceleró y aceleró hasta que el tren de aterrizaje se despegó del suelo.

De ser por mí, de no estar en compañía de Meden, habría soltado un grito de descarga.

La fuerza y el ángulo de vuelto me aplastaron contra mi asiento, pero en ningún momento, Meden soltó mi mano, siquiera aflojó el agarre.

No fue tan malo. Tuve miedo sí; fue excitante, igual que pasar el rato junto a él. Ambas cosas eran susceptibles de terminar en desastre; me limité a esperar lo mejor.

Un rato más tarde, cuando el avión recuperó la horizontalidad, Meden soltó mi mano; podíamos quitarnos los cinturones de seguridad.

La asistenta de vuelto nos trajo unas copas de champagne y algo para comer, la cena, según me explicó mi anfitrión, sería servida un rato más tarde.

Conversamos un poco sobre el avión, sobre el vuelo y otras tonterías, y luego Meden se retiró al sector de oficina excusándose por tener mucho trabajo. Yo aproveché la oportunidad para ocuparme del mío.

Recuperé mi mochila y extrayendo el cuaderno de notas, me dispuse a actualizar el material con el contenido de mis últimas conversaciones.

Mientras él se ocupaba de lo suyo, frente a la laptop de Apple que desplegó sobre el escritorio supe que contábamos con servicio de internet, divertida por la experiencia, saqué mi iPod y desde las alturas, envié un mensaje a mi padre y otro a Valeria. Incluso le escribí unas cuantas palabras a mi jefe, luego puse algo de música y entregué mi mente a los movimientos de mi mano derecha sobre el papel.

- **Esperaba que durante la cena**, me acribillase a preguntas otra vez. Su voz sonó mansa y afable. La intensidad de las luces dentro de la cabina había descendido, el avioncito en la pantalla indicaba la dirección en la que viajábamos. Al otro lado de la ventanilla, el cielo azul derrochaba estrellas. Sí, de hecho me mantuve bastante silenciosa durante la cena, simplemente me permití disfrutar de la buena comida y de experiencia, cuántas otras veces en mi vida, tendría la oportunidad de vivir algo así. Esto era lo más parecido, en términos de realidad, a vivir el cuento de Cenicienta. Él no era mi príncipe azul sino mi príncipe de ojos azules, y bueno, en realidad siquiera era mío.
- No lo acribillo con preguntas, Señor Meden. Además, se supone que vine con usted para trabajar, hacer preguntas forma parte del trabajo.
- Sí, antes de cenar trabajó usted afanosamente. Escribe a una velocidad impresionante.
- Prefiero escribir en el teclado de mi computadora, ni modo, no podía traerla conmigo.
- Claro, cierto. Tengo que conseguirle una portátil, casi lo olvidaba. Negué con la cabeza. - No es necesario.
- Entonces- soltó un largo suspiro ignorando mis palabras-, ¿el trabajo va bien?
- Asentí con la cabeza. - Aunque recién empiezo.
- Meden puso los ojos en blanco. - ¿Recién?- inquirió poniendo una cara todavía más teatral que la anterior. Sin duda este Meden que tenía en frente ahora mismo, no se parecía en nada con el que conocí una semana atrás.
- Si me permite acribillarlo con preguntas terminaré más rápido.
- ¿Qué sigue en su cuestionario?
- Bien...- lo medité un momento, en realidad no sabía por dónde seguir. Tardé un momento en llegar a mi siguiente pregunta y cuando se generó dentro de mi cabeza, me sentí torpe, cómo no lo pregunté antes-: sabe qué, no sé dónde nació usted.
- ¿No? Me cuesta creer que no lo leyera en internet.
- No volví a buscar más información sobre usted en internet, no me pareció ni ético ni coherente.
- Nací en Argentina.
- ¿A sí?
- En Misiones.

- ¿Sí?- el dato me pareció como mínimo, curioso-. Sus padres vivían allí por ese entonces o...- Meden me interrumpió.

- ¿No lo sabe?

- ¿Qué cosa?

- Soy adoptado, Señorita Lafond.

Me quedé de piedra, el detalle causó un profundo efecto sobre mí. Al instante me cerré por completo negándome a caer en una espiral de malos recuerdos y dolores.

- No... no lo sabía.

- Mi padre llevaba varios meses en Argentina, un viaje de negocios. Mi madre vino de visita y fueron a ver las Cataratas del Iguazú. Ellos llevaban un buen tiempo intentando formar una familia.

- Entiendo.

- Mis padres me compraron.

- ¿Cómo?

- Me compraron- repitió con suma tranquilidad.

- ¿Cómo lo sabe, ellos se lo confesaron o...?

- Los investigué- soltó ahora con una frialdad que borró de un plumazo la impresión anterior que tuve de él. Otra vez, plantado frente a mí, se encontraba el Meden del que todos hablaban.

- ¡¿Qué?!-. ¿Cómo había podido investigar a sus padres? ¡¿Por qué?! Sin duda eso no era algo que todos los hijos hicieran.

- Sí, cuando tuve el dinero y la posición necesarios para mantener mi pasado en privado, investigué mi proceso de adopción.

- ¿Está seguro?

Asintió con la cabeza. Sus ojos se habían convertido en dos témpanos de hielo.

- ¿Ellos saben que usted lo sabe?

- En efecto, sí.

- ¿Y qué dijeron cuando se los confesó? ¿Cómo reaccionaron?

Se encogió de hombros en un gesto sumamente infantil. - Nada pasó.

- ¿Cómo que nada pasó?- no lograba salir de mi asombro-. ¿Ellos no...no dijeron nada?

- No había mucho para decir.

- ¿No habla del pasado con sus padres?

- ¿Qué caso tiene?

- ¿Cómo le hace sentir eso?

- Mi relación con ellos siempre fue así, Señorita Lafond.

Admito que ante su mirada, se me partió el corazón, lo noté solo, igual que si estuviese en un mundo del cual era el único habitante. Su soledad era palpable.

- ¿Así?- sacudí la cabeza-. No- empecé de nuevo-, lo que en realidad quería decir es que si no habla con ellos de lo que siente.

- Nuestra relación no es de ese tipo, creí que lo entendía.

- Son tus padres- dije tuteándolo por primera vez; no lo hice conscientemente, simplemente se me escapó, quería que entendiese que me tenía cerca si quería.

- Sí, lo son.

- Entonces no les cuentas...no hablas con ellos sobre lo que sientes.

- ¿Usted le cuenta a sus padres todo lo que siente?

Incomoda me removí sobre mi asiento, de repente ya no se me antojaba seguir hablando.

- Mi madre murió cuando tenía once años.

Félix Meden me contempló en silencio. No hubo ni un lo siento, ni un ¿de qué murió?, o ¿qué fue de ti cuando eso pasó?

- Tengo a mi padre; él es un tanto reacio a conversar sobre...- continué diciendo para reponerme de su gélido silencio- ...esas cosas-. Igual que alguien a quien conocí recientemente, alguien que tengo en frente en este instante- pensé-. Imagino que no desea que esto último vaya en la biografía.

Meden negó con la cabeza. - Por supuesto que no, mis padres compraron un niño, eso no es legal. Me hicieron un favor a mí y supongo que también a mis padres biológicos, aun así, no deja de ser un delito.

- ¿Conoce a sus verdaderos padres?

Su respuesta llegó en un movimiento de cabeza.

- ¿Desea conocerlos algún día?

- No lo creo.

- Es...es...- me faltaban las palabras y me sobraban las ganas de abrazarlo. Se me habían llenado de lágrimas los ojos-. ¿Por qué me lo contó?

No obtuve más respuesta que una mirada suya.

- ¿Quién más lo sabe?

- Mis padres, usted y yo.

El mundo se estremeció a mi alrededor.

- Y por supuesto quienes hicieron la investigación.

- Señor Meden yo...

- Lo último que quiero es que sienta pena por mí, Señorita Lafond.

La garganta se me cerró.

- Yo no...

- ¿Cuál es su siguiente pregunta?- me ladró en un tono áspero y poco amistoso. No se me ocurría ninguna por lo que recurrí a mi cuaderno de anotaciones remitiéndome a lo que podían denominarse como datos técnicos. Ahondé en su educación, le pregunté por sus abuelos, por el resto de su familia. Resultó que nunca había sido demasiado apegado a sus abuelos (su abuela materna aún vivía y era una señora de noventa años, toda una Lady que según me contó, se parecía mucho a la reina de Inglaterra, al menos en sus modos).

También me enteré de que tenía más de una docena de primos con los que tenía poca o ninguna relación, los cuales se encontraban dispersos por todo el mundo, solamente unos pocos vivían entre Londres y el resto de Europa. Uno de ellos vivía en Dubái, otro en las islas Caimán, uno en Miami, otro en Japón y por ahí iba la cosa.

Terminé de completar los datos sobre su educación, sobre sus empresas, de las cuales parecía él, capaz de hablar infinitamente, y luego, comencé a bostezar.

- ¿La aburro?

Anoté el último cero al final de la desorbitante cifra que me entregó; era el monto del capital de una empresa naviera en la que llevaba invirtiendo desde los últimos dos meses. Hablar de números con Meden hacía que perdiese por completo la perspectiva del valor del dinero. Todavía continuaba pareciéndome increíble que un hombre tan joven tuviese una fortuna tan grande. Cuando me confesó lo que había pagado por el avión en el que viajábamos en este instante no hice más que imaginar lo imposible que le resultaba a cualquier ser humano, común y corriente, especular con llegar a acumular esa cantidad de dinero. Era simplemente imposible.

- Los números no son lo mío, Señor Meden.

- No lo afirmaré con tanta seguridad, de cualquier modo, prefiero sus letras. Y hablando de eso, cómo hace para entender lo que escribe- se burló asomándose para espiar las hojas de mi cuaderno.

- Aprendí a descifrarla. Además como le dije, prefiero escribir en mi computadora.

- No dije que su letra sea fea, solamente que debería escribir con más calma y con una letra que permita que los demás la entiendan.

- Son anotaciones para mí, Señor Meden, no para el público en general.

- Pues a mí me gustaría leerlas.

- Cuando las pase a un archivo de la computadora será.

- ¿Entonces no me permitirá leer lo que escribió sobre mí, hasta que esté hecho?

- De cualquier modo, usted tendrá siempre la última palabra.

Hubo un par de segundos de silencio y luego él continuó.

- Duerma un rato, yo tengo que seguir trabajando y además no tengo sueño-. Me sonrió-. La cama está libre y es comfortable.

- No creo que pueda conciliar el sueño a miles de metros de altura.

- ¿Qué mejor que dormir en las nubes?

Sus palabras fueron acompañadas por una gran sonrisa.

- De verdad no quiere dormir, le vendría bien.

- ¿Es esa una invitación para que la acompañe en la cama?

La sonrisa pícaro con que articuló aquello me desarmó por completo. ¡Sí!- grité dentro de mi cabeza.

- Por desgracia tengo mucho trabajo que hacer. Adelántese y duerma un poco; me acomodaré aquí cuando termine de trabajar.

- Es su avión.

- Y por eso le sedo mi cama.

Me ruboricé todavía más.

- Gracias-. Comencé a guardar las cosas dentro de mi mochila.

- No hay por qué.

Me puse de pie y él se levantó conmigo, prueba de que podía comportarse como todo un caballero cuando se ponía a ello.

- Adelante, descanse, siéntase como en su casa-. Con su mano izquierda señaló la puerta del cuarto-. Que descanse.

Me colgué la mochila del hombro.

- Buenas noches, Señor Meden.

- Buenas noches, Señorita Lafond.

No diré que en cuanto cerré la puerta del cuarto, me relajé; fue algo que sucedió poco a poco. Dejé mi mochila sobre la cama y fui al baño. Me lavé la cara y los dientes, y de regreso al cuarto, me senté en la cama y me quité las zapatillas.

Así, con jeans y todo, me tendí en la cama la cual por cierto, sí era comfortable, en especial las almohadas. Olían rico, como a vainilla y a limpio. Luego de buscar por un rato, los interruptores, los descubrí y bajé las luces



casi hasta el mínimo.

Me acurruqué envolviéndome en una manta extra que había a los pies de la cama.

Ni me di cuenta de que me quedaba dormida.

- Buen día-. El saludo de Meden me llegó con más entusiasmo del que yo era capaz de demostrar.

Era yo quien había dormido en la cama, por exactamente siete horas y media, pero él quien se veía fresco y renovado. En mi defensa debo decir que pasé una noche horrible, plagada de pesadillas y de sueños locos que no tuvieron otro efecto que recordarme que la realidad se encontraba muy lejos de lo que yo deseaba.

Soñar que Meden me acompañaba en la cama, que me abrazaba y que me contaba todo lo que sentía, no era precisamente agradable cuando al abrir los ojos, recordaba que él era el hombre de otra mujer y que las cosas que me contaba me las decía porque era la encargada de escribir su biografía. Bien, en realidad lo de aquel detalle de que sus padres habían pagado por él al momento de su adopción era la excepción de la regla, ni siquiera su prometida lo sabía; ¿significaría eso algo?

- Buen día.

Me refregué los ojos con ambas manos. Así, con la visión más clara detecté que sobre la mesa, descansaba una hermosa bandeja con un desayuno de reyes.

- Su desayuno la espera- dijo indicándome la mesa.

Me percaté de que esta mañana lucía otro traje, otra camisa y que en su rostro no había ni rastro de barba. ¿Habría entrado al cuarto a cambiarse o se habría cambiado en el otro baño? Su equipaje estaba atrás con el resto. ¿Me habría visto dormir? Lo único que me faltaba para sentirme todavía más cohibida frente a él, era que me hubiese visto babear la almohada o roncar.

- Durmió vestida- soltó de sopetón mientras tomaba asiento frente a mi desayuno.

Fue como si me topase con un alfiler sobre la butaca. Por poco y me tiro todo encima.

- No hubiese sido mejor que al menos se quitase los jeans.

Tragué en seco.

- Es que durante la noche perdió la lengua.

Negué con la cabeza.

- Siquiera me percaté de que me dormía.

- ¿Es que cayó desmayada sobre la cama?

Me sentí de lo más tonta.

Meden ocupó el mismo lugar que utilizó durante el despegue.

- Puede darse una ducha luego de desayunar. Tomé una y me siento como nuevo.

Me quedé de piedra, entonces sí había entrado en el cuarto. El otro baño no tenía ducha.

Sin perder el humor, Meden quitó la campana de plata que cubría el plato. Me encontré con huevos revueltos, unas fetas de algo que parecía jamón cocido y unos cubos de queso.

- Buen provecho-. Posó la campana a un lado.

Yo me mantuve quieta, solamente imaginando que sí me había visto y que lo había tenido en la ducha, a menos de dos metros de distancia. Eso me quitaba el aliento.

- ¿Todavía duerme?- curioso se regresándome a la realidad.

Negué con la cabeza.

- Por lo visto no me equivoqué al creer que dormía usted plácidamente. Se la veía muy tranquila- otra vez me dedicó una sonrisa entre pícaro y enigmática-. Me gustaría poder dormir así.

No pude decir nada.

- ¿Sin apetito?

Además de estar loca por él, no tenía idea de lo que sentía.

Meden tomó la cafetera y me sirvió. Únicamente entonces reparé en que la puerta que daba hacia la siguiente zona, se encontraba cerrada.

- No sé cómo puede beber esto, pero según me aseguran, éste es el mejor café que se puede encontrar. ¿Lo tomará con leche?

- No, mejor así solo.

- Claro. Vamos, coma algo, está demasiado delgada.

Ese último comentario suyo, no ayudó demasiado. ¿Había notado eso en mí?

Que se hubiese fijado en mi cuerpo me provocó un estremecimiento que comenzó en mis tripas y murió en mi coronilla y en las puntas de los dedos de mis pies.

Incluso con la garganta cerrada, comencé a comer.

- Eso es; quiero ese plato limpio.

- ¿Usted ya comió?

- Sí, hace un buen rato.
- No se haga ilusiones, Señor Meden, no suelo desayunar en esta forma.
- Usted no se haga ilusiones, no suelo permitir que la gente me diga que no a nada.
- No soy “la gente”, Señor Meden, soy Gabriela Lafond y usted todavía no me conoce bien- entoné medio en broma, medio en serio.
- ¿A sí?

Asentí con la cabeza mientras degustaba un bocado de los huevos revueltos los cuales estaban exquisitos. Si comía así por una semana regresaría a casa con cinco kilos más.

- Ok, parece que ahora sí despertó usted. Ya la extrañaba.

Eso me arrancó una sonrisa.

- Mejor así.

Llamaron a la puerta.

- *Yes?*

- *It's me Sr-*. Mike asomó la cabeza.

- ¿Qué sucede?

Mike reparó en mí y entonces me dio los buenos días.

- Dorling me pidió que le avisara que pueden pasar cuando quieran.

- Muy bien, Spencer.

- Señor.

La puerta se cerró otra vez.

- ¿Qué fue eso?- curioseé no muy segura de si obtendría una respuesta o no, decididamente me metía donde nadie me llamaba.

- Volaré un rato y usted me acompañará.

- ¿Cómo?- logré articular luego de beber un sorbo de café.

- Tengo licencia para volar aviones, recuerda, y eso incluye este avión. Lo volaré un rato y usted me acompañará en el *cockpit*. Y no me dirá que no- acotó a modo de advertencia-. No se preocupe, primero permitiré que termine con su desayuno y que se duche.

Y eso mismo fue lo que hice, para luego tener la oportunidad de verlo pilotar esta grandiosa nave en nuestro acercamiento a Europa, incluso tuve la oportunidad de acomodarme por un rato, en el asiento del copiloto mientras éste y el verdadero capitán de la aeronave bebían un café acompañándonos con buena conversación parte en inglés, parte en castellano, otro poco en italiano y en portugués.

Meden en su puesto, se soltó por completo, permitiéndose ser un hombre joven

como cualquier otro, distendido, libre, sin tantas presiones, sin aquella mirada gélida que invadía sus ojos cada vez que conversábamos sobre asuntos serios, cada vez que intentaba ponerlo en contacto con su humanidad, cada vez que intentaba un movimiento para conocerlo un poco más.

Fue una media hora increíblemente gloriosa.

Luego de eso, regresamos a nuestra zona, él a su laptop, yo a mis anotaciones. El tiempo que tardamos en llegar a Londres se pasó, literalmente, volando.

En Londres nos recibió un atardecer gris y frío. Lloviznaba y el aire tenía un color entre el gris y el canela.

Con total calma, me permití absorber todos aquellos nuevos aromas de este país. Me sentía en la gloria; sí, había imaginado con viajar algún día, pero a decir verdad, jamás creí que ese sueño fuese a convertirse en realidad, no al menos en un futuro cercano. ¡Y esto estaba sucediendo en realidad! No era un sueño ni producto de mi alocada imaginación. Es más, la situación se fue tornando cada vez más real a medida que las cosas sucedían: pisar el suelo de la pista, escuchar hablar al personal del aeropuerto e incluso a Meden en con su sexi acento, entrar a la terminal, pasar por migraciones, recorrer los pasillos del London City *airport*; más impresionante salir al exterior y encontrarse con un mundo completamente distinto. Prácticamente, sin que me diese cuenta de cómo o cuándo sucedían las cosas, acabé montada en un automóvil increíble, sentada a la izquierda de Meden, con Mike al volante y otro automóvil pisándonos los talones, en que viajaban los otros dos guardaespaldas y todo el nuestro equipaje. Aquí dentro olía al cuero de las butacas, a nuevo, pero por sobre todo, al exquisito aroma que emanaba del cuerpo de Meden.

Sé que la estúpida sonrisa que sentía estampada en mi rostro debía darme un aspecto bastante tonto, no podía hacer nada para evitar sentir que me escapaba de mi propio cuerpo de pura felicidad.

Reconocí paisajes y edificios que me dejaron boquiabierta; Meden no reaccionó a ninguno de estos, presupongo porque esta era su ciudad, había crecido aquí; si reaccionó a mi aliento entrecortado de la emoción, en varias ocasiones. En realidad, su reacción: esplendidas sonrisas de brillantes ojos azules, no hicieron más que empeorar mi estado. Apenas si lograba quedarme quieta sobre mi lugar.

No supe hacia dónde nos dirigíamos hasta que Meden lo anunció: Kensington Gate. El nombre puede no decir mucho, mas sí gritaron, y muy claro, en un idioma universal, el del dinero, las propiedades a cada lado de la calle. Las fachadas eran simplemente espléndidas, despampanantes. Blancas pulcras. Lujosas casas de un mundo de ensueño.

Mi pulso se aceleró una vez más, cuando Meden, pasando un brazo por delante de mi rostro, señaló con su mano una propiedad: su casa, mejor dicho, su pequeña mansión, una de las pocas propiedades frente a un angosto, largo y espléndido parque con vegetación perfectamente podada y flores impecables que daban la impresión de ser sintéticas puesto a que no presentaban daño alguno frente a las inclemencias de la estación.

Mike rodeó el parque mientras Meden me preguntaba si me agradaba el lugar. Con una enorme sonrisa contesté que sí; su reacción a mi respuesta no fue más que una sucesión de rápidos parpadeos y luego su celular comenzó a sonar. Nos detuvimos justo frente a la puerta de entrada.

Antes de que tuviese tiempo de nada, Mike bajó y vino a abrirme la puerta. Mi ridícula sonrisa de fascinación le hizo dedicarme un guiño de complicidad que Meden se perdió por seguir colgado a su maldito teléfono, el cual ya tenía ganas de volar por los aires (ese aparato y su laptop comenzaban a granjearse todo mi odio).

En ese preciso instante, el otro automóvil, se coló por un espacio a la derecha de la propiedad, entre la casa misma y los árboles y arbustos que crecían al final de la calle, por encima de los cuales asomaban las fachadas de ladrillos y tejas de la calle al otro lado.

Con cuidado, y sin perderme de detalle alguno, ascendí con la mirada por los cinco pisos de la impresionante fachada de estuco blanco. La entrada con su pórtico soportado por columnas jónicas; sus balcones y terrazas con balaustradas, el trabajo y detalle del frente en general, la zona enrejada a un lado de la escalinata de entrada, con sus plantas en flor, el farol a unos pasos. A la derecha de la entrada había otro acceso con una escalera que descendía hacia el piso inferior que quedaba la mitad por debajo del nivel de la calle. En el interior había luces encendidas y gracias a éstas, se adivinaba amplios espacios claros y luminosos, igualmente elegantes.

La puerta de entrada de la magnífica mansión se abrió, apareció una mujer de unos cuarenta años ataviada con un rígido traje azul y zapatos que parecían ortopédicos. Llevaba su cabello, de un rubio pajizo, sujeto con un mono en la nuca. Apenas si tenía unas pocas marcas de expresión alrededor de sus claros

ojos celestes; lo que más me llamó la atención en ella, fue la paz que emanaba de su mirada.

- Mrs. Smith- entonó Meden guardando su teléfono.

- *Welcome home, Mr. Meden.*

- *How is everything?*

- *Fine, Sr. I take care of everything you request.*

- *The house looks great as always.*

Eso fue lo más cercano a un elogio que le escuché pronunciar.

- *I'm glad to hear that, Sr.*

- *I would like to introduce you to someone-* Meden extendió su brazo izquierdo hacia mí-. *Mss. Smith, this is Gabriela Lafond; she is writing a book about me.* Señorita Lafond, le presento a la Señora Smith, quien cuida de mis propiedades en la ciudad.

- ¿Sus propiedades?

- Para serle sincero, no me hospedo seguido en esta casa, es más que nada una casa para una familia.

- Bueno usted está a punto de...- comencé a decir insinuando su reciente compromiso; no me dejó terminar.

- Jessica no conoce la existencia de esta casa.

- ¿No?

- El asunto es que tengo otros dos departamentos en la ciudad y una casa de campo en las afueras.

Y así, Meden decreto por terminada esa conversación, sin embargo, yo no dejé el asunto allí, su falta de respuesta y lo poco que dijo, me daba suficiente tela que cortar. Cada vez me resultaba más falso su compromiso. Bueno, quizá en realidad quisiese convencerme de que así era. En realidad no tenía pruebas concretas con las que apoyar mi hipótesis. Qué sabía yo de a quién amaba o no el reservado Señor Meden, es más, puede que la casa fuese una sorpresa para su prometida y yo solamente imaginaba locuras.

- *Is a pleasure, Mss. Smith.*

- *The pleasure is mine, Mss. Lafond-*. Entonó con su fuerte acento inglés.

- No dude pedirle cualquier cosa que necesite; la Señora Smith es terriblemente eficiente.

Su comentario me arrancó una sonrisa.

- ¿Qué es tan gracioso?- me preguntó, por suerte, no enojado, si no, verdaderamente intrigado.

- Bueno, usted...pero no es que sea gracioso, es más bien que...

- ¿Qué?- me increpó abriendo de par en par, sus maravillosos ojos azules.  
- Es usted tan...tan recto- se me escapó una carcajada, en este mismísimo instante él tenía la espalda rígida, los hombros perfectamente cuadrados, su pecho y frente en alto y sus piernas tensas, imaginaba que incluso los músculos de su abdomen estaban tirantes y duros. Bueno, mejor no pensar en eso, el asunto es que el único síntoma de humanidad en su organismo eran dos finas arrugas en su entrecejo, las cuales yo acababa de provocar.

- ¿Recto?

- Rígido.

- ¿Se burla de mí?- soltó sin rastro de sentirse ofendido, para mi suerte, Mike y la Señora Smith se dirigían hacia la casa. Uno de los hombres de seguridad, vigilaba la esquina mientras el otro, descargaba el equipaje ayudado por un hombre de overol azul que había salido de la parte posterior de la propiedad.

- No, señor Meden, es que por momentos usted se comporta como un hombre mucho mayor.

- ¿Por ser educado?

- No, por supuesto que no, usted es todo un caballero y eso es sumamente agradable.

Las cejas de Meden treparon por su frente.

Carraspeó.

- Bueno, en realidad usted no siempre...a veces no le haría mal decir “por favor” y “gracias” y...- los ojos de Meden se abrieron todavía más. Yo empeoraba cada vez más las cosas con mis mal habidos discursos.

- ¿Se da cuenta de lo que acaba de decir?

- ¿Estoy despedida?-. Me sentí empujarse. Esto era todo, me mandaría de regreso al aeropuerto y de allí directo a Buenos Aires. Mentalmente me di un buen golpe, a ver si así aprendía a mantener la boca cerrada. Yo y mala costumbre de mantener la boca cerrada cuando debía de decir algo y excesivamente abierta cuando lo mejor era callar.

- Lo que usted dice es que puedo ser un caballero... también alguien muy maleducado. ¿Entendí bien?

- Yo...

- Me gustaría ver cómo se comportaría usted de ocupar mi posición- entonó serio-. Supongo que acompañarme de cerca por unos días le ayudará a comprender por qué me comporto en el modo en que me comporto. No se puede tratar a todos como amigos ni como familia, Señorita Lafond.

- Entiendo que no.

- No, no lo entiende-. Sus ojos se endurecieron-. Mi vida no es sencilla y nadie jamás me regaló nada. Lo que tengo, lo que he logrado fue a base de mucho esfuerzo y trabajo. Sí cree que mis padres me regalaron todo, que pusieron todo el dinero del mundo a mis pies, se equivoca.

- Yo no...

- Usted no sabe nada de mí.

Y así se cerró por completo.

- Disculpe-. Un montón de lágrimas se acumularon en mi garganta. Meden sabía cómo destrozarse psíquicamente a cualquiera que le hiciese frente.

- No pienso disculparla por crear en su mente, una idea errónea de quién soy y de por qué soy así. A cualquier otra persona se lo puedo pasar por alto, no a usted. La creía más inteligente que eso. Sinceramente no pensé que se dejaría llevar por las apariencias.

- ¿Apariencias? Señor Meden...

- Lo único que le voy a pedir es que no lllore, no lo soportaría. Por lo demás, olvídalo, ya tendrá usted oportunidad de comprender, o al menos me conformaría con que usted se limite a ser al medianamente capaz de plasmar con palabras, lo que significa llevar una vida cómo la mía, sin caer en burdos prejuicios y tontos estereotipos. Los mismos estereotipos que todo el mundo usa para encasillarme.

- Señor Meden, no creo...- una primera lágrima se despeñó de mi ojo derecho.

- Todavía creo en usted, no me decepcione. Ahora por favor, no lllore más, me provoca dolor de cabeza y no puedo tener dolor de cabeza, tengo mucho trabajo que hacer.

- Lo siento.

Meden no prestó atención a mis palabras. Con un grito, llamó a Mike, juntos, se alejaron en dirección hacia el acceso lateral. Fue entonces cuando la Señora Smith, llegó a mí.

- *Let me guide you inside, Mss. Lafond. I will show you your room.*

A través de las lágrimas, admiré el interior de la propiedad.

Ni bien atravesé la puerta negra, me encontré en un pequeño hall que se me separaba del resto de la casa, por unas puertas de doble hoja, blancas y de vidrio repartido. Sobre mi cabeza pendía una delicada lámpara de cristal antigua, antiguo también era el piso de madera, y la mesa de bronce y mármol sobre la que descansaba un majestuoso florero de cristal con toda una variedad de campanillas entre blancas, rosas y lilas. Había cuadros, un espejo, un busto de mármol y un reloj de pie con un péndulo de bronce que iba y



venía, provocando un armonioso tic-tac al que mi corazón perturbado por las emociones de un momento atrás, deseó emular para encontrar algo de paz y serenidad.

La Señora Smith abrió las puertas para mí. Ingresamos así en un hall de distribución.

A mi derecha había una ventana por la que se veía el costado de la casa, el automóvil estacionado y al hombre de overol azul, no alcancé a ver a Meden desde allí.

Ni bien terminaba la ventana comenzaba una escalera de hierro y madera, de escalones alfombrados en beige.

A la izquierda, más allá de una amplia arcada blanca, se abría un espacioso living de altos techos, un ventanal igual de alto con cortinas que arrastraban por el piso de madera, y un hogar con fuego encendido. Una gran lámpara de cristal, colgaba del techo y otros dos apliques, le daban brillo a la pared uno a cada lado del hogar. Había sillones, mesas, muchos cuadros, velas, flores, adornos por doquier. El espacio en general tenía un aspecto increíblemente acogedor; esperaba que en cualquier momento, bajasen corriendo por la escalera, un montón de niños y una pareja de padres enamorados y felices. De eso tenía cara esta casa; no la de un hombre que podía comportarse igual que un tempano de hielo sin demasiado esfuerzo.

Empujé aquella idea a un lado y me concentré en intentar asimilar que esto también era parte de Meden y que en realidad, tal como me dijo, debía dejar de pensar en lo que se suponía que debía esperar de él, para concentrarme en las muestras que me daba, en lo que su vida era en realidad.

Cansada y algo atribulada, sentí necesidad de sacarme las zapatillas y plantarme sobre la mullida alfombra persa, a pocos metros del hogar, e incluso, acurrucarme con una gran taza de café, entre los almohadones de uno de los tantos sillones.

Asomando un poco la cabeza dentro de aquel espacio comprobé que más allá del living, también separado por una arcada, había un gran comedor de pálidas paredes de un gris porcelana.

*- Over there are the kitchen and the other dining room and the tv room. And that door is a toilet. Your bedroom is on the first floor. Mr. Meden sleeps on the second floor. Please Madam, over here.*

Tragándome las lágrimas que me quedaban, seguí a la mujer hasta el primer piso.

La que sería mi habitación por los próximos días era enorme, luminosa. En

cuanto pisé la alfombra me sentí en las nubes.

La cama era hermosa, gigantesca, cubierta con un edredón blanco y un centenar de almohadones que variaban en los tonos del lavanda, desde el más oscuro hasta el casi blanco. El mobiliario muy moderno y de muy buen gusto. Había ramos de flores por todos lados, sobre las mesitas de apoyo contra la pared, en la pequeña mesita entre los dos sillones a un lado de la habitación. Había un par de cuadros, un gran espejo apoyado sobre el piso. Aquí adentro, para mi sorpresa, olía igual que Meden y eso hizo que se me pusiese la piel de gallina.

Con la ansiedad a flor de piel, el aroma a Meden me ponía así, la Señora Smith me mostró mi vestidor y finalmente el baño el cual me dejó boquiabierto por ser del tamaño, o todavía más grande que mi habitación en Buenos Aires. El baño daba a la parte posterior de la casa y por la amplia ventana al fondo, se divisaban las copas de los árboles.

Paredes recubiertas en boiserie desde el piso hasta la mitad de altura, el resto de un pacífico beige; muy buena iluminación; a mi derecha una bañera de estilo antiguo, de porcelana y con patas de bronce, al otro lado, todo un mueble de madera, con dos bachas empotradas en una amplia superficie de mármol sobre la cual estaban desplegados un montón de productos femeninos. Champo, crema de enjuague, maquillajes, cremas, algodones, incluso pasta de dientes, un cepillo de dientes eléctrico, un secador de cabello, cepillos, peines... de todo. En la pared, de unos ganchos, colgaban dos mullidas batas blancas, en otro mueble, una pila de toallas igualmente esponjosas, toallas también había en un calentador empotrado en la pared a los pies de la bañera. En otro sector del baño, una ducha con paredes de cristal.

Las piernas me temblaron cuando descubrí que aquí, el olor a Meden se sentía todavía más concentrado.

Entre agradecimientos y unas pocas palabras de una conversación muy básica en inglés, de mi parte, despedí a la Señora Smith para correr de vuelta al baño, moría por saber de dónde emanaba el glorioso aroma.

No me costó mucho encontrar la fuente de tan delicioso perfume, de hecho, la hallé a un lado de la bacha alrededor de la cual se encontraban los maquillajes de Mac y las cremas de una marca que solamente había visto en publicidades de revistas como Vogue.

Era un pequeño jaboncito de forma cuadrada, blanco y con una inscripción en relieve.

*Savon de Marseille*  
*Bonne Mère*  
*L'Occitane*

El jabón todavía se encontraba dentro de su empaque plástico, aún así, emanaba ese delicioso aroma. Le di la vuelta y leí: era de tilo. Extasiada, me lo llevé a la nariz e inspiré hondo. Mi cabeza dio vueltas y más vueltas a causa, y de la confusión que en mí causaba este hombre que no alcanzaba a comprender, un hombre que podía ser extremadamente frío o dulce, que tenía una casa perfecta para una familia pero que por lo visto, siquiera se atrevía a hablar de la que estaba a punto de formar. Un hombre distante que por momentos, me daba la sensación, deseaba no serlo tanto, alguien seriamente dolido, aunque no quisiese admitirlo, dolido por su pasado y por cosas de las que no deseaba hablar, un hombre solo rodeado de una multitud de personas que dependían de él y de su capacidad para sus negocios. Un hombre al que le sobraba el dinero pero para quien el dinero, bien podía no significar nada, no valer nada. Un hombre que necesitaba ser bueno en lo suyo, un hombre que se jactaba de no necesitar de la aprobación de nadie cuando sin embargo, a mi modo de ver las cosas, se moría por ser comprendido, por tener el apoyo de los demás.

Un hombre rígido que se bañaba con jabón de tilo.

Al pensar en aquello último una sonrisa se dibujó en mis labios.

El mismo hombre que se decepcionó cuando di por sentado que era un cubo de hielo cuando evidentemente era mucho más sensible que muchos otros hombres.

**9.**

**Me encontraba en el baño,** inspirando profundo aquel delicioso aroma, cuando llamaron a mi puerta.

- ¿Señorita Lafond?

Esa era la voz del portador de tan delicioso aroma.

Corrí desde el baño para encontrarme con él, y para descubrir que no venía sólo, Mike lo acompañaba cargando mi valija.

- ¿Encontró todo en orden? ¿Necesita algo?

En él no quedaba rastro de la parquedad de la cual hizo gala en la calle cuando le cuestioné sobre su comportamiento, tampoco me pareció que tuviese aquel dolor de cabeza que auguró que le daría.

- Sí..., no, todo está perfecto, Señor Meden, muchas gracias.

Mike pasó por detrás de mí para depositar mi equipaje a los pies de la cama, luego de que le agradeciera, salió de la habitación dejándonos solos.

- Sé que tenemos mucho de lo que hablar, lamentablemente el trabajo me espera: un par de visitas de rigor con las que debo cumplir- me explicó amenazando con sonreír-. Si es que no se siente demasiado cansada, podríamos cenar juntos.

- Será un placer, Señor Meden- conteste mientras absorbía, muy de apoco, lo que la ocasión representaba para mí-. No se preocupe por mí, supongo que encontraré con qué entretenerme mientras usted trabaja, de hecho tengo algunas notas que repasar y...- sus ojos, observándome fijamente, me obligaron a detenerme. Nerviosa, me mordí el labio inferior hasta casi sacarme sangre-. Sé que usted no quiere que me disculpe por...

- No diga una palabra más, yo...a veces... no quiero que me juzgue antes de conocerme.

- Lo lamento Señor Meden, no fue mi intención, es que usted en ocasiones...

- Soy completamente consciente de que soy una persona difícil.

- No creo que sea difícil, se hace el difícil.

Mi comentario le arrancó una sonrisa tal, que me dieron ganas de comérmelo a besos.

- Eso...

- Entiendo que no debe ser nada sencillo cargar con las responsabilidades que usted carga, sobre todo, siendo tan joven. Lo que consiguió...entiendo que trabaja duro, que se ha convertido en un hombre de negocios de reputación mundial y que... Lo que quiero decir es que usted no es...

- Lo repito: no me conoce.

- ¿Me permitirá conocerlo? Es que cada vez que intento saber qué piensa, usted se cierra por completo, y tiene todo el derecho del mundo en cerrarse; la verdad es que no sé qué se supone que escriba sobre usted si no me permite

entrar en su mundo, Señor Meden.

- Realmente no querrías entrar en mi mundo- entonó en un tono muy serio, tuteándome por primera vez.

- Es por eso que acepté este trabajo-. El corazón me daba de patadas contra las costillas debido a la intensidad del momento.

Meden apretó los labios. Sus ojos continuaban fijos en mí, ninguno de los dos parpadeaba.

- Mis compromisos me esperan- miró su reloj- y voy con retardo.

Continuaremos esta conversación en la noche, si le parece bien.

- Claro, no hay problema.

- Deje sus notas para otro momento, por qué no sale y ve la ciudad, desearía poder acompañarla y mostrarle los sitios de interés, pero lamentablemente.

Mike la acompañará, le pedí que tenga el auto listo.

- Trabaja demasiado- le dije sonriéndole, sintiéndome un poco más cerca de él y de su mundo.

- Sí, pero hago lo que me gusta y eso es lo más importante.

- Bueno, también debería aprender a disfrutar de otras cosas... por ejemplo, pasear por la ciudad.

- Necesitaré alguien que me enseñe.
  - No sé si soy buena maestra... puedo intentarlo.
  - Le tomo la palabra. ¿Me costará extra?
  - No señor Meden, le daré clases gratis.
  - No debería, todo en este mundo, tiene un precio.
  - Sí, puede ser, pero creo que lo que usted no entiende, es que ese precio, no siempre es dinero o bienes materiales.
  - *Touché*-. Inspiró hondo-. ¿Le cuento un secreto?- se me acercó ligeramente-. Habría preferido que me pidiese usted un millón de dólares- me susurró casi al oído y luego así, sin más, súbitamente, se alejó, dejándome ingravida y sin sustento-. La veo más tarde- dijo dando la media vuelta para enfilar en dirección a la puerta.
- Aquello me dejó boquiabierto.
- Félix Meden abandonó mi cuarto cerrando la puerta detrás de sí.

La ciudad me dejó extasiada. Simplemente no podía creer que estuviese recorriéndola, andando con mis pies sus calles; admirando e inhalando cada uno de sus detalles, incluso sufriendo sus intermitentes lluvias, su cielo gris. Admito que me comporté igual que un verdadero turista: tomé docenas de fotografías e investigué todo lo posible sobre los lugares que visité. En realidad enloquecí con las vistas y me divertí muchísimo en compañía de Mike, quien más allá de la distancia profesional que pretendía imponer entre ambos - la cual procuré respetar para no incomodarlo- era una de las personas más agradables que he conocido jamás, para pasar el rato.

Almorzamos juntos en uno de los tantos parques de Londres, un perfecto picnic. Sentarme en el pasto, a comer, rodeada de un montón de londinenses que disfrutaban del fin de semana, en compañía de mi custodio, fue de lo más surreal.

Creí que después de la comida, Mike me pediría que regresásemos a la casa, no lo hizo, yo tampoco formulé ese pedido, sí, estaba agotada, sin embargo muy bien sabía que no ayudaría en nada, a la ansiedad que causaba en mí, mi cita a cenar con Meden, quedarme encerrada en aquella casa mirando el techo. Continuamos de tour fundiéndonos entre los londinenses y los turistas, y para mi vergüenza, por miedo a no tener tiempo luego, compre unos cuantos *souvenirs* para llevar a casa, incluso, caí en la tentación y me compré una

enorme remera azul con el nombre de la ciudad estampada en blanco y rojo al frente.

- *Here we are*- soltó Mike guiando el automóvil en dirección hacia la entrada del garaje.

El sol caía mansamente en un horizonte de un celeste con reflejos anaranjados, moteado de nubes gris plomo. En lo más alto de cielo ya brillaban algunas estrellas.

La casa se encontraba por completo iluminada, sus ventanas brillaban en tonos dorados. La propiedad lucía espléndida, engalanada con su rostro de ocaso.

- Sí, aquí estamos- murmuré un tanto embelesada-. Gracias por todo, Mike, lo pasé realmente muy bien.

- No hay por qué, Señorita Lafond, también disfruté mucho el paseo.

- ¿Seguro? Probablemente no debe resultarte muy divertido ser mi *babysitter*.

Mike me miró por el espejo retrovisor. - No soy su *babysitter* y tampoco me molesta cuidar de usted, si es que a eso se refiere. Si el Señor Meden me pidió que la cuidase es porque usted es importante para él, por lo tanto, también lo es para mí, y aquí, entre nosotros, disfruté mucho del paseo.

De su explicación no se me escapó ni una palabra. Mi ego creció unos cuantos centímetros, es más, creí que acabaría desbordando la capacidad del interior del vehículo.

- Bien, supongo que deseará descansar un poco antes de la cena- entonó Mike en cuanto llegó a mi puerta para abrirla, mucho antes de que yo terminase de juntar mis cachivaches desparramados en el asiento trasero con la intención de salir.

- Sí, creo que me vendría bien darme una ducha.

- El Señor Meden me pidió que la llevase al sitio en el que se encontrará con usted a las siete treinta.

Miré la hora en mi reloj, eran casi las seis. Sentí que se me formaba una bola de nervios en el estómago. Tenía solamente una hora y media para escoger qué ponerme, ducharme, componer algo mi aspecto y salir.

- Bien, siete treinta, en punto, estaré lista.

- No, disculpe, no me expresé bien, a las siete treinta debemos estar en el restaurante.

En ese exacto momento sentí que me quedaba sin sangre en las venas.

- ¿Se encuentra bien?

- Perfectamente, Mike. Gracias.



Lo mejor que pude, disimulé mis ganas de salir corriendo. Mike caminó hasta la puerta de entrada a pasos tan lentos que creí que se burlaba de mí con toda la intención de ponerme más nerviosa, por supuesto, él no tenía ni la menor idea de la desesperación que corría por mi sistema circulatoria, en este instante, en reemplazo de sangre.

Al entrar en mi cuarto prácticamente me arrojé de cabeza dentro de la valija que aún no desarmaba, lo primero que pesqué fue único par de zapatos que medianamente podían denominarse como “zapatos de noche”. Lo segundo que hice, fue revolver en busca de algo que diese con la talla de una cena en compañía de Meden, o de lo que creí podía ser una cena en su compañía.

La verdad es que toda la ropa que había traído conmigo, era ropa sencilla, de calle, abrigada y resistente a la humedad y la lluvia de Londres.

Observé mi equipaje, algo resignada: tendría que arreglármelas con lo que tenía a mano.

De entre medio de todo, extraje a los tirones, un pantalón negro y una camisa de seda blanca que solía vestir en la oficina, era algo simple; imaginé que si le daba una vuelta de tuerca, el resultado final para mi atuendo, sería bastante favorable.

Armada con todo lo necesario para recomponer mi imagen (ojeras de sueño y cansancio por el vuelo y el paseo de todo un día, cabello alborotado, culpa de la humedad y la lluvia, y piel pálida, a causa de los nervios que me hacían sentir igual que si estuviese a punto de expulsar mis tripas) corrí al baño. Casi olvidaba aquel detalle: ni bien atravesé la puerta, me golpeó en la frente y en el pecho, el delicioso aroma.

Atontada por la fragancia del jabón que componía la esencia del aroma de Meden, comencé a arrancarme la ropa; me costó horrores mantenerme focalizada en lo que se suponía que debía hacer, y no delirar con lo que imaginaba y deseaba, pudiese suceder.

El suéter y la remera volaron. Me incliné hacia adelante para quitarme las botas y al alzar la cabeza me topé con mi propio reflejo en el espejo.

¿A quién quería engañar? Nada sucedería entre él y yo.

Meforcé a apartar la mirada y no amargarme. Al menos tenía todo el derecho de pasar una buena noche en compañía de uno de los hombres más interesantes que hubiese conocido jamás.

Aquel baño debería venir con un manual de instrucciones; perdí casi cinco minutos en comprender cómo funcionaba la ducha, la cual por cierto, era un lujo de chorros de agua a una temperatura deliciosa.

Dentro de la ducha había un gel de baño, pero yo no lo había dudado y me había metido bajo el agua, armada con el jabón que olía a Meden.

Mi cabeza intentó dispararse en cualquier dirección, se lo prohibí, no tenía tiempo que perder.

En tiempo record pese a los obstáculos tanto físicos, como mentales. Salí de la ducha sintiéndome tanto más presentable.

Todavía en bata, me sequé el cabello y me maquillé un poco.

Con más maña que sabiduría, e imitando lo que había visto en las cientos de revistas de modas que plagaban tanto la casa como la oficina de Valeria, logré acabar con algo medianamente similar a lo que los maquilladores llamaban: “*smoky eyes*” (creo que soy generosa en mi apreciación, al menos, no me veía ni horrible, ni ridícula, lo cual era remarcable).

Con mi cabello hice lo que mejor me salía: recogerlo.

Luego de espantarme al ver la hora en mi reloj, salté dentro de los pantalones y obvие usar la remera de finos tirantes que solía llevar para ir a la oficina, debajo de la camisa ya que era un tanto transparente, después de todo, llevaba uno de los pocos sostenes medianamente femeninos que tenía.

De abrigo decidí no llevar más que mi campera de cuero y un pañuelo al cuello, no tenía intenciones de arruinar mi tan exitosamente bien lograda apariencia echándome encima mi poco femenina campera de abrigo verde de estilo militar.

Al abrir la puerta de mi cuarto por poco me llevo por delante a Mike, quien por lo visto, venía por mí.

Mike se detuvo frenando bruscamente, al igual que yo.

- *Ready?* ¿Lista para salir, Señorita Lafond?

Asentí con un apenas audible sí, los nervios habían devorado mi voz, dejando apenas sonidos desmenuzados y desgarrados.

- Bien, partamos entonces- en los labios de Mike se formó una sospechosa sonrisa que me hizo sonrojar, había notado que me lanzó una mirada de escaneo que me recorrió de pies a cabeza-; al Señor Meden no le agradan los retrasos.

- Claro.

- Después de usted.

Pasamos por debajo de cinco *Union Jack* y un instante después, a mi

izquierda, aparecieron las puertas del *London Trocadero*. La calle rebosaba de gente y de vehículos de lujo. Tragué en seco cuando Mike aminoró la velocidad a la que avanzábamos y no porque tuviésemos un automóvil delante. Giró el volante lentamente a la izquierda para luego detener la marcha a la cola de otro vehículo detenido ni bien pasada la esquina. Me tomó un segundo percatarme de lo que sucedía a mi alrededor; me tomaría algo más que eso, digerir el asunto: entrada acordonada, fotógrafos, flashes, mucha gente. Mi garganta se secó por completo.

- Aquí es- anunció Mike.

- ¿Sí?

- El Señor Meden la espera en el bar.

- Ok.

Sin darme tiempo a nada más. Mike bajó y rodeó el auto para abrirme la puerta.

Dios vaya a saber por qué, un flash estalló en mi rostro ni bien Mike se apartó. Uno y otro más. Sería una decepción para esos fotógrafos comprender que de este despampanante vehículo no descendería ninguna celebridad.

Mike me ofreció su mano y yo me tomé de ésta para ponerme de pie.

Alguien se nos aproximó. A ese alguien Mike le explicó que el Señor Meden me esperaba; no pasó ni medio segundo para que una segunda persona, una mujer, se ofreciese diligentemente a escoltarme hasta Meden.

- Qué pase muy buena noche, Señorita Lafond- me deseó Mike antes de volver a rodear el vehículo para subirse y partir.

Obviamente era un lugar de moda que rebosaba de público.

De no ser por mi guía, me hubiese perdido allí dentro, el lugar era gigantesco, muy moderno, quizá algo industrial y frío para mi gusto, de cualquier modo, no me desagradó del todo, es que solamente me hubiese gustado que Meden escogiese un sitio más tranquilo, algo menos concurrido.

A lo lejos divisé la barra, en con sillones de en tonos naranjas, pisos de madera y paredes oscuras, la barra en sí misma iluminada con luces de un azul intenso, la moderna cava exponía todo su contenido en un despliegue de brillo y luces.

La mujer se detuvo, en verdad no hizo falta, yo ya lo había visto, me indicó la dirección hacia Meden, quien sentado de espaldas a mí, enfundado en un traje oscuro que se ceñía a la perfección a su espalda y cintura, sostenía en con una mano, una copa de champagne. Sentí que comenzaba a arder por dentro. De repente el pañuelo que llevaba al cuello, y la campera de cuero, comenzaron a

asfixiarme; esto debía ser lo más parecido a la combustión espontánea, bueno, no tan espontánea, existía una causa para semejante efecto y esa causa tenía un nombre: Félix Meden.

Mi escolta emprendió la retirada luego de que le agradeciese.

Quedé plantada en el medio del camino.

Un camarero pasó frente a mí cargando un montón de copas, luego tres hombres vestidos a la mejor usanza de los raperos estadounidenses. Erguí la cabeza y me lancé en dirección a mi objetivo, dispuesta a no demorar ni un minuto más, el momento del encuentro.

Inspiré hondo.

- Señor Meden.

El fuego se apoderó de mí cuando mis ojos tuvieron el placer de deleitarse con la imagen de su perfecto perfil, más aún cuando al mover ligeramente su cabeza, su mirada perforó mis retinas para penetrar en mi masa gris, evaporando neuronas diestra y siniestra.

Pensé que simplemente me convertiría en vapor, cuando sus labios se curvaron hacia arriba en una sonrisa capaz de quitar el aliento. Si hasta sus ojos me sonrieron. Todo su rostro se iluminó mientras yo creí que mi propia luz se extinguía al ser absorbida por ese majestuoso astro que se merecía un firmamento en el que brillar con exclusividad.

Mientras pronunciaba mi nombre, Meden se puso de pie.

Le bastó con uno de sus lánguidos parpadeos para apoderarse de mí. En contra de la razón, de la coherencia, mi cerebro y todo mi ser se rindió a él.

- Buenas noches- su voz sonó densa y aterciopelada, tal es así, que me estremecí por completo, era la voz que podía usar un hombre intentando avanzar sobre una mujer, solo que dudaba que él estuviese intentando nada conmigo, Meden tenía ese don de embrujar a todo el mundo, no precisamente porque tuviese carisma, sino porque había algo en él, algo muy especial y distinto, algo así como un potente imán que atraía todas las miradas, las pieles y los corazones hacia su persona.

Con un simple parpadeo, Félix Meden podía hacer arder Londres, imponiéndose a la ciudad misma. Las llamas ya ardían con furia dentro de mí. Ante el reconocimiento de aquella sensación, me pregunté cómo se las arreglaba su prometida y novia, para estar lejos de él más de veinticuatro horas, yo ya comenzaba a dudar de mi capacidad para lograr soportar una distancia semejante, es más, incluso el escaso metro que nos separaba, tenía para mí, el sabor de una distancia abismal, lo quería pegado a mí, con su piel

sobre la mía y su olor impregnado en mi cabello y en mi boca.  
Las manos me sudaban y por la espalda me corrían gotas frías.

- Buenas noches.

Se me aproximó un poco, un par de pasos. Cualquier otro ser humano habría evitado, al menos por decoro, no observar a alguien con tanta insistencia o descaro; evidentemente, Meden no se sentía ni se creía igual a cualquier otro ser humano. Usando y abusando de sus fieros ojos azules me escrutó de pies a cabeza, revisando mi imagen con un escrutinio milimétrico y un descaro en palabras mayores.

Finalmente, luego de una eternidad, en la que me sentí entre muy apenada y al mismo tiempo, un tanto glorificada, Meden ejecutó un lánguido parpadeo y sonrió.

Con otro paso más, y sin que mediase palabra, se plantó ante mí.

Mis labios temblaron. La parte más delirante de mí, creyó que me besaría, la otra, la más racional, también cedió a la locura y esperó lo mismo, empujando a un recóndito y oscuro páramo de mi cerebro, el principal contra de toda la situación: él tenía una prometida.

Obviamente, Meden no me besó, lo que hizo, fue mucho más inocente, al menos en palabras y en apariencia, pero tremendamente perturbador para alguien en mi estado. Todo mi cuerpo vibraba.

Estiró el cuello y alzando su nariz, inspiró hondo, mejor dicho, olfateó el aire igual que sabueso experto en reconocer presas moribundas.

Empeoró mi estado al inclinarse un poco más sobre mí, moviendo su cabeza hacia el lado derecho de mi cuerpo; me bloqueó por completo. Por un fugaz instante, lo odié con todo mi ser, por hacerme esto, yo no me consideraba y dudo que fuese, el tipo de mujer que se entrega o rinde a un hombre, con semejante facilidad, es más, llevaba una eternidad sin salir con nadie, sin que me gustase nadie, no al menos, al nivel en que Meden desequilibraba mi ser.

- Usted huele a mí... huele como yo-. Otra vez sonó igual que el roce del terciopelo sobre la piel. Me estremecí de pies a cabeza.

La sonrisa de complacencia que quedó plasmada en sus perfectos labios, evaporó la intensión de buscar palabras para responder a eso. Mi boca se secó, los latidos de mi corazón cobraron la velocidad de la luz.

- Me agrada-. Ahora su sonrisa se tornó un tanto menos púdica. No exagero, yo estaba oxidada en eso pero...por Dios, bueno, poner a Dios en la siguiente frase, quizá no sea de lo más conveniente...una sonrisa de Meden, o al menos una de ese calibre, enseñaba puro descaro; algo muy cercano al sexo con

alguien que realmente te gusta mucho, con alguien que te vuela la cabeza con una simple mirada.

Mi garganta quedó completamente obstruida con una sustancia densa similar al deseo, mi cerebro estalló. Desde lo profundo, desde donde quedaba algo de lucidez, quedó claro que su comentario era de lo más retorcido. Ególatra, egocéntrico, narcisista; cual es el diagnóstico para semejante patología. ¡Que alguien me explique si eso fue un cumplido o si debo salir corriendo en este instante!

- Es extraño- entonó echándose para atrás; su sonrisa cambió de tinte, de uno un tanto pervertido a uno extremadamente dulce que acabó por convencerme de que quizá dentro de Meden, morasen dos seres muy distintos, un cariñoso, amable, educado, y otro esquizofrénicamente desquiciado, malhumorado, huraño, incluso un poco perverso, presuntuoso y vanidoso.

- ¿Qué es lo extraño?- articulé, no con poca dificultad, luego de hacer un magnánimo esfuerzo por recuperar la objetividad de mis pensamientos.

- Que huela como yo... me gusta, le queda bien. Dígame, ¿se duchó antes de venir?

- ¡¿Perdón?!- solté sorprendida, no entendía a qué venía semejante pregunta y ya comenzaban a darme muchas ganas de salir corriendo de aquí. No me agradaba ni un poco que Meden tuviese semejante efecto sobre mí, yo no iba a ganar nada con esto, todo lo contrario, perdería todo lo que tenía, la poca estabilidad lograda para mi vida. Mi vida podía verse como algo pequeño, incluso un tanto patético desde afuera, pero para mí, lo que llevaba construido en estos últimos años era algo que hace un tiempo, solamente podía soñar tener.

- En su baño había un pequeño jabón cuadrado de procedencia francesa-. Ahora su sonrisa, era la de alguien muy divertido. Mi cara de pánico debía resultarle hilarante.

Le contesté que sí con la cabeza.

- Esos son mis jabones.

- ¿“Sus jabones”?- este hombre tenía más mañas... en mi vida había conocido antes a un hombre que tuviese “sus jabones”, menos que menos a uno que tuviese jabones que olían a un campo de tilos en una tarde de verano. Y así se desataron mis delirios otra vez, mi temperatura se disparó nuevamente. No llegué muy lejos, Meden me contestó que sí, muy tranquilamente, con un movimiento de cabeza.

- Solamente yo los uso. Evidentemente fue un error de la Señora Smith o de

alguna de las personas que la ayuda, poner eso en su baño.

- No despedirá a nadie por eso, ¿o sí?

- ¿Usted qué cree?

- Señor Meden- solté algo horrorizada, no quería ser la culpable de que alguien perdiese su trabajo y me molestaba... bueno, le molestaba a mi nuevo desquiciado "yo", el cual estaba loca por él, que se le cruzase por la cabeza, hacer semejante cosa, no quería que el fuese ese Félix Meden, el hombre frío de negocios, sino el Félix Meden que creía, el que podía ser más tierno que un cachorrito.

- Señorita Lafond, usted decidirá esta noche quién soy.

- No lo comprendo.

- No voy a responderle, respóndase usted misma a esa pregunta, luego de conocerme.

- Ya no sé ni de qué hablamos. Hace cada comentario que...

- Será que usted edita demasiado, todo lo que sale de su boca.

- ¿Qué quiere decir con eso?

- ¿También lo hace con lo que piensa, o al menos se permite pensar con libertad?

- Yo no...usted...- la cabeza me daba vueltas-. No despida a nadie- fue lo único que logré articular.

Meden se rió. - Usted necesita un trago, y con urgencia, y yo necesito comer algo, creo que bebí demasiado.

¿Todo esto era porque había bebido demasiado? Decir que me sentía desconcertada no llegaba a cubrir el real descalabro dentro de mi cabeza y cuerpo.

De la nada, después de indicarme las escaleras que bajaban hacia un sector en el que se agrupaban mesas para dos, Meden posó su mano sobre la parte baja de mi espalda.

Sentí que mi cuerpo comenzaba a arder al instante. Por desgracia, aquel contacto no duró más que un par de segundos, en cuanto abandonamos la escalera, Meden retiró su mano.

- Por aquí, esta es nuestra mesa.

Apartó la silla para mí. En aquel sector reinaba la penumbra, solamente una muy pequeña lámpara, a un lado, alumbraba tenuemente la superficie de la mesa. Destellos cobrizos, anaranjados y marrones irradiaba la decoración de la mesa, la propia mesa y las sillas.

A nuestro alrededor no había más que parejas cenando y bebiendo muy juntas,

acarameladas.

Inspiré hondo, perdiéndome en lo que deseaba, lo cual no sabía si condecía con la realidad y con lo que debía esperar. Intenté convencerme de que no debía esperar nada, no era correcto ni mucho menos plausible.

Tomé asiento y luego de ayudarme a acomodarme, Meden rodeó la mesa para sentarse en su sitio. Antes de ocupar su silla, se quitó su saco y lo colgó sobre el respaldo de la misma. La prenda, al ser ondeada en el aire, esparció una agradable nube con su aroma como composición principal.

- ¿Tiene mala cara, se siente bien? Ha de ser el cansancio del viaje.

- Estoy algo cansada... no se preocupe, me siento bien.

- Quizá sería mejor que no beba alcohol.

- Quiero una copa de vino tinto- dije girando sobre mi asiento en busca de una camarera; necesitaba una copa con desesperación.

- Por qué no mejor bebe agua.

- Malbec- repliqué a lo que él me observó con sus grandes ojos azules. Claro que no estaba nada acostumbrado a que le llevaran la corriente. No vi a ninguna, ¿dónde se había metido todo el personal?- Malbec- repetí ante la insistencia de su mirada.

- Agua con un toque de limón.

No iba a convencerme con unas gotas de limón.

- Malbec o en su defecto Pinot Noir.

Meden dejó de pestañear.

De la nada alzó uno de sus dedos. Al instante, una chica muy bonita, apareció junto a mí. La chica básicamente ignoró mi presencia y para concentrar sus ojos grises en Meden.

En su adorable inglés, pidió dos vasos de agua con limón, y luego de espiarme, sin apartar su rostro de la línea de visión de la camarera, pidió dos copas de algo que sonó al nombre de un vino que yo jamás había escuchado nombrar antes. Lo vi contener una pícaro sonrisa.

- Entonces...¿dónde habíamos quedado?

No supe si recordarle que en la tarde, se había enojado conmigo cuando cuestioné su conducta.

- Cierto, quedamos en que usted me enseñaría a disfrutar de la vida.

Ah, eso- recordé.

- Bueno, no fue exactamente eso lo que quise decir, no es que crea que usted no disfruta de la vida, obviamente sabe cómo...- alcé las manos intentando abarcar la inmensidad y belleza de aquel lugar en el que todo se veía perfecto.



- No vengo aquí a divertirme, aquí suelo traer a aquellas personas con las que planeo negocios, es un lugar de moda, siempre está lleno de personalidades tanto de la farándula como de la política y eso parece impresionar a las personas. ¿Quedó usted impresionada?

- Ni siquiera sabía que este lugar existía, Señor Meden. Además, no necesita impresionarme, me dijo que durante la cena tendría oportunidad de conocerlo. Obviamente esto es lo que ven los demás, lo que ve todo el mundo de usted, ¿es eso mismo lo que quiere que yo transmita?, o es que existe algo más que...

- ¿Qué hace usted para divertirse?

- Señor Meden, el libro es sobre usted, no sobre mí.

- Pues parece que en esta mesa yo no soy el único *workaholic*. ¿Cómo se relaja usted?

Solté un suspiro de derrota, había ganado con lo de la copa de vino, no ganaría con esto, Meden no aceptaría dos derrotas seguidas.

- Me gusta leer.

- ¿Y...?

- ¿Y qué?

- No sale.

- Me gusta salir a caminar.

Meden se sonrió.

- ¿Qué tiene eso de malo? No a todos les gusta arrojarse al vacío con una cuerda atada de los pies- solté haciendo alusión a sus saltos *bungee*.

- ¿Lo intentó alguna vez?

- ¿Tengo cara de alguien a quien le apasionan los deportes de riesgo? Ese es usted, Señor Meden.

- Tiene que intentarlo.

- Sí, claro- solté en tono socarrón y en ese exacto momento, llegaron nuestras bebidas.

Meden fue directo a su vaso de agua, yo me decanté por mi copa de vino.

- No brindaré conmigo- soltó justo cuando me llevaba la copa a los labios.

Me frené en seco. El bajó su vaso de agua y tomó su copa.

- Por nuestra sociedad- acercó su copa a la mía-, porque ahora somos socios- añadió antes de moverla para que se tocaran.

Sin tener mucha idea de qué podía implicar aquello, asentí con la cabeza y luego bebí.

- Volviendo a los saltos al vacío: ¿cómo sabe que no son lo suyo si jamás lo ha intentado? Y además, ¿usted en verdad cree que a una persona se le nota todo

lo que es, lo que piensa, en el rostro? Por lo visto no hace eso únicamente conmigo.

- ¿Qué hago que cosa?

- Juzgar a las personas por adelantado y sin demasiados fundamentos.

- No hago eso.

- Quizá no con maldad, pero sí, de hecho lo hace.

- Usted no me conoce.

- Se equivoca y no se lo tome a mal, no pretendo insultarla, creo que en algún punto, es adorable.

- ¿Adorable?- me atraganté con saliva y me dio un ataque de toz.

- Sí, ahora comprendo que no es por maldad ni por falta de inteligencia.

¿Es que hasta hace un rato me consideraba una idiota? Me sentí todavía más tonta por eso.

- Es por fragilidad.

Tragué en seco. - Yo no...

- Sí, usted sí. Juraría que la invaden miedos. Apuesto todo mi dinero, hasta el último centavo a que me tiene pavor. No me extrañaría ver que se echara a temblar en cualquier momento.

- No es cierto- mentira, si lo era, me daba miedo él; no en el sentido en el que él creía, sino más bien en lo que podía generar en mí...¿qué generaba en mí? Ganas de darle rienda suelta a mis deseos, de dejar de contenerme...

Si lo hacía terminaría peor de lo que terminé en el pasado.

- ¿Disfruta del temor que produce en los demás?-. Lo que solté no sonó exactamente como una pregunta, sino más bien como una acusación.

- No me sirve de nada su temor, Señorita Lafond. Busco sinceridad y eso es difícil de encontrar cuando se entromete el miedo.

- No le temo, Señor Meden. Siento decepcionarlo.

- Creo que no escuchó lo que acabo de decirle. Necesito que esté a mi altura.

- ¿A qué se refiere con eso?

- Sí me tiene miedo no será capaz de ver las cosas como yo las veo, jamás me entenderá si no se atreve a ponerse en mi lugar. Es terriblemente difícil llegar a usted, ¿lo sabía?

- No soy una persona difícil.

- ¿Y yo sí?

- No fui yo la que lo dije.

- Lo soy.

Bebí un sorbo de vino.

- ¿Es feliz?
  - ¿Qué clase de pregunta es esa?
  - ¿Lo es?
  - ¿Y usted?
  - Yo pregunté primero- replicó con una gran sonrisa, blanca y resplandeciente, de esas con las que los famosos posan para las cámaras.
  - Si le respondo a eso, usted también tiene que responder.
- Meden aceptó el trato moviendo la cabeza de arriba abajo lentamente y con sus ojos brillando cual dos inmensos y profundos zafiros.
- Supongo que un setenta por ciento del tiempo los soy-. Eso no sonó tan mal, pensé ni bien terminé de responder.
  - Es una optimista.
  - ¿Le parece? Yo creo que existen personas que lo pasan mucho mejor que yo. En fin, es su turno de responder.
  - No- soltó tajante tomando su copa y apartando la mirada.
  - ¡Ah, no!, me lo debe, usted lo prometió. No haga trampa, Señor Meden. Pidió sinceridad, sea sincero.
- El rostro de Meden, así de repente se ensombreció, incluso pese a que yo jugaba, no creí que esto fuese algo realmente serio.
- Se transformó en algo serio cuando me di cuenta de que el asunto no le gustaba.
- El cuarenta por ciento del tiempo- admitió entre dientes.
- Sentí como si me diesen un puñetazo en el estómago.
- El treinta- se corrigió al instante.
- Fue como si la música *chill out* que hasta entonces le daba un marco a nuestra conversación, se hubiese transformado en un silencio vacío y opresivo. El resto de los comensales y sus mesas, desaparecieron, también la barra y el resto del lugar. Incluso Londres de repente se esfumó.
- ¿Qué le dice eso?- soltó tomando su copa para llevársela a los labios, evitando rotundamente, cruzarse con mi mirada. Bebió igual que un hombre que lleva dos días perdido en el desierto. Cuando bajó su copa, estaba vacía-.
- ¿Será por aquello de que no sé disfrutar de otra cosa que no sea mi trabajo? Pensé que solamente un treinta por ciento del tiempo era feliz, y no hacía otra cosa que trabajar, es porque siquiera su trabajo terminaba de hacerlo feliz.
- No debí decir eso. Usted me fuerza a decir cosas que no quiero.
  - No...
  - Sí, usted sí. ¿Siente pena de mí?

- Señor Meden, no dije eso.
- Lo piensa.
- Usted no me da lástima, más bien me da...no entiendo por qué es así.
- Sí ofrece ese chimento a un diario amarillista le pagarán muy bien.
- ¿Realmente me cree capaz de eso?
- No, disculpe.
- ¿Cuál es el mejor recuerdo que tiene? O uno de los mejores- le pregunté sonriéndole, sentí que Meden se desmoronaba en mis manos y eso me desesperaba.
- La primera vez que salté en paracaídas.
- Entonces no fue cuando ganó su primer millón- bromeé, él no se lo tomó bien-. Era broma, Señor Meden.
- Mi trabajo es lo que me permite hacer lo que quiero, más allá del trabajo.
- Imagino que así es. En síntesis, entonces usted también disfruta de otras cosas además de su trabajo.

Se encogió de hombros.

- ¿Qué otro recuerdo hay por allí?
- Esto ya parece sesión de terapia.
- ¿Hizo terapia mucho tiempo?
- Años.

Sonó verdaderamente a muchos.

- ¿Qué otro recuerdo además de su primer salto en paracaídas?
- Mi primer vuelo, llegar a la cima de...
- Todos sus buenos recuerdos implican emociones fuertes. ¿No hay un paseo por un parque, una tarde escuchando música o leyendo o incluso un domingo por la mañana remoloneando en la cama?
- Tengo buenos recuerdos de domingos por la mañana en la cama, no precisamente remoloneando-. Soltó recuperando la postura Meden, altiva, socarrona y pícara.
- Sí, me percaté de eso.
- ¿De eso? ¿De eso, qué?

Sus ojos brillaron más que nunca y no pude sostenerle la mirada.

- Eso- insistí incomoda, no quería hablar de eso con él, temía que se me notase el desesperante efecto que tenía sobre mí. Procuré no imaginarlo en esa situación, no imaginarme a mí, en esa situación con él, verdaderamente no tenía ningún sentido.
- ¿Que disfruto del sexo?- soló estampando la palabra sobre mi rostro, igual

que si fuese una torta y esto un capítulo del show de “Los tres chiflados”. Un intenso calor trepó desde mi pecho por mi cuello y de allí a mi rostro y orejas.

- ¿Usted no?

- Nos desviamos del tema.

- No, nos desviamos de su tranquila y apacible apariencia. ¿Tiene novio o ve a alguien?

- No es asunto suyo-. ¿O sí lo sería?

Alzó las cejas demandando una respuesta. - Sí yo tengo cosas que aprender de usted, asuma que usted tiene algo que aprender de mí.

¡Por Dios!- exclamé dentro de mi cabeza.

- Debería buscarse alguien con quién pasarlo bien.

- ¿Da por sentado que no hay nadie?-. Ese último comentario suyo me molestó y mucho.

- No hay nadie- sentenció.

Eso me enojó todavía más.

- Debería confesarle a su prometida que usted solamente es feliz el treinta por ciento del tiempo-. Me arrepentí de soltar aquello ni bien terminé de pronunciar las palabras aunque hubiesen sido pronunciadas en mi defensa y por pura desesperación.

Meden permaneció un instante en silencio, otra vez, en menos de veinticuatro horas, me lo imaginé mandándome de regreso a Buenos Aires.

- Quizá usted no es tan frágil como creí-. Volvió a alzar su mano y en una fracción de segundo, la camarera reapareció. Meden pidió otra copa de vino y el menú.

La verdad es que ya siquiera sentía apetito.

## 10.

- **No le importa que ordene por usted, ¿no?**

De contestarle que así era, poco le hubiese importado, él estaba completamente decidido a volver a tomar las riendas de la situación. Así era para él siempre, tenía que gobernarlo y controlarlo todo, hasta el más mínimo detalle, para -suponía yo- no encontrarse en situaciones que le resultaban incómodas, es decir, dónde existiese el peligro de caer en intimidad, sinceridad y sentimiento.

- ¿Puedo preguntarle algo?- articulé cuando la camarera se retiró después de tomar nota de una orden de comida demasiado abundante para las condiciones de mi estómago esta noche.

Con un movimiento de su mano derecha, me dio permiso para seguir adelante.

- ¿Qué recuerdos tiene de su niñez?

Meden inspiró hondo, otra vez se lo notaba muy tenso.

- Quiere que lo entienda, que me ponga en su lugar, comencemos por el principio entonces.

- Mi niñez estuvo bien.

- ¿Es lo único que tiene para decirme?

- Mis padres hicieron lo mejor que pudieron.

- ¿Es lo que usted siente o lo que piensa, o simplemente lo que quiere que figure en su biografía?

- Mis padres son y siempre fueron dos personas muy ocupadas. Ambos tenían sus profesiones a las que se dedicaban con la misma pasión y responsabilidad que con la que yo me dedico a mi trabajo; me inculcaron la noción de trabajo duro, también la de superación personal.

- Eran exigentes.

- No me lo pareció hasta la adolescencia, cuando me revelé. Hasta entonces no había tenido problemas ni con mis profesores de idiomas, tampoco con los de música, ni con cualquier otro de mis tutores.

- Entonces fue buen alumno hasta la adolescencia.

Asintió con la cabeza.

- ¿Y qué pasó entre usted y sus padres cuando se reveló?

Sonrió con picardía.

- Ellos enloquecieron- parpadeó lentamente ladeando la cabeza-, yo los enloquecí.

- ¿En qué consistió su rebeldía?

- Pasé del violín a la guitarra eléctrica, de Bach a Metallica, de las copas de champagne en las recepciones a los litros de cerveza en los bares con amigos, de estudiar a ser expulsado de dos escuelas. De ser un chico correcto y educado a terminar en la cárcel por una pelea.

- Sí que se reveló, nadie que lo vea ahora, en este instante, podría decir que hizo todas esas cosas. ¿Qué más hizo?

- ¿Todo eso no le parece suficiente?

Me encogí de hombros.

- Me porté mal.

- ¿Se portó mal? ¿Se burla de mí? No puedo escribir en su biografía que usted se “portó mal”.

- Use su imaginación.

- Tengo demasiada, quizá eso no le haga ningún favor.

- Tiene que ver con aquello sobre lo que discutimos hace un momento, aquello de lo cual usted, obviamente no quiere discutir.

Sus ojos se entornaron hasta convertirse en una delgada y tentadora línea brillante.

- Siempre me gustaron mucho las mujeres.

No supe determinar si se jactaba de eso o no. En este momento no lograba descifrar qué pretendía acotar con la mueca en su rostro.

- Mi primer a relación fue a los quince años. ¿Le parece muy temprano o muy tarde? Me gustaría saber su opinión.

Sin duda esta era una noche especial, no una perfecta, sino una adorablemente imperfecta y algo loca también.

- No lo sé- logré articular por fin-. No importa demasiado lo que yo piense al respecto, simplemente me limito a recopilar datos.

- Eso no es del todo cierto, usted analiza cada cosa que le digo, puede que

luego no ponga lo que piensa en su libro, pero el hecho de que lo piense es importante para mí.

- De verdad que no quiero discutir el asunto. Que lo hizo volver a la normalidad, recuperar la senda y transformarse en lo que es hoy.
  - Mis padres amenazaron con no darme un centavo más, ¿no se lo dije antes?
  - No.
  - De cualquier modo tenía muy en claro que no quería depender de nadie para hacer lo que le diese la gana. Cuando uno se hace responsable de sí mismo, inevitablemente el panorama cambia y mucho; entendí que todo eso era una pérdida de tiempo, no el sexo, por supuesto, si atrasarme en mis estudios y discutir con mis padres. La rebeldía a ese nivel no sirve de mucho.
  - Le sirvió para madurar y para encontrar su camino.
  - Viéndolo de ese modo, supongo que debería agradecer de las cosas que viví.
  - Todo lo que experimentamos acaba formando el ser que somos.
  - ¿Qué la formó a usted?
  - Señor Meden, mi vida no es como la suya, no me revelé, no salto de paracaídas y no tengo una gran empresa, yo simplemente escribo.
  - Debería escribir menos y vivir más.
- Suspiré, quizá tuviese razón, mejor dicho, tenía razón.
- ¿Quiere ver que más hice en esa época mía de rebeldía?
  - ¿Ver?
  - Sí.
  - No le entiendo, ¿ahora?
  - En este preciso instante-. Otra vez su sonrisa se apoderó de todas mis funciones cerebrales-. Aquí mismo.
  - Si usted...

No terminé de responderle que Meden alzó su brazo derecho por encima de la mesa para comenzar a soltar el gemelo que mantenía el puño de su impecable camisa unido alrededor de su muñeca.

Imposible evitar preguntarme qué demonios iba a hacer este hombre ahora. Comenzó a arremangarse la camisa acercándose e inclinándose más sobre la mesa, luego, con su mano justo sobre mi plato de sitio, volteó el antebrazo hacia arriba.

- ¿Una golondrina? ¿Se tatuó una golondrina?-. Ver aquel pajarillo estampado en tinta en su piel, me embargó de ternura. El tatuaje era simplemente hermoso, perfecto, maravillosamente hecho. Una verdadera obra de arte, una solamente equiparable con la superficie del interior de su brazo, en el que se delineaban,



a la perfección músculos, tendones y venas. Admirar el interior de su codo me hizo perder la cabeza, incluso el dorso de su muñeca era la cosa más sexi que hubiese visto jamás. Habría dado cualquier cosa por acariciar su piel.

- Sí, eso hice.

- ¿Cuántos años tenía cuando se lo hizo?

- Quince. Me costó mucho dinero convencer al tatuador de hacerlo sin la autorización de mis padres.

- Es muy bonito.

- Ellos lo odiaron desde el principio. Sobre todo mi madre, ella enloqueció cuando lo vio.

Le sonreí. - Los hijos le hacen esas cosas a sus padres.

- Usted no debe haber hecho cosas semejantes.

- Quizá debí hacerlo-. Al instante me dispuse a cambiar de tema devolviendo la pelota, de este juego simbólico, a su campo-. ¿Tiene algún otro tatuaje?

- Sí, pero no quiero enseñar tanta piel aquí, temo causar algún tumulto- bromeó recogiendo su brazo para volver a colocar el gemelo en el ojal de la camisa.

- ¿Usted tiene alguno?

Negué con la cabeza.

- ¿Le teme a las agujas?

- No, no es eso.

- ¿No le agrada el arte corporal?

- Sí.

- Pero no en su piel.

- Quizá algún día.

La camarera llegó con las entradas.

Por una media hora, o quizá fue un poco más, comimos y conversamos sobre la comida, sobre la ciudad, incluso sobre el clima de Londres, y de aquellos rincones de esta *city*, los cuales le eran muy familiares. Conversamos en un tono y un clima un tanto más relajado, sin tocar temas profundos ni recuerdos del pasado, simplemente concentrándonos en el presente.

- ¿Otra copa de vino?

Prácticamente sin darme cuenta el contenido de mi copa se había evaporado, subiéndome un poco a la cabeza.

- No, gracias, mejor no.

- ¿No me dejará bebiendo solo, o sí? Una copa más no le hará daño.

Eso es lo que usted cree- le contesté mentalmente.

- Vamos, la disfrutaré.

Meden desoyó mis refunfuños y le pidió a la camarera, dos copas de vino, más.

- Creí que había dicho que ya había bebido demasiado- le dije en cuanto la camarera se retiró.

- Para eso tengo chofer.

- Sí, para evitar no tener que manejar ebrio, pero qué hay de todo lo demás.

- ¿Todo lo demás? No soy un alcohólico.

- ¿Nunca tuvo problemas de ese tipo? Disculpe que lo pregunte, me refiero a alguna adicción que haya dejado atrás.

- ¿O no?- soltó interrumpiéndome. Su cara seria se transformó al instante en una sonrisa-. Por Dios bendito que se puso pálida- rió-. No, de joven si me emborraché unas cuantas veces, vomité mi cama, la maravillosa otomana de mi madre, el automóvil de mi padre, incluso la piscina de nuestra casa de aquí, pero no, no tuve mayores problemas. Una vez probé la mariguana y no me gustó. Fume cigarrillos de tabaco común y corriente desde los catorce hasta los dieciocho, creo, pero lo dejé por completo cuando me di cuenta de que me quitaba rendimiento físico. No, fue a los diecisiete.

- En ese sentido entonces usted se portó bien.

- ¿Qué me dice de usted?

- Nada.

- ¿Nada?

- No fumo y prácticamente no bebo alcohol.

- ¿Nunca probó nada?

Negué con la cabeza. - Señor Meden, le recuerdo que este libro es sobre usted.

- Nada de esto es sobre el condenado libro, simplemente conversamos. Puedo pagarle extra simplemente por conversar conmigo si es que le parece justo.

- No va a pagarme extra con conversar, eso no...es ridículo, Señor Meden, ese tipo de cosas no se compran.

- Sus secretos han de tener algún valor.

- No es así.

- Entonces sí tiene secretos-. Sus palabras fueron acompañadas con una aproximación de su cuerpo a la mesa.

Bufé. - Me emborraché una vez, ¿feliz? Fue lo suficientemente desagradable como para no querer volver a repetir la experiencia.

- ¿Qué edad tenía?

- Dieciocho y simplemente no fue la gran cosa. Desperté a la mañana siguiente con dolor de cabeza de muerte y resaca. Fin de la historia.

- Para tener mucha imaginación usted cuenta historias de lo más aburridas.

- Usted pidió la verdad, no una fantasía.

- A veces hace bien portarse mal.

- ¿Y eso lo dice por...?

- Por qué usted suena aburrida de su propia vida. Imagino que su trabajo no la hace del todo feliz.

- Es un trabajo, Señor Meden, eso es todo.

- ¿Y qué es lo que le produce pasión? ¿Qué le gustaría estar haciendo ahora?, no me refiero en este mismo instante- me dedicó una sonrisa pícaro-, imagino que lo está pasando muy bien conmigo y que no cambiaría este momento por nada del mundo.

Ante semejante discurso no pude más que sonreír.

- Alégrese: no, no me molesta estar aquí con usted aunque por momentos usted es...

- Sí, los dos sabemos que todavía no le caigo del todo bien. No soy tonto, Señorita Lafond, además a usted se le nota en la cara. Bien, ahora cuénteme, que tornaría su vida excitante.

- Siempre soñé con ser escritora.

Me dio toda la impresión de que Meden contenía la carcajada, sus ojos en realidad no; sí los míos no sabían mentir, los tuyos también fallaban en su intención por momento.

- Vamos, adelante, ríase todo lo que guste, ser escritor no es la profesión más emocionante del universo.

- Imagino que no, al menos, de su mente para afuera- entonó sonriendo-. Lo logrará un día, no me cabe la menor duda. Tiene todo lo que se necesita.

Me agradó escucharlo de sus labios pero él jamás había leído ni una sola palabra escrita por mí, de modo que su afirmación no tenía ningún valor.

- ¿Es excitante ser un hombre de negocios?

- Creo que es interesante ser Félix Meden.

- Que bueno que lo crea. ¿Nunca es un fastidio?

La conversación se interrumpió por un momento, la camarera llegó con nuestras copas de vino y con el siguiente plato del menú.

- Sí, de hecho sí, pero no puedo quejarme. Todo el mundo se ve obligado a soportar cosas que no son de su agrado.

- ¿Qué cosas tiene que soportar usted?

- Que inventen cosas sobre mí. Es increíble la cantidad de tonterías que la prensa gasta tinta y papel en publicar.

- ¿Qué le gustaría desmentir de todo aquello?

- Primero y principal que no soy gay.

Ok, esa era una enmienda dedicada a mí, yo lo había pensado.

- No tengo nada contra la comunidad gay pero me gustan las mujeres. Me pone muy incómodo que los hombres se me insinúen. No creará la cantidad de propuestas y números de teléfono que recibí en ese sentido.

Creí notar que se sonrojaba y me hizo gracia, sí, sin dudas se sentía incómodo con aquello.

- No soy un desgraciado, mal parido, tampoco un sádico y mucho menos un explotador. Soy un hombre de negocios que tiene que tener la cabeza fría para hacer bien su trabajo. Nadie en mi posición se guiaría simplemente por sus sentimientos, el sistema lo devoraría, yo simplemente hago lo que debo hacer. Yo no juego, voy en serio.

- Sí, creo que ya me di cuenta de eso.

- Y además me molesta soberanamente que se metan en mi vida privada, mis negocios y lo que yo soy para el ojo público no tiene nada que ver con mi privacidad.

- Me imagino.

- La prensa aquí es terriblemente amarillista, ellos deben tener una imaginación tan nutrida como la suya. Además es un fastidio encontrarme con cámaras cada vez que piso la calle o que salgo de mi auto o cuando he salido a comer algo o simplemente a distenderme un poco. Existen eventos en que la prensa es bienvenida pero ciertamente no los quieres ahí a las cuatro de la mañana cuando regresas de pasar una buena noche, menos que menos cuando salgo de la casa de mis padres o cuando acabo de tener una discu...- se detuvo en seco-. ¡Maldición!- estirando el cuello, Meden se asomó por encima de mi hombro izquierdo-. A eso es a lo que me refiero- gruño apuntando con un dedo, por detrás de mí.

Giré la cabeza para que un flash estallase en mi rostro.

- ¿Qué...?

- Fueron generosos- agachando la cabeza miró la hora en su enorme reloj-, nos dieron una hora y media de tranquilidad.

Vi reflejados los flashes de las cámaras, sobre los ojos de Meden.

- Son unos chupasangre.

A mis espaldas se armó un revuelo de gente, insultos y gritos. Gritos que

entonaban el nombre de Meden.

- Si no le molesta, creo que lo mejor será que demos por terminada la velada-  
me soltó quitándose la servilleta de encima de las piernas para arrojarla con  
furia sobre la mesa.

Me volví y vi los disturbios, los flashes dieron en mí. Eran al menos tres  
cámaras fotográficas. Todo el mundo murmuraba, el alboroto era general.  
Detecté que al menos una decena de personas de seguridad alejaba a los  
empujones a los fotógrafos. Escuché más insultos y amenazas. La gente miraba  
tanto a los *paparazzis* cuanto al objetivo de sus cámaras, es decir,  
principalmente a Meden, y luego a mí.

Noté que por mi derecha, se nos aproximaba alguien.

- *Sorry, Sr, I don't know how this happen.*

En respuesta a lo que le soltó el hombre de elegante aspecto pero una estatura  
que con suerte, si alcanzaba a la de mis hombros, ni que hablar de los hombros  
de Meden, éste último soltó un gruñido de desagrado.

- *I really sorry, Sr. Please, this night is on the house. And please, let me  
escort you to a private space.*

- *It seems that the only private place for this night will be my house.*

- *Certainly Sr. I'll get a car right now.*

- *Sir...*

Giré la cabeza para ver aparecer a uno de los hombres de seguridad de  
Meden; ya me preguntaba yo dónde habían estado escondidos.

- *I called, Spencer, hi is on his way. It would be here in a couple of minutes-*

El robusto hombre con cara de pocos amigos, le lanzó una mirada implacable  
a quien yo supuse, debía ser el encargado del establecimiento-. *I suggest the  
back door, Sr.*

- *Yes, of course! Let me show you the way, Sr.*

- *Thank you, Clarke-*. Entonó Meden poniéndose de pie-. Lo lamento, creo que  
la noche se terminó, Señorita Lafond-. Rodeó la mesa abriéndose paso entre  
los dos hombres.

- Claro, no tiene que disculparse, Señor Meden.

Apartó mi silla.

- *Please, Sr, over here-*. Ante la atenta mirada de la mayoría de los  
comensales, los cuales por cierto, se habían olvidado de sus cenas, seguimos  
al encargado del local, zigzagueando entre las mesas, seguidos de cerca por  
uno de los integrantes de la escolta de seguridad de Meden.

Casi como en una película, acabamos escabulléndonos por la cocina. Allí, una

veintena de personas trabajan y nuestra presencia no les pasó para nada desapercibida, mejor dicho la de Meden y la del encargado del lugar, Clarke y yo no éramos más que dos meros agregados sin demasiada importancia, de cualquier modo, les causamos curiosidad. Muchos de los cocineros y ayudantes, se olvidaron de sus labores para seguirnos con la mirada en nuestro camino hacia la parte posterior del restaurante.

Acabamos caminando entre cajas y cajones de mercadería, entre bolsones de arroz y las puertas de varias cámaras frigoríficas, luego entramos en una especie de estancia en la que había una larga y angosta mesa, rodeada de media docena de sillas, un sillón y un dispensador de agua. Detecté a la izquierda, una ancha puerta de salida claramente indicada con uno de esos carteles que se usan para marcar las salidas en los casos de emergencia.

- *Here, Sr-* entonó el hombrecillo elegantemente trajeado, abriendo una puerta de madera en la que acababa un amplio ventanal que del lado interno tenía colgado una persiana americana casi cerrada. Era una pequeña oficina, o al menos eso me pareció al espiar desde afuera.

- *Is the chef office, Sr. Nobody would bother you here, Sr.*

- *I would let you now as soon as Spencer arrive, Sr. I would wait right here-*.

Entonó Clarke parándose muy recto junto a la puerta.

- *Right...*- Meden me miró, había algo distinto en sus ojos, no era enojo, era algo que nunca detecté antes allí. ¿Tristeza?-. Adelante, Señorita Lafond. Le prometo que le compensaré esto.

- Usted no tiene que compensarme nada, Señor Meden, no es su culpa.

- Sí, lo es, no debí ordenarle a Clarke y a los demás que esperasen fuera.

Quería algo de privacidad y mire cómo salió todo.

Tragué en seco, entre sus palabras, su mirada y la mueca en su rostro, me sentí igual que si un camión acabase de llevarme por delante. Eso que tenía en frente, ese hombre que en este fugaz instante, se mostraba vulnerable, también era Félix Meden. Me atacaron unas incontenibles ganas de comérmelo a besos; casi lo hago.

La pequeña oficina no era más que un rectángulo de metro y medio por tres.

Como pudimos ingresamos en aquella diminuta oficina abarrotada de cosas (un escritorio, dos sillas de un lado, una del otro, más cajas con mercadería, otras con vajilla, libros por todos lados, una pared repleta de ellos, un gran archivero de metal pintado de naranja, un poster de la torre Eiffel enmarcado en dorado, un pequeño cactus en una maceta, una papelera llena de bollos de papel, otro escritorio, uno más pequeño, con una computadora).

- Tome asiento, por favor. Spencer llegará en un momento, no creo que estuviese muy lejos.
- No se preocupe, Señor Meden- me senté-. No pasa nada, de verdad que no tiene de qué preocuparse.
- No fue mi intención obligarla a experimentar algo así.
- Fue extraño- me encogí de hombros- pero ni modo... Lo lamento por usted, si las cosas son como dijo que eran, esas fotografías...
- Llamaré a mi abogado en cuanto lleguemos a casa, no se preocupe- Meden se sentó junto a mí, en la otra silla, nuestras rodillas por poco no se tocaban. Los dos quedamos sentados mirando en dirección a la puerta cerrada, a media luz, puesto que la única fuente de iluminación era un velador sobre el escritorio a nuestras espaldas.

Nos quedamos en silencio, lo cual no me hizo ningún favor, sentía que de mí, a causa de la cercanía de su cuerpo, saltaban chispas. Dudaba que el sentimiento fuese recíproco pero de cualquier modo me pareció notar que Meden no estaba muy cómodo tampoco con el silencio y la quietud entre ambos.

Giré la cabeza y lo miré, me lo encontré viéndome, sin descaro alguno. Sus imponentes ojos azules fijos en mí. Ni hizo el ademán de apartar la mirada cuando me volví hacia él, es más, tardó en volver a parpadear. Con eso bastó para que se me cortase la respiración y para que un gran hoyo de necesidad se instalase en mi abdomen. Su perfume me enloquecía.

A diferencia de mí (yo no lograba inspirar, todos mis músculos se hallaban paralizados), Meden, sin dejar de mirarme, sin parpadear, inspiró hondamente. Mis manos se echaron a temblar, y luego todo mi cuerpo se adhirió al incontrolable estremeciendo provocado por el “Señor Insensible”, el cual obviamente, no lo era tanto.

Creí que el corazón se me saldría por la boca, cuando de la nada, su brazo izquierdo se movió para traer su mano hacia mi hombro.

Al instante perdí la cabeza. Así sin más, el mundo desapareció para mí; lo quería allí, sobre mí, por siempre.

El peso de su mano sobre mi cuerpo me hizo sentir que de repente, la fuerza de gravedad aumentaba por miles. Tuve la impresión de que querían enterrarme viva y eso no era para nada desagradable, sino todo lo contrario, en mi vida me había sentido así por nadie... y era magníficamente glorioso, tal es así, que deseé que este momento durase para siempre, de poco importaba si algo sucedía entre nosotros, simplemente con tocarme, incluso a través de las capas de vestuario, yo ya era suya.

Me estremecí. Su piel me quemó a través de la tela de mi camisa (mi campera se encontraba entre mis manos sudorosas y tiasas, sobre mi regazo).

Sus ojos no se despegaron de los míos, ni los míos de los suyos, si bien hubiese deseado apartar la mirada para frenar los delirios de mi cerebro; en fin, dudaba que por no verlo, mi cerebro fuese a olvidarse de cada curva de su rostro, de la vitalidad de su mirada, de la enloquecedora superficie de su piel. Se me puso la piel de gallina y sentí un peso insoportable y al mismo tiempo, increíblemente placentero, en el pecho y en el abdomen.

Meden no entonó palabra y yo simplemente siquiera recordaba cómo hablar. Mi cerebro ahora era humo y mi cuerpo, si su mano permanecía mucho tiempo sobre mi hombro, se convertiría en cenizas.

Sus pesados y tibios dedos se movieron sobre mi camisa, empujando la tela sobre mi piel en dirección a mi cuello, acariciando mi piel con una delicadeza que jamás experimentara antes. Al tironear de mi camisa, se me arrugó por la espalda, la tela me provocó un delicioso cosquilleo sobre la columna. Sin querer, arqué la espalda, creí que me reventaría igual que la un arco bajo una impresionante presión, antes de ser disparado.

Ahora el peso se trasladó de mi pecho y aborden, a mi nuca. El tacto de sus dedos era demasiado íntimo, demasiado profundo y certero. Mi piel ardió igual que la arena del desierto del Sahara y de pronto me sentí igual que si estuviese completamente desnuda. Todavía con sus ojos fijos en mí, movió sus dedos hasta mi nuca tomándose todo su tiempo (lo cual agradecí); corría alto riesgo de perder la consciencia.

La pequeña oficina comenzó a girar a mi alrededor y el contacto de su mano contra mi piel, comenzó a saberme a poco, necesitaba más, lo necesitaba todo y cuanto antes, mejor.

Sus dedos se internaron en mi cabello y así sin más, quedé fuera de combate; se me cerraron los ojos, ya no me pude contenerme, esto simplemente era demasiado para mí, para soportarlo entera y con la misma entereza que él, quién por lo visto y para su placer y orgullo, se encontraba en pleno dominio de la situación.

¡Al demonio! ¡Que hiciera lo que quisiera!

Me estremecí de pies a cabeza, respirando con pesadez.

Lo escuché removerse sobre su silla, y a ésta crujir, pero no logré reaccionar a eso, estaba demasiado concentrada en sus caricias, en sus dedos enredándose en mi cabello, sus dedos tomando con firmeza la parte posterior de mi cabeza.

¡Sus dedos amenazando con clavarse en mi cráneo!



Sentí que salía de órbita.

Su perfume y su calor lo delataron. Abrí los ojos y allí estaba su rostro, justo frente al mío, mirándome con aquellos certeros ojos azules, los cuales ahora, no tenían nada ni de inocentes ni de tristes, ni de compasivos. Me devoraba con la mirada y eso me agradó, es más, me hizo sentir grandiosamente bien. ¡Yo provocaba eso! ¡Provocaba eso en Félix Meden! ¡Ese instante, me sentí dueña del universo!

No pidió permiso para tocarme, tampoco lo hizo para besarme. Con los labios entreabiertos, se me aproximó lentamente, haciéndome desear que los segundos se convirtiesen en fracción de segundos. La demora no podía parecer más eterna.

Y sucedió.

Sus labios empujaron los míos con delicadeza pero con una necesidad que le arrebató lo cándido, mas no lo dulce, y para más datos, con gusto a locura. Su lengua entró en mi boca sabiéndose dueña de la situación; y más que bien, sabía lo que hacía, era un beso profundo, magnífico, pero no grosero, mucho menos desagradable. Ni mis labios ni mi lengua tardaron un segundo en corresponderle y su beso se hizo mío. En mi vida besé a alguien de aquel modo, era como si hubiese encontrado la boca para mí, la boca y el cuerpo. No sé si fue mi imaginación o qué, pero en ese instante me convencí de que nunca jamás experimentaría algo así con otra persona. Esto era simplemente único.

Meden expuso su necesidad y yo le hice saber la mía. Sus dos manos tomaron mi cabeza con garra y yo me prendí con locura de su camisa deseando romper cada una de las costuras; necesitaba sentir su pecho sobre mí.

Nuestras rodillas chocaron pero luego nuestras piernas supieron hacer espacio para que nuestros cuerpos acortasen la distancia que los separaban. Las sillas crujieron y además de eso, lo único que se escuchaba, eran nuestras respiraciones agitadas.

Su boca me supo gloriosamente bien pese a que notaba que sí, en efecto, él había bebido demasiado. El asunto es que no me importó en lo más mínimo.

Quería devorarlo, reclamarlo mío para siempre.

Se sentía tan bien que me entró pánico de que terminase y por eso, me liberé por completo, derribando las últimas ridículas trabas que creí debía ponerme, que pensé que una mujer en mi situación, debía poner.

Mi premio a eso, fue la reacción que causó en él, como si lo notase, su beso se puso todavía más intenso, su beso y sus manos, una de las cuales, bajó por mis

costillas para luego incrustarse con firmeza en la parte baja de mi espalda. Meden sabía muy bien qué hacer, se notaba que tenía mucha práctica. Lo último que pensé fue que me importaba un cuerno si afuera se encontraban Clarke y varias docenas de cocineros, tampoco me importó si me arrepentía después, en lo único que podía pensar era en que tenerlo todo para mí, al menos una vez, en que me hiciese suya, al menos una vez; que fuese en el piso, sobre el escritorio o incluso sobre esta misma silla, lo único que yo quería era a él.

Mi fuego se hizo agua cuando sin mayores preámbulos, llamaron a la puerta. Di un respingo, y Meden también. Supongo que los dos nos habíamos olvidado por completo que afuera, existía un mundo, y así, sin más, sin previo aviso, Meden quitó sus manos de mi cuerpo y se apartó, desprendiéndose por completo de mí, dejándome absolutamente ingrávida y perdida. Estaba tan confusa que me costó seguirlo con la mirada, en su avance hasta la puerta.

- *The car is here, Sr.*- dijeron desde el otro lado de la puerta.

Todavía boquiabierta, contemplé la espalda de Félix mientras la abría.

- *Just a second, Clarke*- se prendió de la puerta. ¡Ja! Como si necesitase apoyo. Era él quien estaba en pie y yo apenas si podía mantenerme sobre la silla-. *Is clear outside?*- le consultó.

- *Yes, Sr.*

Sin darle las gracias, Meden volvió a cerrar la puerta, dio la media vuelta y me miró.

- El automóvil nos espera afuera. Tenemos vía libre para salir.

Inspiré aire y cerré la boca.

Nos quedamos en silencio, mirándonos sin saber qué decir. Bien, en realidad yo sabía muy bien qué decirle, empezaría por confesarle que estaba loca por él, que lo deseaba, que me importaba un cuerno su compromiso (la fea realidad es que así era), quería pedirle que dejase a su novia por mí, que volviese a besarme, que me llevase a su casa, más precisamente a su cuarto... a su cama. Ninguna de esas palabras logró emerger de mis labios, puesto que al examinar la situación, con algo de detenimiento y un poco de claridad mental, noté en su rostro que no era exactamente eso lo que él pensaba.

- *Bebí demasiado*- soltó y sus palabras fueron una verdadera bofetada que me dejó las mejillas rojas de vergüenza-. No sabía lo que hacía. Espero que lo sucedido no arruine nuestra relación. Fue un error. Sé que no la arruinará, usted es una mujer razonable e inteligente, comprenderá que no fue... Usted

sabe que no...

Noté que su garganta se ensanchaba al tragar con algo de dificultad.

- A usted le sucedió lo mismo- decretó equivocándose. No, yo no estaba bebida, sabía perfectamente bien lo que hacía y por eso, el momento no podía ser más embarazoso-. Claro que sí, lo dos...- sacudió la cabeza y se acomodó las ropas, alisando el arrugado frente de su camisa (cortesía de mi desesperada sujeción con ambas manos)- ...no arruinará nuestra amistad- me apuntó-, usted es una mujer inteligente.

Ni porque lo repitiese un centenar de veces, podría creerme eso. Yo no era inteligente, sino una tonta que soñó con que algo podía suceder. Y... ¿amigos?, ¿desde cuándo?

Mi cabeza se convirtió en una tormenta de arena donde los pensamientos revueltos y secos no lograban contactar los unos con los otros.

Inevitablemente, mis ojos cayeron al suelo.

- Mejor póngase su abrigo, afuera hace frío.

Por un instante creí que se burlaba de mí. Sonó tan paternal, tan inocente, nada comparable con sus actitudes de un momento atrás.

Todavía no comprendo muy bien cómo es que acabé de reaccionar a sus palabras.

No sé si fue porque perdió la paciencia conmigo qué, me arrebató la campera de las manos.

- Permítame que la ayude con eso.

Moviéndose con sus dotes de felino, se colocó a mi espalda.

Ensarté mis brazos en las mangas, con muy poca delicadeza, he de decir, y él acabó de subirla hasta mis hombros, los cuales al acabar, palmeó como si fuésemos viejos compañeros de setenta años luego de jugar a las cartas, fumar unos puros y beber whisky.

- ¡Ya está! Listos para encarar la realidad otra vez.

Pese a mi estado, noté el abatimiento en su tono de voz.

Como un perfecto caballero, abrió la puerta para mí.

Allí, al otro lado, el bullicio de la cocina cercana disparó una flecha directo a mi corazón, una envenenada con el poder de la realidad. Eso era la vida real, no lo sucedido allí dentro.

Escribir su biografía: real.

Mi trabajo en la editorial: real.

Su prometida: real.

Tres hombres de seguridad esperando por nosotros: real.

Eso lo resumía todo.

Di un paso dejando atrás la fantasía.

Encogida dentro de mi campera de cuero, seguí a Meden quien se puso a hablar con Clarke sobre lo sucedido.

Yo simplemente no pude prestarles atención y así, sin más, me convertí en parte de la comitiva que avanzaba tras sus pasos, al mismo tiempo, escoltada por su escolta.

En menos de diez segundos me convertí en parte del decorado.

Mike sostenía la puerta abierta de automóvil. Meden me dejó pasar sin siquiera dedicarme una palabra o un gesto; parlotando en un tono nada feliz, incluso pasó por alto la presencia de Mike, a quien siquiera le dio las buenas noches.

Mike cerró la puerta detrás de mí.

La calefacción estaba encendida pero para mí fue como entrar en un mundo de hielo.

Alcé la vista y vi que había otro automóvil estacionado por delante de este, giré la cabeza y vi otro por detrás, y a un montón de hombres de abrigos negros merodear por allí. También vi a Meden rodear el automóvil por detrás para luego ingresar al vehículo por la otra puerta.

Mike lo rodeó por delante entrando un segundo después.

Los hombres que deambulaban se subieron a los otros dos vehículos.

Meden no entonó ni una sola palabra. Sacó su celular del interior de su saco y comenzó a tipear un mensaje con dedos furiosos.

El automóvil por detrás de nosotros, salió marcha atrás y luego Mike condujo el nuestro en la misma dirección, seguido muy de cerca por el tercer vehículo de la comitiva.

Llegamos a la casa en completo silencio.

Sé que no había verdaderas razones para pensar eso, pero la situación entre Meden y yo, se sentía como si yo hubiese hecho algo mal y por eso, él estuviese enojado conmigo.

¿Fue mi culpa?

Cuando se bajó del automóvil dando un portazo me dio la sensación de que así era.

Mike me espió por el espejo retrovisor.

- Está de mal humor- me dijo mientras Meden hacía algo muy parecido a huir de mí-. No es con usted, esas cosas le fastidian mucho.

Bajé la vista preguntándome cuanto de su mal humor se debería a los

paparazzi y cuanto a lo sucedido en la oficina del chef.

- El Señor Meden siempre intenta, por todos los medios, evitar que esas cosas le sucedan cuando va acompañado. Las soporta sin problemas si está solo, pero no le gusta que involucren a nadie más. Entiende que él es el foco de atención, no sus allegados.

- ¿Crees que tenga problemas por lo sucedido? No quisiera que su prometida...

- Tranquilícese, él lo resolverá.

El grito me hizo dar un salto. Había sido Meden, desde el umbral de la puerta, voceando el apellido de Mike sin la menor delicadeza.

Así murió nuestra conversación. Por el frente de la casa se había desplegado todo un ejército de hombres de seguridad, al que Mike se unió, para rodear el auto y abrirme la puerta.

- Que tenga buenas noches, Señorita Lafond.

- Buenas noches, Mike- me despedí en voz baja para evitar que Meden me escuchase llamar a su jefe de seguridad por su nombre de pila.

Mientras nos abrían la puerta, Meden impartió otras tantas órdenes a los gritos, luego, igual que si fuese mi padre, a los pies de la escalera, me dio las buenas noches. Entendí a la perfección que me quería fuera de su vista.

Sintiendo sus ojos clavados en mi nuca, subí cada escalón esperando que añadiese algo más, en un tono distinto.

Al llegar al descanso lo espí por encima del hombro; en silencio me miró y luego giró sobre sus talones para volver a gritar a viva voz, el apellido de Mike.

Entendí que así terminaba lo que nunca comenzó.

Durante la noche, debería convencerme de que el motivo de mi venida a Londres no era para tener algo con él, si no, para trabajar para él. Debía grabarme en el cerebro que eso no sucedería y que probablemente, cuando terminase de escribir su maldita biografía, no volviese a tenerlo cara a cara, nunca más.

A mí también se me escapó un portazo al entrar en mi cuarto.

Con furia me arranqué las ropas y me metí en la ducha otra vez, lo cual en realidad no sirvió de mucho para sacarme de la cabeza su tacto sobre mi piel, había olvidado el maldito jabón con su perfume.

A toda velocidad procurando no pensar ni en sus manos, ni en su boca, mucho menos en el calor de su pecho, dejé que el agua cayese sobre mí.

Exhausta, me calcé una de mis viejas remeras que usaba para dormir, un pantalón de franela, medias y me arrojé sobre la cama, deseando dormir y olvidar.

## 11.

**Creo que lo escuché gritar** por otros quince minutos y luego la casa quedó en silencio. Un momento más tarde sentí por encima de mi cabeza, un portazo que casi derriba la casa desde sus entrañas.

Por lo visto a Meden le gustaba azotar las puertas cuando estaba enojado.

Admitiendo mi insomnio, me senté sobre la cama y encendí una luz.

Tomé uno de los libros que había traído y me puse a leer a la espera de que el sueño llegase.

Media hora más tarde, seguía como si nada y además, la habitación me asfixiaba. Todo olía a su maldito perfume. ¡Necesitaba aire!

Salté de la cama, me calcé las zapatillas y manoteé el abrigo con el cual había dado mi primer recorrido por Londres disponiéndome a bajar a la cocina en busca de un vaso de leche tibia y de un pequeño paseo por el jardín trasero, el cual había divisado desde la distancia; había querido verlo durante el día, pero no surgió la oportunidad. Algo de aire fresco me haría bien.

La casa se encontraba a oscuras y en silencio. No daba la sensación de que hubiese ni un alma por los alrededores aunque bien imaginé que no debía ser así, supuse que no estarían todos, pero que al menos, un par de personas de seguridad habrían quedado por ahí, custodiando la propiedad.

Sin cruzarme con nadie, llegué abajo.

Me pareció ver una sombra rondando por detrás de la puerta de entrada.

Escuché un par de voces, una sonó como la de Mike. Me sentí mal por él, eran casi la una de la madrugada y afuera hacía mucho frío seguramente.

Para evitarle más problemas, me alejé de allí.

Llegué a la cocina a oscuras.

Después de abrir un par de puertas, encontré un vaso. Encontrar la leche en la heladera no fue más sencillo, aquí había dos y las dos abarrotadas de víveres. Por suerte los dos microondas encontraban a la vista.

Mientras el vaso de leche giraba dentro del microondas eché un vistazo por la puerta trasera.

La noche era más bien cerrada; incluso en la penumbra, se distinguía mucha

vegetación y un aire de lo más victoriano en el diseño de aquel exterior. Con miedo a hacer saltar alguna alarma, abrí la puerta. Por suerte, nada sucedió.

Me cerré el abrigo y salí, rodeando el vaso caliente con ambas manos. El frío se me metió en los pulmones al instante, de cualquier modo, se sintió bien, al menos el aire no olía a Meden.

Me interné en el jardín mientras bebía mi leche. De a poco, me fui tranquilizando.

Analicé la situación con algo más de frialdad: comprendía que algo me pasaba con Meden, de hecho quedaba claro que nunca había sentido nada así por nadie, sin embargo, “ese nada así por nadie” bien podría no ser lo que yo creía que era. Me convencí de que no podía ser otra cosa que encandilamiento por su persona, por esa persona que no era simplemente un hombre sino un “hombre público”, alguien muy llamativo, con un aura de magnificencia flotando a su alrededor.

Meden era una personalidad mística, tanto en lo tocante a su posición como hombre de negocios, como así también, en todos los aspectos de su vida privada, tantas cosas se decían sobre él, tantas especulaciones fueron puestas en páginas de diarios y revistas, en libretos de programas de televisión, incluso en los noticieros de negocios y economía. Sí, quizá simplemente fuese eso, me dejé arrastrar por ese magnetismo al que todos le rendían culto, incluso sin querer, incluso cuando hablaban mal de él.

Procuré aferrarme a la esperanza de que esto, fuese lo que fuese, se me pasaría en cuanto cada uno retomase su vida.

Bebía el último sorbo de mi leche cuando escuché pasos.

Supuse que sería uno de los hombres de seguridad y por eso, en un principio me quedé en mi sitio. En un primer instante imaginé que venía para enviarme de regreso adentro y no me quedó más que tragarme mis ganas de permanecer un rato más allí.

Nada de eso sucedió.

Alcé la cabeza para mirar por encima de un arbusto impecablemente podado en forma de esférica y divisé a no otro que al propio Meden, o al menos ese fue el rostro que creí identificar debajo de la capucha de la campera negra que llevaba debajo del abrigo largo y negro, que le cubría casi dos tercios de su cuerpo.

Su actitud era más que sospechosa, es más, sin verme, miró a un lado y al otro, y sólo entonces, se echó a andar hacia el fondo del jardín.



Vi que en vez de llevar sus elegantes trajes de siempre, iba con un pantalón de jean y zapatillas de lona.

El detalle no me pareció cosa menor. ¿A dónde iba así vestido a esta hora de la noche, y saliendo por una puerta trasera igual que si pretendiese escaparse de alguien? ¿De Mike, del resto del equipo de seguridad?

Dejé mi vaso dentro de la meseta de terracota en de la cual crecía el arbusto y lo seguí.

Como regalo del cielo, me cayó lo que hizo Meden a continuación. Se calzo los auriculares blancos en las orejas y luego encendió su reproductor de música. ¡No me escucharía seguirlo!

Félix Meden sabía muy bien hacia dónde se dirigía. Las nubes se abrieron para permitirle a la luna asomarse e iluminar nuestro camino, más exactamente el del hombre que iba por delante de mí, y la pared a la cual se aproximaba.

La pared y la puerta.

Me costó creer que fuese a encontrarla abierta y no vi que tuviese ninguna llave en las manos.

No conectar la alarma que estaba junto a la puerta de la cocina era una cosa, pero que esa salida estuviese abierta me parecía un descuido mayor. ¿Sería un descuido o habría alguien esperándolo al otro lado?

Entendí que esto no era una salida planeada cuando Meden se trepó a un alto macetero en el que creían lavandas, para luego, de un salto, alzarse hacia la pared.

¡Se escapa de sus hombres de seguridad!

Meden era una caja de sorpresas.

Por supuesto que si esa pared no había detenido a Meden, tampoco me detendría a mí.

Ni bien saltó hacia el otro lado, corrí y salté hacia la maceta. Me asomé hacia afuera y lo vi alejarse hacia la izquierda por una callejuela interna que daba a los jardines de todas las otras mansiones de la manzana.

Salté sobre el muro y me salió mejor de lo esperado. Pasé las piernas para el otro lado y repitiéndome que nada me sucedería, salté a la calle.

Corrí tras él, casi hasta darle alcance, y fue una suerte que no se voltease a ver si alguien lo seguía o no, porque aquí no había ni un mísero lugar en el que esconderme.

A pocos metros de nosotros se abría una calle desierta pero más iluminada; Meden salió a ésta y giró a la derecha.

Apretando el paso y cerrado del todo mi abrigo, fui tras él.

Si bien sus ropas disimulaban su personalidad, su andar no lo hacía. Con capucha sobre la cabeza o no, Meden caminaba erguido, con los hombros perfectamente cuadrados y la cabeza en alto.

Meden volvió a sacar su iPod, cambiaba la canción o algo así, y fue obvio que también le subió el volumen puesto se escuchaba el murmullo de la música desde donde me encontraba.

Mentalmente le pregunté a dónde se dirigía, en respuesta continuó andando como si eso fuese obvio.

Llegamos a una avenida y allí, dobló a la izquierda otra vez.

Un par de automóviles, entre ellos dos taxis, pasaron junto a nosotros; Meden ni los miró, simplemente siguió con su camino como si nada.

Querías tomar aire, pues este es tu aire- me dije a mí misma. Iba demasiado desabrigada para un paseo tan largo, pero por lo visto él no, caminaba igual que si la noche y la calle fuesen suyas.

Por un fugaz instante tuve ganas de hacerle notar mi presencia, pronto me arrepentí. Meden había salido de contrabando de su propia casa y eso resultaba de lo más interesante, si daba a conocer mi presencia lo arruinaría.

Esto debía envolver un secreto, uno que si lo arruinaba, jamás descubriría.

Me metí las manos en los bolsillos -se me congelaban-. Los dientes me castañeteaban.

Espero no vayas muy lejos- le dije dirigiéndome a él, mentalmente otra vez.

Mis deseos no se hicieron realidad, Meden me obligó a caminar por la fría madrugada de Londres por al menos media hora y para ese entonces, mi curiosidad ya me roía por dentro con dientes de acero.

El vecindario en el cual nos internamos era muy distinto al de veinte cuadras atrás en el que reinaban mansiones palaciegas, bonitos restaurantes y locales de reconocidas marcas de lujo.

Las calles se tornaron no únicamente más sombrías, también algo más concurridas con la salvedad de que el público, no tenía apariencia demasiado agradable.

Detecté un par de pubs.

El aire olía a cerveza, a cigarrillos y también a marihuana.

Cruzamos la calle. Mejor dicho, Meden la cruzó en diagonal hacia un portal negro iluminado con luces azules.

Me frené seco.

La puerta estaba custodiada por dos hombres y, sobre ésta, pendía un cartel igualmente iluminado de azul con un nombre: "*All mine*".

El edificio era angosto, negro, alto y con todas sus ventanas cubiertas. No me agradó ni un poco la apariencia del lugar. Me dio mala espina. Tampoco me hizo ninguna gracia que ni bien Meden se aproximó a la puerta, uno de los hombres ya estaba abriéndola para él.

¿Lo conocían?

Retrocedí sobre mis pasos quedándome parada en la esquina contraria, apartada de la ochava para evitar que los hombres que custodiaban la entrada, me viesan.

Al minuto, llegaron a la puerta del lugar, otros tres hombres; a ellos no les abrieron la puerta así sin más. Entonces las cosas comenzaron a gustarme todavía menos.

Otro hombre llegó y entró, uno salió, y otros cinco muchachos, algo ebrios creo, llegaron quince minutos más tarde. No los dejaron entrar. Los chicos se quejaron y alzaron la voz pero el asunto no pasó a mayores.

Otro hombre como de unos sesenta años, vistiendo elegante traje, se bajó de un taxi y entró.

Cuarenta minutos más tarde, de allí no había visto salir más que hombres.

El corazón se me cayó a los pies. Eso no era un bar y mucho menos un club de caballeros.

Por un momento pensé en acercarme a la puerta e intentar entrar; la idea se me quitó rápido; ¿qué esperaba ver?, ¿de verdad quería verlo allí?

Con una bola de angustia atragantada, emprendí el regreso a la casa, procurando no perderme. Por suerte el camino era bastante sencillo, pero la verdad es que me costó recorrerlo. No entendía por qué Meden tenía la necesidad de salir a hurtadillas de su propia casa, mucho menos, para frecuentar un lugar así. De hecho, no lograba convencerme de que lo hiciese; me negaba a pensar en él de ese modo, al menos en parte, porque una parte de mí, una más razonable quizá, una que también intentaba restarle importancia al asunto, me repetía una y otra vez que esto era cosa de hombres y nada más, que no tenía por qué hacer tanto alboroto al respecto.

Cuando llegué a la callejuela que daba a la parte posterior de la propiedad de Meden, me sentía pésimo, completamente desahuciada y por qué no admitirlo, con el corazón destrozado. En las últimas cinco cuerdas de mi recorrido, algo cayó sobre mí, una loza pesada que las columnas de mi raciocinio ya no lograron sostener: estaba completa y absolutamente enamorada de un hombre que apenas si conocía, de un hombre que por lo visto, era incluso mucho más complicado de lo que suponía. Un hombre cuyos ojos y piel gritaban pasión

mientas que su mente lo cubría todo con una capa de hielo.

Allí, parada frente a la pared que no tenía ni idea de cómo escalar para entrar en el jardín, rememoré aquello pocos minutos en la oficina del chef y mi cabeza se puso a dar vueltas, tal es así que me mareé... de gusto, de placer. Mis tripas se revolviéron de odio; cómo podía ser que no lograra contenerme, que le diese el gusto de experimentar todo aquello cuando él lograba controlarse lo suficiente para detenerse en un momento así, para huir de mí despiadadamente.

A punto de caer desmayada, apoyé la frente contra los fríos ladrillos de vista que componían la pared e inspiré hondo un par de veces para intentar contener el tormento que representaba su recuerdo.

Ni siquiera la helada pared logró aclarar mis pensamientos, mucho menos mis sentimientos. Apartándome de la misma, le eché un vistazo, había un par de lugares de los que podría intentar apuntarme para trepar.

Aterricé en el jardín torciéndome un tobillo. Solté una maldición. No importaba, no había nadie allí que pudiese oírme. Todas las luces de la casa continuaban apagadas y no había ni un alma a la vista.

Antes de entrar en la cocina, recogí el vaso vacío que había abandonado antes de salir.

Tuve miedo de toparme con alguien, no quería dar explicaciones, mucho menos de verme obligada a mentir. Siquiera podía pensar una buena historia con la cual reemplazar la realidad, mucho menos si con quien me tropezaba, era con Mike. Bueno, en realidad deseaba fervientemente poder tener la oportunidad de tener una charla íntima con el jefe de seguridad de Meden para intentar descubrir si el protagonista de la biografía que escribía solía comportarse de este modo, saliendo así, como un prófugo de su propia vida, por las noches, vestido como un hombre completamente distinto para comportarse quizá, como un hombre completamente distinto y posiblemente también, como el hombre que en realidad era.

¿Tendría Mike alguna idea de lo que sucedía bajo su nariz, lo admitiría frente a mí o incluso, apoyaba a Meden en sus salidas?

No lograba decidir si prefería que me respondiese que eran salidas consensuadas o que Meden en realidad se escapaba de quienes tenían como misión, protegerlo.

Lo que sí me quedaba claro es que Meden sabía a dónde se dirigía cuando salió de aquí, y la sospecha de que quizá los hombres de la puerta de ese local lo conociesen de otras noches (quizá de muchas otras tantas).

No soportaba la desgraciada hipótesis de que este no fue un caso aislado, sino parte de su rutina.

Con las luces apagadas, lavé el vaso usado, lo sequé y lo guardé en su sitio; me quité las zapatillas y asomándome al corredor, comprobé que en la casa reinaba la quietud y el silencio.

Cuando me tiré en la cama, todavía más despierta y angustiada que antes de bajar por aquel maldito vaso de leche, pasaban de las tres de la mañana.

Llevaba un buen rato percibiendo la claridad del sol de la mañana al otro lado de mis párpados. Me negaba a abrir los ojos. Necesitaba aferrarme al agotamiento y dormir y dormir. Creo que ni siquiera recordaba dónde me encontraba; incluso así, el sentimiento que oprimía mi pecho, sobre todo, por encima de mi corazón, no me permitía olvidar que algo no iba bien, que despertar implicaría pensar y pensar...enfrentar la realidad. Prefería continuar así, ciega de mente, deseaba hundir la cabeza en la almohada y revivir sus besos y sus caricias, imaginar que su aroma impregnado en las sábanas, mezclado con el mío, se debía a su presencia junto a mí, y no al simple hecho de haber usado su jabón. Mucho menos deseaba recordarlo entrando en aquel lugar, con su rostro oculto debajo de la capucha de su campera de algodón. Abrí los ojos, lo más lento que pude, para evitar que el impacto con la realidad fuese demasiado duro. De nada valió, fue estrellarme contra una pared de concreto a doscientos kilómetros por hora. La presión en mi pecho transmutó a un desastroso vacío en mi estómago que nada tenía que ver con la falta de alimento, mucho menos con una resaca debido al alcohol ingerido la noche anterior.

Quizá el dolor de cabeza que amenazaba con hacer estallar mi cráneo sí se debiese a eso.

Roté sobre la cama y fijé la vista en el pulcro techo blanco, intentando encontrar un modo de seguir adelante con sin acabar destrozada y sin arruinar mi gran oportunidad.

El deseo continuaba allí, incluso la ansiedad y ese leve aguijonazo provocado por celos cuyo origen era que ese hombre del cual poco sabía, hubiese salido en busca de otras mujeres.

Fastidiada con mi comportamiento, me levanté de la cama y fui directo al baño a refrescarme un poco y luego regresé al cuarto para vestirme.

Antes de abrir la puerta del cuarto, inspiré hondo.

Se fuerte- me dije.

Salí, el primer paso se me hizo difícil, luego, poco a poco, logré adaptarme a la pose profesional que me propuse adoptar.

Creo que incluso logré acomodarme casi a la perfección a aquel molde, igual que si mi cuerpo fuese una masa increíblemente suave y maleable.

Resultó mejor de lo esperado.

Al llegar abajo me crucé con dos de los hombres de seguridad y le di los buenos días. Al verlos, no sé porqué, me convencí de que quizá Meden todavía durmiese, después de todo, si había salido anoche...y apenas eran las nueve treinta.

Es domingo- me dije, debe estar durmiendo como un tronco en su cama.

Admito que al tener ese pensamiento me lo imaginé durmiendo en su cama, enredado en sus sábanas y por poco todo se va al demonio; al instante, me recordé a mí misma, la existencia de su prometida y su escapada de anoche.

Era ella la que tenía los verdaderos problemas, yo siquiera me imaginaba tener que lidiar con un hombre tan complicado que no parecía sentir el menor remordimiento por besar o tocar a otras mujeres y quién sabe qué otras cosas más, aunque...pensándolo bien, ¿sabría ella de sus escapadas?

No es tú problema- me recordé.

A medida que me aproximaba de la puerta de la cocina, el aroma del café se iba tornando cada vez más intenso.

Ok, Meden no bebe café- medité-, todavía duerme.

- Buenos días- entonó con sublime su voz, desde el otro lado de la mesa.

Se encontraba sentado a la cabecera de la misma, con el periódico en las manos, frente a él, descansaba una taza de té.

Sus ojos azules hicieron que mi molde se rajase en un par de lugares.

La masa se chorrearía por todas partes.

- Buenos días, Señor Meden. *Good morning Miss Smith*- dije saludando a la encargada de mantener la casa en pie. La cual ni bien me divisó, comenzó a verter café en una bonita taza de porcelana igual a la de la cual, Meden bebía su té.

- *Good morning, Miss Lafond. Coffee?*

- *Yes, please.*

- *With milk?*

- *Yes.*

- *Sugar?*

- *No, thank you.*

- Tome asiento, por favor- Me invitó Meden dejando a un lado el periódico para apartar la silla a su derecha sin levantarse de su lugar.

Yo hubiese preferido sentarme lo más lejos posible de su cuerpo, una buena opción habría sido la otra cabecera, a dos metros de distancia de él.

No pude decirle que no, una parte de mí todavía lo deseaba lo más cerca posible.

Un trozo de mi molde se cayó por el camino mientras avanzaba hacia la silla.

- ¿Qué tal durmió anoche? ¿Pudo descansar?

- Sí- mentí. Había dormido menos de cinco horas y descansar...bueno, mi cerebro se había emperrado en impedírmelo.

Lo observé, su rostro lucía imaculado, bien afeitado, sin ojeras y sus ojos claros como siempre. Me pregunté cómo lo hacía. Suponía que su regreso a casa había sido al menos, un par de horas más tarde que el mío. No tenía aspecto de haber dormido poco, ni siquiera de haber bebido. Nada de nada, se veía fresco, aunque algo me indicaba que no necesariamente de buen humor, si bien intentaba simular despreocupación.

Le lancé una mirada al periódico preguntándome si allí habría una fotografía de lo sucedido la noche anterior.

- No tiene de qué preocuparse.

Lo miré tan fijo como pude.

- Su existencia continúa siendo anónima.

Eso no me sonó bien.

- Anoche hablé con mis abogados, resolvieron todo en menos de una hora.

Mañana esos fotógrafos tendrán que salir a buscar un nuevo trabajo.

La señora Smith colocó la taza de café frente a mí.

- ¿Qué le gustaría desayunar? Hay avena, huevos...

- Nada, estoy bien así.

- *Miss Smith, a couple of toasts for Miss Lafond, please.*

Iba a decirle que no tenía hambre cuando él insistió.

- Tiene que comer algo y eso no es negociable. El café no es un desayuno adecuado.

- Usted solamente está bebiendo té.

- Yo ya desayuné, hace un buen rato, para más datos. Usted fue la última en levantarse.

- ¿A qué hora se despertó?- Pregunté con disimuló, olvidándome de las malditas tostadas. ¿Se habría levantado al alba, como era su costumbre?

- Muy temprano. Corrí, me duché y desayuné. ¿Necesita saber algo más? Mi rutina matinal es casi siempre la misma. ¿Eso es de relevancia para mi biografía?

Bebí un sorbo de café sin responder.

En respuesta a mi silencio, alzó las cejas.

- Me gusta levantarme temprano- acotó-. Me gusta correr...eso a falta de otra actividad física. Bueno, incluso puede ser que haga las dos cosas- soltó con picardía-. ¿Le gusta la mañana?- soltó así como si nada, comportándose como él mismo, en su más pura esencia.

No me estaba preguntado si me gustaban las mañanas, me preguntaba si me gustaba tener sexo por la mañana. Su rostro, en especial su sonrisa y sus ojos eran mucho más claros que sus palabras.

Mi respuesta fue sonrojarme.

- No tiene que responder, hace rato entendí que no le agrada discutir su intimidad conmigo.

- ¿Usted no tiene problema de discutir la suya conmigo?

- Creo que el sexo es bueno a cualquier hora de día.

- No, no tiene problemas con eso- me respondí a mí misma para luego beber un largo sorbo de café.

- Usted tiene serios problemas.

Y me soltaba esto después de lo de anoche.

- Como sea, no son sus problemas, Señor Meden.

- Quería volver a pedirle disculpas por lo de anoche- soltó sin dejar pasar ni un segundo-. La respeto y mucho. No sé qué me sucedió, no quiero que piense que salto encima de cada mujer bella que se me cruza por el camino.

¿Bella? Casi me atraganto con el café.

Lo miré. Me miró. Intenté descifrar si había algo más, escondido detrás de sus palabras; no encontré nada.

Por una suerte de despecho, solté: - No se preocupe, Señor Meden, nadie sabrá de lo sucedido. Entiendo que usted está comprometido. No tengo intenciones de arruinar eso. No fue nada, no se preocupe.

Se quedó viéndome igual que si yo fuese una pared plagada de jeroglíficos incomprensibles. Por lo visto él y yo no nos entenderíamos nunca.

- Bien- soltó con un suspiro.

- Bien- entoné yo sin aliento.

La Señora Smith plantó un plato con tres tostadas frente a mí. Para no tener que hablar, comencé a comer una mientras Meden regresaba a su periódico.



A los treinta segundos, la Señora Smith se disculpó y luego abandonó la cocina, yo continué comiendo como si nada.

Nos quedamos en silencio por un instante y luego Meden se levantó y fue hasta el pequeño equipo de música que había sobre la mesada y que yo no había notado antes. Bach comenzó a sonar incluso antes de que se diese la vuelta para enfrentarme otra vez, lo cual hizo por una fracción de segundo para luego alejarse, sobrepasando la mesa, en dirección a la pared opuesta de la cocina.

Recogió algo de la mesada, era un paquete bellamente envuelto en un papel azul con un gran moño azul y plateado, regresó a mí y me lo tendió sin más.

- ¿Qué es esto?- inquirí bajando la taza. No me hacía gracia que me diese nada, menos que menos si con esto deseaba compensarme de algún modo, por lo de anoche. Poco y nada me interesaban las cosas materiales que pudiese darme.

- Es un regalo- dijo insistiendo en entregarme el gran paquete.

- Sí, lo noté. No tiene que darme nada, Señor Meden.

- Quiero y punto, esa es suficiente razón para mí. Tómelo por Dios bendito- soltó es último un tanto exasperado.

A desgano, lo tomé.

Pesaba bastante.

Meden se acomodó en su silla. - ¿No piensa abrirlo? Me interesa saber si le agrada o no.

Lo coloqué sobre la mesa y delicadamente, tiré del moño para desarmarlo.

Hice la cinta a un lado y luego comencé a quitar el papel. Disimuladamente le eché un vistazo por el rabillo del ojo, Meden tenía tal cara de entusiasmo que quedé más que confundida; este hombre acabaría por volverme loca.

Por poco y me da algo cuando identifiqué la caja blanca.

- Señor Meden...- jadeé.

- ¿Le gusta? Dije que le conseguiría una portátil.

- Sí, es verdad, lo hizo, pero no...esto es...esta máquina cuesta un dineral, además...hoy es domingo.

- Sí, ya sé que es domingo- rió.

- ¿De dónde la sacó?

- La encargué ayer por la tarde y la entregaron esta mañana.

¿Esta mañana? Si apenas eran las nueve. Me pregunté qué servicio de entregas trabajaría un domingo antes de las nueve de la mañana, incluso. Eso era ridículo; solamente él podía conseguir algo así.

- Todavía no me respondió, ¿le gusta?

Claro que me gustaba, simplemente el diseño de la máquina era precioso, ni que hablar de la tecnología con la cual venía equipada, que por demás era excesivamente completa para lo que yo la necesitaba.

Lo miré sin saber qué decir, mucho menos, qué hacer.

- Señor Meden...no puedo aceptarla.

- Qué ridiculez es esa. La necesita.

- Es demasiado, puedo pasar mis notas cuando regrese a casa- empujé la caja en su dirección.

- No necesita esperar- replicó empujándola otra vez hacia mí.

- Es...

La empujó todavía un poco más.

- Bien, se la devolveré en cuanto regrese a Buenos Aires.

- ¿Me toma el pelo? La maldita máquina es suya. No sea absurda y acéptela de una buena vez.

Tragué saliva, sus ojos se habían oscurecido al punto de verse como pesadas nubes de tormenta.

Musité un “gracias”.

- De nada. Es un placer-. Tomó su taza de té-. ¿Siempre le cuesta tanto aceptar un regalo?

- Este no es cualquier regalo, Señor Meden.

- En eso estoy de acuerdo, es un regalo de parte mía.

Le sonreí ya que lo que pronunció, lo hizo con una sonrisa en sus labios y su sonrisa, era contagiosa.

- También le cuesta mucho aceptar cumplidos; eso también lo noté.

- No estoy acostumbrada a recibirlos y además...

- Pues debería- soltó interrumpiéndome-. Entiendo que debe recibir muchos...

Fue mi turno de interrumpir. - ¿Se burla de mí?

Alzó la mirada clavando sus ojos en los míos.

- No me miré así- le pedí; parecía querer asesinarme con la mirada.

- Entonces no diga tonterías.

- Usted se enoja fácil.

- No estoy enojado con usted.

- Que alivio.

- No querría verme enojado.

- Sí, ya noté que tiene un carácter fuerte.

- ¿Querrá decir, mal genio?

- ¿Es así?

Parpadeó lánguidamente. - En ocasiones, sí, cuando me dan motivos.

- ¿Qué lo saca de sus casillas?- curioseé mientras Bach sonaba alegremente.

- Supongo que esa es una lista demasiado larga.

- Dígame lo primero que le viene a la mente.

- Que la gente no acepte mis regalos.

- ¡Ja! Muy gracioso.

- En verdad eso me fastidia.

- ¿Le gusta regalar cosas?

- Lo pregunta por aquello que la gente dice que soy tacaño.

- ¿Regala porque no es tacaño o porque quiere demostrar que puede dar todo lo que se le antoje sin medir en gastos?- sé que me fui de lengua pero esta mañana necesitaba llegar hasta la fibra más íntima de este hombre. A cómo diese lugar, necesitaba entenderlo porque sentía que hasta ahora, no lograba siquiera, arañar la superficie de su verdadero yo.

Meden soltó un largo suspiro, su frente se tensó.

- Usted ataca sin piedad.

- No pretendo atacarlo, pretendo comprenderlo, es todo.

- No necesito demostrarle a usted cuando dinero puedo gastar sin preocuparme, quería darle la maldita computadora, es todo. Tengo la misma y creí que le gustaría.

- Me gusta. No se enoje. Usted es un ser humano muy difícil de conocer.

- No soy tacaño pero tampoco doy, por el mero hecho de alardear. No necesito alardear, no creo que sea correcto hacerlo, soy consciente de que no todo el mundo lleva este estilo de vida. Simplemente estoy acostumbrado a vivir así, lo admito, jamás he pasado necesidad y siempre tuve todo lo que quise y deseé. Eso es normal para mí. No es que lo haga por demostrar ningún tipo de superioridad, eso no se da en lo que tienes, se demuestra con tus acciones.

- ¿Me está diciendo que se cree superior?

- Usted me atrapa con mis propias palabras.

- Fue usted quien lo dijo.

- ¿Me culpa por exceso de ego?

- Si me permite decírselo...pues... sí, creo que a veces usted se pasa de la raya.

- Entiendo- bebió un sorbo de su té y luego se rascó el mentón, todo eso, sin mirarme, mejor dicho, evitando por todos los medios, cruzarse con mis ojos-. En mi vida nadie había tenido el valor de soltarme algo semejante.

- ¿Ahora me mandará matar?- solté medio en broma, medio en serio.

- Probablemente si eso lo hubiese dicho alguien más, ya lo estaría despidiendo o como mínimo, asegurándome de que se arrepintiese de haber soltado semejantes palabras.

- No puede obligar a todo el mundo a que usted le agrade, o que piensen bien de usted.

Movió sus ojos hasta mí. - No me importa que todo el mundo piense bien de mí.

- Pero tampoco pretende soportar que alguien le haga una crítica.

- No si es alguien que no me conoce, que no me entiende.

- ¿Existe en este mundo una persona que realmente lo conozca, Señor Meden? ¿Le ha permitido a alguien, alguna vez, llegar hasta el fondo, hasta aquello que oculta su ego?

- Traspasa todos los límites.

No pude determinar si eso fue una advertencia o qué.

- Creí que usted me había dicho que dejase mis miedos y viviese, o más o menos eso fue lo que dijo. Intento subir por la escalera para intentar colocarme en el mismo peldaño que se encuentra usted. Dijo que si no me ponía en su lugar, nunca lo comprendería. Que sea sumisa no le agrada, tampoco le hace gracia que me comporte como usted.

- No quiero que usted se comporte como yo.

- ¿Por qué, de que tiene miedo?-. Eso fue un arranque de valentía que se evaporó en un segundo.

- A veces no me gusta lo que soy o como soy.

Eso fue un arranque de sinceridad que no esperaba de su parte. Se puso tan serio que la habitación se cargó de estática, de pronto Bach me incomodó, sonaba demasiado ominoso.

- ¿Qué es lo que no le gusta de usted?

- Cinco minutos con usted son más efectivos que doce años de terapia.

- No lo creo.

- Quizá tengan razón en lo que dicen de mí.

- Usted no cree eso. No es cierto.

- Parece que es usted quien se rehúsa a creerlo.

- Fue usted quién lo negó desde el principio. ¿Por qué cambió de opinión ahora?

- No importa, de verdad que no.

- ¿Sabía que Mike tiene muy buena opinión de usted?

- ¿Spencer? ¿Qué le dijo de mí?

- Nada, él tiene mucho más tacto que yo, por lo visto. Solamente mencionó que usted no es como dicen por ahí, dijo que usted era buena persona.
  - Tendré que darle un aumento- bromeó.
  - No lo mencionó para que usted le diese un aumento, mucho menos para quedar bien con su jefe, a mí me sonó a que intentaba defenderlo.
  - Es su trabajo.
  - No, el trabajo de Mike no consiste en eso, y usted lo sabe. No lo dijo porque sea usted quien paga su sueldo.
  - Ya no quiero hablar de esto. Puedo contarle mis planes para hoy. Acepté sin rechistar. La anterior fue una conversación demasiado intensa, además, sabía que no le arrancarías todas sus verdades en una mañana.
  - Prometió que me enseñaría a disfrutar de otras cosas que no sean mi trabajo y las emociones fuertes que parecen no agradaarle demasiado.
  - Puede obtener la misma intensidad de emociones sin necesidad de tener que llevar a cabo actos cuasi suicidas. Pero no entiendo, ¿Cuál es el plan?
  - Que usted proponga algo para este domingo, me he tomado el día libre, bien, lo que resta de la mañana y la tarde, en realidad, por la noche tenemos una cena de modo que...
  - ¿Tenemos?
  - Sí, tenemos. Usted y yo.
- Sé que lo miré con ojos desorbitados.
- No se preocupe, no es nada del otro mundo. Tendrá oportunidad de conocer al responsable de esta locura. Conocerá usted a James, mi amigo, recuerda que le hablé de él, fue su idea la biografía.
  - Sí, lo recuerdo. Eso suena bien.
  - Sí, porque todavía no conoce a James.
  - Bueno, si es su amigo.
  - ¿No teme que sea como yo?
  - ¿Es cómo usted?
  - No, para nada, él le agradará.
  - Usted no me desagrada, Señor Meden.
  - ¡Ah, pero que alegría oír eso!
  - Señor Meden...- le sonreí ya que me pareció que se sentía ligeramente herido. ¿Tan sensible era?
  - Volviendo a lo que discutíamos, proponga algo.
  - No tengo idea.
  - Es un día precioso, cosa extraña en Londres.

- Podemos salir.
- ¿Y hacer qué?
- No lo sé, es usted quién conoce la ciudad, no yo.
- Qué haría en un día así, en Buenos Aires, si no tuviese trabajo que hacer, ni tuviese ganas de escribir.
- Saldría a caminar un poco, quizá a leer a un parque...
- ¡Eso!- exclamó apuntándome.
- ¿Qué cosa?
- Un picnic.

Me hizo gracia.

- ¿Quiere ir de picnic conmigo? No teme que aparezcan fotógrafos o algo así.
- Correré el riesgo.
- ¿Si?
- ¿Prefiere que me quede en casa trabajando?
- No, claro que no.
- Bien, hecho, saldremos a disfrutar del sol. O eso creo- añadió frunciendo la nariz-. Usted termine su desayuno, yo me ocuparé de organizarlo todo.
- Pero Señor Meden...- de repente su emoción me sobrepasó.

De un manotazo apagó a Bach, quien se había puesto demasiado denso y oscuro para la situación. Salió de la cocina sin darme pie a decirle nada más.

- Por Dios, este hombre me volverá loca- jadeé y luego le eché un vistazo a la computadora-. Que no seas un regalo que intenta pagar lo sucedido anoche- le pedí-. No lo seas, no lo seas, no lo seas.

## 12.

**Tal como me lo pidió**, lo esperé en el hall de entrada, lista para salir, para afrontar el resto del día a su lado, decidida a mantener a raya lo que sentía por él.

Llevaba cinco minutos esperando, cuando comencé a impacientarme. Estiré el cuello y me asomé por el corredor para ver si al menos Mike, venía en camino; ¿se habría quedado Meden al teléfono atendiendo alguno de sus negocios?

No vi a ninguno de los dos y por eso, volví a consultar la hora en mi reloj.

- Sí, dije diez y media y son...

Alcé la cabeza, Félix Meden se había detenido a mitad de la escalera para consultar su reloj.

- Son las diez y treinta y siete-. Alzó la vista-. Llego tarde.

Quise contestarle que no había problema, el caso es que no logré juntar el aliento suficiente para darle sonoridad a aquellas palabras. Es que simplemente me quedé muda al verlo. Una hora y poco atrás, durante el desayuno, lucía como si estuviese listo para ir a la oficina: pantalón de vestir, camisa, en cambio ahora tenía un aspecto completamente distinto, distinto en él para las horas diurnas, y quizá incluso distinto para enfrentar el mundo siendo “El” Félix Meden que todos conocían. Ya había tenido la oportunidad de verlo con un aspecto seméjate, solo que él no lo sabía.

Juraría que los jeans eran los mismos que lucía anoche, también el abrigo y las zapatillas, la mayor diferencia era que en lugar de la campera con capucha, llevaba un suéter gris de punto muy grueso. Cargaba en una mano un gorro de lana y en la otra, un par de guantes.

Afuera podía hacer mucho frío, pero yo, aquí dentro, ardía.

- Se congelará así- me soltó mientras por mi espalda, corría un río de sudor. Terminó de bajar los escalones y se plantó ante mí-. Tenga- entonó sacando de debajo de su abrigo, una bufanda gris que hacía juego con el suéter y con el abrigo. Pasó la bufanda por encima de mi cabeza y luego la enroscó alrededor de mi cuello.

Balbucí el más torpe “gracias” que hubiera entonado jamás.

- Fue un llamado de último momento.

Entendí que se disculpaba por la demora.

- Sí, no hay problema, Mike... es decir... Spencer todavía no llegó, ¿o es que nos espera afuera?

- Spencer tiene el día libre.

- Ah, bien. No vi a...

- Si no le molesta, hoy seré su chofer.

Me quedé de piedra, ¿saldríamos solos?

- ¿Está bien eso?- soltó, supongo que al darse cuenta de mi estado catatónico.

Le contesté que sí con la cabeza.

- Soy buen conductor, se lo juro. No tema. ¿Nos vamos?- entonó luego de esquivarme para abrir la puerta.

- Sí, claro.

Se encasquetó el gorro de lana sobre la cabeza y yo me cerré un poco más el abrigo.

Afuera brillaba el sol y el aire se veía límpido y resplandeciente, aun así se notaba, a través de los cristales de la puerta, que el aire era frío.



Meden me cedió el paso. Caminamos en silencio hasta la calle.

Del bolsillo trasero de sus pantalones sacó un juego de llaves, uno del cual colgaba un llavero con un gran corazón rosa de tela. El detalle me pareció más que cómico y también, por demás extraño.

Busqué el auto en que nos habíamos estado trasladando desde que llegamos a Londres y no lo encontré.

- ¿Todo está bien?

- Sí, claro.

- Es por aquí.

Meden me señaló hacia la mitad de cuadra.

Me pregunté de qué se trataba todo esto.

- Hace un día perfecto. ¿No lo cree?

- Es un poco frío para mi gusto.

- Es que está desabrigada.

- No, es que prefiero el calor.

- Lástima, no puedo hacer que sea verano- me dijo con una gran sonrisa que le iluminó hasta lo más profundo de su fría y sólida mirada azul.

- No necesita hacer que sea verano, creo que también puedo disfrutar del frío.

Esta vez, su sonrisa fue más tímida. Se detuvo.

- Helo aquí: nuestro transporte- extendiendo ambos brazos, me presentó nuestro vehículo.

Era un pequeño automóvil verde de dos puertas; un simple, conocido y nada ostentoso Ford. Una automóvil que fácilmente se camuflaba en cualquier calle, no cómo su otro automóvil.

- ¿Decepcionada?

- ¿Por qué habría de estarlo? ¿Es suyo?- pregunté expresando mi desconfianza, simplemente no tenía su cara, ni su estilo, ni su forma de ser, tampoco el llavero del cual pendían las llaves. No, definitivamente este automóvil no era suyo.

- ¿No puede serlo?

Su cara de póker era más que evidente.

Lo enfrenté con una ceja en alto y una sonrisa que le decía: vamos, ¿de verdad?

- Me lo prestaron- admitió bajándose de su pedestal-. Podría ser mío- añadió.  
- Seguro que sí, no me cabe duda de que podría comprar uno, pero la pregunta es: ¿iría por la vida con un vehículo que simplemente fuese uno más del montón?

- Supongo que me haría bien intentarlo, ¿no cree?

Asentí con la cabeza.

- La función es la misma, nos llevará a dónde queremos ir, y hablando de eso...dónde se supone que vamos.

- Hyde Park. Le gustará.

- Seguro, pero no cree que si vamos a hacer un picnic deberíamos...

Meden no me dio tiempo a terminar la frase, desactivó la alarma y fue directo a abrir el baúl del auto. A la vista quedó una gran canasta-. Esto servirá, ¿no cree?

- Cuanta organización- comenté con una sonrisa, aquello no era una simple canasta sino una específicamente destinada a picnics con todas las de la ley, muy inglesa por cierto.

- Intento que no se me escape nada, para más datos, soy obsesivo con la organización, el orden y la limpieza.

- ¿Maniático?

- Enfermo- aclaró con una gran sonrisa. Sin duda estaba de muy buen humor.

- Bueno, quizá su estado no sea tan grave, comienza a cambiar su patrón.

- ¿Sí?

- Sí, va de jeans y zapatillas, no lleva corbata, se ha puesto un gorro que sin duda despeinará su cabello y se subirá a un automóvil que tiene salpicaduras de barro en los costados.

A mi comentario Meden soltó una de las más alegres y cantarinas risas que hubiese oído jamás.

- Andando- me dijo todavía riendo. Abrí la puerta para mí y luego se subió por el otro lado.

Durante el viaje, charlamos más que nada sobre la ciudad, sobre sus negocios y también me contó anécdotas y relatos sobre los lugares que había visitado. Se soltó y relajó conmigo más que nunca. Me contaba cosas que yo desconocía, pero el modo en que las relataba, hacía que me sintiese igual que si fuésemos viejos amigos.

Fue como tener frente a mí, una persona completamente distinta, una que por lo visto, ya no necesitaba ir por la vida con la guardia en alto. Se deshizo casi por completo de su coraza, o quizá fuese que simplemente me permitió ingresar en su dura burbuja. El pequeño Ford verde manzana era nuestra burbuja, la cual nos aislaba del resto del mundo, incluso de nuestras vidas.

- ¿Le parece bien allí?- apuntó en dirección a un árbol inmenso de aspecto acogedor, que parecía esperar por nosotros. El parque era simplemente bellissimo, por dónde se lo mirase, uno veía una postal digna de retratar, es más, desde que nos bajáramos de automóvil, yo llevaba tomadas al menos media docena de fotos, pese a que Meden no paró de burlarse de mí por mi obsesión en retratar cada instante. Si supiese la cantidad de veces que me contuve de tomarle una fotografía a él, la que pudiese guardar para recordar estos días, luego de que cada uno continuase con sus respectivas existencias.

- Perfecto.

- ¿No le tomará una fotografía al árbol?

- Ya no se burle de mí. Quiero llevarme un buen recuerdo.

- Cada momento a mi lado, es un buen recuerdo- bromeó y rostro rebosó de vida. De repente juraría que vi un poco de ese Meden adolescente que quería recorrer el mundo con su banda de rock.

Siguiéndole la corriente, le tomé una fotografía al árbol y luego, una a él. Fue una chiquilinada que me salió del alma; ni lo pensé, estábamos ambos de ánimo juguetón y lo hice. Tenía que admitir que me divertía con él, a su lado también lograba relajarme y ser más yo misma.

- ¿Qué hizo?- me enfrentó fingiendo enojo si bien en realidad sonreía.

- Ya se lo dije, son recuerdos-. Le tomé otra foto.

- Eso...- me advirtió apuntándome con uno de sus largos dedos.

El disparador de mi máquina fotográfica sonó otra vez.

- ¿Busca despertar a la fiera? Se lo advertí, le dije que no querría verme enojado.

En respuesta le tomé otra fotografía más y por las dudas, retrocedí.

Su sonrisa se había ensanchado todavía más, igual que la mía.

- ¡Deme aquí!- soltó luego de largar la canasta.

Me escapé de él corriendo un par de pasos.

- Señorita Lafond- se plantó ante mí cruzado de brazos-. La cámara- me pidió extendiendo una mano hacia mí. Sus dedos se movieron sugerentemente-. No querrá tenerme de enemigo.

- ¿Por qué? No me amenace Señor Meden, usted es inofensivo.

- ¿De verdad cree eso?

Quedé embriagada con la mirada que me lanzó en respuesta.

Sin decir ni “A”, se lanzó sobre mí. No me lo esperaba y por eso, nada pude hacer para evitar que me arrebatase la cámara. Al instante comenzó a tomarme una fotografía tras otra.

Chillé su nombre y salté sobre él. Nos reíamos a carcajadas igual que dos estúpidos adolescentes. Me importó un cuerno si el resto de los londinenses nos contemplaban igual que si fuésemos dos alienígenas. Los dos tironeábamos de la cámara y de su correa, mientras el disparador no paraba de sonar.

Al final no sé si es que logré quitársela o que simplemente me la cedió. Para cuando terminábamos estábamos los dos sin aliento.

- Me vengaré.

- Yo tengo las fotos- amenacé.

Tranquilamente se alejó de mí, recogió la canasta del suelo y mirándome por encima de su hombro soltó: - tengo el almuerzo.

- No importa, no será la primera vez que me salto una comida- lo chaceé a sabiendas de que con aquella pulla, daría en el blanco.

Meden me miró en silencio. Lentamente se dio la vuelta y luego soltó la canasta en el suelo.

- Me atrapó.

Cuánto me hubiese gustado que ese “me atrapó” se debiese a otra cosa.

Nos acomodamos al sol, dejando la canasta en la sombra. Meden desplegó sobre la manta, comida suficiente para alimentar un regimiento, y también alcohol de sobra para emborracharme.

Comí demasiado, todo estaba exquisito, incluso el vino, del cual bebí más copas de lo recomendable. El día simplemente era perfecto y la compañía también ya que él se mostraba por demás conversador. Lo escuché hablar y hablar de sus negocios; sin duda que le apasionaba lo que hacía. También me enteré que como ya suponía, no era un hombre de muchas amistades, y que en realidad, nunca había tenido demasiadas. Era reservado, incluso de pequeño había sido algo tímido y retraído, y si bien hoy en día era tanto más extrovertido y público, aún conservaba para sí, su intimidad.

De sus personas cercanas, me habló únicamente de James, ambos se conocieron en la escuela cuando tenían seis años y hasta este día, continuaban muy unidos. Por lo que deduje de sus palabras, si bien James era y siempre

había sido su mejor amigo, Meden no solía compartir con nadie sus verdaderos problemas, y con ello me refiero a sus angustias o anhelos truncados, con él hablaba de banalidades y discutía algún que otro detalle de su vida privada, pero jamás, se había sincerado por completo con nadie. No es que él pusiese todo esto en palabras exactas, se sobreentendía que el contacto humano no era lo suyo, y con eso no me refiero al contacto físico, sino al que involucra sentimientos.

Obviamente, poner a Meden en contacto con su compasión y humanidad no sería tan sencillo.

- Cuénteme de dónde surgió la idea de escribir su biografía.
- Ya le expliqué que fue idea de James- dijo tomando una fotografía de algo que se hallaba a su izquierda, supongo que debía ser del paisaje, porque por el camino cercano no pasaba nadie.
- Sí, pero porqué usted le hizo caso, dudo que se deje influenciar con tanta facilidad, o es que James lo conoce muy bien y sabe exactamente qué hacer para obtener lo que desea- bebí un sorbo de vino-. Quizá deba tener una conversación con él- bromeé.

Meden bajó la cámara y me miró serio; en realidad sonreía.

- Discutía con James sobre las cosas que escriben sobre mí, le decía que estaba harto de soportar aquello, y entonces, él lo propuso, dijo que tenía todo el derecho de mostrar la verdad-. Inspiró hondo y luego soltó el aire por la boca-. Lo primero que pensé es que esa era la idea más ridícula y estúpida que hubiese escuchado jamás.
- ¿Y qué lo llevó a cambiar de parecer?
- Algo que alguien dijo.
- ¿Algo que alguien dijo? ¿Qué fuese ese algo?
- No tiene demasiada importancia.
- Sí la tiene, evidentemente fue algo lo suficientemente rotundo para empujarlo a cambiar de parecer.
- No, no lo fue, fue más bien una duda.
- No lo comprendo.
- Algo que me hizo dudar sobre lo que pensaba, sobre lo que creí tener una certeza absoluta.
- Sigo perdida.
- No fue algo que me hiciese cambiar de parecer sobre la idea de James, el asunto de la biografía todavía no me convence.
- ¿Entonces?

- Fue algo que me llevó a pensar que quizá pudiese tener motivos para querer concretar la idea de mi amigo.

- ¿No podría intentar ser más claro?

- Quizá; es que no estoy seguro de querer ver a donde nos lleva esta conversación.

- ¿Por qué, de qué tiene miedo?

- De las cosas que usted logra arrancarme.

- Usted me cuenta lo que me quiere contar, yo no le arranco nada.

Me miró.

- ¿De verdad cree que le debe explicaciones al mundo o algo así? No me diga que el libro simplemente saldrá como elemento de una campaña de publicidad, para mejorar su imagen.

- Eso último deleitaría a James, él quiere convertirme en el hombre del año o algo así, sería feliz si yo llegase a ser presidente o si ganase un premio Nobel.

- ¿Está interesado en esas cosas?

Negó con la cabeza.

- Entonces...¿me dirá por qué hacemos esto?

Se tomó un momento antes de responder. - Porque alguien me habló de una persona con tanta pasión y cariño que me hizo dudar sobre una de las creencias más firmes que yo tenía...creía que en verdad, en este mundo, nadie valía la pena, en especial...yo.

El tiempo se detuvo. Un estremecimiento me recorrió toda la espalda. Me dieron ganas de saltarle al cuello, abrazarlo y decirle que eso no era más que un absurdo, él valía la pena, o al menos eso es lo que yo deseaba creer.

¡Necesitaba creer en él, porque al igual que él, a mí me costaba horrores creer y confiar en los demás, quizá también, en especial creer en mí misma!

- Usted vale la pena, Señor Meden. Y mucha gente en este mundo, también lo vale. Es difícil encontrar a esas personas- le sonreí-, no se cierre o perderá la oportunidad de detectarlas.

- ¿Usted encontró alguna?

- Tengo dos muy buenos amigos con los que sé, puedo contar.

- Tiene suerte.

- Lo sé, son solamente dos pero valen por miles-. Pensé en Valeria y en Lautaro y de pronto, comencé a extrañarlos horrores, todavía no caía en que llevaba dos días aquí y aun no los llamaba.

Meden apartó la mirada.

- Usted puede contar conmigo.

Giró la cabeza y volvió a mirarme, creo que casi se desnucó.

- No tengo mucho que ofrecer pero si necesita algo, algún día...digo, es que... incluso cuando el libro esté terminado; puede contar conmigo para lo que sea. Le sonreí-. Sabe dónde encontrarme.

- Gracias.

- No tiene nada que agradecerme, Señor Meden. De verdad, no se lo digo simplemente por decir, cuando esté de paso por Buenos Aires y no tenga ganas de trabajar, pase por casa, podemos tomar un té o salir a caminar un rato.

- Lo haré.

Dudaba que lo hiciese. En cuanto todo terminase y volviésemos cada uno a su rutina, como mucho, le tomaría una semana olvidarse de mí.

Ese pensamiento me entristeció.

Bien, al menos me quedarían sus fotografías, tanto las de su rostro, como las que se había dedicado a tomar con mi cámara.

- En fin...- solté un suspiro-, por qué me eligió a mí para esto. Bien podría haberlo escrito su secretaria. Usted dice que ella es muy eficiente.

- Ella tiene muchas cosas de que ocuparse.

- Sigo sin entender por qué me escogió a mí.

- Porque creo que hará un buen trabajo.

- ¿Podré? Usted me ha contado muchas cosas pero...

- ¿Pero qué?

- Usted en realidad no permite que lo conozca. No puedo escribir la biografía de alguien que no conozco.

- Le he contado muchas cosas.

Asentí con la cabeza. - Pero aún continúa impidiéndome saber quién es usted.

- No sé qué quiere que le diga.

- Lo que le pasa por la cabeza.

Sonrió, mas no fue una sonrisa feliz sino una impregnada de sentimientos tanto más oscuros.

- Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

- Señor Meden, hablamos de personas, no de negocios. El punto aquí es que usted quiere que la gente sepa quién realmente es, no esperan un reporte de su economía, mucho menos un recuento de cada uno de sus días. Nada de eso servirá, a menos que usted les explique qué influencia han tenido esos viajes en usted, cómo es que cada cosa que ha hecho o dejado de hacer, lo convirtieron en el hombre que hoy es.

Quería que me contase porque anoche se había escapado de sus hombres de

seguridad, que me confesase quién era esa persona de la cual le había hablado, la cual de algún modo le devolvió algo de confianza en la humanidad, que me dijese si amaba a su prometida o no, que dejase de ser el Meden público para compartir conmigo el hombre que llevaba dentro, ese mismo que en este instante llevaba aquellas viejas Converse y que tenía la vista clavada en el horizonte pensando en solo Dios sabe qué.

- Las personas pueden ser más complicadas que los negocios.

- Sí usted lo dice... Es usted quien sabe de eso. Yo no tengo ni idea de cómo hace para manejar todas las compañías que dirige.

- A veces siento que llevo una eternidad haciéndolo.

- ¿Le gustaría hacer otra cosa?

- No, en realidad no.

- Quizá necesite unas buenas vacaciones.

Me sonrió. - Es probable-. Se tomó un momento y luego continuó-. ¿Usted sabe de gente? Los negocios no son lo suyo, pero qué me dice de los seres humanos.

- La verdad es que tampoco son mi fuerte. ¿Le confieso algo?

- Adelante.

- Escribir es mi modo de intentar comprender a las personas. Imaginar cómo otras personas podrían actuar o sentir en determinadas situaciones me ayuda a intentar comprender a los que me rodean.

- ¿Da resultado?

- Ayuda a aceptar las diferencias sin embargo no evita el dolor.

Meden me miró esperando más.

- Las decepciones; salir lastimada, esperar de quienes prometen hasta comprender que esas promesas no se harán realidad nunca.

- No esperar nada de nadie es más saludable, así nunca te decepcionas.

- No sé si podría vivir así, es que cuando yo me comprometo algo, cuando doy, lo hago al cien por ciento y me cuesta creer que para otros la vida sea tan ligera- se me llenaron los ojos de lágrimas y parpadeé para espantarlas, igual que a los recuerdos que deseaban emerger para torturarme. Le sonreí en un intento de disimular mi tristeza-. Usted es un obsesivo con el orden y el control, yo lo soy con los compromisos, con los afectos, con mis relaciones. Sé que uno no debe dar esperando una retribución a cambio...es que a veces no me entra en esta cabeza dura que tengo que las personas no...- no pude terminar la frase.

- No está mal sentir con esa intensidad.

- Supongo que no-. Para tragarme las lágrimas, las empujé con un trago de



vino.

- Tiende a idealizar a las personas-. No me lo preguntaba, lo afirmaba.

- Sí, supongo- admití. Hice un esfuerzo para quitarme toda esta conversación de encima, regresando el objetivo de la conversación a su persona-. Usted quizá no lo crea, pero por su trabajo, es evidente que confía en la gente. Tiene miles de empleados.

- No piense que confío en ellos con los ojos cerrados, nunca me puedo descuidar, e incluso, sin descuidarme, a veces termino pagando por la falta de compromiso de otros. De cualquier modo siempre creí que si uno desea, puede superarse alcanzando y sobrepasando todas sus metas, eso es algo que intento inculcarle a mis empleados.

- Entonces sí confía en la gente.

- No ciegamente como usted.

- Yo no hago eso.

- Sí, es lamentable pero usted confía en que todo el mundo es bueno, que todos le dirán la verdad siempre, que no la lastimarán jamás. Las personas no son así, todos los seres humanos somos enteramente capaces de hacer mucho daño, de causar mucho dolor.

- Eso ya lo sé, Señor Meden.

Nos quedamos en silencio.

- ¿La lastimaron alguna vez?

No pude más que asentir con la cabeza.

- ¿Qué le hicieron?

- Ya no tiene importancia, es algo que quedó en el pasado. No quiero hablar de ello, no tiene sentido.

- ¿Me lo contará algún día?

- Quizá. No lo sé. ¿Qué me dice de usted? ¿Lo lastimaron alguna vez?

- Creo que el dolor me lo he causado yo mismo. Llevo demasiados años intentado decidir si el que mis padres naturales me entregasen por dinero fue un favor que me hicieron, o si representa una herida que aún no sana.

Lo que hice a continuación fue una completa locura, pero fue un gesto que me salió del alma. Dejé mi vino a un lado y estirándome sobre la manta, le rodeé el cuello con los brazos y lo abracé. Meden se puso rígido y en ese estado permaneció por un par de segundos hasta que finalmente su espalda se relajó, también su cuello; luego sus brazos rodearon mi espalda, aferrándose a mí con una fuerza tal que creí que me rompería todas las costillas.

- Estoy segura que tus padres te amaban- le dije tuteándolo-. Seguro hicieron

lo que creyeron que era mejor para ti.

- ¿Entonces por qué no se siente así?

Sus palabras me partieron el corazón.

- No tengo ni idea de quién soy- añadió-. Nunca lo supe; tengo la constante sensación de que no soy más que un fantasma, algo que alguien creó.

Esto era mucho más de lo que yo esperaba de él, más de lo que creí que podría escribir en su biografía.

- No lo es. Eres real, Félix. Eres muy real.

Con su respiración entre mi nuca y mi oreja, sentí que comenzaba a clavar sus dedos en mi espalda, apretándome contra él.

Lo que comenzó siendo un abrazo fraterno, al menos para mí, cambió a algo muy distinto, y no solamente por sus gestos, sino también por mis deseos. No me estaba dejando arrastrar a algo que no quisiese, sino a algo que deseaba con locura. Quería besarlo, acariciarlo.

Meden hundió su rostro en mi cuello y allí respiró, solando su aliento sobre mi piel, lo cual hizo que comenzase a perder la cabeza.

Mis párpados cayeron pesados. El contacto de su piel con la mía era mucho más de lo que podía soportar.

Supuse que el beso era inminente. Me equivoqué. Meden apartó sus manos de mí, y apuntalándose con éstas en el suelo, retiró su rostro de mi cuello y luego apartó su cuerpo del mío, obligándome a soltar su cuello.

No logré decodificar lo que se movía detrás de la mirada que sus penetrantes ojos azules me dedicaban.

- No quiero esto- entonó al cabo de un par de segundos.

- ¿Qué cosa?

- No es bueno para usted...que confíe en mí. No se lo recomendaría a nadie, menos a usted, porque usted creerá en mí, sin importar qué.

- No es cierto.

- No soy un maldito desgraciado, tampoco soy un santo, hago lo mejor que puedo para no lastimar a las personas que me rodean. No resulta tarea sencilla pero lo intento, por eso es que prefiero que todo quede muy claro desde el principio en todas mis relaciones, por eso me gustan mis negocios, siempre de por medio existe un contrato que lo aclara todo, para que luego no vengan los reclamos ni las decepciones.

- No pude manejar todas sus relaciones interpersonales con contratos, el mundo no funciona así.

- Así funciona mi mundo.

- No puede controlarlo todo, incluso con un contrato de por medio, siempre hay cosas que pueden salir mal.

- Para eso están mis abogados- gruñó poniéndose muy serio-. No me gustan las sensiblerías. No soy así. Encandilarse con tonterías te aleja de tu objetivo.

- ¿Cuál es su objetivo?

No me contestó y no insistí porque supe que no respondería a mi pregunta.

- Debe ser agotador intentar controlarlo todo y a todos, sobre todo a las personas. Me intriga saber cómo es que hace para controlar lo que los otros sienten o piensan-. Esto último salió de mi ego herido a causa de su rechazo y de la distancia que volvía a poner entre nosotros; siquiera me atrevía a aceptar que en realidad, más allá de su ridículo empeñamiento en querer controlar a la gente, poner distancia entre ambos, enfriando nuestra “relación”, era lo mejor de todo.

- Es lo que es. No me interesa cambiarlo.

Desesperada por decir cosas que no debía, me mordí el labio inferior hasta que me dolió.

- Bien- entoné recogiendo mi copa de vino. Aparté la mirada, necesitaba un respiro de la contemplación de su persona, la cual me turbaba por completo. Sentí la imperiosa necesidad de regresar a casa antes de que esto terminase mal.

- Deberíamos caminar un poco, estoy aburrido, hemos estado demasiado tiempo aquí sentados.

- Claro, como guste-. De un trago bebí el resto de mi vino.

En silencio recogimos todo.

Caminamos una media hora y luego él sugirió regresar a la casa. Acepté sin siquiera parpadear, su fulminante silencio me desconcertaba incluso más que sus palabras, más que su errante comportamiento que saltaba del fuego al hielo sin faces intermedias.

- Gracias a Dios, comenzaba a preocuparme- soltó Valeria luego de saludarme, había decidido que la llamaría en último lugar para poder hablar con ella con tranquilidad y sin apuro; la conversaciones con mi papá y con Lautaro fueron mucho más ligeras y frívolas de lo que sería la que tendría con ella.

- No tuve tiempo de llamar antes-. Es que Meden no me permite pensar en otra

cosa que no sea él- añadí mentalmente.

- Cuéntame cómo está todo por ahí. ¿Qué tal va el trabajo? ¿Cómo te trata Meden? Sabes que nadie dirá nada si lo abandonas; ese hombre puede ser...

- Muy difícil- completé interrumpiéndola-. Sí, lo es. Creo que tengo mucho material.

- Me cuesta creer que te contara sus secretos.

Definitivamente no lo había hecho.

- Es una biografía con la que pretende mejorar su imagen, seguro que no lo hizo, de otro modo, publicar aquello sería para empeorar el concepto que se tiene de él, no para mejorarlo.

- No es tan malo. Cada uno vive su vida lo mejor que puede.

- No tienes que defenderlo. ¿Es que acaso ya logró lavarte el cerebro? Ese hombre es un peligro. Te lo advertí, no le permitas meterse en tu vida.

- Es en serio, Vale, él tiene sus cosas... todos las tenemos.

- El tipo es un desgraciado- chilló con una fuerza tal que agradecí estar encerrada en mi cuarto, de otro modo, cualquiera hubiese podido oír su voz emerger de mi teléfono celular.

- Exageras.

- No quiero ni imaginar las razones por las cuales lo defiendes. Gabriela, no te enamores de él, por favor.

- ¡¿Qué?!

- Seguro que intentó algo, no le gusta perder el tiempo. Tiene que ganarse a todo el que se cruza por su camino.

- Lo viste una vez, no lo conoces- solté en mi defensa-. No tienes ni idea.

- Con eso fue suficiente. Es un desgraciado que se vanagloria con sus conquistas, deber llevar un recuento de cuantas mujeres se llevó a la cama. Eso último no me gustó. ¿Sería que simplemente se dejaba llevar por las cosas que decían de él? Me pregunté cómo se había comportado Meden con ella, cuando se conocieron; en este instante me dio miedo preguntárselo, temía que me respondiese algo que no me gustaría, más miedo me daba cuestionarle eso a Meden y que lo aceptase sin más. ¿Lo que hacía conmigo era lo mismo que hacía con otras mujeres? ¿Era ese el Meden real, o el que yo creía conocer, el hombre del cual probablemente me hubiese enamorado si no es que lo estaba ya?

- ¿De dónde viene todo eso?- inquirí aterrada de la respuesta que pudiese darme.

- De la realidad- contestó con sequedad-. Cinco minutos con él bastan para

identificar su maldad.

¿Maldad?

- No sé qué fue lo que te dijo, que pretende hacerte creer... seguro que lo que mencionó, lo hizo a sabiendas de que era exactamente eso lo que necesitabas escuchar de él, para hacerte caer en sus garras.

- ¡Valeria!

- ¡Es un manipulador! ¡Un maldito embustero! No puedes confiar en él y mucho menos creer en nada de lo que te diga.

Algo muy parecido me había dicho el propio Félix.

- Vuelve a casa, olvídate de él. Te conozco, sabía de antemano lo que sucedería, por eso no quería que viajaras. Regresa a casa, hablaremos con mi padre, conseguiremos quien publique tu libro. No necesitas a Meden. Apártalo de ti, pon entre ustedes la mayor distancia posible. No le permitas meterse en tu cama.

Eso último me enfureció.

- ¡Basta! ¡Suficiente! No te llamé para...- del enojo me atraganté con mi propia saliva; apenas si podía respirar y tenía la sensación de que mi corazón explotaría de un momento a otro o que saldría disparado de mi pecho luego de reventar mi tórax-. ¿Qué te sucede?

- Me sucede que te enamoraste de ese desgraciado, lo sé. Lo sabía antes de que partieras.

- Llamé porque...- no logré terminar la frase. Sí, la había llamado porque sabía que desgraciadamente, amaba a Meden, que estaba loca por él en cuerpo y en alma, y que a decir verdad, lo deseaba en mi cama al menos una vez, incluso a sabiendas de que no regresase nunca más, de que podía ser como ella decía: todo esto no fuese nada más que un juego de seducción, de que terminase mi nombre en una lista de las mujeres con las cuales había tenido sexo una vez. ¡Nada de eso me importaba! Al menos por ahora-. No llamé para discutir, llamé porque te extrañaba, porque necesitaba hablar con mi mejor amiga.

- Estoy muerta de preocupación por ti. Simplemente intento evitar que cometas una locura. No dejes que te controle, no se lo permitas.

- No me controla- bufé furiosa. Furiosa porque en realidad temía que sí lo hiciese, y porque en realidad era probable que en verdad yo fuese una tonta que se entregaba en cuerpo y alma sin ver más allá de lo que deseaba ver; sin ver la verdad.

Valeria me rogó una vez más, que regresase a casa y yo siquiera le contesté.

Pese a que tenía tiempo de sobra, le dije que debía cortar la comunicación porque tenía que prepararme para la cena de esta noche. Sin más, le prometí que la llamaría pronto.

Cuando corté me quedé con un nudo en el estómago y mal sabor en la boca. Llevaba media hora sentada en mi cama, mirando la pared, demasiado ahogada en mis propios pensamientos, cuando llamaron a la puerta.

- Soy Meden- entonó él, desde el otro lado de la puerta.

Me arrastré por encima de la cama para atravesarla y luego bajé al piso, iba descalza, con el pelo revuelto porque no había hecho otra cosa, en esos treinta minutos, que revolvérmelo tironeando de éste de un lado para el otro -como si eso fuese a acomodar mis ideas-, y con muy mala cara (sentía mis mejillas flácidas y mis ojos a punto de estallar en lágrimas). No quería que me viese así, de cualquier modo, no tenía importancia, lo único que importaba es que en realidad, deseaba verlo, deseaba sentir su perfume, tenerlo para mí al menos unos segundos más.

Abrí la puerta, iba con la misma ropa que lleva en nuestra salida, sin embargo su semblante no era el mismo, era el Meden frío, calculador y obsesivo. El mismo cuyos ojos no me tenían piedad, y con estos, recorrió mi cuerpo desde mis pies hasta mis ojos.

- ¿Se encuentra bien?- demandó saber con un tono áspero y severo que le hubiese servido a la perfección para arrancarle a un maleante, la confesión de todos sus delitos.

- Cansada, es todo- mentí.

- Bien, si quiere saltarse lo de esta noche...

- De hecho estaba en la cama, descansando un poco.

- Dormía, entonces.

- No, no se preocupe, no me despertó. No me perdería por nada lo de esta noche; quiero conocer a su amigo.

- Bueno, que bien porque viene a traerle esto.

De no sé dónde, sacó una elegante bolsa que contenía una caja enorme.

- ¿Qué es?- dije retrocedido un paso. No quería más regalos suyos. No necesitaba nada de eso.

- Es para que lo use esta noche, bueno, si le agrada-. Me tendió la bolsa.

- ¿Qué hay de malo con mi ropa?- repliqué enojada. Estaba furiosa y todavía no sabía muy bien porqué.

- Su vestuario no tiene nada de malo.

- ¿Entonces?

- Tome el maldito vestido- gruñó poniéndose furioso en un parpadeo.

Su tono y su actitud me asustaron.

- Es un regalo, es todo-. De muy mal modo, empujó la bolsa contra mí y no me quedó más remedio que tomarla, pese a que me hubiese gustado mucho revoleársela por la cabeza.

- No necesita darme nada, se lo dije.

- Usted es imposible- me acusó.

- También usted, Señor Meden.

Nos quedamos en silencio.

- ¿Se irá?- preguntó al cabo de unos segundos.

- No me faltan ganas- le dije con sinceridad, la verdad es que en este momento sí, tenía muchas ganas de armar mis valijas y regresar a casa.

- Se lo advertí.

- Sí, supongo que lo hizo.

- ¿Se irá?- repitió.

Negué con la cabeza. No tenía el coraje para irme ahora. Permanecer tampoco era una decisión sencilla.

- *I always fuck up everything I touch. I don't want to do it to you, the same I always do to everybody.*

La garganta se me cerró y la bolsa por poco se me cae de las manos.

- Entonces no lo hagas- entoné con lo poco que pude encontrar de mi voz.

- Entonces no me tientes- me contestó y así sin más, se me aflojaron las rodillas.

Nos miramos sin decirnos nada más y si bien los silencios pueden ser muy elocuentes, no supe reconocer los significados de aquel que se formó entre nosotros.

- Salimos a las ocho.

- Estaré lista.

Dio media vuelta y se fue.

Para las ocho menos cinco, esperaba en el hall de entrada, enfundada en el increíble y sexy vestido negro que Meden, en persona, me había entregado. No era para nada una prenda que yo hubiese elegido, puesto que era quizá demasiado corto y a pesar de ser elegante, enseñaba demasiada piel a través del suave, delicado y elaborado encaje de las mangas y escote, de cualquier

modo, era precioso y por más que me diese mucha vergüenza admitirlo, me sentaba bien.

Llevaba el cabello suelo, arreglado lo que mejor posible; y no resistí a la tentación de ponerme algo de maquillaje, quizá, inconscientemente adrede para tentarlo pese a sus advertencias.

En las manos, sostenía mi campera de cuero.

Moría de los nervios de volver a verlo.

Casi me caigo sentada cuando lo vi bajar las escaleras, enfundado en un elegantísimo traje negro, con camisa blanca y una corbata color peltre, con gemelos en los puños de sus camisas y dos vibrantes zafiros en los ojos.

Su exquisito aroma llegó a mi nariz.

- Buenas noches- saludé.

- Buenas noches.

Me miró de arriba abajo.

- Es muy bonito- dije pasando las manos por la falda del vestido-. Gracias.

- Lo es porque lo lleva usted-. Me sonrió-. De nada.

- Esto creo que no se lo devolveré- bromeé haciendo referencia a que le había dicho que no pretendía conservar la costosa portátil que me diera.

- Mejor así, porque no creo que el vestido me sirva, no es mi talla.

Su broma me arrancó una sonrisa.

- ¿Nos vamos?

- Cuando usted diga.

- Permítame-. Con delicadeza me arrebató la campera de las manos para luego ayudarme a ponérmela.

Afuera nos esperaban tres automóviles negros. Subimos en el del medio.

- No tema poner a James en su lugar si se lo merece; si se lo propone él puede ser un verdadero fastidio- me advirtió mientras nos aproximábamos a la mesa en la cual nos esperaba un hombre elegantemente ataviado con un traje gris oscuro, recargada corbata y un pañuelo en el bolsillo delantero del saco.

El hombre se puso de pie al vernos. Apenas si debía tener mi altura o incluso creo que era tanto más bajo que yo, dueño de una presencia arrolladora, no igual de intensa que la de Meden, pero con lo suyo.

Tenía ojos castaños y vibrantes, una cara de rasgos suaves y amables y una gran sonrisa, amistosa por demás. Sin duda era dueño de una gran



personalidad, se le notaba en su forma de vestir, incluso en el modo en que llevaba su cabello peinado y engominado con la raya al costado. Para describirlo podría decir que era una mezcla entre mafioso italiano, con la forma de vestir de David Beckham y el cuerpo de un hobbit.

- *¡Fucking son of a bitch!*- exclamó cuando nos tuvo a un paso.

- *Shut up, James*- le respondió Meden cuando intercambiaron una suerte de abrazo en el que cada uno hizo temblar la espalda del otro a fuerza de palmadas.

- Permíteme que te presente a la Señorita Lafond.

- ¿La Señorita Lafond?- repitió mirando a su amigo de reojo y con cara de incredulidad. Su castellano era perfecto, con un ligero acento, sí, pero perfecto.

- Soy James- me tendió una mano.

- Gabriela.

- Es un placer conocerte, Gabriela. Oye, tú no tienes apariencia de escritora, ¿lo eres?

- James, no seas estúpido- gruñó Meden.

- Lo soy- le contesté.

- Solamente verificaba, soy el responsable del condenado libro. Tenía que preguntar- añadió esto último mirándome a mí.

- Te imaginaba poco agraciada, de anteojos, vistiendo quizá como una señora de sesenta años. No así, como una modelo-. Le lanzó una mirada por el rabillo del ojo, a su mejor amigo-. Mi amigo tampoco es ningún tonto. A que no pierdes el tiempo, ¿eh?- le soltó un golpe con el dorso de la mano que dio en el pecho de Meden.

- Compórtate, quieres.

- No te preocupes, seré todo un caballero-. Me dedicó una gran sonrisa-. Es un placer que nos acompañes esta noche. Por lo general solemos ser solamente nosotros dos, lo cual con el tiempo, se ha tornado un tanto aburrido. Ni te imaginas lo que ha sido soportarlo por más de veinte años.

- ¿Y qué hay de tener que soportarte a ti?

- ¿Soportarme? Tienes suerte de tenerme como amigo, no me mereces.

- Solamente por eso, te haré pagar la cena.

- No seas tacaño, eres tú el que está forrado en dinero.

- Pagaré yo-. Solté interrumpiéndolos.

Las cejas de James treparon a lo largo de su amplia frente hasta su engominado cabello.

- Que mujer tan particular- exclamó-. Me agradas.
- Usted no pagará, Señorita Lafond.
- ¿Por qué no?
- No pienso permitirselo.
- Usted no tiene que permitirme nada, hago lo que quiero.
- La adoro, ¿sabe? Tiene mi bendición para escribir lo que quiera sobre este desgraciado- bromeó.
- Gracias, lo haré.

Mis ojos se cruzaron con los de Meden y sin problemas, le sostuve la mirada.

- ¿Quieren que los deje solos?
- Vamos Félix, no seas celoso.

Meden fulminó a su amigo con la mirada.

- Mejor tomamos asiento, ¿no?
- No sabe perder- me dijo James en un susurro para nada disimulado.
- Sí, ya me había dado cuenta de eso.
- ¡Qué bien, una mujer que ve a mi amigo tal cual es! ¿Eres homosexual?

Meden soltó el hombre de su amigo subiendo el tono de voz.

- ¿Te molesta que te lo pregunte, Gabriela?- dijo ignorando por completo a Félix.
  - No, para nada, James. Y no, no soy homosexual.
  - Entonces supongo que solamente es que el desgraciado de mi amigo dio con la horma de su zapato.
  - Si no terminas con eso me la llevaré de aquí- lo amenazó seriamente.
  - Ya se puso de mal humor; no le hagas caso, está de mal humor casi el noventa por ciento del tiempo. Bien, supongo que ya sabías eso-. James apartó una silla para mí.
- Miré a Meden de reojo.
- No lo puede evitar- acotó James mientras Félix se acomodaba a mi izquierda.

- ¿Te contó sobre la vez que tuve que rescatarlo de la casa de una chica?
- James, por favor- pidió Meden apartándose para permitir que el camarero retirase su plato, el cual apenas si había tocado. La comida estaba exquisita, James y yo habíamos devorado la cena con fruición, divertidos con la conversación y algo chispeados a causa del vino, en cambio él, continuaba de

semblante sombrío y enfurruñado.

En las casi dos horas que llevábamos aquí sentados, comprobé que James era una de las personas más graciosas que hubiese conocido jamás. Divertido y alegre, con una personalidad chispeante y algo infantil, quizá, no por eso faltó de inteligencia. James era un gran lector, un amante del cine también, y de viajar; así como se le veía, elegante e impoluto, tenía una debilidad por visitar lugares un tanto rústicos y no demasiado favorecidos, por decirlo de algún modo: por la gracia de Dios, sobre todo, con sus pobladores. James era hijo de uno de los hombre más ricos de Escocia y ni bien terminada la escuela secundaria, se había tomado un año sabático antes de la universidad para ir como voluntario en una O.N.G. que construía casas y les daba infraestructura de agua y otros recursos a pobladores de países del tercer mundo que vivían en la más desdichada miseria.

De hecho James continuaba colaborando con dicha O.N.G.

Cuando intenté preguntarle a Meden si él había hecho algo semejante se limitó a pedir otra botella de vino. No insistí con la pregunta, obviamente no se encontraba de ánimo para nada.

- No, no me contó sobre eso.

- Fue muy divertido- miró a Meden-. Debíamos tener unos diecisiete años, creo. Habíamos salido de fiesta- apuntó a su amigo con la cabeza-, como no podía ser de otra manera, acabó la noche en la casa de una chica, los padres de ella supuestamente no regresarían a casa esa noche. ¿Cómo se llamaba la chica?- se volvió hacia Félix-. Era esa rubia bonita de ojos celestes que estaba en el taller de pintura.

Ya sea porque no recordaba el nombre de la muchacha o porque simplemente no quería discutir el asunto, Meden no respondió.

- El asunto es que los padres de la chica sí regresaron a casa esa noche.

¡Poppy! Así se llamaba. El muy desgraciado tuvo que escaparse de la casa por una ventana-. James se volvió hacia Meden-. ¿Lo recuerdas? Me llamó para que fuese a rescatarlo. Estaba desnudo atrás de unos arbustos, escondiéndose, cuando llegué a casa de la chica en cuestión. Bueno al menos tuvo el buen tino de tomar su celular.

- Pagaré eternamente por la ayuda que me brindaste ese día. ¿No podías dejar pasar la oportunidad de mencionarlo, no?

- No te enojas, Félix. Era solamente una anécdota. Para que veas le contaré que también me salvaste la vida una vez-. James se volvió hacia mí-. Y lo hizo, literalmente.

Meden puso los ojos en blanco echándose hacia atrás para apoyar el codo de su brazo izquierdo sobre la silla.

- ¿Te refieres a que te salvó la vida?

- Habíamos salido con un velero de mi padre, estábamos en Francia, de vacaciones. Era un barco pequeño, íbamos cinco. Nos atrapó una tormenta, el mar se picó. Intentábamos navegar de regreso a la costa, caí al agua. No llevaba salva vidas, y de cualquier modo eso no hubiese servido de mucho, las olas eran gigantescas y además habíamos bebido demasiada cerveza.

- Yo estaba demasiado borracho, no sabía lo que hacía cuando me arrojé al mar.

- ¿Se arrojó al mar para salvar a James?

Meden apartó sus ojos de mí, dirigiendo la mirada hacia la copa de vino que luego tomó para llevarse a los labios y beber un poco.

- Es mentira, no estaba borracho, no al menos tanto como yo y el resto de los muchachos. Se colocó un salvavidas, se ató una soga a la cintura y se arrojó al agua. Me rescató justo a tiempo, yo ya no tenía fuerzas para nadar y había tragado demasiada agua.

Imaginar aquella escena me puso la piel de gallina. - ¿Qué edad tenían?

- Acababa de cumplir los diecinueve años, él aún tenía dieciocho- me contestó James-. Es un maldito héroe.

- Con gusto permitiría que te ahogases ahora- murmuró Meden.

- Eso es mentira- le rebatí-. ¿Por qué no me lo contó?

- Ya se lo dije, no me gustan las sensiblerías.

- No es una sensiblería, habla de quién es usted.

- Jamás aceptará que le debo la vida- entonó James-. Amo a este desgraciado- alzó su copa en dirección a Félix. Es una pena que persista en esa loca manía de poner su vida en peligro. Una vez me hizo saltar con él en paracaídas, ahí sí creí que me dejaría morir, que acabaríamos los dos hechos puré en aquel maldito campo francés.

- Si no te dejé morir cuando tuve la oportunidad...

James le sonrió.

- También estuve allí cuando se tiró de cabeza en se puente en los Estados Unidos, fue una locura, te habría encantado escucharlo gritar. Parecía que se le saldría el alma del cuerpo.

Meden bajó la vista cuando lo miré.

- Y no puedo explicarle lo que fue cuando llegó a la cima de esa maldita montaña congelada, me tuvo en vilo una eternidad el muy cretino. Desde el

campamento base yo me comía las uñas muerto de miedo. Cuando regresó abajo estaba hecho una piltrafa, tenía los dedos de los pies casi congelados, los de sus manos no estaban mejor, de un golpe se había fisurado un par de costillas y tenía la cara irreconocible a causa de las quemaduras del frío y el sol, y también estuvo un par de días con los ojos vendados, y con un control pulmonar durante dos meses. No veo la hora de que pare con esas locuras, cada vez que se le ocurre una nueva idea yo...

- Eres un miedoso, James.

- Y tú un desgraciado inconsciente que no puede vivir su vida como un ser humano normal.

La primer vez que corrió en rally regresó a casa con un brazo roto y una vez casi se ahoga haciendo rafting. Ah, y otra se rompió un tobillo por culpa de un resbalón haciendo escalada en una cueva en Escocia. Tampoco logré evitar que participase de una corrida de toros en Pamplona.

- Sí, pero a mi regreso no me hablaste por una semana.

- Debería no haberte regresado el trato jamás.

- ¿Qué más hizo?- le pregunté a James.

- El hijo de puta se tiró al agua dentro de una jaula para nadar con tiburones una vez que fuimos a Sudáfrica, creo que fue en Gansbaai.

- Sí, fue en Gansbaai.

- Eran unos malditos tiburones blancos gigantescos.

- ¿Los viste?

- Solamente las putas fotografías que este loco sacó.

- Fue divertido.

- Sí, seguro, comiquísimo.

- ¿Te lleva con él cada vez que va a cometer alguna locura?

- No, no siempre; por desgracia por lo general, si no estoy allí, me llama para ponerme al tanto de lo que planea, por si algo sale mal, supongo.

- Para eso eres mi amigo, ¿no?

- Espero que al menos, tengas la decencia de nombrarme tu “*best man*”.

Ante la referencia a su boda, Meden se puso pálido.

A mí tampoco me agradó recordar que estaba comprometido.

A partir de allí, la conversación tomó un giro de ciento ochenta grados. Meden y James comenzaron a hablar de negocios y así la noche se tornó más y más aburrida, tanto que casi caigo dormida sobre la mesa. Supongo que Meden se percató de eso, y por eso, sugirió que partiésemos.

Nos despedimos de James y nos montamos en el automóvil.

Otra vez caímos en un profundo y glacial silencio que duró, con una contundencia inquebrantable, hasta que entramos en la casa.

- Que descanse- me dijo a los pies de la escalera, amablemente, invitándome a subir. Bien, amablemente no, en realidad era más que obvio que quería deshacerse de mí y eso no me gustó ni un poco.

- Gracias, usted también.

Subí el primer escalón.

- Mañana por la tarde partimos rumbo a París- me informó.

- Ah, bien, como usted diga.

- Buenas noches.

- Buenas noches, Señor Meden.

Subí las escaleras simulando calma, disimulando que algo desagradable me corroía por dentro. Intuí que volvería a salir. Bien, en realidad quizá simplemente fuese una locura mía, por las dudas, me preparé. Cuando comprendí que me había perdido de vista, corrí a mi cuarto, me arranqué el vestido y me calcé unos jeans, zapatillas y buena ropa de abrigo.

En el fondo, deseaba equivocarme. Una vez lista, abrí la puerta de mi habitación, Meden no había subido. Me asomé al pasillo y luego al hueco de las escaleras. Ni señales de él.

En puntas de pie, bajé; no estaba por ninguna parte.

Me asomé hacia la calle. Nada.

Con cuidado de no hacer ningún ruido, caminé en dirección la cocina, la cual se encontraba a oscuras. La puerta estaba entreabierta y él parado junto a la mesa, mirando con mucha atención la pantalla de su celular, la cual por estar encendida, le iluminaba el rostro.

No paso ni un segundo hasta que se guardase el celular en el bolsillo interior del saco, diese la media vuelta y enfilase en dirección a la puerta trasera.

¡Se escaparía otra vez!

Fue difícil no salir corriendo tras él, inmediatamente después de que cerrase la puerta.

Antes de salir al jardín, espíe por la ventana. No lo vi por ninguna parte.

Abrí la puerta y salí.

El frío me caló los huesos al instante.

Escuché un ruido, pisadas sobre las hojas secas. Tenía que ser él, seguro se dirigía hacia su vía de escape de la noche anterior. Lo seguí y le di alcance justo a tiempo para verlo saltar del muro.

- Mierda, Meden- chillé-. ¿Por qué tienes que hacer esto?- gruñí por lo bajo. Y así, trepé el muro imitándolo. Antes de saltar me aseguré de permitir que se alejase un poco, le di media cuadra de ventaja y luego salté.

Esta vez, sin disfraces, sin ocultarse demasiado, Félix Meden se echó a andar por la calle, con la cabeza en alto y la espalda recta, pisando fuerte, igual que si fuese el dueño del mundo.

Parecía no afectarle en lo más mínimo, el frío de la medianoche que decaía en una desolada y oscura madrugada sin luna.

El cielo encapotado era campo de cultivo de sórdidos secretos y placeres liberados.

Esta vez Meden se mantuvo dentro de un radio de elegantes mansiones y calles bellamente parquizadas. En ningún momento se detuvo a mirar atrás, para ver si alguien lo seguía. Simplemente continuó su camino, adentrándose en una zona con un poco más de movimiento.

Los edificios se tornaron más altos, pero no menos elegantes.

Cuando menos me lo esperaba, se detuvo en la esquina para cruzar hacia la vereda izquierda. Detecté un gran hotel allí, con banderas de al menos cincuenta países sobre su majestuosa entrada.

¿Y esto?- me pregunté lanzándome tras él-. ¿A dónde vas a esta hora?

Esa pregunta me la respondió, trepando las escaleras de la entrada a toda velocidad.

Apuré el paso y lo vi atravesar el amplio, muy lujoso y desierto lobby, igual que si fuese el dueño de casa.

Tomé coraje y lo imité. Evité mirar en dirección a la recepción y a la persona de seguridad que conversaba con un empleado de limpieza a un lado de las puertas. Empecé a sudar de los nervios, no quería que Meden descubriese que lo seguía y tampoco que alguien interrumpiese mi andar preguntándome dónde iba.

Creí que debería verlo subir a un ascensor y esperar aquí abajo, a ver en qué piso se detenía, para luego seguirlo; no hizo falta, en vez de usar los ascensores, Meden optó por las elegantes escaleras de este edificio que en su estructura, eran una obra de arte.

Lo seguí a distancia prudencial, preguntándome por qué no utilizó el ascensor, ¿tendría miedo de toparse con alguien? Seguro que evitaba así, ser visto, pero... por qué; qué podía querer en este hotel a estas horas, ¿Quién lo esperaba? ¿Sería su novia?

Pero si así, era, porque no salió por la puerta delantera, por qué no tomó

alguno de los automóviles.

Subimos cinco pisos por escalera. Escondida detrás de la pared, lo vi caminar por el pasillo enmoquetado hasta el fondo, para luego llamar a la puerta de una de las habitaciones.

- *It's me-*. Entonó con voz densa igual que fango.

La puerta se abrió.

- *Of course, who else could it be-* le respondió una voz femenina que se escuchó con suma claridad gracias al silencio reinante.

- *Are you going let me in?*

- *Beg me-* entonó aquella voz llena de descaro y sensualidad.

Con el corazón palpitándome en los oídos, me asomé, tenía que ver aquello. ¿Quién osaba pedirle a Félix Meden que rogase por algo?

- *Please, let me in, I beg you. I need to get in.*

A punto estuve de vomitar la cena al verlo arrodillarse frente a la puerta abierta de la cual emergía una luz tenue y cálida, casi tóxica.

- *Please-* insistió alzando la cabeza hacia la mujer que yo no lograba ver.

No alcancé a escuchar la respuesta, solamente vi a Meden ponerse de pie y entrar en el cuarto. La puerta se cerró instantáneamente tras él.

En ese instante me debatí entre aproximarme a la puerta, o correr de regreso hasta la casa.

No sé qué fue lo que provocó el movimiento de mis piernas, quizá fuese esa curiosidad morbosa que comencé a sentir ni bien lo vi en la cocina a oscuras.

Mis piernas parecían gelatina y creí que no llegar a la puerta.

Comportándome como jamás soñé hacerlo (ni en mis sueños más bizarros), pegué la oreja a la puerta. Temí que mi agitada respiración me deletase.

- *You have to promise me, that you would do everything I tell you to do, and to behave.*

- *I promise I would do everything you said, and I would behave.*

- *Good boy.*

Escuché movimiento.

- *So...*- comenzó a decir la voz femenina que sonaba aterciopelada y casi tan densa como la voz de Meden-. *Who is the owner of this precious thing?*- inquirió la voz.

Escuché a Meden soltar algo que fue entre un gemido y una exclamación ahogada, una exclamación de placer.

- *You-* respondió él con la voz temblándole, quizá tanto como temblaba mi cuerpo en este momento.



- *Of course is mine. And I'm going to do, with this, whatever it pleases me.*  
Meden gimió otra vez, y claramente fue un gemido de placer.

- *Fuck!*- exclamó luego alzando la voz.

- *Behave*- entonó la voz femenina. Fue una advertencia-. *If you don't, I would punish you. And you know I would, and you know it's going to be painful. So, don't you ever forget ho is in charge in here.*

- *You are*- entonó Meden claramente extasiado. Y para mi resistencia, eso fue la gota que rebasó el vaso. Con la cabeza dándome vueltas, me aparté de la puerta.

Por desgracia eso no evitó que escuchase los golpes amortiguados y los gemidos que escuché a continuación, y que me revolvieron todavía más el estómago.

No puedo decir que me sintiese horrorizada por la situación, no era exactamente eso, sino más bien sorprendida, en mi vida hubiese imaginado que Meden se dejaría gobernar de aquel modo. Era simplemente desconcertante. Esta salida era como la de anoche, de un cariz muy distinto y para descargar sentimientos y sensaciones muy distintas a las que él demostraba poseer durante el día.

No quería tener que escuchar nada más, me encontraba al borde de experimentar algo que no deseaba: comenzaba a imaginarlo en aquel cuarto, con aquella mujer, ansiando por un segundo ser yo, y no ella, la que lograrse controlar a esa fiera indómita que era Félix Meden.

Salí corriendo escaleras abajo.

No tengo ni idea de a qué hora regreso a la casa, tan solo sé que me desperté a media mañana con un terrible dolor de cabeza. Meden dio la cara pasado el mediodía, y lo hizo cuando yo estaba encerrada en mi cuarto, empacando para salir. Simplemente me avisó que partiríamos a las cuatro de la tarde.

A esa hora, bajé con mis petates, los cuales fueron cargados en el automóvil por Mike.

Me despedí de la Señora Smith y le agradecí sus atenciones.

Meden fue todo silencio y hermetismo tanto en el camino hacia el aeropuerto, cuanto durante el corto viaje en avión hacia París; su estado ni siquiera cambió en el trayecto de automóvil rumbo al esplendoroso edificio en el cual tenía su departamento.

Todo eso opacó mi llegada a París, tanto es así que me costó disfrutar el primer avistamiento de la Torre Eiffel, sin duda aquello no fue lo que soñé por tanto tiempo.

Lo más inquietante de todo, es que en casi doce horas, Meden siquiera se había dignado a mirarme a la cara ni una vez, tanto es así, que temí que sospechase que había descubierto su secreto.

- La veré para la cena- se limitó a decirme cuando nos separamos a las puertas del que sería mi cuarto durante los próximos días.

- ¿Saldremos?- le pregunté con voz entrecortada.

- Sí, tenemos reserva en uno de los mejores restaurantes de París, pero no se preocupe, no es nada elegante.

- Bien.

- La veo luego- entonó mirándose los pies.

- Claro.

Meden dio la media vuelta y se alejó de mí rumbo a su cuarto. Azotó la puerta al cerrarla, y así, mi angustia, creció un doscientos por ciento.

### 13.

**Aburrida y desolada**, salí de mi cuarto y comencé a dar vueltas por el departamento, la noche ya era dueña del cielo y ni señales de Meden. Cuando por casualidad, me topé con Mike en la cocina, me explicó que Meden no salía de su cuarto desde nuestra llegada y que tenía órdenes de tener el automóvil listo para las ocho; le pregunté si sabía a dónde iríamos... un pequeño restaurante muy bonito y tranquilo, explicó. Como noté que Mike estaba ocupado con una carpeta y unos papeles que tenía entre manos, no lo molesté y me dediqué otra vez, a vagar por el inmenso departamento de dos pisos, que contaba con un salón de juegos, otro que hacía las veces de cine, una biblioteca, en la cual casi me pierdo para siempre, y junto a esta, una oficina a la cual no pude resistir la tentación entrar pese a que la biblioteca tenía un fuerte efecto magnético sobre mí.

Después de lo sucedido las últimas dos noches, necesitaba respuestas pero me daba pánico buscarlas directamente en Meden, no quería decirle que lo había visto, bueno, en realidad ese no era del todo el problema, el problema residía en que en realidad, no deseaba que fuese un problema lo que él hacía al escaparse durante la noche, porque imaginarlo, me hacía perder la cabeza y también por completo, el dominio de mi cuerpo y de mis sensaciones y no estaba acostumbrada a ese tipo de cosas, tampoco sabía si deseaba estarlo. En suma, la condenada situación me volvía loca. Necesitaba un poco de claridad, familiarizarme con los hechos, antes de enfrentar la realidad en toda su

extensión y peso.

A sabiendas de que mi intención era meterme en la intimidad de Meden, entré en el despacho y cerré a mis espaldas, las dos hojas de las puertas corredizas de madera que olían igual que el sándalo de los sahumerios que solía comprar para perfumar mi casa.

La oscuridad de la noche tenía casi ganada la batalla por el espacio aquí dentro. Lámparas de un estilo muy futurista descansaban sobre las mesas, sobre el escritorio y otras de pie, sobre el exquisito piso de madera; no encendí ninguna de ellas, no deseaba delatar mi presencia.

En puntas de pie, caminé hasta el escritorio. Había un par de carpetas y algo de correo en prolijas pilas a los costados. Eché un vistazo, eran todos papeles referentes a sus negocios.

El escritorio tenía al menos, media docena de cajones. Abrí el primero de la izquierda. Nada de interés, más carpetas con papeles, lápices, un cuaderno en blanco, un par de tarjetas personales. Abrí el segundo: un paquetito de clásicos *post it* amarillos, un paquete de goma de mascar, una invitación a la inauguración de una galería de arte para el quince del mes anterior; había un par de cachivaches más, nada de interés. En realidad no sé qué esperaba encontrar... bueno, sí sé, quería dar con una agenda, con un diario íntimo o algo así, ¡delirios, nada más! Seguro que Meden no iba por la vida dejando rastros de sus actividades nocturnas por todas partes. Fastidiada, revolví todos los otros cajones sin dar con nada de interés. Para el final, me quedó el cajón central, el cual abrí con el último rastro de esperanza que me quedaba. Lo que encontré no me sorprendió, pero sí su ubicación. Me pregunté quién demonios guardaba preservativos en el cajón de su escritorio -tantos preservativos-. Metí la mano en el cajón y tomé uno, todavía no sé para qué. - *Son? Felix, are you here?* - llamó una voz femenina.

Iba a soltar el preservativo dentro del cajón, pero en ese exacto momento la puerta se abrió, permitiendo que la luz del corredor, penetrase en el despacho. Sin saber qué más hacer, lo encerré dentro de mi puño. Las palmas empezaron a sudarme.

Me di la vuelta. Frente a mí, se encontraba una mujer muy alta y esbelta, de unos cincuenta y tantos, o quizá sesenta muy bien llevados. Su rostro era alargado y delgado, con prominentes pómulos y una nariz pequeña y delgada, tenía unos inmensos ojos celestes enmarcados por unas cejas de aspecto tanto severo, bien, en realidad su rostro en general, tenía aspecto rígido, más aún el rictus de sus labios y el asicado peinado en que llevaba controlada una melena

de un rubio prácticamente blanco. Vestía elegantemente, unos pantalones de lana marrones, una camisa beige. En las manos cargaba un pesado abrigo marrón oscuro y un pequeño bolso de mano de cuero marrón que combinaba a la perfección con sus zapatos de tacón.

Sentí un ligero alivio al comprender que esta voz, no era la misma que la que había escuchado anoche.

- *Good night.*

- *Good night*-. Respondí enrojeciendo por haber sido atrapada con las manos en la masa.

- *Could you bring me a glass of water, and something for my headache?*

- Ahh...- fue lo único que emergió de mis labios. ¿Quién era esta mujer y quién creía que era yo?

- *Whatever my son asks you, you could do it later, my head is killing me. He would understand.*

*¿My son?*

¡Mierda, es la madre de Meden!- exclamé dentro de mi cabeza.

- *Do you speak English? Vous parlez français? What kind of assistant you are, girl?*

La lámpara de encima de mi cabeza se encendió.

- *She isn't my assistant, mother. Miss Lafond is the writer in charge of my biography.*

Acto seguido a su explicación, Meden me lanzó una mirada fulminante. Si esos ojos azules tuviesen la capacidad de matar, ya estaría muerta.

Resultaba obvio que Meden no esperaba encontrarse conmigo aquí, bien en realidad supongo que tampoco con su madre pero... el cajón de su escritorio aún estaba abierto y fue él quien encendió las luces.

- Señorita Lafond, permítame que le presente a mi madre, Margaret Brown.

- *Mother, this is Gabriela Lafond.*

- *It's a pleasure to meet you.*

- *A pleasure to meet you to*- soltó sin darme la menor importancia y luego se volvió hacia su hijo para reclamarle que solamente de casualidad, y por comentarios que escuchó por ahí, se enteró de su llegada a París. Le preguntó si no pensaba pasar a visitarla, si no se dignaría a llamarla.

- *Mother, we arrived just a couple an hours ago.*

- *Yes, of course. And what you didn't answer my phone calls?*

- *I have being busy.*

- *As allways*-. Se volvió y me miró con desdén-. *I would like to speak to you,*

*if you have a couple of minutes.*

*- Yes, of course, mother. Would you give just a second, I need a moment with Miss Lafond.*

*- I will be in the kitchen; I need something for my headache. And by the way-* otra vez me lanzó una mirada que su hijo, a pesar de no ser su hijo natura, había heredado (sin duda todos copiamos e incorporamos gestos de nuestros padres, lo queramos o no)-, *you still have that stupid idea about the biography?*

Me pregunté si acaso yo estaba pintada aquí.

*- Just five minutes, Mother.*

La Señora Brown giró sobre sus tacones y abandonó la estancia sin siquiera volver a mirarle o dedicarle ni una sola palabra más a su hijo.

Las puertas habían quedado abiertas pero Meden no tardó ni medio segundo en apurarse para ir a cerrarlas.

Sin articular palabra, regresó a mí para tomar mi muñeca derecha, la correspondiente al puño cerrado dentro del cual yo escondía el preservativo.

La alzó imprimiendo bastante fuerza, eso en parte, porque me resistí. Me moría de vergüenza y sobradamente sabía que no le haría ninguna gracia encontrarme aquí, frente a su escritorio; en el rostro se le notaba lo furioso.

*- ¿Encontró lo que buscaba?- gruñó exudando ira por los poros.*

No logré responder nada, simplemente me quedé boquiabierta, deseando que la tierra me tragase.

*- ¿Le dará uso?- me increpó con violencia.*

Continué muda. Había algo más que furia en su voz, decepción quizá. Me sentí horrible, quería volver el tiempo atrás y deshacer lo hecho.

*- Me alegra que haya encontrado con quien tener sexo. Por lo visto usted tampoco pierde el tiempo, apenas si llevamos un par de horas en París-. Ante mi silencio continuó-. No me diga que será con uno de mis empleados.*

Puso sus dedos sobre los míos, tironeó de mis uñas para abrir la mano.

Hice fuerza para mantenerla cerrada. - Señor Meden...

Clavado sus dedos en los míos, abrió mi puño. Miró el preservativo y me miró a los ojos. *- ¿Uno nada más?- en sus labios se dibujó una sonrisa torcida y socarrona-. Espero que no sea con uno de mis empleados, hubiese esperado mucho más de cualquiera de ellos. Que decepción-. Exclamó soltando mi mano.*

*- Señor Meden...*

No me hizo el menor caso, me esquivó y de un golpe cerró el cajón de su

escritorio.

Tragué en seco y me di la vuelta.

Cuando lo hice, él tomó mis dos manos, y en el centro de éstas, estampó un puñado más de preservativos.

- Tenga- soltó de muy mal modo-, le hacen falta.

- ¿Perdón?- solté de mal modo, sintiéndome herida.

- Quizá si se entretiene usted con otra cosa, dejará de hurgar donde no debe.

¿Qué esperaba encontrar allí?!- estalló.

- No lo sé. No pretendía...

- ¿No pretendía qué? ¿El cajón se abrió accidentalmente? ¿Es eso?! ¿O es que acaso los revisó todos? ¿Hizo lo mismo en mi propiedad en Londres?- me acusó alzando la voz-. ¿Encontró algo interesante?!

- No, Señor Meden, no es eso, yo...- las lágrimas comenzaron a acumularse en los ojos.

- Todavía no puedo creerlo.

- Fue una estupidez de mi parte, lo admito, por favor discúlpeme, no sé qué...

Sin aviso previo, Meden se me vino encima, encerrándome entre su cuerpo y el escritorio.

- Debería...- gruñó frente a mi rostro para luego apretar sus mandíbulas. Oí sus dientes rechinar. Me dio miedo, note que apretaba los puños y que el rostro se le había puesto rojo-Maldita sea- me gritó a la cara. Del susto me eché atrás cubriéndome el rostro por miedo a que intentase golpearme-. *¡Fuck!*- gritó para darse la media vuelta y de un puñetazo, mandara por los aires una de las lámparas que estaba sobre la mesa de apoyo más cercana, la cual reventó contra el piso a pocos metros del ventanal, también volaron por el aire una caja de plata y una bola de cristal que se partió a la mitad arañando el lustre rojizo del piso.

Por lo visto, destrozar esas cosas no fue suficiente para él, con todas sus fuerzas le propinó una patada a la mesa, la cual voló al menos un metro, cayendo de costado.

Frente a aquel espectáculo, tomé toda la distancia posible.

- ¡Ahí tiene algo sobre lo que escribir!- me escupió al girarse otra vez sobre sus talones. Clavó sus fríos ojos azules en mí y luego se largó, azotando la puerta a sus espaldas.

Los preservativos se me cayeron de las manos.

Con el cuerpo temblando, quedé allí sola, angustiada y avergonzada, sintiéndome pésimo por haber provocado aquello.

Creo que me tomó al menos cinco minutos, recuperar el control suficiente para moverme sin tropezar con mis propios pies.

Levanté los preservativos del suelo, caminé hasta el escritorio, los guardé en su lugar y luego fui hasta la puerta, la abrí, apagué las luces y antes de salir eché un vistazo a los destrozos.

De camino a mi cuarto, por suerte, no me topé ni con Meden, ni con su madre. Me encerré allí sin tener la menor idea de qué hacer, una parte de mí deseaba armar las valijas y largarse de allí, lo más pronto posible, otra, un tanto trastocada y masoquista deseaba buscar a Meden para preguntarle qué había sido ese despliegue de locura y si provenía del mismo lugar que sus escapadas nocturnas.

Sentí que mi cuerpo y mi alma, se separaban; mi cuerpo se quedaría con Meden y mi alma regresaría a casa, para evitar salir lastimada. La desgracia es que mi cuerpo, a diferencia de mi alma, en este instante parecía no temerle al dolor.

- Señorita Lafond, ¿está usted allí? ¿Señorita Lafond? Soy Spencer... Mike. ¿Se encuentra bien? ¿Puedo pasar?

Una lágrima me corrió por el rostro. A la luz del velador a mi izquierda, tome el pañuelo de la mesa de luz y volví a secarme la cara, llevaba media hora encerrada en mi cuarto, sola y sin saber qué hacer.

Bajé de la cama y caminé hasta la puerta.

- ¿Si, Mike, qué sucede?- le pregunté adivinando que su presencia aquí se debía a que Meden le había ordenado que me llevase al aeropuerto para mandarme de regreso a casa. Todo estaba terminado. Yo lo había terminado. Mike me miró, obviamente se dio cuenta de que había llorado, yo no podía disimularlo, me ardían los ojos y además los sentía hinchados, y mi nariz roja.

- Venga, saldremos a tomar algo de aire fresco y a comer algo, le sentará bien- me dijo dedicándome una gran sonrisa, la cual tenía el poder de calmar las aguas más turbulentas. Este hombre llevaba la paz dentro y la transmitía por medio de su mirada y de sus sonrisas. Yo todavía no terminaba de entender cómo era que alguien así, había terminado en la milicia.

Quedé completamente confundida. ¿Salir?

- El Señor Meden me pidió que la acompañase a cenar, él salió con su madre y no quería que se perdiese usted de conocer el restaurante en el que hizo

reservas.

- Pero...- ¿no estaba furioso?-. Bueno...-. Sinceramente no entendía que a Meden le preocupase si yo conocía aquel restaurante o no, no después de hacerlo enfadar en semejante modo-. Yo...

- Abríguese, afuera hace mucho frío y llueve.

- No tienes que llévame a ninguna parte, Mike. Quizá lo mejor sea que me quede aquí, pensaba acostarme a dormir.

- Nada de eso, es su primera noche en París. Además, nunca desobedecí una orden del Señor Meden y ésta no será la primera vez.

- Es qué...

- No sé qué fue lo que sucedió y no pienso entrometerme en los asuntos personales del Señor Meden.

- Metí la pata hasta el fondo Mike-. Un par de lágrimas se despeñaron de mis ojos-. Y él...creí que...

- Es evidente que lo hizo enojarse. De cualquier modo, no fue algo tan serio, quiere que la lleve a pasear un poco. Me dijo que de ningún modo debía permitir que se quedase aquí encerrada.

- Eso ha de ser para que yo no...- Mike me interrumpió.

- Fui yo quien recogió los destrozos de su despacho.

Alcé la vista hasta la altura de sus ojos.

- Estoy tan avergonzada. Meden se volvió loco. Tenía razón en ponerse así pero me asustó, pensé que me...

- Jamás le pondría una mano encima. No es de ese tipo de hombres, jamás golpearía a una mujer. Usted le agrada, Señorita Lafond.

- No entiendo cómo puede saberlo.

- No porque me lo haya dicho, eso seguro.

- Claro- entre lágrimas, le sonreí.

- El Señor es muy reservado, y además, no estoy aquí para eso-. Se tomó un momento-. Lo conozco, sé que usted le hace bien.

Lo miré incrédula. - Destrozó una lámpara, dos adornos y una mesa por mi culpa.

- Intente comprenderlo.

- Eso hago.

- Sea paciente con él.

- No creo que eso sirva de algo, más me parece que todo el asunto de su biografía no es una buena idea.

- No se dé por vencida.



- ¿Qué caso tiene?

- Solamente confíe en mí. Por favor.

Lo miré sin entender por qué lo decía, qué sabía él que no supiese yo. ¿Qué se me escapaba?

No pude decirle a Mike que no.

Recogí un suéter, una bufanda, un abrigo y mi bolso.

Quizá fue debido a mi decrepito estado, quizá solamente a que Meden no se encontraba cerca o a que simplemente, el jefe de seguridad de Meden, no tenía ganas de discutir, Mike aceptó que me acomodase en el asiento delantero del acompañante.

En uno de los automóviles de la custodia, dimos unas vueltas por París antes de llegar al restaurante.

Allí comimos juntos, alrededor de una pequeña mesa redonda vestida con un mantel de cuadritos blanco y rojo, con unas ricas copas de vino al alcance de la mano, y suave música francesa de fondo, rodeados de un montón de parisinos bulliciosos y solamente unos pocos turistas.

Con Mike la conversación era sencilla y apacible. Fue un placer y un gran bálsamo para mi turbado estado, disfrutar de su compañía. Por un rato logré olvidarme de Meden y de su arranque de violencia, de mi descaro al revisar sus cajones y del suyo, al meterse con mi vida sexual.

Antes de subirnos al automóvil, caminamos un poco, y luego, a bordo del automóvil, paseamos otro rato más por París, ciudad de la cual me enamoré. De noche se convertía en la escenografía perfecta para la fantasía, para un dulce delirio al cual no sentí que tuviese acceso; de cualquier modo, experimentar esto, era mejor que nada, igual que aquel beso que Meden me dio. Uno, era mejor que nada, mejor que continuar creyendo que nada podría tocarme y lastimarme, bien, en realidad, mejor que continuar creyendo que podría escaparme de la vida para siempre, por miedo a salir herida.

Supongo que era preferible reír porque sucedió, que llorar porque terminó, incluso antes de empezar.

Regresamos al departamento alrededor de la media noche y no había señales de Meden.

La lluvia que había cesado cuando disfrutábamos del postre, ahora caía otra vez, y con mucha más intensidad. Esa misma lluvia, acunó mi sueño.

Caí rendida en cuanto apoyé la cabeza en la almohada.

Entre sueños no del todo placenteros, escuché un golpe. No comprendí que no

pertenecía al mundo onírico, hasta que volví a escucharlo; entonces me percaté de que sonaba a portazo.

Con los ojos hinchados de sueño y la mente turbada por las pesadillas, me senté sobre la cama. Todavía llovía, y mucho, diluviaba de hecho, y además, sonaban a la distancia, truenos que parecían tener el poder de rajarse la tierra en dos.

Presté atención a los sonidos de la noche, intentando aislar un murmullo que sabía no pertenecía a la tormenta. Eran voces. Voces masculinas.

Encendí la luz de mi velador y miré la hora, mi reloj marcaba las tres y cuarenta de la madrugada.

Escuché otro ruido.

Provino de abajo.

Aparté las mantas y me levanté de la cama. El frío se pegó a la piel de mis brazos desnudos y a mis pies descalzos al instante.

Todavía tambaleante por el sueño, manoteé el suéter de la silla y andando cual zombi, salí del cuarto.

- *Sr, please...* - entonó una de las voces. Era la de Mike.

Me refregué la cara y aceleré el paso, obviamente le hablaba a Meden.

- *Sr, if you let me help you. Please Sr.*

En cuanto llegué al descanso de la escalera vi a Mike, en camiseta y shorts, intentando agarrar a Meden, quien chorreando agua de su elegante traje oscuro, se tambaleaba igual que una perinola, por el centro del hall de entrada.

- Señor Meden.

Tanto Mike como Meden se volvieron a mirarme.

- *Please Sr, let me guide you to your room.*

- *I'm not a fucking invalid! Take your hands off me!*

- *Sr, please, I just want to help you.*

- *I don't need your help-* le gruñó Meden en respuesta al mismo tiempo que le lanzaba un puñetazo que tenía como objetivo, el rostro de Mike. Su puño no dio en ninguna otra parte, más que en el aire, por lo que perdió por completo la estabilidad. Si no cayó al suelo es porque Mike lo atajó atrapándolo por la espalda luego de esquivar su ataque con suma facilidad.

- Señor Meden, tranquilo, por favor, quédese tranquilo- le pedí, ya que se debatía intentando soltarse de Mike. Llegué junto a ellos.

- *You're fired! You hear me? Fired! I don't want to see your fucking face anymore!*- le gritó Meden a Mike todavía forcejeando para soltarse.

En cuanto me acerqué a Meden noté que apestaba a alcohol. Tenía la cara roja

de furia y los ojos completamente desencajados.

- Señor Meden, tiene que calmarse- le pedí a uno-. Por favor, suéltalo- le pedí al otro.

- Pero...

- Mike, por favor, suéltalo. Que se siente en el suelo un momento-. Me agaché hasta que mi rostro quedó frente al de Meden-. Cálmese. Siéntese e intente calmarse.

Todavía sosteniéndolo por las axilas, Mike lo ayudó a acomodarse en el suelo. Meden quedó sentado, jadeante, apoyando los brazos en las rodillas, las cuales tenía casi a la altura de los hombros, de tan largas que eran.

- Bien, eso es- le dije. Con cuidado puse una de mis manos sobre las de él. Estaba helado y su ropa completamente empapada-. Escúcheme: sé que no quiere que lo ayudemos, pero necesitamos llevarlo arriba para darle una buena ducha caliente. Está helado- le dije a Mike alzando la cabeza.

- Supongo que volvió andando. Afuera cae un diluvio.

- ¿Qué tal si lo ayudo a subir hasta su cuarto?- le propuse y él en respuesta me lanzó una mirada furibunda.

- *You...*- comenzó a decir perforándome con sus pupilas.

Sí, yo- pensé- la misma que anduvo requisando a escondidas, los cajones de tu escritorio.

- Se lo ruego- entoné y al instante recordé la escena de la otra noche-. Le dará una pulmonía si no nos deshacemos de esas ropas empapadas.

- No necesito la ayuda de ninguno de los dos. ¡No necesito la ayuda de nadie!- estalló intentando ponerse de pie.

Por sí solo, no lo lograba, de modo que Mike y yo lo tomamos por los brazos. Forcejeó con nosotros una vez más, pero al fin y al cabo fue más que evidente que entendía que nos necesitaba para ponerse de pie. Soportó el agarre de nuestras manos hasta que quedó en posición vertical y luego chilló y gruñó hasta que lo soltamos.

- Está bien, está bien- no volveremos a agárralo-. Le dije haciéndole señas a Mike para que se apartase-. Subamos, necesita meterse en la ducha o se enfermará.

Temblaba como una hoja y además, sus labios estaban algo morados.

Meden intentó subir el primer escalón, le erró y habría dejado sus dientes marcados en la madera del escalón de no ser porque Mike y yo (principalmente Mike, que tenía mejores reflejos y mucha más fuerza) lo atrapamos antes de que terminase de derrumbarse.

- ¡Quita tus manos de encima de mí!- le gritó a Mike hecho una furia otra vez-. Te dije que estabas despedido. No quiero volver a verte, estoy harto de tenerte siempre a un paso de mis espaldas.

- Señor, Meden, por favor, nada más intento ayudarlo a subir.

- Pues no quiero tu ayuda- le ladró.

- Está bien, quédese tranquilo. La Señorita Lafond lo ayudará a subir-. Mike me lanzó una mirada inquisitiva, la que entendí, me preguntaba si creía que podía con él.

- Claro, claro...- solté atropellándome con mis propias palabras-. Lo ayudaré a llegar arriba. Usted sujétese con una mano de la baranda y...- sintiéndome algo torpe e intimidada, tomé su brazo derecho y lo pasé por encima de mis hombros. Meden giró la cabeza para verme hacer después de poner la mano izquierda sobre la balaustrada. Noté que descargaba mucho de su peso corporal sobre mí; por un segundo las rodillas me fallaron, luego hice fuerza y endureciendo las piernas, sostuve la altura de este hombre que seguro llegaba al metro noventa.

- Iré a prepararle algo caliente para que beba. Llévelo hasta su cuarto, estaré allí en un segundo para meterlo en la ducha.

Acordamos el plan con un parpadeo y entonces, Meden y yo, comenzamos a subir las escaleras, lo cual no resultó tarea sencilla. Estaba demasiado borracho y por momentos se le cerraban los ojos, además, no paraba de temblar y sus reflejos eran absolutamente pésimos. No tenía ni idea de dónde ponía los pies y sus brazos estaban completamente flácidos, igual que su cuello por momentos.

Mi pijama y suéter, en contacto con su ropa, se humedeció al instante y me dio frío.

Llegamos al descanso de la escalera. Meden se detuvo, giró la cabeza y me miró otra vez.

- Usted.

Su mirada era por demás acusadora.

- Señor Meden, vuelvo a pedirle disculpas por lo que hice. Sé que mañana probablemente no recuerde esto, de modo que volveré a disculparme cuando se sienta mejor.

- ¿Usó los preservativos?

- ¿Qué?- exclamé sorprendida.

- ¿Los usó? ¿Fue con Mike? Seguro que sí, ustedes dos tuvieron suficiente tiempo para conocerse.

- Señor Meden, no sabe lo que dice, obviamente bebió demasiado.
- No, no demasiado. La satisfizo. ¿Dígame, le provocó un orgasmo?- parpadeó lentamente-. ¿O fue más de uno?

Me recordé que este hombre estaba demasiado ebrio, de otro modo, le habría dado vuelta la cara de una bofetada. No me agradaba que hablase así de mí, mucho menos de Spencer.

- Continué subiendo, Señor Meden.
- Yo lo habría hecho mejor. Sus ojos deberían haber estado brillando...- me miró fijo-. No brillan.
- No sea ridículo. ¿Qué tontería es esa?- se me escapó una risita. En mi vida había escuchado nada semejante.
- Usted no tuvo buen sexo.
- Si no cierra la boca ahora, lo dejaré caer por las escaleras.
- ¿No tuvo sexo entonces?
- ¿Lo tuvo usted?
- Tuve una noche muy larga.

Volví a tomarlo del brazo. - Es evidente, ¿en qué cabeza cabe, caminar por la calle en una madrugada así?

- Necesitaba aire fresco.
- Y obtuvo el suficiente, mañana como mínimo, estará resfriado.
- No me enfermo.
- Tiembla- le espeté enfrentándolo. Su nariz estaba penas a centímetros de la mía.

Meden no fue capaz de soltar nada más en su defensa y yo a la fuerza, lo empujé a subir.

Haciendo eses y a los tropezones, llegamos a su cuarto. Abrí la puerta y lo empujé para que entrase. El cuarto se encontraba por completo a oscuras, los pesados cortinados estaban corridos y apenas si entraba un hilo de luz por una de las tres aberturas.

Entre sombras, lo vi moverse sin sentido, igual que si estuviese completamente perdido en su propio cuarto. Como no di con la llave de luz principal, me acerqué a la mesa de luz y encendí el velador.

La luz abarcó un espacio muy pequeño, de un par de metros y de mi cintura para abajo. Con ésta, fue suficiente para ver con claridad la gigantesca cama cubierta con un edredón negro, los almohadones grises, blancos y negros acomodados por encima, con prolijidad, y algo del resto de la habitación, la cual era enorme.

Requisé el espacio una vez más y entonces divisé una puerta, hasta ésta fui mientras Meden, completamente abstraído de la situación, extraía del bolsillo interior de su traje empapado, su celular, el cual por lo visto, intentaba encender. A causa de la lluvia, o porque se había quedado sin baterías, el aparato no respondía.

Empujé la puerta para encontrarme con un pasillo que daba al gigantesco vestidor y más allá, a un baño iluminado por los rayos de la tormenta que todavía caía.

Ahora me fue más sencillo dar con la llave de luz.

Regresé hasta el cuarto.

- Venga- le dije tomándolo de un brazo.

Meden revoleó su celular encima de la cama. El aparato revotó un par de veces sobre el colchón hasta perderse en los almohadones.

Medio apretujados uno contra el otro, entre las paredes del corredor, avanzamos hacia el baño. Meden no podía caminar derecho y de vez en cuando se tumbaba para alguno de sus lados. La situación acabó pareciéndome cómica.

Entramos al baño.

- Bien- entoné deseando que Mike se hiciese presente.

Meden comenzó a moverse en un intento de desprenderse del saco de su traje. Tomando la prenda por los hombros, la hice correr por sus brazos, lo cual resultó difícil porque estaba tan empapada que se pegaba a la camisa.

Arrojé el saco sobre una silla que había a un lado.

Medité las opciones y me pareció que lo mejor era prepararle un baño bien caliente, y para tales efectos, había allí, una enorme bañera con hidromasaje.

Me aparté de Meden una vez más y fui a prepararla; él quedó detrás de mí a un par de pasos, todavía inestable.

Puse el tapón y abrí el agua. De una gran boca plateada comenzó a salir un potente chorro de agua que se calentó al instante. Cuando me di la vuelta, Meden intentaba desabrochar los botones de su camisa y ya había tirado de esta para soltarla de los pantalones.

Los faldones blancos le caían sobre los muslos.

Por un instante me debatí entre si ayudarlo o no. Como noté que comenzaba a enfurecerse otra vez, a causa de no poder con los malditos botones (así los llamó), me planté frente a él y quité sus manos del medio.

Aún llevaba la corbata puesta, de modo que lo primero que hice fue desanudarla.

Cuando logré soltarla, me la arrancó de las manos y la revoleó por el aire. Intentando concentrarme en lo que hacía, y no en sus ojos, los cuales me seguían de cerca, me dediqué a soltar los botones. Con la cabeza gacha, sentía la respiración de Meden sobre mi coronilla y su aliento a alcohol en la nariz. Solté el último botón y me aparté, su silencio y su respiración agitada empezaban a intimidarme; y lo que yo comenzaba a sentir, miedo. Lo deseaba, incluso estando el ebrio, incluso temiendo que tuviese un arranque de furia semejante al de unas horas atrás, incluso habiéndolo visto rogar de rodillas para que aquella mujer le permitiese entrar en esa habitación de hotel. Apreté los dientes y paré de respirar por un momento, su perfume era tóxico. En mi pseudo huida, me asomé hacia la habitación para ver si Mike venía. Ni señales de él.

Regresé al baño.

- Señor Meden, creo que deberíamos esperar a que...- me detuve-. ¿Qué hace?

- Puta camisa de mierda, no puedo quitármela- fue su respuesta mientras tironeaba de las mangas.

Tenía la camisa enredada en los puños y caída por detrás de la espalda.

- Quédese quieto.

Los gemelos continuaban en su sitio. Quité uno e inmediatamente después tiró de su brazo para liberarse. Quité el otro.

Meden arrojó la camisa a un lado y a mí, se me cortó la respiración. Había estado intentando no mirar su torso, pero no pude esquivar su espalda, primero, porque era amplia, segundo porque la tenía justo frente a mí.

Sus hombros eran los más perfectos que hubiese visto jamás. Los músculos sobre éstos contaban con una definición impactante, y la sinuosa curva de sus trapecios, bajando desde el cuello y la nuca, tenía una pendiente que hizo que me marease igual que si estuviese cayendo por allí, rodando sin parar hasta un precipicio sin fondo.

Mi primer impulso, fue palpar con la yema de los dedos, la superficie de su piel, para sentir los músculos y los huesos. Quedé embobada con su espina dorsal, con sus costillas y...lo que vi en la parte baja de su espalda me hizo derrapar del susto, mis pensamientos patinaron igual que un automóvil con las llantas gastadas sobre asfalto mojado.

Las marcar rojas y la inflamación, incluso los puntos rojos de sangre, allí donde la piel no había resistido el maltrato, hicieron que mi estómago diese un vuelco. La parte baja de su espalda, del lado izquierdo, era fuego. La marca roja seguía por debajo de la angosta cintura de sus pantalones.

Acerqué los dedos a su piel... no lo toqué.

Se me puso la piel de gallina; Meden la tenía por el enfriamiento causado por caminar debajo de la lluvia en el frío de la noche, yo por el maltrato que él había recibido, probablemente, imaginaba, bajo su consentimiento.

No supe qué hacer con la evidencia de lo que esperaba, no fuese cierto.

Al otro lado de su espalda, llevaba un gran tatuaje de un dragón, que en otro momento, me hubiese detenido a admirar; en este instante no podía pensar más que en los golpes.

Meden se giró un poco, y tomó mi muñeca con su mano izquierda.

Por lo visto, era algo más que su espalda. Su muñeca enrojecida por la fricción de algún tipo de sujeción, me advirtió no que no debía intentar engañarme.

Con la mirada, y desesperada, deseando no ver lo mismo en su otra muñeca, moví mis ojos hasta su lado derecho. Antes no había notado las marcas, no esperaba encontrarlas allí...pero estaban.

- Señor Med...- el resto de su nombre se me escapó de los labios cuando él me miró con sus ojos turbios de alcohol. Temblaba tanto del frío, que al aferrar mi mano con la suya, me hacía temblar a mí también-. Le quitaré los zapatos- solté buscando escaparme de los pensamientos y de las imágenes, también de los recuerdos-. Siéntese en el borde de la bañera.

No me hizo el menor caso.

- Necesito quitarle los zapatos, resuman agua. Por favor, tome asiento en el borde de la bañera para que...

Igual que si no hubiese escuchado ni una sola de las palabras pronunciadas por mí, echó la cabeza hacia atrás, y cerró los ojos, para luego, comenzar a murmurar palabras ininteligibles.

- Ok, quédese donde está- rezongué-. Por lo visto hoy usted se muestra mucho más reacio de lo normal, a colaborar con lo que otras le piden.

Fue lo mismo que hablarle a una pared, Félix Meden estaba por completo en su mundo.

Pasé por su lado, luego de liberarme de su mano, y me agaché frente a él.

- Levante la pierna derecha-, dije tomándolo con una mano por detrás de la rodilla, y con la otra, por el empeine-. Si pone las piernas rígidas no podré quitarle los zapatos. Señor Meden- insistí procurando no alzar la vista-. ¡Oiga, ponga algo de su parte aquí, no puedo quitarle el zapato si no se mueve!

Nada.

- Mierda, Meden, espabile- chillé para llamar su atención. De no estar él



ebrio, jamás me habría atrevido a hablarle de ese modo-. Ok, entonces será a la fuerza- añadí, ya algo harta, si no lo lograba, lo metería a la bañera con zapatos y todo, y al cuerno si costaban un dineral.

Le clavé un par de dedos en la parte de atrás de la rodilla para forzarlo a moverse y al mismo tiempo tiré de su pie. Meden se tambaleo. Creí que caería cuan largo y pesado era sobre el piso de mármol, en vez de eso, se tomó de mi cabeza con ambas manos.

- Genial- gruñí sintiendo su dedos clavarse en mi cráneo.

Le quité el zapato y luego tironeé de la media.

Hasta los pies, tenía bonitos.

Procuré no detenerme demasiado en ese detalle y me dediqué a desnudar su otro pie.

La verdad es que no sé por qué me preocupé tanto por los zapatos, estaban por completo arruinados.

Alcé los brazos y tomé sus manos entre las mías, para así poder quitarlas de mi cabeza y ponerme de pie.

Sentí que Meden se aferraba a mí, sus dedos parecían tener toda la intención de incrustarse en mi carne.

Me puse de pie. Cuando alcé la vista, me lo encontré viéndome sin parpadear.

- *I'm so fucking tired.*

- Sí, sé que lo está. Se meterá en la cama en un momento.

- *My bed...*- susurró.

- Sí, en su cama... cuando venga Mike y...-. Tuve que apartarme de él, ya no soportaba tenerlo cerca, no sin tropezar con sus labios, con su pecho, con sus hombros, con sus manos, incluso con sus muñecas lastimadas y con la perdición de su espalda baja.

Volví a mirar en dirección al pasillo. Ni señales de Mike todavía.

- Escuche, haremos lo siguiente...- comencé a decir, dándome la vuelta.

Meden también se había dado la vuelta y se quitaba el resto de su ropa con mucha más precisión de la demostrada hasta ahora. Probablemente tenía práctica de sobra en eso de arrancarse los pantalones y la ropa interior todo de un tirón.

No verlo hubiese sido igual a pretender no ver un elefante dentro de mi departamento. La imagen de su cuerpo quedaría grabada en mis retinas: su pecho, sus abdominales, su cadera...su pene.

Avergonzada por su completa desnudez, alcé la vista hacia sus ojos.

- *I'm nothing more than this.*

Su voz otra vez, no fue más que un hilo delicado y sedoso, demasiado susceptible a romperse ante la menor tensión.

Quise decirle que él era mucho más que el cuerpo escultural que tenía frente a mí... no me salieron las palabras.

Caminé hasta él, le di la vuelta y lo guie hasta la bañera, la cual ya estaba casi llena.

Tomándose de mis manos para evitar resbalar, caer y desnucarse, Meden alzó una pierna entrando en el agua, y luego la otra.

- Eso es, ahora siéntese en el agua. Tiene el cuerpo helado y necesita entrar en calor.

Además del dragón en la espalda, y la golondrina en el brazo, tenía tatuadas, entre su ingle y cadera izquierda, sus iniciales.

Quedó sentado en medio de la enorme tina, con las rodillas y los hombros fuera del agua.

Cerré el grifo.

- ¿Mejor, no?

Asintió con la cabeza.

- Eso es-. Le sonreí porque me pareció que sus ojos se ponían vacíos y distantes.

Al otro lado de la tina había un par de pequeñas toallas prolijamente dobladas, tomé una y entonces reparé en la presencia de uno de sus benditos jabones de tilo.

Ok, aquí vamos- me dije.

Sumergí la toalla en el agua y luego refregué el jabón por la misma. Me le acerqué por detrás, arrodillándome junto a la bañera; Meden tenía los ojos cerrados. Volví a sumergir la toalla para embeberla en más agua caliente y lentamente, la aproximé a su espalda. Con cuidado, la apoyé sobre su omoplato izquierdo. Ante el contacto, Meden dio un respingo, abriendo los ojos y volviendo su cabeza hacia mí, para ver qué sucedía.

- Está bien, no le haré daño.

La mirada de desolación que me lanzó hizo que el suelo debajo de mis rodillas, temblase.

- Se lo juro- añadí ante su desconfianza.

Me miró fijo, igual que si intentase determinar si le decía la verdad o no.

Cuando con calma, y entornando los ojos, apartó su rostro, comprendí que me daba permiso para tocarlo.

Sumergí una vez más, la toalla en el agua y le acaricié la piel, permitiendo que

el agua se escurriese.

- Eso es...

Enjaboné su espalda, sus hombros y le pasé el paño húmedo por el cabello y rostro.

- Aquí le traigo su...

Giré la cabeza y vi a Mike detenerse ni bien atravesó la puerta del baño.

Meden también se volvió a verlo.

Mike traía consigo una bandeja con un cuenco con algo caliente que olía a caldo, un vaso con agua y unas rodajas de pan.

- ¿Qué haces aquí, te dije que estabas despedido?- volvió a estallar Meden.

- Está bien, Señor Meden, vino a tráele un poco de sopa. Quédese tranquilo.

- Sácalo de aquí- me ordenó.

Mike no salía de su asombro, ni por encontrarme a mí arrodillada junto a la bañera dentro de la cual Meden estaba sumergido, tanto por lo que su jefe acababa de repetirle.

- Me ocuparé de él, no te preocupes. Gracias por la sopa.

- ¡Que te largues!- gritó Meden.

- Ve a dormir, Mike. Lo meteré en la cama y le daré la sopa.

- ¿Segura?

Asentí con la cabeza.

Meden iba gritarle otra vez, cuando Mike abandonó el baño para luego dejar la bandeja sobre la mesa de luz a un lado de la cama.

Cinco minutos después, armada con una esponjosa y pesada bata de baño, saqué a Meden de la bañera y lo guié hasta su cuarto. Lo metí debajo de las mantas, y pese a que no le hizo ninguna gracia, lo obligué a beber la mitad del caldo y a comer un poco de pan.

Al terminar, mientras yo regresaba el cuenco y la servilleta a la mesa de luz, él recostó su cabeza contra las almohadas; de a poco, se dejó caer para hundirse más y más en las mantas.

- Eso es, intente dormir.

Apagué la luz y ni bien hice el amague de levantarme, me tomó por las manos.

- Quédese.

- Pero...

- Tengo frío- dijo acurrucándose debajo del acolchado.

- Buscaré otra manta- tiré de mis manos para que me soltase.

- No, no se vaya.

- Pero si no me suelta...

- Tengo frío- repitió llevándose mis manos al pecho. Volvía a temblar.

Lo que hice a continuación fue puro instinto.

- Bien, no me iré-. Gateé sobre la cama, pasando por encima de sus piernas, y cuando él comprendió cual era mi intención, me soltó. Al llegar a las almohadas, levanté las mantas y metí las piernas debajo de éstas, luego me quité el suéter para quedar en remera. Necesitaba transmitirle calor.

Mi vergüenza, quizá también mi lógica y probablemente todo mi sentido común, se habían ido por el desagüe de la bañera (a mi pudor lo perdí cuando él quedó desnudo frente a mí). Descendiendo hasta quedar a su altura, lo abracé. Rodeé su espalda y cubrí sus brazos con los míos.

Meden pegó su espalda contra mi pecho y se prendió de mis muñecas con todavía más ahínco que antes, entrelazando mis brazos por delante de él.

Su cuerpo y el mío encajaban a la perfección, o al menos esa fue la sensación que me dio cuando mi abdomen y pelvis se pegaron a su firme estructura.

Probablemente no debí, pero aproveché la oportunidad de la cercanía de su piel, de su cabello, para inspirar todo su aroma de primera mano. Hundí la nariz en su tupido cabello, y luego en su cuello, para finalmente apoyar la frente entre su hombro y cuello, rozando con mi nariz su espalda. En la mañana él no recordaría nada... entrelacé mis piernas con las suyas, pegando mis pies a los suyos, los cuales todavía continuaban algo fríos.

Ya estaba por completo perdida cuando acabamos de fundirnos los dos, de amoldarnos el uno al otro. Mi corazón palpitaba enloquecido y por todo mi cuerpo, circulaba una corriente eléctrica que hipersensibilizaba mi piel, sobre todo, la que estaba en contacto con la suya.

No quería dormirme, quería ser consciente de esto todo el tiempo que durase, de cada inspiración suya, de cada exhalación, de cada contracción de sus músculos.

Fue él el primero en caer rendido.

No sé cuánto tiempo pasó desde ese instante, hasta que él se despertó para vomitar la primera vez, y luego, otra, y otra, y otra, la última, cuando ya amanecía.

De nuestra última visita al baño, quedó claro que esto no pasaría al olvido, Meden se acostó junto a mí, y acurrucándose contra mi cuerpo, se adueñó de mis brazos para que volviesen a cubrirlo. Le dejé hacer, simplemente no deseaba negarme. De ser por mí, le hubiese dado todo lo que tenía y más si lo hubiese pedido.



## 14.

**Lo primero que mi cerebro captó fue su aroma**, ese delicioso y suave perfume que me daba una gran sensación de bienestar, si bien en realidad, me quitaba la calma puesto que encendía cada célula de mi cuerpo amenazando con provocar la ignición de toda mi carne.

Lo segundo que noté fue que tras mis párpados, había luz, chisporroteos dorados y placidos, dignos que un bello amanecer.

Abrí los ojos esperando tener el placer de poder guardar para siempre, dentro de mi cabeza, la imagen del hombre que amaba, durmiendo junto a mí, en esta enorme cama, en este lujoso departamento en una de las ciudades más lindas del mundo.

Incluso antes de ver, o mejor dicho, de no ver, comprendí que algo no andaba bien. Una ola de frío se apoderó de mi cuerpo. Mis ojos se movieron para encontrar el otro lado de la cama, vacío.

Se me escapó un suspiro de desolación. Hasta aquí llegaba mi sueño.

Mi cuerpo se desarmó sobre la cama. Clavé la vista en el techo sintiéndome entre miserable y tonta. Lo que quedaba de mi ser racional, se decidió a ponerle fin a aquel acto de autocompasión, recordándome que nada de aquello había sido del todo real, sino más bien, el fruto de mis deseos, de mi imaginación.

Me senté en la cama, aparté las mantas y palpé el colchón; frío. Estirándome, espí en dirección al baño, la puerta se encontraba abierta.

- ¿Señor Meden?

Nada. Obviamente hacía rato que me había dejado aquí sola.

Resignándome y comprendiendo que así debía ser, me levanté, recogí mi suéter y me largué de allí.

Veinte minutos después, bajaba a la cocina para desayunar.

Sabía que tendría que enfrentarlo en algún momento, pero esperaba que pudiese ser después de una taza de café.

No tendría esa suerte. En cuanto entré en la cocina, Meden alzó sus ojos hacia mí. Tenía un periódico en sus manos, un vaso de jugo de naranja en frente, y una taza de té a un lado.

Estaba solo; de hecho, parecía que estuviésemos completamente solos en este enorme departamento, de camino aquí, no me había cruzado con nadie, detalle

que me extrañó.

- Buen día- me saludó con voz rasposa. Se lo notaba un tanto ojeroso y decaído. Llevaba el cabello revuelto, y en vez de traje y corbata, lucía una camiseta blanca de mangas cortas, una campera con capucha y un pantalón deportivo gris. Iba descalzo y sin medias.

- Buen día- le correspondí poniendo un pie más, dentro de la cocina.

- ¿Café?

- Sí, gracias.

Vi que se levantaba en dirección a la máquina de expreso.

- No se preocupe, yo lo preparo.

- No, está bien.

- No, de verdad, quédese sentado-. Dije casi llegando a él.

- No es molestia-. Buscó una taza y la colocó en la cafetera.

- Bien, gracias-. Me rendí, no iba a discutir, sobre todo porque eso implicaba enfrentarlo y verlo a la cara, después de lo de anoche, no me resultaba sencillo-. ¿Cómo se siente?

- He tenido mejores días. Siéntese por favor.

- Imagino que así es- le contesté mientras me sentaba.

- Disculpe mi comportamiento. No suelo hacer ese tipo de escenas; hablé con Spencer, me relató lo sucedido.

- Usted lo echó- para no tener que mirarlo, concentré mi vista en las frutas, los bollos, el pan y los dulces que había sobre la mesa. También había una jarra de jugo de naranja y un frasco de medicamentos (supuse debía ser algo para su resaca).

- No tenía ni la menor idea de lo que hacía- continuó mientras la máquina de expreso llenaba mi taza-. Me disculpé con él y le ruego a usted también, que me disculpe. Mi comportamiento fue vergonzoso.

- No hay problema, Señor Meden, ya pasó.

Colocó la taza frente a mí.

- Spencer también me contó lo que hizo usted por mí.

Las orejas y las mejillas se me pusieron rojas al instante.

- Gracias- entonó mientras se movía en dirección a su silla. Buscó mi mirada y por desgracia la encontró-. Fue una sorpresa encontrarme con usted en mi cama al despertar.

- Es que estaba usted helado y yo...- se me acabaron las palabras, no sabía qué más decir, además sus ojos...

- Gracias.

Desesperada por escapar, cogí mi taza y bebí un sorbo de café, el cual además de estar extremadamente caliente, era muy fuerte. Su intenso sabor me hizo olvidar por una fracción de segundo, el exquisito aroma que desprendía Meden, quién por lo visto, se había duchado otra vez esta mañana.

- Fue extraño- soltó fijando sus ojos en mí, con aquel descaro que caracterizaba a su mirada.

- ¿Qué cosa?

- Es la primera vez que amezco con una mujer con la cual no he tenido sexo-. Entrecerró los ojos frunciendo el ceño-. ¿O sí tuvimos sexo?

Tragué en seco. No me habría molestado que eso sucediese.

Negué con la cabeza.

- Magnífico, así será todo más sencillo.

El aire se me escapó de los pulmones. Musité un moribundo “claro” y regresé a mi café.

- Entonces... ¿quiere que le diga cómo sigue esto?

- ¿Cómo?- pregunté sin saber a qué se refería.

- Es hora de que traslademos el juego a mi terreno.

¿Qué juego?- me pregunté.

- Tiene que empezar a ver las cosas tal como yo las veo, o nunca comprenderá lo que significa estar en mi piel.

Su piel...recordé la magullada piel de su espalda, la de sus muñecas.

Tragué en seco.

- Daremos un paseo.

- ¿Un paseo? ¿Es eso lo que usted haría normalmente?

- No, no es eso a lo que me refería. Spencer nos sacará de París en automóvil.

- ¿A dónde iremos?

- Es una sorpresa.

- No me gustan las sorpresas.

- Pensé que sí le gustaban.

- Pues no-. De los nervios, me tembló la voz.

- No sé preocupe por nada, ni siquiera tiene que cambiarse de ropas, así está muy bien.

- Bien, como quiera. A qué hora salimos.

- Preferiría que salgamos lo antes posible, luego si puede y si quiere, la llevaré a almorzar.

- ¿Si puedo? ¿Qué...?

- Será divertido, se lo prometo.



- ¿Divertido para usted o para mí?

- Para mí, seguro que sí.

- Me asusta.

- No sea cobarde- de un largo sorbo, se bebió el resto de su jugo de naranja-. Voy a prepararme para salir y a pedirle a Spencer que tenga listo el automóvil para dentro de quince minutos. ¿Cree que esté lista en quince minutos?

- Sí...sí, creo que sí.

- Magnifico-. Se puso de pie-. La veo luego.

Todavía me encontraba en estado de estupefacción cuando él abandonó la cocina. Todo había sucedido tan rápido. No era esto lo que supuse sucedería después semejante noche. Supongo que esperaba alguna explicación. No es que estuviese obligado a dármelas... creí que después de todo, me las daría. Moría por saber si su borrachera había sido producto de una noche de parranda, o de algo más; la mirada que tenía mientras lo bañaba me hacía pensar así, y obviamente, las pocas palabras que pronunció, también, mucho más sus gestos dentro de la cama. ¿Sería así?, o es que pretendía convencerme de que había algo más detrás de su máscara de insensibilidad, si es que en realidad era una masacrara y no simplemente la materia y el espíritu de un hombre que convertía en oro, o mejor dicho en dinero, todo lo que tocaba. Desayuné y al terminar subí por mi abrigo; cuando bajé, Meden me esperaba junto a la puerta, vestido con unos jeans, sus Converse, un suéter y un abrigo. Descendimos en el ascensor hasta la planta baja y en el mismo estado de mutismo, nos montamos en el automóvil luego de que Spencer me diese los buenos días.

Tal lo anticipó Meden, su jefe de seguridad nos sacó de la ciudad hasta que lo único que se veía a los lados de la carretera era campo y más campo.

Una docena de veces le pedí que me revelase nuestro destino, no lo hizo y por más que intenté leerlo en los ojos de Mike, los cuales veía por el espejo retrovisor, yací en la intriga hasta que luego de cinco minutos de desviarnos de la carretera principal, el automóvil se detuvo frente a una verja escoltada por una cabina dentro de la cual había un hombre vestido como personal de seguridad.

No me sorprendió ni la cabina, ni el hombre, sino el cartel que colgaba encima de la verja.

“EICEPS, *club de parachutisme*”.

No me hizo falta un traductor para entender lo que era, menos que menos, detectando la presencia de los dos hangares a la derecha del terreno y a lo lejos, un pequeño avión blanco con franjas naranjas y verdes que esperaba por sus pasajeros.

- ¿Se volvió loco?

Meden sonrió sin desviar la vista del frente, la reja acababa de correrse para hacernos paso.

- Yo no voy a...- siquiera me salían las palabras. Saltar al vacío no era mi idea de diversión.

- No se preocupe, saltará conmigo. Haremos un salto Tándem; usted unida a mí con un arnés.

- Como sea... no pienso saltar. Debí consultármelo antes. No quiero, es una locura.

- Es increíble que se deje gobernar por el miedo.

- No me dejo gobernar por el miedo, es que no me apetece hacerme puré contra esta hermosa campiña. Salte usted, lo esperaré aquí abajo.

Mike detuvo el automóvil.

- Usted saltará y eso no es negociable. Me importa un cuerno si quiere o no.

- No puede obligarme.

- Pues es justamente eso lo que pienso hacer.

Mike se bajó del auto.

- Además, usted sí quiere, lo que sucede es que está asustada. Lo sabe, internamente desea esto.

- Desvaría.

- Baje, tenemos mucho trabajo por hacer antes de saltar.

No esperó mi replica, se bajó del auto dando un portazo.

Desesperada, le clavé las uñas al asiento de cuero. Sí, una parte de mí, la más loca, la misma que anoche se acurrucó contra su espalda, saltaba de felicidad y emoción ante la idea de tirarse con él en paracaídas, pegada a su cuerpo con un arnés. La otra, la más racional, no quería saber de otra cosa que no fuese permanecer en la seguridad del automóvil.

- Baje- me ordenó Meden abriendo la puerta de mi lado-. No es una invitación amistosa, es una orden; forma parte de sus obligaciones, de su trabajo. Bajé ahora o la sacaré de allí a la rastra, y si es necesario la cargaré hasta el avión. Le juro que lo haré. Claro que preferiría poder explicarle qué debe hacer al momento de saltar y mientras caemos, pero si tengo que usar la fuerza, lo haré. Tragué salvia.

- Contaré hasta tres. Uno... dos...
  - Nos mataremos- entoné poniendo un pie fuera del vehículo.
  - No. Le gustará tanto que en cuanto llegamos a tierra pedirá saltar otra vez.
  - Lo dudo.
  - ¿Quiere apostar?
  - No me gustan las apuestas.
  - Vamos, pida algo, si me equivoco le juro que se lo daré.
  - No se me ocurre nada. Estoy demasiado nerviosa para pensar en algo.
  - Si resulta que por alguna extraña razón, pierdo, le juro que responderé a una pregunta que desee hacerme, sin importar cuan inapropiada, íntima o descarada sea.
  - ¿Y si pierdo, qué pedirá usted a cambio?
  - Pues todavía no lo sé, tendría que pensarlo- me dijo lanzándome una mirada pícaro.
  - No creo que hacer tratos en esos términos sea una buena idea.
  - Ya muévase, esta gente no tiene todo el día y llevan una hora esperándonos. Me eché a andar, no sé cómo lo hice, no sentía las piernas.
- Llegamos a uno de los hangares, un montón de gente nos esperaba allí. Meden me los presentó pero no logré retener sus nombres.
- Mike, que nos acompañaba, fue a sentarse a una silla a un lado, en el centro del espacio había un montón de mochilas, es decir, paracaídas, colchonetas y trajes. Resultó que uno de esos trajes era para mí, otro para Meden. También me ajustaron con fuerza dentro de un arnés y luego Meden me hizo recostar en el piso panza abajo, para enseñarme la posición que debía adoptar durante la caída, así mismo, me explicó que debía hacer al saltar, y al aterrizar.
- No sé cuánto capté de todas aquellas explicaciones. Estaba demasiado nerviosa y mi corazón se volvió completamente loco a la hora de subir a la avioneta.
- Que lo disfrute- me dijo Mike sonriendo desde la punta del ala.
  - Sí, claro. Salta tú.
  - De hecho Spencer es un experto en el tema- acotó Meden.
  - ¿Y por qué no salta? Que lo acompañe él, ustedes dos lo disfrutarán mucho más que yo.
  - Le gustará, Señorita Lafond.
  - Ve, es lo que le digo. Relájese-. Meden me dedicó una gran sonrisa-. Todo saldrá bien.
  - Debí llamar a mi padre para despedirme- dije medio en broma, medio en

serio.

- No sea ridícula. Venga, la ayudaré a subir.

En cuestión de minutos sobrevolábamos hermosos campos labrados a cuatro mil metros de altura, lo cual, me puso los pelos de punta, desde aquí saltaríamos.

Recordé que Meden me explicó que caeríamos a doscientos kilómetros por hora durante sesenta segundos y que luego, abriría el paracaídas. El descenso luego, duraría entre cinco y seis minutos y si quería, podría pilotear el paracaídas con él. Pese a la tormenta de anoche, teníamos buen tiempo, brillaba el sol y a nivel de la tierra, no hacía demasiado frío.

Llegó el momento, y mediante las señas acordadas Meden me indicó que era la hora de saltar; caminamos en dirección a la pequeña puerta abierta que exponía un gran cielo celeste; mi espalda iba pegada a su pecho a causa del arnés que nos unía.

Nos colocamos frente a la abertura, Meden tomándose del borde, yo, tal como él me lo explicó, tomándome las tiras del arnés que tenía una a cada lado del pecho.

Contó hasta tres, moviéndose hacia adelante y hacia atrás y luego... me empujó y saltamos al vacío.

Grité como loca, y él hizo lo mismo, en mi oído. Gritos de liberación. Caímos y caímos... y luego coloqué mis piernas entre las suyas, flexionadas hacia arriba. Sus brazos estaban junto a los míos. El viento me azotaba la cara y el cuerpo. Sí, tenía pánico pero al mismo tiempo la adrenalina que comenzó a circular por mis venas hizo que se sentirse genial, emocionante. Era increíble. Mientras duró la caída libre, Meden me hizo girar hacia un lado y al otro cambiando la perspectiva de los parches de campo de distintos colores allí abajo, y después se lanzó como una bala hacia abajo. El ruido del aire golpeado contra mis oídos era insoportable, lo fue incluso cuando volvimos a recuperar la horizontalidad. Todo cambió, cuando con un toque, me indicó que era el momento de abrir el paracaídas. Entonces todo fue más suave, placido tranquilo y tan solo nos bamboleamos ligeramente de un lado al otro según hacia dónde comandara Meden, el paracaídas. Me envalentoné trepé con mis manos por sus brazos hasta llegar a sus manos, mis dedos cubrieron los suyos, sintiéndolos gobernaba el paracaídas.

Fue una locura y cuando la tierra comenzó a aproximarse, me dio pena. Volar pegada a él era simplemente perfecto. Recogí las piernas ligeramente y correteé con él por el pasto cuando el vuelto se terminó. El paracaídas cayó

delante nuestro para ser atrapado por dos personas que nos esperaban. Detrás de ellos, detrás del paracaídas de colores, vi a Mike correr en nuestra dirección.

- ¿Qué tal le pareció eso?- jadeó Meden en mi oído.

Giré la cabeza y lo miré, no podía parar de sonreír; ahí tenía su respuesta.

- Se lo dije- exclamó regodeándose con su victoria.

- Señor Meden... Señorita Lafond...

- ¡Mírala, no puede evitarlo!- soltó los ganchos que nos mantenían unidos.

Mis piernas flaquearon por un segundo, extrañadas de pisar tierra otra vez.

- Fue una locura- jadeé.

- Ahora se convertirá en una adicta de la adrenalina.

- Eso sí que no- me aparté el cabello de la cara, me lo había recogido antes de saltar pero ahora era todo un desastre alrededor de mi cabeza-. Con una vez me basta.

- No le creo- me enfrentó y comenzó a soltar mi arnés.

- ¿Así que esto es lo que hace? ¿Provocarse intensos raptos de adrenalina?

¿Todo tiene que ser extremo con usted? ¿Tiene que llevar todo al límite, no es así?

El arnés cayó a mis pies.

- ¿También es adicto a la serotonina y a las endorfinas?

- Acción, placer y felicidad.

- Puede llegar a lo mismo por otros métodos, unos más saludables y menos riesgosos.

- ¿A sí, cómo? Enséñeme usted. ¿Alguna vez sintió lo que sintió al lanzarse conmigo al vacío?

- Bueno...- no podía confesarle que anoche casi pierdo la cabeza por el simple hecho de estar a su lado.

Comenzó a quitarse su arnés y yo el traje que llevaba sobre la ropa. Bajo el sol y frente a Meden, comenzaba a transpirar.

- Bien, ahora si quiere puedo llevarla a almorzar y...ah..., casi me olvidaba, está en deuda conmigo, gané la apuesta.

- Eso no es cierto, le dije que no volvería a saltar. No sea tramposo.

- Tendrá que pagar.

Esa misma loca parte de mí, que desde el principio quería saltar, también quería ponerse a disposición de este hombre, para hacer lo que él demandase, fuese lo que fuese. Un poco de miedo me producía no saber lo que podía ser, pero eso mismo era lo que lo tornaba tan excitante.

Paramos para almorzar en un pequeño restaurante en un poblado a mitad de camino de París. El lugar era precioso, simple y tranquilo; me dio pena que Mike tuviese que irse, para mí él era más un amigo que un empleado de Meden y me parecía extraño cada vez que se quedaba aparte de nuestras actividades. Mientras comíamos habló de sus altos, del paracaidismo en general, del poblado en el que nos encontrábamos, el cual por lo visto ya conocía, y del resto de la región, en suma, conversamos sobre temas inocentes y seguros, incluso hasta algo banales ya que me contó sobre los aviones, helicópteros y demás vehículos tanto aéreos, terrestres y marinos que habita tenido. Lo dejé hablar, lo escuché, hablaba con pasión y cuando lo hacía, era muy difícil no prestarle atención, no quedar embobada con el tono de su voz, con los movimientos de sus manos o con su mirada; además, prefería esto a tener que discutir lo sucedido anoche. Sabía que quería encarar el tema de los magullones con los que apreció, es que no sabía cómo, lo que sí, intuí que no era ni el momento ni el lugar para discutirlo. Después de comer dimos una vuelta por el pueblo. Al comenzar a bajar el sol por el horizonte, emprendimos el regreso a París.

Cuando llegamos al departamento, Meden me explicó que esa noche tenía una cena de negocios y que por la mañana, tenía una reunión. Se excusó por abandonarme. Para mí suponía un alivio tener un momento de calma; tantas horas pasadas a su lado, tenían un efecto toxico y adictivo que me afectaba cada vez más, y esperaba que durante las horas que tuviese que ocuparse de sus obligaciones laborales, se olvidase del asunto de la apuesta.

Todo transcurrió bien durante las primeras horas, debido a que por mis venas, todavía corría adrenalina, o quizá por el simple recuerdo del salto, mas cuando llegó la noche y me encontré sola en mi cama, en aquel cuarto extraño, me sentí vacía e increíblemente necesitada de él. Empeoré al bajar a desayunar a la mañana siguiente para enterarme de que Meden había partido ya, en compañía de Mike. Lo peor del caso es que había dejado órdenes de que no saliese sola, de modo que cuando decidí ir a dar un paseo por el barrio, uno de los hombres de seguridad se pegó a mis talones.

Al regresar al departamento cerca del mediodía, Meden todavía no regresaba; él que fuese mi escolta, me comunicó que no llegaría a almorzar puesto que otro compromiso surgió en su agenda; me ofreció llevarme a comer a alguna parte, la idea no me tentó. Tomé algo de queso, pan y fruta y me fui a almorzar a la terraza con vistas a la Torre Eiffel.

Después de comer, me relajé a la tibieza del sol y de tanto relajarme, me quedé dormida. Percibí cómo me iba... no puede evitarlo.

Algo me hizo cosquillas en el cuello, del lado derecho. Intenté rascarme con el hombro. Quería seguir durmiendo, estaba tan bien... tan cómoda.

El cosquilleo regresó otra vez, ahora, un poco más arriba, casi por detrás de la oreja.

Moví la cabeza y la sensación pasó, sin embargo regresó casi al instante, en el mismo lugar. Se sentía delicioso...también mi sueño, soñaba con él...otra vez los dos en su cama, solo que él no sufría de una fuerte borrachera y me besaba. Se me escapó un suspiro.

Entonces, pasó de un cosquilleo a una caricia, todo a lo largo del arco de mi oreja. Un taco apenas perceptible... intensamente placentero.

Creí que formaba parte del sueño y lo recibí sin problemas. El tacto fue tornándose más palpable y real. El sueño comenzó a desmenuzarse entre mis dedos. Lo onírico le dejó paso a lo concreto y material, el rose de piel contra

piel, de calor contra calor.

Quizá se terminase al abriera los ojos, quizá no... ¿debía ponerle fin? ¿Y si abrir los ojos no significaba ponerle fin, si no tórnalo todavía más real?

Lentamente, despegué los parpados. Frente a mí no había nadie... sí a mi derecha, podía sentir su calor justo al costado de mi cuerpo.

Moví los ojos y lo vi. Giré la cabeza; se encontraba arrodillado a mi lado, viéndome muy serio. Iba de traje, camisa y corbata; llevaba está última floja y el primer botón de la camisa, desabrochado. Se lo veía perfecto y ni rastro de cansancio o enfermedad.

- Usted me debe algo- me susurró moviendo esos enloquecedores labios suyos que tanto deseaba volver a besar, a acariciar con los míos.

Juro que me desarmé. Las piezas que me componían quedaron desparramadas por aquella elegante y pintoresca terraza de París.

Su voz...su mirada, incluso lo que su cuerpo irradiaba... todo él me afectaba como ninguna otra cosa lo había hecho ni lo haría jamás.

- ¿No creía que me olvidaría, o sí? Apuesto a que eso esperaba-. Me sonrió malévolamente.

Su sonrisa no podía ser más sexi.

- Claro que sí- rió-. No me olvido de nada.

- Pero sí desvaría, sobre todo cuando quiere inclinar la balanza hacia su lado.

Su mano aún continuaba sobre el respaldo de la silla en la que me había recostado. ¿Acaso no pensaba mencionar el hecho de que había estado acariciando mi oreja?

- Gané.

- Mentira- jadeé.

- Me debe algo.

- No le debo nada-. Mi corazón se disparó, era perjudicial para mi cerebro tenerlo tan cerca.

- Tendrá que cocinar para mí. Apuestas son apuestas- hizo una pausa-. Se veía muy a gusto mientras dormía, ojalá no se hubiese despertado.

Miré su mano y lo miré, quería que entendiese que sabía lo que había estado haciendo.

¿Por cuánto tiempo más jugaríamos este juego? Bien, en realidad no era un juego para mí.

- ¿Qué?- inquirió ante mi silencio.

- ¿Cómo le fue en sus reuniones?- solté. No podía revelarle que en vez de preocuparme por su trabajo, pensaba en besarlo, en tener el peso de su cuerpo



sobre mí.

Me dedicó una media sonrisa con la que me daba a entender que sospechaba de mi pregunta.

- Perfectamente bien-. Después de darle una palmada a la silla, se puso de pie-. ¿Qué cocinará para mí? No almorcé y me muero de hambre.

- No sé-. Todavía perduraba en mí, algo de la tontera del sueño.

- Salgamos de compras y veamos que encontramos.

- Sí, claro-. Me levanté de la silla y comencé a recoger mis cosas, luego de almorzar había estado escribiendo un poco. Tenía demasiadas cosas que bajar de mi cerebro, a la memoria de la computadora, toda aquella información era excesiva para mi agotado y sobresaturado ser.

Me disponía a abandonar la terraza para ir en busca de un abrigo, atardecía y el frío comenzaba a apretar otra vez, cuando él, plantándose frente a la puerta, se interpuso en mi camino.

Creí que diría algo, no lo hizo. Sus labios permanecieron entreabiertos mientras su mano derecha ascendía hacia mí. Su mano se detuvo a mitad de camino de mi mejilla.

Miré su mano y luego lo miré a los ojos. ¿Por qué no lo hacía, por qué no terminaba de poner el asunto sobre la mesa, por qué no lo hacía yo, si mis dedos ardían de ganas de tocarlo?

- Después de usted-. Abrió la puerta y se apartó para cederme el paso-. Vaya por un abrigo, la esperaré en el ascensor.

Dentro de mi cabeza, solté todos los insultos que sabía, en todos los idiomas que manejaba o medianamente conocía.

Resultó que sin escolta alguna, salimos a la calle y anduvimos un par de cuadras, siempre con el propio Meden, marcando el rumbo tanto el de nuestros pies, como el de la conversación, la cual lideró por completo, comentándome los pormenores de las reuniones de ese día y la cena de la noche anterior. En unas pocas horas había cerrado dos muy buenos negocios “realmente importantes”, según remarcó, los cuales lo llevarían a él y a sus empresas a un nivel muy por encima del actual. Mencionó que se sentía más que satisfecho y orgulloso de lo logrado.

Caímos en un negocio abarrotado de parisinos recién salidos del trabajo, que buscaban algo para la cena.

- Bueno, qué le apetece- le pregunté mientras caminábamos junto a canastas en las que se exponían verduras que de tan bonitas, no parecían reales.

- Pues no lo sé.

Tomé un tomate y luego lo acerqué a mi nariz, olía de maravillas. Meden atrapó mi mano con la suya y lo llevó a mi nariz.

- Diría que huele como al mediterráneo, a Italia tal vez.

- ¿A sí?

Asintió con la cabeza.

- ¿Le gusta Italia?

- Sí, por supuesto.

- ¿Sí, por supuesto? ¿Qué clase de respuesta más fría es esa? ¿No se supone Italia es pasión?

- ¿Es una experta en pasión?

- ¿Qué es lo que le gusta de Italia? Y no me diga que las italianas- lo atajé entrando en su juego.

- Tienen buena comida.

- Eso...- se me escapó un suspiro, lo había provocado pero él simplemente desvió la conversación-. Puedo preparar pizza.... Una buena pizza a la napolitana.

- ¿Pizza?- negó con la cabeza-. No, no creo haber probadora pizza a la napolitana.

- Ok, llevaremos tomates, entonces. También necesitamos ajo, algo de salsa de tomate, mozzarella. ¿Le gusta el ajo?

- No tengo problemas con el ajo.

- Bien, también necesitamos harina, levadura...- lo miré-. Lo haré trabajar.

- Pues el acuerdo era que usted cocinase para mí, no al revés.

- También quedamos en que le enseñaría a cocinar- aparté la mirada-. Un buen aceite de oliva...

Compramos todo lo necesario, incluso una buena cerveza para acompañar la comida.

- Esa cosa se derramará-. Apuntó con su mano al cuenco dentro del cual la levadura fresca, había fermentado formando una gran cantidad de burbujas. Todo el ambiente estaba perfumado con su exquisito aroma, entre ácido, dulce y cálido.

- Bien, tráigamela.

Yo me encontrada trabajando en la isla central, ya tenía un volcán armado con la harina y la sal, y cuenco con agua caliente. La levadura se encontraba cerca de uno de los fuegos encendidos de la cocina, para darle calor, de hecho, como teníamos el horno precalentando, toda la cocina se había caldeado, razón por la cual él iba de camisa, con los puños remangados hasta los codos, y yo en remera.

Llegó por mi derecha. - Aquí está.

- Vuelque todo aquí dentro-. Puse una mano dentro del hueco entre las paredes de harina.

Meden echó el contenido de a poco.

- Vamos, no tema ensuciarte, tendrá que hacerlo tarde o temprano.

- No me molesta ensuciarme.

- Parece que sí-. Metí los dedos dentro del cuenco y saqué todo lo que quedaba.

Meden llevó el cuenco hasta la pileta mientras yo comenzaba a amasar.

- Vierta un poco de agua aquí en el centro, y un chorro de aceite también.

Temeroso de echarlo a perder, hizo lo que le pedí.

Formé el bollo y empecé a amasar, lo hice por un par de minutos, con él, custodiando cada uno de mis movimientos. Sus ojos eran la única custodia de esta noche; al llegar de la calle había notado que tanto el personal que auxiliaba en las tareas diarias, cuanto el de seguridad, había desaparecido, al menos, de mi vista.

- Venga aquí, es su turno.

- No pienso meter las manos ahí.

- No sea cobarde.

- Lo arruinaré. No sé nada de eso.

- Aprenda.

Hizo el amago de alejarse. Lo atrapé tomándolo por la muñeca con mi mano pegoteada de masa.

- Me vio hacerlo. Hágalo.

Fui albo de una mirada de desconfianza.

- Me tiré en paracaídas por usted. Lo mínimo que puede hacer es amasar un poco. Bueno en realidad no es que tenga que hacer nada por mí, pero...

Dándome un leve y amistoso empujón con su lado derecho, me apartó de en medio.

Comenzó a amasar, daba la impresión de que más que nada, deseaba asesinar

el bollo.

- Sea amable, no desgarre la masa, mida su fuerza, debe ser una caricia algo consistente, es todo.

- ¿Una caricia consistente? ¿Y eso?

- Usted entiende-. Me sonrojé un poco.

- No, no entiendo, cómo es eso.

- Algo que se debe sentir pero que no debe doler.

Sus ojos me lanzaron una mirada inmisericorde.

Continuó con su trabajo hasta que la masa estuvo realmente lisa; la separamos en cuatro y pusimos a descansar próximas al calor del horno.

Juntos limpiamos la mesada y las cosas que habíamos usado para cocinar.

Cortamos los tomates y el queso y preparamos la mesa. Un momento después, estiré las masas para cocinar al fin, la pizza.

Meden sacó una cerveza de la heladera, la abrió, llenó dos vasos y me pasó uno. Ambos nos recostamos sobre el canto de la mesada de mármol, uno a cada lado del horno.

- Por nosotros- fue su brindis cuando acercó su vaso al mío.

- Por nosotros.

Chocaron los cristales y luego bebimos.

- Entonces- se relamió los labios-, ¿cuándo me lo preguntará, cuándo tocaremos el tema, o es que también quiere dejarlo pasar igual que pretendía que pasara el pago de la apuesta? Mike me contó que usted me metió en la bañera; amanecí en mi cama, vistiendo nada más que una bata, de modo que al menos que usted hiciera todo eso con los ojos cerrados, debe haber visto lo que había para ver.

Casi escupo la cerveza.

- ¿No que quería saber la verdad sobre mí?

Coloqué el vaso sobre la mesada por miedo a que se me cayese y se estrellase en el suelo.

- Cómo mínimo vio mis muñecas. ¿No se preguntó qué eran esas magulladuras?- se quedó viéndome con las cejas en alto-. Por supuesto que lo hizo, es demasiado curiosa.

- Señor Meden...

- Si no vio mi espalda, puedo mostrársela ahora, todavía tengo las marcas.

Hizo el amago de darse la vuelta al tiempo que comenzaba a soltar la camisa de dentro de los pantalones.

- No hay necesidad-. Solté para frenarlo. Las manos me temblaban, las escondí

detrás de mí, usándolas para sostenerme de la mesada. El rotundo cambio de dirección que tomó nuestra agradable velada, no me agradaba. No estaba muy segura de desear escuchar lo que él podía tener para contar.

- Se lo conoce con el acrónimo de BDSM, *bondage, discipline, dominance, submission, sadism and masochism*. Esclavitud o cautiverio, disciplina, dominación, sumisión u obediencia, sadismo y masoquismo.

Fue igual que si me diesen un mazazo en la cabeza.

- Las marcas que usted vio...

- No tiene que contarme esto-. Me alejé unos pasos pretendiendo ir a revisar la cocción de las pizzas; él cerró mi camino.

- No, no tengo qué, quiero hacerlo, es todo, usted quería saber quién era Félix Meden. Pues este soy yo.

- Señor Meden...

- El dolor me provoca placer, mucho placer.

Y sus ojos a mí, me provocaban locura.

Así, de repente, necesité sentarme.

- ¿Sabe lo que es el masoquismo?

- Suficiente, Señor Meden. No escribiré sobre esto, no puedo creer que quiera que escriba sobre este tema en su biografía. Usted repitió hasta el cansancio que prefiere mantener su vida privada en privado-. Ahora que lo pensaba, no tenía ni la menor idea de cómo había hecho para mantener esto lejos del alcance de paparazis de aquellos que se llenaban la boca hablando mal de él.

- El masoquismo es la obtención de placer al ser víctima de actos de crueldad o dominio.

- Ok, escuché suficiente, en cinco minutos saque la pizza, póngale la mozzarella, el tomate y el ajo, póngala en el horno otros cinco minutos y luego podrá cenar- dicho esto, me lancé en retirada esquivándolo. No logré escaparme ni medio metro, Meden me tomó por la cintura reteniéndome. Intenté escaparme pero él imprimió más fuerza en el agarré de sus brazos, apretándome contra su cuerpo.

- Esta última vez necesité más dolor para sentir placer. Nunca antes habían tenido que dejarme marcas semejantes- me dijo al oído y su voz sonó como a caricias en mi nuca.

Me estremecí.

- Suélteme. No me obligará a escucharlo. No quiero saberlo.

- *I'm really fucked.*

- Vuelva a terapia entonces.

- No servirá de nada.

- ¿Por qué?- giré la cabeza. Nuestras narices casi se tocaban.

- Sé muy bien qué es lo que acabó de joderme-. Hizo una breve pausa. Sus ojos se anclaron en los míos-. Usted.

El tiempo se detuvo.

- Yo no...

- Usted y todas sus malditas preguntas, usted y su necesidad de revolver entre mi mierda.

- Suélteme.

- Es la única forma que tengo para sentir, es el único modo que encontré para sostenerme en pie, para resistir el peso de las responsabilidades que cargo. Es el único maldito escape de quien soy-. Dicho esto, me soltó.

Jadeando debido a la fuerza que había estado haciendo para liberarme, me aparté de él. Por supuesto, en realidad no quería abandonar la cocina, ni apartarme de él.

Tenía razón, necesitaba comprender.

- Necesito ese dolor, sobre todo cuando todo lo demás amenaza con desmoronarse, cuando enloquezco intentado controlar mi mundo. A veces mi cuerpo y mi cabeza, amenazan con estallar y tengo...necesito dejarme ir. Cada vez me cuesta más sentir. Se reirá de mí... últimamente tengo la sensación de que a cada día que pasa, estoy más cerca de convertirme en una máquina que de volver a ser un hombre normal.

Nos mirarnos.

- Necesito sufrir ese dolor físico para obtener alguna satisfacción de mi cuerpo, de mi carne.

Los oídos me zumbaban.

- Dolió como la puta madre...todavía me duele. Terminé la noche tan aturdido, tan perturbado, que lo único que logré hacer, es largarme a un bar a beber perder la cabeza. Todo es tan caótico últimamente y eso, es su culpa.

- No lo obligué a escribir su biografía.

- Me obligó a meter la mano dentro de recuerdos y experiencias que no deseo.

- Solamente intenté ponerlo en contacto con su humanidad porque a veces parece que usted no...

- ¿No qué?

Tragué saliva. - No siente nada.

Sus ojos lanzaban fuego sobre mí.

- Lo seguí- comencé a decir-. La otra noche, en Londres, hasta esa habitación

de hotel.

Puso cara de sorpresa, no una agradable.

- Lo vi-. Ahora si me echaría, esto era el final, definitivamente lo era-. Lo vi arrodillarse y rogar frente a aquella puerta.

- Someterse es increíblemente liberador.

¿Someterse? Me costaba creer que Félix Meden aceptase a voluntad, quedar bajo el dominio de otro ser humano.

- Si la relación es sensata, segura y consensuada puede transformarse en una experiencia increíble- sonrió a medias-. Todavía no puedo creer que me siguiera. Usted no para de sorprenderme.

- ¿Cómo hizo para entrar sin que nadie lo detuviese?

- ¿Cómo lo logró usted? Es mi hotel, no tengo que darle explicaciones a nadie. Eso lo explicaba. - Lo seguí.

Su sonrisa se amplió. - En efecto, no deja de sorprenderme.

- ¿Quién lo lastimó así? ¿Fue su prometida?

Meden soltó una estruendosa carcajada. - Claro que no.

- Pero ella sabe que usted, me refiero...siempre es así o tiene sexo de forma...- no logré terminar la frase, discutir esto no era algo normal para mí.

- Jessica no sabe que hago esto fuera de nuestra relación.

- ¿Y con ella?

- Con ella soy yo quién manda cuando no tenemos sexo común y corriente, como diría usted.

- ¿Por qué lo dice así? El sexo común y corriente no tiene nada de malo.

- Lo tiene cuando dejas de sentir placer.

- ¿Entiende lo que me está diciendo?

- Sí, lo que le digo es que me pongo cada vez más jodido.

- Debería buscar ayuda.

- Últimamente comienzo a sentirme derrotado, admitiendo que quizá ese sea mi destino.

- No me venga con eso, es ridículo, sobre todo, viniendo de usted.

- Que las personas te crean superpoderoso no te convierte en superpoderoso.

- Todavía no me dice quién lo lastimó así.

- No tiene importancia, es alguien que simplemente sabe lo que hace, que entiende las reglas. No es una práctica que se lleve a cabo a la ligera, por eso recurro a terceros que comprenden los riesgos. Tienes que saber lo que haces... Lo mismo es aplicable con mi prometida.

- ¿La lastimó así alguna vez?- Necesitaba saber si era capaz de lastimar a una

mujer.

Negó con la cabeza. - Hacemos otras cosas. Hay un poco de dolor pero con ella nos comprometemos a no dejar marcas. Tenemos nuestras reglas.

- ¿Nunca antes había terminado con magullones?

- Sí... nunca antes cómo estos.

- Y ella... ¿no los vio?

Asintió con la cabeza. - Soy un hombre que practica muchos deportes, muchos de ellos extremos. Acabar con moretones y magulladuras es completamente normal.

- ¿No piensa revelarle esta conducta suya?, ella se transformará en su esposa.

Negó con la cabeza.

- ¿Desde cuándo practica...esto?

- Desde los dieciocho años.

Eso me sorprendió. - ¿Cómo comenzó?

- Para ese entonces tenía entre manos un gran proyecto de construcción. Una de las abogadas de mi firma era una mujer increíblemente sexi, despampanante. Ella se fijó en mí y yo estaba loco por ella desde hacía rato. Una noche fuimos a una cena y al final, acabamos juntos en su departamento. Me explicó lo que quería hacer y yo acepté, me pareció divertido, excitante, era algo distinto. Fue extraño la primera vez, no tenía la costumbre de someterme a nadie, ni de hacer las cosas que hice con ella. El caso es que me gustó. Estuvimos tres años juntos.

- Eso es mucho tiempo. ¿Qué edad tenía ella?

- Veintiséis cuando comenzamos. Sabía muchas cosas, era una mujer increíble. Entendía como nadie sobre el placer y el dolor. Todavía hoy nos hablamos por teléfono, somos muy buenos amigos. Ella ahora está casada y tiene niños. Esto llegó a mí en el momento justo, cuando más lo necesitaba... acaba de descubrir que mis verdaderos padres me habían vendido enmascarando aquello detrás de una adopción.

- Señor Meden, no me lo tome a mal, es evidente que esto ya siquiera es bueno para usted. Hasta dónde llegará por encontrar placer. No...No necesita de nada de eso para sentir. No necesita tirarse al vacío, ni nadar con tiburones, ni hacer ninguna otra locura. Es totalmente capaz de sentir-. Me acerqué a él un paso, y luego otro-. El dolor no es el único sentimiento que eres capaz de experimentar, tampoco la única sensación-. Estiré mi mano hacia su mejilla, él se apartó un poco viéndome con desconfianza, no cedí, di otro paso más, arrinconándolo contra la mesada. Volví a estirar el brazo y posé mi mano



sobre su mejilla, él siquiera parpadeo. Mis uñas rozaron la superficie de su mejilla y luego su mandíbula, donde la barba comenzaba a notarse. Mis dedos recorrieron todo el contorno de su maxilar hasta su mentón y luego subieron hasta sus labios, los cuales acaricié con cariño y con una necesidad que me hacía arder por dentro.

Me acerqué al él, mis pies quedaron pegados a los suyos.

- No deberías hacer eso- entonó con voz rasposa cuando mis manos bajaron por su cuello.

No le hice caso. Mis manos se internaron debajo del cuello de su camina; hundí mis dedos entre su cabello y llevé mis labios a los suyos sin dejar de mirarlo a los ojos.

- No quieres hacer esto.

- ¿Por qué no?- susurré en sus labios.

- No está en quien eres, acabarás frustrada y aborreciéndome. Créeme, no necesito alguien más odiándome.

- Eso no sucederá- entoné mirándolo fijo.

- No llegaremos a nada.

- Quiero besarte... lo deseaba antes de que me besaras, lo deseé con locura la otra noche cuando estaba contigo en tu cama-. Hice desaparecer la distancia que nos separaba y comencé a besarlo, delicadamente, acariciando sus labios con cuidado, sintiendo su respiración sobre mi piel, su aliento en mi boca y luego ya no pude contenerme y toda la necesidad de mi ser se volcó en los movimientos de mis labios y mi lengua, incluso en el de mis manos intentando aferrarse a él con locura. Lo besé, sin embargo, no salió como esperaba.

Meden no reaccionó. Si quiera se movió. Bueno, en realidad si reaccionó, se puso rígido, como una roca. Tieso y frío.

La certeza de que me comportaba como una necia, cayó sobre mí. Meden era eso que proclamaba ser; ese ser que no me pertenecía en lo más mínimo, que no me pertenecería jamás, ese astro a miles de años luz de mí. Un universo completamente desconocido y perdido. Un hombre de negocios, uno de los hombres más ricos del mundo, un hombre comprometido, un hombre con demasiados asuntos sin resolver.

- Se lo advertí- gruñó cuando me aparté de él mordiéndome el labio inferior para evitar llorar-. Admito que es una mujer en extremo bella y que muchos hombres, incluyéndome a mí, matarían por tenerla en su cama, al menos una noche... usted no pertenece a mi mundo, mucho menos a mi habitación. No quiero joder su vida también. Además, voy a casarme.

Me aparté un paso más.

- Usted me agrada, y mucho, a pesar de que por momentos me pone furioso y de que es responsable que esté perdiendo el control.

Negué con la cabeza.

- Sí, es su culpa. Bueno, en realidad no es algo que provoque intencionalmente.

Me dedicó una mirada increíblemente triste, la cual duró un fugaz segundo y luego sus ojos se volvieron hielo.

- Me intriga ver en qué da esto.

- No quiero causarle más...- los ojos se me llenaron de lágrimas.

- Ya le dije que no me gusta que la gente lllore frente a mí. Vamos recompóngase y termine la cena. Todavía tengo hambre y la pizza que está en el horno huele a lista.

Sin más, Meden me dio la espalda, tomó dos agarraderas, abrió el horno y sacó la pizza.

Ninguno de los dos comió demasiado en realidad.

Creí que sería la primera en huir de la cocina, me equivoqué fue él, aduciendo que tenía mucho trabajo; de hecho, cuando abandoné la cocina, luego de limpiar y ordenar, media hora más tarde, él continuaba encerrado en el que era su despacho aquí. Continuó allí hasta las tres de la mañana, o por lo menos, a esa hora, cuando bajé a la cocina por un vaso de agua, se veía la luz por debajo de la puerta.

A la mañana siguiente todo fue algo apresurado y confuso. Mike me despertó a las siete llamando a mi puerta para informarme que debía armar mis maletas, el viaje a Barcelona se adelantaba un día.

En el camino al aeropuerto, Meden se mantuvo pendiente de su teléfono y de su computadora, lo mismo sucedió en el viaje en avión y luego, cuando llegamos a nuestro hotel, lo perdí de vista por completo. Cené sola temprano, ya que Mike me informó que Meden tenía compromisos. Y me fui a dormir también temprano, luego de admirar con algo de tristeza en el corazón, a Barcelona ser engullida por la oscuridad de la noche.

## 15.

- ¿A dónde vamos?- bufé, todavía sosteniendo la puerta del automóvil entre mis manos.

- El Señor Meden me prohibió que le adelantase nada.  
Le puse mala cara.

- Dio su autorización para que de ser necesario, emplease la fuerza.
- No te creo capaz forzarme a entrar en el auto-. Tragué en seco-. Bueno, si tienes la fuerza... ¿Mike, no hablas en serio?

El aludido, entrecerró los párpados.

- No será necesario porque usted subirá de buen grado.
- Es ridículo, qué problema hay en que me reveles nuestro destino.
- Sigo las instrucciones del Señor Meden.

Resoplé. - Creí que tendría reuniones de negocios todo el día.

- Se desocupó y por eso requirió su presencia.
- Bien- solté la puerta y me monté en el vehículo. Mike cerró mi puerta y luego rodeó el auto para tomar el mando y conducir hacia donde fuese que íbamos. Yo había pasado toda la mañana caminando por Barcelona hasta que Mike llamó al guardaespaldas que me acompañaba, para pedirle nuestra ubicación, en menos de quince minutos, pasaba por mí en otro automóvil.

La verdad es que me fastidió que interrumpiese mi paseo, bueno, en realidad no me enojé con Mike, si no con Meden quién llevaba casi veinticuatro horas evitándome, no lo veía desde el vuelo.

- ¿Qué le parece Barcelona?
- Le hace competencia a París, es increíble.
- Sí, lo es, a mí también me gusta mucho.

Noté que Mike estaba algo extraño, como inquieto, ansioso.

- ¿Todo está bien?
- Sí- me contestó sin dar más detalles y luego enmudeció casi de forma permanente. Solamente rezongó un poco, a media lengua, por culpa del tránsito.

Ante el aburrimiento, me dediqué a admirar el paisaje, el cual se ponía cada vez más bonito.

- Nos aproximamos a destino- me informó Mike y al instante, por detrás de unos edificios, divisé la línea acuosa del horizonte. Todavía no había tenido tiempo de ver la playa, y si bien estaba fresco, me apetecía pisar la arena y mojar mis pies en las olas.
- Aquí es-, informó un momento más tarde. Y si me asustó cuando en Francia, me llevó a aquel club de paracaidismo, saber que estaba a punto de entrar en una marina, no me hizo gracia.

Mike se presentó ante el personal de seguridad y luego guió el automóvil en dirección a las amarras.

Condujo entre amarras y elegantes edificaciones que conformaban unas calles

muy pintorescas con un parkizado impecable.

Llegamos a un estacionamiento en el que no había otra cosa que no fuesen automóviles de lujo.

- ¿Qué hacemos aquí?- inquirí. Tenía la garganta cerrada y no quería bajar del auto pese a que sabía que el momento había llegado, puesto que el motor reposaba en paz.

- Meden la espera-. Se quitó el cinturón de seguridad. Noté que alzaba la vista al espejo retrovisor-. Viene hacia nosotros.

- ¿Qué?

- El Señor Meden...- Mike se volvió sobre el asiento y apuntó hacia atrás. Giré la cabeza y lo vi venir caminando tranquilamente. Iba de traje oscuro; su camisa también lo era, incluso su corbata, todo entre gris y negro, incluso su mirada se notaba oscura y sombría.

- Bajaré a abrirle.

Antes de que llegase a mí, abrí la puerta y bajé del automóvil.

Al ver que me había bajado, Mike me lanzó una mirada por encima del techo del auto.

No le hice demasiado caso, esto era entre Meden y yo, y en dirección a él caminé.

Nos detuvimos no frente al otro en mitad de la calle, después de medirnos con la mirada el uno al otro mientras caminábamos hacia el encuentro.

- Señorita Lafond.

- Señor Meden.

- ¿Enojada? Supongo que debo disculparme por abandonarla tanto tiempo.

- No tiene que disculparse conmigo.

- Lo lamento.

Escucharlo disculparse conmigo provocó cortocircuitos en la sinapsis de mis neuronas.

Me tomó un momento procesar la situación, es que sonó a disculpa sentida y a un pedido profundo por algo más que la ausencia derivada de sus responsabilidades laborales.

- Por qué le prohibió a Mike revelarme nuestro destino y por qué lo autorizó a usar la fuerza, contra mí, en caso de que me rehusase a venir.

- Primero: quería que fuese una sorpresa, segundo: intuí que no querría venir, de hecho, pensé que ya no querría volver a verme.

Con el fin de contener el palpitar de mi corazón, me crucé de brazos a la altura del cuello. - Obviamente usted no me conoce.

- Quizá me equivocase con eso- hizo una pausa-. Sí te conozco, Gabriela.  
La tierra dio un súbito sacudón debajo de mis pies.

- No, no tienes la menor idea de nada, Félix.

Fue su turno de cruzarse de brazos. Alzó la frente. - El tiempo dirá quién tiene la razón- entonó enigmático.

Cuando adoptaba esa pose me volvía loca, un gesto le bastaba para que yo perdiese la cabeza, para que me entrasen unas ganas locas de cubrirlo de besos.

- ¿Damos un paseo? Mi barco está aquí cerca.

- No me agrada el agua.

- No te invitó el agua, te invité yo-. Descruzó los brazos y tendió una de sus manos en mi dirección.

- No sé qué es más peligroso, si el agua, o tú.

- Probablemente ya sabes la respuesta a eso.

Nos quedamos viéndonos en silencio. Logré sostenerle la mirada sin problemas. Que nos tuteásemos me insuflaba cierta confianza extra.

- ¿Tenías mucho trabajo o simplemente huías de mí?

Sonrió. - Entonces sí estás enojada porque te dejé sola.

La verdad se soltó sola. Mi respuesta fue un sí que entoné claro y fuerte.

- Necesitaba distancia- admitió.

- Si realmente te hago tanto daño, quizá sería mejor que regrese a casa. Puedo pasarle mis notas a quién quieras que continúe con tu biografía.

- No quiero que nadie más escriba mi biografía.

- Y yo no quiero que vuelvas a terminar con magullones semejantes.

- No es tu intención, es mi locura. Además, quizá sea necesario, existen ciertos sufrimientos que no se pueden controlar ni manejar. Sabes una cosa, el dolor no es lo peor de este mundo, la ausencia de sensaciones sí lo es. Vamos, ven conmigo, desde que llegamos aquí que no hago otra cosa que trabajar, necesito relajarme, distenderme un poco y prometiste enseñarme a hacerlo-. Me dedicó una escueta sonrisa.

- Bien.

- ¿Estoy perdonado?

- Creí que me conocías bien.

- Andando- exclamó divertido.

Pasamos por delante de barcos que parecían cruceros de línea, enormes y con antenas y cubiertas espectaculares, todos blancos y relucientes a la luz del sol del mediodía, el cual brillaban entibiando el aire.

Como era de esperarse, el barco de Meden era una bestia inmensa y ostentosa llamada Valkiria.

Abordamos y antes de que Meden diera comienzo al tour que me dijo, me daría por el barco, ya nos encontrábamos en movimiento.

Cuando nos avisaron que el almuerzo estaba servido, la costa se divisaba muy a lo lejos y el barco, flotaba tranquilamente sobre las mansas aguas del Mediterráneo.

Mientras comíamos, acabamos conversando sobre arte, incluso sobre gastronomía; de la no haber sido nuestra charla tan amena y placida, habría creído que tanto él, cuanto yo, intentábamos no traer a colación, lo sucedido en París.

Simplemente se sentía bien pasar el rato en su compañía. Se sentía normal, fácil, con él no tenía que repensar cada palabra que salía de mi boca, y tampoco temía quedar como tonta, al expresar algún comentario. Siquiera con Valeria hablaba en estos términos.

- Se me apetece un chapuzón- soltó de repente desviando sus ojos en dirección al mar.

- ¿No le parece que está un poco fresco para eso?

Otra vez iba en mangas de camisa y con los puños arremangados, y yo con las mangas de mi remera, también subidas hasta los codos. El sol se sentía delicioso pero dudaba que el agua tuviese una temperatura propia para chapuzones.

- Para nada-. Me contestó, y empujando la silla para apartarla de la mesa, comenzó a quitarse los zapatos y las medias.

- ¿Qué hace?

- Tengo ganas de zambullirme.

- ¿Trajo traje de baño? Estamos en otoño, se resfriará, entre esto y lo de la otra noche acabará con pulmonía.

- No exagere, además será divertido. Me acompañará- dijo dedicándome una penetrante mirada luego de quitarse la última media.

- No, paso. No me siento muy cómoda en el mar, además, no tengo ganas de pescar un resfriado, me fastidia enfermarme.

- No se enfermará-. Se puso de pie; ya desabotonar su camisa.

- Se volvió loco.

- Intento disfrutar de mi vida. Meterse al mar en otoño no es saltar de paracaídas ni nadar con tiburones, es inofensivo-. Llegó hasta mí y se arrodilló a mis pies. Tomó mi tobillo derecho y empezó a desanudar los

cordones de mis zapatillas.

- ¿Qué hace?- tironeé de mi pierna pero él me sostuvo desde el tobillo.
- No seas cobarde- me picó con una amplia sonrisa.
- No es cobardía.

De un tirón me arrancó la zapatilla y la media y se dedicó a la tarea de quitarme la otra.

- Tiene que aprender a aceptar un “no” por respuesta.
- Empezaré mañana. No puedo creer que en realidad pretendas perderte la experiencia.

¿Quería? ¿Cuántas otras oportunidades tendría de zambullirme en el Mediterráneo, lanzándome desde un majestuoso yate, en compañía de Félix Meden?

- ¡Listo!- exclamó poniéndose de pie. Se quitó la camisa y la arrojó sobre la silla-. Se quita los jeans o lo hago yo-. Dijo comenzando a soltar el cinturón de su pantalón.

- ¿Es que se golpeó la cabeza y perdió toda la cordura que le quedaba?
- No recuerdo que nada semejante me sucediera.
- Haga memoria.

Arrojó los pantalones a un lado.

- Por favor. Usted sabe que puedo arrodillarme y rogarle de rodillas-. Bromeó con una sonrisa pícaro, rememorando aquel evento que los dos conocíamos. Me llamó la atención que tuviese el sentido del humor suficiente para bromear con eso, nunca antes demostró nada semejante.

Cuando entendí las intenciones de sus siguientes movimientos, lo corté en seco.

- Ni se te ocurra- llevábamos horas tuteándonos por momentos, pero aún continuaba pareciéndome muy extraño y al mismo tiempo, increíblemente agradable y familiar.

- Si nos quieres que te arroje al mar, ven conmigo por las buenas.

Se me escapó un suspiro. Sí, sí quería arrojarme al agua...

- Gané otra vez-. Su sonrisa fue radiante.

Corrió por la cubierta y de un salto, se arrojó al mar justo por el espacio destinado al abordaje de la pequeña lancha que remolcábamos.

Gritó igual que un niño y yo corrí tras él. A los pocos instantes, su cabeza emergió del agua.

- Desquiciado- le grité en broma-. Te congelarás.
- El agua está deliciosa. Ven aquí ahora. Es una orden.



Meneé la cabeza divertida.

- Félix, te dije que no soy buena nadadora. Me convenciste de subir pero no voy a lanzarme al agua.

- ¿Crees que permitiría que te ahogases, que dejaría que te hundas?

- No lo sé, ¿lo harías?- solté en tono juguetón.

- Si lo hiciese tendría que buscar a otro escritor, y comenzar todo desde cero otra vez. Eso sería sumamente tedioso-. Dijo poniéndose serio. Al instante sonrió y añadió-. ¡Por supuesto que no, Gabriela!

Mi nombre en sus labios me supo a gloria.

Palmeó la superficie del agua cristalina. - ¡Salta! ¡Salta!- gritó intentando darme ánimo.

- Que me pidas eso, por experiencia, acaba no siendo una buena idea. La última vez...

- Sabes que no permitiría que nada malo te sucediese.

El tiempo se detuvo, creo que mi alma se tiró al agua de cabeza tras él.

¿Nada malo? ¿Jamás? Y qué de lo que yo sentía, a lo cual el correspondía en un setenta por ciento del tiempo, con indiferencia o con frialdad, bueno, eso en realidad, hasta hace un par de horas atrás.

¡Al demonio con todo!- bramé dentro de mi cabeza y comencé a desabotonar mis jeans.

- ¡Eso es!- gritó al mismo tiempo en que se echaba a nadar hacia mí.

- Si me dejas hundir volveré de la muerte y te torturaré por toda la eternidad-. Solté los pantalones sobre la silla.

- Los fantasmas no me asustan.

- Te asustaré yo.

- Ya me asustas.

Otra vez el tiempo dio un frenazo.

¿Sería por culpa del aire de mar o porqué, que esta tarde, saltábamos de confesión en confesión?

- También me asustas- admití aproximándome al borde, del cual él ahora, se tomaba.

- Lo lamento-. Sus ojos buscaron los míos.

Por un segundo, lo único que se oyó fue el bote meciéndose en el agua, la brisa rozando nuestros cuerpos.

- Entonces, dices que no permitirás que me hunda.

- Claro que no-. Se apartó un poco, nadando de espaldas-. Salta.

- Me hundiré.

- Salta, estaré esperando por ti.

- No puedo creer que vaya a hacer esto- gruñí entre dientes y luego, inspirando una, dos y tres veces. Salté al agua, la cual por cierto, estaba helada.

Sí, me hundí, pero en cuanto di la primer patada para subir a la superficie, él ya estaba allí.

- Está helada-. En cualquier momento mis dientes comenzarían a castañetear-.  
Mentiroso.

- Miedosa.

Le tiré agua en la cara.

- Tomate de mis hombros, daremos un paseo.

Y así, me llevó de paseo hasta la proa, para ver Barcelona desde el mar.

Diez minutos más tarde, temblando de frío, estábamos los dos otra vez en la cubierta, arrebujados dentro de batas blancas, esperando yo por mi café, y él por su té.

- Si tuvieses el poder de cambiar algo de tu vida, ¿qué cambiarías?

Alzó la vista de su taza, directo hacia mis ojos. - Todos podemos cambiar nuestras vidas- soltó tajante. Yo entendía que él tenía la creencia de que cada persona forjaba su destino, a base de trabajo duro y fuerza, sin embargo no me refería al futuro, si no a algo de su pasado y se lo hice saber.

Antes de responder, bebió un sorbo más de té. - No lo sé. Hubo un tiempo en que me preguntaba que habría sido de mí, si mis verdaderos padres no me hubiesen dado. Ahora...ahora simplemente no me atrevería a cambiar nada.

- ¿Y eso por qué?

- No cambiaría este momento por nada.

Me estremecí, es que entre el frío que tenía encima y sus palabras...el sobrecogimiento fue profundo.

Meden se levantó de su asiento y se acomodó a mi lado en el sillón, sobre el cual, yo tenía recogidas mis piernas, intentando esconder mis pies debajo de mi cuerpo, para ayudarlos a entrar en calor.

Posó su taza sobre la mesa y con sus dos manos, extrajo mis pies de debajo de mis piernas y los colocó en su falda.

- Están helados-. Comenzó a masajearlos.

Asentí con la cabeza sintiendo que se me atragantaba el café.

El calor de sus manos sobre mi piel, era perturbador. Solté la taza sobre la

mesa, por miedo a dejarla caer.

Todo mi cuerpo reaccionó ante sus caricias.

Lo miré y me devolvió una mirada que no veía en él, desde la noche que me besó en el restaurante de París.

Acomodó mis pies contra su pierna derecha y luego sus manos comenzaron a trepar por mis pantorrillas hasta mis rodillas, sus dedos se detuvieron en el interior de éstas. Volvió a mirarme.

- No te detengas- jadeé sintiéndome a un paso de perder la cabeza. No era coherente... lo quería todo para mí, en ese mismo instante, aquí, en la cubierta del barco.

No sonrió, siquiera parpadeó, incluso creo que por un instante, su respiración se interrumpió.

Sus manos recobraron el movimiento, empezando a bajar muy despacio, por la parte trasera de mis muslos. No lo pude evitar, mi cuerpo reaccionaba ante su tacto: eché la cabeza hacia atrás y de los labios, se me escapó un gemido de placer. Mis párpados cayeron pesados.

Con sus eficientes manos, separó mis piernas. Lo vi arrodillarse frente a mí. Apenas si lograba controlar mi cuerpo sin embargo logré incorporarme. Mis manos desnudaron el lazo de su bata mientras él deslizaba suavemente, sus manos hacia arriba, por el perfil de mis piernas, acariciando con las yemas de los dedos y sus uñas, mi piel.

Su trabajado abdomen quedó al descubierto y mis manos lo reconocieron concienzudamente al ascender hasta su pecho, el cual besé una y otra vez, mientras apartaba la bata de encima de sus hombros, la cual hice caer hasta sus brazos.

Iba a comenzar a besar su cuello, con toda la intención de llegar a sus labios, pero él me detuvo tomándome por el cuello. Sus dedos se deslizaron hasta mis muñecas, las cuales asió con fuerza.

- ¿Quieres saber cómo se siente?- me susurró al acercar sus labios hasta mi oreja derecha.

Le contesté que sí, con un movimiento de cabeza. De mis labios no salían otra cosa que gemidos de placer. Pensar en articular alguna palabra era un imposible.

Sí, quería saber lo que se sentía estar en su piel, y no tenía miedo de intentarlo, quería ponerme en su piel, sentir su piel, sentirme libre, sentir... sentir todo, absolutamente todo.

- Seré bueno contigo- añadió y luego se apartó ligeramente. Llevaba una

enorme sonrisa en el rostro-. Sólo por ser primera vez.

Tomando mis muñecas con una sola mano, luego de soltar las mangas de su bata, de una en una, giró el torso hacia uno de sus lados, buscando algo detrás de sí. Lo encontró trayéndolo a mi vista; era el cinturón de su bata.

- No te preocupes, no te lastimaré.

Quizá no físicamente pensé mientras comenzaba a atar mis muñecas con el mullido lazo. La certeza de que yo lo amaba quizá más de la cuenta, y que para él, esto no era más que sexo o incluso, una mera lección, me azotó con fuerza, de cualquier modo no pude ni quise detenerlo; en mi vida había experimentado un momento tan sensual, es más, jamás me había sentido así de sexy, bueno quizá un poco, cuando me besó en el restaurante.

Una vez que mis manos quedaron atadas se dedicó a desenlazar mi bata, todo esto, sin despegar sus ojos de los míos. Su mirada tenía el poder de hacerme el amor sin siquiera tocarme, es más, me sentía a un paso de tener un orgasmo y apenas si me había tocado.

Luego de abrir mi bata, bajó la vista y volvió a subirla. Debajo de la bata iba en ropa interior, la cual aún estaba húmeda debido al chapuzón.

Con un tono áspero e impregnado en placer, me pidió que me recostase sobre el sillón. Una vez que me recosté, empujando mis brazos con un movimiento que empezó de bajo de mis axilas y subió hasta mis codos, me ordenó que colocase mis manos por encima de mi cabeza y que no las moviese de allí.

Mis parpados cayeron pesados otra vez. Mi corazón latía enloquecido y la sangre corría por todo mi cuerpo a una velocidad endemoniada.

- No las muevas de allí, si es preciso, agárrate del sillón.

¿Agarrarme del sillón?

- Lo digo en serio, no muevas las manos de allí o se termina todo.

¿Terminar aquí? ¡Ni de broma!

- Bien- jadeé a punto de perder la cabeza.

- Ok- gruñó apartándose un poco, todavía de rodillas, sobre el sillón. Antes de dar el siguiente paso, me dedicó una sonrisa radiante y sexy sonrisa que me derritió.

Sus eficientes dedos volaron directamente a mi ropa interior la cual comenzó a deslizarse por mis caderas hacia abajo con una lentitud digna de tortura.

Me estremecí otra vez al sentir la brisa del mar sobre mi piel, la cual, al ser fría, en contraste con el calor de sus manos, provocaba un mar de confusión de sensaciones que mi cerebro no lograba ordenar.

Cuando llegó a mis rodillas ya no era capaz de pensar en nada...bueno, en

realidad si pensé en algo: no tenía preservativos. ¡Mierda!- exclamé dentro de mi cabeza. ¿Los tendría él? ¿Acaso tenía esto planeado?

Mi cerebro se trabó cuando mi ropa interior continuó viaje por mis pantorrillas hasta mis tobillos. Se escapó primero de mi pie derecho y luego del izquierdo.

Félix la colocó con cuidado detrás de sí y luego me miró y no a la cara. En mi vida nadie me había mirado así. Me encendí de rubor.

- Eres hermosa.

En un suspiro se me escapó su nombre.

La malicia en sus ojos revestía solamente una parte de la lujuria que en este instante, me invadía a mí, el resto se me escapaba por los poros, se dispersaba en el ambiente.

Félix volvió a moverse, esta vez para hacer algo de lo más inesperado, con sus piernas, aprisionó las mías, colocando las rodillas junto a las mías del lado externo y sus pies por el interior de mis pantorrillas. Así, me tenía inmovilizada.

Luego, fijando otra vez sus ojos en los míos, volvió a utilizar sus manos, las cuales volvieron a subir por el interior de mis muslos.

Un azote de placer hizo que mi espalda se arquease, no pude evitarlo, moví las manos en busca de su cuello, del cual necesitaba prenderme para besarlo.

- Dije que no te movieras- me advirtió con un tono admonitorio, regresando con una de sus manos, mis muñecas hasta el apoyabrazos del sillón-. Mejor así- dijo fijando el peso de su torso y quizá gran parte de su cuerpo, contra mis muñecas, al quedar arqueado sobre mí, con su rostro, a unos veinte del mío-. ¿Me deseas?

Le contesté que sí con la cabeza y él negó con la suya.

- Dilo.

Me costó recordar cómo hablar. - Sí, te deseo.

- ¿Cuánto?

- Mucho- jadeé ahogándome a causa de la falta de aire, es que apenas si podía respirar.

Sonrió satisfecho.

- ¿Qué haré de ti?

- Lo que quieras-. En cuanto pronuncié aquellas palabras, fui consciente de que se me habían escapado sin siquiera pensar, no por eso era menos real.

- Bueno, no puedo hacer todo lo que quisiera...

Volví contestar que sí con la cabeza.

Su mano derecha, la cual flotaba sobre mi muslo, viajó hasta mi vientre por el costado de mi cuerpo, delineando caminos confusos sobre mi piel.

- ¿Cómo se siente eso?

- Muy bien.

- Tienes una piel adorable.

Deseando sentir la suya, tiré de mis brazos. Félix no permitió que me moviese ni un ápice, su fuerza presionó mis manos contra el sillón. Mis piernas también reaccionaron ante la necesidad, el resultado, clavó sus rodillas y pies en los almohadones.

- No, no, no, este es mi juego, no el tuyo.

- Félix...

- Más respeto, Señorita Lafond, que aquí soy yo quién manda.

- Por favor.

Su mano bajó cubriendo mi sexo.

- ¿Por favor qué?

- Te quiero en mí.

- Ruega- soltó desafiante.

- Por favor.

- No te escucho- aproximó su oreja derecha a mis labios-. ¿Qué dijiste?

- Por favor- jadeé más fuerte, sintiendo que me deshacía debajo del calor de su mano contra mí.

- Más fuerte- me ordenó.

El grito con el que le pedí por favor, me desgarró por completo y entonces él, luego de exhibir una gran sonrisa, introdujo sus dedos en mi sexo.

- Que buen recibimiento- jadeó en mi oído, provocándome grandes delicias con su mano-. Entonces... ¿eres mía?

Le contesté qué sí y gemí de placer, estaba a punto de explotar.

- ¿Toda mía?

- Sí.

- ¿Soy el único que logra que sientes esto?

- Sí...

Sus labios y lengua bajaron por mi cuello. Sus labios encontraron mi hombro y también sus dientes. El mordisco me provocó dolor, también, una inmensa oleada de placer.

- Lo sé- murmuró cuando volví a gemir-. ¿Tendrás un orgasmo para mí?

- Sí.

Todo mi cuerpo se tensó.

Su boca encontró mi pezón derecho a través de la ropa interior. El delicado mordisco y tirón hizo que se me olvidase hasta mi nombre.

- ¿Te gusta esto, no?

Mi respuesta fue un gruñido tembloroso. Mi sangre bullía por culpa de su tacto, de su pericia. Todo en mí se desgarraba por él, rogando por él.

Suavemente, retiró sus dedos y luego volvió a internarse en mí con fuerza.

Volvió a alzarse sobre mí para llevarse mis manos a su cuello. Mis muñecas quedaron colgando de su nuca.

- Dámelo. Eres mía, quiero tu orgasmo, me lo debes.

Con la espereza de su voz y el movimiento de sus dedos, los cuales mis caderas acompañaban, exploté estallando en miles de pedazos que serían imposibles de reunir. Me deshice por completo, él me deshizo y por más que de milagro, volviese a armarme, ya no sería la misma.

Ante mi rostro, sonrió satisfecho al tiempo que liberaba mis piernas para luego flexionarlas al costado de las suyas.

Quitó su mano de mí y así, sin más, me derretí sobre el sillón. Bueno, en realidad, no por mucho tiempo. Irguiendo su espalda, tiró de mí, es que mis manos continuaban colgando de su cuello. Mi cuerpo semi desnudo, quedó pegado al suyo. El calor que desprendía su piel hizo que volverse a excitarme, sobre todo, porque noté la erección que contenía su ropa interior. Me miró fijo. Esperaba que me besara, necesitaba su beso, en vez de eso, se llevó los dedos que habían estado dentro mí, a la boca. Nunca ningún hombre con el que estuviera, había hecho algo semejante, no al menos a mi vista. Cerró los ojos. Me incliné para besarle pero me detuvo posicionando su otra mano sobre mi pecho. Luego, en el más completo silencio, sus dedos emergieron de dentro de su boca y volaron hasta mis labios para internarse en interior de la mía.

Su erección en mi abdomen me enloquecía.

Lamí sus dedos completamente perdida de deseo.

- Hazme el amor- le pedí y sonó a suplica pero no me molestó.

- No- respondió dentro de mis labios.

- Por favor.

- No importa cuánto ruegues, no lo haré.

- ¿Por qué no?- lo miré fijo-. Suéltame.

No lo hizo.

- Félix...

- Así es como se siente. Lo tienes en la punta de la lengua, en las yemas de tus dedos-. Sus manos me tomaron por el trasero- me pegó, de un empujón, contra

su cuerpo, su erección se pegó a la parte baja de mi abdomen-. Pero no puedes acabar de sentirlo.

- Eres tú quien no quiere acabar de sentirlo.

- No puedo sentirlo.

- Mentira.

Sus dedos se clavaron en mi carne con furia.

- Puedes hacerme el amor.

- No sé nada sobre el amor.

- Suéltame, yo puedo hacer que...

- Silencio- bramó interrumpiéndome. Soltó mi trasero y en un parpadeo, se quitó mis manos del cuello, las soltó del amarré del cinturón y así sin más, se bajó del sillón y desapareció de mi vista perdiéndose en el interior del barco. Aturdida y todavía demasiado excitada, recuperé mi ropa interior y rescatando el resto de mis prendas, me vestí.

No había lugar para arrepentimiento en mí, por él, y con él, lo recién acontecido podría suceder mil veces más; era una delicia y presentía que nunca perdería su encanto, así y todo, era obvio que yo necesitaba más que esto y que me angustiaba terriblemente saber que quizá para él, siempre fuese así: estar a pocos pasos de conquistar el mundo, de sentir que estallas en el universo mismo y no lograrlo, quedándote con toda esa energía potencialmente explosiva y mortal, dentro de ti. Eso era, como mínimo, frustrante, sino angustiante y penoso.

No pude culparlo por hacer de mí, lo que ahora descansaba arrebujaada en un rincón del sillón, viendo el horizonte alejarse para sentir la tierra aproximarse, si lo culpaba por no querer intentarlo, por no darme la oportunidad al menos, de dar mi mejor esfuerzo por devolverle al menos una parte, de lo que me hiciera sentir.

¿Me pregunté cuál había sido su experiencia conmigo? Era obvio que no era inmune, su cuerpo reaccionó a la situación, lo que aquí no acompañaba, era su cerebro y quizá, mirándolo desde un punto un tanto inocente, su corazón.

Entendí que quizá el tipo de prácticas a las que tan acostumbrado estaba, el dolor resultante de éstas, había acabado por anestesiar todo lo demás, inhibiendo cualquier posibilidad de disfrute que no implicase un martirio de por medio.

El barco se aproximaba a la fila de amarras del puerto de las cuales partimos,



cuando Félix reapareció.

En silencio, vino y se acomodó a mi lado. Sus ojos quedaron fijos en el mar que comenzaba a confundirse con el cielo que se teñía de noche.

- Entonces...- comenzó a decir sin mirarme, mientras se acomodaba un poco más en el sillón. Me dio la impresión de que deseaba fundirse o como mínimo, hundirse en los sillones-. ¿Debo organizar regreso a casa?-. Ni bien terminó formular la frase, giró la cabeza y me miró. Su mirada revestía una súplica que se hizo mía, no quería irme a casa, no quería que me mandase a casa.

- El dolor no es medible, mucho menos comparable con otros porque cada uno siente de un modo distinto, Félix...cualquier penalidad que sufieras...

- No me gusta conversar en estos términos.

- Lo sé.

- Bien, no digas nada más.

- Lo lamento, esta vez no me silenciarás. Esto no es sexo, no es una de tus prácticas de BDSM, no mandas aquí. Somos solamente nosotros dos, si deseas silenciarme tendrás que utilizar la fuerza y esta vez, no te lo permitiré- negué con la cabeza-. No estás acabado, todavía puedes sentir algo más que dolor, lo sé.

- No tienes idea de lo que dices- entonó apartando sus ojos de mí.

De rodillas, me alcé sobre el sillón y anduve hasta él. Gracias al cielo, no hizo el menor ademán de alejarse.

Despacio, me acomodé a su lado, pegándome a su cuerpo. Todavía tenía la vista al frente y los brazos le caían flácidos; sus manos, entre sus piernas.

Extendí mi brazo derecho y muy despacio, lo pasé por sus hombros, obligándolo a levantar la cabeza del respaldo del sillón. Mi otra mano comenzó a rodearlo por delante y fue entonces, cuando giró la cabeza y me miró directo a la cara.

- ¿Te dejo en mitad de un ruego y tú me abrazas?

Esa pregunta suya, no necesitaba respuesta. Terminé de acomodarme a su lado.

- ¿Cuándo fue la última vez que alguien te abrazó, que recibiste una caricia?

- Esto no me agrada.

- Mentira. De ser así, ya te habrías levantado.

Se le escapó un suspiro. - No lo recuerdo- me contestó girando otra vez, la cabeza hacia el frente-. No quiero hablar de esto.

Me apreté contra su lado, él continuaba en la misma posición, inmóvil. De cualquier modo, el calor de su cuerpo tenía un efecto reparador y tranquilizador sobre el mío.

Su perfume apaciguó la turbulencia que me dejó su partida cuando yo lo necesitaba dentro de mí.

- Se siente bien, no puedes negarlo-. Lo estreché un poco más contra mi cuerpo.

Únicamente moviendo los ojos, me miró.

Noté que este hombre, dentro de sí, cargaba con demasiadas cosas. Sentí tanta pena por él.

A ciencia cierta, no tengo idea de cuánto tiempo permanecemos así, tan solo sé, que únicamente lo solté cuando llegamos a puerto y uno de los hombres del personal de abordaje, vino a comunicarnos que habíamos atracado y que podíamos descender.

Mike nos esperaba junto al automóvil, en el mismo lugar en el que lo dejamos. El trayecto en auto no desveló absolutamente nada de lo sucedido, fue como si todo continuase igual. El silencio, los cortos comentarios sobre la ciudad, sobre el clima, nuestro paseo en barco, y para no faltar a la costumbre, Félix respondió un par de mensajes en su celular.

Incluso pese a la aparente distancia entre ambos, frente a Mike, lo sentí más cerca de mí que en ningún momento antes. Algo en su forma de mirarme era distinto, los gestos de sus manos eran distintos, incluso todo su lenguaje corporal había cambiado, pasando de una tirantez sombría a una torpe reticencia que denotaba que parte de vulnerabilidad, comenzaba a escaparse por las rajaduras en su coraza.

Discretamente lo admiré aprovechando esos atisbos de desnudez de su ser. Su cuerpo no era lo único que me hacía perder la cordura, la energía de su ser se me contagiaba provocándome arrebatos de euforia, lujuria y una desenfrenada sensación de poder.

No tenía intenciones de reprimir absolutamente nada de lo que experimentaba, pese a la indignante frustración con la que me abandonó aquella tarde.

Mi cerebro, por mal que me pese, siquiera deseaba analizar las condiciones de mi situación, mucho menos, las de él. No deseaba pensar en que era un hombre comprometido, que era un hombre intocable y profundamente herido, simplemente deseaba convencerme de que en este mundo, al menos existían en el futuro, unas pocas horas para nosotros dos.

Al llegar al hotel, Meden me acompañó hasta la puerta de mi cuarto, después de dispensar a Mike en el lobby.

Nos detuvimos frente a mi puerta, él tenía mi tarjeta y la suya, en su mano derecha, de modo que yo no tenía modo de entrar a mi cuarto.

Luego de espiar a un lado y al otro del corredor, fijó su atención en mí.

- Es una nueva advertencia, ¿segura que no quieres largarte? Sabes que no te lo reprocharía. Bien, en realidad sí porque no quiero que te marches... sí lo haces, solamente pensaría que actúas cómo la mujer inteligente que eres.

- ¿Y sí me quedó?-. Lo enfrenté alzando la cabeza.

- Me complacerías en grado sumo- gimió acercando su rostro al mío-. No lo creía posible, pero creo que soy contagioso.

Le sonreí. - ¿Contagioso?

- Peste andante- constató sonriendo también.

- ¿Qué soy yo?- no cedí ante su mirada.

- “Eras”.

- ¿Qué era?

- Inocente.

- No soy inocente.

- No, ya no, por eso dije que lo eras.

- No tienes idea de lo que dices.

- ¿Es que acaso tenías una vida secreta que no me contaste?

Tragándome unas cuantas palabras, le contesté que no con la cabeza, no era el momento para discutir el pasado.

- Aceptas encomendarte a mi dominio- susurró.

Negué con la cabeza. - No dije eso.

Dio un lánguido parpadeo. - No entiendo.

- Te demostraré que esa no es tu única realidad.

- Te darás la cabeza contra la pared.

- No sí te comprometes a intentarlo.

- No sé qué pretendes lograr.

- Que te conozcas a ti mismo. No tienes ni la menor idea de quién eres, y tampoco confías en ti. Probablemente por eso, tampoco confías en nadie.

- A qué viene semejante afirmación.

- Te apuesto cualquier cosa a que no soy la que más miedo siente de los dos.

Tú simplemente no quieres sentir. No tiene nada que ver con que no puedas.

- Esa es una afirmación un tanto petulante.

- Y la tuya, de ser incapaz de sentir, una increíblemente absurda.

- No debería permitirte continuar con esto.

- Despídeme, no me importa, no iré a ninguna parte-. Alzándome en las puntas de mis pies, acerqué mi rostro al suyo. Mi mano derecha viajó hasta su rostro, para posarse en su mejilla izquierda, otra vez, Félix siquiera parpadeó.

- Debería empujarte dentro y atarte a la cama- rezongó en mis labios. Meneé con la cabeza en señal de negación. - Eso es lo que harías, pero no lo harás.

- Soy fuerte, no podrás detenerme-. Sus ojos irradiaban lujuria y malicia. Admito que poco me faltó para pedirle que abriese la puerta y que me empujase dentro.

- No usaría la fuerza para detenerte- le susurré y mis dedos bajaron suavemente por su cuello-. Dime que no sientes eso- lo espoleé, las yemas de mis dedos pasaron por encima de su manzana de Adán y luego se detuvieron contorneando sinuosos círculos en la depresión entre sus clavículas.

No pudo evitarlo, parpadeó y su piel se tensó.

- Perdiste, mi amigo. Acabas de perder- le sonreí-. El marcador está uno a cero a mi favor. Ahora- bajé las plantas de los pies al suelo, y me alejé-. De hecho, son dos a cero, el abrazo en el barco también es tanto para mí-. Alcé mi mano con la palma hacia arriba, frente a él-. Si no es mucha molestia, Señor Meden... mi llave. Necesito una buena ducha caliente y cambiarme de ropa.

- Yo podría...

Lo interrumpí alzando la otra mano. - Ambos sabemos que usted podría; no necesita decirlo. Mi llave, Señor Meden.

Félix me escrutó con los ojos entornados. - ¿De dónde demonios saliste tú? Me entregó la llave.

- ¿Lo veré para la cena?

- ¿Cenarás conmigo?

- Por lo visto no se dio cuenta de que es una invitación, quiero llevarlo a comer a un lugar muy bonito que vi esta mañana. Yo invito.

- Me complacería mucho cenar con usted, sin embargo, ni lo sueñe, no le permitiré pagar. ¿Acaso pretende quitarme toda mi hombría?

- Señor Meden, lo que a mí me parece es que usted es un tanto machista, entre tantas otras cosas.

- No, solamente intento actuar como un caballero.

- ¿Los caballeros atan a sus mujeres a la cama?

Mi respuesta llegó en forma de una divertida y radiante sonrisa.

- No intento quitarte tu hombría. Esas son cosas distintas. Me gusta el hombre que eres.

- Pagar cenas me hace el hombre que soy.

- Ok, entonces ni modo, tendrás que cambiar algo en ti. Tú ya cambiaste algo en mí.

- Sí, me di cuenta y creo que no debí. Tu mirada no es la de antes, creo que te gustaría que te ate a la cama.
  - Señor Meden, no todo es sobre sexo.
  - El sexo vende, se lo dice alguien especialista en hacer negocios.
  - Si entiende cual sería una buena inversión, mejor vaya haciéndose a la idea, de que esta noche, usted no pagará la cena, y que no me atará a ninguna cama. Usted y yo, tenemos muchas cosas que aclarar.
  - ¿Está enojada conmigo? No la culpo.
  - Que bien, porque quizá sí esté un poquito enojada con usted.
  - Espero se le pase.
  - Haga buena letra, Señor Meden.
- Sonriendo, dejó escapar un suspiro. Los hombros se le cayeron.
- Es la última advertencia. Lárguese. No creo que pueda dejarla ir si se queda una hora más aquí.
  - Félix, no me perderás en tanto y en cuanto, no quieras tenerme. No soy algo de tu propiedad ni nunca lo seré.
  - Yo creí que en el barco eso había...
  - ¿Quiere que me enoje todavía un poco más? Aún no desarmo mi valija-. Eso era cierto, cuando salí esta mañana, a recorrer la ciudad, media parte de mí, deseaba largarse lo más lejos posible de este hombre del cual ahora, no me podía alejar ni cinco centímetros.
- Meden me quitó la tarjeta de la mano y abrió la puerta.
- ¿La veo en una hora en el lobby?
  - Claro.
  - Hasta entonces.
  - Hasta entonces.

## 16.

**Bajé del ascensor y me dirigí a un lado de la zona de recepción** para encontrarlo en pocos segundos pese a lo concurrido del espacio. Era simplemente imposible no verlo, su perfecto rostro, sus vibrantes ojos y su magnética personalidad, le impedían pasar desapercibido. Por más que pretendiese evitarlo su simple presencia era pirotecnia, de esa que ilumina el cielo, te intoxica de emoción, esa cuyas explosiones sientes en el estómago, de esas que te hacen sentir pequeño y al mismo tiempo, tan grande que podrías abarcar el universo.

Meden me vio. Nuestras miradas se cruzaron. Lo saludé con la mano y él se levantó de su sillón. Iba sencillamente vestido, con unos pantalones y camisa oscura; cargaba un abrigo en las manos.

- Que puntual- fue lo primero que me dijo en cuanto llegué a él-. ¿No que las mujeres siempre se tardan una eternidad frente al espejo? Te ves tan bella como siempre.

Iba de jeans, zapatillas y un fino suéter. Llevaba el cabello suelto y lo único que había hecho por mi aspecto era colocarme un poco de máscara de pestañas; quizá me ayudase el que el sol de la tarde, le había dado algo de color a mis mejillas; sin dudas, no tenía nada de especial. Mi rostro se volvió rojo.

- Cuando te ruborizas se te tiñen hasta las orejas- rió lanzando su abrigo sobre el sillón, para luego arrancarme el mío de las manos para así, ayudarme a vestirlo.

- No te burles.

- No es burla- sus manos pasaron sobre mis hombros en algo más que era un intento de acomodar el abrigo sobre mi cuerpo-, es un elogio. Eres real, no finges-. Acercó sus labios a mi oreja izquierda-; ahora sé que no podrías fingir frente a mí.

Casi me caigo. Me estremecí por completo. Su aliento acarició mi piel.

- No estés tan seguro- me di la vuelta. Intentaba alardear con algo que no tenía, él y yo sabíamos bien que probablemente jamás pudiese simular nada frente a él y esperaba que el gesto, fuese recíproco; rogaba que esto no fuese más que una pose suya, una gran mentira con tal de ganarme.

- Señorita Lafond, usted no es así, no necesita pretender que es lo que no es. Tranquilícese, ser lo que usted es, está bien, no tiene nada de malo.

- Sí lo tiene, me expone por completo a usted, Señor Meden.

- Me complace que así sea.

- Voy con las de perder aquí.

- No se confíe, creo que el que tiene todas las de perder aquí, soy yo, ya lo dijo usted, vamos dos a cero-. Manoteó su abrigo y empezó a colocárselo-. Entonces...¿cuál será nuestro destino? Mike espera por nosotros.

- De hecho... ¿no podría pedirle que se tome la noche libre? Bueno, si es que eso no va en detrimento de su seguridad.

- Lo único que me preocupa es la suya si él no nos acompaña. Quedarme a solas con usted no sería lo más saludable para su persona.

- Puedo defenderme sola, Señor Meden.

Este juego suyo, además de sexi era muy divertido, y algo peligroso también.

- Lo dudo, pero como guste-. Sacó su celular de dentro del bolsillo de su abrigo y compuso un mensaje a toda velocidad-. Listo, soy todo suyo.

- Perfecto. ¿Le apetece caminar un poco?

- Con usted...- sus labios me brindaron una espléndida y pícaro sonrisa-, voy a donde sea.

- No exagere.

Meden revoleó los ojos. - Después de usted.

Anduvimos un buen rato, por las calles de Barcelona, paseando tranquilamente, intentando confundirnos con su ecléctica población, con su vibrante mezcla de culturas, con el ritmo de su noche, con los aromas de sus calles y con su hermoso cielo.

A cada vuelta de esquina, la ciudad nos sorprendía con una nueva imagen de postal.

Quizá fuese que todo me parecía más bello y espectacular, porque rebosaba de felicidad por el mero hecho, de tenerlo a mí lado. No creí que estuviese perdiendo nada, todo lo contrario, me sentía más segura y decidida y también, más desinhibida a su lado. Valeria en este instante, opinaría que Meden me opacaba, que él era una mala influencia; dudaba que así fuese, pese todos sus problemas, a todas aquellas zonas oscuras de su personalidad, Félix era un hombre que vivía su vida con intensidad, al menos, en muchos aspectos, ciertamente con mucha más intensidad de la que yo, hasta que el día en que lo conocí, empleaba para vivir la mía.

Mientras andábamos en dirección al pequeño restaurante al que quería llevarlo, me pregunté qué sería de mí en este instante, si nunca lo hubiese conocido personalmente, si no hubiese aceptado su propuesta de trabajo, qué sería de mí en el futuro si nuestro caminos jamás se hubiesen cruzado; si quiera quería pensar en eso, la intensidad de sentimientos que experimentaba por estos días, sumaba más que la acumulada durante toda mi vida, antes de conocerlo, y eso no tenía precio ni podía despreciarse. Dese en lo que diese, vivir esto era algo que me hacía sentir más viva, más yo misma.

- Me intriga...qué es lo que pasa por tu cabeza cuando haces una cosa así- le pregunté. Conversábamos sobre sus locas hazañas-. ¿Por qué lo haces? ¿Por qué quieres volver a hacerlo?- hacía dos segundos me había dicho que poco

antes de que nos conociésemos, había encontrado un nuevo punto de salto *bungee* que deseaba probar.

Se llevó a la boca un trozo de su pescado; masticó con parsimonia, bebió un sorbo de agua, se limpió la comisura de los labios con la servilleta que descansaba en su regazo y sólo entonces, contestó.

- Para sentirme libre, para ser libre.

- Eres libre, Félix.

Suspiró largamente.

- ¿Qué significa ese suspiro?

Meneó la cabeza.

- ¿Puedo contarte mi teoría?

- Imagino que por más que te diga que no deseo oírlo, la dirás de cualquier modo.

Le sonreí. - Imaginas bien. Tienes miedo- solté sin anestesia.

Me miró fijo sin parpadear.

- Lo tienes, no importa que lo niegues. No es que temas matarte cuando saltas, o que temas caerte de la montaña que escalas y romperte el cuello.

Me sonrió.

- Tienes miedo de sentir.

Resopló.

Alcé las manos para detenerlo. Sabía que quería interrumpir mi discurso en este preciso instante. Su mirada comenzaba a endurecerse amenazando con dejar salir al Félix Meden que arrasaba con sus competidores en los negocios; esto no se trataba de sus negocios, sino de él-. No pierdas los estribos; ¿es que acaso no tienes paciencia? Sé que saltar y hacer todas esas cosas locas te provocan mucha adrenalina, emociones fuertes, incluso...- me mordí el labio inferior, me incomodaba discutir lo que iba a sacar a colación, pero debía hacerlo-, lo que prácticas... el dolor que permites que te infrinjan, te da placer. No hablo de eso. Tienes pánico de involucrarte con cosas que no sean efímeras, no todo debe ser un raptó de placer y adrenalina. Esas cosas no perduran y a estas alturas, me imagino que ya lo sabes.

- No quiero que la cena se convierta en una sesión de terapia. ¿Podríamos cambiar de tema, por favor?

- No- solté remarcando con el tono de mi voz, lo rotunda de mi respuesta.

- Este proceder acarreará consecuencias para ti.

- No me asustas-. Lo enfrenté. Este no era momento para sus juegos.

Miró hacia un lado y al otro, como calculando hacia dónde escapar.



- Solamente intento ayudarte.
- No te pedí tu ayuda.

Su voz sonó fría y distante.

- Lo sé, nadie me obliga a permanecer a tu lado, siquiera lo que me pagas por escribir tu biografía. No es por eso por lo que me quedé aquí.
- Gabriela, no soy esa clase de hombre, lo sabes.
- No sé de qué clase de hombre hablas- si lo sabía-, yo solamente sé lo que tú eres, de lo que eres capaz, y es de algo que va mucho más que un fugaz y excitante instante. Eres más que un fogonazo, más que tus millones y esa ridícula pose tuya tan distante y fría.

Abrió los ojos como platos. Sin duda me las estaba jugando aquí, de cualquier modo, no pensaba retroceder, sería a todo o nada.

- Puedes sentir más allá de lo imaginable sin necesitar del sexo, del dolor. Si no te permites sentirlo es porque me tienes miedo. Lo tienes, en el barco dijiste que me temías, quizá tanto o más de lo que yo te temo a ti.
- Quizá deberías volver a tu casa. No te preocupes, te pagaré lo acordado sin importar que termines el libro o no.
- ¿Acaso no escuchaste ni una sola palabra de lo que te he dicho?
- Sí, por eso mismo. Por eso y porque veo y percibo lo que sucede aquí, lo que sucede contigo. No permitiré que sigas adelante con esto.
- Tú no eres quien para detenerme. No te pido que sientas nada por mí- dije en una suerte de confesión, admitiendo al menos de forma velada que sí, sentía algo por él.
- Me lo reclamarás en algún momento.
- Si eso sucediese, recuérdame esta cena, y con eso, me cerrarás la boca.
- No quiero que termines aborreciéndome y eso mismo sucedería si tenemos una discusión semejante.
- Con eso que acabas de decir, me das la razón, tienes miedo de lo que pueda suceder, de dolor no físico que pueda acarreararte involucrarte con alguien seriamente.
- Voy a contraer matrimonio y eso no me da miedo.
- No te mofes de mí. ¿Realmente pretendes hacerme creer que estás involucrado con esa mujer? Tú mismo me confesaste que me contaste cosas que ella no sabe y siquiera imagina.
- No te refieras a mi relación en esos términos.
- Entonces no me trates de idiota-. Tragué en seco-. ¿La amas? Dime la verdad.

Le tomó un momento, al final, negó con la cabeza.

- No pretendo juzgar las razones que tienes para contraer matrimonio. Esto no se trata de ella, siquiera de mí, sino de ti. Eres el único que puede cambiar lo que te sucede, Félix, eres el único que puede juzgarte. No importa lo que ella diga o piense de ti, lo que yo diga o piense de ti, lo único de valor aquí es que piensas de ti, al final del día, cuando apoyas la cabeza en la almohada.

- ¿Tu intención es destruirme?

- Hacerte más fuerte, Félix. Más fuerte, no más débil. Sentir... amar, no te debilita ni te rebaja, te hace más grande, más poderoso. Arriesgarse a amar a alguien es apostar todo, es poner en juego tu alma, tu corazón, a sabiendas de que podrías destrozarlo y tener que vivir con ese dolor, el resto de tus días. Nos miramos en silencio por un momento.

- ¿Cuándo llegaste a semejante conclusión? Tuviste algún gran amor del cual jamás me hablaste. Creí que habías dicho que tu vida era tranquila, y de hecho, algo solitaria. Es más- frunció el entrecejo-, entendí que en lo que a ese tipo de aventuras respecta, tú también eres bastante cobarde.

- Lo era-. Alcé la cabeza y tragué saliva-. Lo era hasta que conocí a un tipo algo pedante y narcisista que tiene una obsesión por las emociones fuertes y el dolor, un tipo un tanto jodido que en un principio, creí insensible y materialista, pero que ahora me doy cuenta, no lo es. Me moría de miedo por permitirle entrar en mi vida, todavía hoy me asusta y si bien mi cabeza me dice que debería haberlo abandonado hace rato, mi corazón no puede y no quiere. He apostado algo más que mi corazón aquí, porque me temo que mi cuerpo también está en juego; ni modo, de algún lado, brotó una gran cantidad de valentía que quizá no sea más que el miedo que él me produce, que amarlo me genera. No me rendiré tan fácilmente. Al menos quiero comprobar si ese sujeto, vale la pena.

Félix se quedó mudo.

- Estás loca- soltó por fin.

- Un poco de locura viene bien para enfrentarse a este sujeto, creo que él está un poco loco.

No pudo más que sonreírme.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

- Ok, puedo contarte cual es mi plan.

- Es la primera vez que alguien me dice...- se detuvo.

- ¿Que alguien te dice qué: que te ama? Lo dudo.

- Estás más demente que yo, Gabriela.

- No puedo creer que así sin más, me dejes ganar- bromé. Necesitaba aflojar la tensión aquí.
- ¿Cuál ese desquiciado plan tuyo?
- El plan consiste en que me permitas probarte que sí puedes sentir más allá del dolor y de la adrenalina. El plan es demostrarte que el amor sí está a tu alcance, que no acabarás insensible o muerto en tu carrera por intentar sentir algo. Lo que quiero es hacerte entender que no vas por el camino correcto.
- Nunca lo hice, esa es la historia de mi vida. No puedo hacerlo, toda mi jodida existencia es un desastre. Quizá ni siquiera merezca transitar ese camino.
- ¡Qué gran estupidez!
- Ciertamente no te merezco.
- Suficiente de esas tonterías.
- Siquiera mis verdaderos padres me...- se detuvo y así de rotundamente, apartó sus ojos de mí.
- Si lo que ibas a decirme es que tus verdaderos padres no te querían, te abofetearé. Cuando te conocí me dijiste que probablemente te habían hecho un favor al entregarte a cambio de dinero. ¿En verdad crees que para tu madre debió ser fácil? ¿Piensas que no hubiese preferido poder quedarse contigo? Mira, ni siquiera sabes cómo son las cosas, porqué sacas las peores conclusiones, por qué crees que nadie puede quererte o aún peor, que no tienes derecho a que alguien te quiera. Eso es ridículo.
- Suficiente, no quiero seguir discutiéndolo.
- A la mierda con lo que quieras- solté alzándola voz, quizá un poco más de lo necesario-. Eres un estúpido si dices eso seriamente. Y yo que te creía un hombre inteligente. Usted tiene muchos problemas, Señor Meden.
- Por eso mismo te conmino a alejarte de mí.
- Vete al cuerno.
- Es mi mierda, no la tuya, Gabriela.
- Ni siquiera sabes si es mierda, no te molestaste por averiguar la verdad, lanzaste sobre tus padres un veredicto que simplemente crees que te conviene para sustentar así, tu conducta. ¿Crees que así tendrás razones para mantener al resto de la humanidad a una distancia prudencial y segura? ¿Piensas que así, tendrás todo el derecho del mundo de solucionar todo con dinero? ¡Me figuro que siquiera fue eso lo que tus padres adoptivos pretendían hacer! No se trata de dinero, Félix; es sobre sentimientos, sobre necesidades que no se cubren con bienes materiales, ni con todo el dinero del mundo. El dinero que tienes

nunca te amaré y si pretendes hacerme creer que tus padres adoptivos tampoco te quieren, vas muerto. Intenta convéncete todo lo que quieras, no me convencerás a mí. Yo no estoy aquí por tu maldito dinero, ya te lo dije.

Boquiabierto, se quedó viéndome.

Me eché atrás sobre mi silla entendiéndolo que quizá me había ido un poquito de lengua, tal cual me sucedía últimamente, cada vez que discutía con él. -

Disculpa, no debí decir todo eso.

Parpadeó lentamente.

- Pero la verdad es que creo que es cierto. No sé qué te dijeran tus médicos durante el tiempo que fuiste a terapia pero me figuro que...

Félix se dio la vuelta y buscando al camarero con la mirada, lo encontró para luego hacerle una seña llamándolo con la mano.

¡Mierda! Ahora sí la cagué- pensé.

- Recoge tu abrigo- me gruñó soltando sobre la mesa, un montón de euros.

Sin decir ni una palabra, me levanté de mi silla, tomando mi abrigo.

El camarero llegó, Meden le dijo que se quedase con el cambio, el cual era una propina más que generosa.

El camarero nos miró por turnos al ver que apenas si habíamos tocado nuestros platos.

Todavía no terminaba de ponerme mi abrigo cuando Meden, llevándome por delante, me tomó por el codo, arrastrándome por entre las mesas, hacia la salida.

Forcejé para soltarme. Bien, en realidad no hice demasiado, no quería hacer una escena en público.

Emergimos a la fría noche que reinaba sobre la calle y siquiera allí me soltó.

Dudo que tuviese mucha idea de hacia dónde se dirigía, pero me arrastró con él hasta la esquina, doblando a la derecha. Caminamos un par de metros por la desierta calle, tironeando el uno del otro. Esto ya no me gustaba, de hecho, me sentía furiosa con él.

- Suéltame- le grité harta de ser manipulada igual que una muñeca de trapo.

- ¿Qué demonios quieres de mí?- me respondió, gritando también, al tiempo que me empujaba contra la pared sosteniéndome por ambos codos.

Mi cabeza dio contra algo duro que me hizo ver las estrellas. Solté todo un rosario de insultos y también lo insulté a él, me despaché a gusto.

- ¡Loco insensible y cobarde!- solté al final, cuando ya no se me ocurrían más groserías que dedicarle. En mi vida le había hablado así a alguien y no me daba gusto hacerlo, pero todo esto, lo tenía atragantado, no porque en realidad

lo creyese merecedor de todas aquellas palabras, sino más bien, por la desquiciante tensión (tanto física como mental) que él provocaba en mí. Luego de darle un apretón a mis brazos, el cual me provocó mucho dolor, gruñó y me soltó.

-¡¿Quieres enloquecerme?!

Su potente voz reverberó en las antiguas fachadas de los edificios en su mayoría a oscuras.

- ¿Quieres dinero? ¿Tu plan es extorsionarme?

- ¿De qué hablas?- Me aparté de la pared.

- No eres la primera mujer que intenta esto.

- No intento nada.

- Muchas creen que pueden empujarme a depender de ellas. No soy así, no caeré en tu trampa. ¡Yo inventé este maldito juego!- esto último lo gritó a viva voz.

- No es una trampa. Mucho menos un juego ¿Te volviste loco?

- Más de una vez he tenido que cerrarle la boca a otras con dinero, pero no, no caeré en tu trampa. ¿Cuánto quieres para largarte de mi vida y no volver a aparecer jamás? ¡No debí contarte ni una sola palabra! Todavía no comprendo por qué lo hice, por qué confié en ti. Sí es que usualmente, las que se muestran como santas, son las peores, incluso peores que yo.

Eso me sacó de mis casillas, como siendo un hombre tan inteligente, podía ser al mismo tiempo, tan necio. - ¡Eres un desquiciado! Ni siquiera me atrevo a imaginar con qué tipo de mujeres has tratado... yo no soy una de ellas. No me interesa que dependas de mí. Tienes una idea muy errónea y retorcida de lo que conlleva una relación entre dos personas. Y mucho peor, piensas que el único modo de resolver tus problemas es con dinero. Pues con dinero, no resolverás el mío, porque mi jodido problema es que te amo y tú estás desquiciado. ¡Eres un maldito enfermo!-. Un torrente de furia corría por mis venas; al mismo tiempo, un mar de lágrimas amenazaba con despeñarse desde mis ojos. La verdad era una, acababa de perder mi apuesta a todo o nada. De modo que me quedaba sin nada, bien, en realidad sí me quedaba con algo, con un corazón destrozado.

Di media vuelta y me eché a correr. Necesitaba tomar toda la distancia posible de su persona. Me sentía tan ridícula, tan infantil por soñar, por creer que esos sueños podrían concretarse.

Lo escuché gritar mi nombre y no me importó. Lo sentí correr tras mis pasos y le rogué a mis piernas que no se detuviesen.

Crucé la calle sin mirar si pasaba tránsito o no, y continué corriendo pese a que él no paraba de gritar mi nombre, de pedirme que me detuviese. Corría a toda velocidad y yo también.

- ¡Maldita sea, deja de correr!- su voz sonó mucho más cerca de mí-. ¡Lo siento!- me gritó-. Deja de correr. ¡Gabriela, con un demonio!

Sin aminorar la velocidad, me limpié las lágrimas del rostro. Cuantas ganas tenía de que la tierra me engullese.

- Gabriela- mi nombre emergió en un jadeo de sus labios, cuando una de sus manos, me atrapó por el brazo.

Intenté zafarme pero entonces, su otro brazo me rodeó la cintura.

- ¡Perdón! Lo siento, lo lamento. Perdóname, te lo ruego- me susurró al odio-. Sí, estoy muy mal, muy jodido, soy un saco de problemas y no tengo ni la menor idea de cómo hacer esto. Ni siquiera sé cómo ser un ser humano, mucho menos, cómo sentir, cómo enfrentar lo que dices que sientes por mí. Sí, estoy asustado- me apretó contra su cuerpo, mi espalda contra su pecho-, mucho más de lo que he estado en toda mi vida. Estar contigo es lo más perturbador que he hecho jamás, es como mil saltos juntos. Me da pánico tenerte cerca. Es simplemente aterrador y cada una de mis células me pide a los gritos que me aleje de ti.

- Soy una estúpida por amarte.

- Lo eres, no te lo discutiré.

Dejé de pelear para soltarme.

- No tengo ni la más remota idea de cómo ser lo que quieres que sea- su cuerpo temblaba contra el mío-. Desearía no estar tan loco por ti, no desearte tanto.

- No se trata solamente de sexo.

- Sé que no y eso es lo que más me asusta. Sí es que desde que te conocí, paso mis días deseando hacerte mía, imaginando docenas de formas de tenerte para mí, solamente para mí; de reclamar cada centímetro de tu piel, como mi propiedad, de que me digas que no hay ni habrá nadie como yo para ti, que tu mundo empieza y acaba en mí-. Su mano se hundió en mi vientre-. Y desde el día en que te conocí, acabo conformándome simplemente con tu compañía.

Las piernas se me aflojaron.

- Sí, de ser por mí, te habría cogido sobre tu escritorio el primer día que te vi-. Su nariz se hundió entre mi cabello-. Jamás desee a alguien tanto como a ti- inspiró hondamente sobre mí-. Y nunca esperé, o estuve dispuesto a esperar a alguien, lo que esperé por ti. Usualmente, ya me habría aburrido y partido,

sin embargo... no puedo partir de tu lado. No sé qué me hiciste- plantó un beso detrás de mí oreja-, no puedo dejarte partir. Por favor, dime que no te irás. Perdóname, te lo ruego.

Le pedí que me soltarse y obedeció sin rechistar. Dándome la vuelta, lo enfrenté.

- Por favor, no me dejes- repitió y mi alma, se derritió.

Di un paso adelante; quedamos frente a frente.

- No sé si podré darte lo que necesitas. No tengo ni idea de cómo hacerlo.

- Yo tampoco sé si podré darte aquello a lo que estás acostumbrado; lo de ayer en la tarde...por una parte fue excitante pero... No me agrada verte lastimado y mucho menos, lastimarte. Tampoco estoy segura de poder...

- No digas más, tan sólo cuéntame cual era tu plan. ¿Qué querías intentar conmigo?- me dedicó una sonrisa triste-. ¿Cómo planeabas reencaminarme en la senda del buen sentir?

- No dije que lo que sintieses sea malo, lo único que pretendo hacerte entender que no dependes de la violencia o el dolor para sentir placer, para experimentar algo agradable-. Me aproximé a él un poco más-. Ahora deberás ser tú, quien prometa no moverse.

- ¿No moverme?- me sonrió, no fue una sonrisa alegre, pero sí, una un tanto más iluminada que la anterior.

- No moverte y contenerte, no explotar. Como te dije, no todo es sexo.

Noté que tragaba con dificultad.

- Quieto...- le susurré alzando mi mano lentamente en dirección a su rostro.

Mi mano fue a posarse sobre su mejilla. Acaricié su piel, la cual estaba áspera, la barba comenzaba a aparecer.

- Una caricia tiene el poder de ser despertar algo increíblemente placentero- le dije con un hilo de voz, puesto que yo misma, me perdía en el placer de acariciarlo-. ¿Lo sientes?

Félix tomó mi muñeca con fuerza, temblaba. Se acercó a mí de sopetón e intentó besarme.

- No, Félix- meneé la cabeza-. Es justamente eso lo que no quiero que hagas. Tienes que poder sentir esto- volví a tocar su mejilla con mi mano-, sin explotar, sin tener la necesidad de...- tragar saliva-, acorralarme contra la pared o algo así.

Sus párpados cayeron pesados y luego, los apretó hasta que se arrugaron, su frente también demostró la tensión que experimentaba.

- Aquí estoy y no me iré a ninguna parte. Esta es mi presencia- mi mano se

movió hasta su nuca, mis dedos se internaron entre su cabello-. No soy tuya, estamos juntos, que es muy distinto. Estoy aquí contigo- repetí.

Félix apretó todavía más los párpados y echó la cabeza hacia atrás.

- ¿Lo sientes?- le pregunté.

Volvió a tragar.

- Solo sé que te quiero para mí- entonó abriendo los ojos-. Que estoy loco por ti, que quiero que me acompañes a mi cuarto.

- No seré alguien de una noche, ni un desquite, mucho menos un capricho sexual, una especie de trofeo.

- No eres un trofeo, mucho menos un capricho.

- Entonces- quité mi mano de su cabello-, dame tu mano- antes de que me la diese, tomé su mano derecha la coloqué de frente a mí, con los dedos hacia arriba, entre los cuales, entrelacé los míos, luego de pegar mi palma a la suya. Apreté sus nudillos con mi mano-. Dime que sientes algo más que deseo, dime que aquí hay algo más que eso.

- Ya te expliqué que yo...

- Ni siquiera lo intentas-. Solté cortándolo-. Cierra los ojos.

En respuesta a mi pedido, me miró torcido.

- Hazlo.

Los cerró. Volví a preguntarle que sentía.

Se tomó un momento antes de contestar, de hecho, inhaló y exhaló un par de veces.

- Siento el calor de tu cuerpo, tu perfume... el ritmo de tu respiración, tu voz, tu presencia aquí conmigo.

- Y eso... ¿te agrada?

Abrió los ojos lentamente. - Claro que sí- contestó con una sonrisa algo tensa. Noté que respiraba más tranquilo.

- Todavía tengo dentro de mi mente un montón de imágenes de ti y de mí, lo que podría pasar si me acompañas.

- Mejor caminamos un poco- le dije tironeando de su mano.

Meneó la cabeza entre derrotado y divertido.

- Sí, supongo que necesito un poco de aire fresco.

Anduvimos un par de pasos y luego soltó.

- ¿De verdad confías en que puedas sentir placer solamente con una caricia?

- ¿Muy frustrado?

Asintió con la cabeza.

- ¿Qué harías ahora si no estuvieses conmigo, si pudieses dejarme en este



instante?

- Lo mismo que hice en Londres y en París: buscar un alivio-. Me miró-. Te advertí que estoy muy jodido.

- ¿Y si prometo acompañarte a tu cuarto?

Se le ilumino el rostro.

- Para dormir...juntos. Solamente para dormir. Ya lo hicimos una vez y no intentaste nada.

- Estaba demasiado borracho.

- ¿Y qué pasó a la mañana, cuando te levantaste y yo estaba allí? No intentaste nada. ¿Cómo hiciste para contenerte?

- Dormías plácidamente. No iba a violarte mientras dormías o algo así, Gabriela.

Le sonreí aliviada.

- ¿Intentaste besarme?

Negó con la cabeza.

- ¿Tocarme?

Volvió a negar. - Simplemente me acerqué a ti e inspiré el aroma de tu piel. Era tu perfume mezclado con el mío. Casi enloquezco.

- Ahí lo tienes.

- ¿Qué, que casi enloquezco?

- Te contuviste.

- ¿Hace falta lo que te diga que hice en cuanto me metí en el baño luego de dejar la cama?

- No- contesté avergonzada-. Inténtalo, por favor.

- Si lo intento, ¿intentarías algo por mí?

Tragué en seco. ¿Realmente sabía yo en lo que me metería si aceptaba, y por

sobre todo, deseaba involucrarme en eso? No podía negar que me causaba

curiosidad, tampoco que la otra tarde, había sido especial, en mi vida me

había sentido así en compañía de alguien y jamás antes, habría sido tan

consciente de mi cuerpo, nunca me sentí tan deseada. Sin duda era excitante.

Sí, quería intentarlo, intentarlo con él. Si alguien más me lo propusiese,

probablemente saldría corriendo en la dirección opuesta; con él como guía en

esas nuevas experiencias...bueno, con él proponiéndolo, simplemente no

podía negarme, incluso, cuando esta vocecita dentro de mi cabeza me repetía

una y otra vez, que este hombre, era un hombre comprometido.

Intenté no pensar en mí como “la otra” y no lo logré; podría no amar a su

novia, pero esto, de cualquier modo, no dejaba de ser un engaño y lo peor del

caso, es que si terminaba, y mal, yo acabaría mucho más jodida que él, puesto que lo amaba como en mi vida había querido a nadie, y no hacía otra cosa que imaginar cada uno de mis días, todo mi futuro, a su lado.

Tragué en seco. Aquí estaba yo, protagonizando un acto suicida.

- Sí- la voz me tembló-, pero...-. Por un momento creí que me echaría atrás.

Sin, sin duda esto era similar a subirse a un avión, sabiendo que deberás saltar al vacío. Me recordé que sería con un paracaídas, con él.

- No te lastimaré, lo juro- me aseguró.

- A lo que en verdad le temo, no es tanto al dolor físico; no quiero que vuelvas a hacerme lo que me hiciste...

- Jugar con el placer, es parte especial de la diversión-. Meneó la cabeza-. De cualquier forma, eso no fue lo que pretendía, fue para demostrarte lo que experimento.

- Negar el placer es frustrante.

- Ni que lo digas- resopló.

- Supongo que ambos tendremos que comprometernos a encontrar un punto intermedio.

- No tengo idea de cómo haré eso, no hay nada que desee más que empujar todos los límites contigo.

Mi corazón se disparó, Félix sabía muy bien qué decirme para hacerme perder la cabeza.

- Supongo que también tengo un par de cosas que enseñarte. No será esta noche.

Sonrió con sorna. - Sí, entendí eso e intento hacerme a la idea.

- Bien.

Anduvimos un par de pasos.

- ¿Puedes prometerme algo?

- Sí, dime- le contesté.

- Si durante la noche te pido que te vayas, que me dejes, promete que lo harás sin preguntar por qué, sin enojarte.

Entendí que sería una prueba difícil para él. Asentí con la cabeza.

- Ok. Entonces...

- Dormiremos.

- ¿Podré abrazarte al menos?

Feliz, le sonreí. Que quisiera abrazarme ya era un logro, uno enorme. - Claro.

A decir verdad, no sé, a quién de los dos, le pesó más el deseo, a la hora de vernos juntos, parados a los pies de la cama, en la penumbra del cuarto.

Quizá él estuviese controlándose, es probable que le costase horrores pero por un instante, fui yo, la que deseó con cuerpo y alma, mandar a volar, la reglas que impuse una hora antes.

Ok, deseas algo, y cuanto lo tienes, te das cuenta de que ya no lo quieres. Ese algo, a mí, en ese instante, me parecía tan poco. El hombre más sexy del mundo, se encontraba parado frente a mí, habiéndose comprometido a comportarse como un caballero, un hombre que en condiciones normales, no ponía demasiados límites a su deseo y yo comenzaba a desear liberarme de mis propios límites.

Sí, probablemente su esfuerzo era mayor que el mío, pero qué importaba, deseaba comérmelo a besos, y si no lo hice, fue porque supe que sería demasiado para ambos, que luego no encontraríamos regreso a nuestro camino y que acabaríamos los dos, incinerados por una pasión demasiado arrebatadora, pasión que yo deseaba no se extinguiese jamás, esa pasión era él, aunque no lo supiese, aunque se quejase de no sentirla, de no alcanzarla. Próxima a él, y sin dudas, lo ayudé a quitarse el abrigo y luego me quité el mío.

Félix apenas si parpadeaba y le costaba respirar.

Me quité mi suéter y fui por el suyo. Igual que un niño, se dejó desvestir. Al menos, ahora cooperaba más que la última vez que lo hice, el problema residía en que se mostrase más cooperativo de la cuenta y todo se fuese al demonio.

- *This is so maddening*- musitó con una voz ronca que sentí nacer en lo profundo de su pecho.

- Intenta relajarme.

- Más que intentar relajarme, debería procurar no imaginarte llevando las esposas que compré para ti-. Dijo alzando la vista para mirarme a los ojos. Tanta sinceridad me abrumó.

- Las compré en Londres- explicó-. Quería proponerte que las usaras para mí- negó con la cabeza-; no pude. No sé por qué-. Se pasó una mano por la boca, parecía un hombre sediento en mitad del desierto, en mitad de ninguna parte. Lo vi increíblemente perdido.

- Te pediría que las usases...- parpadeó lentamente-. Acordamos que no será esta noche-. Me sonrió.

- ¿Qué te detuvo? Cuando las compraste...¿qué te detuvo, por qué no me lo pediste?

- Tenía miedo de que te negases, de que huyeses de mí, espantada.

Quería verlas. ¡Sí, me moría de ganas de verlas!

A un tris me frené de pedirle que lo hiciese, sabía muy bien que si las sacaba, le permitiría que las usase conmigo.

- Ya me las enseñarás.

Sonrió. - Sí, claro.

- Lo digo en serio.

- Yo también.

Los dos sonreímos.

- Entonces...- se quedó vacilante.

- Siéntate.

Inspirando hondo, se sentó a los pies de la cama, y yo, a su lado. Comencé a quitarme las zapatillas y él hizo lo mismo con su calzado.

- ¿Cuánto tiempo llevas sola?- me preguntó mientras se quitaba las medias.

Dejé mis zapatillas a un lado y subí los pies a la cama, para cruzarme de piernas.

- Algo así como un año. Fue algo que no duró mucho, en realidad creo que estaba con él porque no quería estar sola, y obviamente, no funcionó.

- ¿Llevas un año sin tener sexo?

Le lancé una mirada de furia.

- ¿Por qué te molesta que te lo pregunte? No debería ser tan difícil hablar de eso.

- Lo es contigo.

- Dudo que sea el único con el que tienes problemas para discutir tu sexualidad.

- Es cierto, no me gusta hablar sobre eso.

Me sostuvo la mirada.

- Sí, llevo un año sin estar con nadie, y sí, lo extraño. No soy de hierro. ¿Ok?

Ahí lo tienes- exclamé-. Entiendo que te debía al menos una escueta explicación a cambio de todo lo que tú me contaste a mí.

Se sonrió. - No me debías nada. Lo que te conté no fue con ánimos de recibir algo a cambio. Lo que dije, lo dije porque quería decirlo, es todo. Haces que me den ganas de contarte todo, que necesite contarte todo-. Meneó la cabeza-. No tenías necesidad de extrañar el sexo, apuesto cualquier cosa que muchos hombres habrían dado cualquier cosa por una noche contigo.

- El caso es que a mí no me interesa. Quiero más que eso. Necesito algo más que eso.

- Tener esa noche no te habría quitado la oportunidad de continuar buscando lo que quieres hallar. El sexo puede ser solo eso o mucho más, no tienes que sentirte culpable por hacerlo si necesitas hacerlo, siempre y cuando bien...te comportes como un adulto responsable.

- Ya lo sé.

- Serías más feliz si te liberases un poco.

Le sonreí meneando la cabeza, los ojos le brillaban.

- Prometo intentarlo.

- Muy bien-. Comenzó a desabotonarse la camisa.

- ¿Cuánto tiempo llevas con tu prometida?

Félix se detuvo con el puño izquierdo en alto, giró la cabeza y me miró.

- Casi tres años.

- Es mucho tiempo.

- ¿Cuánto tiempo duró tu relación más larga?

Con algo de vergüenza, admití que no llegaba al año.

- ¿De veras?

- Sí, pero no es que cambie de novio cada seis meses.

- Has estado mucho tiempo sola-. No me lo preguntaba, lo afirmaba-.

¿Siempre fuiste tan solitaria?

Me encogí de hombros. - Supongo que sí.

Nos quedamos un momento en silencio.

- ¿Ella te ama?

Terminó de quitarse la camisa y luego se quedó pensativo, con la vista perdida en la oscura pantalla del enorme televisor que colgaba en la pared, frente a nosotros. Soltó aire por la nariz, y luego, contestó que no con la cabeza.

- ¿De verdad?

- No quiero hablar de eso.

- Puedo comprender que no quieras...- me mordí el labio inferior, en realidad...- en realidad no, no lo entiendo. No entiendo que tengas intención de contraer matrimonio con alguien a quien no amas y que no te ama.

- ¿Me pedirás que la deje por ti?

- Admito que ganas no me faltan, nunca me imaginé siendo la otra.

- No eres "la otra".

- No, no todavía, esto...sea lo que sea, lo que sucede entre nosotros todavía es demasiado confuso.

- No puedo lidiar con un reclamo semejante en este momento.
- No es un reclamo. Es que... ¿te casarás con ella para cerrar un negocio, es todo?
- No, no es únicamente por eso. Nos llevamos bien, es una mujer estupenda, tenemos muy buen sexo, congeniamos bien dentro y fuera de la cama. Ella me entiende, me soporta. Tenemos una relación adulta que no a todos les agradaría pero así estamos bien, es lo que los dos necesitamos, a lo que los dos estamos acostumbrados. Es inteligente, bella, no es celosa ni entrometida, tiene su vida, y yo tengo la mía.
- ¿Qué significa eso?
- Qué por estar juntos, ninguno de los dos ha perdido su identidad, cada quien tiene su vida. Por eso ella no está aquí ahora. Nosotros tenemos nuestros tiempos, tanto para estar juntos, como para separarnos.
- ¿Ven a otras personas?
- No. Bueno, al menos no en el sentido estricto de la palabra, ya te conté que yo...
- ¿Cómo sabes que, al igual que tú, ella no tiene otra vida además de la que llevan juntos?
- ¿Pretendes hacerme desconfiar de ella?
- No, solamente pretendo comprender cómo funciona tu relación.
- No lo sé- admitió-. Supuestamente la nuestra es una relación monógama. Apartando lo que hago, nunca le fui infiel. Eso hizo temblar mi mundo, no sabía si esperaba eso último o no.
- ¿Confías en ella?- pregunté intentando desviar mis pensamientos de aquello.
- No se trata de confiar o no confiar, tampoco de celos. La entendería si buscarse a alguien más, lo único que le pediría es que me contase la verdad si alguien más entrara en su vida.
- ¿Se lo pediste?
- Sí. Me gusta la sinceridad.
- ¿Por qué no le cuentas lo que haces, entonces?
- Porque es mejor callar ciertas cosas, que revelarlas.
- ¿No lo entendería o aceptaría? ¿Ese es tu miedo?
- Nunca antes había tenido a mi lado alguien como ella. Obviamente que no quiero perderla.
- ¿Te estás conformando, es eso? ¿Te conformas con lo que tienes con ella?
- Es más de lo que merezco, más de lo que jamás esperé tener. Jessica es mi primera novia, Gabriela. Yo nunca antes había estado en una relación así.

Me quedé de piedra ante su confesión.

- Tú no soportarías ni la mitad de las cosas que le he hecho pasar, y no me refiero al sexo únicamente.

Tragué en seco y los ojos se me aguaron, sentí que sobre mí, caía una sentencia implacable.

- Soy una persona difícil.

Me quedé sin palabras.

Aquella horrible sentencia amargó mi corazón: ¿de verdad no podríamos estar juntos?

¡No quería ni pensar en eso!

Deseé con todas mis fuerzas, que esta noche durase para siempre.

Me estiré hacia él y escondí el rostro detrás de su hombro, con mi mejilla sobre su omoplato.

La remera que llevaba olía de maravillas, al quedar completamente impregnada en su perfume, mezclado con un levísimo y masculino toque a sudor. Con mi brazo izquierdo rodeé su cintura y me pegué todavía más a él. Su mano derecha fue a posarse sobre mi rodilla derecha y su mano izquierda, voló hasta mi cabeza. Sus dedos se internaron en mi cabello en una suave caricia.

Cubrí con mi mano, la suya, la que se encontraba sobre mi rodilla.

Su cabeza se inclinó hacia mí.

- Esto es agradable- me susurró-. Mejor no hablemos más, ¿sí?

No pude más que estar totalmente de acuerdo.

- Ven- su voz fue apenas un suspiro. Apretó los dedos de mi mano derecha, y luego juntos, nos movimos sobre el colchón, hasta llegar a las almohadas. Sin soltarme, se acostó de lado, llevándose mi brazo consigo, con el cual, rodeó su pecho.

Entrelacé mis piernas con las suyas y hundí mi nariz en su cabello, luego de enredarlo en los dedos de mi mano izquierda. Félix acomodó su espalda contra mi pecho y suspiró.

Hice un esfuerzo por atesorar la infinidad de sensaciones que me abrumaban y con las cuales me regodeaba de placer, antes de quedarme dormida. Supe que no lograría retenerlas a todas por siempre, pero al menos, lo intentaría.

## 17.

- **Gabriela...**

Soñaba... en cuanto escuché mi nombre salido de sus labios, se me olvidó con qué. Aquel sueño, fuese el que fuese, quedó opacado con la agradable y dulce realidad. Debajo de las mantas, él y yo, aún vestidos. Su brazo rodeándome, sus piernas entre las mías, sus labios en mi cuello, el calor de su cuerpo contra el mío.

- Gabriela-. Me llamó una vez más, y en la voz, se le notaba que sonreía-.

¿Despierta?

Obviamente se había dado cuenta de que ya no dormía.

- Buen día.



- Buenos días- me contestó para luego estampar una serie de delicados besos todo a lo largo de mi cuello, de subida a mi oreja.

- Lamento tener que despertarte, no quería levantarme de la cama y dejarte aquí sola. Tengo una reunión en cuarenta minutos.

- ¿Qué hora es?

- Las ocho.

Me apreté contra él, tomándolo de la muñeca para llevarme su mano a los labios. De di un beso en la palma y luego cubrí mi rostro con su mano.

Se rió en mi oído.

- ¿Y eso?

- Tienes unas manos hermosas.

- ¿A si?

Asentí con la cabeza. - Eso alimentará un poquito más tu ego.

Se rió con ganas.

- Tus manos son más bonitas-. Tomó mi mano izquierda y la alzó para que le diese el sol de la mañana que entraba por la ventana a nuestras espaldas-.

Mira eso, en mi vida había visto dedos más bonitos y tan largos.

- ¿Te burlas?

- También me gustan tus brazos- dijo bajando su mano por el perfil de mi brazo desnudo-, y tu hombro-. Su mano se detuvo allí-. Y tu cuello- volvió a besarlo-. Y tu cabello-. Hundió su nariz en mi nuca y su mano izquierda dejó mi hombro para bajar por mi espalda muy despacio, palpando mis costillas y mi carne con las yemas de sus dedos-. Y tu espalda.

Mi mano encontró su muslo mientras la suya, bajando por mi costado fue a unírsele.

No pude más, me di la vuelta y lo enfrenté, deseaba besarlo pero no estaba lista para mucho más que eso, no hasta que aclarase en mi cabeza, si deseaba al final, convertirme en “la otra” o no.

- Voy a besarte- le dije mirándolo a los ojos.

- Planeaba hacer lo mismo- me contestó con una gran sonrisa.

- Pero no vamos a tener sexo.

Puso los ojos en blanco.

- ¿Quieres que me vaya?

- No, prefiero intentar aquello de llegar al placer sin...

No lo dejé seguir, comencé a besarlo y en un segundo, su boca me hizo flotar de placer. Sin darme cuenta de cuándo o dónde, acabé sobre él, con una de sus manos en mi cuello y la otra en mi cintura, las mías, al costado de su cabeza,

bueno, allí estuvieron, al menos por un momento hasta que las ganas de tocarlo fueron demasiadas. Mi mano derecha bajó por su cuello, registró su pecho y luego su firme abdomen. Las suyas no se quedaron quietas tampoco, una viajó a lo largo de mi espalda, hacia el espacio entre mis omoplatos, por debajo de mi remera, mientras la otra me sujetaba con firmeza por el trasero.

No pretendía llegar más lejos, pero la tentación pudo conmigo.

Me senté sobre él.

Félix me miró expectante.

Tomé su remera por la parte de abajo y comencé a subirla por su torso.

Aferrándose de mis caderas, se sentó. Su boca quedó frente a la mía. Tiré de la remera hacia arriba y él subió los brazos para permitirme que se la quitase.

- ¿Todavía continuas decidida a apegarte a tu plan inicial?

- Sí.

Noté que apretaba los dientes.

- No puedo decir lo mismo- dijo para luego dedicarme una sonrisa torcida-

No, si continuas haciendo lo que haces.

- Puede resultar igual de placentero.

Su pecho se tensó.

- O igual de frustrante.

- No lo será.

- ¿Qué sientes ahora?- le pregunté después de posar ambas manos sobre sus pectorales.

- Que tengo ganas de arrancarte la ropa.

La picardía de su mirada me arranco una sonrisa.

- No hará falta.

- Eso es lo que tú crees.

Comencé a besarlo otra vez. Se veía maravilloso a la luz del sol de la mañana.

Félix me tomó por la espalda, apretándose contra su cuerpo con demasiada fuerza; no me molestó en absoluto. Resultaba increíblemente agradable y sexy sentir sus fuertes brazos alrededor de mí.

Con un ligero empujón, le indiqué que quería que se recostase otra vez.

Sus abominales se contrajeron al hacer fuerza para tumbarse. También sentí su pene contra mi pelvis. Creí que al final, yo también acabaría por cambiar de planes.

Procuré concentrarme en el beso y en atajar nuestro aterrizaje contra las almohadas, con las manos.

Aparté mi boca de la suya y acaricié sus labios apenas rozándolos con las

yemas de mis dedos. Su respiración se agitó.

- Lo ves- susurré dentro de su boca-. No necesitas que te lastimen para sentir algo.

- Esto es casi doloroso- jadeó.

- Es bueno.

Félix intentó volver a besarme pero yo me aparté, sosteniéndolo por el mentón.

- Es placer- le dije.

- Es una condenada tortura- replicó.

- Una buena tortura. ¿Sí o no?- me tomé un momento, me costaba horrores, sentía la cabeza nublada de deseo-. ¿Y decías que no podías sentir nada? ¿Lo sientes?

- Por momentos se me escapa.

- Concéntrate.

- Eso intento- se defendió-. Me distraes.

No pude más que sonreírle.

- Cierra los ojos.

- Ni de broma.

- Cierra los ojos y ya no hables-. Llevé mis manos hasta su rostro y le tapé los ojos.

- ¿Me preguntó cómo haré para concentrarme en la puta reunión que tengo en media hora?

- Olvídate de la reunión y cierra la boca.

Sus parpados se movieron debajo de mis palmas, por lo menos de él se podía decir que estaba intranquilo, si no, ansioso, removía los ojos de aquí para allá. Volví a recostarme sobre él y en vez de aterrizar en su boca, lo hice en su cuello.

Besé y sentí el sabor de su piel. Rocé su cuello, hacia arriba, hasta su oreja, con mi nariz. Olía tan bien.

Llegué a su oreja y tomé su lóbulo con los labios.

Félix inhaló una gran cantidad de aire.

- Shh...- le susurré al oído.

Con desesperación, tomó mis manos con las suyas y las apretó contra su rostro.

Marcando un rastro de delicados besos, bajé por su cuello otra vez, hasta llegar a su pecho. Cada uno de sus músculos estaba contraído al punto de que su piel se veía tensa y erizada.

Esto le costaba mucho trabajo, aun así, significaba un gran logro.  
Recorrí con mis labios y lengua, sus pectorales y fui descendiendo,  
lentamente, por el centro de su pecho. Antes de llegar a su ombligo, retiré mis  
manos de sus ojos, pero él dejó las suyas en el lugar.  
Su piel, cada honda de su cuerpo, cada músculo, cada centímetro cuadrado de  
su persona era increíblemente deseable.  
Alcé la mirada un momento, continuaba tapándose los ojos.  
Me decidí y seguí adelante. Sería la prueba de fuego.  
Las yemas de mis dedos descendieron lentamente por encima de sus  
abdominales y siguieron camino hasta la cintura de sus pantalones.  
Desabroché el cinturón y el botón.  
Allí la geografía de su cuerpo era absolutamente perfecta.  
Acerqué otra vez, mi boca a él. Besé su cadera, lamí y mordisqueé la piel.  
Félix jadeó. Lo sentía y eso era una gran victoria.  
Descendí hasta su ingle, allí donde tenía tatuadas sus iniciales, las cuales  
comencé a besar.  
Su cuerpo terminó por reaccionar, tenía una erección.  
- Gabriela...- mi nombre se le escapó en un jadeo.  
Volví a besar su piel.  
- Gabrie...  
Mi nombre se le atragantó, de pronto, sus manos me tomaron por los hombros  
para hacerme a un lado.  
Cuando lo miré, tenía los ojos desorbitados. Había sorpresa en él.  
Me incorporé.  
Sobre nosotros cayó un pesado silencio.  
Nuestras respiraciones estaban agitadas pero así y todo, no sentía nada. Yo  
solamente podía ver su pecho subir y bajar.  
De sopetón, se incorporó.  
Con su brusco movimiento, caí sobre el colchón.  
Félix salió disparado en dirección al baño, no sin antes gritarme que me  
largase, cosa que hice sin meditar ni un segundo, cuando cerró la puerta del  
baño de un portazo.  
No quería, pero se lo había prometido.  
En silencio, recogí mis cosas y salí.

El lluvioso atardecer tenía todo de melancólico y angustiante. El frío apretaba tanto fuera, como dentro de la habitación.

Llevaba desde la mañana, sin verlo, sin tener noticias tuyas. A partir, se había llevado a Mike, de modo que no me quedaba nadie de confianza a quién preguntarle por él.

Usualmente escribir apaciguaba mi espíritu, pero a razón de que cada palabra generada el teclado de la laptop que él me regaló, tenía que ver con su persona, resultaba imposible mitigar tanto los bríos de mi mente, y en espacial de mi carne.

La veintena de páginas escritas no tenían otro efecto que inflamar los recuerdos de esa mañana.

Tenía la sensación de que se horadaba en mí, entre mi pecho y abdomen, un gran agujero negro que amenazaba con succionar toda mi materia.

Guardé el archivo y puse algo de música. La única fuente de luz era el resplandor que emergía de la pantalla con la máscara del reproductor abierta.

Masoquista yo, acabé poniendo un viejo tema de Chris Isaak, uno que León amaba y que por eso, se me había pegado a mí también.

Así de repente, extrañé horrores a mi amigo; me pregunté qué pensaría de mí si le contase lo que sentía y lo que había hecho por mañana.

Me hizo tanta falta encontrarme en mi departamento, entre mis cosas; eché de menos mi trabajo y mi rutina, la cual incluía escribir mi libro, el cual tenía prácticamente olvidado.

Subí mis pies enfundados en gruesas medias, a la mesa y me dediqué a ver llover a medida que me derretía hacia abajo, más y más, por el respaldo de la silla.

Supongo que debieron pasar algo así como quince minutos, puesto que la canción empezaba por cuarta vez, cuando llamaron a mi puerta.

Estaba tan ida que di un salto y por poco se me escapara el corazón de la boca.

Bajé los pies de la mesa. - Un momento- entoné alzando la voz.

Me levanté de la silla y mientras caminaba hacia la puerta, me hice un nudo con el cabello, para recogermelo. Siquiera me había peinado hoy, es más, iba con las mismas ropas con las que amanecí.

- ¿Quién es?

- Félix-. Respondió su inconfundible voz, no necesitaba añadir nada para demostrar su identidad.

Mentiría si dijese que no me temblaron las manos al abrir la puerta. No quería

que volviese a pedirme que me fuera, o que se fuese. Y tenía pánico de que lo sucedido en la mañana no hubiese dado los resultados esperados. En parte los dio, obviamente su cuerpo reaccionaba ante mis caricias; el problema residía en que él aceptase este nuevo modo de sentir y experimentar; claro está: nunca puedes obligar a alguien a cambiar, si no quiere, y por quién cambiaría Félix Meden su estilo de vida: ¿por mí?

Abrí la puerta dejándola apenas entornada y me apoyé en el marco sin soltarla, todavía no terminaba de determinar si quería permitirle pasar a romperme el corazón.

Buscando sustento para mi súbitamente debilitado cuerpo, me recosté sobre el marco de la puerta.

Iba de traje. Llevaba camisa y corbata, el nudo de esta última, caía flojo por debajo del tercer botón desabotonado de su camisa.

Su cabello estaba algo revuelto y por primera vez, lo vi con cara de cansado.

- Hola- su voz sonó ronca.

- Hola.

- ¿Dormías?

Negué con la cabeza. - Escribía, es decir...ya terminé. Estaba...

- Escuchando música- completó al captar la melodía.

Asentí con la cabeza.

- ¿Puedo pasar?

En respuesta empujé la puerta para apartarla y me moví para cederle paso.

Entró y se quedó plantando en mitad del cuarto en penumbras.

Cerré la puerta y entonces se volvió hacia mí tendiéndome una mano.

- Ven aquí.

- Félix...- las palabras que pretendían salir, todas agolpadas, empujándose las unas a las otras, se quedaron trancadas en mi garganta.

- Hablas demasiado- me acusó con una media sonrisa en los labios y una mirada un tanto opaca en los ojos-. Y me haces hablar demasiado, que es peor.

- Necesitamos aclarar lo de esta mañana, creo que no podemos... no supe nada de ti en todo el día y no sé si... No es un reclamo es que...

Caminó hasta mí y me tomó de la mano.

- Ya cierra la boca- empujándome por la cintura, me pegó contra su cuerpo mientras colocaba mi mano alrededor de su cuello-. Tuve un día demasiado largo y estoy agotado.

Tras dejar mi mano en su cuello, la suya bajó por mi brazo, y luego por mi espalda. Así, con uno en mi cintura, el otro alrededor de mis costillas, sus

brazos me abrazaron con fuerza mientras su cuerpo se movía invitándome a bailar en un ritmo suave y lento.

Apoyó su frente sobre mi sien izquierda e inspiró profundo.

- Te extrañe- susurró provocando una falla de funcionamiento en las articulaciones de mis rodillas-. Fue un día demasiado largo.

- A mí me supo igual.

- ¿Estás enojada conmigo?

Negué con la cabeza. - ¿Y tú?

- No, pero todo esto es demasiado confuso. No sé qué pensar. No quiero pensar- añadió luego de estamparme un delicado beso sobre la ceja.

Solamente sé que quería volver aquí contigo, lo necesitaba.

Ante semejantes palabras, mis pensamientos se convirtieron en hilachas.

Con el brazo con el que le rodeaba la espalda, lo apreté contra mí.

Por largo rato, nos quedamos siguiendo el ritmo de la música, la cual se repetía una y otra vez, sin decirnos nada, los gestos decían más que mis palabras, sus manos decían más, su pecho subiendo y bajando lentamente, sus brazos relajados y pesados sobre mí, mi mano entre su cabello, la otra intentando palpar, a través del tejido del saco, la topografía de su espalda.

- Cancelé Berlín- anunció de pronto-. Solucione lo que podía, desde aquí y el resto quedará para más tarde.

Alcé la cabeza y lo miré.

- ¿Decepcionada?

Bueno, en parte sí, no porque me desesperase conocer Berlín, sino porque no quería que este viaje terminase nunca.

- ¿Qué te asusta?- dijo adivinando mis pensamientos.

- ¿Es el adiós?

Me sonrió. - Planeaba ir a casa.

- No que no sentías apego por ninguna de tus propiedades en particular.

- También te dije que me siento muy a gusto en Nueva York.

- Sí, pero supuestamente no llamabas a ninguna de tus propiedades “hogar”.

Puso los ojos en blanco. - ¿Vienes conmigo o no?- esperó un momento-. Te quiero allí conmigo.

A modo de respuesta, me estiré y comencé a besarlo.

- Tengo una cena- me informó entre jadeos, cuando alejé mi boca de la suya-.

Es algo de negocios. Me encantaría tenerte allí pero será aburrido y si te llevo no podré pensar en otra cosa que en ti y tú te aburrirás.

Le sonreí y luego le di un beso en el mentón.

- Partimos mañana por la mañana.

- Bien. No hay problema.

- ¿Puedo regresar a dormir aquí contigo?- me miró a los ojos-. A dormir.

Por dentro me puse a dar saltos de felicidad y además, me tomé la libertad de efectuar un pequeño baile de victoria. ¡Sí! Daba resultado y él quería que diese resultado.

- Probablemente llegue algo tarde.

- No hay problema. Estaré esperándote.

El tema debe haber sonado otras cuatro o cinco veces más, hasta que Félix al final, un tanto a regañadientes, se despidió de mí y yo, también a regañadientes, lo dejé partir.

Como último favor, antes de irse, me dijo que saliese un poco, que de boca de su personal de seguridad, se enteró de que yo no había abandonado mi cuarto en todo el día y que la única vez que pisé el restaurante del hotel, fue para desayunar. Me obligó a prometerle que cenaría, ya fuese aquí mismo o fuera, llevándome a Mike como compañía y escolta.

No pude más que decirle que sí a todo, si bien, en vez de pensar en la comida que pudiese ingerir, pensaba y deseaba en la llegada de la noche y en la proximidad de encontrarme en lo que ahora él llamaba su hogar: Nueva York.

Dormir, fue eso lo que hicimos.

Félix llamó a mi puerta pasada la una de la madrugada.

Lo recibí con cara de sueño, el pelo revuelto y enfundada en la remera que usaba para dormir.

Con calma, lentamente y en terreno de la oscuridad, lo desvestí.

Me dejó hacer sin intentar absolutamente nada más que darme unos delicados besos en el rostro.

Fui yo la que guió nuestros pasos en dirección a la cama pero fue él, quién decidió mandar dentro de ésta. Me pidió que me acostase de lado, dándole la espalda, eso hice.

Uno de sus brazos, rodeó mi cintura y me empujó hasta que mi trasero y espalda quedaron apretujados contra su cuerpo, su pierna izquierda cubrió las mías, y con su otra mano, tomó mi cabello el cual noté, acercaba a su rostro, para inspirar hondamente, después de eso, tiró de mi cabeza hacia atrás y besó mi cuello. Los dedos de su mano izquierda, se metieron entre los de la mía



para estrujar mi palma con una desesperación que se hizo mía.

En mi vida me había planteado si me agradaba o no, quedar reducida a una actitud así de sumisa (me tenía por completo atrapada y bajo su control) pero cavilar y sentir, son dos cosas muy distintas, y yo en ese instante, no podía más que pensar en su cuerpo contra el mío y en el placer que eso me producía. Al decirme que quería tenerme, mi cuerpo se transformó en masilla blanda entre sus dedos, y cuando me dijo que no lo haría, porque no quería arruinarlo todo, directamente me fundí encima del colchón filtrándome por la fibra del tejido.

Todavía tironeando de mi cabeza hacia atrás, condecoró mi piel de besos y luego, sin más, me deseó las buenas noches. Soltó mi cabello, acarició mi nuca con sus dedos y por último, calzó su cabeza entre mi cuello y mi hombro, para allí, caer rendido del cansancio.

Despertar a su lado, fue la gloria.

Yo me encontraba boca arriba, él, boca abajo a mi izquierda, con su brazo derecho sobre mi abdomen. Su majestuosa espalda se lucía al sol de la mañana mientras que su rostro quedaba algo oculto entre mi hombro y las almohadas.

Giré la cabeza y lo miré. Dormía plácidamente.

En ese instante supe que no tenía remedio, que lo amaba con locura.

Flexioné mi brazo derecho y comencé a acariciar su rostro mientras que con mi otra mano, tomé la suya.

Que inmenso placer tener la oportunidad de tocarlo, de observarlo en ese estado.

- Buenos días- me deseó luego de depositar un beso sobre mi hombro.

- Buen día. Lo lamento, no quería despertarte.

- No soy inmune a tu piel-. Su mano se metió por debajo de mi remera para acariciar mi cadera.

- Ni yo a la tuya.

- ¿De veras? Me vuelves loco-. Movié su cabeza hacia mi mano-. Tus caricias conforman la línea fronteriza de mi cordura... de mi placer-. Acotó empujándome por las caderas hacia su cuerpo, por encima del colchón-. Me haces experimentar cosas que nunca antes había percibido, cosas que siquiera sabía que existían. Es el éxtasis...tu piel contra la mía es el éxtasis- soltó

viéndome a los ojos-. Duele y al mismo tiempo es lo más delicioso que experimentara jamás.

Giré hacia él para que quedásemos frente a frente.

- Quizá tú no seas mi cura, sino más bien, mi perdición total.

- No es mi intención...

- ¿Por qué me haces sentir así, porqué me dejas pensar en ti de este modo?

¿Qué será de mí cuando ya no estés conmigo? Esto no lo podré reemplazar con nada. Eres peor que los latigazos, que estar amarrado y con una capucha en la cabeza. Eres lo peor de todo porque contigo, todo queda fuera de mi control. Eres mi maldita perdición, ¿lo sabes, no? Cuando te vayas quedaré completamente vacío y perdido. Insensible... Mi cuerpo no servirá para nada sin ti.

Nada más que su nombre, logró emerger de mis labios.

Alzó la cabeza y luego se incorporó sobre su brazo derecho.

- Me gustaría poder vengarme de ti y ni siquiera sé si podré, porque siquiera logré protegerme de tu sigiloso ataque. Te metiste debajo de mi piel, sin que me diese cuenta y soy consciente de que yo apenas si logro rozar la tuya-. Me miró fijo-. Podrías destruirme si quisieras.

- No quiero eso, yo te amo.

- Incluso te adueñaste de todos mis pensamientos.

- Félix, por favor-. El tono sufrido de su voz, me partía el alma.

- No quiero necesitarte así. En mi vida, necesite a alguien de este modo, tanto como te necesito a ti. No quiero esto. Todo mi ser se encuentra desequilibrado y al borde del colapso.

- Estoy igual.

- Lo dudo. Si esto saliese mal, lo resistirías. Yo no, no sirvo para esto, no sé cómo ser esta persona.

- Eso no es cierto.

- Lo único que quiero arrebatarte es lo que no quieres darme.

- Yo quiero estar contigo.

- Entonces, si así es, me lo has quitado.

- ¿Qué?- jadeé confundida.

- ¿Qué voy a hacer?

- ¿Darnos una oportunidad? Te lo aseguro, tengo tanto miedo como tú.

Comenzó a besarme. Y luego susurró a mi oído, que lo dudaba. Así de repente como llegó, se fue, incorporándose sobre el colchón.

- Será mejor que nos levantemos, es tarde.

Pesada, me dejé caer sobre el colchón.

- Vamos, arriba- me dijo mientras se levantaba de un saltó dándome la espalda.

Esto, a todas luces, era su venganza. Por segunda vez, Félix me dejaba al borde del deseo.

Este hombre acabaría con mi cordura mientras yo intentaba ponerle algo de paz a la suya.

Levantó sus pantalones del suelo y se volvió hacia mí.

- Anda, no quiero tener que levantarte de ahí a la fuerza.

Usando sus pantalones a modo de látigo, le dio un azote a la cama. Sonreía igual que si lo que acababa de decirme, jamás hubiese sucedido.

Se me escapó un suspiro de agotamiento. No, sin duda esto no sería sencillo. Adueniéndose de la situación, tomando el control todo, como era su costumbre, ordenó el desayuno, el cual no tomó conmigo; excusó su retirada aduciendo a que tenía llamados que realizar antes de partir y que además, debía empacar y me conminó a hacer lo mismo, nuestra partida estaba programada para dentro de dos horas y ya íbamos muy retrasados.

Desayune y a las corridas, me duché y vestí para luego recoger todas mis cosas.

Antes de dejar la habitación, me tomé un momento. Sentada en la cama intenté encontrar algo de sensatez en lo que hacía, y no la hallé, todo lo contrario.

Acabé inclinándome sobre la cama, para hundir la cabeza entre las sabanas y las almohadas con el único objeto de intentar captar algo de su aroma. Lo logré y eso supuso que todo mi cuerpo se estremeciese de placer. Podía ser que yo fuese tóxica para él, pero él, también lo era para mí. Adictivo, deslumbrante... ¡pirotecnia!

- *Welcome on board, Sr. Miss Lafond.*

Félix apenas si le prestó atención a la asistente de abordo, su celular sonaba y además, estaba de un pésimo humor; no paraba de llover e íbamos demorados. La mañana se había complicado y no únicamente a razón que de que nos quedásemos dormidos, unos asuntos de última hora que se vio obligado a atender demoró nuestra salida del hotel y una manifestación nos había atascado por un buen rato, en el tránsito de la ciudad.

Esta vez no fuimos recibidos por Dorling, el comandante de la nave, no había tiempo que perder, la nave debía despegar en diez minutos.

- *Thank you, Pippa.*

- *I would have a nice coupe of coffe for you as soon as we get on air.*

- *That would be great. Thank you.*

- *I hope you have nice weather in New York.*

- *I hope so. Thank, you.*

Pippa apuntó en dirección a una de las butacas vacías, Félix ya se encontraba acomodado en la del otro lado de la aeronave.

- *I know, I know...*- canturreó Félix obviamente fastidiado-. *It was just a week.* Quién se encontraba al otro lado de la línea, no lo dejó seguir.

Me pareció escuchar una voz femenina.

- *You have to be kidding me. Come on, you know me. This is really necessary? I was working, babe.*

Ese último “*babe*” se me quedó atragantado. Félix se excusaba ante una mujer, por su ausencia de una semana. Sonaba a escena de celos y en este momento, yo también estaba celosa y abrumadoramente avergonzada.

- *Well...I'm on the plane, now, so it would be just a few hours-*. Félix se quedó en silencio por un momento, escuchando lo que le decían, mientras tanto, giró su cabeza hacia mí, sus ojos se fijaron en los míos por un momento-. *Off course I do-*. Volvió la vista al frente.

Entender que hablaba con su prometida provocó que se me revolviesen las tripas.

Intenté entretenerme con el frenético movimiento aquí dentro. Mike y los demás se acomodaban en la parte delantera. Afuera, los vehículos del aeropuerto y los que nos trajeran hasta aquí, se retiraban.

No pude mantenerme alejada de su conversación demasiado tiempo, necesitaba saber qué sucedía entre ellos.

- *You are such a big pain in the ass sometimes-*. Soltó un suspiro de

agotamiento poniendo los ojos en blanco-. *A present?*- silencio-. *That's not a present, that's a bribery.*

Ok, cómo mínimo diré que me impresionó que le dijese a su novia que podía ser un gran dolor de trasero a veces, y peor, ella evidentemente le había pedido un regalo y él le contestó que eso no era un regalo, sino un soborno. ¿Ese era el tipo de relación a la que él estaba acostumbrado? ¿Quién podía necesitar ser partícipe de una relación semejante?

- *Fine!*- soltó alzando la voz-. *You win. Happy? Of course you are. You are such a spoiled girl. This is unbelievable.*

Y cómo si hiciese falta algo, la llamó malcriada.

- *Yes, yes...I promise to call you as soon I get home-* canturreó poniendo los ojos en blanco otra vez, apoyó el codo sobre el apoyabrazos y descargó el peso de su cuerpo en éste-. *Ok, honey, I have to go now, we're ready to takeoff-* silencio-. *Yes, yes, me too. Ok, bye-* parpadeó rápido un par de veces-. *Bye...bye. Bye!*- exclamó y luego cortó. Un suspiro largo y profundo se le escapó de entre los labios-. Increíble- murmuró entre dientes-. No veo la hora de estar en Nueva York.

Me pregunté si la extrañaría. No se lo notaba muy feliz por su llamado.

Se volvió hacia mí. - ¿Todo bien?

- Sí, claro-. Mentí.

- ¿Ansiosa por volar?

- No, creo que voy acostumbrándome a esto.

Me sonrió.

- Félix, no crees que...

Se levantó de su asiento y caminó hasta mí, para pararse junto a mi butaca.

Alcé la cabeza para mirarlo y él se inclinó sobre mí, para tomar mi cuello y comenzar a besarme.

- ¿Si no creo qué?

Apenas si recordaba que pretendía proponerle alejarnos él uno del otro hasta que descubriésemos que queríamos en realidad. Bien, yo sabía exactamente bien qué quería, lo quería a él en mi vida, pero por lo que me dijo esta mañana, él no tenía las cosas tan claras, y después de escucharlo hablar con su novia, todo se volvió todavía más confuso.

- No lo sé- le contesté.

- Extrañaba esto- me susurró en los labios.

- También yo.

Soltó mi cuello sin apartarse. Con sus manos en mí o no, su potestad sobre mi

persona quedaba igualmente patente.

- Te gustará Nueva York, ya lo verás.

Cualquier ciudad a su lado, sería perfecta.

- Tengo planeado que nos divirtamos allí.

- ¿A sí?- balbucí atontada por su aroma y por el poder de sus besos. De cualquier modo no pude pasar por alto en qué parte de esta ecuación - la de sus planes de divertirnos- calzaba su prometida.

- Sí. Continuó decidido a seguir tu concejo y disfrutar de la vida, disfrutarla de verdad-. Me sonrió lleno de alegría y acto seguido, volvió a besarme. Parecía no importarle en absoluto que al otro lado de la puerta, estaban todos sus guardaespaldas y el personal del avión. ¿Acaso no tenía miedo de que nos vieran o simplemente ya no le importaba? Creo que a mí sí me importaba y de hecho, me incomodaba y mucho. No quería que los demás pensarán mal de mí, porque yo ya pensaba muy mal de mí y eso me generaba suficiente angustia para impedirme disfrutar de sus besos, de su entusiasmo y de la proximidad de su cuerpo, de los planes que él tenía para ambos al llegar a Nueva York. Luego de besarme tan duramente, que me quitó el aliento, se apartó de mí definitivamente, apretando los labios.

- Definitivamente no existe modo de defenderme de ti- entonó antes de tomar asiento, entonces, llegó Pippa para avisarnos que todo estaba listo para partir. Volamos por más de siete horas para llegar a Nueva York, pasado el mediodía. El sol brillaba intensamente y la ciudad me fascinó en cuanto la vi.

Ciertamente que en compañía de Félix todo se lucía más.

Creí que me había inmunizado ante las sorpresas que pudiesen darme otras ciudades del mundo... nada de eso, me quedé sin aliento, cuando luego de dar un corto paseo en automóvil, junto al río Hudson, a las órdenes de Félix, Mike se internó por una -en apariencia- inocente callecita para al final detenernos a los pies de un edificio de seis pisos, blanco y de amplios ventanales, que según me informó mi anfitrión, había sido construido en mil ochocientos sesenta y dos, y renovado por él, muy recientemente. El edificio completo, con sus seis pisos por encima de la tierra y dos por debajo (en uno de ellos se ubicaba media cancha de básquet en el otro, entre otras cosas, un completísimo gimnasio) le pertenecían, si bien ocupaba únicamente los tres últimos pisos, los cuales correspondían al *penthouse* con su enorme terraza espectaculares vistas.

Sin duda que la fachada por sí sola, era una verdadera joya.

Ingresamos al edificio mientras Mike y los demás se encargaban de bajar

nuestro equipaje.

El ascensor nos esperaba en la planta baja.

Las puertas del ascensor se cerraron, aislándonos del resto del mundo. -

Entonces...¿este es tu hogar?

- *Home sweet home*- entonó con una sonrisa en los labios-. ¿Qué te parece hasta ahora?

- Muy bello.

- Eso que todavía no has visto nada.

- ¿Intentas impresionarme?

- Intento crear conversación, es todo; estar aquí encerrado contigo no resulta sencillo de sobrellevar, fue un vuelo demasiado largo y ansiaba estar contigo a solas-. Se me aproximó moviéndose lentamente-. Las distancias contigo son una tortura- dio otro paso más hacia mí-. Mi cuerpo comienza a languidecer en cuanto te alejas de mí un paso. Es un alivio saber que aquí, estaremos en paz-. Me dedicó una gran sonrisa de galán, de esas, con las que a veces salía retratado en los diarios y revistas.

- Esta conversación no es la mejor para disuadirte de pensar en las cosas que piensas-. ¡Qué ganas de prenderme de su cuello tenía!

- Que me hables en ese tono y mirándome así, tampoco ayuda.

Era cierto, cuando estaba a solas con él, se me escapaba el alma y el deseo por los poros y sobre todo, por la voz, no podía evitarlo; ¿cómo camuflar el hecho de que sobre mí, su presencia causaba en efecto devastador?

- No necesitas impresionarme con una gran casa- le dije dando un paso al frente para prenderme de su camisa mientras las puntas de mis zapatillas chocaban con las de sus elegantes zapatos de diseñador. Su perfume entró por mi nariz para esparcirse en mis pulmones desatando una agradable reacción que primero me hizo estremecer, pero que luego, relajó mis músculos, en especial mi nuca, allí sentí un agradable cosquilleo que se reflejaba en mi abdomen, en mi garganta y en mi boca.

- Lo sé- rió-. Tampoco sirvió el avión. Y menos la computadora que te di.

- Nada de eso funciona conmigo- le susurré a los labios.

- ¿Y con qué podré impresionarte entonces?-. Sus ojos se fijaron en los míos. Juro que hasta me dio la impresión de que se oscurecían, pasando de azul, a negros.

- ¿Cómo si no lo supieses?- reí aproximándome a sus labios los cuales acto seguido, se movieron hacia los míos, apenas rosándolos una y otra vez, en delicados contactos que por lo visto, tenían toda la intención de empujarme a

la demencia.

- Puedo hacer mucho más que esto- me dijo en un jadeo apartándose de mí apenas un par de centímetros-. Me muero de ganas de hacer más que esto. Quiero que algo más que tu boca, sea mía. Deseo absolutamente todo tu cuerpo- me miró fijo-, también me gustaría mostrarte las esposas que te dije, tenía para ti; si no quieres usarlas...- se tomó un momento-, haré lo que decidas, contigo experimento cosas que...

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron sobresaltándonos a ambos.

- Parece que llegamos- le susurré. Necesitaba pisar el freno un momento o la situación se me escaparía de las manos, ¡si memoria de ganas de averiguar qué planeaba con esas esposas! ¿Qué caso tenía engañarme? Después de sus últimas palabras mi plan comenzaba a no tener demasiada razón de ser, adivinaba cuales habrían sido las últimas palabras que la apertura de las puertas del ascensor, le impidió emitir y eso era todo lo que necesitaba saber: Félix no estaba perdido en el dolor y en la insensibilidad, y mucho menos, podría ser considerado un monstruo; había estado perdido y confundido por un tiempo, pero ahora, el reencuentro con sus sentimientos era inminente, lo sabía, y por qué no admitirlo, me alegró saberme el detonador de aquello.

- ¿Puedo arrástrate a mi cuarto?

Fue una delicia escucharlo pedirme permiso para llevarme a su cuarto a darme todo el placer que yo sabía, recibiría de él. Mi piel se erizó.

- Félix...- murmuré en un intento de detener su carrera mental, y también la mía; él no era el único que ardía de ganas de arrancarle la ropa al otro.

Puso los ojos en blanco.

- Bien... entiendo.

- Es demasiado confuso.

Nos miramos a los ojos por un instante.

- Lo es-. Entonó al final para tomarme de la mano-. Salgamos de aquí. Tengo mucho que mostrarte.

Agradecí que él fuese capaz de dar una vuelta de página a nuestro estado, yo no hubiese podido tirar de las riendas para frenar el asunto.

Mi cabeza se quedó dando tumbos por un momento, al final, me hice a la idea de que esperar a poner las cosas en blanco, sería lo más prudente.

La luz reinante en el lugar me ayudó a desconectarme de las sedosas sombras que acercarme a ese limbo de placer que él despertaba en mí, generaba en mi cabeza.

Emergimos a un amplio y muy moderno foyer cuyo corazón central era una



escalera de vidrio y acero que parecía suspendida en el aire. El lugar era increíblemente moderno. Por encima de nuestras cabezas y dos pisos más arriba, se abría paso al cielo, una gran cúpula que dejaba pasar toda la luz del sol del mediodía.

- Allí- dijo señalando hacia la izquierda, se encuentra la habitación principal y el baño principal, con sauna, si te apetece- me sonrió pícaro-. Hacia el otro lado hay otras tres habitaciones pero guardo la esperanza de que decidas acomodarte conmigo-. Tironeando de mi mano, la cual aún tenía aferrada, me llevó hasta la habitación principal la cual era un inmenso paraíso blanco con su enorme cama con respaldar de capitoné, sus docenas de almohadones, sus sillones. El baño tenía el mismo pulcro y sobrio aspecto.

Para evitar problemas, nos demorábamos demasiado en salir del cuarto, le pedí que me mostrase el resto de la propiedad.

Pasamos rápidamente por las otras tres habitaciones las cuales daban a la calle, mientras que la principal, al centro y amplio interior de la manzana. Subimos al quinto piso y allí todo era espacio y luz.

Aquí arriba, los pisos eran de la misma madera rojiza y oscura que abajo, y las paredes también lucían sus entrañas de ladrillo, iluminadas por lucecitas que pendían sobre nuestras cabezas desde railes de metal plateado que circundaban toda la propiedad igual que el moderno sistema de aire acondicionado y otras cañerías que pasaban sobre nuestras cabezas otorgándole a la decoración, un aspecto todavía más moderno.

Hacia un lado, divisé la biblioteca de madera negra que iba del piso al techo, hacia el otro lado, un increíble living. Aquí había también una salida del ascensor, un closet para huéspedes y hacia el lado frontal del edificio, un amplio comedor con un techo de doble altura y una cocina que me desarmó por completo: gigantesca, con dos enormes heladeras y gabinetes de acero. En este piso, había terrazas tanto hacia la parte frontal del edificio cuanto hacia el fondo, ambas, preparadas para disfrutar de increíbles momentos con plantas que podían ayudarte a olvidar que te encontrabas en el corazón de Manhattan, con sus adorables sillones y mesas, y sus calefactores de pie, para que también se te olvidase la presencia del otoño.

Subimos al entresuelo por el anteúltimo tramo de escalera, era puro espacio y paredes de cristal; en una esquina, un majestuoso piano negro remarcaba que allí, había un espacio para la música ya que además de este, sobre sus pies de metal, descansaban varias guitarras eléctricas, un amplificador y sobre una mesita, dos estuches que obviamente, contenían violines. Junto a las escaleras,

una mesita con dos sillones de aspecto muy confortable a pesar de que eran de diseño increíblemente moderno; al otro lado, un living y un espacio de entretenimiento con un televisor gigantesco, una mesa de pool y otro living.

- Y por último...- entonó cuando estábamos a punto de salir a la terraza.

Empujó la puerta y yo por poco me caigo de rodillas frente a aquella soleada y magnificente postal de los rascacielos de la ciudad alrededor nuestro.

Félix tuvo que empujarme para que saliera.

La terraza tenía una pequeña parte techada, el resto, no era más que aire y luz, bordeado por una cintura de canteros de madera en los que crecían paredes de vegetación. En el centro de la terraza se encontraba la cúpula de cristal que alimentaba de luz el departamento, en dos esquinas opuestas, dos livings con sillones blancos, sus parasoles y enormes mesas de vidrio. El lugar era simplemente espectacular, con todas sus velas blancas dentro de cúpulas de cristal, sus plantas de penachos meciéndose con la briza.

- ¿Y bien?

- Es increíble.

- Eso que todavía no lo viste todo. Te faltan los subsuelos.

- Es enorme. ¿No te sientes solo aquí? Digo, tienes demasiado espacio y...- yo me sentía perdida, sobre todo, porque él había soltado mi mano. Si hasta sentía vértigo por la altura y eso que eran unos pocos pisos y que la altura jamás me había afectado. Había resistido tirarme en paracaídas con él, pero esto me impresionaba todavía más, es que no me lo imaginaba viviendo aquí solo, despertando cada mañana, en el silencio de una propiedad demasiado espaciosa y quizá algo fría, desayunando en esa gran cocina, con un infierno de gente recorriendo las calles de la ciudad allí afuera.

Me estremecí al percibir lo que imaginaba, era la soledad que podía estar acuciándolo. ¿Sería el consciente de esa soledad? ¿Del lujoso y en parte vacuo escenario en el que se movía? ¿Lo necesitaba o simplemente era una fachada para suplantar lo quizá hasta ahora, no había sabido o podido tener? ¿Podría tenerlo? ¿Podría ayudarlo yo a tenerlo, sobre todo, si él persistía en la idea de mantenerlo a espaldas del mundo en el que se movía, creando otro mundo, un ficticio, para nosotros? No ciertamente no quería que ese mundo fuese ficticio.

- Te pusiste pálida.

- Creo que necesito un vaso de agua.

Bajamos.

Félix fue hasta la cocina, yo me quedé junto a las escaleras, intentando

recomponerme y al mismo tiempo, desempolvarme de los pensamientos, que si no quería enloquecer, debía discutir con él lo antes posible.

Intentaba desenredar los nudos en mi cerebro, cuando sentí que la puerta del ascensor a mis espaldas se abría.

- *Where the hell are you?*

Me giré justo a tiempo para ver entrar al foyer a una jovencita de largos y ondulados cabellos castaños, delgada y alta como una espiga, la cual vestía uniforme de colegio sobrio y triste, pero cargaba en su mano derecha un moderno celular y en la otra, una cartera de Louis Vuitton.

La muchacha se detuvo al verme. Sus vibrantes ojos castaños me recorrieron de pies a cabeza examinándome sin remordimiento alguno. Por lo desconcertada de la mueca que me dedicó, entendí que ella, al igual que yo, no comprendía la presencia de la otra, allí.

Con algo de estupor, deduje que no podía tener más de dieciséis o diecisiete años.

Así de repente, mi cerebro derrapó por las curvas de mi cráneo puesto que una oleada de desagradables conclusiones impregnó mis neuronas de algo muy parecido al asco.

¿Una menor? ¡Era apenas una niña!

- *Félix?*- entonó ella pronunciando el nombre de mi amor, en inglés.

- *Rose?*

Félix apareció a mi izquierda, con el vaso de agua en una mano.

- *You can't wait, can't you?*

¿Esperar? ¿A qué tenía que esperar esta niña? ¿A que yo no estuviese aquí en el medio? Si es que de pronto, sentí que sobraba.

- *Motherfucker, you can't talk to me like that!*- chilló ella y sus grandes ojos se abrieron de par en par, soltando ráfagas de energía que yo no me creía capaz de generar.

- *And you can't help it? Your mother would be horrified to hear you talk like that.*

- *Who cares!*- exclamó ella saltando sobre él con una fuerza tal que casi lo derrumba. Huelga decir, que medio vaso de agua quedó derramado por el suelo.

La chica lo abrazó sin vergüenza alguna y yo no pude evitarme ponerme celosa y al mismo tiempo sentir que se me revolvían las tripas. ¿Cuántas otra mujeres además de su prometida y de mí (si se me permitía incluirme), tenía Félix Meden? ¿Diez, cincuenta, cien?

- *I've missed you so much. You cannot just go and do not call for weeks. A couple of e mails are not enough.*

Saber que llevaba semanas sin llamarla me hizo preguntarme hacía cuanto tiempo la conocía y también me empujó a pensar en qué momentos, él había escrito esos mails que ella mencionó. Es que no tenía problemas de hacerlo mientras estaba conmigo.

- *If I did not know you so well, I'd say that you avoid me-* acotó con una gran sonrisa.

¿Conocerlo tan bien? Esto sin dudas iba de mal en peor.

- *Rose-* comenzó a decir él, quitando los brazos de alrededor de su cuello-, por si no te has dado cuenta, no estamos solos- continuó diciendo en castellano, lo cual me sorprendió todavía más.

La chica se volvió en mi dirección.

- *Rose* ella es Gabriela. Gabriela, esta es *Rose*, mi hermana.

Cuando escuche la palabra hermana, me sentí increíblemente aliviada y sorprendida, en ningún momento había mencionado tener hermanos, es más, poco y nada, hablaba de sus padres.

Tuve ganas de saltar de alegría y de alivio.

- *Rose* es hija de mi padre y su esposa *Rebecca*. *Rose*, Gabriela es quien escribe mi biografía.

- Ah, sí, papá mencionó algo de eso. Dijo que era una ridiculez- entonó la muchacha en un castellano que sonó muy neoyorkino-. Mamá dice que quizá te sirva para replantearte tu existencia, para que te pongas en contacto con tu parte más zen-. Le guiñó un ojo a su hermano sonriéndole.

- Sí, sé lo que opina tu madre de mí.

- Es un placer- *Rose* me tendió una mano-. ¿De modo que eres escritora? No lo pareces, me las imaginaba a todas de anteojos, quizá algo raras y con...

James tampoco había creído que yo lo fuese y me pregunté si eso tenía algo que ver en la elección de Félix.

- *Rose*, ya está bien. ¿Qué haces aquí? Dije que te llamaría. ¿Acaso no deberías estar en la escuela?

Suspiré aliviada por segunda vez al comprender que con ella, es con quién había hablado por teléfono antes de que el avión despegase.

- No me escapé si eso es lo que insinúas. Simplemente salí y vine directo hacia aquí. Me encontré con Spencer abajo y él me dejó pasar.

- ¿Te traje tu chofer?

- Pues claro, cómo escaparme de él, gracias a ti y a papá, ese hombre es mi

sombra.

Félix desestimó el valor de darle una respuesta a ese último comentario de su hermana. - ¿Sabe tu padre que estás aquí?

*Rose* resopló. - Claro que sí, le mandé un mensaje mientras venía camino aquí, y cuando subía en el ascensor me contestó. A propósito- lo apuntó con un dedo-, te espera a cenar en casa esta noche. Y me aclaró que no aceptará excusa alguna de tu parte, para no asistir. Dijo que luego te llamaría para concertar los detalles. Y...hablando de comer. Muero de hambre. ¿Me invitas a almorzar?

- Acabamos de llegar, es más, siquiera nos instalamos, además...el agua que me hiciste derramar era para Gabriela, ni eso nos has dejado hacer. Apenas si entramos.

- Sí, ya vi el equipaje abajo. Disculpa, Gabriela- dijo esto último volviéndose hacia mí-. ¿No tienes hambre? No me digas que eres como mi futura cuñada, la cual por lo visto, no necesita ingerir absolutamente nada para subsistir.

Félix entonó el nombre de su hermana a modo de advertencia.

- ¿Podemos ordenar comida china?- continuó diciendo ella, obviando por completo sus palabras-. Donde siempre. ¿Sí?

- ¿Qué me dices?- me preguntó Félix-. ¿Te apetece comida china?

En este momento, lo único que me apetecía era aclararlo todo de una buena vez, ¿¿por qué jamás me dijo que tenía una hermana?!

No era el momento y no me apetecía ser una aguafiestas, además, qué magnífica oportunidad para conocerla; esto sin duda, en gran parte, era una suerte para mí. Nunca antes había visto comportarse a Félix con tanta soltura como lo hacía frente a su hermana, y también, con ese cariño que se le escapaba aunque quizá no se diese cuenta o no pretendiese demostrarlo, siquiera frente a James, su mejor amigo, lo había visto conducirse como un verdadero ser humano, uno permeable a su entorno, como uno que se siente confortable dentro de su entorno.

- Sí, claro.

*Rose* festejó mi decisión y luego se largó en dirección a la cocina en busca de algo con qué secar el suelo.

- Jamás la mencionaste- le dije en un susurro que sonó a acusación.

- Lo sé, es que no me gusta inmiscuirlo en mis asuntos. No soy una bendición para nadie.

- Tampoco una maldición, simplemente eres su hermano. Si me contaste que tu padre había vuelto a contraer matrimonio también podrías haberla

mencionado- apunté con la cabeza en dirección a la cocina.

- Lo sé es que...- bajó la vista al suelo por un segundo y luego volvió a mirarme a la cara-, es que con ella siempre soy un tanto sobreprotector. No me gusta que se metan con *Rose* mucho menos me apetece contaminar su existencia con la mía.

- ¿No pensabas presentármela, es eso?- me sentí herida y ridícula, obviamente que él no pensaba hacerlo; yo siquiera tenía un lugar legítimo en su vida, él simplemente no me debía nada, porque obviamente, fuera lo que fuese que existía entre nosotros dos, si es que existía algo, no era nada serio o de valor, no al menos para él, y eso quedaba ahora, muy claro.

- Hace mucho que planteé hablarle a ella de ti y a ti de ella, es que simplemente...todo lo que pasó y pasa entre nosotros dos me tiene algo confundido. Me alegra que *Rose* viniera, bueno- me sonrió- en realidad tenía otros planes para nosotros, que no la involucraban a ella ni a la comida china, de cualquier modo, creo que esto puede ser agradable. Sé que mi hermana te adorará en cuanto tenga cinco minutos contigo- se me acercó-. Es imposible resistirse a ti-. Me dio un rápido beso sobre los labios. Sonrió al apartarse de mí-. Olvidaba decirte, tengo una hermana, adolescente, que está loca por los bolsos de diseñador, que se la pasa las veinticuatro horas del día pendiente de su celular, que toca el piano, está en el equipo de equitación de su colegio y es una magnífica artista plástica. Gracias al cielo, todavía no tiene novio, si no creo que yo ya estaría preso por asesinato, y a pesar de que a veces, insulta igual que si su boca fuese una alcantarilla, es muy buena y cariñosa y sin duda, es una de las pocas cosas buenas que tiene mi vida.

Se me escapó una sonrisa.

- ¿La quieres?

Parpadeó lentamente. - La adoro desde la primera vez que la vi, cuando no era más que una bola de pelo que olía a excremento y lloraba y gritaba como desquiciada. Pese a que no compartimos ni una gota de sangre, es mi hermana y daría todo por ella, empezando por mi vida. Es lo más valioso que tengo. Eso me hizo sonreír todavía más.

- Bueno, corrección: tenía. Antes la tenía solamente a ella- volvió a besarme-. Soy un maldito afortunado que no las merece- hizo una pausa-. Le debo un maldito bolso- acotó alejándose de mí ya que los pasos de su hermana, se nos acercaban.

- No podrías ser más dulce- le susurré y él se sonrió.

- Dame eso aquí- le dijo Félix arrebatándole el paño de las manos para

agacharse y comenzar a secar el suelo.

- Así que... ¿qué tan bien conoces a mi hermano?

Podían no compartir ni una gota de sangre, sin embargo la mirada que me lanzó *Rose* tenía mucho de las miradas asesinas y seductoras de su hermano.

Ambos eran implacables.

- Lo suficiente y aún no sale huyendo- contestó Félix por mí, desde el piso.

- ¡Genial!- festejó *Rose*-. ¿Te enseñó sus tatuajes? Quiero hacerme uno pero ni mis padres ni él me lo permiten.

Sí que los había visto; eso, y mucho más- pensé enrojeciendo ligeramente.

Pensar en el cuerpo de Félix provocaba una subida en mi temperatura corporal.

- Tienes dieciséis años, *Rose*.

- La misma que tú cuando te hiciste la golondrina- le retrucó ella.

- Sí, pero tú eres buena niña y no cometerás mis errores-. Félix se puso de pie-. Entonces... ¿qué quieres almorzar?

- *Spring rolls! Wontons! And Chow Mein with shrimps!*

- ¿Nada más?- se burló Félix.

- Lo que quieran comer ustedes, por supuesto.

Félix dejó escapar una carcajada. - Sí, claro-. Pasó el paño de una mano a la otra mirándome-. ¿Qué se te apetece?

- Cualquier cosa, me gusta todo de modo que no hay problema.

- Sí, buenísimo, una mujer que come.

- Que come y que cocina- acotó su hermano.

- ¿A sí?- *Rose* me examinó con una ceja en alto-. Además de Luisa, nuestra cocinera, eres la primera mujer que conozco que sabe cocinar. Mi madre no sabe hacer ni huevos revueltos. Seguro que tu madre sabe cocinar. ¿Aprendiste de ella?

Había perdido a mi madre demasiado tiempo atrás y todavía era muy pequeña cuando eso sucedió, no tuvimos tiempo de compartir ese tipo de cosas.

Muchas veces, recordaba eso con algo de pena, pero su ausencia ya no dolía como antes.

Félix hizo una mueca ante la pregunta bien intencionada de su hermana, ella no tenía por qué saber que mi madre había muerto.

- Bien, mi madre sí cocinaba, y por lo poco que recuerdo, bien, pero no...

- Gabriela perdió a su madre hace mucho, *Rose*.

La muchacha se llevó ambas manos a la boca, horrorizada por lo que seguro creyó una gran metida de pata.

- Tranquila, no pasa nada, fue hace mucho.  
- Perdón.  
- Intentó enseñarme.  
- Eso me cuesta creerlo, ¿mi hermano en la cocina? Papá no lo creerá cuando se lo cuente.  
- No logré hacer mucho.  
- Ya me imaginó que no- rió-. Pero bien te mereces el reconocimiento por intentarlo- me dijo volviéndose en mi dirección-. Nunca creí que viviría para escuchar que alguien hizo cocinar al gran Félix Meden.  
- Gabriela puede hacer mucho más que eso, créeme, la conozco.  
Félix se fue de lengua, bueno, en realidad no fue lo que dijo, sino cómo lo dijo y obviamente su hermana no era ninguna tonta y se percató que algo sucedía. Y así, sin más, se formó un incómodo silencio.  
Vi que Félix tragaba y luego, alzando la voz más de la cuenta, anunció que era momento de pedir el almuerzo. Así, partimos los tres, rumbo a la impresionante cocina que nadie usaría para cocinar al menos por el momento.

## 19.

- *That was delicious.*

Rose apartó su plato ligeramente hacia el centro de la mesa. Había comido con un apetito verdaderamente voraz mientras Félix y yo, apenas si tocamos nuestros platos, yo, porque estaba demasiado nerviosa con la situación, temía que se me notase que me moría por el hombre que tenía al lado y él... supongo que no tenía intenciones de que nadie descubriese lo nuestro. La fotografía de él, junto a su novia, había recorrido el universo de la noticia publicada tanto en papel, como el virtual, así fuese el serio y responsable, o el más amarillista. El *quid* de la cuestión aquí, es que más allá de Félix y sus



costumbres sexuales y asexuales, las cuales implicaban sumisión y en otras, control absoluto, él era un personaje público con una vida que corría aparte de lo que sucedía en privado entre nosotros dos, y eso no me agradaba ni un poco. Hasta ahora había intentado no pensar demasiado, hoy por hoy, y dado el estado que alcanzaban mis sentimientos y necesidades, obviar aquello, no parecía una opción ni realista, ni justa (ni para conmigo, ni para el resto de los involucrados), y a decir verdad, tampoco me agradaba que Félix siquiera hubiese planteado el tema; bien, eso podía ser mucho pedir ya que quizá era demasiado para él, trabajar con sus sensaciones y emociones, y con este nuevo universo al cual había caído por mi causa, para además, demandarle que tomase una decisión, la cual a mí también, me daba algo de pánico.

- Ok, volviendo a lo de esta noche, ¿vendrán a casa?

La pregunta de Rose me sorprendió, básicamente por su “vendrán” y por el hecho de que nos miró a Félix y a mí, por turnos, con expectación en la mirada y una amplia sonrisa en los labios.

- Claro- contestó Félix dejándome boquiabierto. Luego me quitó el aliento por completo, al volverse hacia mí, para preguntarme si me parecía bien acompañarlos; en su tono, incluía el deseo de que así fuese y no fui la única en notararlo, Rose me miró con complicidad, moviendo la cabeza de arriba abajo para incitarme a contestar que sí.

No tenía intenciones de negarme, si Félix me quería allí, allí estaría, por la razón que fuese, incluso sabiendo que era la tercera en discordia en una relación formal.

Cuando contesté que sí, Rose dio un salto de alegría sobre su asiento.

- *Great!* Al menos tu compañía justificará que mamá me haga vestir algo elegante y de aspecto de viejecita.

- Tú nunca vistes así y deberías hacerlo- masculló Félix-. Ojalá le hicieras caso a tu madre a la hora de vestirte.

- Mi madre y tú no saben nada de moda. Bueno, tú sí pero conmigo no la aplicas porque pretendes que vaya por la vista vistiendo como religiosa.

- De hecho creo que a la falda de tu uniforme se le perdieron unos cuantos centímetros de largo.

En respuesta, Rose le tiró un golpe a su hermano, el cual dio en el hombro de éste. Félix rió.

- ¿Es algo formal?

Los hermanos se volvieron en mi dirección.

- Lo de siempre- me contestó Rose.

- No te preocupes- acotó Félix.
- Si no traes ningún vestido contigo, podemos ir de compras más tarde-. El entusiasmo se le escapaba por los poros.
- Rose, dale un descanso, acabamos de llegar.
- ¿No quieres salir de compras conmigo?
- Bueno...yo...
- La llevaré más tarde- soltó Félix impidiendo a su hermana, insistir.
- Aguafiestas.
- Gabriela ha de estar cansada por el viaje y tú te pasas horas dando vueltas dentro de las tiendas. No tengo nada urgente que hacer por la tarde, la llevaré si quiere comprar algo.
- ¿No tienes que trabajar?- inquirió Rose con el ceño fruncido-. Eso no me lo creo. ¿Es que todas tus empresas quebraron y no salió en los diarios?
- No, Rose. Es que simplemente acabamos de llegar.

Un leve sonrojo trepó por mi cuello, si hasta yo, que no lo conocía muy bien, o mejor dicho, desde hacía mucho tiempo, lo notaba cambiado.

- Estás raro, *bro*. No pareces mi hermano, no al menos es que creí conocer.
- Ah, por favor, Rose, no digas tonterías.

Rose me miró con una insistencia tal que parecía querer leerme lamente, por suerte para mí, su celular comenzó a sonar.

Lo tomó de encima de la mesa, con un manotazo y leyó el mensaje que apareció en la pantalla.

A los pocos segundos nos informó que ya había conseguido con quien ir de compras y que se retiraba para permitirnos descansar.

Después de abrazar a su hermano, con el mismo cariño con el que lo estrechó al llegar, fue a por mí, para dedicarme un gesto similar, el cual me dejó algo pasmada. Al oído me susurró que esperaba verme por la noche y que si me arrepentía de salir de comprar con su hermano, que me llamase y nos encontraríamos en algún sitio, para buscar un vestido juntas. También y a los apurones, me dijo que teníamos mucho de qué hablar.

En cuanto nos quedamos solos, comenzamos a recoger la mesa en el más completo silencio, trabajando juntos a la perfección, sin que necesitésemos que mediara ni una sola palabra entre nosotros para ponernos de acuerdo. Terminábamos de meter todo en el lavaplatos, cuando él, se apoyó contra el canto de la mesada y me miró.

- No tienes que venir esta noche si no quieres, entiendo que pueda resultar incómodo.

En cuanto pronunció aquellas palabras me dio la impresión de que en cualquier momento, debido a la tensión y los nervios, me saldría una úlcera.

- Si no quieres que vaya yo...no hay problema, es tu familia y nosotros...

- Claro que quiero que me acompañes, no quiero perderte de vista ni por un segundo.

- Es que creí que...- obligándome a apartarme, cerró la tapa del lavavajillas y me tomó por la cintura-. Creí que quizá no...es que tu hermana...

- Mi hermana es un peligro- me susurró-. Es muy inteligente.

- Quizá deberíamos...- quise decir que quizá deberíamos terminar con lo nuestro o al menos, ponerle freno por un tiempo hasta que los dosuviésemos en claro qué queríamos. Bueno, en realidad yo lo tenía muy claro, lo quería a él, por completo. No llegué a pronunciar ni una palabra más, Félix comenzó a besarme.

- Oye, es serio, no te preocupa tener un problema con tu...- dije en cuanto nos separamos por un momento, pero otra vez, me interrumpió con sus besos.

Rodeándome con sus manos y brazos, acariciándome, obligándome a sentir cada centímetro de mi cuerpo, Félix me había arrastrado fuera de la cocina. Vale decir, que mis manos tampoco podían quedarse quietas.

Félix abandonó mis labios una vez más, para comenzar a besar mi cuello.

- Mi único problema sería que me dijese, en este instante, que no me permitirás que te lleve a la cama.

En un jadeo, se me escapó su nombre.

- Tomaré eso como un sí. Tú le abriste la puerta a esto- sus ojos enfrentaron los míos; había una gran sonrisa en sus labios.

- ¿A qué?-. Mi cabeza no podía pensar en nada. ¿Razonar, que era eso? Lo único que tenía en mente era en las ganas de demostrarle mi amor y mi pasión, nada más. En hacer público, al menos dentro de este departamento, lo que él despertaba en mí, en que confiaba en él tanto para permitirle hacer de mí lo que quisiese, porque sabía, pese a sus propias dudas, que lo nuestro era para bien y que algo debía valer, si junto a mí, no experimentaba la necesidad de ser lastimado para sentir algo. El dolor ya no era indispensable para su placer y de eso, me sentía orgullosa, no por haberlo curado de nada, ni nada parecido, sino por el simple hecho de haber sido el detonante del cambio, mejor dicho, porque él me hizo detonante de su cambio. Félix me había elegido para eso, para bien, o para mal, lo había hecho.

- Primeramente, a la posibilidad de hacerte el amor. ¿Puedo?

Una gran sonrisa se me escapó.

También sonrió.

- Es un sí, imagino-. Besó delicadamente mis labios mientras continuaba guiándome de espaldas, por el atrio-. Me muero por intentar eso contigo. Lo miré.

- Lo será. Los dos, en mi cama, de igual a igual. ¿Qué tal suena eso? Para mí, sonaba genial, ¡magnífico!

- Tendrás que tenerme algo de paciencia, soy nuevo en esto.

Sin soltarme, me llevó en dirección a las escaleras, bajando él por delante. Comencé a desabotonar su camisa y luego, a acariciar su pecho. A antes de darme cuenta, yo había perdido mi suéter.

- Tenías razón, esto, de por sí, ya es una delicia- me dijo en cuanto llegamos abajo y yo lo despojé de su condenada camisa, cuyos botones por poco y me vuelven loca de la desesperación, para luego comenzar a besar sus hombros.

- Eres un peligro, ¿sabes por qué?

Negué con la cabeza luego de que él me quitase la remera.

- Porque siquiera tú, eres consciente de lo que podrías hacerme.

- ¿Qué sería lo peor que podría hacerte?

- Dejarme aquí, parado, deseándote.

- Eso no sucederá.

Nos detuvimos ante la puerta de su cuarto.

- ¿Lo que más te dolería en realidad sería que te dijese que no? No pienso jugar de ese modo con tu deseo, pero... ¿eso es todo?

Negó con la cabeza.

- Dime- insistí.

Me miró fijo, sin despegar los labios.

- ¿Félix?

Sentí que algo se me atragantaba.

- Habla.

Casi con desesperación, me tomó por el cuello.

- Creo que te amo.

Sus palabras me aturdieron. Las rodillas se me aflojaron y mi corazón, luego de detenerse un momento, comenzó a latir enloquecido.

- Ya hiciste lo peor que podías hacerme, me hiciste amarte. Soy completamente vulnerable a ti, como no lo soy a nadie más. Me tienes en tus manos. Estoy perdido por ti, siento que me arrastro por ti, que ya no soy nada sin ti, que siquiera sé cómo ser yo mismo, cómo ser el que solía ser. Me cambiaste por completo y ya no sé quién soy o qué debo ser. Todo es distinto

ahora. Estoy condenadamente perdido. Débil- jadeó frente a mis labios entreabiertos de placer.

- No, no eres débil. Ahora, eres más fuerte que nunca.

Sus labios sonrieron sobre los míos.

- Eso no es cierto, te guste o no, ahora tienes el poder... todo el poder sobre mí. No tengo ninguna defensa contra ti porque te necesito y no quiero perderte. Constantemente temo hacer algo que te haga enojar y apartarte de mí. Vivo aterrorizado desde que te conocí. Estoy metido hasta el cuello en una guerra que no elegí.

- Esto no es tú contra mí, Félix, si no, los dos, a la par.

- No es así como lo experimento.

Me estiré y lo abracé por el cuello, se le notaba en la cara, lo angustiado y aterrorizado que se sentía.

- Todo estará bien- le susurré.

- Prométemelo-. Sus brazos me apretujaron contra su cuerpo.

- Te lo prometo.

- Te necesito tanto- entonó luego de besarme y empujar la puerta para que entrásemos en el cuarto blanco bañado de luz.

Ni por un momento, sus labios se alejaron de mi piel, ni mis dedos, de la suya, deseaba internarlos en su carne, fundirme con él, acortar toda distancia entre nosotros, a un mínimo posible, porque cada vez que se alejaba de mí, me sentía sola, perdida y muerta de miedo, porque cada vez que la distancia entre nosotros se estiraba, me daba pánico de perderlo, de no ser nada para él. De despertar y descubrir que el gran Félix Meden, ya no quería saber nada de mí y tener que consolarme con amarlo a la distancia, viendo su rostro plasmado en las fotografías de un periódico o su imagen a colores y en movimientos en algún noticiero económico o algo así.

La cama detuvo mis pasos cuando el interior de mis rodillas chocó contra el colchón.

Sus manos, las cuales recorrían mi espalda, soltaron el broche de mi sostén.

Con delicadeza extrema, Félix lo hizo correr por mis brazos.

- Eres tan bella- me susurró yo me estremecí. No estaba acostumbrada a este tipo de tratos, sobre todo porque él me miraba sin descaro y cada palabra que salía de sus labios parecía hecha de mi propio deseo.

Sus manos recorrieron lentamente mis pechos y mi abdomen para luego bajar hasta la cintura de mis pantalones. Sus labios, regresaron a los míos, y mis manos, a su cuerpo. Desabroché sus pantalones y los empujé hacia abajo,

mientras él, metiendo sus manos dentro de mí, empujándome por el trasero, me apretó contra sus caderas.

- Te deseo tanto- jadeó en mi oreja derecha haciendo correr hacia abajo, mis jeans-. Te quiero, toda para mí. Te necesito para mí.

Con besos, bajó por mi pecho para acabar agachado frente a mí.

Lo miré, sus ojos demostraban deseo y necesidad.

Tomó mi pie derecho y comenzó a quitarme mi zapatilla, lo cual me recordó la vez que lo desvestí para meterlo en el baño caliente. ¿Recordaría él aquello?

Me sonrió picaresco.

¿Lo recordaba?

Al terminar se ocupó del otro pie y luego, con sumo cuidado y delicadeza, bajó mis pantalones para quitármelos. Tragué en seco, sus dedos sobre mi piel tenían un carácter incendiario. En mi vida me había sentido así por un hombre, tanto en lo que respecta al sexo cuanto lo era en el rubro de los sentimientos.

Acariciando el perfil de mis piernas, las manos de Félix volvieron a trepar, se detuvieron en mis caderas, debajo de mi ropa interior. Me miró fijo, tal si me pidiese permiso para desnudarme por completo, cosa, para lo cual lo autoricé con un lento parpadeo. Me deshacía por completo de placer. Y sentí más de lo que creí sentiría, cuando con manos, labios y lengua se adueñó primero de mis piernas y luego de mi sexo empujándome a jadear y ahogarme de deseo, de desearlo a él, dentro de mí.

Tomándose un momento, pero sin apartar sus ojos de mí, se quitó los zapatos, las medias, los pantalones y la ropa interior, para enseñarme el enloquecedor terreno de su piel una vez más. Ahora, disfruté aquella imagen a conciencia.

No tenía por qué sentirme avergonzada. Había dicho que me amaba y yo lo amaba a él y su cuerpo, su piel, sus músculos no eran más que una parte de lo que yo amaba, el resto se encontraba en su esencia, en las cosas que me decía, que me hacía sentir, incluso en aquellas que no terminaba de exteriorizar pero que yo sabía, se encontraban allí guardadas, ocultas, quizá por no mucho tiempo más.

Su pecho, sus abdominales, los tatuajes, su cadera, su pene, sus piernas...sus manos moviéndose hacia mí, con las cuales, me empujó suavemente hacia el colchón.

Con gusto me dejé llevar y lo recibí en un gran abrazo, cuando se tumbó sobre mí, para volver a besarme.

Los dos necesitábamos tanto esto.

- Ok, necesitamos un preservativo.

- ¿Tienes?

Asintió con la cabeza y me besó rápidamente para luego estirarse en dirección a la mesa de luz.

Sacó un par de preservativos y al hacerlo, otras tantas cosas se cayeron al suelo; las manos le temblaban.

- Tranquilo- le susurré-. ¿Estás bien?

Movió la cabeza de arriba abajo. No parecía estarlo.

- ¿Quieres que lo haga?- Mi mano tomó la suya.

- No es sencillo.

No se refería a abrir el maldito preservativo.

- Mi cabeza es una locura en este instante.

Le acaricié el rostro y le sonreí. - Estamos juntos. Todo va bien-. Lo besé.

- No quiero lastimarte.

- No lo harás.

- Tampoco quiero desear que me lastimes.

Eso último era más difícil de controlar.

- Recuerda que no necesitas el dolor.

Me sonrió con tristeza.

- Permíteme demostrarte que así es-. Le quité el preservativo de las manos.

Sus parpados cayeron pesados cuando comencé a colocárselo.

Mis nudillos subieron por sus costillas mientras que con mi pierna derecha, atrapaba la suya.

- No lo necesitas- insistí cuando se quedó viéndome medio perdido. Lo tomé por el cuello y lo atraje hacia mis labios-. Hay muchas otras sensaciones por experimentar.

Y las hubo. Félix no necesitó de ninguna otra afirmación de mi parte. Tomó el coraje que hace falta para hacerle el amor a otra persona y al principio, con un avance temeroso, me penetró. Era obvio que no tenía muy claro de hasta qué punto llegar, mejor dicho, no tenía ni idea, me figuré que para él, el placer y el amor no era cosas que podían asociarse y mucho menos, cuando el placer para él, venía acompañado de la mano del control, el dolor y en otros casos, también de la sumisión. Para él, este era terreno completamente desconocido, sus extremos eran: o rendirse por completo al otro, o tomar un obsesivo control de la situación; el término medio que era compartir, como iguales, se le escapaba.

Mi nombre se le escapó de los labios cuando lo empuje contra mí, tomándolo por la parte baja de su espalda, cuando se movió otra vez hacia mí.

- Está bien, no romperé. También te necesito, Félix.

Con un parpadeo asimiló mis palabras, y entonces, de a poco, se dejó llevar por la situación, por mí, por el ritmo, el espacio y el tiempo que encontramos para los dos.

Admito que la primera vez con alguien, no siempre sale de lo mejor; con Félix, pese a su pasado, fue más sencillo que con nadie con que yo hubiese estado antes. Sonará ridículo, de romance rosa y todo lo demás, pero así se sintió, como si él y yo estuviésemos hechos el uno para el otro por obra de alguna fuerza universal y magnífica capaz de gobernarlo todo, incluso el orgasmo en que estallé soltando su nombre a viva voz para que segundos después, él gritase el mío, todavía más fuerte, igual que un grito de victoria, para luego caer sobre mí, repitiéndolo una y otra vez, con un hilo de voz que entretejió su ser con mi ser, hasta formar una maraña demasiado intrincada para intentar desenredarla.

Con brazos y piernas lo abracé cuando todavía estaba dentro de mí, e incluso después de que me dejase.

Le dije que lo amaba y me besó.

- Eso fue algo...- se quedó viéndome-. Contigo todo es diferente.

Lo besé. - También lo es contigo.

- Creo que podría hacer esto una y otra vez- rió.

- No me molestaría hacerlo.

- Que suerte tengo.

- Lo mismo digo.

- No te dejaré ganar, en esto, el condenado afortunado soy yo. Contigo me saqué la lotería. Contigo ahora sí, soy un hombre rico.

Eso provocó el estallido de una carcajada de felicidad por mi parte.

- Tendré que pagarte dividendos.

- Eso espero- bromeé.

- Lo haré.

- Te tomo la palabra.

- Bien, porque soy un hombre de palabra.

Acarició mi rostro. - Es cierto, soy un maldito afortunado- entonó viéndome a los ojos.

Me pegué a él. - Te amo.

- Lo dicho, siquiera te merezco.

El agotamiento pudo con nosotros, nos quedamos dormidos, plácidamente abrazados, piel contra piel, bajo la blanca luz del otoño neoyorkino.





## 20.

- *Fuck!*

Su voz estalló en mis oídos mientras tenía un sueño que era una mezcla de recuerdos, aquellos que restaban del momento en que supe del fallecimiento de mi madre, del día que lo conocí, lo que acababa de experimentar y una imagen de mi cuerpo que en este instante no lograba identificar como mi propia carne. Todo era demasiado confuso.

- *Fuck, fuck fuck!* Gabriela, despierta.

Cuando se volvió hacia mí, sentado sobre la cama, yo ya tenía los ojos abiertos.

Saltó de la cama apartando las mantas.

- Nos quedamos dormidos. La cena. Mi padre- soltó con voz áspera-. Es tarde. De un respingo, me levanté. La cabeza me dio vueltas. Atiné a mirar la hora en el reloj sobre la mesa de luz y sí, ya era tarde, suficiente evidencia tenía con la oscuridad exterior.

- Tenemos que darnos prisa.

- Sí, sí- le contesté todavía medio dormida intentando envolverme en la sábana para levantarme-. La cena. Mmm...- a decir verdad estaba tan confundida que no atinaba a terminar de reaccionar, no imaginé que sería así, mi despertar junto a él después de haber hecho el amor-. Claro, claro, ya mismo...

Por un momento, Félix había atinado a enfilarse rumbo al baño, en vez de eso, se dio la media vuelta y regresó hasta la cama. Me miró muy serio, tanto, que creí que había hecho algo malo, que comenzaba a arrepentirse de haberse acostado conmigo, que me pediría que no lo acompañase, o por aún, que me largase en ese mismo instante, de su departamento. En vez de eso, subió su esculpural cuerpo, otra vez de regreso a la cama, acomodándose frente a mis piernas, mientras tomaba las mías, por mis muslos.

- ¿Qué?- le pregunté; la mueca seria no se le borraba del rostro.

- Ven aquí- dijo tirando de mi pierna izquierda para enredarla al costado de su cadera en un movimiento con el cual, él también se aproximó más a mí. Sus dedos comenzaron a acariciar la piel de mis muslos. Solamente la fina y delicada sábana nos separaba-. Al demonio con la cena, solamente tengo hambre de ti- su mano voló hasta mi nuca, sus dedos se enredaron en mi cabello; acercó mis labios a los suyos y comenzó a besarme como si en realidad, estuviese famélico. Su apetito se me contagió. Todo mi cuerpo me hizo saber que lo necesitaba.

Apartó la sábana de en medio y me subió sobre sus piernas. Sus dedos se clavaban en mi carne.

- ¿Te importaría saltarte las entradas?

Sus manos recorrían mi espalda, marcando cada una de mis costillas y vertebras, mientras sus labios encendían la piel de mi cuello. ¡A la mierda con las entradas! Sí, el estómago me crujía, pero resultaba mucho más apetitoso su cuerpo.

En respuesta a su pregunta, me acomodé sobre él, buscando antes, uno de los preservativos que habían quedado sobre la cama.

Me sonrió con picardía.

- Quizá no eres tan inocente como imaginé.

Negué con la cabeza.

Félix miró el preservativo y luego, apuntó hacia abajo con sus grandioso ojos. Así como él estaba completamente listo para mí, yo lo estaba para él.

Sus manos acompañaron las mías, ya no le temblaban como antes, se sentía más seguro, y yo también porque básicamente entendí, que no importaba demasiado cómo lo hiciésemos, lo importante aquí, era que estábamos conectados de un modo que excedía por kilómetros, la extensión de nuestros cuerpos. Mientras aquella conexión continuase uniéndonos, la forma en que nos diésemos placer era solamente los muchos caminos que podíamos seguir para llegar a un mismo destino. Si en algún momento le tuve miedo (por qué sí, le tuve miedo; él era un hombre grande, fuerte, al que le gustaba jugar algo rudo quizá, y lo más rudo imaginaba, era su mente y los secretos que ésta guardaba), ahora el miedo comenzaba a disiparse. Confianza. La confianza haría que esto resultase mucho mejor.

Solé un par de ataduras más y él se liberó de un par de amarras también.

No fue rudo conmigo, pero sí más intenso. No temió demostrarme que mi cuerpo llamaba al suyo y yo tampoco puse reparos en hacerle entender que por lo visto, todo lo que hacía con mi cuerpo, parecía hecho según mis

necesidades, las cuales yo siquiera sabía que tenía. Me permití gozar con absoluta libertad, cada empuje, cada movimiento, cada rose, sobre todo, cada mirada, porque lo hicimos mirándonos a los ojos el uno al otro, frente a frente, yo sobre él, él con sus manos en mis caderas, solamente acompañando el ritmo del movimiento que me dejó guiar.

Mi interior se contrajo una y otra vez a su alrededor. Este hombre me hacía sentir que podía perder la cabeza, que de hecho, me encontraba de pie al borde del abismo de la locura.

Caí por aquel abismo cuando el orgasmo llegó, todavía con más intensidad que la primera vez. Creo que se me escapó un grito como nunca antes me permití, teniendo sexo con nadie.

Félix entonó mi nombre una vez más, igual que si eso lo resumiese todo para mí.

Me prendí a su cuello, jadeando de placer; él, tomando mis hombros por detrás, mordió el derecho, fue un mordisco duro y agradable, muy agradable, sobre la mordida, la cual imaginé, había dejado marcados sus dientes sobre mi carne, depositó uno, dos y tres besos.

Movió su rostro hacia mí.

- Eres una delicia- me susurró-. Adictiva. Dime ¿realmente tenemos que ir a cenar a casa de mi padre?

- Me gustaría conocerlo- me encontré admitiendo.

- ¿Sí?

- Y tengo algo de hambre.

- Eso podríamos solucionarlo aquí.

- Sé que sí.

- ¿En verdad no te importa ir?

- Sí, vas, voy contigo.

- Ok- me estampó un delicado beso sobre la nariz-. Metete en la ducha, yo intentaré conseguirte un vestido. ¿Está bien?

Asentí con la cabeza, es que me quedé sin palabras, su sonrisa de felicidad significaba demasiado para mí.

En menos de quince minutos, al salir de la ducha y regresar al cuarto, me encontré con una gran caja de un pálido gris, sobre la cama. La caja abierta enseñaba un delicado interior de papel de seda blanco que parecían las alas

de una delicada y majestuosa ave, o quizá su nido, y dentro de este, un prenda de vestir elegante y sobria.

Espié por la puerta abierta, ni rastro de Félix.

No me cabía duda que la prenda era para mí, de cualquier modo mis manos dudaron antes de bajar en dirección a la caja y otra vez, antes de tomar la prenda.

Así, con la toalla todavía enroscada alrededor de mi cuerpo, y otra en la cabeza, sosteniendo mi cabello húmedo, tomé con extrema delicadeza, el vestido que más que eso, parecía una pieza de arte, o quizá, mejor dicho, una de arquitectura.

El traje en cuestión era de un azul muy oscuro, sobrio y algo corto; tenía tanto trabajo en su confección cuanto una complicada obra de ingeniería. Había costuras por doquier, en plisados que no agregaban ni volumen ni peso. Su voz salió de la nada, sobresaltándome.

- ¿Te agrada?

Félix llegó ya vestido, obviamente recién duchado (tenía el cabello mojado y olía a perfume).

- Creo que tiene tu cara. Sí no te parece bien podemos conseguir otra cosa.

- No, es perfecto. En verdad es muy bonito... precioso-. Lo era, demasiado. También muy elegante. En mi vida había vestido nada semejante.

- No lo necesitas para verte hermosa, tu piel es un millón de veces más hermosa-. Se me acercó y me tomó por la cintura.

- No puedo ir a casa de tu padre desnuda- bromeé.

- No, tu piel es sólo para mí-. Se inclinó y estampó un beso sobre mi hombro izquierdo-. Todavía no lo llevas y ya me encuentro deseando quitártelo.

Con sus besos, trepó por mi cuello.

- Llegaremos tarde.

- Sí, muy tarde- convino sin parar de besar mi piel.

- Será mejor que me vista.

- Claro- se apartó de mí pero sus ojos no se desprendieron de los míos-. Iré a pedirle a Spencer que prepare el auto.

- Bien-. Eso implicaba no tenía mucho tiempo para prepararme. En cuanto dejó el cuarto comencé a vestirme a toda velocidad.

Increíblemente logré ponerme presentable en otros quince minutos, obteniendo un resultado mucho mejor de lo esperado entre el peinado y el poco maquillaje que utilicé para disimular mi cara de cansancio.

Sin pronunciar palabra, Félix posó su mano derecha sobre las mías, las cuales nerviosas, se movía de arriba debajo de mis muslos, sin poder estarse quietas. Me dio un apretón que tenía como objetivo, reconfortarme, también la mirada que sus ojos me dedicaron, con aquel azul intenso que en este momento, además de su habitual fuerza descomunal intentaba imitar algo de la calma de un plácido cielo nocturno, un cielo de verano, límpido, refulgente e infinito.

- ¿Quieres regresar?- me susurró.

Mike continuó conduciendo por las calles neoyorkinas como si nada, pretender que no existía, que no estaba allí, a menos que se requiriese su presencia, al pronunciar su nombre, era parte de su trabajo.

Negué con la cabeza.

- Puedo llamar y decir que estamos cansados. No será la primera vez- me sonrió- está acostumbrado a que yo no llegue a cenar.

Mis dedos se enredaron en los suyos y así, al final, mis manos lograron quedarse quietas.

Negué con la cabeza.

- No pasa nada.

- También estoy algo...- sus labios se tensaron cuando los apretó, por un instante se quedó pensativo, como buscando una palabra que lograra definir lo que experimentaba- ansioso- anunció por fin-. Asustado- soltó un segundo después con la vista clavada al frente-. No puedo decirles que...- giró la cabeza y me miró, entendí perfectamente bien a que se refería, él todavía estaba comprometido para casarse con otra mujer.

Así, sin más, mi garganta se cerró y los brazos se me pusieron rígidos, igual mis manos, las cuales además, se helaron.

- Cómo disimular lo que pasa por mi cabeza.

- Puedes ir solo-. Esto comenzaba a oler a error otra vez y lo era, por más que yo intentase camuflar el olor a podrido con el perfume de su piel y el de su cabello-. No te preocupes por mí, siquiera tengo hambre- mentí-. Puedes presentármelos en otro momento. No quiero ponerte en un aprieto yo...- de repente comencé a sofocarme dentro del vestido y del automóvil. Tenía ganas de abrir la puerta y lanzarme a la calle, y luego correr y correr para poner toda la distancia posible entre él y yo; la necesitaba, para intentar pensar con claridad, para terminar de entender que pese a lo que pasaba entre nosotros, yo no dejaba de ser la otra y él, el hombre de otra, y quizá también, un hombre de otro mundo que jamás dejaría de ser inalcanzable, por más que creyese

amarme, por más que el universo colisionase sobre nosotros cada vez que nuestras pieles se tocaban, cada vez que su mirada se unía a la mía.

- No quiero ir solo. No quiero ir a ninguna parte si no es...- me miró y su mano, otra vez, apretó las mías-. Si te regresas al departamento, regreso contigo.

Sentí un agradable y al mismo tiempo asfixiante peso sobre el pecho.

- Félix...

- Esto eres tú, lo que haces...lo que me has hecho. Ya nada es igual- meneó la cabeza-, no soy el mismo. No tengo idea de quién soy. Solamente sé que soy algo cuando estoy contigo. Es probable que no fuese nada ni nadie antes. Todo esto es nuevo; el mundo es distinto.

Con su mano, robó mi mano izquierda y la llevó hasta su regazo, para ocultarla entre las suyas.

No tengo muy claro el por qué, únicamente sé que sucedió: los ojos se me llenaron de lágrimas en tanto observaba su perfil recortado sobre las

ventanillas tras la cual pasaban en penumbras, las calles de Nueva York. Simplemente no pude articular ni una palabra más. Todo esto era demasiado para mí y tenía tanto sabor a comienzo, cuanto a fin. Una gran explosión que empieza y acaba en un parpadeo. El estallido de una poderosa bomba de hidrogeno, repleta de energía e increíblemente mortífera y destructiva. Me sentí muy cerca de él, y al mismo tiempo, a miles de kilómetros de distancia.

Así, sin más, en ese instante tuve unas ganas locas de regresar a mi departamento, meterme en mi cama, abrazarme a la almohada y dormir, para pensar en la mañana, en llamar a mi mejor amiga y contarle lo que me sucedía. El interior del automóvil quedó en silencio hasta que unas manzanas más tarde, Félix anunció que nuestro destino quedaba a la vuelta de la esquina.

Bilis trepó por mi garganta. ¡¿Cómo haría para disimular lo que sentía por este hombre si siquiera había logrado engañar a una adolescente?! ¡Ni que hablar, fingir indiferencia frente a dos adultos!

Mi estómago dio un vuelco y las manos se me pusieron frías.

Félix me soltó.

Mike detuvo el automóvil frente a un hermoso caserón de ladrillo rojo, molduras blancas y una infinidad de ventanas iluminadas a lo alto de lo que luego de un vistazo, me parecieron tres pisos de edificación.

Era una casa hermosa, con una entrada que se alzaba a un par de escalones de una angosta vereda bordeada de árboles que acusaban la llegada del otoño.

Mike se bajó, supongo con la firme intención de abrirnos la puerta para que

bajásemos; Félix se le adelantó, descendió del automóvil y luego de una corta carrera, llegó a mi puerta y la abrió para mí. Su mano de firme agarre, me recibió allí.

En un movimiento casi imperceptible, aproximó sus labios a mi oído y me susurró, otra vez, que me veía hermosa.

El dulce momento quedó interrumpido al instante. La puerta principal de la casa se abrió de par en par, permitiendo que la luz dorada del interior, bañase los escalones para luego formar un camino amarillento y vaporoso sobre la vereda, para nosotros.

- ¡Félix!- la estridente exclamación que fue producida por la pronunciación del nombre en inglés, tenía una procedencia fácil de adivinar: Rose, la hermana de Félix-. ¡Gabriela! ¡Creí que no vendrían! Mamá comenzaba a dudarlo también.

- No me sorprende- gruñó Félix en voz baja-. Por aquí-. Soltó mi mano pero no se alejó demasiado, su brazo se colocó detrás de mi espalda, igual que un escudo protector, sin tocarme. Con su otra mano, me indicó el camino.

- ¿Rose?- entonó una voz masculina proveniente del interior de la propiedad.

- Es Félix, papá.

Al segundo, la voz se materializó en una alta sombra masculina a los pies de la puerta.

- Dichosos los ojos...- entonó la voz-. Todavía no puedo creer que estés aquí.

- Papá- el vocablo sonó tirante y cargado de nerviosismo. Al menos eso me pareció.

Comenzamos ascender por la escalera de piedra y entonces, noté que algo de música emergía del interior de la propiedad, era música clásica, más precisamente ópera, y si no me equivocaba...no, no me equivocaba, era "Carmen".

- Bienvenidos.

Alcé la cabeza para divisar por primera vez, y con bastante claridad, el rostro del hombre que había criado al hombre que amaba. De una altura contundente, igual de certeras sus facciones, Simón Meden era la fuente de energía de la cual Félix se había nutrido, le gustase o no, lo creyese así o no, para formar gran parte de su postura y quizá también de su carácter. Meden padre tenía un aspecto recto e implacable, sin duda se veía mucho más joven de lo que podía ser, más como el padre de Rose que como el de Félix. Todavía conservaba gran parte de su cabello castaño y las canas que lo manchaban, más que hacer eso mismo, parecían simplemente resaltar la oscuridad y brillo del resto de la tupida cabellera. Sus hombros rectos, su cuello largo, su pecho amplio y la



completa ausencia de barriga o papada, le daban un aspecto fiero y fuerte, incluso su peinado y sus ropas imponían presencia y disciplina, no así la enorme, placida y feliz sonrisa que nos dedicó, la cual sin duda no era más que el reflejo de la dulzura de aquellos grandes ojos castaños rodeados de delgadas arrugas que se pusieron a brillar de orgullo y alegría.

Nada en él, al contemplar la imagen de los recién llegados, es decir la nuestra, demostraba ni un solo gramo de frialdad, de rectitud o distancia, todo lo contrario, pedía a gritos un abrazo, una palabra o cualquier gesto, que acortase la poca distancia que representaban los escalones. Bueno, me dio la impresión de que en realidad, la distancia física, no era lo que esos ojos deseaban acortar, sino más bien, una distancia afectiva.

- *Mom, mom! He came, Felix has come! Mom, he is here and he brings his friend! You where wrong; he shows up-*. Gritó Rose hacia el interior de la propiedad.

- Ves lo que te decía, siquiera esperaban que viniese- me dijo en secreto, al volverse hacia mí. Pese a sus palabras, llevaba una media sonrisa en los labios.

- Yo tenía razón, le dije que vendrías- exclamó Rose, ahora dirigiéndose hacia su hermano.

En su elegante vestido verde oscuro, Rose se lanzó por las escaleras directo al cuello de Félix.

- Mamá dijo que no vendrías. Se equivocó. Le dije que se equivocaba-

Estampó dos besos, uno sobre cada mejilla de su hermano y luego vino sobre mí-. Me alegra verte, Gabriela-. Tomó algo de distancia-. ¡Wow, no puedo creer que lleves ese vestido! Ayer mismo lo vi en la Vogue de Francia, es una de las creaciones más aclamadas de la última temporada. ¡Si te queda magnífico! Parece hecho para ti. ¿Cómo hiciste para conseguirlo?- solita, Rose lo comprendió al instante-. El gran Félix Meden- canturreó guiñándole un ojo a su hermano-. Y por cierto ¿dónde está mi bolso? Tienes una deuda conmigo. ¿Pudiste conseguir ese vestido y no mi bolso? Me voy a poner celosa-. Con picardía, giró su joven y chispeante rostro hacia mí, y me guiñó un ojo.

- Lo tendrás aquí en la mañana, Rose. Lo conseguí, del color que querías y todo. ¿Satisfecha?- soltó fingiéndose enojado.

Rose volvió a saltar sobre el cuello de su hermano, y luego, aferrada a él, continuó dando saltitos de felicidad.

- Rose, suelta a Félix ya. Compórtate. Ni siquiera los has dejado entrar a la casa. Rose por favor. No puedo creer que convencieras a Félix de comprarte

ese maldito bolso. ¿Es que no tienes suficientes cosas ya? Félix, no debiste...  
Rose soltó a Félix.

- No es nada.

- No tiene por qué tener todo lo que desea, acabará convertida en una malcriada. No necesita ni otro bolso ni otro vestido.

Rose se prendió del pecho de su padre. - No seas malo con Félix, papá, no es su culpa y no soy una malcriada.

- A un paso estás de serlo- le contestó el padre a su hija, fingiendo enojo.

Nada de eso había allí, puro amor, puro afecto, el cual, se materializó en un gran abrazo mientras Félix y yo terminábamos de ascender por las escaleras. Meden padre estampó un beso sobre la frente de su hija y la apretó todavía más contra su cuerpo, el fuerte y estrecho lazo allí presente, era indudable. Me llamo la atención que fuesen tan demostrativos, sin duda Félix había heredado, bueno, no genéticamente, pero si por adopción, la frialdad de su madre a la hora del contacto humano.

Simón retrocedió sobre sus pasos, llevándose a su hija consigo, para hacernos lugar para pasar.

- Adelante, adelante, sean bienvenidos.

Félix me cedió el paso y así, entramos en la calidez de una vivienda que pese a ser a todas luces, una propiedad que debía costar un par de millones, era, sobre todo, un hogar.

El interior era cálido y acogedor. Había alfombras, libros, plantas, muebles de madera de aspecto antiguo, usado pero por sobre todo, muy queridos. Había marcos con fotografías, obras de arte sencillas y nada ostentosas, revistas, adornos que bien podrían ser traídos de cientos de viajes de los cinco continentes o que bien podría provenir del mercado de pulgas más cercano. Aquí dentro olía a madera, a la cena casi lista, a incienso; eso último se lo adjudiqué al gran Buda de marrón oscuro que descansaba pacífico en una mesa cercana.

Desde el interior de la casa, alguien que avanzaba hacia nosotros, preguntó si en verdad Félix había llegado.

- *Yes, is me, Rebecca*- resongó Félix.

- *God Lord*- una mujer alta, de aspecto elegante y sencillo y la que podían detectarse muchos rasgos heredados por Rose, hizo su ingreso al foyer-, *yes, is you, for real. Maybe this is helping you.*

El “*this*”, entendía yo, se refería a la biografía que me tocaba escribir.

- *Six month for the last time you came to eat with us at home*- exclamó la

mujer a continuación. Entre Félix y ella no hubo contacto físico alguno, tampoco entre él y su padre, pese a que ya había soltado a su joven hermana.

- Rebecca, permíteme presentarte a Gabriela Lafond, ella es quien se ocupa de mi biografía.

- Así que tú eres el hilo conductor de este cambio, de este milagro- bromeó la mujer en un castellano cuya única macula, era una pronunciación muy norteamericana, pero aun así, claramente comprensible-. Me tendió una mano-. Es un verdadero placer conocerte, Gabriela. Rose me habló de ti. Mejor dicho, no paró de hablar de ti desde que llegó a casa.

Me sonrojé y vi que Félix, con sus ojos, no sabía hacia dónde escapar.

- Eres una mujer muy valiente; me figuro que también, bastante fuerte, no ha de ser sencillo trabajar con él, tiene fama de ser algo déspota y autoritario con todo el mundo, sobre todo, con sus empleados.

- No soy déspota- replicó igual que si acabase de retroceder diez años en su vida, defendiéndose al sentirse tontamente acusado.

- Autoritario.

La frente de Félix se tensó.

- Bueno, por lo visto todavía no terminas de ver la realidad-. Le dedicó una sonrisa-. Pronto caerás a la realidad.

- Becca- entonó Simón.

- Tu hijo vive en una burbuja que nada tiene que ver con la realidad; cuanto antes tome conciencia de eso, menos doloroso será para él el momento de enfrentarse a la realidad. No es lo que tienes, si no lo que eres... lo que eres debajo del traje, de la piel.

- Becca, por favor- pidió Simón.

- Fue un error venir- gruñó Félix. Su rostro y sobre todo, sus ojos, se habían oscurecido hasta transformarse en una noche sin luna y carente de estrellas.

- *Mom, you promise me! Please.*

- Bien, no diré una sola palabra más. Tendremos una cena en paz.

La sonrisa regresó al rostro de Rose, pero no al de Félix.

- Bien, ¿comenzamos de nuevo? Gabriela, ¿me das tu abrigo?, ¿puedo ofrecerles algo de beber?

- Creo que necesito algo fuerte- soltó Félix entre dientes.

Félix me ayudó a quitarme el abrigo, el cual luego entregó a su padre; él se quedó con el saco de su traje puesto, es más, siquiera se desabrochó ni un botón.

Simón nos guió hasta el living mientras Rebecca y su hija, partían rumbo a la

cocina por los aperitivos.

- Tomen asiento por favor- nos invitó Simón, señalando el gran sillón frente a la chimenea encendida.

Creí que Félix tomaría lugar junto a mí, en vez de eso, mientras yo me sentaba junto al apoyabrazos, pasó por delante de mí y fue a acomodarse en el sillón de cuero, de un solo cuerpo, que había frente a la ventana, entre dos mesitas repletas de libros y adornos.

Cruzamos una mirada. Me costó no culparlo de abandonarme, de alejarme de su lado y de tomar distancia pese a que sabía, la necesitaba.

Apartó sus ojos de mí la instante, dirigiéndolos en dirección a su padre, quien amenazaba con acomodarse a mi lado. Lo vi meditar hacerlo pero luego giró un cuarto de vuelta sobre sus talones y rodeó el sillón para moverse en hacia una mesita a nuestras espaldas. Detecté sobre la misma, un par de botellas de distintas bebidas alcohólicas y un balde plateado conteniendo una botella de champagne.

- Gabriela ¿una copa de champagne o puedo ofrecerte alguna otra cosa?

- El champagne estará muy bien, gracias.

Simón comenzó a verter líquido en una de las copas.

- ¿Félix?- le preguntó a su hijo a modo de ofrecimiento mientras me tendía mi bebida por encima del respaldo del sofá.

- ¿Tienes de ese whisky tuyo especial?

- ¿No te parece un poco temprano para eso?

- No- soltó Félix tajante.

- Como quieras.

Meden padre manoteó un vaso de whisky y la consabida botella y comenzó a verter líquido en el mismo.

- Aquí tienes.

- Gracias.

- De nada-. Entonó Simón rodeando el sofá, para ahora sí, venir a sentarse a mi lado-. Entonces, Gabriela... ¿puedo llamarte por tu nombre?

Asentí con la cabeza.

- ¿Qué tal resulta hasta ahora, la experiencia de trabajar con mi hijo?

No hubo forma de disimular la mirada que le dediqué a Félix, buscando una respuesta que dar. Lo único que obtuve de él, fue un gesto casi maniático de sus labios, a lo cual le siguió la ingesta del vaso de whiskey en su totalidad. A este paso, acabaría la noche ebrio y no sería su primera vez.

Me aclaré la garganta.

- Es una persona muy interesante y...compleja- solté al final sin saber muy bien cómo definirlo sin terminar evidenciado que lo amaba y que su personalidad me resultaba apabullante y en muchos momentos, difícil de manejar y sobrellevar.

Meden padre arrugó los labios. - ¿Complejo? Sí- miró a su hijo- definitivamente.

- Gracias por eso, padre- Félix alzó el vaso vacío en dirección a su progenitor y luego se puso de pie, su destino era, obviamente, la mesita sobre la cual se encontraban las botellas de alcohol.

- Félix...no creo que debas publicar esa biografía, no necesitas...

- No pedí tu opinión, padre- soltó interrumpiéndolo mientras se servía dos medidas de whisky con la intención de beberlas otra vez, en un suspiro.

- Sé que no, sé que no crees necesitar de mí, que no te importa mi opinión sin embargo creo que deberías saber que no me parece una buena idea. Tu madre me llamó, ella tampoco lo cree conveniente, te expones demasiado. Repasar tu pasado puede ser una experiencia que te ayude a crecer pero ventilar tus...

- Basta, padre, ¿eres tú quién habla o Rebecca, o mamá? No necesito escuchar esto.

- Sí lo necesitas. Félix, te comprometiste y resulta que tu familia es la última en enterarse. Cristo santo, lo supimos por los medios. ¿No pensabas decírnoslo?

- Ustedes ya conocen a Jésica.

- Sí, claro...

- Sabes que no soy adepto a ese tipo de ceremonias.

- No es una ceremonia, hijo, somos una familia y estas cosas deberían vivirse en...

- ¿A sí, desde cuándo somos una familia?

- Félix...- angustia se escapaba por el rostro de Simón Meden, y por su voz también.

- Tú tienes una familia- lanzó después de beberse todo el contenido de su vaso.

- Tú también la tienes hijo, ésta también es tu familia-. Simón se puso de pie-. Sé que no fui el mejor padre...- se detuvo-. Contigo no hice las cosas bien, ninguno de los dos hizo las cosas bien. Te fallamos cuando más nos necesitabas, no supimos cómo ser padres.

- Siquiera lo intentaron, estaban demasiado ocupados con sus cosas. Obviamente, aquí yo sobraba.

- Gabriela, de esto tendrás mucho que escribir, que conste, que es la primera vez que le digo a mi padre que apesta como tal. Bueno al menos apestó conmigo.

- Hijo...

- Félix, creo que yo debería...- hice el ademán de levantarme de mi sitio para dejarlos a solas brindándoles así, un poco de intimidad, pero Félix me detuvo alzado su mano y su gesto, resultó tajante.

- No, aquí te quiero. Te quedas- me gruñó en tono de orden.

- No le hables así, ella no tiene la culpa...

- No dije que la tuviera; quiero que se quede, necesito que se quede, que escuche y que comprenda.

- Soy yo, el que tiene que entender que te falló y créeme, lo entiendo, sé que lo hice- meneó la cabeza- lo entiendo y no hay cosa de la que más me arrepienta en esta vida, de haberte dejado solo. Creciste solo, viviste solo y aún continuas así, y eso es culpa mía y de tu madre. Fue nuestro error, te hicimos creer que no necesitabas de nadie, que podías solo, que debías estar solo... nada de eso es cierto, todos necesitamos de alguien, nadie puede vivir así, o al menos, no debería hacerlo. Tienes que entender que tener a alguien al lado no te hace menos fuerte ni...- Simón soltó un suspiro-. No tienes que cargar con el peso del mundo sobre tus hombros. No tienes por qué seguir así. La vida es otra cosa, hijo, no te lo que empujamos a creer que era. Necesitas de alguien que esté allí contigo, de alguien que tú también necesites...que te necesite. Yo lo necesitaba horrores.

- La vida no solamente es negocios, dinero y buenos contactos. Al final del día...

- Al final del día resulta que tú quieres darme a mí, consejos sobre cómo vivir la vida.

- Ser padre de Rose me enseñó muchas cosas.

- Era hora- resopló Félix en tono socarrón.

- No está mal cometer errores, los necesitas para aprender.

- Conmigo viviste en un error por mucho tiempo. Debiste darte cuenta antes.

- Lo sé. Hoy entiendo que jamás te hicimos sentir querido o...

- ¿Rebecca te dijo que me dijese eso?

Simón negó con la cabeza. - Hablamos de ti en estos días, ella simplemente sugirió que debía decirte todo lo que sentía. Lo lamento hijo. Rose y tú son lo que más amo en este mundo.

- Es la primera vez que me dices que...

Cómo podía ser que esta fuese la primera vez que su padre le decía que lo quería- pensé-. Sentí lástima por Félix, en qué clase de mundo vivía.

- No quiero verte andar sobre mis pasos, Félix, quiero que seas feliz, feliz ahora, no dentro de veinte años cuando te des cuenta de que lo que hiciste de tu vida...

- ¿Fue eso lo que te sucedió a ti?- lo increpó de mal modo viéndose muy del mismo modo, cómo yo al principio creí que debía verse el “Félix Meden” que creí que era. Bueno, él en realidad era eso y mucho más.

Simón asintió con la cabeza y luego con palabras. - En efecto. Dejé pasar demasiadas cosas valiosas, me arrepiento tanto de eso. Perdón.

Félix se quedó viéndolo en silencio.

- Lo siento hijo. Solamente quiero que seas feliz. No creo que contraer matrimonio con esa mujer sea algo que vaya a hacerte feliz.

Ahora, fulminó a su padre con la mirada.

Un celular comenzó a sonar. Todos dimos un salto, incluido Félix. El celular que sonaba era el suyo.

- Tengo que atender- dijo alejándose en dirección a la arcada que comunicaba el living con el hall de distribución, y así, sin más, nos dejó solos a su padre y a mí.

- Lamento eso- entonó Simón luego de un momento-. No tengo nada contra ti. No es por eso que no quiero que publique esa condenada biografía.

- No tiene que disculparse.

- Félix no necesita que el mundo lo acepte, solamente necesita aceptarse a sí mismo. Mi hijo no tiene nada de malo, no es una mala persona, lo sé, simplemente a veces no sabe lo que hace, es decir, le hicimos pensar que debía vivir su vida de un modo...bien, la vida no se vive así, no es para eso que vivimos. No sé cómo ayudarlo a entender que no se trata de eso, que los afectos no tienen...- Alzó la vista de sus manos, las cuales había estado contemplando y me miró-. Tiene todas las razones del mundo para no desear escucharme. Lo hicimos todo mal con él, desde el principio.

- No lo tome a mal, señor Meden, pero cómo es que hasta ahora jamás le dijo a su hijo que lo quería. ¿Entendí mal o...?

- Dime, ¿te intimida Félix?

- Bueno, al principio sí, siquiera sabía cómo hablarle o cómo mirarlo a la cara; ya no...es decir- sentí que me ponía roja-. Como usted dijo, no es una mala persona. La gente piensa que es un tirano, quizá algo despiadado e insensible, no es así, creo que él también comienza a darse cuenta de que no es

así.

- Fue inaccesible y lejano para mí, hasta hoy también. Ese hombre que acaba de salir a contestar su teléfono no es el mismo hombre que vi por última vez hace un mes. Además él llegó a un punto en su vida en que no...no voy a permitir que cometa más errores. Así termine odiándome por entrometerme en su vida. No sé qué te contó sobre nosotros...

- Creo que la verdad- solté tímidamente.

- ¿Toda la verdad, desde el principio?

- Desde el principio- convine.

- Deseábamos ser padres y queríamos darle un buen futuro. Era tan...se robó mi corazón en cuanto lo vi.

- Creo que Félix cree, o mejor dicho, creía que él no fue nada más que otra cosa que ustedes compraron, al menos tengo la impresión de que deseaba creer eso para evitar...le cuesta aceptar que alguien realmente pueda quererlo.

- Sí que conoces a mi hijo, y por lo visto, mejor que yo. Contigo se abrió como entiendo que jamás se ha abierto con nadie. ¿Cómo lograste eso? Porque no creo que hiciera eso solo; debió ser algo...

- No lo obligué a contarme nada, fue él.

- Hasta lo que yo sé, jamás le contó a nadie, siquiera a Jéssica, que pagamos por él. Bien, quizá si a alguno de sus psicólogos pero nunca a alguien porque sí, ¿me explico?

Contesté que sí con la cabeza. - Me dijo que nunca antes se lo confesó a nadie.

- ¿Te habló de ella, de Jéssica? ¿La ama?

- Señor Meden, no creo que deba...pregúnteselo usted- lo que menos quería yo era tener que hablar de ella, siquiera pronunciar su nombre, además, yo no era nadie para decirle que Félix me había confesado que no, no la amaba, porque probablemente, estuviese enamorado de mí.

- No, es cierto, debo discutirlo con él. Sé que no la quiere, los he visto juntos, no hay nada allí. Mi hijo no es feliz, no quiero que viva el resto de su vida del mismo modo. Su vida es una locura, llena de cosas y al mismo tiempo tan vacía...

- Bien...creo que él intentan cambiar eso.

- ¿Sí?

- Sí.

Simón se me quedó viéndome. - Eres diferente al tipo de personas que suele rodearlo.

- No me gustan los flashes ni soy buena haciendo negocios- bromeé, Meden



padre continuaba escrutándome igual que si tuviese toda la intención de entrar en mi cerebro a través de mis ojos, o al menos, esa fue la impresión que me dio. Temí tanto que adivinase que su hijo me volvía loca, en el buen sentido.

- Quizá es como dijo mi esposa: eres buena influencia para él. Rose nos dijo que mi hijo y tú se veían...cercanos el uno del otro.

- Me gusta creer que confía en mí.

- Supongo que lo hace, te contó cosas importantes de su vida, por lo que entiendo.

- Lo hizo.

- ¿No únicamente a razón de que escribas su biografía?

- Espero que no. No, no fue solamente por eso, bueno quizá sí al principio, ahora...

- ¿Se han hecho amigos?

Le sonreí.

- Como le dije, él es algo complicado pero me agrada, su hijo es un buen hombre.

- Y espero que tú seas una buena mujer. Te ruego encarecidamente que no... Con esta condenada biografía, mi hijo ha decidido exponerse más de lo recomendable y no lo creo necesario, es más, me parece ridículo, pero si al final se ilumina y decide no publicar nada...

- Félix tendrá todo mi consentimiento si decide no publicar ni una sola palabra de lo que he escrito, por otro lado, me gustaría que la gente lo conociese por lo que en realidad es, y no por ese personaje que ven, del que escuchan hablar. Ese hombre no es él, al menos no es solamente "ese" hombre. A mí no me interesa ventilar las intimidades de Félix, señor Meden, de verdad que no, y si bien empecé a trabajar con su hijo porque necesitaba del trabajo, no es lo que me motiva hoy, conocerlo ha sido un viaje muy...- me costó encontrar la palabra adecuada para definirlo, de hecho, no la hallé.

- Aquí están los aperitivos- exclamó Rose entrando en el living cargando en sus manos, una bandeja con bocadillos que olían realmente bien-. ¿Dónde se metió, Félix?- dijo luego de mirarnos.

- Aquí estoy-. Por sobre encima del hombro de su hermana, lo vi avanzar hacia nosotros.

- Mamá dice que la cena estará lista en un momento. ¿Todavía se quedarán, no?- Rose miró a su hermano. Obviamente había escuchado las voces que se alzaron aquí.

- Claro, Rose-. Félix tocó el hombro de su hermana y luego le arrebató un

bocadillo de la bandeja-. ¿Los preparaste tú?

- Ayudé.

Félix masticó y luego sonrió. - Exquisito. Gabriela, prueba uno. Están muy bueno.

Rose me tendió la bandeja. Realmente sabían bien.

Félix fue a servirse un tercer vaso de whisky.

- Que bueno que vinieron, de verdad- nos dijo Rose luego de mirarnos por turnos a su hermano y a mí.

- Es un placer estar aquí.

Rose dejó la bandeja sobre la mesa y vino a acomodarse a mi lado. - ¿Dime, qué tal se comporta mi hermano contigo?

- Me obligó a tirarme de paracaídas con él- confesé con una sonrisa. Quizá, eso, en sentido figurado, más allá de lo literal, lo resumía todo. Estar con él era como tirarse en paracaídas.

- ¿Eso hiciste?

- Lo necesitaba- soltó Félix.

- ¿Ella o tú?

- Ella, yo lo he hecho un centenar de veces.

Rose le tiró un manotazo a su hermano, y como éste estaba de regreso en su sillón, fuera de su alcance, no hizo más que golpear el aire.

Por el rabillo del ojo, noté que Meden padre me contemplaba otra vez, fijamente. ¿Tanto se me notaba?

- Pobre, ¿fue muy malo?- me preguntó.

- Bueno, en realidad no.

- Lo vez, lo necesitaba- Félix manoteó otro bocadillo de la bandeja y se lo llevó entero a la boca. Sin querer me puse a pensar en sus labios, en sus labios sobre mi piel, en sus labios sobre mi boca, en su lengua encontrándose sobre la mía, y me puse incómoda por tener compañía mientras dentro de mi cabeza, pasaban los recuerdos de esa misma tarde.

Los ojos de Félix se entornaron igual que los de un felino, y así, en esa postura de cazador al acecho, me miró. Sentí que me derretía sobre el sillón, que me fundía con la misma facilidad que la parafina de una vela encendida.

Un arrebató de calor tomó cuenta de mi cuerpo.

Bebí un trago de mi champagne para intentar aplacar el ardor de mis entrañas, no dio resultado, Félix continuaba espiándome por el rabillo del ojo mientras de vez en cuando, soltaba alguna palabra con la que intervenir en la conversación entre su padre y su hermana. Conversaban sobre algo trivial, no

tengo ni idea de sobre qué, lo que sí sé es que la conversación sería había acabado y que Félix no demostraba tener ánimos de retomarla. Aquello por lo visto, era asunto cerrado y su foco de atención en este momento, era yo. No sé si por accidente o adrede, estiró su pierna y con la punta de su zapato, tocó el mío, se estiró un poco más y así su zapato ascendió por mi talón hasta mi tobillo. Con su empeine tironeó de mi pierna y por poco y me caigo del sillón del susto. Alterada giré la cabeza para ver si el resto de los Meden, se habían percatado de la situación; nada, Rose y su padre reían y se miraban a la cara. Cuando me volví en dirección a Félix, vi que éste me dedicaba una de esas sonrisas seductoras y hasta algo impúdicas, suyas, con las cuales, podía ganarse el mundo o más aún, los favores del universo.

Tiré de mi pierna para regresarla a su sitio y de los nervios, acabé dándole una patada a la mesita que tenía en frente. Avergonzada, dejé mi copa sobre la mesa a un palmo del vaso vacío de Félix.

- Disculpen- me puse de pie-. ¿El toilette?

- Por el corredor, la primer puerta a la derecha- me explicó Rose.

Desesperada por poner distancia entre nosotros, al menos por un par de minutos (tanto mi mente como mi cuerpo eran un lío), me alejé de ellos a paso torpe. El camino era simple sin embargo cuando llegué al hall me sentí completamente perdida y desesperada. Tuve la impresión de estar sufriendo un ataque de pánico o algo similar, tenía la garganta cerrada, el pulso acelerado, todo mi cuerpo ardía y la cabeza me daba vueltas, incluso mi visión comenzaba a fallar.

Con un peso enorme sobre el pecho, el cual supongo era el peso de mi conciencia y de las cosas que ocultaba, divisé al puerta que supuse debía ser la del toilette y hacia allí me abalancé. En realidad más que correr hasta el baño, deseaba correr hasta mi hogar, tomar distancia de Félix y meditar sobre qué significaba lo que me pasaba con él, si es que aquí pasaba algo más que una suerte de aventura fugaz que podía extinguirse tan rápido como había empezado; el final podía ser tanto o más estrepitoso de lo que fuera el inicio. Tenía la impresión que desde que me encontraba con él, había perdido por completo mi existencia y no tenía ni idea de cómo regresar a ésta, de cómo volver a ser la que era, antes de conocerlo.

Tan aturdida estaba, que no me percaté de su llegada, no hasta que puse un pie en el toilette y al querer cerrar la puerta, me encontré con un obstáculo de carne y hueso que chillaba de dolor (evidentemente le había dado con la puerta en la cabeza o algo así) al tiempo que me aferraba con fuerza por la

cintura, pegando sus caderas a mi trasero y sus labios a mi cuello para luego empujarme dentro de espacio a oscuras y cerrar la puerta a sus espaldas.

- Tu piel es veneno- me susurró al oído.

Las luces se encendieron entonces vi nuestro reflejo en el espejo: su cabeza asomando por encima de mi hombro derecho, uno de sus brazos alrededor de mi cintura y el otro, cruzado sobre mi abdomen y pecho en diagonal, con su mano sobre mi seno izquierdo. Me apretaba con fuerza contra su cuerpo por lo que resultaba obvio que tenía una erección.

- Félix, por favor, tu padre y tu hermana están afuera. Creo que tu padre...- comenzó a besarme el cuello y por ende yo, me encontré a un paso de precipitarme del borde de la razón hacia un abismo de completa y absoluta entrega.

- Podemos hacerlo en silencio- asomó la cabeza otra vez sobre mi hombro, sonreía pícaro-, ¿no?

- Ese no es el punto- jadeé perdiendo la voz ya que su mano izquierda había descendido hasta mi sexo, tomándome por completo por encima del vestido y la ropa interior.

Su fuerte mano sobre mi carne, me hizo perder la cabeza.

- El punto es que te necesito aquí y ahora. Dime que no me quieres y me iré. Obviamente, no logré articular ni media palabra con la que pudiese falsear el hecho de que me moría por él.

Su mano tiró primero de mi vestido hacia arriba y luego, empujando levemente hacia abajo, mi ropa interior, se coló por debajo de ésta, dejando sobre mi piel, un trazo de fuego hasta que sus dedos llegaron a destino. En dicho momento, se me escapó una exclamación de placer, la cual sofoqué, llevándome una mano a la boca para tapar mis labios.

Félix rió mansamente sobre mi oreja derecha mientras empujaba con fuerza sus caderas contra mí.

- Esto es lo único que importa. Tú... yo. Los dos. El mundo allí afuera no es nada.

Otro jadeo de placer se me escapó ya que mis manos ahora, estaban sobre las suyas, tomándolas con la misma tenacidad con la que él me tomaba a mí.

Le dio un mordisco a mi cuello en el exacto momento en que sus dedos, obrando maravillas, me hicieron olvidarme por completo de todo, más allá de nosotros dos.

- Mi pasado es historia vieja. No quiero pensar en eso, solamente quiero pensar en ti, respirar en ti, vivir en ti.

Su nombre se me escapó en un gemido de placer.

- Dime que solamente yo puedo hacer que sientas estas cosas, que no hay nadie más, que me necesitas. Dime que me necesitas- insistió-. Dilo. Eres mía.

En este instante lo era, pero a decir verdad, en un rincón oscuro de mi cabeza, no me gustó escuchar el modo ese pedido suyo, sonó. No fueron tanto las palabras, si no el tono y la desesperación y urgencia con que las dijo, también la autoridad y la mueca de su rostro la cual se reflejó en el espejo. Ese no era el mismo Félix que me había hecho el amor en la tarde, ese hombre allí era el “Félix Meden” de las fotografías de las revistas, el rostro que encabezaba multimillonarios negocios, el del hombre que estaba comprometido en casamiento con una mujer a la que supuestamente no amaba.

Lo quisiese o no, acabé sintiéndome como un artículo de utilería, como un bien material, una cosa que quizá siquiera tuviese demasiado valor, probablemente una pieza descartable. Lo cierto es que mis tribulaciones no lograron frenar la oleada de placer que Félix alzó sobre el océano de mi piel, al cual terminó en un orgasmo.

Félix me estampó un beso en la nuca, hundiendo su nariz entre mi cabello.

Allí, aspiró profundamente.

Quitó su mano de dentro de mí y acomodó mis ropas, todo, sin quitar su rostro de entre mi cabello.

Al terminar, suspiró largamente en mi nuca.

- ¿Me darías un momento, por favor?- entonó apartándose de mí para pasar por mi lado izquierdo, deteniéndose frente al lavabo. Se aferró a éste; su cabeza cayó hacia adelante, prohibiéndome ver los sentimientos evocaban sus facciones.

- Gabriela-. Repitió mi nombre a modo de pedido-. Sal o sospecharán.

Así sin más, di de frente con la realidad: Félix era más que complicado y yo, para mi desgracia, lo amaba y necesitaba, más que para obtener placer y satisfacción, más que para tener una razón para escribir o un impulso para publicar mis libros, lo necesitaba porque sentía que de algún retorcido modo, este hombre me completaba por su libertad, su fuerza, su implacable forma de ser él mismo, por su carácter, su garra y también por sus debilidades y miedos, las cuales eran quizá un eco más fuerte y oscuro, del mío... al fin y al cabo, un eco.

Su reflejo y el mío se fundieron en el espejo y entonces entendí que quizá, nos pareciésemos más de lo que creí.

Supuse que yo, en su lugar, probablemente hubiese terminado igual,

cerrándome del mismo modo, encontrando las mismas fugas y los mismos anclajes, insensibilizándome para algunas cosas al nivel al que él lo hacía, convirtiéndome también, en un personaje exagerado basado en mí misma, en la realidad; empujando todo a los extremos, confiando o desconfiando ciegamente, odiando y amando con la misma intensidad, el mismo frío estremecedor y el mismo calor sofocante, la misma máscara pétrea, la misma altanería apuntalada a base de inseguridad y miedo, la misma arrebatadora autoridad.

Sin emitir palabra, retrocedí sobre mis pasos. En ese instante sus manos soltaron el lavabo y bajaron hasta la cintura de sus pantalones, jadeaba cuando comenzó a desabrochar el cinturón para luego bajar el cierre.

Resoplando me dijo que saliese de una vez y en su tono, no quedó lugar a réplica. Quería quedarme con él, no permitir que hiciese eso solo, que terminase así otra vez, esquivando lo nuestro, para saciar por su cuenta, a modo castigo a sí mismo, lo que podíamos lograr juntos.

Sabía que la distancia que me separaba del living no sería suficiente para terminar de reponerme de lo que acaba de experimentar tanto a nivel físico cuanto mental, de modo, que me tomé mi tiempo para atravesar el hall. Ese tiempo, mejor dicho, el que creí que tendría, se vio súbitamente interrumpido.

- ¿Dónde se metió mi hermano, es que no puede desprenderse de su maldito teléfono? Se queja de que no me separo del mío... él es peor-. Soltó Rose a toda prisa llegando del living.

Me quedé en blanco.

- ¿También se pone a hablar por teléfono cuando está contigo o solamente lo hace para escaparse de su familia? ¿Tenían que llamarlo cada cinco minutos justo esta noche?- Espió sobre mis hombros-. ¿Dónde se metió?

- En el baño, paso al toilette cuando yo salí- solté a toda prisa.

Rose me escrutó con una ceja en alto.

- La comida está lista.

Meden padre apareció por detrás de su hija.

- ¿Y Félix?

- En el toilette- le contestó Rose.

- Bueno, porque mejor no van pasando al comedor, lo espero para avisarle.

Acepté gustó la propuesta de Meden padre, ni de casualidad quería estar aquí cuando Félix saliese del baño, en este instante no tenía ganas de mirarlo a la cara, no sabía cómo mirarlo a la cara.

## 21.

- **Me alegra que mi hermano sociabilice con una persona normal-** soltó Rose en cuanto ingresamos en el comedor, el cual era espléndido y despampanante, con sus aires de salón francés.

- Bueno, al menos tenía la impresión de que eras alguien normal. ¿Gabriela? ¡Hey!

Rose chasqueó los dedos delante de mi rostro.

- ¿Ah? Perdón, me distraje. Este lugar es precioso.

- Sí, ¿te gusta?, ¿no te parece...?

- Es acogedor.

- Siempre creí que la palabra era “opulento”- entonó conformando una mueca-. Decía que me alegra que mi hermano tenga contacto con personas normales y no con esos personajes con los que suele codearse.

- No sé cuán normal soy.

- Ah, no me vengas con eso. Sabes a qué me refiero. No es un mal tipo- lanzó así de la nada y sin previo aviso, poniéndose muy serio-. No entiendo por qué en ocasiones, hace las cosas que hace o dice...- se detuvo-. No lo tuvo fácil. Mi papá y su mamá, ellos no fueron con él como mi padre es ahora conmigo o

como es mi madre conmigo; él no los tuvo de ese modo; no tuvo una familia y por momentos me da la impresión de que no sabe lo que es eso; no creas que por eso, no entiende el significado de la palabra amor. Sé que sí, me lo ha demostrado una infinidad de veces. Le cuesta demostrarlo... eso no quiere decir que no lo siente. Por momentos me gustaría sacudirlo a ver si se le acomodan las ideas dentro de esa genial cabeza suya- entonó acogotando el aire mientras sacudía el imaginario cuerpo de su hermano-. Mamá y papá han intentado integrarlo en nuestra familia por años; él siempre fue así, un bloque de hielo. A veces me da la impresión de que tiene miedo de necesitar a alguien, de querer o mejor dicho, de demostrar que quiere. Sé que pretende mostrarse muy fuerte... ese león de los negocios, como algunos lo llaman, ese Felix Meden que no le tiene miedo a nada, el que es capaz de todo- meneó la cabeza negando-. No es así.

- Sé que no es omnipotente, también sé que no es ese hombre que quiere que crean que es... que no es un bloque de hielo.

- Lo era para todos, bien, excepto para mí, hasta hace un mes o poco más.

Tomé nota mental de que el cambio había aparecido antes de aparecer yo en su vida.

- ¿Qué crees que detonó el cambio?



Tampoco había sido su compromiso, el anuncio había aparecido justo antes de que nos conociésemos. Bueno, bien podía haberse comprometido en secreto algo antes.

Me convencí de que tampoco podía ser eso, Félix expresó con claridad que no amaba a su prometida, que los razones de forjar dicho lazo envolvían cuestiones mucho más prácticas (su negocios) y otras más mundanas (buen sexo). Sentí que enrojecía al instante de pensar aquello.

- ¿Conocerte?

De los nervios, ante su respuesta, se me escapó una carcajada histérica.

- No, no, yo no... apenas si nos conocemos desde hace un par de semanas. Todavía no hace un mes.

Rose me escrutó seria. - ¿De verdad?

Asentí con la cabeza a lo que ella, se encogió de hombros.

- Quizá sea como dice mi mamá, que analizar su pasado y sus acciones, lo empujó a cambiar. Lleva un par de meses analizando la idea de darle forma a su biografía. Será por eso- añadió para dar por concluido el tema-. Como sea. Es evidente que le caes bien. Más que bien-. Soltó de sopetón lanzándome una mirada pícaro, muy parecida a la de su hermano, pese a que no compartían ni el más mínimo dato genético-. Y a ti te gusta él. No podría ser más evidente el modo en que lo miras.

En ese instante me dieron ganas de cerrar los ojos y no volver a ver a nadie.

- Ojalá termine con Jesica. Ella no es buena para él. ¿La conoces?

Negué con la cabeza.

- No te pierdes de nada. No puedo creer que quiera contraer matrimonio con esa mujer. No va a ser feliz con ella, eso es evidente, hasta papá lo dice.

Mamá la odia. Bueno, jamás lo puso así en palabras- me sonrió- sé que no le agrada, lo que ella sí dijo es que no tiene espiritualidad y que...bueno, mamá siempre dice esas cosas, ella va con su gurú y...bueno, eso no tiene importancia- desestimó el asunto con un veloz movimiento de su mano derecha-. Seguro que a la mamá de Félix sí le cae bien, son de la misma clase de mujer. ¿A ella la conociste?

Con vergüenza, recordé aquel instante y lo que pasó a continuación con Félix.

- Sí, a ella la conocí.

- Papá cambió mucho, él mismo me lo dijo. No era feliz cuando estaba con la mamá de Félix y dice que ella tampoco lo era. Ella no cambió ni un ápice... eso dice papá. A veces creo que la única razón por la cual esa mujer se acerca a Félix es por quién es, de otro modo, intuyo que jamás se habría vuelto a

interesar por él, luego de que él se emancipase.

- Es su madre- repliqué en defensa de una mujer que en realidad no me agradaba, de cualquier modo, me costaba creer que ella no quisiese a Félix.

- Papá nunca lo contó con esas palabras pero yo sé que la mamá de Félix no quería niños.

- Rose, un hijo es un hijo, puede que no quisiese niños al principio pero es imposible no querer...

- Esa mujer no es capaz de querer a nadie- lazo interrumpiéndome-. Ella adora a Jérica porque son de la misma calaña. No le importa en lo más mínimo que Félix no sea feliz con ella.

En ese preciso instante, entraron en el comedor, Félix y su padre.

No estoy segura de cuanto escucharon, Félix no tenía buena cara, tampoco su padre. ¿Habrían discutido antes de llegar aquí o habían escuchado a Rose hablar de su futura cuñada y de la madre de su hermano?

Nadie llegó a pronunciar palabra alguna, de otra puerta, la cual conectaba el comedor con la cocina, llegó Rebecca, cargado una bandeja con comida, anunciando que la cena estaba lista. Ella, sin tener ni la menor idea de nada, sonrió feliz, supongo que porque todos ya estábamos allí, listos para acomodarnos alrededor de la mesa.

Entre conversaciones triviales cuyos temas pivotaron entre los atributos de la ciudad, su clima, su cultura y sus habitantes, nos sentamos a la mesa. Meden padre en una de las cabeceras, su esposa en la otra, Rose a un lado y Félix y yo, del otro, yo del lado de su padre, él junto a la madre de su hermana.

Comimos las entradas en un clima extraño, uno un tanto tirante que evidentemente todos en esta mesa, deseábamos pasar por alto.

Lo que resultaba imposible obviar es que Félix no dejaba de beber.

Meden padre contó un par de historias sobre su hijo, pero decidió cerrar la boca cuando el rostro de su hijo empezó a ponerse cada vez más sombrío.

Parecía que a Félix le daba vergüenza haber sido niño un día, y haber cometido las mismas tonterías que cometemos todos cuando nuestra prioridad es el presente y no tenemos miedo al ridículo, cuando siquiera tenemos asimilado que un día seremos adultos.

El resto de la comida pasó como cualquier comida normal en familia, la única salvedad es que Félix se mostró todavía menos comunicativo de lo normal, solamente asintiendo, sonriendo a medias, lanzándome cada tanto, miradas cuyo significado no logré descifrar.

Las copas de vino no duraban nada en sus manos.

Para el momento del postre, mis preocupaciones pasaron a detalles más inmediatos que ser la otra o no comprender al hombre que amaba; Félix bebía sin control y su rostro se descomponía cada vez más.

- *¿Coffee?*- ofreció Rebecca levantándose de su silla.

Meden padre también se puso de pie e hizo el ademán de levantar la botella de vino y la copa de su hijo, pero éste le ganó de mano, manoteando una con cada mano.

Era la tercer botella y apenas si le quedaba algo de líquido en el fondo.

- Es suficiente hijo.

- No tengo que conducir, para eso tengo a Mike.

- No tiene que ver con si conducirás o no y lo sabes. Suelta. Le dijo tomando la botella por el cuello mientras Félix la sostenía por el cuerpo.

- Que la dejes.

- No demos un espectáculo- al decir aquello, Meden padre, me miró como diciendo “no frente a ella”.

- No será nada nuevo para ella, me vio ebrio una vez y aún no sale corriendo espantada.

Los dos se volvieron en mi dirección, mejor dicho, los cuatro, Rose y su madre también me miraron.

- No tienes por qué hacerla pasar por esto.

- *Come on, Felix, leave de bottle, I will bring some coffee*- dijo Rebecca.

- *I don't want any fuckyn coffee, I want more wine*- rugió Félix tironeando de la botella. Se produjo un forcejeo entre él y su padre y la botella acabó volando por el aire para estrellarse contra el suelo convirtiéndose un charco de vino y trozos de vidrio verde.

Por un fugaz instante, el comedor quedó sumido en más completo silencio.

El primero que se movió y habló, fue Meden padre, quien en tono conciliatorio pronunció el nombre de su hijo.

- Mierda- chilló Félix levantándose de su silla cual resorte-. *¿No podías dejarme en paz, no es así?*

- Ya te dejé solo demasiado tiempo hijo- entonó compungido, Meden padre.

- Pues ahora no te necesito.

Sonó a que Félix escupía aquello con odio, igual que si fuese producto de una herida todavía supurante y putrefacta.

Igual que hizo con la botella, Félix manoteó mi muñeca derecha y tiró de ella.

- ¡Nos vamos!

- Félix, por favor, no lo arruinemos todo. No quiero que continúes huyendo de

mí, de tu familia. Esto que tienes aquí es lo que en verdad importa, lo único que tiene valor.

- Eres un farsante- gritó Félix a voz en cuello-. ¿Desde cuándo crees que la familia es lo de más valor? Antes solamente te importaba tu malito dinero, tus mujeres, tus negocios, tus viajes. Te importaba una mierda tu hijo o tu esposa, y de hecho creo que a ella también le importaba una mierda su hijo. Ambos solamente se fijaban en mí cuando yo tenía que estar presente en alguna cena o reunión en la cual debíamos jugar a ser la familia perfecta.

- Todavía estamos a tiempo de recuperar algunas cosas. No puedo cambiar lo hecho; sí puedo hacer que el futuro sea distinto al pasado. Nuestro presente no tiene porqué ser este, hijo, quiero verte feliz, quiero verte como un ser humano, no simplemente como una máquina de hacer buenos negocios y generar dinero. Quiero verte vivir y no de un modo desesperado o extremo. No buscas la felicidad en los lugares correctos, mucho menos los sentimientos.

- Yo no siento nada, mi vida es mi vida, no la que quieres que viva. Soy bueno haciendo negocios, ¡haciendo dinero!

- ¡Pero no es lo que eres!

El volumen de los gritos fue aumentando cada vez más.

- ¡Sí, es quien soy!, quien quiero ser. Tú no necesitaste de una familia, yo tampoco la necesito.

- No seas ridículo hijo.

- No me llames ridículo- estalló Félix. Su rostro estaba rojo y no dejaba de apretar mi muñeca tironeando de mi brazo, y de mí, de un lado para el otro, mientras discutía con su padre-. No tienes ningún derecho a opinar. ¡Ni tú ni nadie!

- ¡Todavía soy tu padre!

- ¡¿A sí?!- exclamó tironeando de mí, para abalanzarse hacia su padre.

- ¡Claro que sí!

- ¡No eres nada, no eres nadie para mí!

- ¿Acaso no te das cuenta que de este modo, eliges ser lo que dicen que eres? Luego no te quejes de lo que comentan de ti, luego no pretendas hacerles creer que no eres eso.

Todo sucedió demasiado rápido. Félix me soltó y así sin más, se abalanzó sobre su padre con el puño derecho por delante, el cual impactó en la quijada de éste. Meden padre no sospechaba que su hijo le lanzaría un golpe, por lo que siquiera atinó a esquivarlo, mucho menos, a defenderse. El golpe que Félix le propinó fue fuerte, imaginé que debió doler mucho, los brazos de éste

no sufrían de escasas de músculos, todo lo contrario. En carne propia experimenté la contundencia del cuerpo y del agarre de Félix.

Simón cayó y en su intento de atajarse de algo, derribó una de las sillas que rodeaban la mesa. Rose y Rebecca soltaron exclamaciones de horror e incredulidad. Sobre todo Rose, quién no dejaba de pronunciar al nombre de su hermano con una angustia tal, que mi corazón se estremeció.

Los ojos de Félix buscaron los míos. No supe discernir qué expresaban y me angustió, no ver al instante, arrepentimiento por lo hecho. Si había algo en esos ojos, era furia, quizá inspirada por dolor, no lo sé... la costra de violencia en su mirada era demasiado gruesa e impenetrable para llegar a atisbar nada más que ese denso manto negro que en ese instante, era completamente impermeable.

- Nos vamos- articuló con un tono severo y luego se echó a andar, pasando por detrás de mí, sin siquiera detenerse a ver si lo seguía o no. En ese mismo instante, Rose llegó hasta dónde se encontraba su padre, luego de rodear la mesa. Lo ayudó a levantarse. Rebecca apareció por mi derecha, entrando en escena también. Cuando Simón estuvo de pie, vi que le caía un hilo de sangre de la boca. Cruzamos una mirada. No pude decir nada, pero él sí dijo algo, me pidió que fuese con su hijo, que lo siguiese, que no lo dejase solo, y eso fue lo que hice, corrí tras él luego de recoger mis cosas.

- ¡Félix! ¡Félix!- le grité mientras el corría por las escaleras en dirección a la calle, medio dando trompicones a causa de la excesiva cantidad de vino ingerido durante la cena.

- No volveré a poner un pie en esa maldita casa- me gritó saltando a las baldosas húmedas de la calle.

Mike salió del automóvil estacionado justo frente a la casa.

- Félix, por favor, espera- sin querer azoté la puerta detrás de mí, mientras terminaba de ponerme mi abrigo.

- ¡No volveré a entrar! ¡Y que no espere que le pida perdón!- rugió volviéndose en dirección a la propiedad, más en un intento supongo, de gritarle a su padre para que lo oyese, que a mí, para evitar que intentase convencerlo de regresar a la casa y hacer las paces con su padre.

- Está bien, está bien, no volveremos a entrar allí si no quieres.

- ¡Nunca!

Mike me miró y se quedó expectante sin traspasar la línea del cordón.

- Ok, no lo haré. No hablaremos sobre eso ahora.

- ¡Lo odio!- berreó con desesperación y los ojos se le pusieron rojos.

- Félix, sabes que eso no es cierto.

- ¡Lo es!- me espetó en un grito que lo llevó a doblarse por la mitad del esfuerzo que empleo para arrancarlo de su interior.

- Bien, bien, está bien- acerqué una mano a su hombro- él me vio moverme pero no hizo ni el menor ademán de querer expresar que debía apartarme, entonces posé mi mano sobre él-. Regresemos a tu departamento, ¿sí?

- ¿Piensas como mi padre?

- ¿Sobre qué?

- Crees que soy como dicen que soy.

- No me parece que sea momento para discutir eso, Félix.

- Necesito saberlo-. Se quedó viéndome expectante.

Meneé la cabeza. - No lo sé, tú dime, ¿quién eres?

Sus ojos bajaron al piso. No respondió. Dio media vuelta, abrió la puerta del automóvil y se metió dentro sin darle tiempo a Mike siquiera, de llegar su lado; él sí estuvo allí cuando yo reduje a un paso, la distancia que me separaba, de la puerta del vehículo.

Mike me miró en silencio.

No supe qué decir, simplemente me metí en el automóvil.

Félix se hallaba arrinconado contra la ventana, en el lado opuesto del asiento, con la vista clavada en las calles al otro lado de la ventanilla y así se mantuvo todo el viaje, sin emitir palabra, sin mirarme y cuando llegamos a destino, siquiera se volvió a ver si lo seguía al bajar del automóvil.

Dentro del ascensor no fue más que hielo y terminó de forjar la dura distancia entre ambos al llegar arriba: fue directo a su cuarto y azotó la puerta en mi cara después de entrar. Así fue que me quedé sola en el hall en penumbras, iluminado únicamente por el poco reflejo de luna que entraba por el tragaluz unos pisos más arriba.

No me animé a tocar a su puerta, no sabía qué decirle, lo que sí sabía es que quería abrazarlo y dormir junto a él; obviamente eso no era lo que él deseaba, muy claro lo dejó al cerrar la puerta de ese modo.

Deshecha y confundida, me dejé caer sobre uno de los sillones. Todavía enfundada en mi abrigo, me quedé dormida mucho tiempo después.

Me despertó la luz de sol, tibia y reluciente.

La confusión fue demasiada, mi noche había sido de pesadillas y malestar.

Turbulenta, igual que la cena.

Tenía la boca pastosa, el cuerpo dolorido, los pies helados y un nudo en el estómago.

Había dormido hecha un ovillo y lo primero que hice fue intentar estirarme.

Mis músculos se quejaron y mucho, también mi cabeza cuando luego de un par de minutos, me incorporé sobre el mullido y frío almohadón de cuero.

El departamento, sumido en el más profundo silencio, me pareció gigantesco y opresivo, una carga, más que un lujo, una carga demasiado pesada y así, sin más, me dieron ganas de huir, sí, de huir, de largarme a casa y de intentar olvidarme de todo, de todo y de todos, en especial de él, pero cómo olvidarme de lo que sentía por ese hombre... de todo lo que experimentaba por él: amor, miedo, incertidumbre, necesidad de cuidar y curar, de cambiar incluso. ¡Una ridiculez! ¿Cambiarlo? No se puede cambiar a nadie, no se debería siquiera intentarlo o deseárselo, mucho menos cuando amas a ese alguien. Félix era quien era, no quien yo deseaba que fuese.

- ¿Félix?

Silencio.

- ¿Félix?

Otra vez nada.

Consulté la hora en mi reloj, pasaban de las diez treinta de la mañana.

Me levanté del sillón y me dirigí hacia la habitación.

- ¿Félix?

La puerta estaba entornada. - ¿Félix?- la empujé y entré. La cama estaba deshecha, sobre ésta, a los pies, una toalla y la ropa que había llevado anoche; él ya no estaba allí; su perfume aún perduraba en el ambiente.

Escuché movimiento y voces que provenían del hall. Esperanzada, corrí hacia allí. Me llevé una sorpresa al encontrarme con Mike y con una mujer vestida con un delantal azul, la cual evidentemente, por las cosas que cargaba en sus manos, se disponía a hacer la limpieza.

- Mike-. Solté frenándome en seco sobre el lustrado piso del hall.

- Buenos días, Señorita Lafond.

Mike registró con sus ojos, que iba de abrigo y con el vestido de anoche. Tuve la impresión de que por cortesía iba a preguntarme cómo había dormido anoche, al reparar en mi aspecto, se detuvo.

- ¿Sabes dónde está Félix?- me importó un cuerno sonar demasiado informal.
  - Se fue a la oficina...esta a mañana, muy temprano. Pidió que no la molestásemos y que nos pusiésemos a su servicio. ¿Desea desayunar?
  - ¿Puedes llevarme con él?- necesitaba verlo y hablarle.
- Con un simple gesto, Mike dispensó a la mujer, la cual fue directo hacia el cuarto de Félix, pasando por mi lado.
- No creo que sea buena idea- dijo desestimando el valor de cualquier formalidad que pudiese haber utilizado para tratar conmigo en el pasado-. No parecía estar de muy buen humor esta mañana y...
  - Necesito hablar con él- solté cortándolo.
  - No pretendo ser entrometido y mucho menos irrespetuoso... es que no creo que usted entienda en qué...
  - No lo seas, entonces.
  - Señorita Lafond- hizo una breve pausa y me miró fijo-, Gabriela. El señor Meden no es mala persona pero aun así no creo que sea...él está... No es el hombre para usted.
  - ¿Perdón?
  - Puedo parecer mudo sin embargo no estoy ciego.
- Aquello me impactó y mucho.
- No tengo derecho a entrometerme, usted me cae bien, es una persona buena, agradable y creo que se merece lo mejor.
  - No, no tienes derecho a entrometerme.
  - Lo conozco bien, lo he acompañado por muchas cosas, he visto su vida de cerca.
  - Mike, no digas nada más.
  - Usted no es la primera- soltó pisoteando sus propias palabras con la prisa.
  - ¿Qué?- me quedé de piedra. Si yo sabía que había habido otras mujeres pero no de este modo. Creo que lo que más me impresionó fue que Mike lo soltase así.
  - No es malo pero no está acostumbrado a vivir de ese modo. Es simplemente distinto, alguien que no vive como nosotros, que jamás vivirá como nosotros, Gabriela. De verdad, no me gustaría verla lastimada, Señorita Lafond.
  - Voy a cambiarme, podrías tener el automóvil listo para dentro de quince minutos-. No se lo estaba preguntando, se lo estaba ordenando, por lo cual, sentí que sonaba como Félix.
  - Por qué no desayuna primero, puede tomar una ducha, esperar al medio día y sí...



- El automóvil, Mike. Si no quieres llevarme, tan solo dime la dirección y tomaré un taxi o caminaré, lo que sea.
- No tiene derecho a maltratarla a aprovecharse de usted de ese modo.
- Y tú no tienes derecho a meterte ni en mi vida, ni en la suya.
- No es que me meta... el Señor Meden no puede darle lo que usted necesita.
- ¿Y qué sabes tú de eso?
- Sé lo que veo en usted cuando él está presente, incluso cuando no, y no creo ver eso mismo en él. Además...
- Cierra la boca- estallé.

Mike enmudeció, no por mucho.

- El Señor Meden no quiere verla, me pidió que la entretuviese durante el día. Eso fue como dar de frente a doscientos kilómetros por otra contra una pared de concreto.

Mi silencio fue más que elocuente.

- Lo lamento- entonó en voz baja.

Pues si no quería verme, si quería mantenerme alejada de su lado, mejor que lo aclarásemos esta misma mañana. No tenía mucho sentido dejarlo para la noche.

Sin que me importase lo que pensase de mí, volví a repetirle a Mike que quería salir en quince minutos, a lo que me contestó un “como usted ordene, Señorita Lafond” para luego dar la media vuelta y meterse en el ascensor, tras cuyas puertas, desapareció.

Veinte minutos más tarde, íbamos los dos dentro del automóvil, él al volante, yo en el asiento trasero, rumbo a la oficinas de las empresas Meden en Nueva York.

A cada metro que las ruedas del automóvil rodaban sobre el asfalto de la ciudad, más dudaba de mi decisión de forzar un encuentro entre Félix, pero a decir verdad, sabía que tampoco podía, simplemente, dejar todo como estaba, hasta la noche.

Al bajarme del automóvil ya no me sentía tan segura; las rodillas me temblaron el momento en que me entregaron mi identificación luego de presentarme ante el mostrador. Mike obviamente conocía al personal de la entrada y eso facilitó las cosas, sin embargo no evitó que se demorasen más de diez minutos en contactarse con la secretaria de Meden, para conseguirme una

autorización para subir hasta su oficina.

Fue un alivio que Félix no optase simplemente, por ordenar que no se me autorizase el ingreso, la pena, es que a los pocos segundos de tener mi identificación colgando de mi cuello, comencé a dudar de sus razones para dejarme entrar. ¿Simplemente quería evitar un escándalo en la planta baja? ¿Haría uno cuando yo llegase arriba? ¿Lo hacía para decirme, frente a frente, que no quería que lo fastidiase?

Mike, con el mutismo adoptado acabada nuestra discusión, se metió en el ascensor por detrás de mí. Apretó el botón del piso diecinueve y las puertas se cerraron.

Nerviosa, me pegué contra la pared del fondo del ascensor y me abracé a mí misma, por la cintura.

En un momento, Mike giró la cabeza y me espió por encima de su abultado hombro. Enseguida volvió la vista al frente. Quise decir algo para eliminar las tensiones, para subsanar los daños surgidos de nuestra discusión; no se me ocurrió qué.

Llegamos al decimonoveno piso. La luz del sol me encegueció.

Puse un pie fuera del ascensor.

El lugar era simplemente inmenso, increíblemente amplio y moderno con paredes de cristal, obras de arte abstracto sobre las paredes, un par esculturas, un living armado a mi izquierda, una recepción con dos escritorios y más sillones en el centro. Dos mujeres trabajando muy compenetradas detrás de los primeros. Unas amplias puertas al fondo, otras a mi derecha.

Las dos mujeres alzaron la cabeza. Mike se dirigió a la mayor la que tenía aspecto de señora formal y muy recta, con toda la apariencia de celadora mala de internado de señoritas.

Cruzaron unas pocas palabras. Mike regresó a mí, para invitarme a esperar en el living, preguntándome si deseaba tomar algo.

Tenía el estómago vacío, sin embargo, por mi garganta, apenas si podía pasar la saliva.

- El Señor Meden la recibirá en unos minutos- me dijo mientras nos acomodábamos en lados opuestos del ambiente armado en aquel luminoso espacio.

- Bien.

Mike se sentó y focalizó su atención en la ciudad al otro lado de los cristales y así se mantuvo, con la espalda muy recta, los hombros perfectamente cuadrados y sus ojos lejos de mí, por los siguientes quince minutos, durante

los cuales, no supe cómo quedarme quieta, como parar de pensar en que podía estar cometiendo un gran error, en que no tenía ni la menor idea de lo que hacía con mi vida.

Teléfonos sonaron lejanos, el murmullo de veloces dedos sobre los teclados. Una trituradora de papeles y una conversación en voz baja. Un hombre joven y muy elegante, trajeado de oscuro, llegó y entregó un sobre de papel marrón a una de las mujeres, cruzó con ella un par de palabras y volvió a montarse en el ascensor para desaparecer.

Media hora después, continuaba esperada y Mike ignorando mi presencia. Al menos ahora, de vez en cuando, su mirada pasaba sobre mí en su camino hacia la salida del ascensor y también de los escritorios y las mujeres que trabajaban con la mirada fija en los monitores de sus computadoras como si de ello, dependiesen sus vidas.

Mi boca acabó seca y rasposa, mi estómago encogido, mis manos lívidas.

¿Me hacía esperar tanto a propósito? ¿Era su forma de despreciarme, de demostrarme que hoy no quería saber de mí, que yo simplemente no podía meterme en su vida cuando se me antojase, si no cuando se le antojaba a él, o era que en verdad estaba realmente ocupado?

Por poco y empiezo a roerme las uñas de los nervios.

Así de tensa estaba, que al sonar el celular de Mike, pegué en respingo.

- *Yes, Sr.?*

¿Félix al otro lado de la línea?

Intenté captar su voz, no lo logré, no alcanzaba escuchar ni la que pudiese emerger de aparato celular ni la que pudiese traspasar las puertas de su oficina.

- *Ok course, Sr.*- Mike colgó y regresó el celular al bolsillo de saco de su traje negro. Se puso de pie-. Tengo que irme ahora.

Algo dentro de mí, me llevó a amagar levantarme. ¿Miedo tal vez? Lo cierto es que no quería quedarme aquí sola.

- ¿Te vas?

- Tengo que ocuparme de unas cosas para el Señor Meden.

- Sabes... ¿dijo cuándo me recibirá?

Negó con la cabeza.

- ¿Está aquí?

- No lo sé- contestó con voz áspera.

- ¿Cuál es su oficina?

Apuntó con la cabeza a las puertas que daban de frente a las de los ascensores.

- Bien- sin ayuda de nada, siquiera de mi saliva, me tragué mi amargura. Mike dio el paso inicial para partir, luego se detuvo. - Lamento lo sucedido antes, no pretendía... estuve fuera de lugar y no...- se retorció sus fuertes manos con un nerviosismo que nunca antes le había visto expresar con su cuerpo.

- No pasa nada, Mike-. Si pasaba, pero perder la confianza en él me dejaba aquí muy sola.

- La veré luego- dijo dedicándome una sonrisa nada alegre.

- Claro-. Mi voz tembló.

Lo vi partir sintiendo igual que si estuviese siendo abandonada en el cubil de un feroz lobo.

Otros diez tortuosos minutos pasaron hasta que algo en la atmósfera del lugar cambió.

Una puerta se abrió.

Las dos mujeres de los escritorios, alzaron sus cabezas. Supe al instante, que el momento, había llegado.

Al ponerme de pie lo vi. Vestía un traje gris muy oscuro, entre negro y azul, llevaba una mueca seria en el rostro, sus ojos tenían una mirada fría. Era el vivo retrato del Félix Meden conocido por los medios, si fue creado por estos, o si esa imagen, era la realidad, todavía quedaba en duda.

- Pasa- me ordenó. Aquello no fue un pedido, tampoco una invitación. No se dirigió a sus secretarias, es más, siquiera las miró. Fue como si el mundo, más allá de nosotros dos, hubiese desaparecido.

Recogí mi abrigo y mi bolso y me eché a andar. Las piernas me fallaron un par de veces y tenía la impresión de que no lograría hallar mi voz ni en un siglo. Cuando me le acerqué, percibí su aroma, el cual me embriagó empujándome a recordar momentos que en este contexto, no era conveniente recordar, mucho menos, evocar o desear.

## 22.

**Desde la puerta, me percaté de la inmensidad de aquel espacio.** La oficina de Félix tenía un aspecto increíblemente moderno y algo gélido también. Era tan espaciosa que uno se sentía diminuto e insignificante, bueno al menos así me sentí yo, en el instante en que él avanzó por delante de mí, alejándose a grandes zancadas hacia los ventanales detrás de los cuales se extendía Manhattan en toda su magnificencia y esplendor. Su destino final fue el

gigantesco y despampanante escritorio que gobernaba el espacio como un cerebro hiper desarrollado capaz de procesar millones de pensamientos por segundo, en el cual no cabía ni un solo sentimiento, ninguna debilidad o duda. Era un cerebro firme, frío.

- Cierra la puerta- me ladró sin siquiera volverse para dirigirse a mí. Así lo hice, echándome a temblar. Evidentemente no le hacía feliz, o al menos, no demostraba estarlo. No, definitivamente no lo estaba: al llegar a su escritorio se dio la vuelta y entonces, me perforó con su mirada. No me quería allí, por el motivo que fuese, no me quería allí.

En ese instante comencé a preguntarme si invadía yo su otra vida, si él lo consideraba así, si era por lo sucedido anoche en casa de su padre o simplemente porque estaba ocupado con su trabajo.

- ¿Qué haces aquí?

Con unas pocas palabras, el “Gran Félix Meden” tenía el poder de empujarte a considerarte el ser más ínfimo e insignificante del universo. Quedé paralizada de vergüenza y miedo; no pude continuar caminando y quedé clavada, o quizá la mejor forma de expresarlo sea: anegada en una ciénaga.

- Yo...

Rodeó su escritorio y fue a sentarse en su -no menos opulento- sillón ejecutivo.

- ¡¿Qué?!- estalló y yo di un salto del susto que me dio su grito. Cuando el miedo del chasquido inicial pasó, me pregunté si allí afuera, lo habrían escuchado gritar. Seguro que sí.

- Anoche...- comencé a decir.

- Eso no contesta mi pregunta. ¿Qué crees que haces aquí? No puedes aparecerte así de la nada. ¿Estás loca o qué? ¿Es que acaso no piensas? Debería despedirlos a ambos, a ti por venir y a Spencer por traerte. ¡¿En qué demonios pensaban?! Se volvieron locos. Es mi edificio, mi compañía, mi puta oficina llena de mis putos empleados.

- No...esto no es... No vine para...- una gota de sudor frío corrió por mi espalda-. Vine porque anoche no estabas bien y huiste de mí- solté envalentonándome.

Ante mis palabras, se quedó viéndome en silencio.

- Estoy perdida aquí, de verdad que no sé cómo hacer las cosas contigo, porque no entiendo por qué sigues así-. Sacudí la cabeza- de repente me sentí llena de coraje y me lancé hacia él-. Huir de mí no cambiará lo que sucede con tus padres, lo que sientes con respecto a ellos y a tu vida. Lamento si te

molesta que fuese testigo de lo que sucedido, incluso si no me quieres aquí. No es sobre mí, Félix, es sobre ti, sobre tu vida. Incluso si me empujas fuera de ella, las cosas que te atormentan continuarán ahí y... o eres muy masoquista y realmente te gusta todo esto o no tienes el coraje para enfrentar las cosas y buscar una solución. Sí, eres muy valiente cuando se trata de ponerte en peligro físico pero no tienes ni una pizca de valentía para enfrentar lo emocional y no es que eso esté mal, a mí también me produce pánico...- enmudecí al reparar en su ceño fruncido, en la mirada de odio en sus ojos. Supe que no podía detenerme ahora, además, lo peor ya parecía haber sucedido y de cualquier modo, si quería echarme, rescindir mi contrato o incluso apartarme de su vida para siempre, olvidándose de mí igual que si no hubiésemos pasado más de treinta segundos juntos, nada que yo pudiese hacer o dejar de hacer, cambiaría su decisión-. No puedes vivir para siempre así. - Vivo como se me da la regalada gana y no eres quién para indicarme cómo vivir. ¡Nadie puede!- rugió.

Me tragué mi temor y me pegué al borde de su escritorio luego de traspasar la línea de las sillas que se encontraban de mi lado.

- ¿Sabes cuál es tu problema?

Alzando la frente y el mentón, se recostó sobre su sillón, llevaba una sonrisa socarrona y con aires de superioridad. Se cruzó de brazos. Su sillón se inclinó hacia atrás, ante el peso de su desarrollado físico-. Ilumíname- me espetó con voz de hielo.

- Ya no quieres vivir así, es por eso que te escapas. Tienes miedo de lanzarte a vivir de otro modo, de uno distinto del que creíste que significaba vivir, del que estás acostumbrado. Del modo seguro en que puedes dispensar sin menor problema, cosas y personas, de aquel modo en el que eres el amo y señor, el que hace y deshace, el que manda y ordena. La vida no es así y te da pánico aceptarlo porque ese mundo seguro, libre de dolor, en el que las cosas se arreglan con dinero y buenos tratos, ya no existe. Tu mundo ya no existe, Félix, nunca existió.

El silencio cayó sobre nosotros.

Quitó las manos de la suave superficie de madera del escritorio y retrocedí un paso, en no dejaba de verme con sus ojos encendidos, completamente carentes de luz. Allí la oscuridad era tal, que lastimaba. Creí que el Félix Meden que pensé conocer, que creí que era, en realidad no existía. Lo que supuse era pura y exclusivamente una coraza para defenderse del dolor, quizá fuese algo macizo, la materia del cual estaba compuesto él.

Le llevó un par de segundos, al final, para mi sorpresa, su frente se relajó, también sus brazos, los cuales apoyó lentamente sobre el escritorio, al inclinarse sobre éste.

- ¿Qué quieres que diga, qué quieres que haga?

Su voz al hablar fue suave, casi inaudible.

- No sé trata de lo que yo quiera. No sé, Félix; lo que sientas, lo que quieras- entoné adelantándome otra vez.

- Yo siempre hago lo que quiero, Gabriela.

- Sí, eso ya lo sé- remusgué entre dientes. Este hombre sí que era un hueso duro de roer.

- Imagina conocer a alguien que entienda a la perfección los rincones más oscuros de tu jodida alma.

- ¿Te conozco?- intenté contener la sonrisa de felicidad porque en su rostro, no había ni rastro de ésta, es más, la amargura se le escapaba por los poros y más que nada, por los ojos.

- Mejor que nadie. Y no entiendo por qué o cómo, es que todavía te mantienes ahí parada.

La respuesta consistía en dos palabras. - Te amo.

Con aquella angustia contaminando su ser, me sonrió.

- Soy un hijo de puta y lo sabes. No deberías estar aquí, tendrías que haberme dejado hace rato.

- No puedo- admití en voz alta.

- Y yo no puedo pedirte que te vayas, no directamente- meneó la cabeza-, por momentos quiero que te vayas y así pretender...- se detuvo un momento-. No deberías soportarme. No tendrías que soportarme- insistió-. Soy un hijo de puta y parece que no puedo evitarlo, no sé sí quiero evitarlo. Esto es todo lo que tengo y no sé cómo...- los brazos se le cayeron al costado del sillón.

- No- exclamé rodeando la aparatosa pieza de mobiliario para llegar a él. Su sillón giró con suavidad ante la presión de mis brazos, me agaché junto a él, posando mis manos sobre sus rodillas-. No digas eso, no es lo único que tienes. Ahora me tienes a mí- añadí buscando su mirada-. Y eso no es todo, por sobre todo, Félix, te guste o no, tienes una familia y sea lo que fuera que sucediera, por los motivos que fuesen, son tu familia. Todo el mundo comete errores. Sé que eres muy exigente contigo mismo, y también con los demás... tienes que aprender, si no a perdonar, al menos a no cargar eternamente con el peso que las viejas heridas te causaron. No puedes ni debes arrastrarlas contigo por siempre, porque no son lo que tú eres. Eliges ser esos dolores y

eso no tiene sentido alguno. Tú no quieres ser eso, de otro modo no estarías hablando conmigo ahora, continuarías gritándome o incluso hubieses podido pedir que me sacasen de tu edificio. Nunca me habrías dejado pasar el hall de entrada si algo dentro de ti, no supiese a la perfección, que no quiere continuar viviendo como hasta ahora.

- ¿Tengo derecho a ser algo más?

- Esa es una pregunta increíblemente estúpida. Creí que eras más inteligente. No hiciste nada por lo cual ahora no merezcas ser feliz. Félix, lo que pasó, pasó, acepta que vales, que tienes a tu alrededor personas que te aman y que incluso- le sonreí- están dispuestas a soportar unos cuantos gritos tuyos.

- Perdón por eso.

- Entiende que no estoy en tu contra. No intento destruirte ni ponerte en un estado de debilidad, te lo dije, aunque yo no esté aquí, los asuntos que tienes pendientes con tus padres seguirán allí, también los que tienes contigo mismo. Ni siquiera te pido que cambies, Félix, el punto aquí es que seas feliz, nada más.

Un teléfono comenzó a sonar, era el de su escritorio.

Félix atendió poniendo el aparato en altavoz.

Era una de sus secretarias para confirmar una reunión o algo así, discutieron sobre horarios y personas que asistirían. Lo dejé hacer, presionarlo no serviría de nada y nuestra cuota de momentos fuertes (al menos la mía), estaba casi saturada.

Sobre el escritorio, y de casualidad, distrayéndome del movimiento de sus manos, vi algo que me llamó la atención.

- ¿Qué es esto?- curioseé alzando el gran sobre que llamara mi atención, ni bien terminó con su llamado, un par de minutos después. Dicho sobre llevaba un membrete que reconocí, era del de una O.N.G.

- ¿Qué parece?- soltó por respuesta luego de echar un vistazo a lo que sostenía mi mano, para luego concentrarse otra vez en el imponente paisaje al otro lado de la pared de cristal- es un sobre- contestó y luego apartó su mirada de mí, para anotar algo en una hoja que tenía frente a sí.

- Es de una O.N.G. que ayuda a niños de todo el mundo.

Se encogió de hombros quitándole mérito a mi explicación.

- ¿Donas dinero a esta O.N.G.?

- ¿Cómo los conoces?

- Dono dinero todos los meses.

- A sí... ¿Cuánto?- me increpó alzándose de su sillón para caminar en mi



dirección. Volvía a interrumpirme, impidiéndome averiguar lo que quería averiguar. Otra vez era el “Gran Félix Meden”, que el público conocía.

- No es mucho, lo que puedo...seguro que a ti no te parecerá demasiado.

Como sea- sacudí la cabeza- toda ayuda es buena y... ¿No responderás?- solté fastidiada y algo divertida, completamente decidida a dirigir el interrogatorio en su dirección.

- ¿Quieres saber si soy un filántropo?- me escrutó algo divertido-. Si no me equivoco ese sobre está dirigido a alguno de mis abogados.

Miré el sobre y en efecto, no iba dirigido a él.

- Donas dinero a caridad ¿sí o no?- lancé alzando la voz. Me fastidiaban sus constantes evasivas y su enfermiza necesidad de controlar todo, incluidas las conversaciones, sobre todo, cuando éstas versaban sobre temas que pudiesen hacerlo verse de un modo distinto al que él se veía a sí mismo, al que el mundo lo veía. Por qué le costaba tanto aceptar que no era un completo ogro. Bien, tampoco era un ángel, pero quién lo es. Yo no quería a un ángel, lo quería a él.

- Me ayuda con mis impuestos- soltó al fin. Su respuesta sin embargo, sonó fría, seca e insensible. ¡Otra vez sus barreras en alto!

Bufé agotada.

- ¿Donas dinero para que te lo descuenten de tus impuestos?

- ¿Por qué donas tú, para ganarte un lugar en el cielo, para mantener tranquila tu conciencia? Pagar menos impuestos es mi cielo, mi conciencia- lanzó sin darme oportunidad de responder.

- ¿No se supone que esta biografía tuya, tiene como cometido hacer que la gente piense mejor de ti? Si supiesen que donas dinero a caridad pensarían...

- Me importa muy poco lo que la gente piense de mí- dijo. Su rostro se ensombreció, dio la media vuelta escapando así, en dirección al ventanal.

- Entonces...- solté el sobre sobre el escritorio-. ¿Para que la escribo?

- Fue idea de James ¿recuerdas?

Sí, por supuesto que recordaba.

- Si me importara ya habría hecho algo con todo esos que se entretienen escribiendo mal de mí en internet.

- Son muchos-. El comentario se me escapó y me arrepentí al instante. Félix era la comidilla de muchos, su sustento diario, de eso fui testigo en cuanto me metí en esto.

- Sí que lo son- confirmó. Me miró por una fracción de segundo y luego, perdiendo sus ojos azules otra vez en la ciudad, soltó una risita seca-. Muchos

conocidos míos se dieron el gusto de aportar comentarios sobre mí en la red. Demasiados- añadió con un tono muy distinto al utilizado un segundo atrás, ahora en su voz se detectaba amargura otra vez y un alto contenido de tristeza también, por lo cual, se me encogió el corazón. Si había alguien confundido aquí, muy confundido, era él.

Sí que le importaba lo que dijiesen de él.

Con el ceño fruncido y la mueca más dura que le hubiese visto jamás, se volvió hacia mí.

- ¿Ya hiciste tu aporte?

- ¿Cómo?

- ¿Si ya efectuaste tu aporte a esos comentarios? Me agradecería saber qué piensas de mí.

- ¡Claro que no!- exclamé conteniendo mis ganas de asesinarlo.

- ¿No puedo saber qué piensas de mí o no efectuaste todavía, tu aporte a la fila de hombres y mujeres que me odian?

- No te odio, Félix, acaso no escuchaste cuando te dije que te amaba.

- Todavía...aguarda y verás.

- ¿Quieres que te odie? ¿Es eso?

- No depende de lo que yo quiera.

- Claro que sí, por supuesto que sí.

- No tiene caso que lo discutamos.

- Todavía no entiendo para qué hacemos esto.

Inspiró hondo. - Básicamente para hacer feliz a James; así él podrá vivir en paz, una vez que vea que el libro publicado. Esa es su genial idea.

- Yo no...

- ¿Qué tendría que poner en tu biografía si estuviese escribiéndola?- otra vez la chispa y la mirada desafiante volvió a sus ojos.

- No habría mucho que decir.

- Seguro que sí.

- No se trata de mí, intento comprenderte para poder escribir el condenado libro, Félix.

- Intentas empujarme a hacer que me odies- fue su respuesta y luego el teléfono comenzó a sonar otra vez.

- No contestes- le pedí.

- ¿Por qué?

- Porque estoy aquí contigo y hablamos de algo más importante que cualquier negocio.

Sus labios se tensaron.

- Donas dinero a esos niños porque quieres, no por impuestos, amas a tu padre, incluso cuando juras odiarlo, y tu hermana es todo para ti. Incluso James significa mucho en tu vida, de otro modo dudo que le permitieses seguir adelante con el proyecto de la biografía. Te hierde que tu madre no sea lo que esperabas que fuese, lo que se supone que una madre debería ser y esto, Félix- me plante firme sobre el piso de su lujosa oficina-, no es sobre tu biografía, no es lo que los otros piensen de ti, lo que podamos poner en papel, son las idas y las venidas, los mensajes contradictorios que me envías. ¿Por qué estoy aquí?, y no me digas que es por la maldita biografía, ya no es eso, dejó de serlo hace mucho. Es hora de que decidas quién quieres ser, qué quieres ser. Te amo, te lo dije y lo repito, pero no puedo seguir así, es enloquecedor... cuando siento que llego cerca de ti, me apartas de un empujón- inspiré hondo. Tenía mucho miedo de decir lo que diría a continuación, pero no quedaba más remedio-. Decide quién quieres ser, qué vida deseas llevar y si tienes un lugar en ella para mí.

El teléfono, que había parado de sonar, empezó a chirriar otra vez.

Félix le contestó de mal modo, sin perderme de vista. Casi sin parpadear, me observaba por el rabillo de sus ojos.

Soltó un par de monosílabos en un tono áspero y marcial. Lo escuché decir que estaba muy ocupado y que se ocuparía de eso luego, a los pocos segundos, volvió a soltar la misma frase, solo que evidentemente mucho más enojado y fastidiado, luego, sin más preámbulos, colgó.

- Tienes que darme tiempo- me dijo continuado con nuestra conversación, igual que si nada la hubiese interrumpido.

- ¿Tiempo para qué?- ¿para ver si se aburría de mí?, ¿si de verdad quería cambiar? Me pregunté.

- Estoy demasiado confundido.

- Bien...creo que...deberíamos ir con algo más de calma. Todo sucedió...

Félix no me permitió seguir, en dos zancadas convirtió en nada, la distancia que nos separaba. Creí que su boca venía a directo hacia mis labios, pero me equivoqué, en vez de eso, me tomó por la cintura y abrazó, hundiendo su rostro en mi cuello, para respirar allí tranquilo y en silencio.

Con gusto, le devolví el abrazo, tenerlo así para mí, era felicidad en estado puro, incluso después de lo que acabábamos de pasar. Esto, borraba de un plumazo, la confusión y la angustia. Tenerlo así para mí, me traía paz y tranquilidad.

- ¿Qué te pasó aquí?- tomé el dedo meñique de su mano izquierda, entre las mías. Tenía una cicatriz blanca y profunda que ya había visto antes, lo cierto es que no había surgido la oportunidad de preguntarle al respecto; ahora, que nos encontrábamos en calma y relajados, desparramados sobre uno de los cómodos sofás de su living, frente al televisor, iluminados por la imagen de una película que supuestamente veíamos (a la cual en realidad prestábamos poca o ninguna atención).

En el aire flotaba olor a café y se respiraba tranquilidad.

Después de nuestra conversación, luego de aguardar por dos largas horas, a que terminase con asuntos urgentes que de los cuales necesitaba ocuparse (mientras yo utilizaba ese tiempo, para inspeccionar cada centímetro cuadrado de su oficina, y así, intentar rescatar trazas de su persona en la decoración y demás objetos que la poblaban), salimos a comer. No volvimos a discutir sobre asuntos importantes, simplemente nos hicimos compañía, igual que cualquier otras dos personas que están a gusto juntas.

Ahora, tres horas más tarde, esto era el paraíso, nunca antes había estado en compañía de un “Félix” con la guardia tan baja, tan relajado y despreocupado por sus reacciones, gestos y por las palabras que emergían de su boca.

Tomando mi mano entre las suyas, se dispuso a responder. - Sucedió cuando tenía unos doce o trece años, peleaba con James. Bien, en realidad no peleábamos en serio, comenzamos a forcejear como tontos, disfrutábamos del fin de semana en casa de sus padres; me rompí el dedo y el hueso salió para afuera, allí mismo.

Sé que mi mueca fue de horror y espanto.

Félix me sonrió. - Dolió como mil demonios pero en ese momento, a causa de la sorpresa, comencé a reír como un tonto. Se me caían las lágrimas de dolor y continuaba riendo. Dejé de reír camino al hospital. Recuerdo que iba a la ambulancia con la madre de James y entonces comencé a llorar de verdad, porque quería a mi madre o a mi padre allí. Me sentí tan estúpido por llorar así, más por necesitar tanto de ellos, al igual que un crío, más que por el dedo roto.

Mi otra mano, envolvió las suyas. - No tenías porqué sentirte estúpido. Nunca dejamos de necesitar a nuestros padres.

Félix resopló por la nariz. - ¿Cómo te llevabas tú con los tuyos? ¿Cómo es tu relación con tu padre?

Inspiré hondo, así de pronto, me dieron uno esos ataques de añoranza en los que necesitaba a mi madre, más que al oxígeno que respiraba. Cuanto me hubiese gustado poder alzar el teléfono y llamar para contarle sobre Félix, para pedirle consejo.

- Mi mamá era todo para mí. Ella siempre estuvo allí para mí.

- ¿Y tú padre?- me preguntó luego de que me quedase en silencio, notando mis ojos aguararse con tanta lágrima acumulada.

- Me ama y yo lo amo, es mi papá. Dio lo mejor de sí para intentar llenar el hueco que dejó mi madre. Está muy pendiente de mí, me ha llamado una infinidad de veces desde que salí de casa y mi casilla de mensajes está a rebosar de sus preocupadas palabras- sonreí-. De las de él y las de mi mejor amiga Valeria.

Bruscamente, Félix liberó sus manos de las mías y fue a tomar su copa de vino; se recostó contra el respaldo del sillón, con ésta, otra vez entre las manos.

- Es la primera vez que me hablas de él. No tenía ni idea de que te había llamado.

- Sí, bien, eso es mi culpa; soy yo la esquiva. El análisis de mi situación- comencé a decir con una sonrisa- es que desde que perdí a mi madre, me aterra apegarme a las personas.

- ¿Y qué hay de tu mejor amiga?

- Vivo con miedo de perderla, igual que a mi padre. Ellos son todo lo que tengo- lo miré a los ojos ya que él volvió su rostro hacia el mío-. Ahora también te tengo a ti-. O al menos eso creía.

- Deberías estar feliz por tenerlos.

- Lo sé. Sin importar lo que suceda, al menos puedo decir que alguna vez los tuve.

Asintió con la cabeza.

- Mis padres estaban de vacaciones en el Caribe cuando me rompí el dedo-. Fue su turno de inspirar hondo-. Recuerdo que cuando desperté de la anestesia luego de que me operasen la mano, quise llamarlos para pedirles que regresaran a casa...- hizo una pausa- ...luego me convencí de que ya estaba grande para esas cosas, que no los necesitaba-. Resopló con una media sonrisa en los labios-. Me moría de ganas de tenerlos a mi lado para que me dijese que todo estaría bien- parpadeó lánguidamente y luego miró hacia la pantalla

del televisor-. Me llamaron al día siguiente, la madre de James les avisó de lo sucedido y querían saber cómo estaba. Recuerdo que papá me preguntó si quería que volviera- me miró-. Le dije que no- luego de unos segundos añadió-. Pensé que eso era lo que él quería escuchar de mí, que su hijo ya estaba muy grande para necesitarlo por un simple dedo roto.

- Tu papá parece buena persona, Félix, y se nota que te ama mucho. Que quiere recuperar el tiempo perdido. Ninguno de los dos podrá cambiar el pasado, pero si pueden forjar un futuro completamente distinto.

- Deberías escuchar tu propio consejo- me dijo sonriéndome.

- Lo sé. Tienes toda la razón del mundo.

- Siempre la tengo-. Una enorme sonrisa se dibujó en sus labios. Bromeaba.

- No se jacte así, Señor Meden, no sea presuntuoso.

- Señorita Lafond...

- ¿Sí, Señor Meden?

Félix se había puesto serio.

- También tengo miedo de perderla... tanto o más, que de tenerla a mi lado. Semejante confesión me aturdió.

Mi mano viajó hasta su rostro. Nos miramos. - Lo sé. A mí me sucede lo mismo con usted, Señor Meden.

- ¿Sabe una cosa, Señorita Lafond?

- ¿Qué, Señor Meden?

- Desde que la conocí, que no hago otra cosa que preguntarme qué sería de mí, si usted no se hubiese cruzado en mi camino, qué será de mí si la pierdo.

- No tiene por qué perderme, Señor Meden-. Le contesté en un susurro, es que el momento me había dejado prácticamente si voz.

- Hay muchas razones y la principal es que no la merezco.

- Si no nos mereciésemos el uno al otro, no estaríamos aquí juntos.

- No intente ponerse a mi nivel, usted es una extraña en mi mundo... y sabes que lo digo porque mi mundo es mierda y tú no...

Con la mano le tapé la boca para impedir que continuase con aquello.

- No lo es.

- Mi cabeza es una locura. Quiero hacer cosas que...en este mismo instante saldría por esa puerta y... la presión me está matando.

- Félix.

- De nada sirve que ignoremos el hecho de que estoy muy jodido y que necesito soltar lo que llevo en mí, y no quiero que sea contigo.

Algo muy amargo y denso se me quedó atragantado.

Sin decir nada, me alcé sobre mis rodillas y lo abracé. Félix hundió su rostro en mi cuello. Comencé a acariciar su nuca y él se relajó luego de unos segundos, para instalar sus manos en mi espalda.

- Eres fuerte. Eres amado. Solamente quédate aquí, así conmigo.

Encontraremos paz juntos.

Se apartó un poco y me miró a la cara.

- ¿Tú crees?

- Tengo fe- le contesté y sonreímos juntos.

- Espero tengas mucha; que cuente por los dos, porque lo que soy yo...

- Hay mucha, suficiente para los dos, lo juro-. Más que nada, deseaba que esto funcionase.

- Que bien- suspiró.

Permanecimos un momento en silencio hasta que él, volviendo a apartarse de mí, dijo que sabía que no me merecía. Obviamente Félix estaba incapacitado de recibir de brazos abiertos, cualquier cosa relativamente buena, que la vida pudiese darle y se lo hice saber. Serio me miró y sonrió a medias otra vez, aceptando que sí, así era.

No volvimos a pronunciar palabra alguna, simplemente nos quedamos allí, acurrucados el uno contra el otro. Minutos después, Félix apagó el televisor y nos recostamos en el sillón. Hubo caricias sí, y besos también, solamente cariño.

Me quedé dormida al abrigo de sus brazos, de su cuerpo y de una manta que Félix echó sobre nosotros.

Antes de dormir, recuerdo que pensé que no en vano, la vida nos juntó: él podía ser una noche amarga y muy oscura, pero sin duda, yo era un día quebrado. Los dos teníamos nuestra cuota de oscuridad, de dolor, la única diferencia es que yo conocía lo que turbaba su mirada; él, en realidad, no tenía idea de lo que me quitaba la luz a mí. Me pregunté si tendría el coraje de contárselo. ¿Debía contárselo? Sinceramente, no estaba completamente segura de que pudiese comprenderlo y eso me asustaba. Sabía también, que ocultar aquello por mucho tiempo más, no daría en nada bueno.

## 23.

**Despegué los párpados**, amanecía lentamente y la claridad que entraba por las ventanas, aún era algo fría y gris. Nueva York comenzaba a desperezarse.

Sentí frío, algo faltaba a mi lado. Aparte de mí, el sillón estaba vacío.

Sobrevino el miedo; miedo a que se hubiese arrepentido de las cosas que dijo, de ser a mi lado, quien hasta ahora, no se había permitido ser.

Enojada conmigo misma, comprendí que no podía continuar viviendo así, esperando que a cada minuto, me dejase.

Me refregué la cara y me alcé sobre el sillón. Miré a mi alrededor, ni señales de él.

Lo llamé y no contestó y como temí, que por estar todavía algo dormida, mi voz no hubiese sonado lo suficientemente alta y clara para que me oyese a través de las distancias de este monstruoso departamento, volví a pronunciar su nombre. Nada.

El frío persistía, de modo que me puse de pie, tomé la manta, me arrebujé dentro de ella y salí en su búsqueda.

No me tomó mucho tiempo encontrarlo, estaba abajo, en la cocina, mirando hacia la ventana con una taza de té, por detrás de sí, sobre la mesa. La cocina olía a café y a pan tostado.

- ...era eso- le escuché decir-. Lo lamento. De verdad sé que no debí irme así. Entendí que hablaba por teléfono. Me detuve donde estaba, no es que quisiese husmear donde no me correspondía, tampoco quería interrumpirlo. La curiosidad fue más fuerte.

- Perdón, papá- entonó un momento después y luego calló, escuchando lo que le respondían desde el otro lado de la línea.

Rió, no fue una carcajada divertida, sino más bien, una mansa expresión de alegría.

- Sí, lo es- respondió y luego de un momento, añadió-. Intento hacer las cosas bien es que...mi vida ya no es lo que era y son demasiados cambios-.

Enmudeció otra vez-. Lo sé, lo sé. No, no es mi intención lastimarla, ella es...- un largo suspiro-. Seguro que volverás a verla, no tengo intenciones de permitir que se aleje de mí- rió otra vez y me pareció escuchar que por la línea se filtraba otra risa-. Tengo que regresar a Buenos Aires pero prometo que nos veremos pronto. Otra vez, papá, lo siento mucho, llevo años actuando como un desgraciado y...- obviamente no le permitieron seguir-. Bien, culpa



de los dos.

Di un paso al frente y luego otro más, él escuchaba lo que su padre le decía.

- Gracias.

Di un paso más y entonces él se percató de mi presencia. Giró la cabeza, sonreía. Su rostro era otro, lleno de luz. Sus ojos ya no irradiaban ese frío helado que caracterizaba al Gran Félix Meden, en ellos fluía la calidez de calmas y tibias aguas, iguales a las que se ven en las fotografías de esas paradisíacas playas del Caribe. Le sonreí de vuelta.

- Adiós- dijo y cuando llegué a la mesa, añadió un “yo también” y luego cortó la comunicación para dejar el teléfono sobre la mesa y enfrentarme de cuerpo completo al girar sobre la silla.

- Llamé a mi padre- comenzó a explicar-, para pedirle perdón-. Negó con la cabeza-. No quiero seguir viviendo como vivía antes.

Fui hasta él y lo abracé.

- Quiero hacer las cosas bien- me apartó un poco de su lado y me miró a los ojos-. Jessica está en Buenos Aires...voy a hablar con ella. No tengo ningún derecho a hacerle lo que le estoy haciendo, tampoco tengo derecho a hacértelo a ti, me molesta hacerte esto a ti.

Mi corazón se desbocó de felicidad.

- Eres más importante que cualquier negocio, que todo el dinero del mundo. Se lo conté a mi padre, dice estar feliz por mí.

- Quiere lo mejor para su hijo.

- Ya lo tengo, aquí entre mis manos-. Rodeó mi cintura con sus brazos, hundiendo su rostro en mi remera-. Hueles tan bien.

Se me escapó una carcajada de vergüenza.

- ¿Todavía no te arrepientes de esto?- preguntó alzado la cabeza.

Acaricié su rostro. - Parece que me arrepienta.

- Este hombre carga un bagaje muy pesado.

- Este hombre es fuerte.

- Este hombre no tiene la impresión de serlo-. Sonrió.

Me agaché y comencé a besarlo. Sus manos se deslizaron desde mi cintura hacia mis caderas, me atrajo hacia sí para sentarme sobre sus muslos. Yo ya sentía dentro de mí, la furia de mi sangre, desatada por el tacto de su piel.

Sus dedos se colaron por debajo de mi camiseta para palpar cada milímetro cuadrado de mi piel.

- Esto es lo mejor- suspiró sobre mis labios-. Tú... lo más valioso que tengo. Sus palabras y su mirada me deshicieron, eso sin contar, con el efecto que

tenían sus dedos, sus unas y su cuerpo por debajo de mí.

Qué caso tenía ir lento si mi corazón iba a doscientos quilómetros por hora.

Al demonio con todo, el placer que sabía podía darle y el que él me daba a mí, era parte de esto, parte de nuestra relación, de lo que sentíamos.

Sin más, sin pedir permiso, tomé la camiseta blanca que llevaba puesta, y tiré de esta hacia arriba. La visión de su torso desnudo terminó por convencerme de que iba por buen camino. Me quité la mía y me pegué a él, besándolo con furiosa necesidad. He de decir que su reacción, fue la misma.

Con decisión, me quitó el sostén. Con la misma actitud, me puse de pie, me quité las medias, los jeans y la ropa interior. Con él, no me molestaba verme así, tan vulnerable frente a otro ser humano. El miedo continuaba allí, solo que yo, no le permitía ganar. Sabía que lo que estaba en juego era demasiado importante para rendirme sin siquiera luchar, es más, se me antojó que quizá el miedo a perderlo era parte del encanto de entregarse, era adrenalina pura, la misma que Félix buscaba en sus saltos de paracaídas, en sus escaldas mortales, en todas las locuras en las que incurrió en busca de placer. ¡Qué locura, el placer era mucho más sencillo de encontrar! Incluso mucho más riesgoso, cuando se trata de dos personas, desnudas frente a frente, admitiendo lo que sienten la una por la otra, entregándose así sin más, arriesgándose a perderlo todo, porque lo que uno es, es lo único que verdaderamente se tiene.

Fui yo quien lo desvestió y quién lo guió hasta su cuarto para buscar un preservativo cuando anuncio que obviamente, no llevaba uno consigo.

Del pudor ni me acordé, cuando así sin más protección que su piel, caminé por todo el departamento, completamente desnuda.

Félix me tendió sobre su cama, para comenzar a besarme otra vez, ahora con más calma, disfrutando de cada segundo, de cada caricia.

Incluso antes de que me penetrase, yo ya tocaba el cielo con las manos y él llegó a ese mismo estado, un momento después, y fui feliz de saber que él podía sentir esto conmigo, sin necesidad de dolor o de humillación.

Buenos Aires no parecía la misma, siquiera desde el aire.

Cuando el avión tocó tierra, tuve la impresión de que el tiempo transcurrido desde la última vez que anduve por sus calles, era más cercano a la década,

que a un par de días. Absolutamente todo había cambiado. Salí de la ciudad esperando cumplir con un trabajo que me ayudaría a darle impulso a mi propio libro; en vez eso, encontré delante de mis pasos, algo que le dio impulso a mi vida.

Todo lo experimentado en los últimos días me habían convertido en un ser distinto, más fuerte, creo; si no eso, al menos alguien mucho menos temeroso de la vida, de vivir la vida.

Todavía no terminaba de creer que lo que me sucedía, era real.

Inspiré hondo y giré la cabeza para encontrarme a Félix viéndome con una gran sonrisa en sus labios.

- Luces muy seria. ¿Te encuentras bien?- posó su mano sobre la mía mientras el avión era guiado por la pista hacia un hangar, por un diminuto y en apariencia débil vehículo.

- Este viaje me dio mucho más de lo que esperaba.

- Quiero darte todo lo que desees- entonó-. Hace un momento pensaba en tu libro, en aquel que prometí apoyar si todo con la biografía salía bien-. Se detuvo un segundo-. Haré que se publique en la mejor editorial.

- Ni siquiera está terminado, además primero tengo que acabar de darle forma a tu biografía. ¿Aún quieres que se publique?

- Quiero que acabes de escribirla, eso sí, nadie me conoce mejor que tú.

- Sí, bueno... pero...

- Me gustaría que otras personas me vean a través de tus ojos, cuando yo me veo a través de tus ojos, me veo mejor.

- No son mis ojos los que cambian lo que eres, Félix. Humildemente, digo lo que veo, es todo.

- Cómo sea, quizá sea buena idea. Hay muchas cosas de mi vida que quiero cambiar. Tengo mis cosas, no lo niego- me lanzó una mirada seductora, acompañada de una sonrisa que terminó por desarmarme-, tampoco soy un insensible ni el diablo. Sé que la visión que otros tienen, sobre nosotros, se debe cambiar con acciones, y no con palabras, pero publicar esa biografía en sí es una acción. Se lo debo a James, por todas las que le he hecho pasar, apuesto la cara por mí demasiadas veces.

- Bien, claro, es tu decisión.

- No es que diga que debes escribir que soy un santo. Quiero que pongas lo que quieras poner.

Le di un apretón a su mano. - No creo que me agraden los santos.

- Ni a mí las santas- soltó para estirarse y depositar un beso en mi cuello.

Anoche, antes de salir, le había demostrado que no era una santa y que hacer el amor con él, era un verdadero placer... el más completo placer.

Todo mi cuerpo se estremeció ante el contacto de sus labios contra mi piel.

- Recuerdas aquella O.N.G. a la que me dijiste que donabas dinero, aquella...

- ¿La del sobre que encontré en tu oficina?

Asintió con la cabeza apartándose de mi lado mientras yo quedaba lívida y algo soñolienta de deseo.

- Bien, ahora mi donación será hecha en tu nombre. Aumenté la suma que donaba, con ella apoyaremos casi la totalidad de un nuevo proyecto en África. Lo miré perpleja.

- Pedí que te envíen a ti, una copia de la información de los progresos que se hagan. Yo recibiré una también, mis abogados otra, pero me gustaría que tú...

- ¡Alto! ¿Qué? Me alegra que decidieses apoyar su causa con más dinero pero yo...yo no...

- Tendrás que acompañarme a alguna de las cenas benéficas que suelen organizar.

- Félix, no puedo...- no podía respirar, menos, terminar de asimilar la noticia y lo que esta implicaba: ¿acompañarlo a una cena benéfica?

- Hoy mismo hablaré con Jesica. Terminaré nuestro compromiso.

La oleada de alivio que me recordó que ese era su plan desde que partimos de Nueva York, regresó a mí, sin embargo lo cierto es que todavía me sentía demasiado temerosa de que este cambio en él, así tan abrupto y contundente, fuese demasiado para su persona, incluso para su personaje y, a decir verdad, yo no tenía demasiada idea de cómo ser el tipo de persona que va a cenas benéficas, que se mueve en el círculo que Félix se movía. Sí, deseaba más que nada en este mundo, estar a su lado, lo que sucedía es que me aterraba no encontrarme a la altura de las circunstancias.

- Te llevaré hasta tu departamento y luego iré a registrarme a mi hotel. Quedé con Jesica en que nos encontraríamos para cenar; le expliqué que debíamos hablar.

Asentí con la cabeza.

- Si no estás muy cansada, puedo pasar por tu departamento luego; extrañaría no dormir contigo a mi lado.

Tomé su mano y le di un fuerte apretón. - Claro que puedes venir a dormir conmigo. Mi departamento no es como tu departamento de Nueva York pero...

- Me basta con que tú estés allí. Lo demás poco importa.

- ¿No extrañarás el lujo de...?

- ¿Lujos? Tú eres el mejor lujo que puedo darme, algo que creí, jamás llegaría a tener. Queda claro que ni con todo mi dinero, podría comprar algo como esto.

Me estiré y lo besé, él respondió con ganas.

- Será un día muy largo- entonó cuando nos separamos-. ¿Irás a tu trabajo?

- Supongo que pasaré por allí al menos un rato. También quería ir a ver a mi padre y si puedo, encontrarme con mi amiga Valeria.

Félix se apartó y espió por la ventanilla. - Claro-. Su voz sonó monocorde-.

Me harás falta- se volvió hacia mí sonriente-. Puede que parezca muy pronto para proponerle pero me gustaría que dejases tu trabajo, viajas demasiado y si tienes que trabajar no...

- Félix, sí, es demasiado pronto, no voy a dejar mi trabajo. No quiero apartarme de ti pero no pienso...- fue su turno de interrumpirme.

- Puedo conseguirte un buen trato con alguna editorial. Tendrías todo el tiempo del mundo para dedicarte a lo que realmente amas, podrás terminar tu libro y escribir otros y de paso, viajar conmigo. Hay tanto que deseo que veamos juntos. En tres días tengo un viaje a Malasia y no me gustaría partir sin ti.

- Félix...

- No tiene nada de malo. Tengo muy en claro que no quiero perderte y estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para tenerte conmigo. De ahora en más, pondré a mi trabajo en segundo lugar, pero no puedo cambiar mi agenda y mis responsabilidades de un día para el otro.

- No te lo estoy pidiendo... Tampoco quiero alejarme de ti; cuando regreses, seguiré aquí. Ya veremos de qué modo manejamos esto.

- Quiero que seas feliz.

- Ya soy feliz, tengo a mi lado al hombre que amo.

- También amas escribir. Quiero que puedas hacerlo cuando gustes, todo el tiempo que gustes.

- Ok, te propongo algo, primero pasemos este día y luego veremos cómo nos organizamos.

- ¿No quieres que te ayude con tu libro? Entiendo que quieras conseguir tus logros por tus propios medios, es loable pero un poquito de ayuda no contaminará lo que alcances. Puedo darte un empujoncito, obviamente, el resto depende de ti. Continuará siendo tu trabajo el que determine el alcance de tus logros, no yo, lo prometo. No tienes por qué ser tan orgullosa y no aceptar mi ayuda. No es que quiera arreglar tu vida, es que quiero hacerte tan feliz como tú me haces a mí.

- Ya me haces feliz.

El avión se detuvo al costado de un hangar, comenzaron a acarrear para nosotros, la escalera por la cual descenderíamos.

- Hablo en serio.

- También yo.

- Ok- dijo admitiendo que no daría el brazo a torcer. Quería ir con calma; bueno, quizá fuese un poco tarde para eso. Al menos me parecía prudente, mantener partes de nuestras vidas, separadas. Claro que resultaba tentador que me diese una mano para conseguir publicar y tener la oportunidad de viajar con él, recorrer el mundo, mientras escribía, sin embargo todo esto era demasiado reciente para entregarme por completo a su mundo. Me daba vértigo hacerlo, vértigo y pavor. Todavía, una parte de mí, sentía mucho miedo de que se arrepintiese mi de estar a mi lado, de cambiar su vida a este nivel, y yo, si me dejaba, ya de por sí, presentía que me quedaría sin nada, mucho peor sería si aceptaba poner en sus manos, otro gran aspecto de mi vida, que eran mis libros.

Entrar en mi departamento luego de despedirme de él, fue de lo más bizarro. Fue como saltar así sin más preámbulo de la ficción a la realidad, a la cruda realidad. Los dos mundos colisionaron y me costó creer que pudiesen fusionarse para crear una nueva realidad. Entré en pánico en cuanto la duda se instaló en mí. ¿Y qué tal si no daba resultado?

Me odié a mí misma por ser tan derrotista y pesimista pero ni en mis delirios más bizarros hubiese logrado imaginar que Félix Meden volvería a entrar en mi departamento en plan de novio.

- Mi departamento...- suspiré echando un vistazo a mi alrededor.

Di otro paso dentro y luego empujé la puerta con el pie, para cerrarla. Solté mis bártulos en el suelo y volvía suspirar.

¿Por qué tenía tanto miedo?- me pregunté y al instante, llegó la respuesta: porque lo amas demasiado y apenas si se conocen.

Di un respingo cuando mi celular comenzó a sonar.

¡Félix!

Mi corazón se detuvo. Tan poco le había tomado arrepentirse.

Contesté con miedo.

- Ya te extraño. Desearía poder estar contigo allí.

Una sonrisa boba, de enamorada, se me escurrió entre los labios.

Me preguntó si lo extrañaba o si ya me arrepentía de aceptarlo a su lado.

- ¿Y esperas que pueda pasar días sin ti?- inquirió luego de que le dijese que sí, que lo extrañaba.

En respuesta, le di una sonrisa que él no pudo ver.

- Tengo otro llamado. Hablamos luego, ¿sí?- dijo después de gruñir fastidiado.

- Claro, no hay problema.

- Extrañame un poco más.

- Y tú a mí.

- Dalo por hecho. Te amo.

Nos despedimos y cortamos.

Otro largo suspiro me dejó. Di dos pasos más, dentro de mi departamento y mi celular comenzó a sonar otra vez.

Segura de que era el solté: - tendrás que extrañarme todavía un poco más. No pasaron ni cinco segundos F...

- ¿Gabriela?

- ¡¿Vale?!  
- Sí, soy yo. ¿Quién creías que era?

Cambié de tema al instante. Todavía no le contaba nada a ella, sobre Félix y yo. Sobradamente sabía que no le agradaría el asunto, ella, al igual que yo, unas semanas atrás, no tenía muy buen concepto de Félix Meden. Anoche mismo, la había puesto al corriente de mi regreso al país, mas no le había contado ni una palabra de todo lo que sucediera en mi vida, estos últimos días, no al menos de lo verdaderamente importante.

- ¡Hola!- exclamé esquivando su pregunta-. Recién entro en mi departamento.

- Que bueno que ya estés en casa. Me tenías abandonada... y preocupada.

- ¿Preocupada? Estoy perfectamente bien-. Eso no era del todo cierto.

- Apenas si he sabido de ti.

- Fueron días de no parar, es difícil seguirle el tranco a Félix, además cada momento que tenía libre lo empleé para escribir, la biografía ya tiene su primer borrador.

- ¿Félix? Cuanta familiaridad.

- Bueno, es que...

- ¿Ya tienes el primer borrador, tan pronto? ¿Tan bien te permitió que lo conocieses en tan poco tiempo o es que solamente te ha pasado una lista de mentiras sobre las cuales escribir?

- ¿Disculpa?

- Cómo sea, dudo que lo que sepas o creas saber de él, sea verdad. No se puede confiar en ese hombre. Ya le decía yo a tu papá que él debe ser el

responsable de que apenas si te pusieses en contacto con nosotros.

- ¿Qué crees, que no me permitía llamar a casa o algo así? El trabajo que me encargó es el que me mantuvo ocupada, eso y los viajes, eso y las ciudades que me mostró, no un rapto cometido por su parte. ¿Vale...llevamos días sin apenas hablar y tenemos que volver a hacerlo discutiendo? Félix no te agrada, lo comprendo pero eso es porque en realidad no lo conoces bien, no es lo que todos creen.

- Entonces según tú, todo el mundo se equivoca y solamente tú, tienes la razón, solamente tú lo conoces.

- Bueno, tuve la oportunidad de obtener respuestas de primera mano, creo que eso ayuda a que lo conozca mejor que muchos-. Dudaba que ella, por haberlo visto, una vez, en una fiesta, lo conociese mejor que yo. Me enojé y mucho, y no deseaba estar enojada con mi mejor amiga, menos que menos cuando lo que en realidad deseaba hacer, era contarle la razón de mi felicidad-. ¿De verdad tiene que ser así? Llevamos días sin vernos. Es mi culpa, debí llamar, lo sé. Soy yo la que debería ser más apegada a los suyos. Félix no tiene nada que ver con esto. ¿Podemos tomar un café, conversar un rato?

Valeria permaneció en silencio un momento. - Estoy ocupada, podemos cenar juntas.

Pensaba cenar con mi padre pero me pareció que no heriría a nadie si hacía un pequeño cambio de planes.

Acordamos vernos en el restaurante de siempre, a las ocho, tanto porque ella estaba cansada y porque yo, deseaba regresar a casa temprano para ver a Félix.

Luego de cortar con ella, mientras le daba vida a mi departamento, levantando las persianas y abriendo las ventanas, poniendo a lavar la ropa que acababa de sacar de las valijas, y a cargar, la batería de mi laptop nueva, llamé a la oficina.

Mi jefe se alegró de oír mi voz; me aseguro que no había necesidad de que pasase por la oficina, es más, incluso insistió en que podía tomarme el día siguiente para reponerme de mi viaje, lo cual me resultó por demás extraño, yo me había llevado trabajo conmigo para no atrasarme tanto en mis tareas, pero me imaginaba que en la oficina, faltaba, no porque me creyese indispensable, sino porque en la agencia, no sobraba personal y el trabajo solía ser mucho, quizá más del que podíamos manejar.

Supuse que mis sospechas eran más que eso: Félix debía haber llamado a Federico para que me diese el día libre, y sí, ahora que él era socio de la



agencia, tenía todo el poder para efectuar un pedido semejante.

La situación era un tanto incómoda, lo cierto es que me fascinaba la perspectiva de tener un día libre en Buenos Aires, para volver a instalarme en mi vida.

Llamé a papá y le dije que en un rato, pasaría por su casa. Lo extrañaba horrores y necesitaba un buen abrazo suyo y pasar un rato en su compañía. Nuestra relación no era la mejor, pero si Félix podía proponerse reparar la suya con su padre, yo bien podía hacer lo mismo con la nuestra. La verdad es que como nunca antes, lo necesitaba, me daba la impresión de que teníamos demasiadas cosas sobre las cuales conversar, demasiados temas atrasados sobre los que discutir, demasiadas cosas guardadas dentro de cada uno de nosotros, desde que murió mi madre. Tenía la impresión de que ambos desperdiciamos demasiado tiempo, de que simplemente dejamos pasar lo incómodo hasta que lo nuestro se transformó en silencio y formalidad, no en una verdadera unión de sangre.

Antes de cortar la comunicación con él, le dije que lo quería y que lo necesitaba y ya no recuerdo, cuando fue la última vez que le dije algo así, desde el corazón.

- Yo también te quiero, hija. Te extrañé mucho.

Saldría de casa para verlo en cuanto me diese una ducha y cambiase de ropas. Antes de meterme en la ducha, llamé a León. Con mi amigo fue todo más sencillo. Sí, me recriminó por no llamarlo, mas me conocía y sabía que así era yo, no obstante, me hizo prometerle que almorzaríamos al día siguiente, para que lo pusiese al corriente de todo. Quería saber con lujo de detalles, cómo había sido cada uno de mis días junto a Félix.

Hablé con papá como nunca antes y le conté sobre Félix; él había escuchado nombrarlo y conocía su mala fama, sin embargo me permitió explicarle que ese personaje poco tenía que ver con la persona normal. Le conté su historia y le expliqué que él era el motivo por el cual me encontraba allí. Le dije que lamentaba la distancia entre nosotros y que admitía la parte de la culpa que me tocaba, que no quería continuar arrastrando por detrás de mí, el pasado que fue quebrando nuestra relación.

Papá me dijo que le sucedía lo mismo, que no entendía cómo no había puesto

antes, el freno a nuestra separación, que lamentaba no haber sido para mí, lo que debió ser luego de la muerte de mamá y que en su mundo, yo era lo que más importaba y que no deseaba volver a perderme.

Me liberé de la pesada carga que llevaba sobre los hombros.

Nada de esto cambiaría el pasado, eso lo tenía muy en claro, mis errores continuaban allí, los sentía y los veía, al menos, ahora, podía verlos de frente y recordarlos para no volver a cometerlos otra vez. Esta era una oportunidad para empezar otra vez, no desde cero, no necesitaba eso, sí, para permitirme darme la oportunidad de intentar ser feliz, de tener una vida de verdad, en la que no necesitase esconderme de mí misma, de lo que sentía o de mis recuerdos, incluso de mis miedos, para tener una vida real, en la que amas y a veces lastimas sin querer, en la que eres amado si lo permites y en la que a veces, no puedes evitar salir lastimado, una vida en la que todo eso, bien vale la pena, porque ese es el punto en estar vivo.

De casa de papá, tome un taxi para ir a encontrarme con Valeria, fue entonces que él volvió a llamar. Durante la tarde, me había enviado un par de mensajes de texto divertidos y cariñosos que me hicieron necesitarlo todavía más, extrañarlo horrores y comprender que mi miedo, no era demasiado original, Félix se sentía igual.

- Voy de camino a encontrarme con Jéssica- su voz sonó lúgubre-. En este instante desearía haber comenzado a hacer las cosas bien hace mucho, mi único miedo es que tal vez, de ser así, nunca te hubiese conocido-. Pausa-

Acepto el precio que debo pagar por tenerte a mi lado.

- Me gustaría poder hacer algo.

- No es tu responsabilidad.

- En parte lo es.

- Tú no me obligaste a comprometerme con ella sin amarla.

- No, pero soy la razón por la cual rompes ese compromiso.

- Debí hacerlo hace mucho por ella y por mí. Qué necesidad teníamos ninguno de los dos de vivir así. Sí, es cierto, creí que vivir así estaba bien, que no necesitaba nada más... ¿existirá realmente alguien en este mundo que no necesite nada más? Lo dudo. Ni todo el dinero del mundo puede llenar un vacío semejante. Sueno cursi, lo sé- dijo intentando alegrar un poco su tono de voz-. Es cierto; no te das cuenta de que eso no es vida hasta que algo así te pasa, hasta que conoces a alguien que lo cambia todo. La mayor desgracia sería no encontrar a alguien que te quite la venda de los ojos. Sería una verdadera pena, un desperdicio de la vida, una constante y desesperante

carrera intentando alcanzar sensaciones y emociones que se acerquen a esto, que lo reemplacen, al menos, con un efímero efecto-. Soltó sonoramente, aire por la nariz-. Así vivía yo, enloquecido por encontrar acciones que diesen como resultado, sensaciones que llenasen el vacío, al menos por un par de segundos. No comprendía que todas esas cosas no hacían más que vaciarme todavía más, que hacerme sentir más hueco y solo, que me volvían cada día un poco más insensible. Me salvaste. Gracias.

- También fui salvada. Tenía tanto miedo de vivir, de sentir y perder otra vez. Me diste coraje.

- Eso ya lo tenías, no te di nada. De otro modo, dudo te hubieses acercado a mí. Sin duda eres mucho más valiente que yo. Solita y sin armas, te enfrentaste cara a cara con el fiero dragón y lo domaste.

Eso me hizo reír.

- Eres la heroína aquí, yo, la dama en apuros.

- Sí, claro.

- Lo digo en serio. Estoy frente a la puerta del restaurante en que quedé con Jéssica y me da miedo entrar para hacerme responsable de mis propios actos. Sí, el Gran Félix Meden no era más que un personaje.

- No quiero hacerla esperar más. Será mejor que entre y acabe con esto de una buena vez. ¿Te veo luego, no? ¿Todavía puedo ir a tu casa?

- Claro que sí, te necesitaré allí.

- ¿Dónde estás ahora?

- Recién salgo de casa de mi papá, tuve una conversación con él, inspirada en la tuya con tu padre.

Eso lo dejó en silencio.

- Seguí tu ejempló, intento reparar las cosas. Ahora voy cenar con mi amiga Valeria. Y... ¿adivina qué?

- ¿Qué?

- Resulta que mañana no tengo que ir a trabajar. ¿No es genial?- bromeé-. ¿Qué jefe tan bueno y tolerante tengo, no?

Félix soltó una carcajada.

- ¿No tendrás algo que ver en eso, o sí?

Volvió a reír. - Bueno, técnicamente soy tu jefe también.

- Espero poder aprovechar el día.

- También espero que así sea. Creo que me merezco algo por eso.

- ¿Te parece?

- Me conformo con una buena taza de té, mañana por la mañana, en tu cama.

No pido más que eso.

- ¿Y no te parece mucho?

- Quizá sea demasiado, pero por si no lo notas, alguien aquí está rogando.

- Bien, puede ser que te conceda tu pedido.

- Gracias.

- No hay porqué.

- Gabriela...

- ¿Sí?

- Gracias.

- Ya me lo agradeciste.

- No, no por la taza de té en tu cama para el desayuno mañana; gracias por... por todo. Te amo.

- Yo también te amo-. Le respondí con los ojos llenos de lágrimas.

## 24.

**Desde la entrada, divisé a Valeria sentada en la mesa que solíamos ocupar,** nuestra preferida, a una distancia prudencial del bar y de la cocina del restaurante, próxima a una pared tapizada de reproducciones de obras de arte impresionista. Valeria me vio. Cruzamos una mirada, una sonrisa y un saludo con la mano.

Saludé a la recepcionista y fui directo a la mesa.

Nos saludamos con un abrazo. De veras la había extrañado, ella era lo más cercano a una hermana que tenía.

- Te ves bien- me dijo al separarnos.

- Para variar- bromeé-. ¿Zapatos nuevos?

Ella estiró una pierna para enseñármelos.

- De estreno y me están matando. Los traigo puestos desde la mañana. Tuve un día infernal, muchísimo trabajo.

Ella regresó a su silla y yo me senté al otro lado de la mesa.

- ¿Ya viste a tu papá?

- Sí, pasé toda la tarde con él. Conversamos mucho. Hablamos de un montón de cosas que teníamos pendientes. Todo está cambiando-. Una gran sonrisa se me escapó, no podía contener la felicidad y los nervios de comprender que mi

vida comenzaba a mejorar, a ser eso mismo, una vida con todas las de la ley.  
- ¿A sí?- soltó algo sorprendida, con sus rubias cejas en alto-. Bueno, cuanto me alegro. Espero que pronto puedas deslindarte de Félix Meden y su biografía y así seguir adelante con tu libro. Estoy cien por ciento convencida de que debes abocarte a éste con todas tus fuerzas.

- Bueno, sí, el plan es terminar con la biografía de Félix cuanto antes, para poder dedicarme a mis libros, pero no voy a deslindarme de él-. Así sin más, me puse roja como un tomate.

Valeria se quedó viéndome igual que si estuviese contemplando una aparición terrorífica.

- Al menos no es el plan- otra sonrisa mía, una cara todavía más seria de su parte-. Ok- me puse nerviosa, sabía que esto no sería fácil, todavía más difícil que con papá-. Sé que Félix no te agrada, no es santo de tu devoción- solté una risita nerviosa que no hizo eco en ninguna parte y murió allí, fulminada en seco frente a su ceño fruncido-. Cuando tengas tiempo de conocerlo te darás cuenta de que él no...

- ¿Cuándo tenga tiempo de conocerlo?- articuló lentamente igual que si le costase entonar cada palabra.

- Sí, él no es lo que todos piensan, no es insensible, no vive por su dinero y ciertamente el concepto que intentan plasmar...

- ¿Qué concepto? ¿El de que es un desgraciado sexista?

- ¿Perdón? ¿Qué?

Valeria también se puso roja, pero de furia.

- Es machista, sexista, abusador, un desgraciado en pocas palabras.

Egocéntrico a más no poder, narcisista y mentiroso. Y tú- soltó-, como una ingenua caíste directo en sus redes, en sus mentiras. ¿Qué fue lo que te dijo? ¿Qué te protegería, que te daría todo? ¿El mundo, si es lo que quieres? Seguro que puede comprarlo si lo desea- su voz fue aumentando de volumen cada vez más y los de las mesas cercanas, se volvieron para verla-. ¿Cómo pudiste creer en él, cómo dejaste que te convenciese? ¿Ya te acostaste con él?

Su pregunta dio como una bofetada en mi rostro.

- Seguro que sí, de otro modo no tendrías esa cara. ¿Qué hizo?

- ¿Qué?- la pregunta se me atragantó.

- Qué te hizo hacer.

- ¿Cómo?- no podía creer lo que escuchaba.

- ¿Te enseñó las cosas que le gustan? Gabriela, no estás hecha para eso, mucho menos para él.

Mi cerebro se atascó. ¿Acaso ella conocía las costumbres de Félix? ¿Pero cómo? ¿Y cómo era eso de que yo no estaba hecha para eso, mucho menos para él?

- Tú lugar no es al lado de un hombre así. Te usará y luego te descartará cómo hace con las demás. Ese hombre es incapaz de amar, incapaz de sentir nada por nadie que no sea sí mismo y...

- ¡Alto!-. Sí su tono de voz había llamado la atención de los comensales de las mesas más próximas, mi grito descolocó a la mitad de la concurrencia.

Valeria se echó atrás.

- ¿Qué es lo que dices? ¿Cómo es que...?- mi cerebro tenía la respuesta, incluso antes de que terminase de formular la pregunta.

Sé que los colores me escurrieron del rostro. Las manos se me pusieron frías y las piernas blandas, flojas. De estar en pie en este instante, no habrían podido sostenerme.

- Por Dios...- Valeria conocía a Félix más de lo que admitiera-. No fue solamente en esa fiesta...- jadeé-. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Cuándo fue? ¿Por cuánto tiempo? ¿Cuándo terminó?

Ella continuaba boquiabierta sin responder.

- ¿Terminó?- inquirí muerta de miedo. Ella no contestó ni que sí, ni que no-. Di algo- solté a un paso de la histeria. Temblaba y no podía contenerme-. Valeria, lo de ustedes... ¿terminó sí o no? Por qué no dijiste nada. ¡Responde!

- Es...es... simplemente dejó de responder a mis mensajes.

- ¿Cuándo lo viste por última vez?

- Hace semanas. Creí que podríamos vernos cuando estuvo aquí en Buenos Aires, cuando vino por lo de la biografía. Lo llamé y le dejé mensajes, me contestó diciéndome que estaba muy ocupado.

- ¿Por qué no dijiste nada?

Los ojos de Valeria bajaron a la mesa. - Cómo podía decir algo...Lautaro... Claro, estaba él.

- ¿Qué clase de...qué relación...? ¿Ustedes...has vuelto a hablar con él, él volvió a ponerse en contacto contigo?

- Lo llamé un par de veces mientras estuvieron de viaje, le dejé mensajes, él jamás respondía.

- Eso quiere decir que... ¿todavía...? ¿Qué es lo que sucede entre ustedes?

- Ya nada, por lo que creo, ahora te tiene a ti.

Eso sonó horrible, no solamente por las palabras en sí, sino también por el tono en que las pronunció.

- Esto es demasiado- la frase se me escapó junto con lo último de mi aliento.  
- Sé que yo no fui la única; está su prometida pero seguro también hay otras.  
Había otras pero no de ese modo, mejor dicho: las hubo, o eso prefería querer yo. ¿Tendría razón Valeria, habría otras? No, no podía creerlo, yo lo vi cambiar, lo vi hacer cosas... él no era el mismo hoy, que el que fue cuando lo conocí, no podría haber sido simplemente actuación, no frente a su hermana, a su familia. No podía ser cierto, el Félix Meden que había estado con Valeria no era el mismo que estaba conmigo hoy.

- Tienes que dejarlo antes de que sea demasiado tarde. Mira lo que me hizo a mí. A punto estuve de arruinar mi relación con Lautaro. Lo nuestro fue... simplemente no podía parar de pensar en él, es como una droga. No es bueno ni para ti, ni para nadie, él es demasiado complicado y ya tuviste suficiente de...

- No quiero escuchar más.

- Pero es que...

- No más- solté casi en un grito.

- Es tarde- sentenció ella un segundo después.

- Lo amo.

- De nada te servirá, él no entiende nada más allá de la lujuria y el placer, más allá de sus propias necesidades.

- No es así conmigo.

- Tarde o temprano lo será, cuando sepa que no puedes dejarlo, que lo necesitas, lo será, es siempre así, primero tiene que hacerse del control y luego...

- ¡Suficiente!

- Pero...

- Suficiente.

- Es la verdad.

- Es tu verdad, no la mía. Y siquiera es la verdad de Félix por estos días.

- Te engaña para que caigas en sus redes.

- No es así.

- No puedes ser tan ilusa.

- No soy ilusa.

- Es un hijo de puta.

- No tienes ni idea de quién es él.

- Saldrás herida.

No podía continuar mirándola a los ojos, esto era demasiado para mí.

- Así como me dejó a mí, sin más explicaciones, te dejará a ti, y tú no tienes otra cosa...

- ¿Qué?- solté horrorizada. Que yo no tenía otra cosa. Intenté convencerme de que esa última frase no había sido dicha en un tonto tan despectivo cuanto me lo pareció.

No logré convencerme.

Sin comprender muy bien lo que hacía, me levanté de la silla y tomé mis cosas.

- No te vayas, no puedes irte así. Mira, lo nuestro terminó...debes terminar lo tuyo con él, no es hombre para ti, su vida es...nunca encajarías.

Eso último me sacó de quicio, ya no reconocía a mi mejor amiga en la mujer que tenía en frente, la cual me estaba hiriendo donde más me dolía: en mis propios miedos y dudas.

Preferí adjudicar sus palabras a tontos celos, a la sorpresa de enterarse de que Félix y yo estábamos juntos, a lo bizarra de toda la condenada situación.

Sin añadir nada más, di media vuelta y me fui.

Creí que me seguiría y por eso, apreté el paso al largarme de allí. Si me siguió, no logro alcanzarme.

A pie, me alejé del lugar.

Vagué por las calles al menos una hora, intentando darle forma, encontrarle algún sentido a toda la situación. No lo logré.

Llamé a Félix al menos tres veces y le mandé tantos otros mensajes pero tenía el celular apagado, lo hice a sabiendas de que sabía, mi actitud no le agradaría, mucho menos por el hecho de que en ese momento, se encontraba reunido con la que hasta esta noche, había sido su prometida, prometida a la que engañó conmigo, con Valeria, con esas otras mujeres con las que descargaba sus miedos y ansiedades y... Los miedos me hicieron pensar lo siguiente: ¿con cuántas otras mujeres?

Agotada del viaje y pero por sobre todo, a causa de mi reciente conversación con Valeria, decidí regresar a casa.

Detuve un taxi y le indiqué la dirección de mi departamento.

La presión en mi pecho no cedía, todo lo contrario se incrementaba con el paso de cada condenado minuto.

Otras tres veces, intenté comunicarme con él sin obtener resultado alguno.



Eran casi la una de la madrugada.

¿Acaso se arrepintió de dejarla?- me pregunté una infinidad de veces y me lo preguntaba ahora otra vez, contemplando al inmensa luna al otro lado de mi ventana.

¿Se habría puesto Valeria, en contacto con él, para decirle que me conocía, que éramos amigas, que debía terminar conmigo? ¿Habría decidido él, terminar conmigo? Me rehusaba a creer que ella podía conocerlo mejor que yo, que quién yo creí un personaje ficticio, no era más que el hombre real y que lo que yo tuve, era la ficción que él supo, yo necesitaba para caer a sus pies.

A gritos mentales, me regañe a mí misma, por dudar de Félix de ese modo, cuando él se me había mostrado tal cual era, con todas sus debilidades y sin máscaras.

Serví más café en mi taza, bebí un sorbo y luego mis ojos quedaron fijos en la puerta de mi departamento.

Estaba a punto de estallar de los nervios.

Entonces... entonces el timbre de mi puerta sonó. Debía ser él, no podía ser nadie más que él.

En la pantalla del intercomunicador, vi su rostro en tonos de grises azulinos. Iba algo despeinado, sin corbata, con los primeros botones de su camisa sueltos, se movía sin cesar y cargaba algo en sus manos, un gran sobre marrón. - Al fin Félix- exclamé-. Sube, sube.

Sin decir una palabra. Entró en el edificio.

El nudo en mi estómago, se apretó. Me moría de miedo de lo que me pudiese decir, de lo que haría cuando le dijese que conocía a Valeria, cuando le pidiese la verdad.

Con pasos temblorosos, avancé hasta la puerta y la abrí.

Me pareció que pasó una eternidad hasta que el ascensor que lo cargaba, llegó a mi piso.

Lo vi tambalearse al salir de la cabina de acero.

¿Acaso estaba borracho?

Su andar haciendo eses, me lo confirmó. Y cuando lo tuve más cerca, no me quedaron dudas, su aliento apestaba.

Félix se me vino encima, murmurando palabras ininteligibles. Sus ojos estaban irritados, sumamente enrojecidos y brillantes, igual que si hubiese estado llorando. Imaginé lo peor.

Otra vez, sin decir nada, se metió dentro de mi departamento, dándome un

empujón.

Corrí tras él, pronunciando su nombre luego de cerrar la puerta de un portazo. Al demonio con mis vecinos, los cuales, supongo, debían estar durmiendo ya, la situación era desesperante.

Félix iba y venía tambaleándose, entre el mobiliario de mi pequeño living mientras estrujaba el sobre que tenían entre las manos.

- Te llamé- le dije cuando llegué a él.

- Lo sé- admitió. Las letras patinaban en su lengua. Estaba demasiado bebido. No supe cómo es que lograba mantenerse en pie, y de hecho, ni bien lo pensé, se tropezó con la pata de uno de los sillones y trastabilló; logró incorporarse, al hacerlo, me lanzó el sobre con un puntería que no creí pudiese tener en ese estado, lo malo es que me sorprendió y no logré atajarlo a tiempo. El sobre calló frente a mis pies, entre estos y la mesita del café.

- ¿Qué es esto?- le pregunté levantando el sobre.

- Terminé con Jéssica por esto.

- ¿Por esto? No entiendo. ¿Qué es?

- Tú- casi escupió con asco, o al menos, esa impresión me dio.

- ¿Yo?

- Lo que no me dijiste.

- ¿Lo que no te dije? ¿De qué hablas?

- No soy el único que esconde secretos- gritó.

El corazón se me paralizó.

- Terminé con Jéssica por esto- articuló mientras que con ambas manos, recorría desde la distancia, el alto de mi cuerpo-. ¡Esto!- volvió a chillar fuera de sí-. Una mentirosa.

- Félix...

- ¡Mentirosa!

Abrí el sobre. Lo que vi impactó de lleno en mis retinas. Era un puñado de hojas, dentro de una carpeta con mi nombre, una especie de expediente. En las hojas, mi vida, desde mi fecha de nacimiento, los lugares en los que había crecido, estudiado y... copia de documentos que se suponía, debían ser privados.

Se me cortó la respiración y creí que no la recuperaría jamás.

- ¿De dónde... de dónde sacaste esto?

- Te mandé investigar. No podía involucrar a cualquiera en esto. Como un idiota, preferí no esperar al resultado de la investigación. Por ti me tiré de cabeza a una piscina vacía y me di contra el fondo. Creí que eras demasiado

inocente, que no tenías nada que ocultar, que eras demasiado buena; ella dijo que lo eras, que eras la persona más inocente, más buena que conocía, que eras una de las pocas personas que valía la pena en su vida que sabía que por siempre te querría porque simplemente eras perfecta y pura.

- ¿Qué? No entiendo nada, de quién hablas. ¿Quién...?

- Valeria dijo que te amaba y que sabía que eras la única persona que podría amar jamás.

El impacto fue rotundo. Así, sin más, todo mi mundo se vino abajo. ¿Amar?

No, no podía ser, Félix tenía que estar demasiado borracho. Deliraba.

- Jamás mencionó que habías tenido un bebe y que te deshiciste de él.

- No me deshice de él, Félix, tenía dieciséis años y lo di en adopción. Estaba sola con un padre con el cual no me entendía, sin mi madre, sin nadie. Qué más podía hacer si apenas podía cuidar de mi misma.

- Te deshiciste de él igual que mis padres se deshicieron de mí. ¡Tomaste el camino más sencillo!

- ¡No te atrevas a decir eso!- grité furiosa, entregar a mi hijo había sido lo más difícil y doloroso que hice jamás y nada se igualaría a eso, siquiera el perder a mi madre-. No tienes ni idea de lo que fue, de lo que continúa siendo hoy en día. ¿Quién te crees que eres para juzgarme? Hice lo que me pareció mejor para el futuro de mi bebé, no lo hice ni por comodidad ni por falta de amor. Además... además... Esto no tiene sentido, es ridículo que me hicieses investigar. Por Dios, Félix, soy yo. Somos nosotros. Esto no tiene sentido. Iba a contártelo pero me pareció que aún era demasiado pronto, por tu situación, por lo que pasaste. Es un tema sensible en tu vida y...

- ¡Cobarde!- me gritó a modo de insulto.

- ¡¿Yo soy la cobarde?! ¿Cuándo fue que terminaste con Valeria, o es que todavía tienes sexo con ella?

- Lo nuestro no fue nada.

- ¿Y se supone debo creer eso? ¿Cuándo planeabas decirme que la conocías?

- Eres una mentirosa, igual que ella- me gritó en respuesta-. Son dos cobardes, ella siquiera se atreve a decirte lo que siente por ti.

- Es ridículo, lo que dices es ridículo. Estás demasiado borracho.

- Es cierto, ella te ama, me lo dijo.

Me negaba a que eso fuese cierto.

- Llegué a ti por ella, por todas las cosas que dijo de ti, me convenció de que eras la única persona en este mundo, que realmente valía la pena. La única persona entre tanta asquerosa inmundicia, a la que se puede amar ¡y me hiciste

amarte!- me gritó-. ¡Me hiciste amarte!- de sus ojos saltaron lágrimas que me supieron a odio, no a amor-. Llego a ti buscando esperanza, buscando algo que me diese fuerzas para seguir y qué fue lo que encontré: más mentiras, más de lo mismo.

Ahora su odio fue patente.

Di un paso atrás luego de soltar la carpeta y el sobre, sobre la mesa del café.

- Mi hijo no tiene nada que ver contigo. Planeaba contártelo en algún momento, quería que lo supieses, quería que supieses todo de mí, como imaginé, yo sabía todo de ti. Ahora entiendo que no te conozco-. Las lágrimas saltaron de mis ojos también-. Que no te conozco a ti, ni la conozco a ella, que no entiendo absolutamente nada. La biografía fue una absurda excusa- meneé la cabeza incrédula y confundida-. ¿Qué demonios esperabas encontrar, Félix? Yo soy real, soy lo que ves aquí- erguí la cabeza-, una persona con defectos y virtudes, con muchos miedos, al igual que tú. Alguien que tiene un pasado, alguien que ama y que sufre. No soy tu salvadora ni tu heroína. No soy perfecta, nunca pretendí serlo y lamento que creyeras que lo era, que me idealizases sin conocerme. No sé qué dijo Valeria sobre mí, ya no sé qué pensar sobre ella, las cosas que dijiste...- todavía no terminaba de asimilar que él había dicho que Valeria le confesó amarme, eso sonaba en extremo ridículo e impensable-. Nunca fingí mi amor, ni ninguna otra cosa, contigo. Creí que era tan real para mí, como para ti. Simplemente no tenía ni idea de en qué me metía, no imaginaba que esto fuese una prueba, un examen al que me sometías. Ni en mis más locas pesadillas hubiese imaginado que sabías de mí antes de conocerme, que te habías acostado con mi amiga. Estoy absolutamente perdida. Nada de esto tiene ningún sentido.

- Dejé a Jéssica por una mentira- volvió a acusarme.

- No fue mi mentira, Félix. Fue tú mentira. Fui real, siempre fui yo, todo el tiempo, desde el principio, sin engaños. El que mintió aquí, sin piedad, fuiste tú. No te atrevas a volver a acusarme de nada, no tienes ningún derecho de hacerlo.

- No te preocupes, no pienso seguir parado frente a ti. Se terminó. No quiero volver a verte.

- Estás borracho- le dije, porque pese a todo, me rehusaba a perder mi amor, no quería ver que a esto, se resumía lo que sentía: puras mentiras, engaño.

- No tiene nada que ver, decidí que se terminó antes de beber ni una gota.

Llevo horas dándole vueltas a esto.

- Si te vas me darás la razón, si lo terminas, será porque no significó

absolutamente nada para ti. Valeria tendrá razón entonces, yo fui simplemente una más. Jamás esperaste encontrar nada, tu amor no es real, simplemente es una excusa para justificar tus propios actos, ¡perfecto!, camuflarás tu cobardía aduciendo que yo tampoco soy merecedora de amor, de tu amor. Huye, diles a todos que te oculté la verdad, lo único que estarás diciéndoles a todos, es que tienes demasiado miedo de ver que ni tu ni nadie es perfecto. Yo no di en adopción a mi hijo para herirte a ti, Félix, y ciertamente, no fui yo la que puso en pie, esta pantomima. Estaba dispuesta a olvidarme de tu relación con Valeria. Te amo demasiado y eso hace el amor, incluso podría haber aceptado que hubo otras mujeres- negué con la cabeza-, pero no voy a aceptar que te creas con el derecho de anunciar que eres mejor que yo, que me juzgues de ese modo, sobre todo, considerando que aquí el que es incapaz de reconocer sus errores, eres tú.

- Te odio- me soltó desplegando sobre mí, la más fría de sus azules miradas. Dio la media vuelta y se largó, dando un portazo todavía más fuerte que el mío, al salir.

El mundo se cayó a pedazos cuando se fue.

## 25.

**Desperté gritándole a Félix** que por favor no se llevase a mi hijo. No importó que me rogase hasta desgañitarme.

Atada de pies y manos, me abandonó en mi departamento cargando en sus brazos al niño que mi hijo debía ser por estos días.

Las lágrimas todavía rodaban por mis mejillas al abrir los ojos.

Mi habitación era diminuta y no alcanzaba a contener el vacío que sentía en mí.

El despertador sobre la mesa de luz marcaba las diez treinta. Agradecí no tener que presentarme en mi trabajo hoy. Me pregunté si podría continuar pensando en éste, en esos términos o debería también, considerarme despedida; claro quedaba claro que la biografía de Meden era historia y sinceramente poco importaba. En este momento realmente nada tenía demasiado valor, no preocupaba no tener con qué pagar las cuentas, que nadie le diese un impulso a mi libro... siquiera importaba mi libro.

Todo se había venido abajo.

La incomodidad me hizo recordar que aún iba vestida en las ropas del día anterior. Me las arranqué de camino al baño para darme una ducha; la cabeza me mataba.

Al llegar al baño, encendí la luz y observé mi reflejo en el espejo. No logré reconocer nada de mí en esa imagen, ya no tenía idea de quién era o qué era, mucho menos de si continuaba siendo alguien o algo. No logré evitarlo, las lágrimas se abrieron paso por sí solas desde mi interior, liberando al mundo lo poco que queda de mí.

Tuve que aferrarme del lavatorio para no caer, para no acabar desparramada en el piso frío.

Ignorando a la joven mujer del espejo, abrí la ducha y terminé de quitarme la ropa. Lo hice evitando también, ver mi propio cuerpo porque me daba la

impresión de que mi carne sin él, ya no tenía ningún sentido.

Mis lágrimas se mezclaron con el agua de la ducha, con la espuma del champú con el cual lavé mi cabello.

Mi jabón no olía a él y los restos de aroma de su piel que pidiesen quedar en mí, se los llevó el desagote de la bañera.

Un centenar de veces me pregunté cómo haría para seguir adelante después de esto; no había perdido únicamente a Félix... la discusión de la noche fue perder el pilar que sostenía en pie mi existencia: Valeria, mi trabajo, mis sueños, esperanzas y futuro. De aquello no quedaba más que una pila de destrozos inservibles.

Me dije que estaba muy cansada para empezar otra vez, para encontrar una razón por la cual luchar. No tenía más ganas de luchar, quería convertirme también en una parte de esos destrozos que sucumbieron en la discusión.

Deseé convertirme en el Félix Meden que llenaba las portadas de los diarios amarillistas: una silueta insensible, intocable, fría y ajena al mundo y a la humanidad.

No tengo certeza de cuánto tiempo pasé bajo el agua caliente, mis movimientos eran lentos y además no tenía apuro, no me hacía a la idea de por dónde seguir con mi vida luego de salir del baño. No sabía qué debía vestir, no podía lograr imaginarme a mí misma comiendo otra vez, caminando, pensando, respirando.

La necesidad de aclarar todo con Valeria era acuciante y al mismo tiempo aterradora; ¿y si era verdad lo dicho por Félix, si ella estaba enamorada de mí? ¿Cómo seguiríamos con nuestra amistad? Comprendía que de por sí resultaría muy difícil volver a verla a la cara después de que me revelase que había mantenido una relación con Félix.

Envuelta en la toalla, con el cabello choreando agua sobre la cama, tomé mi celular y pulsé su número; había llegado a la conclusión de que no podía darme por vencida, de ningún modo debía permitir que lo nuestro acabase, mucho menos, de este modo, sin que mediase al menos, una conversación seria, sin alcohol de por medio, sin angustias y con la cabeza algo más clara. Bien, en realidad la mía era un completo descontrol.

Atendió su contestador.

- Soy yo... Gabriela. Necesitamos hablar Félix. No podemos dejar las cosas así. Yo anoche estaba enojada y... entiendo que te enojase que no te contara sobre mí hijo... tenía miedo. Por favor Félix, llámame. Te amo.

Corté la comunicación y me quedé hipnotizada contemplando el celular en la

espera de que la pantalla se iluminase enseñándome su número telefónico. Pasó un minuto, dos, cinco... una eternidad de silencio.

Marqué su número otra vez.

- Por favor... contesta. Félix...Por favor-. No se me ocurrió qué más decir, las palabras de pronto carecían de sentido o valor alguno. Mi escudo y tesoro máspreciado ya no significaba nada. ¿Cómo conseguiría volver a escribir si él no respondía a mis palabras, quitándoles por completo, su razón de ser?

Mi cabello no goteaba más al momento de comunicarme con su teléfono por sexta vez, en un acto de lo más desesperado y patético. Era la segunda vez que llamaba y no dejaba mensaje.

- Contesta, contesta, contesta- le dije en voz alta al teléfono que repiqueteaba sin intenciones de responder a mi súplica.

Lo intenté dos veces más y luego caí todavía más bajo.

Los dedos me temblaban y por eso me costó escribir en el teclado de mi celular, el nombre de Mike para dar con su número.

Otro condenado contestador automático.

- Mike, soy yo, necesito hablar con Félix. Sé que él no quiere hablar conmigo... lo he llamado...- tragué saliva, no quería pronunciar en voz alta el número de llamados sin responder que le efectúe a Félix, es que lo imaginaba observando la pantalla de su celular, viendo mi número y nombre en ésta, y se revolvía todo en mí al comprender que me ignoraba-. Por favor, dile que te llamé. Tengo que verlo. Al menos si no puedes convencerlo de que me llame, si no quieres hacerlo...- Mike me había dicho que no creía que él fuese el hombre para mí-, llámame y dime dónde puedo encontrarlo.

Colgué sin decir adiós porque de hecho sabía dónde podía hallarlo... sabía en qué hotel se hospedaba.

No podría haberse ido ya. Rogué que no hubiese tomado su avión para poner la mayor distancia posible entre nosotros.

Salté de la cama con energía que ni en delirios creí que pudiese conservar. La toalla cayó al piso. Manoteé lo primero que encontré y me vestí. De mi cabello hice un nudo en el que imaginé él hundiría sus dedos cuando me viese, cuando acábesenos con esta locura de terminar con lo nuestro. Necesitaba que me perdonase por no haber sido completamente sincera con él, necesitaba que comprendiese mis razones así como yo comprendía las suyas por pasar de cuerpo en cuerpo, a la caza de algo que en realidad no esperaba encontrar. A la calle me lancé en busca de un taxi; tuve suerte, no necesité ni caminar hasta la esquina.



El taxista se quedó viéndome después de que le ladré la dirección del hotel en el que se hospedaba Félix.

Mi desesperación era tanta que sentía que llegaría más rápido si me echaba a correr por la calle.

Intenté llamarlo otra vez y ante su rotundo silencio, probé con Mike.

Solamente me restaba aferrarme a la esperanza de que no hubiese partido.

Mi celular comenzó a sonar al segundo que lo bajé sobre mi regazo. La felicidad surgida de la nada se evaporó así, igual de la nada, para ser reemplazada por una creciente confusión al ver el número de Valeria.

No me sentía en condiciones de atender su llamado pero tampoco pude limitarme a dejarlo pasar.

En cuanto atendí ella soltó mi nombre en un jadeo que sonó desesperado. - No sabía si contestarías... pensé que no lo harías. Tenía tanto miedo de que no quisieses volver a hablar conmigo. Lo siento... lo lamento, debí contártelo todo. Es que estaba tan avergonzada. Félix es... él no... no puedes pensar correctamente cuando lo tienes en la cabeza y...- se detuvo-. No son más que excusas que siquiera yo quiero escuchar. Perdón. Por favor perdóname. En parte estaba tan celosa. Completamente ciega de celos.

No era algo que debiésemos discutir por teléfono pero no podía esperar a verla para aclararlo porque necesitaba saber la verdad antes de enfrentar a Félix. - ¿Cuándo pensabas contármelo?

- Bueno, en realidad no tenía planes de hacerlo, imaginé que pensaría horrible de mí. Pienso horrible de mí. Lautaro no se merece esto; no tengo idea de cómo...

- No me refería a eso.

Valeria guardó silencio.

- No me refería a lo tuyo con él. Félix anoche fue a terminar su compromiso... llegó a mi casa en un estado... es una historia larga, discutimos. Me mandó a investigar y descubrió que tuve un hijo; expuso que no había llegado a mí por casualidad: le hablaste de mí...

Sentí a Valeria inspirar hondo.

- ¿Es cierto?

No contestó.

- ¿Lo es? ¿Félix estaba muy borracho o decía la verdad? Necesito que me des una respuesta, necesito escucharlo de tu boca. Voy en camino de buscarlo para intentar aclarar lo que sucedió anoche y necesito saber la verdad.

- Te amo- entonó claro y fuerte-. Te amo y nadie podrá cambiar eso jamás y

nunca te lo dije porque no quería perderte, porque prefiero conformarme con ser tu mejor amiga... no hay nada que me haga más feliz que estar allí para ti cuando me necesitas, cuando me quieres a tu lado.

- Debiste decírmelo.

- Tenía miedo. Ahora mismo estoy aterrada. No quiero perderte y al mismo tiempo tengo la sensación de que ya no te tengo, de que lo que había entre nosotras no existe más.

- Estoy demasiado confundida.

- Cuando hablé con Félix sobre ti, no fue para otra cosa que no fuese para decirle cuanto valías para mí, cuanto mejor era el mundo desde que te conocí. Cuanto más soportable es todo por el simple hecho de que estés aquí... él decía que no había nadie que valiese la pena en el mundo, le dije que se equivocaba, que tu sí valías la pena, que sí pensaba que no quedaba esperanza es porque no te conocía.

- Le contaste que escribía y el vino directo a mí, aprovechado la excusa de la biografía fue directo a buscarme, por eso no quiso contratar a nadie más. A la fuerza me convirtió en la heroína de su historia, a la fuerza y sin saber la verdad. Colocó sobre mí, toda la responsabilidad de liberarlo de su mundo, de rescatarlo.

- No imagine que pudiese... No comprendo por qué discutieron, qué tiene que ver tu hijo...

- Todo y nada, es por el pasado de Félix.

- ¿Por qué es adoptado?

- Eso en parte. El problema principal es que me puso en un pedestal a ciegas.

- Aléjate de él.

- No puedo. Lo amo... demasiado.

- Y él no entiende nada de eso. Puede que dijese que te ama sin embargo no comprende el real significado de la palabra; jamás lo entenderá.

- Llegué a la puerta de su hotel.

- No vayas, Gabriela, por favor.

- No puedo dejar que esto quede así sin más.

- Es que no podrás solucionarlo.

- Al menos tengo que intentarlo.

- Te lo ruego. Hazme caso, no lo busques-. Valeria hizo una pausa-. Te llamé porque el acaba de llamarme.

El taxista se detuvo frente al hotel.

- ¿Qué?

- Gritó, estaba furioso, me acusó de haberlo engañado, dijo que las dos nos habíamos complotado en su contra. Le expliqué que nada tenía que ver, que no sabía nada, que no tenía idea. No quiso escucharme. Gaby... dijo que eras lo peor que le había sucedido- entonó con voz estrangulada-. Esperaba no tener que decírtelo pero... prefería evitar que tuvieses que exponerte a él, a esto... otra vez. No me explicó la razón de la discusión, en realidad no hizo más que insultarme. Lo siento.

- ¿Todavía está en su hotel?

- Supongo que sí.

Mientras alejaba el teléfono de mi oreja para cortar la comunicación la escuché gritar mi nombre. Apagué el celular para evitar que volviese a intentar ponerse en contacto.

Pagué mi viaje y descendí del taxi.

Así como me lancé sin pensar a aquel hotel al que lo seguí para luego verlo rogar, me lancé hacia el lobby de este hotel con mi rostro listo y dispuesto a recibir los golpes que fuesen necesarios. No me rendiría sin antes pelear... hasta que mis nudillos quedasen convertidos en sangre y no me quedasen las fuerzas ni para mover un dedo.

- Buenos días.

La elegante empleada de recepción se quedó viéndome. Sí, mi estado no era el mejor.

- Buenos días, bienvenida. Dígame qué puedo hacer por usted- entonó solícita.

- Busco a alguien. Necesito saber en qué habitación se hospeda el Señor Félix Meden.

- ¿Tiene una cita con él?

- No... es que necesito verlo, es muy importante.

- Lo lamento, no podemos facilitar ese tipo de información. Si gusta puedo avisarle al Señor Meden que usted está aquí-. Tomó el teléfono-. ¿Cuál es su nombre?

Si no había devuelto mis mensajes tampoco aceptaría recibirme. Sabía que para poder hablar con él tendría que forzar el encuentro.

- Gabriela Lafond- entoné algo derrotada.

- Aguarde un momento.

La recepcionista se apartó un poco. Giré la cabeza y registré el lobby en busca de un rostro familiar... alguno de sus guardaespaldas o incluso Mike, si tenía mucha suerte. No detecté a nadie conocido.

La recepcionista le anunció mi nombre a quién se encontraba al otro lado de la

línea.

En un parpadeo me quedó claro que no pensaba recibirme. Siquiera escuché a la recepcionista cuando me dijo que su huésped no podía recibirme en este momento. Amablemente me dijo si deseaba dejar un mensaje.

- ¿Un mensaje?

Me tendió una pluma y un block de hojas con el membrete del hotel, y luego, cuando yo ya tenía la pluma en mano, un sobre.

Por favor, dame la oportunidad de explicarte.

Jamás tuve la intención de herirte, de modo alguno.

Lamento haber ocultado la verdad.

Te lo ruego, danos la oportunidad, lo nuestro no puede acabar así.

Te amo, Félix. Te amo y eso no podrá cambiarlo nadie, siquiera tú.

Te amo.

Te amo.

Gabriela.

Arranqué la hoja, la doblé y la metí en el sobre en el que escribí su nombre.

La recepcionista lo tomó sonriéndome.

- Gracias.

- No hay por qué.

Sin saber cómo seguir, me quedé parada frente a la recepción. Tuve que agarrarme del borde de madera para no caer.

- ¿Se encuentra bien?

Si me veía tan lívida cuanto me sentía...

- Disculpe, puedo... necesito refrescarme- en realidad necesitaba caer al piso aquí mismo y llorar.

- Los servicios se encuentran por el corredor a la derecha. ¿Necesita que llame a un médico?

- No, gracias- intenté sonreírle-. Estaré bien.

Temiendo no poder sostenerme sobre mis piernas, me solté lentamente. No caí.

Atontada, me dirigí hacia el toilette.

Para llegar debía pasar por delante de los ascensores.

- El sujeto es un enfermo-. Le dijo un hombre que pasaba por mi lado, a la persona con quién hablaba por su celular-. Gracias a Dios se larga esta misma tarde- hizo una pausa-. Claro que no voy a pedirle un autógrafo. Para qué podrías querer un autógrafo de Félix Meden. El hombre es un hijo de puta, está loco. Suficiente con que tengo que soportar sus caprichos. De verdad, el tipo está completamente desquiciado, deberías haber visto lo que le hizo a su cuarto, dicen que anoche llegó completamente ido. No quedó mueble en pie- le contestaron algo y rió-. Por supuesto que yo podría partirle el cuello, soy más fuerte que él, pero me pagan muy bien por defenderlo.

Entendí que caminaba hacia los ascensores y yo fui con él.

Lo examiné, sí, tenía toda la apariencia de guardaespaldas y en efecto, parecía más fuerte que Félix. Lo más importante de este hombre es que acababa de convertirse en mi gran oportunidad.

El hombre presionó el botón de llamado de los ascensores y esperó. Con él, me detuve ante las puertas cerradas de los elevadores y codo a codo avanzamos hacia el interior del primero que llegó a la planta baja.

- ¿Qué piso?- me preguntó amablemente luego de presionar el botón que correspondía al último.

Empujé una sonrisa hacia mis labios queriendo decirle que iba al mismo.

En respuesta me sonrió y se acomodó a un lado de la cabina. Yo tuve que apoyarme contra una de las paredes mientras intentaba reponerme, sentía que me desmayaría de un momento a otro.

A tres pisos del último, empezó a costarme respirar.

Apreté los puños. No quería pensar en que pudiese rechazarme al tenerme frente a frente.

Mi guía salió del ascensor en primer lugar puesto que a propósito, me demoré.

El corredor estaba en silencio y así continuó puesto que la alfombra del corredor, amortiguó los pasos del hombre y también los míos.

En este piso había unos pocos cuartos, el de Félix era la suite más grande. La puerta estaba abierta, la mucama rebuscaba cosas en su carrito mientras otra entraba arrastrando una aspiradora. Un hombre de overol azul trabajaba en el marco de la puerta, intentando repararlo: a la altura de la cerradura no era más que astillas, la puerta igual. Imaginé que Félix le había dado de patadas o algo así.

El hombre entró en el cuarto luego de dar los buenos días al personal. No

divisé a ninguno de los guardaespaldas del cuerpo estable de Félix, lo cual agradecí, bien podida haber dado órdenes de que no me dejaran entrar.

No lo pensé dos veces. Dando los buenos días, igual que si entrase en un lugar que me era completamente familiar, me colé en la suite.

El elegante y amplio living no daba toda la buena impresión que pudiese haber dado de encontrarse en el estado en que debería estar antes de que Félix regresase anoche.

Había arrancado *blackouts* y cortinas. Roto cuadros y lámparas, rasgado los tapizados de los sillones y faltaban piezas de mobiliario que imaginé, ya habían procedido a retirar.

Sobre una de las paredes, una gran mancha rosa de lánguidas gotas que llegaban hasta el piso. Olía a vino pero los vidrios de la botella estrellada ya no estaban allí.

El equipaje de Félix se encontraba en el acceso a un corredor que imaginé debía conducir a la habitación misma. Escuché voces. Escuché su voz... gritaba en inglés.

Una puerta se abrió por detrás de mí. Giré la cabeza para ver aparecer a dos de los guardias de Félix acompañados por el hombre al que seguí hasta aquí y al volver la vista al frente, presa de la misma sorpresa que ellos, me encontré con el rostro de Mike y unos pasos más atrás, con los hirientes ojos de Félix. Todos nos detuvimos en seco.

Su nombre se me escapó en un jadeo.

- ¡¿Qué crees que haces aquí?!- su atronadora voz tuvo el mismo impacto que la onda expansiva de una bomba de cincuenta megatonnes.

- Félix...

- ¡Lárgate!

- Por favor.

- ¡No quiero volver a verte!- soltó abalanzándose en dirección a dónde yo me encontraba parada, petrificada.

Mike intentó agarrarlo por los hombros pero Félix se le escapó. Retrocedí medio paso.

- ¡Cómo te atreves a venir! ¡Basura! No quedó claro que no quería volver a ver tu cara. ¡No tienes vergüenza! Eres lo peor de lo peor- escupió a mi cara.

- Señor, por favor- Mike por poco y se queda con el saco de Félix en las manos al intentar sostenerlo; las costuras crujieron. Me aparté un poco más pero Félix se me vino encima otra vez.

- ¡Desgraciada! ¡Mentirosa!

- Por favor, dame la oportunidad de explicarte. No es lo que crees... nunca quise... te lo ruego- las primeras lágrimas brotaron.

- ¡No llores! ¡No me convencerás con eso! Recuerda que no soy de los que no piden por favor... yo no me arrepiento, y sobre todo, no soy de los que olvidan. Recuerda que este aquí- con ambos puños se golpeó el pecho salvajemente- es un maldito insensible ¡un insensible igual que tú! La peor basura. Tú y yo somos la peor basura pero al menos fui sincero.

- Eso no es cierto, no me contaste todo.

- No te atrevas...- rugió.

Mike atrapó el puño derecho cerrado de Félix a pocos palmos de mi rostro.

La habitación quedó sumida en el más completo silencio.

Cuando alcé la vista otra vez, vi a Félix pálido y con una mueca de horror incrustada en su rostro con una dureza tal que era de imaginar que nunca se le fuese a quitar.

- Esto es lo que me haces- dijo con un hilo de voz un momento después-. Esto es lo que hiciste de mí. Si quedaba al menos un gramo de esperanza, tú la consumiste. Ya no queda nada, absolutamente nada. ¿Feliz? Me destruiste por completo.

Los dos quedamos mudos.

Mi mirada se cruzó con la de Mike.

- Vete- soltó Félix primero en un tono apenas audible y luego en un grito que me hizo dar un salto-. ¡Lárgate de una vez! No te atrevas a volver a llamarme, no vuelvas a ponerte en contacto con Spencer ni con nadie de mi entorno o no me responsabilizo de mis actos, ¿me oíste? Ya nada importa pero no permitiré que continúes con tu macabro juego. No te divertirás más conmigo. Quedas advertida. Lárgate. ¡Vete!

Su última mirada dio contra mi corazón atravesándolo con una estaca de durísimo acero.

- ¡Spencer, sácala de aquí!- gritó-. La quiero en la calle ahora. ¡Ahora!- insistió al notar que Mike no se movía.

Félix dio un paso atrás.

Mike me miró.

- Por favor- me susurró el amable americano.

- ¡Ya, Spencer!

Mike me tomó por el codo empujándome hacia la salida, no con maldad si no porque a mí me era imposible de dirigirme hacia allí por *motus* propio.

Cada paso que me alejaba por aquel corredor era como soltar una vuelta más

de un ovillo que al llegar a la calle, ya no existiría. Quedaría convertida en una hilacha y nada más.

Las puertas del ascensor se cerraron ante mis ojos.

- Lo siento mucho.

Me acurruqué contra la esquina del ascensor. Inspirar era casi imposible.

- Le dije que me había llamado, le pedí que le diese una oportunidad, no quiso saber nada. Iba a llamarla para avisarle, no me dio tiempo-. Mike volvió a disculparse.

- No es tu culpa-. Mis rodillas se negaron a continuar sosteniéndome. Resbalé hacia el piso para taparme la cara con las manos y llorar.

Mike acabó arrodillado frente a mí, con sus manos sobre mis rodillas.

- Por favor, Gabriela... no llores. No llores.

No podía parar de llorar.

Mike no pudo decir nada que pudiese amortiguar mi dolor; no era su culpa.

Terminado, acabado... sin lugar a reparación alguna.

Convertida en un desastre todavía peor al que era al llegar aquí, Mike me ayudó a subir a un taxi.

Fui a casa, me tendí sobre la cama y lloré. Lloré por cuatro días seguidos hasta quedar seca e insensibilizada.

Cuando regresé al trabajo, cuatro días después de aducir una fuerte gripe, por la cual me tomé licencia, Federico me puso al corriente de las novedades: Félix ya no publicaría la biografía y bien claro, le dejó en un e-mail, que no quería volver a saber nada de mí.

Fue devastador, su última estocada. Mis esperanzas de que con el paso de los días entrase en razón, corrieron agua abajo. El tiempo comenzaba a crear entre nosotros una distancia cada vez más dolorosa e inquebrantable. Cada vez que veía sus fotografías... nuestras fotografías juntos me daba la sensación de que aquello era parte de una película que había visto, no de días que había vivido. Ese hombre de las imágenes tenía gusto a personaje de libro.

Estaba más sola de lo que hubiese estado nunca. Todavía no había podido enfrentar a Valeria cara a cara pese a que ella llamó una infinidad de veces, para pedirme que nos encontrásemos a charlar. Tan solo me quedaba mi padre



y mi libro y casi ni eso, no se sabía cómo haría para volver a escribir y cuando mi padre vino a hacerme compañía no hice más que desear que me dejase en paz; él quería que le dijese que todo estaba bien, no era así.

Para Federico fue una decepción que Félix diese marcha atrás con el proyecto; al menos, no quitó su apoyo a la agencia, de modo que a simple vista, el daño únicamente recaía en mí: ya no publicaría su biografía. Únicamente me restó agradecer que no hubiese obligado a mi jefe a despedirme.

No pude esquivar la avalancha de preguntas que Federico tuvo para mí, después de leer ese maldito e-mail. Preguntas que me vi obligada a contestar porque él, además de ser mi jefe, era mi amigo; imposible que no percatase el dolor en mi cara, sí este también se me notaba en el cuerpo, en la voz, en los ojos y en las escasas energías con las que me movía de aquí para allá, convertida en un zombi.

Manteniendo a buen recaudo, detalles íntimos, le expliqué que entre Félix y yo había sucedido algo y que no resultó.

Ante las lágrimas que no logré contener, Federico me dijo que me quedase tranquila, que todo estaría bien. Que esto pasaría; según él, todo mejoraría con el correr de los días, ya lo vería yo- añadió con un sonrisa.

¿Lo vería?

Imaginé que el único modo de sentirme mejor, sería convirtiéndome en una insensible.

No hay gente insensible.  
Hay personas que sintieron demasiado.